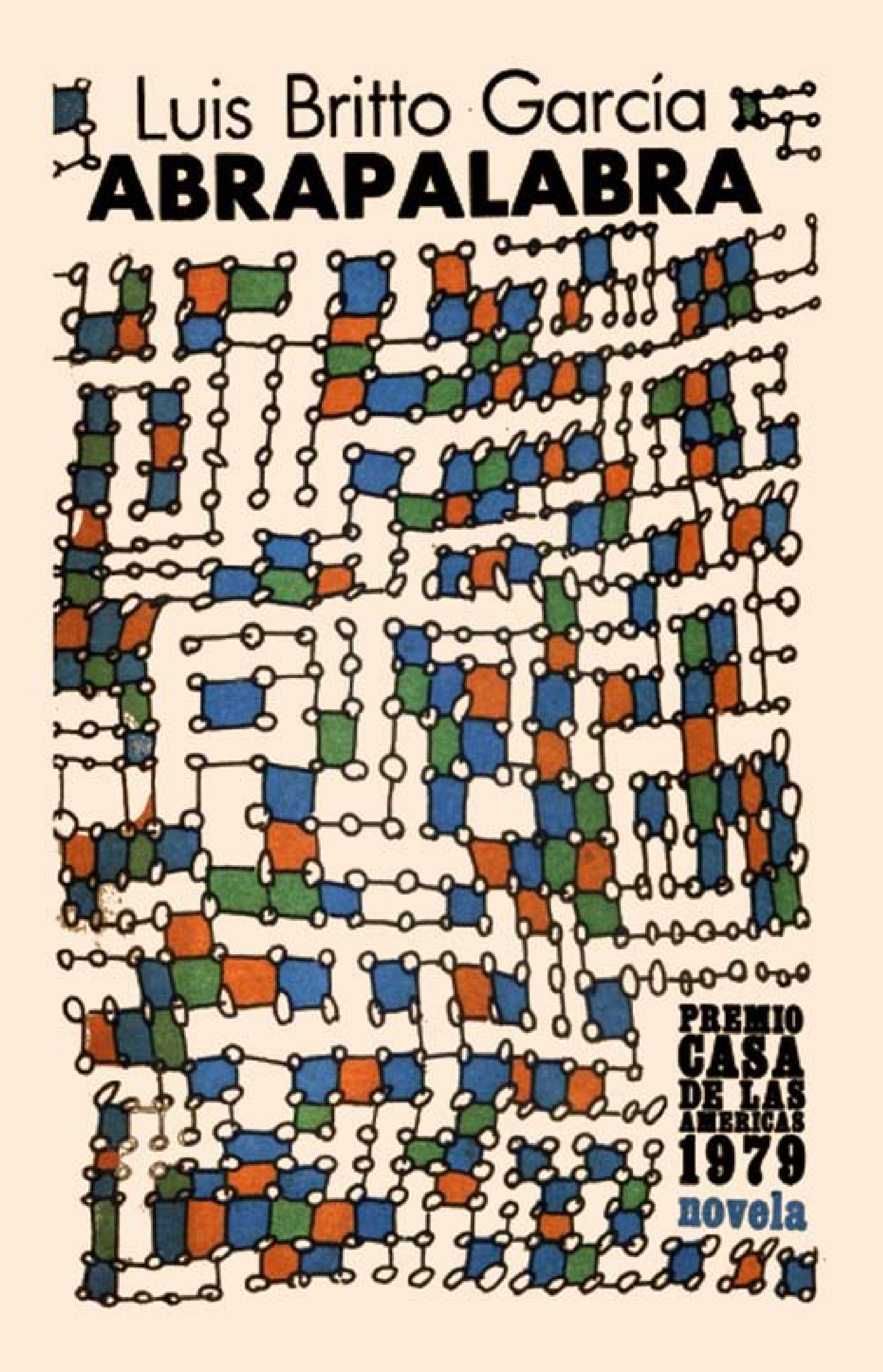

Luis Britto García
ABRAPALABRA
PREMIO
CASA
DE LAS
AMERICAS
1979
novela

Abrapalabra, de Luis Britto García, es sin duda, una de las novelas más ambiciosas que se han escrito en nuestro continente en la aventura del lenguaje.

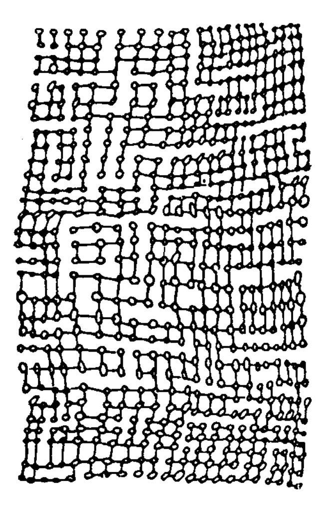
Se trata de un enorme collage o mural en movimiento que permite una lectura en su totalidad o en fragmentos y es un aporte sustantivo de sugerencias para construcciones novelísticas.

Su temática abarcadora, amplia, variada, extensa y abierta es plenamente participativa y sugerente para el lector. Original e innovadora, se sirve de variados lenguajes —que denotan el laborioso trabajo del autor— y que van desde el más refinadamente erudito al genuinamente popular y que le permiten describir con profundidad y con buen humor problemas sociales, urbanos, tecnológicos y, en fin, culturales, de los países latinoamericanos. Esta novela expresada en las formas más variadas, confirma, por las excelencias de su escritura, el innegable dominio de la prosa de su autor. En algunas partes de la novela se expresa una correspondencia con el arte cinético.

Imaginativa, de textura poética, sin perder fuerza narrativa, esta obra revela una labor de aguda observación social y de investigación histórica y filológica.

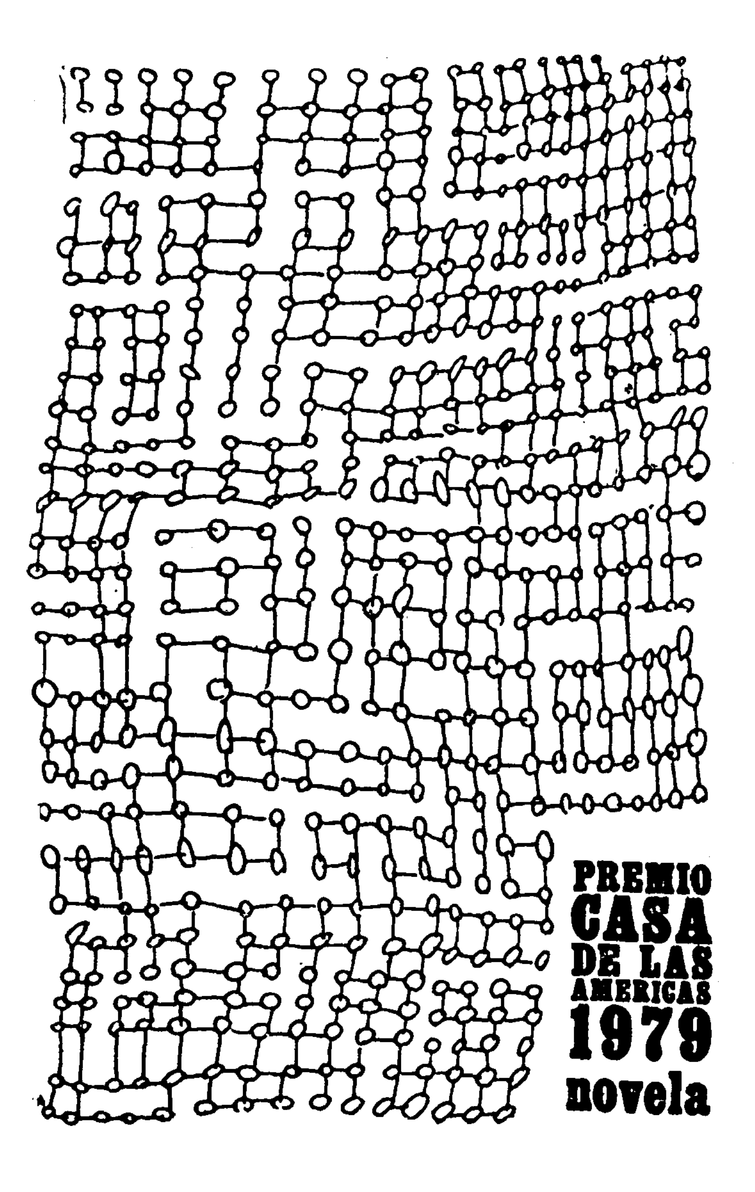
Abrapalabra excede la novela y, sin embargo, es novela.

ABRAPALABRA



Luis Britto García

ABRAPALABRA



edición: *Clara Hernández*
diseño: *Umberto Peña*

CASA DE LAS AMÉRICAS
3ra y G, El Vedado,
Cuidad de la Habana, Cuba

I

LINGUAM

Pusieron preso a tu marido, Guillermina
Y lo encerraron en una fuerte prisión
Y como Guillermina quería tanto a su marido
Se fue a la cárcel a cantarle esta canción

ANÓNIMO MARGARITEÑO

EL CONQUISTADOR

Nosotros, los hijos de Urakán, desafiamos para buena y leal guerra a nuestros hermanos los hijos del mar, y sobre las aguas les dimos muerte a todos, y nos dieron ellos muerte a todos, salvo a mí, que por no haber muerto de las heridas, tomando el canalete en las manos ensangrentadas dirigí la piragua hacia el seno de las olas en busca del latir del corazón de Urakán para rendir en él la última batalla. Pero Urakán me eludió. Encontré lluvias tristes y oleajes mansos en los que morían y nacían soles, soles, soles, muchos soles, y lunas, lunas, lunas, muchas lunas, tres lunas navegué en la piragua alimentándome de los peces que alanceaba hasta que las olas me arrojaron a una bahía llena de chozas que flotaban. Un poblado de bohíos de piedra vomitó una tribu de hombres repugnantes y pálidos. No me dieron batalla. Con gran escándalo de homenaje o asombro señalaron mis heridas del costado, de los pies y las manos. Cayeron al suelo cuando aferré en una mano un pez, que traía para alimento, y en la otra la macana, donde se cruzaban el asta de madera y la maza de pedernal. No los solté durante el viaje de muchos soles. Metido en una caja de madera, soporté su griterío hasta que me depositaron en un gran bohío de piedra, frente a una pareja de ancianos hediondos y sin fuerzas. Adiviné que no tenían valor para matarse. Toqué sus frentes con la macana. Arranqué de sus sienes aplastadas sendos aros de oro y perlas y piedras brillantes, y los miré a la luz del único rayo de sol que podía entrar en el bohío. El cacique de una tribu de hombres de metal gritó. Gritó el piache de una tribu de hombres de trajes color de la noche. Por si acaso gritaban por los aros ensangrentados, le dí uno

a cada uno. Los tuvieron entre sus manos, fascinados. Se los pusieron en sus cabezas. Adoráronme, mientras yo cruzaba sobre mi pecho la macana y el pútrido pez. El cacique de la tribu del hierro ordenó a sus hombres desatar al aire el relámpago y el trueno. El piache de la tribu de la noche imitó el susurro de los vientos. No temí a ninguno de los dos, yo que buscaba la voz poderosa de Urakán. Comprendí que podía dominar a aquellos hombres usándolos a unos contra otros. Asfixiado por la peste de sudor rancio y cera quemada del bohío que era como una caverna, salí al sol e hice gesto de que me siguieran. Buscando los frescos soplos del viento caminé por los campos seguido por la tribu del hierro y por la tribu de la noche. Encontramos poblados que perdonábamos si nos daban cuanto tenían, y arrasábamos si nos daban batalla. Tribus de hombres de hierro y de hombres de la noche se nos unían como bandadas de zamuros siguiendo el olor de la carne quemada. Hombres envueltos en traperíos venían a decirme discursos que yo no entendía. Por deshacerme de su hedor, ordenaba que les dieran oro. Si todavía no callaban, les abría la frente con mi macana. Por pestilentes, rechazaba mujeres que entonces se abrazaban a mis piernas y lloraban. Fuimos quemando poblados por países de colores muertos y árboles tristes, atadas en nuestras lanzas enseñas que figuraban el pez y la cruz de mi macana. Ahora solo había hombres que corrían de mí, y hombres que me seguían. Pasadas tantas lunas como dedos tengo en mis manos llegué a regiones donde el día era como la noche y donde el agua se volvía piedra. Supe que Urakán me había permitido contemplar el reino miserable de las sombras, donde van a dar los cobardes que no mueren en batalla. Así, yo conquistaba cadáveres. De allí su palidez, su putridez, los trapos con los que amortajaban sus cuerpos que tenían horror de enseñar: los túneles que como gusanos excavaban buscando el metal, del cual eran todos esclavos. El mundo se cubrió de una espuma blanca y dura. Comprendí que todo moría y que aquellos cadáveres se encerraban en sus bohíos porque eran siervos de la espuma blanca, que

les recordaba la muerte. Quisieron adorarme en cuevas con paredes perforadas de falsos soles y rincones donde los gritos rebotaban. Les volví la espalda, asqueado. Busqué en los aires un recuerdo del sol y siguiéndolo arracé más poblados y aniquilé más ancianos con tocados de oro durante tantas lunas como dedos tienen mis pies. Cuando llegué a la bahía donde mi piragua era adorada en un tabernáculo, lancé a los pies de los hombres de hierro y de los hombres de la noche todos los aros dorados que había recogido, que eran tantos como los dedos de mis pies y de mis manos. Se arrojaron al suelo, disputándoselos. Mientras remaba, miré por encima de mis hombros y vi que también ardía el último poblado frente al mar. Terminaban de aniquilarse, o borraban toda huella de mis pasos. Solo en la piragua, yo avanzaba raudamente. En el horizonte encedido de fuego por fin se oía el latido del corazón de Urakán, que me llamaba.

M

M A
MA
MA MA
M I
MI
MI
MI MA MA
MI MAMA
ME E

ME
MI MAMA ME MIMA
M O
MO
AMO
AMO A MI MA MA
AMAMAMO
M AMO
M AMA
MIMO MIMA MAMA
A
A
P A
PA
PA P A
PA PA
PA L
PAL PAL PAL
PALA
PALALALALALALA
PAL A B
PALA A B
PALAB R A
PALABR A
PALABAR
PABALAR
PRALABA
PARLABA
PALABRA PALABRA PALABRA PALABRA
PALABRA PALABRA PALABRA PALABRA PALABRA

Debe practicar mucho la letra

EL DESCUBRIDOR

Partí en nombre de la Santísima Trinidad, miércoles 30 de Mayo de la Villa de San Lúcar, y navegué a la Isla de la Madera por camino no acostumbrado, por evitar escándalo que pudiera tener con un armada de Francia, que me aguardaba al Cabo de San Vicente, y de allí a las Islas de Canaria, de adonde me partí con una nao y dos carabelas y envié los otros navíos a derecho camino a las Indias a la Isla Española. Y yo navegué al Austro con propósito de llegar a la línea equinoccial y de allí seguir al Poniente hasta que la Isla Española me quedase al Septentrión, y llegado a las islas de Cabo Verde, falso nombre, porque son tan secas que no vi cosa verde en ellas, y navegué al Sudueste cuatrocientas y ochenta millas, que son ciento y veinte leguas, yo allegué agora de España a la isla de la Madera y de allí a la Canaria y dende allí a las islas de Cavo Verde, de donde cometí el viaje para navegar al Austro fasta debajo de la línea equinoccial, como ya dije. Allegando a estar en derecho con el paralelo que pasa por la Sierra Leona en Guinea, fallo tan grande ardor y los rayos del sol tan calientes que pensaba de quemar, y bien me lloviese y el cielo fuese muy turbado, adonde, en anocheciendo, tenía la estrella Polar en cinco grados. Allí me desamparó el viento y entré en tanto ardor y tan grande que creí que se me quemasen los navíos y gente, que todo de un golpe vino a tan desordenado que no había persona que osase descender debajo de cubierta a remediar la vasija y mantenimiento. Y juzguéme cercano del último límite de la tierra y velé por oir en la temperancia de las noches el rumor de las cataratas de la Mar Oceana virtiéndose en el vacío, como así parecían anunciarlo el grandísimo mudamiento en el cielo y en las

estrellas. Así acordé de proseguir delante siempre justo al Poniente, más allá de las islas a las que fementidamente llamé las Indias, más allá de la grita de consumidos destinos de la Europa, determinado a allegar al fin: yo siempre leí que el mundo, tierra e agua, era esférico, e las autoridades y experiencias que Tolomeo y otros escribieron de este sitio daban e amostraban para ello, así por eclipses de la luna y otras demostraciones que hacen de Oriente fasta Occidente, como de la elevación del polo de Septentrión en Austro: Agora vi tanta disformidad, como ya dije, y por esto me puse a tener esto del mundo, y fallé que no era redondo en la forma que escriben, salvo que es plano. A este fin sonsaqué las naves y tripulaciones a sus Magestades: a este fin de allegarme al término y acabamiento de toda empresa de home: a este fin de caer eternamente en el vacío sidéreo como caen en el vacío del tiempo los menguados gritos de los dioses, de los ángeles y de los homes: a este fin de poner punto a la historia y tapa a la cloaca de sus afanes. Entonces era el sol en Virgen, encima de nuestras cabezas, e fallé que, en anocheciendo, tenía yo la estrella del Norte alta cinco grados, y entonces las guardas estaban encima de la cabeza, y después a la media noche, fallaba la estrella alta diez grados, y en amaneciendo que las guardas estaban en los pies quince, y en la noche toda escuchábase un rugir muy grande que venía de la parte del Austro hacia la nao, sonar de borrasca como ola de la mar que va a aprecipitarse en grande hondura, y fallé que venía el agua del Oriente hasta el Poniente como hace Guadalquivir en tiempo de avenida, que creí que no podría volver atrás por la corriente, e reposé de no volver atrás, yo que caería con mis naos en los abismos dejando atrás ni nome de peregrino e náufrago, dejando atrás la gesta de los homes concluida en esta barrera última de la nada donde había yo querido allegar para reposar de mí mismo y del destino y del esperar ¡concluido yo en los ataúdes sidéreos de las naos que caerían en el vacío, confinados los homes en su charca mancillada e consumida e repetida e finita! E dormí venturosamente consolado por los rumores

del agua. E por acertamiento subió un marinero a la gavia y vido al Poniente tres montañas juntas. E andando más allá vimos el fragor de las olas ser de un río gigantesco que solo podía nacer de una Tierra Firme. E desfallecí porque ya para mí no habría reposo e para los homes no habría reposo e para nadie habría reposo. En lugar de final y de límites, terror e el trabajo e palabras de la nueva frontera, de la tierra nueva.

PALABRA

PA PA PA
PAL PAL PAL
ALA ALA ALA
PALA PALA PALA
ABRA ABRA ABRA
ABRABRABRABRABRABRABRABRABRABRABRABRABRAA
PALAPALAPALAPALAPALAPALAPALAPALAPALAPAL
ALAB ALAB ALAB ALAB ALAB ALAB ALAB ALAB
BALA BALA BALA BALA BALA BALA BALA BALA
LA LA LA LA LA
LLA LLA LLA
LLA MA
LLA MO
LLO Me LLa
Mo mO lLo
LLo mE LlA mO
llO me LLa Mo
rUbEn lUqE
mELLa mO
RubEN LuQe
me LlAmo RUbEn

RuB
        Rube
rUbeN
Ruben
   ben
   ben
   ben
   ben
   ben

Debe corregir las minúsculas

DÓNDE ESTA DOÑANA

Doña Doñana, de la nao en que os truximos vos extraviásteis. Dejástenos un chapín, un agua de olor, un nacarado abanico de dama muy principal, un misal iluminado y un recuerdo. Cruzamos la faz de los que mintieron haberos visto con las mozas del trato que seguían la soldadesca del Frederiman por su rastro de indios decapitados. Un fraile os advirtió y regó la leyenda de una visita de la Reina de los Cielos. Os reputaron cautiva y horadada la nariz para lascivia de un bárbaro. Yo juré por ésta someter cuatro reinos indianos y ponerlos a vuestros pies. Si no fuera que Pablillos me ha ganado a la baraja las armas y la ropilla y no tengo el parescer, aunque si los modales, de fijosdalgo. Que os vieron de fregona en el Convento de las Arrepentidas y de enfermedad mala y fea caída a la pública caridad en la Villa de San Miguel de los Angeles de Acataurima. Arriba de cien sonetos os dediqué mientras hacía oposiciones para el cargo de tinterillo, por excusar de arte mecánica y

vil, antes de que huyéramos a lomo de caballo del negraje que se alzó en las minas y cayera yo prisionero de los caribys que dieron en no matarme por melancolía del cacique de oir mi laúd. ¡Doña Doñana, oí de vos que estábais con los espíritus del bosque! ¡Suplicando a aquellas gentes bestiales logré que me cedieran de tribu en tribu, según el viento y el tenor de las historias de los mancebos que decían haberos visto en los delirios de la iniciación o en el volar de las tórtolas! ¡Os seguí en el olor de las flores y en el almizcle de los animales y en la quejumbre de las flautas de barro que figuraban sapos, hasta que los piaches comenzaron a temerme por mis desvaríos y el laúd se hizo astillas y caminé por las selvas alejando las fieras con el sonido de la flauta de hueso! Talladas en ella, figuraciones de un hombre y una mujer que se daban la espalda. Pedí limosna a las puertas de la Villa del Tocuyo hasta que me amenazaron con el hierro al rojo vivo y me echaron de las tierras que se habían repartido los pícaros. Vuestros cabellos fui recogiendo uno a uno en las veredas transitadas en vano. A veces, los tejían las arañas. A la vera del camino os he encontrado, Doña Doñana, una vieja zafia y sin dientes, tiznada del humo de la leña, con harapos de ceniza. Yo aún veo suficiente para recoger maíz, que crece dondequiera.

RUBÉN

Llo mE llaMo rUbEN luQe i TEngo ciNCO aNNños I esTUdiO eN lA ezcuelA moRal y LuCeS de saN miguEL i la excU elA es mUi gRAN de i toDo eS mUI gran DE llo ME vOI AL PAIz de LoS
chi qi
tos
lLo mE vOi MA estRA al PA iz de lOs chiQ itos DoNdE Ex tA DON de esT ARa Qe aLLi NuM
CA
MEA lla Ra
DOndE, QedA DOndE SeA LLA Qe allI toDo El mUNdO Ca LLa
DoNDE EztA
DON
de ZEn CueN tRA Qe A lli Na DieN grANdE DEntrA DOn De qeDA EsE PaiZ eN uN GrAn O dE Maiz DONdE eS Qe tiE Ne laENtr aDA eN Un GraN o dE CEBa Da DON deSTA Qe nO Lo ALLo en eL LoMo de Un CAvallo
Se vAN toDOs loS PiO jiTOs al Paiz dE lOs Chi QuitOZ DONde QedA CEÑo RitA En BuCHe de ToRTOlitA DOndE Qeda CEÑo roNA eN un BucHE de PA loMA QedarA en esTE CuaDeR NO QeDA al LadO del InfiERN
No
nO
NO
No llores Rubén
Rubén no brinques, sóplate Rubén no te orines en la cama Rubén estate quieto Rubén no saltes en la cama Rubén no rompas el vaso Rubén, Rubén no le saques la lengua a la

maestra Rubén no rayes las paredes Rubén di los buenos días Rubén deja el yoyo Rubén no juegues trompo Rubén amárrate la trenza del zapato Rubén haz las tareas Rubén no rompas los juguetes Rubén no te metas el dedo en la nariz Rubén no juegues con la comida no te pases la vida jugando la vida Rubén

ALTO

Se perdió la guerra larga y quedamos en el ladre y me fui de la casa y me fui de la Escuela de Música y dejé el Proyecto de hacer la Música del Subdesarrollo y terminé de baterista de Los Chamos Sicodélicos Peace Freedom Love y tocamos en The Allucination y tocamos en The Groovy y tocamos en no se dónde porque ya no puedo dejar de tocar hablo contigo y estoy toca que te toca que te toca que eso trajo peleas con el conjunto que los tapaba que yo seguía toca que te toca que te toca porque estaba lanzado, lanzado no, derrapado era que estaba porque me empaté con Annette que estaba en trámites de divorcio con el ingeniero y había dejado la chicharra porque le daba pasones y se puso a jalar tanta nieve que se tostó y entró en una de agresivo, puro frick broder pura descarga malas vibraciones, ella probó el yoga y el harekrisna y el sensitivity y la terapia de grupo y el bioenergetic y el grito primario y el análisis y El Cedral y El Pinar y El Robledal y yo entretanto dale que te dale toca que te toca hasta que no la vi más y después supe que andaba con el grupo del Quequé Cisneros en la onda de salvar la juventud con Meditación Verdad y Amor nada de drogas, hasta que se formó el peo cuando la esposa del Quequé y que descubrió que el Quequé lo que hacía era que preñaba

a las jevas cuando se le ofrecían en el arrebato del Tantra Místico, que que estaba subvencionado por el Ministerio de Justicia para que fichara a todos los chamos dañados que caían mansitos con la Meditación Verdad y Amor y los sapeara con los siquiatras de la Comisión Antidroga que se la pasaban tronos hasta el culo con la diplomática que decomisaba la chota, que que todo eso se olvidó cuando vino el caso Molina que decían las malas lenguas que el Pachacho Molina y que había estrangulado a su hermanito para conseguir de los pures un viaje al Nepal, que los periódicos comenzaron a sacar a todos los conocidos del Pachacho en la Lista Negra de los vinculados al Caso Molina y después todos los que frecuentaban el apartamento del Felix Franky que era el jefe de Programación de la televisora, aquello sí fue de volverse loco porque metieron en el paquete a toda la farándula la radio la prensa y la televisión que que tuve que cambiarme el nombre artístico y ponerme a tocar en un conjunto de salsa en el Parador Gallego que que toca que toca que Annette cuando al fin se divorció del ingeniero se quedó con la niñita que tenía raquitismo y sordera y se la dejó a la abuela que era la que le alcahueteaba y le daba la plata para comprarse el perico, que entonces comencé a verla con una gente tan fu que me dije déjame sacarle el cuerpo porque están bien fuertecitos, entonces la dejó el Armando Huygens que era un cineasta paraguayo que se fue a vivir con una secretaria de la IBM que lo mantenía hasta que se alzó con los reales del Instituto del Cine y le revendió los equipos al Toto Munari de Cinecuña Publifilm, a todas estas yo toca que te toca y hacia los finales del chou salsoso veía caer por ahí a Annette que andaba con unas pintas durísimas con un cubano que fue el que le consiguió el conecte para modelo y la puso en la órbita de la inyectadera y el speed y el combine y los sicotónicos y cogían voladoras ricas en una Harley Davison 900 que parecía un Apolo y se metieron en el invento de un viaje a Macchu Picchu pero nada más al llegar a Cúcuta la Interpol los sacudió y los expulsó porque y que tenían que ver con el tráfico de la nieve hacia Cali,

y de regreso le dio el pasón de su vida porque en el aeropuerto la agarraron todos los periodistas a preguntarle de su vinculación con el Caso Molina y flash por aquí y micrófono por allá y las cámaras del noticiero. Notitevé, ahí sí pana, ahí sí que se le saltaron los tapones, la cogió por andar como una piedra, como un vegetal, te contestaba pero no te decía nada, y entonces fue que se le pegó Emo, aquél pavo gruvy con melena y chiva que era agente de la PTJ porque Josefina le vio el carnet y el 38 especial dentro del morral tibetano, a riesgo de salir fichado yo le decía, Annette, sacúdete, lo que pasaba con Annette es que dos o tres veces yo me había entendido con ella, nos miramos y supimos lo que éramos, ella resplandeció, y después eso se olvidó o no pasó más o desafinamos o era mentira que había pasado porque cuando uno entra en la velocidad imagina cosas y entonces le noté ese gesto en la boca que dice *ya,* y que era justo el que le había visto a Gladys antes de que la fulminara la apoplejía, ese *ya* que dice esta vaina se jodió y eso fue lo que me dijo saliendo del Kikos con su ojo azul que en ese momento le enfocaron unos faros sicodélicos y lo que se le vio fue la primera arruga, atrévete, y yo quién dijo miedo porque en bajada es que se acelera y se va llegando a lo que uno quiso o pensó o soñó y fue a lo mejor mentira o ilusión o tueste o aceleración pero ahora no hay bajada no hay freno no hay paracaídas, ahora uno es flecha hasta que se le acabe el impulso o se clave, si acaso alguna vez uno cambiara de ritmo, si acaso alguna vez rebotara, si acaso será mentira, óyeme esta vaina será mentira todo lo que no haya sido así, un redoble, este golpe y regolpe y este sudor y este repique que ya, ya se acaba pero no se acaba, cada vez más rápido contra una meta que no se sale del aro del tambor y que embiste con nuevas fuerzas cuando ya ese está muriendo porque revive de su remolino de hielo revive, atreviéndose y jodiendo, qué es lo tuyo, Annette, qué es lo tuyo, tú ahí sentado mirándonos qué es lo de nosotros tres, por qué pregunto, qué te importa, qué me importa a mí, qué nos importa: muérete, sacúdete y alcán-

zame: reviéntate: no lo logro: se me escapa y no lo logro: me quemo tras eso y no lo logro: embisto y no lo logro pero lo logro porque no lo logro lo logro porque lo peleo porque se me escapa porque no lo logro, lo logro porque lo atrapo donde no está porque fracaso: porque me quiebro: porque ya no puedo más: pero cuando ya creías que no, lo logro: pica que repica queteque repiquetea queteque repiquete queterepique querepiquete quetequerrepiquete tequete que te repique: ahí que te pique: que te repique pique piquetepíquete: ahí que se me fue y lo tengo ahí que está y que estuvo, ahí que ahora yo tratando todavía de tenerlo como una flecha que pasó: pique que repique: repiquetetete: toca que te toca recordándome porque resplandecí una vez y lo tuve ahí y llegué y ahí estuvo y lo sentiste tú también y entendiste que fue y lo entenderás aunque lo olvides: pique que repique toca que te toca y ella me descargaba con una de qué mierda estás tocando, y unos cuentos de que su destino era realizarse dentro del lesbianismo, y después la perdí de vista, yo toca que te toca, y a ella que la mató un fiscal de tránsito cuando iba en la parrilla de la moto de Alfiero porque no oyó la voz de alto.

ACATAURIMA

En el corazón de Urakán hay calma alrededor giran las olas alrededor giran vientos alrededor vientos giran estrellas alrededor gira la oscuridad alrededor gira la claridad de donde desciende señor Acataurima a conocer la sombra y la conoce combatiendo con Tairamón, señor del error, con Netxebutl, señor de lo diverso, con Urakán, señor del cambio, en remolino combaten en remolino se desgarran sus miembros

en remolino señor Acataurima vive muriendo en remolino envía una flecha que es una una palabra los remolinos hasta la claridad, en remolino Acataurima fabrica esta palabra con sus desgarrados miembros con los dispersos miembros de Tairamón de Netxebutl de Urakán, en remolino avanza esta palabra hecha de error de diversidad de cambio, en remolino esta palabra se equivoca, se multiplica, se transforma, en remolino esta palabra engendra palabras que se combaten en remolino somos esta palabra que muere y renace en remolino Tairamón Nexebutl Urakán te aprisionan te arrebatan te desgarran te sumergen en remolino viento noche y sal dentro del corazón de Acataurima resplandeces vuelto remolino

TEORÍA GENERAL DE LA VELOCIDAD

1—Estando los tiempos de reacción del organismo adaptados a la velocidad normal de los movimientos corporales, toda aceleración por encima de tal velocidad crea una disparidad entre la percepción del universo y la capacidad de reacción ante el mismo

2—Al salir de la heptasteria de los melancólicos, Alfiero acelera la moto, sintiendo bullir a su espalda el remolino de focos agonizantes de Annette, quien le susurra al oído un deseo

3—A medida que aceleramos en un medio homogéneo, la cantidad de detalles que se presentan a nuestra observación crece en proporción directa a la velocidad

4—Las luces de alto quedan atrás en la noche, claridades como caramelos

5—Siendo así que el incremento de la percepción es proporcional al logaritmo del estímulo, el número de irregularidades percibidas es asimismo proporcional al logaritmo de ellas, por manera que incrementos unitarios de la velocidad permiten sólo elevaciones de la percepción proporcionales al logaritmo del número de irregularidades presentes en el trayecto recorrido

6—El sonido del motor se acerca a una música perfecta que resuena en los pistones del cráneo

7—La elevación de la velocidad tiene como condición el uso de medios de desplazamiento progresivamente uniformes —autopistas, túneles neumáticos, atmósfera, espacio cósmico— lo que redunda en la disminución progresiva del número de irregularidades o estímulos presentes en los mismos y en la creciente monotonía tanto objetiva como subjetiva del medio en que tiene lugar la aceleración

8—En el remolino de las ruedas se abren los mandalas que mantienen engarfiado el instante

9—La monotonía del medio disminuye la riqueza de la percepción que el mismo ofrece, y en la medida en que el número de irregularidades del mismo tiende a 0, el logaritmo de ellas que es percibido tiende a — infinito, y las percepciones tienden asimismo a — infinito, haciéndose la percepción no solo negativa sino menos negativa

10—Sumergido en las autopistas de la eternidad, Alfiero ofrece su carga al altar de los perros minoicos que disparan al azar sobre los transeúntes

11—Momento en el que, dejando de percibir, *emitimos* percepciones y estallamos como una bomba sensorial que arrasa el entorno del universo sensible

12—Momento en que uno de los fiscales carga el revólver con una mosca y la dispara contra el corazón de Annette, que revienta

PROCEDIMIENTO LUZ ROJA

—Se me escapó el tiro.

—Le disparó a propósito.

—No oyó la voz de alto.

Me encontraba yo limpiando mi arma de reglamento a altas horas de la noche y cuál no sería mi sorpresa cuando al escapárseme un disparo este incidió sobre el corazón de la ocupante de la parrilla de una motocicleta que pasaba con la particularidad de que la ocupante se alzó como suspendida antes de caer al asfalto y rodar hasta la defensa de la vía para de allí rebotar mientras se me escapaban mi segundo, tercero, cuarto, quinto y sexto disparo que fueron a dar contra el casco contra los guantes contra el cinturón contra las botas contra el pantalón de la accidentada que en ese momento golpeó el poste del semáforo el cual por el impacto encendió la luz roja al ser sacudido por

EL CASCO

Plateado. Pantalla envolvente de plástico azul. Del orificio de entrada, en su parte central, parten haces de cuadriculados amarillos que se reúnen en la parte superior, bajo la calcomanía de una calavera llameante cuya boca es el agujero de salida, circundado de un sistema planetario de sellos Wynn, Fomoco, Mobil, US Rubber, Castrol y Texaco, titilan bajo las garras de un águila dorada circundada de es-

trellas rojas y azules, de las cuales parten verdosos dragones hacia las regiones del Poniente del firmamento plateado. Sobre ellos gravitan símbolos de la paz, ankhus, suásticas, tréboles de cuatro hojas, emblemas del ying y del yang, hexagramas, cruces de malta y asomados. En medio del arcoiris, con sus violentos amarillos, rojos, lilas y verdes entrecruzándose, huyen hacia los bordes y rebotan de estos hacia el zenith, donde los electroencefalogramas de las moribundas ondas alfa, beta y theta se van desvaneciendo en el sitio donde revienta una bomba de hidrógeno en forma de cerebro en radiante Day-glo azul sirviendo de fondo a las letras en naranja PEACE IS LOVE

Tachuelas de plata sobre sus ojos.

Sobre el casco de plata está pintado el cerebro.

LA CHAQUETA

de cuero negro estilo competencia, acolchada, con jinetas de sargento que dicen US ARMY. En el hombro izquierdo otra calavera llameante, bordada en campo de gules sobre fondo de sinople entre banderas cuadriculadas que dicen Indianápolis. En el centro de la espalda, estrella tridente robada del capó de un Mercedes, entre chapas de níquel que deletrean VIRGO. En el centro de la O, orificio de entrada de bala calibre 38, sin collarete de pólvora, de donde surgen hilos de sangre extendiéndose en tentáculos que siguen la curvatura de las costillas y el esternón donde el corazón estalla en una espiral rojiza de la que huyen nebulosas en agonía que remolinean sobre el pecho. Focos rojos indican los pe-

zones. Reflexiones que se cruzan en triángulo místico sobre el cierre de la cremallera.

La tundimos a palos. Los órganos saltaron.

EL CINTURÓN

que martiriza las últimas palpitaciones de las vísceras clavándolas con el broche de una hebilla en forma de ombligo que con su hongo metálico tapona la succión del ombligo, y de la cual parten, resplandecientes, cables de distribuidor, cadenas de transmisión, fuerzas resplandecientes, macho y hembras de guayas de frenos y alambres mordidos por pinzas ayudadoras de baterías de las cuales saltan barbas de óxidos de chispazos que chamuscan las crines del pubis.

Ardía retorciéndose. Pelele de fósforo.

LOS GUANTES

que son la mierda de todos los guantes negros, dejan al descubierto el dorso de la mano. Rotos en el pulgar izquierdo, donde la manija del embrague. Gastados en el pulgar derecho, donde el freno. Apagados en los broches, donde se destiñen las venas pintadas en fósforo rojo y azul por los últimos martillazos del pulso. En la palma se encienden estigmas ojivales. Frotados por los cilindros de los manubrios tensan los cueros hasta el desgarrar de una membrana donde perforaciones de 38 generan guirnaldas de flores y riachuelos de sangres de los siete colores cuyos arcoiris se juntan en forma de corazón sobre la línea del amor y la línea de la vida.

Por qué tantos anillos de azufre y hojalata.

LOS CALZONES

de lona azul desteñidos desgastados apretados en el ceñimiento de las redondeces bajas del vientre. Húmedos de sus exudaciones. Centelleante el cobre mágico de la bragueta con la cremallera descorrida donde el orificio de salida de la 38 abre un volcán sobre el orificio de entrada rodeado del chisperío de una zarza ardiente cuyo incendio escala las laderas del monte entre cuyo valle se abre sombría la Puerta en cuyo quicio los líquidos se disuelven desliéndose y chorreando hacia profundidades y desde profundidades: hacia remolinos: entre círculos donde los formas se retuercen: entre pulsos de fuego: constreñidos en prisiones de espasmos: acometiendo contra los repliegues: entre el calor viscoso descendiendo: vertidos en el lago de la muerte: y de ese abismo en éxtasis subiendo: hacia el perfecto centro donde espera: en embriaguez de eterno amor ardiendo, aquella esfera que impulsa las esferas.

La espuma baja hacia los desagües.

LAS BOTAS

de cuero mascado con cierres laterales y casquillos. Hileras de estrellas de aluminio en las cañas. Agrietadas por la acción deletérea de la gasolina, el agua de los arroyos y los solventes industriales. Sus suelas un cielo tachonado de gomas de chicle, melladuras brillantes, gemas de roca, gargajos desecados, mierdas de perro. Debajo, el pegoste de lo recogido, de lo machacado, de lo aplastado, los tickets del

cine, los boletos de rifa, los sobrecitos de condones, los volantes de propaganda, las etiquetas, los vasitos de papel, los clavos, las agujas hipodérmicas, las tapas de refrescos, las lentejuelas, el papelillo, los ganchos de pelo: figuran un mapa de las nebulosas. Incendiado por las chispas de los casquillos que, al perder contacto con la tierra, arrojan la energía que fluye desde esta en forma de fuego fatuo: todas las huellas dejadas por ellos se encienden en este momento: palpitan, como un corazón que poco a poco se detiene

con esta pinta y esta hediondez de gasolina es que han debido velar a Annette, de lo más gruvi hubiera estado, pero en cambio cuando va a verla su chama Estelita, alias Kitty, la de la cuña Vibromatic, se la encuentra en una urna forrada de seda, vestida con bata blanca y flores en las manos, ay mi chama, gritó

MI SEÑOR

Miseñor nos gritaron estos hombres bestiales,
animal eres tú que como armadillo vienes cubierto de placas e lloras los muertos e has menester de tornar en tinta e papel los poemas e has menester garras porque de otros vives e has menester vivir non nossotros,
non —el ballestazo en la garganta—
morir o no morir que viua o no nuestra raza es nada, y lo sentimos porque vosotros morís de saber: puede haber hombres sin dioxes e sin amos

—el ballestazo en la boca, de hinojos, cae al suelo—
Empálenlos. grita Don Luque de Vivar Garcipeña
—En los árboles había versos—
Escribe, me ordenó Don Luque de Vivar Garcipeña
una cruenta batalla contra los idólatras fice prodigios
—En el vuelo de los páxaros, los más bellos palacios—
Ay,
Ay,
Dí que en singular combate peresci de traicioneros dardos.
—Con las sus armas dímoslo a la tierra—
Don Luque de Vivar Garcipeña esta noche se ha volado los sesos
E como me lo pidiera, en otra foja
pergeño fantasiosa batalla e muerte
—como es cierto—
de Don Luque de Vivar Garcipeña por traicioneros dardos.

EL LLANTO

En el modo de cruzar una puerta puede estar decidida la ganancia o la pérdida de una herencia, de un cargo, de una dote cuantiosa, de un ministerio, de un estado eclesiástico. Si el lector amable quiere seguirnos en la descripción de aquella que nos ocupa, develará estos misterios de la sociedad civil, y comprenderá los motivos de la preocupación del joven Alfiero, enfrentado con ese momento, que a todo hombre llega, de considerar su sitio en sociedad.

—Vaya —dijo alisándose con estudiado ademán los pantalones recién cortados, actuando conforme al principio de que todo gesto, aún el inobservado, debe ser hecho como si pudiera ser sometido a examen— esta puerta no es, ciertamente, la de un avaro. No es la de uno de aquellos que ha saqueado la bolsa; no es tampoco la de una de aquellas familias a quienes el cambio político ha colocado en situación difícil y que no se han puesto

todavía, por lo tanto, *al corriente de los tiempos*. Quien la construyó ha asimilado con sabiduría los tropiezos de la emigración; conoce ya el arte de ser notado sin sorprender; hasta ahora solo es pesado, pero quisiera ser sólido. Una garita ministerial no le vendría mal; menos aún uno de esos ricos llamadores de plata en cuyo trabajo descuella Joulart; esta puerta, en resumen, deberá ser cruzada varias veces, pero no excesivamente, o se volverá un hábito, y de allí al estancamiento, no hay más que un paso.

Y, tocándose los labios, en ademán dubitativo, tiró del llamador.

(La porte)

El disgusto mayor de mi vida lo he tenido en esta oportunidad. Instalado el catafalco, a la puerta de mi casa fueron llegando las faunas más estrafalarias, lo que me hizo pensar con ponderada preocupación en los artículos que publica en la prensa capitalina monseñor Procopio Giménez. En algunos de los concurrentes percibía una dudosa virilidad manifiesta en los apretados ropajes, propios más bien para exhibir que para disimular las formas corporales que en desagradable redondeo se hacían evidentes. Otros lucían atuendos tales como ponchos, camisetas de colores obnubilantes, o chalecos de retazos, acuchillados en cuero y en telas inadecuadas o frágiles. Hacían profusión colores vedados a toda consciente masculinidad, por no decir que a tal ocasión de duelo y de natural recogimiento; molestaban mi sentido de las conveniencias también las cabelleras descompuestas y desaliñadas, cuando no alisadas con un cuidado desconocido a todo varón respetuoso de su condición de tal; en semejante tumulto se hacía dificultoso percibir que, de los asistentes, buena parte eran del sexo femenino; dificultoso, digo, por estar ausentes en ellas aquellas normas del decoro propias de su sexo; en vestiduras y en cabelleras eran iguales a estos mal nombrados caballeros que inundaban mi casa; sin recato exhibían sobre las mesas pies callosos cubiertos de curitas; colocaban entre sus muslos cascos de motociclistas signados de obce-

nidades; se hacían señas que incluían erectos dedos medios de la mano derecha e interpuestas muñecas en la juntura del antebrazo y el biceps; asimismo no podía menos que darme cuenta de la falta de toda otra ropa interior bajo sus inmodestas franelas y pringosos pantalones tejanos. En fin, parecía el conjunto, iluminado por los cobrizos candelabros de la funeraria, el célebre cuadro *Angelo de Medicis coronado por las musas,* debido al pincel inmortal de Lucca di Froscio, que conservo en el libro 100 Obras Maestras de la Pintura, del Club del Libro del Mes, y cuyo original tuve oportunidad de contemplar en el Museo della Figa durante mi excursión en el Tour de la Agencia Turisviaje, Europa en quince días, pagadero en módicas cuotas mensuales. Pero a las delicadas gasas de las musas, las sustituían en este caso apretadas y casi transparentes camisetas, a los armoniosos sátiros y unicornios, especies indefinibles que fumaban cigarrillos con olor a trueno, a los laúdes gemebundos en la brisa, guitarrones con enchufe en los cuales comenzaron a rasguear melodías foráneas ante el pasmo y la consternación para ellos bien evidente de los mayores. El sentimiento de mesura fue lo único que me impidió llamar la policía para que dispersara aquella turba de dolientes que convertían el velorio en farándula; disuadióme también el percibir entre ellos a Estelita Ichásusegui, a quien conocí de pequeña cuando vestía el uniforme del San José de Tarbes, y que inconsolable al pie del catafalco vestida con una bata samoana anaranjada gritaba ay mi chama, te dieron bollo, y ay, mi geva, te tumbaron, *I read the news today, oh boy,* se entremezclaba la música estrepitosa, ay mi perra, *about a lucky man who made his grade,* ay, mi pana, *and though the news where rather sad,* ay, my chama, *I could no less that laaaaaaaaaaugh,* se extendió la nota del bajo en una ondulación chiclosa que amelcochó y derritió la escena en un menequeteo espasmódico, cera derretida chorrearon las velas y sudor corrió por mi frente y al abrir la puerta del baño donde acudí a secarme encontré todavía encendidas en el menequeteo a Estelita y a un pavo

que le dicen Alfiero, que se había apoderado de los preservativos y los había dejado sobre la tapa de la poceta forrada de tul, hola pure, me dijo Estelita, mientras gotas perlinas corrían por sus muslos, hola vegetal, me dijo el mancebo, atropelladamente abrí la puerta de mi cuarto, donde en la cama Estelita era cabalgada por el mancebo y un ruido raro le salía por la boca llena de burbujas; trastabillando abrí la puerta de mi estudio, donde Estelita cabalgaba al zagaletón, murmurando una canción de cuna; abrí la puerta de la habitación de Araminta, donde el galfaro y Estelita se lamían ante los ojos vidriosos de Ecuanil de Aramita y de las comadres, tras la cortina del cuarto del servicio Estelita jadeaba clavada sobre la cesta de mimbre de la ropa; tras la hoja corrediza del closet, entrelazados Estelita y el muchacho en un rocío de sudor se mordían pezones y vientres; bajo la compuerta del congelador, escarchados, se mamaban enroscándose como serpientes; tras la reja del garaje mancebo Estelita se revolcaban dejando manchas en la tapicería del Buick Imperial; en el jardín arañaban la tierra Estelitamancebo entre un coro de bacantes junto al sapito de cemento que echa agua; en la cocina manceboEstelita convulsionábanse sobre polvo de azúcar ante la risa de la cocinera, en toda la casa puertas abiertas y manchas de engrudo azucarado, Estelitamancebo ManceboEstelita, escribo esta carta a su prestigiosa columna como un alerta a los padres de familia, abandonados en las escaleras pantalones, harapos, me herí el pie al pisar un chaleco de escamas de metal y de vidrio, ya salió el cortejo fúnebre, las heridas me sangran, los calmantes me fallan, los sucesos me atontan, la cabeza me estalla

NON NESSECITABAN

En lux ardían sus cortejos
Non nessecitaban de imágenes
en su mente podían ver el sol como muchos soles o como noche,
Descomponer la lux blanca en todos los aromas
Non nessecitaban de dar forma a los cuerpos salvo los esenciales
Les bastaba con imaxinarlos
y en un instante imaxinaban muchas cosas

Sus muxeres se dejaban
Les gritábamos por qué non resistes, puta
Nos dessían, non se resiste al aire
a la bebida al alimento ni a la semilla
Nos avergonzábamos
de creernos nossotros mismos cosa que debe rechazarse
Pedíamos a Pablillos
el pustuliento
que las contaminara.

EL CEMENTERIO

Polémica de los géneros y atanor de la muerte.

Forma de las alegorías. Sobre los montículos, banderolas. Cada cosa tiene su monumento y su triunfo. Todo está entristecido.

Cantares por devanecerse. Crepusculación orifica los pesados enseres de las alegorías.

Descienden halcones.

Columnatas y minaretes truncados. En sus pedestales, meditan esqueletos.

Lámparas en forma de corazón arden sobre limosas piletas flanqueadas por ánforas. Cráteras volcadas. Un ciprés rodeado por una cinta en la cual hay una inscripción ilegible.

Mutaciones entre las desiertas formas alegóricas. La alegoría, que es el cadáver de las cosas, rodea el campo sobre el cual se eleva el túmulo último, que es el de la alegoría de la alegoría.

EL ENTIERRO

Deposito una ofrenda sobre la tantas veces visitada tumba del Doctor Milagroso, cuando pasa el cortejo de una bienaventurada. La precede pata de chamos en motos paleadas. La sigue cuerda de percusionistas y bajistas, burda de pericos, rumba de grillos y agite de tronos. Coloridos esperpentos esperpantan panteones y encienden cachos en las lámparas votivas. Y me pregunto: ¿Es esto serio?

GRACIAS DOCTOR MILAGROSO FAVOR RECIBIDO E.G. de N. 3-6-58

Cortejo de motos arranca por la avenida rebasa carros fúnebres adelanta túmulos salta acera arrolla primera lápida

LEONOR MARRERO
DE ESTÉVEZ
Su hijo inconsolable
23 de octubre 1925

crucifijos: ángales: arcángeles: querubines: dominaciones: tronos: potestades: siervos de Dios: bienaventurados: beatos: santos:

VITO MODESTO
FRANKLYN
DIOS LO TENGA EN SU GLORIA

alegorías: cemento: granito: pórfido: mármol: bronce: losa: cadenas: gravilla: setos: cipreses: vitrales: latas viejas: aguas estancadas: hojarascas: imágenes: hendidas por los arietes de aluminio: ISAURA PATIÑO DE MARTÍNEZ: primera segunda primera: SU ESPOSO Y SUS HIJOS INCONSOLABLES: neutro: tercera

GONZALO GONZÁLEZ GONZÁLEZ
Su Viuda e Hijos

remolino de motos paradas en una rueda: losas que se cuartean por los neumáticos de motocross: coronas enganchadas

en las manivelas: jinete salta de la silla al chocar contra angelote con trompeta: segunda: embrague: tercera:

GRAL. ONELIO CASTEJÓN PARRA Su Hija Inconsolable 6-7-55

muchacho con chaleco de escamas de hierro y de vidrio arranca cruz de latón de féretro de la bienaventurada: arranca Kawasaki 350: embiste crucifijos de hierro: de bronce: de conreto: de mármol: de ladrillo: de grava: de setos: de madera: de granito: de paja: de flores: de vidrio: de yedra: destella cruz de luz entre bosque crucífero: cruces nacen de las cruces y cruzan con luces: crecen las cruces: cruzados: Harley Davison y Suzuki flanquean en la encrucijada para arrebatárselo: pasa Suzuki; adelanta Mayka: Kawasaki recupera: embiste la zarza crucífera que araña y desgarra y raya y rasguña y hiere: me arroja a la mano el crucifijo

GRACIAS DOCTOR MILAGROSO FAVOR RECIBIDO

Aprieto contra el pecho la cruz de latón: en las más íntimas honduras de la visión se manifiesta la perfecta luz del favor recibido: me desentiendo de músicos y motociclistas, congelados en sus saltos sobre las tumbas: en el aire las máquinas como abejorros paralizados: cascos y chalecos y vísceras de cromo como nubes: en medio de su quietud revienta el turbillón de los arcángeles de mármol, contorsionándose, ca-

yendo, ascendiendo: batiendo sus alas pétreas en zumbidos de poder mineral: leones de bronce rampan y llamas de piedra fluyen: remolino de la bandada arcangélica contorsionándose: proliferan y se enroscan yedras esculpidas: trepidan lápidas: cubicaciones cubícanse: estallan estelas dentro de las cuales estallan cráneos en esquirlas proporcionadas conforme a las reglas áureas de la escala de Fibonacci: bombas óseas: volcanes: granizo y repiqueteo de la tormenta de vértebras: mariposeo arcangélico: lluvia de cráneos sobre el muchacho de chaleco de escamas de hierro y de vidrio que flota inmóvil suspendido en su cabalgadura entre el turbillón del repiqueteo osteológico: caen ojos de estatuas: mis labios articulan: Yo no quise ver su cara.

Alfiero llamó una y otra vez; llevaba la ropa desgarrada: convengamos que su aspecto era el de un loco. —Y si aún después de esto ella se me niega enviándome un criado —se repetía dándose a los diablos— está resuelto que cometeré un crimen. En Italia esto no está en contra de las buenas costumbres; en Inglaterra sería imperdonable; en Francia, ridículo. Concedamos que solo en este clima se puede enloquecer de una manera adorable.
Estos pensamientos se le ocurrían dentro de una fiebre vertiginosa; palpó una y otra vez el puñal que llevaba escondido en el pecho. En ese instante, sus dedos dieron con el rizo que conservaba junto a la cadena; bastó esto para que renaciera su amor, con una fuerza próxima al delirio arrojó el puñal al empedrado: en ese instante, divisó las luces de la ronda que se aproximaba.

(La porta)

1 KPH—Yo también fui como tú me acosté y me levanté temprano me cepillé me peiné hasta que una noche

me desperté pegando un grito había un tipo en la cama y ese tipo era yo: con los ojos abiertos y las pupilas dilatadas estaba en la cama ese tipo que era yo. Si te le acercas oyes toda la noche su sangre que circula y ves sus pupilas que se dilatan o se encogen. Y él está allí. Como un fósforo, resplandeciendo.

2 KPH—Entonces en el Liceo lo diagnostican a uno loco o endrogado y resulta lo de la boleta de expulsión. El agua sigue corriendo en los bebederos pero por nada del mundo se podría beber esa agua de piletas limosas.

3 KPH—Alfiero entra en su casa en donde todo está congelado. En el jardín la sirvienta riega el césped con la manguera, inmóvil. Todos los muebles están volteados para el paso de la pulidora cubiertos de tela blanca. Sudarios. Alfiero intenta moverlo todo poniendo en el tocadiscos a Led Zeppelin pero todo se queda tal cual. Estallan los huesos de las cosas. Desde la jaula el canario mira alpiste que ha caído en el suelo pero ya todo es irreparable. Llama por teléfono Annette para contar que la agarró la depre. El teléfono queda en el suelo, descolgado. Ánforas con bachacos y flores.

4 KPH—Alfiero se encierra en su cuarto, con las persianas bajas. En la oscuridad y el silencio y mientras dura la paralización quiere apresar ese tipo que está ahí y que es él.

5 KPH—Alfiero camina en las regiones de la noche, tocando el aire de las más refinadas oscuridades. Estrellas enfermas de fiebre. La mamá lo alcahuetea con el papá, el papá prefiere no saber, y la hermana se está largos ratos en el cuarto. En el medio, desnudo, cubierto de sudor, Alfiero ensaya las formas corporales que han de llevarlo hasta el último centro de las noches.

YO NO QUISE VER SU CARA

Hace cincuenta años, yo no quise ver su cara, y mi perdición fue esa, de frenar no tuve tiempo, el parafango hizo patatúm, y rodó por la calle un sombrero negro, patapúm patapúm, hizo en la acera un bastón negro de puño dorado, yo abrí la puerta del carro, vi los botines, vi el traje de casimir negro, traté de no verle la cara mientras lo levantaba para llevarlo al hospital, dos semanas me tuvieron preso en la Gobernación echándome infinitas vainas, me llevaron el periódico del día siguiente y allí vi, en el cliché, por primera vez la cara que yo no había querido ver: el retrato estaba retocado y abajo decía un gran duelo para la colectividad: era el doctor que en las salas de la beneficiencia repartía estampitas santas y dejaba medallitas debajo de las almohadas y las pacientes decían: Dios se lo pague. Pero qué gran diferencia la imagen del sucio periódico con la carne que yo había levantado cuidándome de no mirar, qué gran diferencia los ojos abrillantados con tempera de los ojos revirados que yo había eludido: me enteré después que en la sala de curas de emergencia el atropellado, la mano sobre el corazón, había dicho: que no se acuse de nada al chofer.. Después, las manos entrelazadas: su dolor es mayor que el mío. Después, las manos juntas: su dolor y el mío los ofrezco al Señor. En ese mismo instante, se supo mucho después, luz deslumbradora en la enfermería del asilo de las monjitas donde duerme Paulita Remedios, aquejada de reumatismo y otros quebrantos propios de la edad. En ese instante, ojos dilatados de doña Paulita Remedios, que dice: Doctor, doctor, por fin ha venido a visitarnos, mientras las monjitas preguntan dónde, dónde, dónde. Dónde, dónde, dónde, corriendo desde la sombra ocre de los corredores, perfilados contraluces, lámparas votivas, hasta el patio donde en ese instante florece el único árbol, y doña Paulita Remedios muere dulcemente rodeada de flores que las viejitas de la Sala Dos le traen. Una mano inflamada en carmín enciende una vela. En ese mismo instante, yo nada siento o veo o pre-

siento. En la luz violácea del crepúsculo, en el calabozo, parezco la figura central de *La Abandonada,* último y conmovedor lienzo del maestro Pedro Antonio Cisneros antes de rendir el alma por la enfermedad contraída en su buhardilla de París y agravada por su afiebrado trabajo en la Academia Julián. Un haz de luz cansino cae desde la única ventana enrejada por donde se adivinan los remotos fulgores de la urbe hacia los cuales el Ingrato corre embelesado: en el centro de la composición, con la mirada hacia lo alto, aprieto contra el pecho el sombrero de pajilla no me lo vaya a robar Toñito el Rápido que lo acaban de encalabozar, no se lo vaya a coger Cara de Mugre que se hace el loco en el rincón y me enseña el colmillo, no se lo vaya a quedar el cabo de presos que asoma la cabeza y dice: ¡Ese Luciano Aguilar a rendir declaración! Interrogado sobre los particulares del suceso, contestó así: ¿Diga usted dónde había estado la tarde anterior? Contestó: Aburrido de un tiempo inmóvil y de calles chatas que parecían cerrarme el paso, manejé hasta la plaza de toros, entré al palco del hijo del Benemérito, donde departí con señoritas de la crema de la sociedad. ¿Diga usted si recuerda algunos particulares de esa velada? Contestó: Un toro negro había empitonado a un torero dorado y lo sacudía mostrándolo al honorable público presente. ¿Diga usted cuál de los diestros resultó lesionado? Contestó: Lo ignoro por cuanto desvié la mirada hacia las falsas torres moriscas de la plaza, taraceadas de estrellas geométricas que con su vibración parecían infinitas. ¿Diga usted si apercibió otros detalles en la víspera del accidente? Contestó: Un vuelo de capas rojas que abofeteaba al toro negro. Arabescos como nidos de arañas rectilíneas: muerto fulgor de la inmortalidad rodeando la fiesta de muerte de la plaza. Mareado del parpadeo circular del estrellerío, busqué la diversidad, el tiempo el movimiento. Salí de la plaza de toros, monté en el carro, aceleré. Vencía la chatura de las calles y de la vida dejándolas atrás. Toda la noche aceleré por avenidas sin fin llenas de arboledas y estatuas. Contra un trapo negro aceleré hasta que di en un desgarrón dorado que comenzó a mancharse de

rojo, y entonces noté que en el cielo se estaban muriendo las estrellas. ¿Diga usted cómo sucedió el accidente? Contestó: La víctima pareció arrojárseme frente al carro. ¿Diga usted si reconoció a la víctima en el instante de atropellarla? Contesté: Yo no quise ver su cara.

6 KPH—La Hermana: Él va entrando en las regiones de la noche. De pie en el centro del cuarto oscurecido, nada en corrientes remotas, camina por pasillos escondidos, dentro de un mundo forrado en fieltro negro que amortigua el tumulto de las cosas. De cuando en cuando recibe cajas hechas de manchas de luz: cajas que flotan, variando mansamente su fosforescencia, y a las cuales acerca las manos como quien las pone ante un leño: leño sin temperatura, sin existencia. Al fin deja las cajas e insiste en las sendas oscuras que se abren en el centro del cuarto. Donde perdura días y semanas tratando de comprender la nulidad del vacío antes de comprender las cosas que lo llenan.

ALFIERO: Si tienes que darme la saliva de tu lengua o decirme la palabra que me hará caer por tierra o rayar con las uñas en mi piel. Hazlo.

LA HERMANA: Te has refugiado en el cuarto. Has caminado entre las regiones de la noche. En la planta de los pies tienes el frío.

ALFIERO: Toco en las puertas cerradas y desperdigo la leche y dejo que la lamas.

HERMANA: Enceguécete.

ALFIERO: En la frente las llagas de los cabezasos contra los muros.

LA HERMANA: Es la hora del café con leche. Esto sí duele.

ALFIERO: De una vez y al mismo tiempo todos los caminos.

LA HERMANA: Sabes que solo se es feliz atrapado. Me haré un lavado. Esto sí duele.

ALFIERO: La palma de la mano sobre la llamarada.

NO

NO NO NO NO NO NO NO NO NO NO
NO NO NO NO NO NO NO NO NO NO
NO DE NO DE NO DE NO DE NO DE
BO BO BO BO BO BO BO BO BO BO
BOBO BOBO BOBO BOBO BOBO BOBO BOBO BOBO
NO DEBO RayAR lOs CuAderNOS No DEBO RayAr lOs
CuaderNOs nO DEBO Rayar lOs CuaderNO DebO RayAr lOs
i el PaiZ DoN DE se ALLa EsTA DetRÁS de
UnA RaYA
RA RA RA RA RA RA RA RA RA RA
RAY RAY RAY RAY RAY RAY RAY RAY RAY
AY AY AY
AY
AY
AY
AY
AY
Y El PaiZ pOR DONde QedA
Al lADO delArbO LedA Y el PaiZ DONdE se Toca
QedA dENTRO dE tU VoCA

En clase, debe aprender a guardar silencio

NOMBRADOR

Con el favor de Dios bordeamos el país
e nos vino un silencio sostenido del Poniente e aprestamos los tiros de balista e los tiros de arcabuz e de culebrina e de falconete e las las alabardas
e dagas e partesanas de las que sacamos un filo muy cumplido
e los morriones e cotas de mallas e escaulpiles
e los cofres de palabras
soltemos las jaurías
e a esto llamémoslo cielo e a esto tierra, e prados, e collados,
e a esto démosle nome de páxaros, e a aquello de flores,
e a esto bauticémoslo piedra, a lo de acullá ríos, e
trasacullá serranías, e estotro bosques
al primer home que apriesamos
diximos: entréganos tu nome
e nos dixo: señor, no hay nome
nada puede ser dicho
e quemámoslo
también al primer páxaro
murió trinando
e incendiamos una arboleda
peresció alumbrándonos
e sea esto nombrado indio
e esto muger
e esto ídolo o demonio
sembremos en sus bocas
semilla de palabras
Tuyo, Mío
sean presos de sus lenguas
todo moría al golpear nuestras palabras
al morir era nuestro

YO NO QUISE VER SU CARA

Conseguida la libertad bajo fianza, grandes problemas tuve para que me devolvieran el Duesenberg, al que ya en el depósito los guardianes le habían robado los faros los cauchos las bujías las tapas de los tanques la corneta de pera los cojines de los asientos la manivela del encendido la lona del techo y en el acta habían escrito: ingresó en este estado. Repetidas veces me impidieron sacarlo, ya que decían, no está en condiciones de circular; repetidas veces lo puse en condiciones de circular y entonces desaparecían la palanca de cambios o las ruedas: di todos mis fondos al encargado del depósito y entrada la tarde pude salir al volante de un Duesenberg sin manijas ni parabrisas. Por arrabales miserables manejé entre hileras de sombras arrojadas por filas de peones que regresaban del trabajo, con las herramientas al hombro. Conduje hasta la carretera y llegué hasta la cerrada curva de Los Cachos: desembragué saqué el freno, saqué la llave, abrí la puerta, empujé, conté cuatro cinco seis sieto ocho nueve diez y el Duesenberg todavía daba tumbos por el precipicio, conté once doce trece catorce quince: botó y rebotó y reventó y sólo al dieciséis salió de él una bola de fuego ¡enjambre de puntos de colores! Sentí que se me encendía la cabeza y en la cara me dio una luz insoportable. Levanté el brazo a la altura de los ojos. Tras la bola de fuego, los matorrales se encendían en verde, un verde intenso hasta la urticación que se perdía en tonalidades azules y amarillas y violetas de una intolerable virulencia que comenzaron a contaminar las nubes —ellas mismas encendidas por dentro de una luz de fósforo y, al fin, lo peor, un crepúsculo de una rojez de sangre vertida que seguía reverberando dentro de mis ojos cuando los cerraba— y también el azul violento de un trozo de mar entrevisto a lo lejos y también la masa de zonas de luz y sombra de los picos de los montes, que como un intestino a partes iguales de desgarrada carne y de ríos de bilis, se encendían con la última luz de un sol muerto —pero ni la noche ni mis párpados harían morir ese sol, que se-

guiría ardiendo dentro de mi cabeza para iluminar la imagen. Temí ser el hombre que jamás tendría noche. Pensé que el mundo entero ardía y que en vez de llamas expelía colores. Para huir de mi visión interior del sol abrí los ojos y encontré que aún la tiniebla estaba agusanada de colores, y que estos hacían guerra entre sí, devorándose mutuamente, en torno a los chorros de pus de las estrellas. Regresé a tumbos, por la carretera, deslumbrado por las lámparas de uno que otro camión. Me lanzaba a las cunetas, no fueran a detenerse a recogerme y a imponerme sus volcanes de luz entre la niebla que se levantaba —el horror de esas máquinas iluminadas en todos y cada uno de sus aros de cobre y de vidrios y de hierro, con tantas y tantas densidades de la luz y de la tiniebla en su vientre a su alrededor —al doblar un monte vi la ciudad y aquellos pobres faroles me parecieron el incendio de un mundo —y temblé de la inmensidad de los *rostros* impúdicamente ofreciéndose bajo tanta luz —bajo tanto chispeteo, lengueteo, refracción e irisación —y bajo las arañas de los teatros —y frente a las lámparas de las tabernas —naciendo en todas las frentes y las cuencas orbitarias y las mejillas los aleteos de las sombras preñadas de viscosos gusaneos de color —palpitantes como corazones —soñé en el asalto del mundo por hormigas de luz, que lo despedazaban en colores —y que abren el vientre de cada cosa para exponerlo sin misericordia —y sentí que yo mismo reventaba en *luz*, exteriorizada en los enconados tonos de mis vísceras y de mis huesos y de mis músculos y de mis venas —como en una tromba de moscas azules, irisadas, poblando de oro y de cadmio y de turmalina el aire donde yo sólo quería encontrar la oscuridad —y el cielo donde la buscaba y distinguía rosáceas cúpulas, copas de árboles, exhalaciones y relámpagos —llevado todo por el incendio de la noche —la llamarada preñada de luces de la oscuridad, que sólo puede apagar el agua sucia de la madrugada. El primer tranvía me llevó cerca del cementerio. Caminé largo trecho. Hice que me guiaran hasta una tumba reciente, quise dejar en ella la llave del Duesenberg, me detuvo el ver sobre

la lápida nueva las cornetas de pera, tapas de tanques, maniguetas y palancas dejadas por manos anónimas. Un faro de Duesenberg me miraba. El sepulturero me ofreció venderme el otro faro, reliquia santa útil contra las adversidades de la suerte, yo tomé entre mis manos el faro que estaba sobre la tumba, y este, al ser movido, dejó al descubierto la parte de la tumba donde una viñeta de bronce enmarcaba un daguerrotipo que exhibía la cara que yo no había querido mirar, cara que se reflejaba múltiplemente en el níquel del faro, en las manijas, en las tapas. Reventé el faro contra la tumba, y una infinidad de trozos de vidrio azogado reflejó la cara del daguerrotipo. El sepulturero se quejó por la destrucción de la reliquia, intenté consolarlo dándole las llaves, me dijo que no era lo mismo, yo le advertí sobre la falsedad de la pieza —la auténtica, le expliqué, estaba astillada, tenía pringes de sangre— el sepulturero me miró, se hizo la señal de la cruz, se retiró mirándome, yo buscaba en mis bolsillos una moneda no sé para qué, después me encontré arrasando con una seca corona cuya banda morada decía, en letras de mostacilla, Hortensio Suarez, Gutierres, arranqué la banda, la sentí hervir de bachacos, azoté con la corona dos o tres veces un monumento con un ángel que tocaba trompeta, la dejé sobre la lápida, tapando el daguerrotipo, no me atreví a mirar si en las reliquias —tapas, cornetas, manijas— los rostros reflejados también se tapaban. El sol se levantaba, como un ojo dorado.

EL RÍO

Soto el sol
Los homes dioses
bajaban de los labyrinthos de los montes

a morir por mano nuestra
al matarlos llorábamos
homes que sangraban miel
dioses cuya carne era los más diversos alimentos
los granos las estrellas los peces
debíamos matarlos
los astros se facían escuros
trabadas las maravillosas luces que brotaban del aire
morían por nossotros
porque non conviven los homes e los dioses
dexaban la existencia con sonrisas de sus dientes
en cada animalía en cada fruto
sentíamos la muerte de un dios.
Pablillos hacíase múltiplemente Judas
después que hubo matado a todos, quisso que lo quemáramos
manaba de su espada la ssangre cantando alegremente
manaba de sus pústulas la resplandeciente ssangre
manaba de su boca la ssangre de los dioses
él era un río
nos pedía la muerte,
perescer con los dioses,
nos negamos,
su mano tocaba el Evangelio e afluía la ssangre deslumbrante
muerte e condenación fueron negadas
por los montes yerra un rrío sangriento
encendidos
en él viuen los dioses.

7 KPH—En la noche las piedras de la playa, encendidas en luz, demasiado encendidas. Sentirlas con la planta de los pies. La luz sube por la piel.

8 KPH—regiones de espejos estáticos y músicas congeladas.

9 KPH—Sombras moviéndose en la playa, a la cuatro de la tarde. Algunas triangulares, de velas de yate. Van de-

sollando el sol y el sangrerío comienza a hervir en el mar, en todos los tonos. Festones de espuma.

10 KPH—Plazas verdes cn piletas limosas, Me desnudaría y me lanzaría en esas piletas, aunque estuvieran llenas de tifus.

11 KPH—Caminantes lejanos que fingen no oírme

12 KPH—Los demás, palabra que zumban y mariposea, como una cucaracha.

13KPH—El viaje que te va llevando cada vez más lejos
de los linderos
y ni un terrón ni un sonido
te da calor o te complace
y vives de la tibieza interior
de un bloque de hielo
Hierro corroído.
en qué carne te plantarás
dónde harás roña

14 KPH—Hasta que seas un tumor brotado sobre tí mismo.

15 KPH—Esplendores y fulgores y destellos del reino. Todo esfuerzo para detenerse y compartir es frustrado.

YO NO QUISE VER SU CARA

Esparcidos los fulgurantes restos del faro sobre la tumba, me fui a la pensión diciéndome: terminada mi juventud, cosa ésta que decirla es como un eclipse, de repente todo se pone gris, se ven destellos en el empedrado de las calles, en el cielo,

en los zaguanes. Peones tristes recogen las carpas de un circo que terminó sus funciones, en el suelo quedan billetes rasgados, barquillas escupidas, periódicos con una gran fotografía que dicen: en la Santa Catedral, sufragios por el alma del Médico de los Pobres.

Periódico que se puede recoger, y marchar a la Santa Catedral, o que se puede patear, dirigirse uno hacia un restaurant a comer callos a la madrileña y una papeleta de sales digestivas. Urp. Pero la cuestión no es ir, no es pararse detrás de la estatua de un Arcángel Gabriel de madera pensando me reconocerán, no me reconocerán, la cuestión tampoco es llegar al restaurant y decir, Manolo, jugo de tuyo; la cuestión es que la cuestión no es ninguna de ellas. Que como un plato estará roto y caído a tus pies todo acto, mientras dure la obsesión, dure el fantasma. Dure este ciclo, dure este círculo. Dure esta cara en tu memoria, dure esta imagen.

Rápidamente analizada mi situación financiera, el automóvil destruido, mis padres escandalizados y renuentes a enviarme más dinero desde la hacienda, con la desesperación de quien sabe que de nada le valdrá emprender opción otra, me estrené de sablista. Dura valentía me daban mis patiquinescas ropas, mis trajes de última moda con los botones de fantasía incompletos: tumbé con un urgente préstamo de doscientos al Generalito Alí, el hijo del Benemérito, cuya secreta cobardía enfermiza era yo uno de los pocos que conocía; otros doscientos extraje de Leonardito Fappé, a quien yo sabía causante del viaje a París de una señorita que pecó porque se fastidiaba; doscientos cincuenta recaudé de uno de los Abila a quien como testigo falso había yo salvado de la acusación de violación de una menor; en el muelle extraje trescientos del bolsillo melancólico del Armand Utrera, a quien su familia enviaba a Bélgica para evitar el desafío que amenazaba entablar con el Gastón Carrillo, que se *sacó* de la casa la hermana del Armand; ciento cincuenta ordeñé del Académico Lupercio Mastrocónico, de quien sabía yo que le prestaba su esposa al General mientras él escribía sus exégesis boliva-

rianas... Con mano firme empuñaba yo el bastón y pedía. Hay un no sé qué que hace irresistible la petición del sablista: puesto que te pido, me rebajo; puesto que te pido, me coloco por debajo de ti. No sabía yo si lo hacía por dañarme o por hacerles el bien que hace el sablista, que por tan poco dinero permite que lo despreciemos...

Regada mi fama de sablista, me impidieron la entrada al Club. Queriendo apurár la infamia, armé un escándalo —mire que llamamos a la policía —llámela que lo mando a usted preso —que este es un lugar de orden —que el carajo —que esto —que aquello ¡Rota la pajilla, chafado el cuello de la corbata en la puñetamentazón consiguiente! ¡Garrido, el fino estilista que otrora me admitiera en la peña literaria de la revista *Nectaria,* esgrimió su bastón de condottiero en posición de defensa de cuarta! Retumbante, gritaba: ¡ah, canalla, ofendedme y tendréis de mi brazo! ¡Demudado, descuidó la defensa al pedirle yo un billete de a veinte, recibiendo un guantazo que luego intentaría lavar con sangre en un duelo para tres días después, al que ambas partes olvidaron acudir!

Moralmente execrado por las musas y la sociedad, dejé de pagar en la pensión y busqué en mis maltratados enseres el terrible periódico al cual sabía yo que un día u otro debería volver. Desde la primera página, el rostro que yo no había querido ver me miraba. Recortando la imagen de mi victima, comprendí que el destino del hombre es la marcha hacia la imagen que se le habrá de hacer insoportable, hacia el talón que habrá de exponerlo a la destrucción. Porque sólo quien es vulnerable es hombre. Porque del vergonzoso temor y la huida del cuerpo a la hoja de acero de la aprensión, vivimos. Retorcidos en la cruz de nuestra vulnerabilidad. Temblorosos de las espinas que van a perforarnos. Reluctante la planta del pie al matorral donde transcurren las serpientes. Y así vivimos. Cuatro tachuelas me bastaron para fijar el retrato en la pared del cuarto de la pensión. Como el fanático que mira el sol, parpadea y vuelve a mirarlo, contemplé la repro-

ducción del retocado cliché de ojos aguados y mejillas de loza: se estableció esa relación de eternidad que nos une con los retratos que nos siguen con la mirada: este contacto enfureció las chinches del camastro donde me tiré: una pasión de aplastadas manchas de sangre floreció en mi camisa de rayas: de alguna manera dije, sea. De alguna manera me libré a la contemplación de ese rostro, sabiendo que al fin había llegado a la elección necesaria: la del celoso que provoca la infidelidad para tener la certeza, la del aquejado de úlcera que se dispara un tiro en el estómago.

Cómo atrapar en la transparente luz de la mañana y en la pesada luz del mediodía y en la vacilante luz de la lámpara de cuarenta bujías, la mudante multiplicidad del retrato inmóvil. Mira fijamente y sin parpadear un grabado: tu mirada desleirá sus colores: el negativo de la imagen sobresaldrá de ella: el ojo se anegará en un amarillo fantasmal: la boca flotará sobre una albúmina luminosa: varias falsas imágenes estarán tras la imagen verdadera, que a su vez será falsa: cuatribocas triojos. Ochiorejas. Binariz. En esto, se irá la luz, te quedará una imagen borrosa, en la pensión gritarán apagón, apagón, encenderán trémulas velas. Más monstruosa la flotación del cliché sobre sus ahora rosadas parpadeantes falsas imágenes. Permanecer ante esa imagen hasta embeberme en ella. Hasta inmunizarme. Así día y noche. Así noche y día. Llegar a una verdad por la falsificación de una falsificación. Alarmada la dueña de la pensión: pero qué tiene, aquí no podemos tener enfermos. Callado yo. Callado el retrato del hombre a quien yo había matado. Comprendí entonces la inutilidad del intento, pero esperé. Más allá de la esperanza, esperé. Una noche, tris, tras. Sobre el empapelado, presentía yo las crujientes cucarachas que iban, venían, inspeccionaban. Riquiriquiriquiriqui. Mordían. En la mañana, apareció la primera llaga de roído papel en la mejilla del retrato que yo había fijado en la pared.

Y a la noche, riquirraca raqui riqui riqui. Si saltar de la cama y caerles a taconazos. Pero no, pesado tacón del

botín viajando en lo oscuro hacia el ojo del retrato, la babeante estrella de vísceras sobre el ojo derecho. No, nunca, no. Mejor el alba, con el siniestro bubón de papel roído sobre la ceja. Mejor la noche, con el riqui riqui raqui sobre la frente. Mejor el alba con la ahora leprosa nariz devorada. Mejor la noche con las perforadas mejillas crujiendo entre las mascellas. Cric. cric. Cráquita. Mejor el alba con el ojo derecho sin pupila. Mejor la masticatoria putrefacción sobre el papel. Cricrás, cris, crácata. Mejor la madrugada noche tarde en la que comprendí, si las cucarachas pueden limpiar, dejarlas limpiar. Dejarlas borrar el retrato que era ya mi rostro. Sentir en mis párpados cada mordizco dado sobre el papel. Dejar que la carnal memoria del rostro muerto y la ósea memoria de mi rostro se confundieran mutuamente devoradas. Oh obsesión de mi rostro que dejaba yo inerme. Paseaban por él, inspeccionaban mis labios, volaban hasta la pared. Criscrás, ñácata. Ruñe ruñe ruñe. Inmensa órbita silenciosa. También en el ojo izquierdo. Laguna sin párpados. Cuencas arbitrarias.

Insidiosamente, laboriosamente vuelve la víctima al criminal. Vive tanto como él. En el aire que respira. La víctima vuelve en la luz del sol. Todo el mundo era de la víctima, y ahora vuelve a tomar posesión de él. La víctima era un Dios. Hubiera podido sembrar el tiempo y regarlo como una enredadera. Cometer esos aciertos que otros llaman errores. La víctima crece sobre el asesino, con el tiempo, como un pan mojado. Irán de la mano hasta el fin, solo que ese camino ya no será vida. La mano de la víctima te quita de la boca el pan que comes, y que él no comió. Esa noche, soñé que yo estaba al lado del ataúd del hombre que había atropellado. Vanamente arrojé en él los bienes de los que lo había despojado. La luz y los paseos por las calles tranquilas y los insectos y los zapatos que ya nunca llegaría a estrenar y la tierra de los tiestos de un jardín marchito y el sabor de las cebollas y la voluptuosidad de las sábanas limpias y el golpe de las primeras gotas de la lluvia. Los dolores de cabeza que

no padecería y las constipaciones que no sufriría y las lágrimas que no lloraría y los espejos en que no se miraría. El toque de los pañuelos en las mejillas y los canarios que no piarían y los libros, oh cuántos libros que no volvería a abrir. Degollaba yo los canarios, rompía los objetos, emporcaba el agua de las abluciones. Apagaba con rugidos el sonido de las canciones nuevas, cubría de barro las nuevas caras que ya nunca vería. Comprendí entonces lo vasto y lo extenso y lo denso del acto de matar, y la omnipresencia y obsesión del homicidio. La vasta empresa de abolición que acometería el que a su vez me asesinara. Supe que en mi vida no terminaría de llenar ese foso. Desperté, ni perlado de sudor, ni contraído. El día inmisericorde caía sobre mi existencia.

A la cruda luz del día nuevo, se me hizo manifiesta la imposibilidad de aprehender un rostro. Rostro que guiña rostro que amenaza rostro que se arruga rostro que se ríe: cómo llegar a la múltiple rostridad del rostro que yo quería penetrar, cuando sólo disponía para ello del inmóvil cliché acaramelado del periódico. Cómo llegar al cliché, tampoco. Cómo llegar a nada. Pues la naturaleza de nuestras obsesiones es tal que no podemos huirles, pero tampoco enfrentarlas.

Sentí que mi cara y mi cuerpo eran devorados al mismo tiempo que el retrato. Sentí el hervor de las cucarachas en mi esqueleto. Sentí las cuatro chinches del retrato en las palmas de ambas manos en las plantas de ambos pies. Sentí, el ansia de gritar y el terror de no poder gritar pues mi cara era, debía ser ya, un colgajo de mordisqueado leproso papel fijado en mis sienes con chinches mohosas. Sentí venir el alba y pensé que, afrontándola sin mi rostro, la afrontaría también libre del rostro que me perseguía. Pero el alba sólo llegó para mostrarme, en el corredor en marco de cañuelas doradas, una reproducción coloreada, ojos caramelo mejillas carmín pelos abrillantinados, del retrato. Tras él una palma bendita, ante él una lamparita votiva, ante él la patrona de la pensión, diciéndome: por inspiración de usted lo he comprado, yo que lo vi tan devoto, si usted supiera, ya lo venden

en todas partes, en las tiendas, en las iglesias, en los mercados, está dondequiera en las casas, en las oficinas, en los coches, en los tranvías, no hay sitio donde no se lo vea, lo pegan en las esquinas, en escapularios lo llevan, en medallitas lo reproducen, hacen bustos de yeso, reparten hojitas donde está con una oración, lo bordan para almohadones. Yo misma compré otro para el comedor y otro para el recibo. Recogen suscripciones para las estatuas. Lo pasean en las procesiones. Ahora podrá usted verlo dondequiera.

Me cubrí la cabeza con la almohada, y caí en un sueño que estaba también y desde entonces para siempre poblado de imágenes. En los cielos no había estrellas sino ojos, y éstos miraban fijamente un planeta hecho íntegramente de ojos que se contemplaban los unos a los otros aflorando y hundiéndose en charcos salados. Cada ojo soñaba sueños en los que el espacio estaba poblado de ojos.

MATAD

Matad los ojos
Matad sobre todo.
Matad las flores, nos dixo Don Luque de Vivar Garcipeña
Matad esas flores que facen formas pensadas por estas bestias
e pueblan la tierra
e cantan
Matad, matad,
Pero las flores
morían a nuestro paso
como ondas a la caída de un guijarro
se alexaban de nossotros los anillos de muerte
e sussurros de múxica

e suaves arpas
e quedaba el dessierto
la rojez la sabana
e las nubes perdían sus caras de homes
de cubos de esferas
tornaban a ser informes
nubes
e la luna
muerta
luna.
E donde posaba el padre la CRUX
naxía la podre
quedaba todo santo.
Su mano comenzó a ser también toda podre
los esqueletos de los hombres bestiales empalados exhalaban fuegos
e nosotros,
rezábamos.

16 KPH—Llegar a vivir en ningún sitio en particular y de nada en particular. Cuando no se encuentra donde dormir, seguir despierto.

17 KPH—Todas las especies todos los olores.

18 KPH—La vista necesaria y fosforescente que no pestañea ante el centro de la energía desatada.

19 KPH—Sobre el espejito con la hojilla de afeitar distribuyen el polvo blanco en dos porciones que quedan nítidamente duplicadas por el azogue en cuatro porciones que quedan cuadruplicadas por el espejo del tocador en ocho por-

ciones que quedan multiplicadas por todos los espejos en estrellas: el cielo de pirámides de polvo blanco: para siempre entre espejos.

20 KPH—El país de las lentas sonrisas
Te espera. Y no quieres ir todavía.
No quieres estar donde la fruta
Es solo simulacro de otra fruta
Solo recuerdo, o fábula.

TRUCO DE ESPEJOS

Mi primer recuerdo: el corral de una casa donde había gallinas cagonas, uno o dos patos, frutas mordidas, una piedra de amolar. Entonces me vendieron al señor Salecio o el Señor Salecio —a lo mejor— me robó, me daba unas cuerizas padre porque yo no acertaba a hacer la pirámide humana con Carmelita Rafaelita Joseíto y Pelusa y en el doble salto mortal me resbalaba y no cogía ejemplo de Carmelita que hacía las contorsiones como pensando en otra cosa, de Pelusa que bailaba en el alambre, ni siquiera de Don Felipe el perro sabio que distinguía los colores, ah, pero haciendo malabarismos con las cinco pelotas de goma yo era una revelación, al extender mis habilidades a los bolos a los platos de loza y a los cuchillos de palo pintados de plateado hice olvidar al señor Salecio de proyectos de abandonarme en medio de una carretera, así recorrimos cien pueblos como la Compañía de Salecio el Grande y sus atracciones infantiles Fifo Aladino Solimán Rosamel Fumanchú y Don Felipe, un éxito éramos en los actos de fin de curso de las escuelas, en los desayunos de primera comunión, en los cumpleaños de los hijitos de

los tenientes y en los sitios todos donde se reunía la vaina ésa que llaman la chiquillería y que lo que hacían era mirarle los fondillos a Carmelita en la contorsión, pellizcar a Don Felipe que se ponía muy nervioso, y esconderle el gorro de papel crepé al Gran Salecio mientras él conversaba con las cocineras o complotaba con el que servía el ron. La pava que nos cayó a la altura de Tiznados todavía me impresiona: Don Felipe cogió sarna, Salecio el Grande murió de una borrachera, su cara empezó a desteñirse en una blancura que el gorro de papel crepé hacía más alarmante, Carmelita, Rafaelita, Joseíto Pelusa y yo nos miramos en el cuarto húmedo de la pensión; como llevábamos semanas sin pagar temíamos infatilmente a la policía y nos preguntamos a quién de nosotros seguiría Don Felipe cuando nos dispersáramos para burlar a los perseguidores. No siguió a ninguno, no tenía conciencia de clase, permaneció junto al inseguro catre en donde el olor a alcohol de reverbero se convertía lentamente en otros olores, gruñó cuando le halamos el rabo y así debe haber seguido hasta que la dueña le dijera zape animal o llamara al envenenador de perros, desmoralizados por la defección de nuestro conductor moral nos repartimos a los cuatro vientos, Norte, Sur, Este, Oeste, yo no, yo no elegí viento ninguno, vagamente circulé por caminos pensando en los ojos contorsiones nalgas de Carmelita; en los botiquines del camino yo hacía milagros con las cinco pelotas, con las piezas de dominó y las botellitas de ron carta blanca; equilibraba tenedores en la nariz y tocaba musiquita en una marimba de juguete; yo corría muchos riesgos porque algunos que no sabían lo que es el arte me creían marico, pero otras veces conseguía sobras de comida, cafesconleches, mediecitos, y hasta se promovían apuestas sobre si yo equilibraba o no una llave de cruz en la frente, sucesivas victorias me dieron cancha con los camioneros, quienes cuando yo les pedía la cola en el Mack o en el Fargo, decían guá, móntate, así pude crecer y hacerme ayudante de camión pero pasiones inexplicables me poseían, yo, que pude hacerme una fortuna con el juego

de adivinar bajo cuál tapita de fresco está el frijolito, me empeñaba en dar sesiones de ligereza de manos en las bombas de gasolina donde las gandolas cargaban aceite diesel, me empeñaba con los trucos de baraja en las alcabalas donde había cola porque la guardia estaba buscando contrabando, me empeñaba en divertir a las putas con el juego de hacer aparecer y desaparecer sortijas de fantasía, cadenitas y retratos de enamorados, yo dormía en los asientos de los Fargos que me daban colas, en los corrales de los burdeles de carretera, en chinchorros colgados bajo la carga de los camiones de volteo, una noche me dio cosa de que la sortija de una putona platinada debía de hacérsela aparecer en el sostén entre las tetas, y yo repetía y repetía el truco y sacaba y sacaba y ella se reía ay qué niñito tan ocurrente, y entonces me dijo con voz muy confidencial, ven, ven, yo sabía a qué iba, con ella aprendí a peinarme con pomada olorosa y a lavarme con alcohol para evitar las gonorreas, ella murió de una pérdida cuando yo había aprendido a crear pajaritos de la nada, crear pecesitos en las jarras de agua, tragar peinillas y extraer mariposas de los pañuelos de seda agitados. El cura no quiso oficiar el entierro por puta ella y porque a mí por mago me sospechaba masón, yo sobre la tumba transformé barajas en copas, copas en dados, dados en cuchillos, cuchillos en bolas de billar, bolas de billar en pañuelos, pañuelos en cigarros, cigarros en abanicos, abanicos en cintas, cintas en lápices de labios, lápices de labios en espejitos, espejitos en ligas, ligas en ramilletes de flores de papel, yo mismo me transformé en otra cosa, por efectos del trucaje recuerdo que fui convertido en un ser flaco y con bozo que movió a compasión a uno de los choferes de gandola que asistió al entierro, a cuenta de viudo inconsolable hice viajes infinitos como ayudante de camión llevando cargamentos de copra, en las noches diluviales frente a los puentes derrumbados me entraba la fantasía de crear y esfumar piedras luciérnagas pilas de linterna bujías y tapas de radiador y eso poco a poco fue haciendo crecer el espanto

en torno a mí; yo, desolado, repetía en los burdeles de carretera el truco de las sortijas haciéndolas aparecer en los sobacos de diversas damas que se sonrojaban y me decían ven, ven, pero no era lo mismo y ellas sentían que no era lo mismo, yo para disimular volvía a cambiarme a mí mismo por otro, hacía ver paisajes por ilusorias ventanas que luego se iban de la pared, sacaba del aire pollitos patitos y gatitos, en uno de los burdeles encontré a Carmelita, pero como yo por trucaje tantas veces me había convertido en otro, fue como si no nos hubiéramos encontrado, quise hablarle y sentí como si entre nosotros se interpusieran espejos y su mecanismo de bisagras girara envolviéndome en corroído mercurio y puntitos dejados por las moscas, cuando quise hacerle aparecer la sortija entre las ligas fui más que nunca consciente de la presencia de los dobles fondos en los cajones, de los escondrijos en las mangas, de los cigarrillos plegables, de los cuchillos colapsables, de los baúles con puerta de escape, de las cuerdas de piano de las levitaciones, de ese ser aparente que era yo con ojos profundos y rostro amarillento, que había salido de la trampa de un escenario, de ese ser con resortes que era ella, salida de un cofre en forma de corazón. Con terror comprendí que el nuestro sería el acto triste de los saltimbanquis que representan frente a otros saltimbanquis, yo de la nada extraería el profundoamor que ella sabría salido del reloj pulsera hueco, ella sin tomar impulso daría el doble salto sumisión y goce que yo sabría practicado en las sesiones de desconyuntamiento de vértebras en la madrugada, yo atraparía en mis manos el canario te quiero que ella sabría salido del bolsillo especial en la solapa izquierda, ella haría el baile en la cuerda sufropor ti que yo sabría producto de sesiones de correazos dados por Salecio el Grande, yo la gran tragada de sable sin ti no hay vida, ella el doble tonel mortal si me dejas me mato yo el truco del cajón vacío de donde sales tusojosnegros tupelohermoso tusmanosbellas, ella el cruce del aro en llamas tú hasta la muerte, por eso, porque presentimos las ocultas sabidurías

que habíamos adquirido, extremamos nuestras exhibiciones; las gandolas con los cargamentos de copra se alejaron hacia el infinito, vivir de chulo casi imberbe, diariamente representando actos sacados de los doblefondos del chaleco, de los biombos trucados constelados de dragones, de las tapas falsas de las jaulas doradas, de los recipientes con divisiones invisibles, de la caja sombría de las costillas, del estuche preparado del cráneo, hasta la mañana en que ella se soltó del trapecio, digo yo que por la mala influencia de los periódicos que siempre sacaban los retratos de las cocineras envenenadas, digo yo que por la pava ancestral de los prestidigitadores, digo yo, nuevamente encerrado en cárceles y cárceles de huidizos espejos llenos de trampas, que porque entre las profesiones del vacío ella eligió la más noble, que porque ante los ilusionistas, inmortales en sus huecos mundos de objetos lunares, de subterráneas representaciones, queda a los acróbatas el error en el salto mortal, el resbalarse en el cable, la exhalación de lentejuelas y desgarrada seda, el sobresaltarse y morir de la banda de cobres en la pista, el golpe con la tierra, el desnucarse

25 KPH: La cacería de motociclistas: conseguirse un cable de acero mediapulgada: ponerlo del poste a la barrera pintada de blanco que dice MOP al rato bajo la luna viene uno en una Royal Enfield 750 cc con el parafango pintado de blanco y rojo corcovea y levanta la rueda trasera se va contra el poste y el muchacho que es rubito patalea mucho antes de recogerlo y caparlo y montarlo otra vez en la Enfield para que siga pero qué va el cubo de la rueda torcido, ese sangrero en lo harapos y el carajito que grita ay mamá entonces ponerle las bolas en el casco y darle con

el tubo de escape que se ha desprendido y anudarle las piernas con la cadena de transmisión y tirarlo por el barranco para abajo y esperar la segunda que es una Kawasaki el carajo viene gritando Pancho ah Panchoo, Pannnnn gui gui hace el manubrio al enredarse en el cable y soltar ese chispero al caer de nalga se le descalzan los mocasines y la moto queda enterita pero el motociclista está tirado con el cuello doblado de una manera rara los raspones como sarna y entonces pararse en la moto darle la patada al contacto sentir cómo corre por los cilindros por el silenciador por la cabeza por los pulmones por los ojos por la lengua la bola de fuego de la arrancada.

EL SALVADOR

Seguimos por serranías cuanto es de desear frondosas, y por todas partes avistábamos homes. Y en avistándolos, para dar descanso a las espadas, ahorcábamoslos. Días y noches dimos vueltas en el descampado. Agarrotábamos mujeres y niños. Determiné no haber nadie más en aquellas regiones. Conocíamos los cauces que no habíamos cruzado, por la ausencia de cadáveres derivando en las aguas. Comíamos de los cuerpos de los prisioneros. A los que desfallecían, decapitábamoslos. A la quinta semana encontramos árboles cargados de ahorcados. Por ser nudos diversos de los que hacíamos, sospechamos ser obra del Alonso Ramplón. Emboscamos sus huestes, atacámoslos. Al Alonso lo juzgué por ser enviado del Capitán General a desconocerme. Le permití confesión antes de hacerlo arrastrar de la cola de los caballos. Sus hombres se me unieron cuando les hablé de las ciudades de oro y de la escalera de chispas plata que

ascendía a la luna. Dimos con diez tribus más, y a todas acabámoslas. Se nos entregaban sin lucha, morían cantándonos. Los que despreciábamos matar, morían de la pestilencia que dejábamos. Tres meses pasaron antes de que me fuera cierto haber borrado toda semilla de esa raza. Supe que la soledad precipitaría en mis tropas el malestar de las tantas penurias. Hice apuñalar por la espalda a quienes sospeché sediciosos. Al final murmuraron mis propios sicarios. Vigilé el crecimiento de la luna, que en estas regiones enloquece a los hombres. Bajo el claro del cuarto creciente se me alzaron mis diez capitanes. Dícese, gritóme el mordido de piojos, que es la saña en matar por privar la corona de siervos. Dícese, reprochóme el vestido de harapos, que el ahorcar de las indias es quitarnos mancebas. Dícese, criticóme el calzado con tiras que el finar de los niños es robarnos esclavos. Dícese, injurióme el baldado de brazos, que el cortar tantas manos es quitarnos sirvientes. Dícese, acusóme el cubierto de bubas, que se arrancan las lenguas por no oillas rezando. Dícese, increpóme el manchado de tiña, que se cortan las piernas por no vellas de hinojos. Dícese, denostóme el comido de sarna, que el sacar tantos ojos es por no verlos baxos. Dícese, susurróme el sembrado de escrófulas, que se castra a los indios porque no críen siervos. Dícese, inculpóme el doliente de flujos, que al matarlas preñadas, se libera a sus hijos. Dícese, increpóme el quejoso de llagas, que extraviar los crisphtianos en empresas sin logro es por ver el fin dellos. Dícese, les grité, que el motín y asonada es quitarnos las selvas doradas y el palacio enjoyado tras los horizontes. Dícese, añadí mientras la mesnada se arrojaba sobre los capitanes, que esta es sedición ordenada por el Capitán General, de cudicia en quitarnos los ríos de plata. Dícese, todavía añadí ante los capitanes, mientras los ahorcaban con sus propios tahalíes, que así han de acabar cuantos malos soldados intenten cesar en la busca de los pueblos de jade y la flor de diamante. Por exemplo y memoria hice cuartos los cuerpos. Días después, topé indios. Las mujeres besaron mis pies y los niños tocaron mis barbas. Y los hom-

bres cantaron mis loas al ser empalados. A la noche lloré mi destino y lloré el no acabar de mi empresa. Cuando no quede nadie a quien salvar, dejaré sublevarse a mis hombres.

30 KPH: Pavos de jade insertan diamantes en las máquinas de vender comida de la estación de servicio: entre el tintineo de las monedas arranque de motores trucados: carburadores de plata y tacómetros: pavos inclinados sobre los motores como borrachos que vomitan oro: insertan monedas y dejan por el suelo papeles dorados y vasos de cartón: mareados los ojos por las joyas mercurio de los faroles de la medianoche: alzan la cabeza al oír el chillido de los neumáticos que rrenan: hozan como cochinos en la horrura de metal y aceite: mesnadas de cascos espejeantes sobre máquinas de manubrios cortos: comentan sobre comprensiones, piques y cilindradas: contra el tintineo de las monedas que insertan en ranuras: las caras de jade por la luz mercurial: en los cascos espejeantes de los que aceleran se ven praderas en llamas renquean sobre piernas enyesadas: gesticulan con muletas: pedalean aceleradores: descuartizados: estrangulados: caen y tintinean monedas por las ranuras de la cabeza de Annette: en sus vísceras una purulenta masa de sandwiches y café con leche: repiquetea dentro de sus costillas: diamantes que pasan por sus ranuras: motocicletas rojas doblan por la curva semada de sus clavículas: tuercas, alambres y trozos de bujías: los pavos rocían de spray fluorescente a los motociclistas que corren por las autopistas: luz verde de neón los envenena: los incendian espejos de amarillos de iodo.

TRUCO DE ESPEJOS

Muerta Carmelita de amores contrariados, tuve que dejar el circo porque cada vez que intentaba trucos de espejos me salía en ellos el reflejo de una trapecista que caía al vacío. De ese vacío escapé dejándome tragar por la gran nada de las calles y de las placitas. En ellas me hice buhonero y vendí caramelos que provocaban el derretimiento de las colegialas y yo ante aquél desleírse sentía nacer en mí profundas muertes y cavilaciones profundas: pasar o no frente al colegio y ofrecer o no los pirulíes que provocaban risas, comezones, miradas desfallecientes de ellas: saber que una colegiala, habiéndome visto al mediodía, a las cuatro de la tarde sentiría chirriar su frente y sufriría desvanecimientos sobre el cuaderno cubierto de los misterios del subjuntivo, todo porque me adivinaría abajo, en las calles, frente al colegio, destilando el misterio de los reflejos de los caramelos. Yo sentía entonces foguear hambres de amores: era el viento de las plazas públicas que bombeaba palpitaciones: cuerdas de perros hacían remolinos en torno a perras con aspecto de desconcertadas; autobuseros somnolientos les decían cosas al oído a niñeras ruborizadas: a las cuatro de la tarde yo me comía una empanada y hacía centellear mi caramelería frente a las niñas que salían de las escuelas: en realidad yo buscaba, a la vez que evitaba una felpa de ojos un agolpado rubor pecoso unos libros en esta estricta disposición: cuaderno de Castellano cuaderno de Historia cuaderno de Matemáticas cuaderno de Biología regla escuadra papel celofán etiquetas y ah, sí, una estampita del Corazón de Jesús chorreando violentas sangres, sangres demasiado violentas, una sangre que casi se olía en su vergüenza de ser la primera, y que hacía parecer: que los árboles de las plazas florecían: que estas flores se hinchaban en corazones erizados de espinas: que estos corazones reventaban en frescos escupitajos que me humedecían los labios: que esta sangre no me atrevía yo a beberla, ni a secármela: que en el asombro de esta sangre,

comparecían ante mí la felpa de ojos el agolpado rubor los cuadernos de Castellano de Historia de Matemáticas de Biología, que la colegiala sonreía, me miraba y comenzaba a dejar salir saliva entre sus labios, sin relamerse me miraba, que yo entonces me decía: el destino del hombre es no saber qué hacer.

Yendo de un lado a otro en las plazas, yo imaginaba las transformaciones que descoincidirían el curso de nuestras vidas: me representaba fotógrafos de placita, cargando a cuestas los cajones escamados de instantáneas de comulgados y felices contrayentes, pero ella se abría paso en las palanganas de ácido y los cubos de fijador y sonreía desde los recuadros en forma de corazón desde las fotos coloreadas con grandes rubores de carmín desde las instantáneas con sombrero de charro y mirada de reojo, donde ella abría insondables labios y chupaba pirulíes o lamía restos de caramelo o chupaba las tenazas de servir dulces los correajes mis propias retorcidas manos y mis ojos

o bien yo me representaba policía y ella desnudaba el pecho destrapajaba el sulfuroso pezón donde yo debía colocar la bala de cobre para después decir: se me escapó el disparo

o bien al final de mis metamorfosis me imaginaba yo dueño de los periquitos enjaulados que extraen de una gaveta los sobrecitos que revelan los destinos, y ella compraba todos los sobres, y en el de color rosado decía: me estrenará un vendedor de caramelos, y en el azul decía: un fotógrafo de placita me retratará desnuda, y en el amarillo decía: un policía me hará puta y me reventará a balazos, y en el sobre de todos los colores decía: besaré en el pico al periquito adivinador y le arrancaré la cabeza de un mordisco y quedaré con la boca entreabierta, una boca maculada de plumas y de acaramelada sangre y de palabras: y así la escuché hablar, y la fuerza y la plenitud y la vibración de aquella voz, comprendí, eran la del aire que me envolvía y la del chirrido de las chicharras que me sacudía.

Yo recuerdo que tomé puñados de caramelos y los exhibí como cuerpecitos de pájaros muertos: rondé por la pla mientras ella daba vueltas a mi alrededor: yo sentía en mis manos el cosquilleo de plumas tenues y una tibieza que era la pudrición de mi vida anterior disolviéndose en gusanos de edades y de épocas: ella me hablaba de la gran organización de casas de citas que recluta a las colegialas y que tiene álbumes fotográficos donde eligen los señores que pueden pagar, yo en el fondo asentía, porque a toda muerte se asiente, y descubría: el dolor también es inane, el último secreto de la vida es la inanidad del dolor: por eso no vale la pena infligirlo, por eso el recibirlo no nos acerca a nadie, ni siquiera al que lo infiere, porque tal es la propia desairada naturaleza del dolor que nada redime y nada perfecciona: yo entendía que ella actuaba conforme a mecanismos cuyo tictac podía escuchar, siguiendo las perfectas rutinas animales y el camino de las estrellas moribundas en la noche agolpada de claridades o en el día perforado de sombras.

Arrastrado de un sitio a otro de las plazas como una hoja seca, consideré las obvias alternativas, detener el tictac, desmembrar la articulada porcelana y echar con ese acto a andar los corazones escondidos en todas las casas, que empezarían entonces crecientemente a hacer tictac, las piedras bajo mis pies los árboles junto a mis mejillas, los frutos entre mis dientes, las lunas sobre mi cabeza, los ojos bajo mis párpados, tictacs que irían anudando sus mecanismos a través de la infinita tierra que me separara de sus miembros agusanados: o bien, por horror de esta creciente selva de ruedecillas aceitadas, dar el frente y hacer la rutina del amador desdeñado, que es como la del que mastica hojillas de afeitar para luego sacarlas ensartadas en un hilo ante el honorable público presente, detener el sollozo o contener el airado gargajo y fingir la invulnerabilidad mientras las hojillas, tragadas en un acceso de hipo, disocian las más delicadas entrañas con sus tensos aceros y mondan el corazón arrancándole largas tiras como las que pelan los vendedores de naranjas, mien-

tras se quiere en cualquier momento decir: mira siquiera tengo tuyas las laceraciones, las grietas que el amor propaga en los huesos como astilladuras en un vidrio, las rajaduras que van avanzando en las arterias como lenguecitas de lagartos, los insomnios que con su olor de alcanfor embriagan las chinches. Esto en cambio: el truco de la inmovilidad, detener el pulso mientras ella dice: iré a la gran casa en donde hay álbumes con retratos y los señores indecisamente pasan páginas preguntándose si es todo fotogenia o si de verdad los uniformes huelen a papel de cuadernos: el truco de caminar sobre las brasas ardientes mientras ella dice: todas las colegialas vamos a la gran casa disimulada como tienda de modas: nos hacemos apuestas sobre si nos atreveremos o no nos atreveremos y luego nos contamos de los señores con pulseras magnéticas y vitalizadoras, de los señores con corsés ortopédicos, de la risa que dan las enredaderas de venas azules bajo los calzoncillos de seda, y, a veces, la gran fuente de viajes a Nueva York, el padre que se encuentra con su hija el novio con su prometida el hermano con la hermana y no saber si llamarlas putas o ponerlas a copiar mil veces no debo dar la cuca, al fin sucede la clínica abortiva, al fin las pastillas para dormir, al fin las tías alcahuetás que se la llevan a una de viaje porque ellas también traspusieron los umbrales de las grandes casas y recuerdan esto tan superior a todos los amores, y quieren oír historias de las nuevas casas que se abren y de los nuevos ungüentos milagrosos que los señores usan y de los nuevos encuentros que explican el síncope del Doctor Fulano el viaje repentino de la familia Zutánez el matrimonio apresurado de la señorita Perendengue. Caramelos del escándalo que se chupan con tanto vicio.

Yo soñaba en un árbol cuyas ramas se abrían en ramas que se abrían en ramas. Cada rama gritaba.

Y así fuimos relamiendo los días hasta consumirlos, los confites del sol y las chupetas de las tardes y las frutas vidriadas de los crepúsculos y los espesos chocolates de las

noches y las grajeas plateadas de las estrellas: una dulce saliva fue licuando la sustancia de los días que nos separaban, hasta que nuestras lenguas empalagadas se encontraron, incapaces ya de otra cosa que de enlazarse. Entonces dije: no grites. No grites, repetí bajito, en ese tono que significa: será tras el seto. Gritaré, dijo ella, en ese tono que significa: la estranguló para evitar las llamadas de auxilio. No grites, repetí, en ese tono que significa: grita haz que volteen los vendedores de helados, haz que miren niños desde los columpios, haz que los limbiabotas se paren diciendo confiro, haz que la gente me detenga y grite policía y las señoras me peguen en la cara con las sombrillas, no grites-grita, gritaré, dijo ella cuando le atenacé el almidón de la camisa los tirantes del uniforme, no grites-grita cuando aparecieron la medallita de oro y oh un pardo escapulario tan embebido en olores que estuve a punto de desvanecerme, gritaré, dijo ella cuando saltó un seno con un duro botón rosado que se escondía se desescondía, no grites-grito, dije atenazándole el pelo, y al suelo tras los matorrales, gritaré, dijo ella, pero con ese tono que significa: gritaré una vez sucedido todo, que nos sorprendan que los vagos traten de verme la cara, que los niñitos pequeños digan qué pasó, que las niñeras digan vámonos, no grites-grita, hubo rastro de lucha, no grites-grita, la ropa presentaba rasgaduras, no grites-grita, desgarro reciente, se esparció la vidriería de los caramelos pirulíes chupetas, el suelo venía hacia mi cara después daba una vuelta después la tierra se había dado vuelta y estaba sobre nosotros después nosotros sobre ella, gritaré, dijo ella cierrapiernas abrepiernas cierrapiernas abrepiernas, no grites, grita, gritaré, gritó, gritaba, mi lengua empujé contra su lengua en una densa impulsión, y la de ella sin palabras comenzó a decirme: ahora me buscaré un novio bobo vinculado a estimados hogares de la capital, impulsión, uniremos nuestras vidas en la impulsión, Santa Iglesia Catedral, llegaré hasta el ara del brazo de mi, impulsión, padre, con un vestido de, impulsión, otomana de seda color impulsión marfil, los pajes portarán el anillo, impulsión, y los símbolos nupciales, serán

damas de honor del enlace, impulsión, Alecia impulsión, Carolina, impulsión, Marina, impulsión, Ana Coromoto, impulsión, con vestidos iguales a los de la niñita, impulsión, que llevó las arras, la recepción impulsión será en la intimidad impulsión de la familia impulsión destaponándose impulsión el champaña impulsión antes de emprender impulsión el viaje por mar impulsión mar mar maramar amar amarrar marrar marasmar mar amar mar

Acunado sobre el cuerpo enclavado sentí su condición de carne mortal, percibí la gravitación de sus órganos, sentí su prometida cadaverización, la mía propia, la negativa que le dábamos con nuestros retorcimientos, oriné el escupitajo de la eternidad, la baba del tiempo, el moco de la multiplicación, en el hueco de la la sangre oriné la baba viva: los olores de la tierra crecían alrededor nuestro, y alrededor nuestro el rumor de la futura boda, y yo no me decidía a apretar bajo la tráquea, en el sitio adecuado y debidamente palpitante, porque sabía qué acto representábamos: como la fría yedra de los parques, el amor se eleva aferrándose a los obstáculos y por ello había accedido mi dueña a toda posible frustración humillación desgracia para que el amor se centuplicara rebasándolas, en correspondencia daría yo la brutalidad salvajismo y abandono por encima de las cuales debía el amor remontarse: en ese instante ambos nos miramos y sudábamos como los saltimbanquis que alcanzan un imposible equilibrio y deban conservarlo, que no pueden permitirse temblor en las muñecas ni mueca de desfallecimiento, así, no se permitió ella susurro de placer ni desorbitamiento de ojos sino que gritó, así, no me permití yo desgonzamiento sobre su pecho donde quería sepultarme, sino que descargué mis nudillos contra su boca, así ella grito, yo golpe, para evitar ambos que aquello pudiera ser unos de esos revolcamientos de los que se sale cabizbajo y en un silencio de esto no lo sabrá nadie, no, que hubiera el tumulto los agentes delordenpúblico los perros ladrando el juez de menores el niña, no sabes lo que le pasó a Fulanita, que esta espiral creciera y

nos perteneciera, infinita ruina para la ascensión de nuestras yedras, después del tercer golpe salté, me apoyé en el árbol de gritos, me paré, los que venían a perseguirme creyeron que yo también perseguía, cuando se agolpó el gentío dije circulen circulen y todos me creyeron policía de la secreta a pesar de mis manos pringadas de sangre o precisamente a causa de ellas, los dos agentes que acudían se me cuadraron al pasar hacia los matorrales desde los cuales surgía un alto claro desigual sollozo, y entonces yo me fui rebotando contra los gestos, los de la viejecita Dios mío ya no se puede venir a los parques los de la babeante boca del bobo bá bá bá los del voceo de la lotería cinco mil quinientos pelao los de los periódicos ultrajada menor en plaza pública, y al alejarme del jardín supe que de los seres humanos en adelante y para siempre no recibiría más que gestos.

VIAJE POR LAS INDIAS

E adentrándonos en Tierra Firme por jardines, fallamos homes que el su natural es volar, como los pájaros. E los hay homes arbóreos, que florecen e frutecen e comen de sus propias semillas. E haylos otros que se tornan en las cosas que quieren, e son árboles e son rocas e son ríos y nubes. E otros los hay que el solo alimento que tienen es sus propias vísceras. E los hay de otra traza que todos los de un pueblo son un mismo home y es como si uno solo viviera en distintos lugares a un tiempo. E viven por allí otros que un solo home es muchedumbre de hombres distintos. E haylos que remontan el tiempo e son sus propios padres y sus propias madres. E los hay que son de órganos y miembros dispersos y sueltos, que según su capricho y menester agrúpanse e disuélvense en toda suerte de quimeras.

E haylo uno que él es al mismo tiempo el home y el mundo en el que aquél vive. E haylos que, asustados, escóndense dentre de su propio cuerpo y no hay manera de hallarlos. E las hay mugeres que son una selva e toda ella llena de los órganos propios, al modo que los viajeros, donde quieren, copulan. E los hay homes que son estrellas fugaces e en las noches de la canícula facen danza en los cielos. E homes los hay de un pueblo, donde el uno huele, el otro ronca, el otro come, el otro orina, e entre todos por partes facen las funciones completas de un solo home. E los hay como topacios, que en su fulgor se mellan las alabardas. E haylos que su vida entera dura un latido. E haylos que un sospiro suyo dura milenios. E haylos tan grandes que sus miembros figúransenos Tierra Firme. E tan pequeños que no son discernibles. E homes haylos también que son siempre olvidados una vez vistos. E haylos que toman la forma del que los mira. E haylos que son su propia sombra. E haylos que su raza tiene diez géneros de sexos, e ayuntan entre todos. E los hay que son solo palabras y viven cuando las repetimos. E haylos también que son sólo imágenes e existen cuando las recordamos. E los hay que son idénticos a los que fuimos. E haylos que son los que seremos. E otros que son y han sido siempre cadáveres. E los hay de tal hechura, que no hay palabra para referirlos. E haylos de condiciones tales, que de nadie es creída su existencia. E otras hay, que son solo un aroma. E haylos, que son manchas de luz. E los hay estotros, que son tachones de sombra. E encontramos homes que eran un gran sexo, y vivían dentro de una muger que era solo una gran funda. E haylos otros que son sólo órganos de los sentidos. E haylos con sentidos configurados de tal forma, que por ellos solo conocen el deleite. E haylos que son solo una melodía. E por horror de la maravilla, matámoslos todos.

SU MELODÍA FAVORITA

Señores, señores, ¿Ustedes son de Caracas? Su melodía favorita se las interpreto, cloco, clocloclopo, yo, pues trabajaba en la carpintería, pagan poco, sí, bueno, yo ensayaba, no, dando palmadas delante de la boca abierta, así uno modula las notas, mire, entre martillazo y martillazo yo a los compañeros les melodizaba *Ni los clavos ni el madero me tienen aquí clavado,* clo clocloclo clo cloclopo, *solo fueron tus pecados, por lo mucho que te quiero,* cloclopo, cloclo, clocloclo cloclopIo, yo le prometo que palmoteando le saco todos los ritmos favoritos de la moda, no, actuaciones propiamente no he tenido, en este pueblo desde luego no hay oportunidades, ante los doctores del pueblo el señor boticario y el señor médico de la medicatura yo he interpretado, y me han encontrado grandes condiciones, a veces, eso sí, en el Bar *La Esperanza* yo les palmoteaba *mañana, cuando me vaya, un recuerdo te dejaré,* cloclo, clocloclocIo, con una gran atención del público presente, en la radio, no señor, no se han interesado por mí en la radio, yo actué una vez en Radio Onda Aficionados pero desgraciadamente fue un programa sin mucho auge por falta de patrocinadores, yo al gerente de la radio lo vigilo y cada vez que entra y sale le interpreto *El crucifijo de piedra* que es una de mis favoritas, a veces se ríe y me da un bolívar para cerveza, pero la oportunidad, propiamente la oportunidad, no me la ofrece, yo mismamente formación no he tenido, yo escucho siempre, y oigo voces, de las rockolas, de la gente que canta, y después palmoteando lo saco todo, popular e instrumental, lo único que no le entro es el rock porque usan sonidos de mucha diferencia, en la fiesta de las mesoneras interpreté ante los micrófonos, ahora miren, señores, yo lo que quiero pedirles es que me den una cola si les queda un puesto vacío, que si les queda un puesto vacío en el carro una cola me den hasta Caracas, al objeto de hablar en la televisión con el señor Joselo, instrumento no, instrumento no toco porque me ocupa las manos y entonces cómo palmoteo, cloco, cloclopo, los éxitos del

momento la cábalgata del Disc Jockey, yo me he sentido tentado de irme a Caracas a probar en la Tómbola de la Felicidad, el Espectáculo que todo en la Tierra se lo dará, yo si ustedes me dan la cola se los recordaré eternamente, y por despedida les iré interpretando *Adiós, mujer, adiós,* cloclo, clocló, clocló, *la ausencia de tu amor yo sufriré,* cloclocloclopocló, clocloclopó, *si lo dispuso Dios, yo partiré.*

Sí, señor Comisario, menor de edad sí soy, todavía no cumplo los veintiuno, cloclo, cloclopó, yo sé que no puedo seguir viaje por falta de autorización de los representantes, pero cómo, señor agente, si mamá no sé donde está, si papá me ha abandonado, si en esta carta de Carpintería El Clavo la buena conducta consta, el trabajo consta, si con esta detención me ha hecho perder la cola que me habían dado para Caracas, si en el calabozo esta noche me han robado cincuenta bolívares cincuenta, si las fuerzas me faltan del ayuno, no es justo, oficial, su melodía favorita se la interpreto, se la dedicaré cuando esté en la televisión, me acordaré de usted cuando yo esté en todos los canales, político, no, político nunca, señor agente, mire, yo le prometo, no le daré molestias, caminando si es necesario seguiré mi viaje, su melodía favorita se la interpreto si usted me suelta, si usted me saca de este calabozo donde me han robado todos mis haberes, y se lo agradezco porque así podré seguir mi camino, clocloclo, cloclo, clopó, *y otra vez volveré a ser,* clocloclo clocló, clocló, *el errante trovador.*

Las rancheras yo me he aprendido muchas, señor camionero, yo en el alma le agradezco que me recogiera de la carretera, las que usted quiera se las interpreto y si prefiere le comienzo por *arrieros somos,* cloclo cloclopo, *y en el camino estamos,* comido, no, no he comido, señor cocinero, ahora, si usted me da unas sobras de sancocho le barro el local, fíjese, no le estoy limosneando, se lo barro y le recojo el papelero y le espanto las moscas por unas sobras de sancocho y además se lo interpreto *sancoho e güesito, sí, señor, sancocho e pescao, sí señor;* el carro se lo lavo mientras usted almuerza, señor chofer, el carro se lo lavo y

le limpio los muñecos en forma de tigre del parabrisas y las bambalinas de aluminio se las desempolvo y los cojines con entorchados se los sacudo si me da la cola hasta la próxima bomba, y mientras tanto yo le interpreto *se va el caimán,* unos zapatos viejos si tiene que me sirvan, señora, que a estos la suela se les descosió, una poquita de comida y un pan, y yo el jardín se lo riego y le corto la grama y mientras tanto le interpreto *señora, te llaman señora;* me deja dormir bajo el cobertizo, señor almacenero, y yo le interpreto el *músculo duerme,* cloclocoplocco, *la ambición descansa;* el caucho espichado se lo cambio, maestro, el carro se lo cuido doctor, con la carga y descarga del camión lo ayudo, pana, su melodía favorita se la interpreto.

Loco yo, señor guardia, nunca jamás, no soy como usted dice, loco lunático o trasnochado, no me meta en esta camioneta llena de locos, que los recogen para soltarlos en otro lado, que los recogen para matarlos porque viene el autobús de los turistas o porque insultan a la señora del Gobernador, que para ahogarlos los recogen, loco yo, nunca, *si me llaman el loco,* cloclocló clopopoco *porque el mundo es así,* pero yo no estoy loco, nada hago al lado de estos locos recogeperolas, criaperros, locos, locos empatacabullas, buscagrietas locos, locos sin cerebro, locos zamureros, por vida suya de su madrecita sepáreme señor guardia de los locos estos y yo le interpreto *la marina tiene un barco, la aviación tiene un avión,* y al loco este tan manso perdónemelo, loco manco recogemoscas, si como muerto vamos ya con tanta mosca si estamos que bailamos de tantos golpes que da esta jaula por el camino, locos lanzarrayos, creasoles locos, locos hacelluvias, creamundos locos, sepáreme de ellos devuélvame a los hombres suélteme en este camino señor guardia que yo le interpreto, su melodía favorita se la interpreto, *no vale nada* la vida, clocló, clocló, clopopopo *la vida, no vale nada.*

Su melodía favorita se la interpreto, sea el canto de los pajaritos, sea el ruido de las gandolas. A medida que avanzo por esta carretera, con el polvo se me van pegando

las melodías del mundo. Porque el mundo es todo polvo y ruido, una gran melodización, y las estrellas clocló clocpo tienen orquestas y nosotros los estrumentos, dispensen la interrupción, señoras y señores y público presente, el ruido de las botellas que me tiran, los vidrios saltando y las palabras cloclo cloclopo soeces me han producido una armonización intensa que les quiero dar porque mi corazón reventonea, su melodiancia favoritesca que le invenciono entre los cubiches de hielo y los vaselinos de cerveza que me tiran a la carótida, cloclo clocloclopo, Corazón de Gorgojo llamo a esta pieza compuesta sobre el ruido de la lluvia, Camarita de Mondongo a esta sonorización sobre las estrellas fugaces, Transformación de Cigueñal esta musicación sobre las mierdas de perro, dispiensen la irrespetación de mis melodías y noches, que viene de la corazonancia y la emocionación que me asalta de todas las cosas y hasta las fichas de dominongo y platoses de sopapa que me tiran a la cabecera, yo, alterando nunca, señor policía, nunca el orden alterando, sino apaciguando las sublevancias bestiálicas que sólo se tranquilosan con la cancionación musicalma, *Si porque canto me arrestan, me la pasaré llorando, ¿cómo no arrestan los gallos, que se la pasan cantando?* cloclo cloclopo, al viaje en esta radiopatraña se la cancioneo, señor agente, y en encierro en este calavicio se lo sinfonizo, señor autoridad, interpretándole *si yo pudiera tener, alas para volar;* y la sopa de ñame del rancho se la cancionaré y las cucarachas en el guayoyo se las melodizo, y durante esta semana cancionaré las conchas de pintura de la pared y las novias del vigilante las musicaré así como el gran olor a orín me servirá para la armoniancia, hasta que la hermosura de esta cárcel sea tan evidente cloclo clocloclopo que vibrará toda como cajita de musicaciones y sea la peligración de los presos el morirse en la gran felicitación y me boten de la cárcel diciéndome que basta de tanta musicadera y ahora de despedida les ilumino con la escuchancia de mi canción sobre la Cárcel Feliz, cloclo cloclopo, de donde había que obligar a los presos para

que escaparan, porque en todas partes resonaba Su Melodía Favorita, cloclo cloclopo, complaciendo peticiones del público presente.

Buenos días cloclo clocopo, señoras y señores de este importante pueblo, en mi camino hacia la capital traigo a ustedes el mensaje de la armonización su melodía favorita se la interpreto, cantadera de sapitos les sinfonizo cloclo clocoplo revolución de grillos se las palmoteo clococ plococ meditación de moscas se las canciono, no me importa que me miren de reojo y sigan su camino, porque me insomnizo, porque me tristoseo en la buscancia de la melodía que pueda favoritarlos, porque me enrojezco las manos en la palmitancia, la palmotación o la palmitadera mientras ustedes me señalan y sin decir nada se van, y me enveneno y me emponzoñezco de una felicidad no compartida cloclo cloclopo que es lo único que mata a un melodisto, porque musiqueo y me sonorizo para gentes que se hacen señas y callados me vuelven las espaldas, sentado entre los árboles de esta plaza soportaré el sol cloclo cloclopo hasta que mescuchen hasta que me digan algo cloclo clocloclopo, musicaciones haga para gesticulosos, y en la noche aún en el medio de la plaza musicaré mis palmitaciones para sueñados por si penetran las armonías entre las durmencias, cloclo cloclopo, musicaré contra esta hambre y este silencio que hace ya días me matan, musicaré siquiera para oírme aunque ya me parezca que no me oigo o que no suenan mis palmitaciones, y me inventaré mis musicaderas que estos hombres me escuchan, y también musican, por más que pasan de lado sin oírme, y yo diría que sin verme, hasta esta noche de las lágrimas en que comprenderé que éste es el pueblo de los sordomudos, clocloclo cloclopo, que pasan como muertos y se hacen señales porque no oyen y porque no hablan, y yo entonces a cuestas con el tesoro de las musicaciones cloclopIoc cloclopIoc, tercamente ofreciendo de puerta cerrada toc toc en puerta cerrada toco totoco tótoco sus sonoridades.

EL DORADO

¡Seor! ¡Seor! ¡A perdición nos truxistes!
Al reino donde no pueden contenerse las lágrimas!
Yola, Yola, farandola
Jugamos con las armas
He aquí quien arroja más lejos gola e cubrebaba
Estandartes e pendones
Todos sobre el monte como mariposas muertas
¡Yola, Yola, farandola!
Desnudos, somos quienes somos
¡Ah traicionera música que pudiera quitarnos este ensueño!
Acaso morimos sordos, de fiebre, amosquitados
Lámparas de muerta luz nos regalan las sombras del bosque
¡Por oro nos traes a afantasmadas tierras! ¡Hojas nos crecerán en el cuerpo!
¡Seremos árboles!
¡O flores!
¡Seor! ¡Seor! ¡Cortejos en el bosque!
¡De seres con demasiados colores!
¡Seres a imagen nuestra!
¡Mas no a la semejanza!
¡Seor! ¡Seor!
El país nos espera
El país de las insolentes flores
De la clamante dicha
A cada instante el recuerdo
O el olvido a cada instante
Lo mismo o lo distinto.
A cada instante
Nossotros mismos, los mismos o distintos

A cada pulsación del agua
Eligiéndonos entre las cosas
E desencontrándonos
Ah fementida brisa que nos llevas los nombres
Nos has traído al país donde las puertas no pueden cerrarse

LA LECCIÓN

Tres por uno tres Conquista Colonia e Independencia tres por dos seis Vegetal Mineral y Animal tres por tres nueve Sujeto Verbo y Predicado tres por cuatro doce Padre Hijo y Espíritu Santo tres por cinco quince Masculino Femenino y Neutro tres por seis dieciocho vamos a jugar trompo tres por siete veintiuno Bonete Panza Libro y Cuajar tres por ocho veinticuatro vamos a volar papagayo tres por nueve veintisiete.vamos a jugar gárgaro tres por diez treinta vamos a jugar metra cuatro por una cuatro vamos a jugar gurrufío cuatro por dos ocho vamos a jugar la semana cuatro por tres doce vamos a jugar ladrón y policía cuatro por cuatro dieciséis vamos a jugar a los caballos cuatro por cinco veinte vamos a jugar a hacer cosita cuatro por seis veinticuatro jugamos al tigre cuatro por siete veintiocho jugamos al león cuatro por ocho jugamos al marinero cuatro por nueve jugamos a la pelota, cuatro por tigre papagayos cuatro por león ladrón cuatro por policía metra trompo por papagayo gárgaro metra por gurrufío cosita semana por ladrón caballo tigre por león papagayo león por trompo semana ladrón por gurrufío gárgaro metra por caballo tigre, jugamos al uno, papagayo por cosita da tigre, jugamos al dos, metra por tres da tigre, tigre por avión da cuatro, ladrón por gárgaro da cinco, gárgaro por semana da seis, tigre por cosita da siete, león

por escondite da ocho, marinero por escondido da nueve, escondido por pelota da diez, diez por uno diez, diez por dos veinte, diez por tres treinta, diez por cuatro cuarenta, diez por cinco cincuenta diez por seis sesenta diez por siete setenta diez por ocho ochenta diez por nueve noventa diez por diez cien.

Debe ser más ordenado en los recreos.

CABALLO BLANCO

Caballo blanco de la madrugada, caballo isabelo mosqueado de la amanecida caballo bayo de la mañana caballo alazán del mediodía caballo gateado de la tarde caballo rucio paraulato del crepúsculo caballo zaino de la puesta del sol caballo negro de la noche.

Caballo de humo de los sueños.

TAREA ESCOLAR: EL CRECIMIENTO

el Cresi miento los niño cresemo i devemos alimentarnos bien para creser esta maña na oi cresi y no me cirven los sapatos i no me cirve la cami sa al medio día cresi i no me cirve la escuela a la tarde cresi i no me cirve la casa a la tarde cita

cresi i no me cirven los campos cuando sea la noche no me cirve nada mas
Ru VeN

Debe mejorar la ortografía

80 KPH.—Las motocicletas corren ¡corren! por paredes, convertidas en sombras: pasadizos alfombrados: cuartos de baño con paredes de mármol: enrejados: paredes de yedra: pisos asperjados de sangre: de un espejo saltan a otro y se astillan en la superficie: depósitos de chatarra: los motociclistas masturban las máquinas: hienden escritorios: rompen laberintorios: perforan biombos: arrojan siluetas en pantallas nipónicas: estampan sellos de goma en carne humana: rampan en vidrieras: apuntan con los falos de los faros: irrumpen en ceremonias espesas de incienso: sobre tumbas de mármol donde sobrenadan reliquias en charcos de aceite: entre coronas de flores: hacia estatuas de arcángeles: contra bolas de espinas: sobre fosas abiertas: por mesas enmanteladas: en fosos de orquestas: por las plateas de las óperas: sobre mesas de billar: entre bolas multicolores: siempre derrumbando puertas: en arcos silenciosos gravitan: en pasillos penumbrosos cintilan como muñecos de fósforo: dentro de traganíqueles estrellean: motoarrancan las motocicletas: entre cabinas de vendedores de lotería: dentro de precintos policiales: en quirófanos cloroformizados: circulan como alucinaciones: emplomadas en los cielos de los vitrales: diseminadas en las volutas de las capillas: armonizando con los instrumentos del martirio: en interiores alumbrados con velas: como la vida pasan: arietes rompiendo instantes: desperdigan las vajillas: en pisos de granito o mármol o mosaico se pierden: se repiten al infinito en la noche de los empapelados: por sol siempre una lámpara: derretida al borde de las ollas hirvientes: no hay freno.

FUNDACIÓN

Golpeado a la mañana trece veces el poste sangrante. Marcados con trece ojos los solares. Clavadas trece lenguas en las esquinas de la plaza de armas. Marcada con trece corazones las letrinas. Ornadas con tres manos las palizadas. Trece veces ungidos con bilis. Untados trece veces con sudor. Empalados trece indios para la procesión. Amasadas al mediodía trece ostias con sangre. Marcados trece nichos en el solar de la iglesia. Pasados trece soles rojizos. Avistados trece cometas de sangre. Undidas trece piedras en las heces de muertos. Escupidos trece granos de maíz. Muertos trece caballos en batalla. Caídas trece reses de peste. Trece moscas luciendo en sus vientres. Posados trece pájaros negros en los trece patíbulos. Trece veces azotada la imagen de San Miguel milagroso. A los trece vientos de la noche preguntamos quién se oponía.

Contestónos una lluvia de sangre.

COMPOSICIÓN ESCOLAR: LOS SERES MAYORES

Los se res mayo res saben multi plicar los seres ma yores sa ben di vidir los se res mayores sa ben su mar los seres ma yores saben res tar los se res mayo res sa ben escri bir los seres mayo res saben dibujar los ser es mayo res saben domar los caballos saben los hectolitros y las coníferas y las cariátides los seres ma yores saben todo a mi me dan mu cho miedo los seres ma yores a mi me da mi edo ser ma yor sa ber lo todo

menos la Ceño rita Rita que es la maestra nueva a ella le pido un di bujo i me a echo un muñeco un ocho con dos ojitos a mi no me gusta el di bujo

a mi no me gus ta que la Ceño rita Rita le da pena ella no sa be en tonces los seres ma yores tam poco saben enton ces que ai de tras de las co sas

nunca voi acer mayor

RU VEN

Debe frenar los errores

LOS CABALLOS

Los caballos se alinean para la procesión e pestañean bajo la testera, entre estrambos ojos el ariete unicornio. Cabecean embarazados por las capizonas de cota de malla con reflejos verdes de ala de mosca e entrechocan las bardas del petral e las bardas del flanco e las bardas de la grupa. Sobre sus sillas púdrense caballeros, yertos dentro de sus armaduras. Gusanos rebosan por las hendijas, las borgoñotas, las martingalas, los petos e los quijotes e los guanteletes. Corona de moscas es su penacho. Pastarán a su albedrío, hasta que la roña los libere.

90 KPH.—Correr
91 KPH.—Forzar las pistas de concreto
92 KPH.—Atravesar como aros de papel los cuadros al óleo
93 KPH.—Sudar aceite
94 KPH.—Arder con los números de fósforo del tacómetro
95 KPH.—Esquivar rayas blancas como trozos de tiza

96 KPH.—Focos verdes como píldoras de benzedrina
97 KPH.—Desgarrar los bolsillos del peto
98 KPH.—Zigzaguear entre la lluvia de píldoras amarillas, rojas, azules
99 KPH.—Parpadear con los fogonazos que hacen al caer al suelo
100 KPH.—Perderse en los fulgores

SEÑORITA YO NO FUI

Yo tampoco. Ni yo menos, señorita. Quien cambió los nombres de los números. El que escondió los colores del día. El que cambió los nombres de los animales. El que cambió las letras del alfabeto.

No fui yo, señorita, quien cambió el lugar de los polos. Los acusetas dicen que fue Gutiérrez, señorita. Gutiérrez dice que si le echan la culpa, él acusa a Martínez. Martínez sí fue el que escondió los reinos de la Naturaleza. Embuste, señorita, lo dice porque él fue el que quitó de su lugar el sujeto, el verbo y el predicado. Rubén di que fuiste tú el que cambió el antes por el después. Señorita no llore que ya va a aparecer el que escondió el más y el menos. En el recreo se estaban jugando las virtudes cardinales y falta una porque se les fue volando. Micael, di que rompiste el presente de indicativo. Señorita no vamos a poder hacer las planas de castigo. Señorita algún gracioso escondió la línea recta.

Por desorden, se suspende el recreo.

DESDE EL DORADO

Hasta San Miguel de los Arcángeles de Acataurima ha enviado el Gobernador a juntar hombres de armas que oponer a la banda que ha navegado los más poderosos ríos del Pirú e caminado las selvas e domeñado la mar Occeana e agora torna degollando chrisptianos después de haber conoscido El Dorado. ¿Cómo podía ser El Dorado? Les hemos puesto cerco junto a la eremita que han incendiado por fortificarse en su desorden pésimo de hacer desta Tierra Firme Reyno suyo desunido de todo vínculo o vasallaje al Rey, nuestro Amo. ¿Qué podían decirnos de El Dorado? Con voces muy de razón exxottámoslos a desertarse del Antecristo ¿Mejor El Dorado que todo cuanto soñábamos? De uno en uno y de dos en dos con artimañas dejan al Tirano y se nos pasan al campo real, ateridos de un pasmo que les impide dirigirnos el habla. ¿Existiendo El Dorado, el vivir martirio de non conquistallo y acidia desta mísera vida que nos vence? Pícaros engañados, frailes condenados, burladores burlados, ganapanes consumidos de lacerias y soldados cobardes se nos pasan, estragados de la carne de perro e caballo. ¿Tan menguada cosa El Dorado que viviríamos ya sin ilusiones? Despacha el maestre de campo aviso al Gobernador para que marche con el resto de la gente contra el Antecristo que mantiene el desorden sin más milicias que un amigo, una barragana y una hija. ¿Cierta cosa El Dorado, mas nosotros indiños de merecerla e apocados de ánimos como el ciego ante el alba que viene? A la voz de asalto entramos en el fortincillo solo para que el Antecristo nos arroje a los pies el puñal con el que acaba de degollar a su hija para que no sea colchón de tanto bellaco. A la luz de las mechas de los arcabuces que mengua en su yelmo, amenaza contarnos cómo es El Dorado. El fogonazo re-

vienta en su coraza. Por terror de lo que pudiera decirnos, decapitámoslo.

Sus restos, dámoslo a los perros.

Un mastín de máscara roja hoza en sus redaños.

LOS NIÑOS CONTRA LOS CATETOS

Los niños contra los catetos Match deportivo con la asistencia del Señor Director de la Señorita Rita y de la Sociedad de Padres y Maestros. En este esquina Abreu presente Arteaga presente Beroes presente Bermúdez presente Cabrera presente González presente Hidalgo presente Rubén Luque presente Lameda presente etcétera presente. Salen al campo con los colores de la escuela entonando el Himno al Árbol. En esta esquina los catetos los diptongos y las hipotenusas. Suena el pito para el primer tiempo salen los catetos vacilan los niños ataca González pasa un diptongo impulsa al cateto y pasa a la raíz cuadrada que choca con Rodríguez penalty el niño Rodríguez condenado a penalty quinientas líneas suena el pito atacan los quebrados retroceden los niños tres puntos del programa avance de los hexágonos los pentágonos y los epígonos Rubén retruca pero es rodeado por los esdrújulos chuta pero bloquea la hipotenusa se retira detrás de los pupitres esquiva los pretéritos pero cae entre la glotis y la epiglotis penalty pierde posiciones y no logra parar el saque de los epítetos que arrollan a Beroes que resbala llorando mientras los paralelepípedos embisten contra Bermúdez que pierde calificaciones a pesar de la ayuda de Cabrera que resiste los paralelepípedos pero resbala contra las estalactitas y las estalagmitas que producen su descalificación llora Cabrera se rompe la cabeza Micael contra el máximo

común divisor grita Rubén estropeado por un participio llora González llora Hidalgo llora Rodríguez los niños cero los catetos veinte fin del curso fin del match deportivo.

El desorden ha llegado a su límite

ENTRE LA NOCHE

a veces, por este pueblo de San Miguel de los Arcángeles, se pasea señor Acataurima, rodeado de sus mensajeros, Añancui, que lleva su propia piel a rastras, Tairamón, sus ojos en su manos, Acacalcal, sus orejas cortadas, Sanasgasán, arrancada su nariz, Baranbai, desgarrada su lengua. Brisas soplan sobre la piel de Añancui, luciérnagas brillan ante los ojos de Tiramón, picaflores depositan néctar en la lengua de Baranbai, pájaros trinan en las orejas de Acacalcal, flores exudan los aromas prohibidos a Sanasgasán. Al caminante que encuentran le ofrecen sus despojos. Salvará encegueciéndose, ensordeciendo, arrancando su piel, escupiendo su lengua. De lo contrario correrá para siempre en la noche, rodeado de luciérnagas, pájaros, heridas, brisas y flores.

COMPOSICIÓN ESCOLAR: LOS SIGNOS DE PUNTUACIÓN

Los, sig, nos, de, pun.tua.ción. sir;ven; pa; ra; se;ña;lar; las; pau.sas. o. in.di.car, el, en,ca,de,na,miento, del; dis; cur; so;

tam;bién; son; de ¡sor! ¡pre! ¡sal! o! de! ¿in? ¿Te? ¿roga? ¿ción? pa? ra? pre? gun? tar, qué? cosa? es? preguntar? por? qué? ve? ni? mos? al? mun? do? ¡dos! ¡y! ¡dos! ¡son! ¿cuatro? qué? nú? me? ro? es? el? úl? ti? mo? ¡los pollitos dicen pío pío pío! ¿por qué yo soy yo? ¡El! ¡agua! ¡moja! ¿cómo? ¿es? ¿no? ¿ser? ¡el! ¡tiempo! ¡pasa! ¿qué? ¿eras? ¿cuándo? ¿no? ¿eras? ¡Yo! ¡no! ¡soy! ¡tú! ¿por? ¿qué? ¿las? ¿niñitas? ¿se? ¿tapan? ¿la? ¿cosa? ¿con? ¿la? ¿falda? ¡cómo! ¡sabes! ¡que! ¡los! ¡otros! ¡no! ¡son! ¡tú! ¿qué? ¿es? ¿una? ¿pa? ¿la?¿bra? ¡el! ¡día! ¡viene! ¿cuántas? ¿cosas? ¿se? ¿pueden? ¿saber? ¿cómo? ¿sabemos? ¿qué? ¿no? ¿sabemos? ¡el! ¡día! ¡se! ¡va! ¿yo? ¿me? ¿llamo? ¿Rubén? ¡la! ¡luz! ¡alumbra! ¿cómo? ¡dónde!

¿cuándo? ¡quién! ¿para?
¿desde? ¿hasta? ¿hacia?
¿sobre? ¿tras? ¿antes?
¿con? ¿cerca? ¿sin?
¿cuánto? ¿por qué?

LA REPÚBLICA

Querido tío
Alonso Ramplón,
Verdugo

Excuso la gran vergüenza de escribirte porque tengas noticia del alto destino a que he llegado, viniéndome ésto de mi padre que tanto remontó que llegó a la horca, y aún más que él porque estoy purpurado según tengo comido el cuerpo de llagas, suceso nunca visto que me acaeció desque determiné venirme a las Indias y en el puerto me alisté en expe-

dición armada de ginoveses, y nos juntamos para ello tantos de la picarda gente, que era cosa de vernos en los muelles los unos a los otros sacándonos pases y tratando de sablearnos al punto que toda la espedición fue de caballeros de industria y arriba de diez días de navegación no pasaron sin que le hubiera ganado al capitán con dados cargados la mujer, la nao y el cargo, de lo que no tuve provecho, por ser la mujer moza destas del trato, con aliento que le olía a rasuras y dientes de difunto y cabellera ajena y enjalbegado el rostro con albayalde, y garduña, el buque, con más agujeros que una flauta y más remiendos que una pía, en lo que conocí que el armador había vendido madera mala por buena y por deshacerse de nosotros nos habían metido en él, y su mando, oficio diabólico de poner orden entre turba de caballeros chirles, gueros y hebenes, traspillados, caninos y chanflones, susto de los banquetes, cáncer de las ollas, polilla de los bodegones y convidados por fuerza, y buscadotes, y putos, y buharrones, y mercaderes de chismes, y hechiceros, y tahúres, y embelecos, vestidos de harapos y con rodajas de cartón por calzas, y botas sin medias, y cuellos sin camisas y sombreros sin copa, y plumas desmirriadas y todos puntadas, y cuchilladas y trapos. Siendo de condición tal todos ellos, que pudieran desposeerme o devorarme, determiné hablarles en guisa y razón de que tuviesen comedimiento, de que en aquella nave íbamos al más encumbrado destino jamás soñado de hombre alguno, que era fundar República de Picardía, y que en ella tendrían cobijo y sagrado todos los falsos, enredadores, perjuros, cismáticos, chismosos, remendadores de virgos, echadores de suertes, mendigos, tramposos, espadachines, corchetes, alguaciles, abogados, lambiscones, pedigüeños, verdugos, jueces, monederos falsos, letrados, hipócritas, frailes, rabulientos, médicos, simuladores, cornudos y haraganes, que con ser la más de la gente, harían desta república la más conforme con natura y la más poblada de la tierra, y que en ella inventaría cada cual su ser y su posición a cada instante, y a fuerza de estratagemas y de picardo impulso

fingirían los grados, y las reputaciones y los títulos. Y les pareció bien, y se alzaron voces, y tras ellas motes, y tras ellos varapalos, y mojicones, y tolondrones, y chichones, y en estas ocupaciones del servicio principió à ventosear, y desatóse borrasca de truenos, que según hedían no eran de buena casta, y soltaron presos diciendo ser cosa necesaria, y me los echaron encima, por lo que creí ser diluvio y refugiéme en la cámara rogándoles ser escusados mientras proveía un papel para dejar en limpio y evacuar las premáticas mayores del gobierno. Y dejáronme, por robarse los unos a los otros las armas y las mujeres y las ropas, y engañarse entre ellos vendiéndose y revendiéndose las posiciones y canongías y cargos desta República, y cayeron como langosta sobre la nao, haciendo de las velas ropilla, y del cordaje, cordones para disfraces de ermitaño, del lastre de plomo, moneda falsa, y del sebo, narices y caras fingidas, y de las cartas de marear, títulos, y de las agujas de las brújulas, ganzúas, y del cuero de los atambores, naipes trucados, y de la galleta, miga para sellos contraechos, y al fin sucedió que robábase alguien las tablas de la nao por hacer rosarios de cuentas frisonas y venderlas como reliquias de la verdadera cruz, con lo que dio el bajel de través y llegamos a nado a la Tierra Firme, y fuimos acogidos por los naturales indianos con tanto contentamiento y con tan buenos modos, y dellos de tal modo fuimos confortados y socorridos, que conocimos los tales no ser humanos, por faltarles la malicia, que es lo propio del hombre. Y en convencimiento tal monté en el único rocín que no había sido carneado para hacer dados con los güesos, y esgarré y pregoné la siguiente Premática:

Por la presente téngase costituida la República de Picardía, y llévose a honra no trabajar nadie, que ésta es mezquina circunstancia que sólo excusa el cautiverio o la mengua de ingenio, y por provisión dello destiérrense las labores y córtese la mano que las hiciere y quémese en la plaza pública y santíguense con sus cenizas los devotos para exemplo de las almas pías.

Otrosí, y acójase por muy probado, de disimular en lo picardo, que por conocida la mercancía nadie la compra, y blasonar de lo que careces, y a mayor laceria, mayores preces, y de santidad desayunaraste, y de honradez almorzaraste, y de seriedad cenarás, siendo todo trampa y vanidad y mejor barreta para forzar los cofres.

Ansimás ejérzase en esta República la picardía, que es arte liberal, y susténtese de la industria, y el engaño, y la añagaza, y la sisa, y la trampa, y el embeleco, y la patraña, y el espejismo, y la tramoya, que son sustancias volátiles y quintaesencias lijeras que no dan lugar a harturas, pues mientras más se consumen más ganas dan dellas.

Otrosí, que los hermanos se abajen ante el poderoso y lo sigan y lo encomien, que el ir del pícaro tras el poderoso es como el del chacal, que sin riesgo se sustenta de lo que el otro mata, y siempre comerá de sus sobras.

Mismamente, que no se ha de despreciar al pobre por creer de no poder esprimillo, que si pobre es, es porque deja que le quiten, y todo viene de su mano y el arte está en sabella aprietar que aún el brazo te deje y te lo agradezca, por lición y escarmiento desta República.

También, que sea aquí el besamanos, y acullá el homenaje, y acá el acatamiento, y trascullá el besapies, y aquí la venia, y trasallá el develamiento del retrato, y por allí la estatua, por ser el respeto arte más útil para el pícaro que la ganzúa, y sea notorio.

Por la presente ordénase asimesmo trastrocar el idioma porque los más señalados de nosotros no seamos descubiertos y ansí a nuestras fechorías llámense hazañas, y a nuestros engaños, dotrina, y a nuestros robos comercio, y a nuestra usura finanza, y al ladrón magnate, y el ladrón más ladrón, estadista, y haya pompa e fasto e banderolas de podre e flema e pártase en cuartos al que sea sospechado de no incurrir en fingimiento, e afán téngase por tan grandes prendas honrilla e punto e vanidad e linaje e apellido que sin ellas no se viva,

y antes que ellas acábanse los piojos, e chinchas e pulgas, e sarnas, que consuelan al pícaro y le dan exemplo del morder y medrar a costa de otros.

A manera de consecuencia destiérrase por siempre y bajo pena de vida a la verdad, e sostitoyase por el falso testimonio, e espongasse al vilipendio e córtese e clávese salada sobre las puertas la lengua que dixere lo cierto, que atán fácil es la verdad como la mentira, e acaso más descansado que facer un fecho, decir yo fice, e todo sea rumor, e hablilla, e chisme, e rezongo, e diviértanse todos con ello que es la lengua gran órgano con el que podemos relamernos e hacernos tal cual queremos parescer, e con ella ponernos títulos, e glorias, e cruces, e grados, e ingenios, e talentos, e hazañas, e virtudes e bondades, e trabajos, e méritos, que nunca fueron vistos ni en la tierra ni en los cielos, que más sustenta la lengua que las columnas de Hércules, y así podremos ser llamados Don de Lenguas, o Marqués de la Boquilla, o archipícaros, o Dotores de la Saliva.

Pero también predíquese por la presente el no quedar de pícaro de boca en boca, que el rumor, con llevarlo el diablo, poco dura, sino que téngase en menosprecio y el pícaro que no haga bulla con el pregón, y la letra impresa, y con la música y la prédica de los vendedores de bulas y doctos y santiguadores y las coplas de ciego y los vomitadores de sonetos y cagadores de rimas y abortadores de tratados, que atal bulla face esta canalla que llegará más lejos que la voz del propio pícaro, y son baratos, y facen parir los montes, y es infalible.

También doy igual bando que no se escluyan de pícaros los pedantes, y los letrados, y las lumbreras de la huera ciencia, y los académicos de la polilla, y magísteres de la hojarasca y académicos de la Polvareda, y zurcidores de compendios, y ropavejeros de opiniones ajenas, que comen de hablar de lo que no entienden, que es arte de pícaros, y así declárase.

Otrosí por ser los bobos subsistencia del pícaro, provéase casas donde sean los niños mantenidos en la ignorancia y el engaño, y llámense escuelas.

Por igual providencia considérase que, no siendo igual la ligereza de manos ni la agudeza de uñas, no debe haber igualdad entre los pícaros, porque se entretenga el mayor número tratando de subir donde los señalados, y estos en despeñar a aquellos, y que en ello se pasen el tiempo sin perturbar otras partes y misterios desta República.

De igual modo permítese que los haya pícaros de todas las profesiones mientras las enderecen a dañar al prójimo, sin otro reparo de que sea declarado excesivo y peligroso el pícaro que se las da de bobo, por ser el más afilado y temible, y un punto más si presume de docto, y aun más todavía si se pretende bueno, y aún peor si quiere presumir de santo, que tantos males juntos no son de pícaro sino de hipócrita, y para protección de la hermandad se lo pregone y se lo señale, y lleve él unas tabletas o cascabeles como de lázaro, y deba sonarlas en poblado porque los cristianos lo conozcan y le huyan y se prevengan, y asi aún fueron engañados, ténganlo por penitencia y padézcanlo.

Contrariomodo y es precaución, de que dejar subir siempre a los más hábiles de nosotros a los más altos cargos sea peligro de que acabemos todos desplumados y tragados y consumidos por la tanta voracidad del talento picardo, que sea permitido en veces aupar a los más altos sitios al más lerdo, que es caridad, cuantimás que entre los pícaros haylos tan estropeados, y tan menguados, e incapaces, y tristes, y horroros, que parezca que no han de tener provecho, y por ello se les permita unirse en cofradía y dar en elogiarse los unos a los otros, y cerrar filas como los carneros, por ver si entre el infinito número de los tontos del mundo encuentran quien les crea, o por lo menos que entre su propio grupo tengan contentamiento, que más presto corre la mala moneda que la buena, y bien apretadas se calientan las chinches, y yo me entiendo.

Otrosí mándase que el pícaro que en tan menguada condición hoviere dado que le queden sólo las ganas, haga gran aparato de sospiro y tristeza y diga, aquí no soy reconocido en mis méritos, y diga, en esta condición me tienen los invidiosos, y diga, vuesamerced no será de los enemigos malos que dan en hacerme la mamona, y además haga tanto hábito de extender la palma de la mano que se crea que tiene la del martirio, que es pícaro protomártir y dotor en lástima, y rebañe con las sobras si no encontrare quien lo mantenga.

También de las pícaras, y leznas, y garduñas, y engulle fisgas, y escalfa fulleros, y esquilmonas, y sobrevirgos, y conqueridoras de voluntades, y harpías, y corchetes de gustos, y estratagemeras, se las condena a negar que lo son, y es bando que todas vivan del hombre así como éste vive del tonto, que es decir una misma cosa, y mientras mejor y más tiempo lo embistan y usen y usufructen y espulguen, en más preminencia ténganse, y protopícaro el que las goce sin mantenellas.

Otrosí téngase por fundada y constituida esta República y ordenada en todas sus partes según la premática precedente y otras que saldrán de mi caletre, y dure eternamente, y tengan aviso los pícaros de meterse en todas las asonadas y trastrocaciones y contrastes y revoluciones que en ella haya, de modo que ninguna lleve a buen término. Declarándose provechoso que haya bandos, porque todo el mundo tenga a quien traicionar y cuando no tenga otra cosa que ofrecer venda su fe, que es cosa de que puede estraerse suculento caldo, y demás sustancia mientras más veces se haya mercado.

Así dije, y aclamáronme fundador desta gran República e inventor a su principio, que conforme es de duradero barrunto que no ha de tener fin, y protector de su población, que conforme abunda y nos viene de todos los sitios ha de ser más que las moscas, conociendoos que sois singular en el arte de verdugo, y de jinete de gaznates, y de deshonrabuenos, y tocador de pasacalles públicas en costillas de cinco

laudes, y meneador de pencas de tres suelas, y de cordeles, lazos y otras herramientas del oficio, por la presente os mando a llamar a Segovia, que os vengais por la nave más próxima, y no tengais afrenta del oficio, ni sentimiento, ni vergüenza, que agora estamos en una tierra y época en que el verdugo es tenido en tanto y tan alto, que sea orgullo tener con él valimiento, y le están reservados los más altos sitiales, y aún sin recatarse de lavarse las manos tras hacer morcilla de un cristiano o hurgarle las vísceras, pudiera un verdugo sentarse a la mesa y ser agasajado, y tener un título, un nombramiento, un cargo, y aún el sostén de la República, y ser della soberano, y ser tratado sin asco, y sin oprobio, atán es de estraña y diversa esta República, y mudado en ella todo, que sinon lo tocara a cada instante y lo palpara y lo mirara para convencerme que no sueño ni desvarío ni estoy endemoniado, reputara ser fábula. Respóndeme luego, y entretanto, Dios os guarde. Vuestro sobrino,

Pablos

CUMPLEAÑOS FELIZ

Te deseamos a ti. A ti a quien hemos llenado la boca de caramelos y las manos de silbatos y cuchillos sin filo, y te hemos cubierto la cara con un antifaz para no ver la expresión de tus ojos ante esta torta con velitas que te ofrecemos gritándote ¡Que los cumplas felices! ¡Te deseamos a ti!

A ti que ahora soplas y la primera vela no se apaga ni se apaga la segunda ni la tercera ni la cuarta ni la quinta y por más que soplas aire saliva caramelos, las velas arden en

la oscuridad de la sala, derritiéndose lentamente, hasta hundir sus llamitas en la cremosa torta rosada.

Ante tus lágrimas, una casi transparente llama se enciende en el rostro de tu abuela e inútilmente soplas, intentando apagar el resplandor que la consume. Papá, mamá, tía, tío, también llamean en hilera, en el centro de la sala, cantando mientras la llama desciende, dejando solo pavesas y recuerdos dispersos mientras soplas, soplas aferrando silbados y dulces.

Ahora sientes que también una llama acaricia tus cabellos y corre por tus mejillas. En el centro de la sala aferrando silbato y dagas, sopla, sopla, sabiendo que la llama no se apagará, que te va a consumir hasta las raíces. La misma sala arde y arde el cielo. Y esta fiesta durará muchos años. Que los cumplas felices. Te deseamos a ti.

LA NAO

E que esta relación pongo en un botijo e arrojo al mar porque quede noticia de lo sucedido. E que en la bodega iban negros arriba de trescientos, todos bien maniatados e ferrados conforme es la costumbre. E que en el entrepuente iban negros arriba de ducientos, todos conforme al orden que va dicho. E que los infantes que maman teta no los cuento, porque según es conocido mueren. E que Dios instituye la esclavitud en el libro del Génesis o destina pueblos a ella hasta la consumación de las generaciones. E que el apóstol Pablo en la epístola a los efesios ordena al esclavo obedecer al amo como a Cristo, con temor y temblor en la sencillez del corazón. E que el Tomaso Aquinias la tiene por conforme

al derecho natural y a la luz del Evangelio. E que el Santo Agustín justifica la esclavitud por ser merecimiento de pecado. E que en la bodega declaróse la gran pestilencia de calenturas. E que nos dimos priesa en largar a las aguas los primeros veinte aún vivos, por el temor de pestilenciar la mercancía restante. E que la nao estaba mala para el marear; por en parte el casco comido de broma, por en parte la gran tupidez de vegetaciones adherida en la quilla. E que los negros repetían día y noche changó changó changó. *E que nos iba la vida en terminar la travesía antes de la época de los ventarrones fuertes que barren los mares. E que tengo averiguado ser* changó *demonio o espíritu de estos salvages, que gobierna los truenos e las conmociones de los cielos e de los océanos. E que a las aguas largamos otros veinte e perdíanse a plomo en el abismo. E que me daba cuenta el piloto que no hacíamos travesía arriba de cuatro leguas diarias. E que los moribundos se perdían en las espumas gritando changó changó changó. E que el piloto atribuía el menguar en la derrota al gran tirar de las vegetaciones del casco, que enredábamos como un yerbajo o alga que tupe estos mares. E que por la borda llegamos a tirar del número de cuatrocientos e perdíamos en el agua sin ser comidos de los grandes peces que nos seguían. E que el timonel decía ser tal el despacio de la travesía, que aun de hambre pudiéramos morir si no éramos presa de los ventarrones. E que descubrimos la pestilencia ser de variolosos e cerramos e sellamos las bodegas. E que en la noche largaban una luz azul las puntas de los masteleros. E que el timonel y arriba de doce de los marineros cayeron con la pestilencia. E que en las bodegas oíase changó changó changó a pesar de que ya no bajábamos el agua ni la galleta. E que sobre el mastelero de gavia se veían las estrellas del Sagitario. E que parecíamos clavados en la noche. E que el piloto muriendo diciendo no haber esperanza de terminar la travesía antes de la llegada de los ventarrones que trastruecan los mares. E que yo mismo fui tomado de la viruela e sofrí cuanto no hay palabras de*

la calentura. E que desde el castillo de popa se ve el chispear de las centellas en el horizonte y el blanquear de las olas que es como si hubiera abrojos y rompientes en estas aguas que no los tienen. E que las hachas se les caen de las manos a los marinos apestados que tratan de dar por el suelo con el aparejo. E que corro afiebrado por toda la cubierta. E que un gran sacudir del maderamen me hace rodar a las bordas e que en ellas me aferro de las maromas. E que un relámpago me hace ver el abismo e sus profundidades. E que en ellas relumbran los ochocientos ojos de los negros que ahogamos. E que aferrados con sus muertas manos a la vegetación del casco e a los enredijos de algas del agua, nos tienen como anclados esperando los vientos que agora hacen blancos los mares. E que desde la cubierta se oye el canto de los encerrados. E que no quiero dejar de oír ese canto, porque será la última voz de hombres que oiré, antes de que el ventarrón sofoque mi Padrenuestro, antes de que sofoque la voz misma del trueno.

COLORÍN COLORADO

Este era un niño que se llamaba Rubén. Este Rubén que yo digo inventó la manera de juntar las luciérnagas y volarlas de noche como un gran papagayo. Él también esperó que cayera una estrella sobre el sube y baja del parque de juegos para coger impulso hacia arriba. Así escapó del pueblo de las abuelas que se pasaban la vida encerrando a los nietos. La enfermedad de las aventuras le comía tanto el corazón que ya no podía soportar los días. Este Rubén era tan valiente que esperó a que cayera un relámpago y subió por él al sitio

donde nacen las nubes. Así llegó al país de los días sorprendentes y vagó deslumbrado por la selva de los instantes magníficos. Jugando al escondite llegó al pueblo donde se guardaba la felicidad en botijas y se la enterraba por miedo de gastarla riendo. Gracias al gran tesoro de felicidad que Rubén desenterró, pudo construir el trespuños para navegar en el ciclón de las pasadillas. Así llegó al fin de su viaje al sitio de las cosas que todavía no habían nacido. Por allí anduvo Rubén hasta que la lluvia de tizones lo obligó a buscar refugio en el pozo sin fondo donde se guardan las cosas más imposibles. Entonces fue que pelearon el antes y el después y Rubén dirigió los ejércitos de soldados de plomo que conquistaron la ciudad del Ahora. Por esos lados ya empezaba la pelea entre las cosas y los nombres de ellas, que no querían seguir juntos más tiempo. En el país de los diccionarios peleó con la palabra de los mil millones de significados. Gracias a la ayuda de ella fue que salió con vida del bosque de las tijeras empeñadas en cortar los gritos. Después se entretuvo en detener los instantes hasta que llegó a preferir su recuerdo. Pasaron miles y miles de años. Las estrellas cogieron la manía de caerse y Rubén las recogía para alumbrar los mundos que creaba cada mañana. Entonces fue que Rubén inventó lo de los ríos viajeros que fluían para donde él quería ir, y así hacía los viajes boyando. Por eso acabó depositado en el laberinto de los ojos curiosos. Entonces se le ocurrió cantar las canciones más tristes y un torrente de lágrimas lo elevó hasta una torre tan alta que estaba llena de los esqueletos de sus constructores, que murieron bajando. En lo alto de la torre se encontró una princesa tan bella que se había encerrado allí para evitar que los niños murieran de amor por donde ella pasaba. Para libertarla allí Rubén puso a pelear al dragón del día y al dragón de la noche amarrádoles los rabos sobre las montañas de menta. Prendiéndose de un cometa que pasaba pudieron la princesa y Rubén saltar la muralla y alumbrar el país de la noche. Estaban tan enamorados que a cada momento de-

bían pelear para acordarse de que eran personas distintas. Así rescataron el sol que había quedado enredado en las selvas de los confines del mundo. La princesa murió de alegría de saber que nuevamente había luz en los campos. Rubén la dejó en la cascada de instantes en donde por primera vez se amaron. Atacado por la peste del amor vagó lacerándose por el país de las espinas. Bajo lluvias de cascabeles llegó hasta el cementerio de picaflores que está situado en la luna. Allí el Rey de los pájaros le contó del bosque donde estaba la rama que le permitiría resucitar a su amada. Por llegar a ese sitio se fatigó en la batalla con el camino que devora los pasos. Rubén depositó una a una sus armas en la puerta del amor, donde solo se entra indefenso. Entonces cayó al suelo herido por uno de los arqueros dorados del León de latidos de plomo. Allí permanece para siempre, con el corazón atravesado por una varita mágica.

PRIMERAS FORMACIONES ECONÓMICAS EN SAN MIGUEL

El afán de la crítica histórica de cuantificar los hechos nos permite reconstruir las primeras formaciones económicas en el área de San Miguel de los Arcángeles de Acataurima. Desde la constitución de un cauildo en la localidad se distribuyen las tierras conforme al rango e influencia de los derechohabientes y según relación de servicios prestados en guerras de indios, configurándose así una primera partición de tierras y solares dedicados a la actividad productiva preponderante o sea la siembra de vientos y la recolección de tempestades. Constan documentos históricos sobre una par-

tida de trece indios encomendados al capitán muy esforzado Dn. Luqe de Vivar Garcipeña los cuyos indios alimentábanse del silbar melodías inconsonantes y un su descendiente destinó aún fanegadas a la cosecha de suspiros y la recolección de ideas olvidadas, de lo que hubo de liquidar el quinto del Rey, más las restantes tasas, quitas y gabelas del uso en calidad de villas y castillos, de lo que vino seguramente la prosperidad inmediata del San Miguel historiado en crónicas y relaciones pergeñadas en aguas chirles y desmoronadas en los archivos de Indios. Otra cosa era la que pasaba no obstante en la dura realidad de los hechos. Abandonada la cría de cuervos por la escasez de ojos, las dificultades del comercio de infundios con la metrópoli y la acumulación de aves de mal agüero y pajaritas preñadas determinó indiscutiblemente el fenómeno de las aleaciones inciertas de quien se acostaba viejo y amanecía niño de teta o de quien amanecía negro y en la memoria de una siesta era blanco. Las lluvias de calamidades favorecieron las subsiguientes cosechas de agravios. Una creciente de enamoramientos confundió los olores de los lechos. Entretanto se desplazaron los colores de las cosas y los espejos nos devolvían caras que eran ya las de nuestros nietos y en las agonías moríamos muchas veces con tantos nombres y tantas caras dándonos las manos con nuestros descendientes, traficantes de negros, lanceros, cantadores, soldaditos, milagreros, hacendados, montoneros, subversivos y niños. Por qué empezaba uno a escribir las actas del cauildo y terminaba en una grita de negros o porqé bendecía al San Miguel de la capilla y terminaba llamándolo Acataurima. Porqe no mediando defensa y comiendo los frutos agrios del nuevo poblado acabaría uno siendo todas las cosas dél o un rastro de polvo fulgurante en los cielos. Contrariomodo en rangos y sucesiones de instantes indivisos en viva llama amantes y amadas, padres e hijos cosas y seres, racionales e animalías. Quassidicat ser lo mesmo agora que hogaño e espada que ferida — enquanto modó de entender, en conjunción carnal e salival home e natura, e proprioceptivo principio

e fin nacía deste fulgor e aquesta noche e trastrocación de poderes e términos. Ansimesmo desnudos e vestidos de la gala del banquete del despojo, en un sestear sentir dentro del pecho las chicharras e padescer del ya estar en todo e todos. Ansirazones mesmas por las quales resultaron dello incendios, e alzamientos, e pestes, e tiranías, e hambrunas, e aun quando más acuchillando a diestra e siniestra, e ansimesmo amparados en la cólera ciega de la fe, tantas veces desficimos poblado e quemamos los árboles del milagro e fundamos en baldíos desta amarga aridez atormentados de las cosechas de huesos y el tráfico de fiebres hacia las Antillas. Aquí nos consumimos. Acaso quédannos rumorosa tristeza, un diente viejo, un ansia umbría. Acaso ni eso aún. Solo un susurro.

LOS JUGUETES

El tío saca a pasear a Micael.
Micael pasea en la noche de diciembre.
Micael y el tío ven las vitrinas.
Las vitrinas están llenas de juguetes.
Los juguetes huelen a latón y a pintura.
Los juguetes miran con sus ojos de vidrio.
Los juguetes se mueven con la cuerda.
Los juguetes caminan torpemente.
Los juguetes entran y salen de las cajas iluminadas.
Los juguetes se saludan con alegría.
Los juguetes se paran cuando se les acaba la cuerda.
Micael mira al tío.
El tío mira con sus ojos de vidrio.
El tío se mueve.

El tío camina torpemente.
El tío entra y sale de los edificios iluminados.
El tío saluda con alegría.
El tío se para con la mirada perdida en el vacío.
Micael mira al tío.
Micael aprieta la mano del tío.
Micael mira los transeúntes.
Los transeúntes miran con sus ojos de vidrio.
Los transeúntes se mueven.
Los transeúntes caminan torpemente.
Los transeúntes entran y salen de los edificios iluminados.
Los transeúntes saludan con alegría.
Los transeúntes se paran.
Todo se para.
Micael sabe que nadie ha oído su grito.
La mano del tío se mueve.
El tío lo mira con sus ojos de vidrio.
El tío y Micael se mueven.
El tío y Micael caminan torpemente.
El tío y Micael entran y salen de los edificios iluminados.

RUBÉN NO

Estudia Rubén no te jubiles Rubén no fumes Rubén no salgas con tus amigos Rubén no te pelees Rubén, Rubén no te montes en la parrilla de las motos Rubén estudia la química Rubén no trasnoches Rubén no corras Rubén no ensucies tantas camisas Rubén saluda a tu tía Paulina Rubén no andes en pandilla Rubén no seas tan enamorado, Rubén no hables tanto, estudia la matemática Rubén Rubén no

te metas con la muchacha del servicio Rubén no pongas tan alto la radio Rubén no cantes serenatas Rubén no te pongas de delegado de curso Rubén no te comprometas Rubén no te vayas a dejar raspar Rubén no le respondas a tu madre Rubén, Rubén córtate el pelo, coge ejemplo Rubén

CABALLOS DE ARENA

Caballos lentos reflejados en un mar que les baña los cascos ventean caballos de arena que crecen hasta ser caballos de sal y se desploman en caballos de vidrio. Los montas en pelo, caballos entre las olas que tienen crines verdes y resoplar de espuma. Caballos de salitre que piafan venteando yeguas de sal.

PRIMERA CARRERA VÁLIDA PARA EL 5 Y 6

Están cuadrando los ejemplares en el aparato de partida para la primera de las carreras válidas para el juego del 5 y 6. Sono arrivato a questo paese l'otto di febbraio del mille novecento cinquanta. Y aparece el primer ejemplar, con los colores del haras, camisa mitad naranja, mitad plata diagonal, martingala una plata, otra naranja, gríngolas naranja y plata. La Vergine Santíssima mi diparó colocazione nella Sastrería La Elegancia Se Hacen y se Componen.

Camisa lila con brazaletes azules, martingala lila con brazaletes azules, gríngola azul. Implantammo la moda meravigliosa del paltó con hombreras e il pantalones tubito que hizo furore nel barrio. Camisa lacre con dibujos multicolores, pecho y espalda, martingala lacre, gríngola lacre. La demanda della roba creció a pesar de la polémica sulla elegancia que derivavano en battaglie a puñetazos nelle bare e botiquini. Camisa franja verticales, amarillas y azules, martingala con brazaletes azules y amarillos, gríngola roja. Lavoravamo notte e giorno, lavoravamo la doménica e chiudevamo le porte per ingannare il ispettori dal trabajo. Camisa negra con media luna plata pecho y espaldas, martingala plata, gríngolas negras. Subito una notte il dueño de la sastrería e io fuimos arrestados. Camisa púrpura con cruz negra, martingala púrpura, gríngola negra. Arrastrados nella notte a la patruglia que tenía luce rossa e sirena. Camisa mostaza con alamares verdes, martingala mostaza, gríngolas verdes. Il cuore se me sobresaltó al vedere que eramos trasladados alla sede della Polizia Seguridad Nacional. Camisa a tres rayas verticales, azul roja y blanca, martingala blanca con brazalete azules, gríngola roja. Nella carcere horribili i polizziotti mi dicevano confiesa e io dicevo ma que confessione se io non ho fatto niente. Camisa coral con bandas cruzadas azules. Non me davano da mangiare e io dicevo ma sono inocente. Martingala coral con brazaletes blancos. Sono inocente per la Santísima Vergine. Gríngola azul. Nell abismo nero della desesperación había caído cuando apareció nella mia prigione il Gentiluomo Aquileo Aquilone. Camisa, martingala y gríngolas grises, con flores multicolores. Al vedere il suo traje comprendí que era uno gentiluomo, bella cravatta di seta con una perla grossissima, me ofreció un cigarro de una cigarrettiera di argento. Camisa mandarina con cuadros negros y blancos. Me dijo: sono di visita, mi hanno parlato del vostro caso. Gríngolas mandarinas. Me hanno detto que e gravissimo, ma un abogado puede conseguire la libertá per cinco mil bolívares. Camisa negra con estrellas de oro, pecho

y espalda. Asombrado della coincidencia creí en un signo dal cielo, perche era la misma suma que io tenía nella mia libreta de Banco que me avevano quitado los agentes cuando me arrestaron. Martingalas de oro con brazaletes dorados. Autoricé el retiro e due giorni dopo ero libero. Gríngola de oro. La sastrería era cerrada, el dueño se obstinaba en non confessare. Camisa rojo sangre con estrellas de hueso. E non dava il denaro per l'abogado que era amico del Gentiluomo Aquileo Aquilone. Martingalas de hueso con brazaletes de sangre. Pregunté por el dueño nella Seguridad Nacional ma me hanno detto de non preguntar si non voleva ser detenido como cómplice Gríngola de hueso. Nella sastrería i polizziotti se habían llevado tutto el casimir e las máquinas. Camisa azul con estrellas verdes. Solo restavano las cartas que venían de Livorno cada semana para el desaparecido. Martingalas verdes con estrellas azules. Io non me atrevía a abrir las cartas, io non me atrevía a devolverlas, neppure a esconderlas de manera que non me miraran desde el suelo vacío. Gríngolas azules. El giorno antes de vencerse el alquiler cerré la puerta de acero sobre el montón de cartas sin contestar. Camisa color de nube con estrellas color de aire. La mujer de la limpieza las tiró todas a la basura. Martingalas de aire con estrellas de nube. Gríngolas de estrellas.

101 KPH.—Instalar las ruedas de acero con púas
102 KPH.—Esquivar los pájaros que se nos estrellan en la cara
103 KPH.—Barrer a cadenazos las cabezas que ruedan por el suelo
104 KPH.—Embestir planetas de azufre y vidrio negro
105 KPH.—Romper pirámides de bombas de gasolina y latas de aditivo
106 KPH.—Fracturarnos los esqueletos de cromo
107 KPH.—Pero el ritmo que no se siente con el pie desnudo el ritmo que no se siente con el corazón el ritmo

108 KPH.—Con el pecho arrastrar banderolas de plástico
109 KPH.—Y lámparas encendidas
110 KPH.—Uno mismo lámpara encendida

SU CUERPO INFINITO

P: ¿Quién está en todas partes?
R: Dios.
P: ¿Quién desde antes del principio?
R: Dios.
P: ¿Quién presenció la noche en que te fue dada la vida?
R: Dios.
P: ¿Y el día en que tuviste Micael por nombre?
R: Dios.
P: ¿Quién vigiló en el patio del internado por si se te escapaban las malas palabras?
R: Dios.
P: ¿Quién observó en la capilla si tus ojos se desviaban de la espada del arcángel Miguel al escote de la Magdalena?
R: Dios.
P: ¿En el urinario, quién presenció la mano que escribía el Hermano Narciso es marico?
R: Dios.
P: ¿Y en la noche, quién como un vapor, observando la quietud de la mano en las sábanas?
R: Dios.
P: ¿Quién ha removido como un ratón el cajón lleno de compases y reglas donde la tarea que por Soberbia Ira Envidia Avaricia Codicia Pereza Lujuria no quisiste hacerle al hermano Teodosio?
R: Dios.

P: ¿Quién en un largo pasillo cuando te olvidaste de ti mismo caminando de arcada en arcada, pero él no se había olvidado, arcada tras arcada siguiéndote?

R: Dios.

P: ¿Quién que su ojo redondo es la tierra que pisas, sin descanso mirando tus medias con rotos, tus ensueños culpables, tus culpables olvidos?

R: Dios.

P: ¿Quién en la mierda del perro, el dolor de tu herida y el sudor de tu insomnio?

R: Dios.

P: ¿Quién masticas en misa y se expande en tu cuerpo y desborda tus poros?

R: Dios.

P: ¿Quién prisión de prisiones?

R: Dios.

P: ¿Quién murió esta mañana en la misa, recitada al revés como hiciste la consagración, descreándose así lo creado, revirtiéndose el verbo a la Nada?

R: Dios.

P: ¿Quién repleta el vacío, deshaciéndose en moscas su cuerpo infinito?

R: Dios.

YO EL REY

Vista la muy humilde súplica de mi fiel súbdito y vasallo Carlo Felipe Luque Gonzalo de Vivar Garcipeña hijo primogénito y legítimo de mi sevidor Álvaro Luque de Vivar Garcipeña conocido en fechos de conquista de indios y fundar

poblados en mi nombre, y siendo el pedimento de que mediante cédula cumplidamente certifique y pondere la limpieza de su sangre, y previo el pago de los derechos y contribuciones y gajes del uso, doy fe que sus ascendientes son cristianos viejos, limpios de toda mala raza de moros, judíos y mulatos, ecepto que el su ascendiente en línea repta de tercer grado nacido bajo un cometa de sangre y turbación en los cielos presenta cuartel y nombre y reputación de judería, y malo y relapso y sefardita y renuente en su error y remontada su línea hasta Ahaverus y pariente próximo de judiguelos horros que escupieron la faz de nuestro Salvador Jesú-Cristo (Apócrifos, 66,6) y herreros que ficieron los clavos de la Pasión y regadores con su orina del espino del que se fizo la corona de nuestro Redentor, y bautizadores del vino de la Santa Cena, que ficieron riña de gallos con el de la Pasión, y expulsados de Tierra Santa y aborrecidos en Roma y abominados en Bizancio y quemados en Brujas y arrojados de Granada, mezcla de sangre en lo más desconfiable y pésima que en cuarta línea y también directo ascendiente en mengua de la luna y eclipse aborrecible del sol, hubo mancebía con Fátima la hija del Antecristo e inspiróle la visión diabólica de los cielos y la herejía morisca y la costumbre de bañarse y pariguales abominaciones como el arte de tejer pentacles y amuletos geométricos en la caligrafía de las mezquitas y sanar los cuerpos y medir el curso de las estrellas, unión mala y mohína y detestable de la que nacieron brujas, y heresiarcas, y apostatas, y alcaguetas, y arrenegados, y verdugos, y notarios, y abogados y pícaros y filósofos y fementidores y perjuros, gente toda de condición arrebajada y vil; por bastardía infame emparentados con el Conde Don Julián, traidor de las Españas, y hermanados con los Condes de Carrión, afrentadores de las hijas del Cid, y en línea directa causahabientes en haberes y en fechos de Don Sancho, y consejeros de Federico II de Suabia en su querella con el pontífice, y amanuenses del libro infame De Trübus Impostoribus, y en otra rama

también de directa ascendencia es conocido que hubo también labradores, y tejedores, y talabarteros, y zapateros, y herreros, y carpinteros, y músicos, y vaqueros, y arrieros, y plateros, y albañiles, y pintores y mozos de la cuadra, gente toda productiva y bajo tacha de dedicarse a arte mecánica y vil, y con baldón confeso de vivir de sus manos; otrosí que su agüelo durante servicios prestados en el sitio de Viena durante conmoción del fuego central y envenenamiento del fuego exterior que rige los astros fijos tuvo entronque con mujer venida de gente ruda y dada al estoque, y culpable de duelo con armas hechizadas, y monederos falsos, y limadores de moneda, y salteadores, y falsos vendedores de bulas, y untadores de peste, y caballeros de industria, y galeotos, y pordioseros, y arbitristas, y usureros, y estrelleros, y atarantados, y embelecados y desvariadores y locos, sinon que corregida la mala inclinación del linaje durante trastrueque de la música de las esferas y putrefacción del séptimo cielo por barraganía con hechicera que convertíase en buho y bebíase el aceite de las alcuzas, e hija de zurcidora de virgos y remendadora de voluntades, y nieta de murciélagos y machos cabríos y cuñada de comediantes y prima de agoreros, siendo notorio que lleva sangre de gitanos robadores de niños y ladrones de gallinas, y de alquimistas, y de poetas, y de contrabandistas, y por aquí leznas, y por allá garduñas, y acullá coimas, y trasacullá izas, y por doquier rabizas y colipoterras y mozas del trato que, siendo ocasión de trígono entre el enjambre de los astros zodiacales, engendraron linajes de gnósticos sostenedores del conocimiento por la revelación, y platónicos soñadores de ciudades impías, y maniqueos discernidores de la enemistad del bien y del mal, y ebionitas que negaban el Jesú ser Dios, y cátaros que adoraron al Espíritu Santo en el hombre, y colidirianos, negadores de la virginidad, y cirenaicos, abominadores de la plegaria; y angelitas, sostenedores de que Dios hizo el mundo a través de los ángeles, y clínicos, que no se bautizaban sino en el lecho de muerte, y originitas ne-

gadores del infierno, y arrianos contrarios a la consustancialidad del Verbo con el Padre, y nestoritas adversos a la unión hipostática de la naturaleza divina y de la humana, y monofisitas sotenedores de la humanidad de Jesú, y agionistas contrarios al matrimonio y pelagianos, creyentes en el libre albedrío, y agustinistas que lo niegan, e iconoclastas o enemigos de la adoración de imágenes y valdenses adoradores de la pobreza, y lollardos contrarios a los sacramentos, y wyclifitas negadores de la propiedad, y danzarines que creyeron encontrar a Dios en el desenfreno, y heliocentristas contrarios a la escritura, y husitas negadores de la obediencia a los obispos, y moravos predicadores de la comunidad de bienes, y munzeritas esparcidores de la feroz anarquía, todos convictos y confesos de dotrina abominable y mala y apenas nuevamente convertidos al gremio de Nuestra Santa Iglesia católica durante sextil de falsedad saturniana y mercúrica doblez, con sospecha de haberlo hecho por miedo o por interés o por sacrilegio o por burla, sine ullo sensu pietatis, *otrosí unido en cuarteronía de mulataje con los negros que enviara Fernando el Católico para las Indias, de lo cual resulta este linaje el más esclarecido y limpio de cuantos han pasado a Tierra Firme, y el más preclaro y encumbrado que la cristiandad conserva, y así se declara.*

UN PASEO EN AUTOMÓVIL

Rubén pide colitas para ahorrar el medio del autobús. Se para un Dodge torpedo. El chofer le pregunta dónde va. Para el centro, dice Rubén. Entra, le dice el chofer. Rubén se sienta adelante. El asiento huele a cuero viejo. El chofer

maneja con el sombrero puesto. Es un sombrero como de llanero y echado hacia atrás. En la esquina, una muchachita con un guardapolvo y zapatillas de lona roja desteñidas se balancea agarrándose de un poste. Amenaza con echarse a correr hacia la calle, y después se detiene. Mira a Rubén y ríe.

—El tráfico —dice el chofer.

—Ajá —dice Rubén.

—Qué haces.

—Estudio.

—Qué edad tienes.

—Trece.

El chofer arranca. Pasan frente a un cuartel. Rubén mira los soldados firmes y las ametralladoras acostadas en la sombra de la prevención. A lo lejos hay un patio soleado. Entonces alza la mirada hacia las ventanas tapiadas y las torrecillas. Después se ve el campo de deporte. Patean balones blancos. El chofer está atento al semáforo. Una camioneta trata de pasarlo. El chofer la tranca. Rubén lo mira, agarrando sus cuadernos. En la tapa de cada uno de ellos hay una tabla de multiplicar.

—Esos carajos —dice el chofer.

Rubén asiente sin decir nada. El semáforo cambia a verde.

—La otra vez me vino uno con vainas y le saqué esto.

El chofer mete la mano bajo el asiento, y saca una peinilla que huele a aceite.

—Se quedó calladito. Pero si se me insolenta le salgo con ésta.

El chofer se levanta el paltó. Rubén mira la cacha de una 38. Es una cacha vinotinto. Pasan junto a una placita. Sobre un banco una viejecita se hurga los ojos con un pañuelo. ¿Llora? No, piensa Rubén. Se limpia las legañas. Las uñas ensangrentadas. Un niño patina. Otro niño trata de detenerlo. El viento levanta las hojas enrojecidas y las faldas de las niñeras. Un perro huele los matojos.

—Yo soy de la Seguridad Nacional —dice el chofer.

El chofer guarda la peinilla bajo el asiento. Rubén le clava la mirada. Después, la desvía hacia las parásitas de los cables del alumbrado.

—Dónde dijiste que ibas —le dice el chofer.

—Por aquí mismo —dice Rubén.

El chofer frena. Rubén, dándose mucha cuenta de las cosas, cierra la puerta y le dice Adiós pues.

Durante días trata inútilmente de recordarle la cara.

CARTEL

A principios de Mayo de este año se ha fugado de la hacienda del Marqués de la Vaca el esclavo Pedro Miguel, traído del África, de veinte años de edad, alto de cuerpo, color oscuro, pelo castaño, pasudo, bien parecido, culón, los pies troncos, con ojos de pollo, nariz chata, orejas caídas, dientes buenos, fuerte complexión, y trabajaba de minero. Una espada se ha robado, y cintajos, y pelucas, y una sobrepelliz. Es bastante ladino, algo trapecista y divertido. Mal cristiano, cantador, adivino, bailador, malicioso, flojo, resabiado, de mala índole, respondón, fantasioso. A los esclavos de las minas ha levantado. Intenta fundar reino. Adora a Ochún. Reza a Changó. Venera a Olofi. A Obatalá hace culto. Viste de plumas. Villas y pueblos asalta. Desde los montes hace morisquetas. Nos subleva los indios caquetíos. Hasta el alba toca tambores. En la siesta nos sorprende montándose encima de nuestras blancas. Desde los postigos nos lanza miradas peligrosas. Por donde pasa deja olor de cují que desgonza las doñas. Desde los árboles se orina en el san-

cocho. Al papa le ha pedido título de santa para su esposa Guiomar, antigua cocinera de estos solares. Contra nuestros caseríos mueve ataques y pobladas. Desde sus palizadas nos enseña las vergüenzas. El olor de su tabaco menoscaba el incienso de nuestros tedeums. Por las puertas de nuestras cocinas se mete con ruido de ollas y risas de la servidumbre. Nada como un peje. Ve en la oscuridad. Ronca como tigre. Habla con las plantas. Llama a los relámpagos. Doma a los temblores. A macana pelea. Bien maneja el machete. El primero con maza. Nada para su ariete. Se lo mata y revive. Dondequiera hace niños. Tiene pardos, mestizos. Y mulatos. Y zambos. Tercerones, zainos. Cuarterones, mandingas. Quinterones, bachacos. Chicharrones, trompúos. Zamuritos, bembones. Catirrucios. Lanudos. Tintos, bijos canelas. Rescuetados, zamarros. Y morcillas. Cachinches. Tostaítos. Culises. Se nos mete en la alcurnia. Nos encrespa el pelaje. Nos relaja la vida. Nos confunde el linaje. Que me agarren al negro. Que le pongan herraje. Que lo amarren del poste. Que lo muerda el perraje. Que le metan candela. Que su coco se raje. Que lo vendan barato. Que le brinden brebaje. Que le pasen la mina. Que le enseñen lenguaje. Orden que viene el coco, señores, orden que viene el coco, señores, orden que orden que orden que orden, que se jodió este orden, señores, orden que orden que orden orden, señores, donde fue, se escapó, a buscarlo, fíncale que fíncale que fíncale ese chopo, caimán, dámele que dámele que dámele con lanza, upa, dámele que dámele que dámele que dámele, cosa rica, dámele que dámele que dámele que dámele, que se bebe el guisque, que pelea en las sogas, que míramele ese swing, que dámele que dámele que dámele que dámele, señores del Cabildo, y qué fue, y qué hubo, chévere que chévere que chévere que chévere, que se les fue ese negro, que a ese negro no lo alcanzan, caballero, que no lo paran, que quién lo aguanta, óyeme, quese negro corre, oye, quese negro salta, oye que óyeme que óyeme, quese negro brinca, quese negro canta, óyeme

que óyeme, quese negro vuela, que se me voló, que se me voló, voló, voló, óyeme que se me voló y por allá arriba vuela ese negro. El que diere razón de su paradero bien a su dueño Conde Patriciano de la Vaca que habita en la dicha hacienda, o al que suscribe, se le ofrece una gratificación, y al que lo aprehendiere, además de las costas, pero óyeme qué costas, pero qué costas, pero que óyeme que óyeme que óyeme.

LA LLUVIA DE COÑOS

El primero cayó como un bofetón en el tejado. Yo subí a la azotea abrochándome la bragueta y miré la nube lejana y comencé a dar gritos de advertencia. Ay carajo ay carajo gritó Micael dejando sus tesis de Física ay carajo entretanto un relámpago amarillento como pús escindía el tiempo, y le caía otro en plena ventana a la señora gorda de al lado. Por aquí uno y por aquí otro y lo duro que sonaban en el zinc ahí va uno agárralo pum entonces pensé y si interfieren en las radiocomunicaciones y si morimos sepultados. Brisa arreciante ante la cada vez más nítida nube cuyos átomos ya se distinguían y giraban en lenta espiral con destellos de gloria, contoneo con otra nube más alta y más oscura pum pum pum pero si son pero si son de verdad gritaba en italiano en camiseta en el patio llorando de felicidad, pero si son de verdad agarren ese se escurren cuidado. Entonces arreció el chaparrón entonces fue que decidí no hablar con nadie de aquello.

LA SIESTA

Sembrar las tierras de los amitos. Cosechar las tierras de los amitos. Cuidar los animales de los amitos. Construir las casas de los amitos. Barrer los pisos de los amitos. Hacer los muebles de los amitos. Tejer las ropas de los amitos. Hacer el calzado de los amitos. Planchar los encajes de los amitos. Tender las sábanas de los amitos. Batir el chocolate de los amitos. Cuidar los arcones de los amitos. Encender las velas de los amitos. Adorar los santos de los amitos. Amamantar los niños de los amitos. Bordar los manteles de los amitos. Pintar los retratos de los amitos. Tocar la música de los amitos. Amasar el pan de los amitos. Servir la mesa de los amitos. Preparar el refresco de guanábana para los amitos. Llevar la merienda para los amitos. Mover el abanico para los amitos. Velar la siesta de los amitos. Los amitos duermen. Su siesta dura centenares de años. Las moscas que les caminan por la cara se mueren de viejas y ruedan sobre las sábanas contrabandeadas de Curacao que valen más que un negro en el mercado. Duermen de siglo en siglo y entretanto corremos bajo los árboles y rodamos por el piso de la cocina, haciéndonos cosquillas. Por los campos salimos y miramos las cosas. Reímos, bailamos. Nuestros tambores hacen retemblar los muros. Mueven el reflejo de los espejos. Lluvias de soles nos embisten. Con ellos hacemos collares que repican en la danza. Con las lunas, aretes para las bailarinas. Sembramos la noche de sudor. Y por el día germinan colores. No van a despertar más nunca, los amitos. Nunca estuvieron despiertos.

LOS GATOS

—Mire caballo dígame qué hacemos ahora caballo.

—Cállate mojón después que nos echas a perder el picoteo ahora vienes que y que qué hacemos a estas horas qué bolas.

—Ningún que eché a perder el picoteo caballo es que el viejo ha mordido que yo le gusto a Ana okey esa es la vaina caballo y por eso era, no estábamos invitados, okey, entonces por eso fue la cara que ella puso cuando entramos al picoteo, eso era para disimular caballo.

—Mira Rubén lo que no tenías era que ponerte a bailar bolero pegado y sacar dos veces la misma pareja porque las viejas que están de chaperonas comienzan a hacerles señales a las pavas.

—Pero mire caballo es que yo estaba bailando así con otras para que Ana se diera cuenta de que yo no le hacía caso te fijas de que dejara esa ilusión conmigo por eso era que ella estaba así te acuerdas.

—Pero coño mojón qué Ana ni qué Ana si esa estaba bailando con el cadete que es primo de ella mojón ese que entró poniendo la daga y la cachucha en la cama de matrimonio donde las chaperonas ponían las pieles y parecía un catafalco mojón.

—Coño caballo déjeme sentado en esta acera déjeme que me vomite caballo porque esta vaina yo no la aguanto caballo poner esa cagada en la fiesta del cumpleaños de Ana que gusta de mí caballo.

—Pero mojón no te vomites en mis patalones de casimir que te los presté a pesar de que son los veintiúnicos.

—Mire caballo un polvo yo tengo que echar un polvo préstame lo que tenga aquí de caballo a caballo.

—Mira mojón yo te puedo prestar dos cincuenta que es lo que me queda de lo que me manda mi familia pero con eso no alcanza ni para entrar al burdel que queda encima del

gimnasio del Chiclayano y ponerse a ver mujeres como hace el italiano de la pensión que nada más va a ver mujeres y después sale a hacerse la paja.

—Sí caballo pero a usted con esa carita de quince años lo sacan caballo nos sacan que y que por menores por culpa de esa carita de buen alumno que usted tiene caballo.

—Sí mojón pero tú con Ana no has pegado ni una y yo en cambio a una de las Benítez se la toqué te juro que en la excursión cuando nos apartamos del grupo se la toqué y entonces ustedes de peorros comienzan a gritar la cascada la cascada apúrense que se ve la cascada y ella se bajó el uniforme por culpa de ustedes mojones que pajearon la cosa

—Pero coño Micael me va a venir ahora con esa paja mentar caballo ahora se me va a parar y no voy a poder dormir para levantarme temprano a estudiar caballo.

—Pero mojón está bien no me creas porque para tí todo es embuste mojón no me creas que se la toqué porque a tí lo que te pasa es que estás enamorado y estás arrecho porque sí fue verdad que se la toqué y no como tú mojón que lo que haces es ponerte en la parada del autobús a buscarle conversación a Ana a ver si te invita al picoteo y no te invitó mojón tuvimos que entrar coleados porque no te invitó mojón.

—Mire caballo a mí lo que me descompuso en el picoteo es que en cuanto entré me encuentro con el profesor Pupusote que lo habían invitado y me saluda con un cómo se prepara para esos exámenes.

—Oye mojón Pupusote te tiene arrechera porque tú le inventaste eso de Pupusote y porque el año pasado después de los exámenes dirigiste la quema de los apuntes y también porque corriste esa, ojo, no fui yo, fuiste tú, de que si el ergio era la unidad de energía el pupusio debería ser la unidad de medir la pendejada, y también el cuento de que

le ibas a poner azúcar en la gasolina del carro, que prometes y después no cumples, mojón.

—Ah no, caballo, y quién fue el que le espichó los cauchos el otro día al carro de Pupusote, pregúntale al Gordo, que el otro día me pongo a espicharle los cauchos al carro de Pupusote y en eso se me viene por la espalda el policía que anda por ahí atacando a la taquillera del cine, caballo, y me dice mire joven, qué hace, y yo, coño, ahí está, pregúntale al Gordo, el Gordo meado porque coño, Rubén, te van a expulsar, y yo que le digo al policía, joven no, bachiller, coño, cálate esa, joven no, bachiller, y entonces le digo aquí inspeccionándole los neumáticos a mi vehículo y entonces el policía que me dice disculpe bachiller, ahí está, si quieres pregúntale al Gordo si no es verdad, disculpe bachiller y todo y hasta se cagó porque se lo dije así en un tono muy chocante y el rolito seguro que pensó éste debe ser hijo de algún pesado.

—Pero coño mojón qué policía ni qué policía si tú le tienes miedo a los bedeles, a los bedeles les tienes miedo y no tiraste los peos líquidos en la verbena de contribución, mojón, porque y que los bedeles estaban vigilando.

—Mire caballo yo le voy a decir por qué no los tiré, caballo, porque el Gordo que es un acuseta le fue con el cuento a Ana de que yo iba a sabotear la coronación de la Reina del Liceo para que no fueran pendejos y entonces Ana me pidió que no lo hiciera porque ella era dama de honor de la Reina, cálate esa, dama de honor caballo y ella me pidió que fuera caballero de honor caballo pero yo no pude porque no tenía traje azul y lo que es más jodido es que no tenía para la contribución caballo pero ella quería que yo fuera, te das cuenta, ella apareció con un traje así como de seda rosada y un sombrero con plumas y una capa así como de los Tres Mosqueteros y yo vi la coronación desde la cerca porque como no tenía para la contribución entonces la vi desde lejos cuando el orfeón cantó el himno del Liceo

y ella agarró la corona y se la puso en la cabeza a Hilda I que había sido su rival en la elección de la Reina mientras la fotografiaban en esa foto que salió en la revista del Liceo donde se veía a Ana delante de los cisnes de cartulina y las columnas griegas de cartón piedra con las cintas y los adornos y las lentejuelas y todo eso que Ana se veía así como una artista de cine que la capa se le arrastraba por el suelo.

—Claro mojón la capa prestada que se le enredó en los zapatos cuando bailó la primera pieza con el mejor de la clase que tiene una beca Shell y va a estudiar ingeniería porque la caraja se pasó toda la noche meneando el esqueleto con él, y tú con ese mojón en la cabeza Rubén y otra cosa te voy a decir mojón que es medio cambeta porque yo la vi cagando, oíste, me subí a pulso por la ventana del baño de Damas que da al jardín y la vi cagando que se había subido el uniforme y como que le gustó la cosa porque después me dijo que no me iba a acusar, oíste, mojón.

—Mire caballo no hable pendejadas y déjeme acordarme de cuando la vi de lejos porque ella en la coronación se enrolló la capa en la mano derecha y sonrió para aquí para allá para acá y a mí también me sonrió para afuera porque ella sonrió para afuera para la reja y tiró un beso campeón así se besó los dedos y después sopló y eso era para mí caballo y yo sé que estaba triste porque se le notaba campeón y sus compañeras me dijeron que le preguntaban, Ana qué te pasa, y ella toda la noche nada, nada, pero se le veía que estaba triste y yo la vi después cuando el papá la acompañaba al carro porque yo estaba en la placita campeón bajo la estatua del Marqués de la Vaca que le dicen el Chiguire Inflado, y ella disimuló porque la estaba acompañando el papá que es un viejo espuelérico pero entonces ella tiró una servilleta de papel con que se había estado retocando la pintura, tú sabes, la hizo una pelota y la tiró y entonces yo comencé a caminar por la placita hacia la servilleta por las

vereditas dando todas las vueltas porque yo quería tardar en llegar toda la noche, caballo, hasta la servilleta que después no supe cuál era entre aquella cagalera de vasos de cartón y restos de pasapalos y cajas de cigarros que estaban ahí en la plaza por donde los barrenderos estaban ya limpiando las sobras de la coronación de la Reina.

—Mira mojón la servilleta yo la vi y tenía los mocos del capitán del equipo que se sonó cuando bailó con ella Conticinio y yo la vi que ella decía después eco y no encontraste la servilleta porque después vino un perro sarnoso y se la llevó en la boca y menos mal porque después te ibas a estar haciendo la paja con mocos de bachiller que es el colmo de la comedera de mierda Rubén.

—Mire caballo yo entonces me quedé en el parque caballo entre los barrenderos que pasan de noche caballo usted sabe con los carritos barriendo todo lo que hay en las calles caballo llevándose aquella vaina aquella servilleta caballo y entonces me di cuenta caballo de que la enamorada era ella y no yo, caballo, usted se fija, por ahí en el curso me joden con la vaina se burlan de mí me mandan falsas cartas firmadas por ella me llaman a la pensión con vocecitas amaricadas diciendo que es ella me escriben el nombre en las pocetas de los baños Rubén y Ana pero eso es mentira yo duro yo firme porque la de la vaina es ella caballo en ese momento en que tiró el beso hacia afuera yo supe que ella estaba jodida así, que ya no podía, que estaba castigada por mí pero yo no le paraba caballo a esa vaina y en ese momento yo me bajé de la cerca y me puse a caminar por la plaza hasta que estuve después buscando la servilleta que por primera vez se lo cuento caballo y que menos mal que no la encontré porque si después le decía, recogí tu servilleta, ella se iba a ilusionar y entonces esa es una vaina jodida tú sabes ilusionarla así cuando uno está firme y uno no le para a la vaina caballo.

—Pero coño mojón vas a coger una pea llorona, mojón si ahorita podemos pedir prestado un cuatro y empatamos en la cosa a Peo Triste que canta Granada mojón y le damos la serenata a las Benítez.

—Mire caballo yo estoy ahorita que si canto desafino porque yo no puedo con esta vaina caballo.

—Mira mojón deja la caligüeva porque si estás en esa entonces lo que hago es que te recuerdo que hay que estudiar porque hay examen.

—Coño caballo no me lo recuerde que prefiero acordarme otra vez del picoteo caballo, mire lo que se me metió en la cabeza, borracho, no porque yo no estaba borracho, sino entonado, fue ver el baño donde hacía pipí Ana, tú ves, la expresión rara que se me veía en la cara era esa cuando en cambio saqué a bailar la pava aquella con el peinado con laca y le comencé a decir, aunque usted no lo crea señorita yo tengo veinte años y estoy a punto de graduarme y debo estar pronto en la guardia del hospital señorita, y la pava se estaba creyendo la coba, caballo, me dio el teléfono y me dije ay me enquesé yo con esta flaca, y le dije que la iba a visitar en mi carro, caballo, cálate esa, que esta noche lo tenía componiendo con el mecánico pero que yo le iba a dar vueltas a la manzana donde ella vive para que me viera por la ventana cuando pasara coño y ya estaba ilusionada caballo mire y se lo juro por ésta que estaba ilusionada caballo.

—Pero coño mojón qué ilusionada iba a estar si cada vez que hablabas se te salía un gallo porque no has cambiado la voz y el cuello de la camisa se te veía que no es tuyo porque yo te lo presté mojón y cuando la fuiste a sacar para el tercer set te dijo no, estoy fatigada.

—Sí, caballo, pero era que la vieja le había puesto fea la cara caballo porque veía que íbamos a empezar un sebo caballo eso fue en el momento en que pusieron esa canción, Matinata, la aurora di bianco vestita, entonces yo la miré

caballo y ella me miró caballo porque estaba así como muy perfumada caballo con el peinado de laca espolvoreado con lentejuelas caballo y yo le noté el interés caballo mire le digo que se lo noté caballo y por eso fue que comencé a cantarle matinata bajito al oído y eso fue lo que alarmó a la vieja, que yo le secreteaba, que creía que yo le estaba secreteando, caballo ¡Sí coño! que ella me gustaba era lo que yo le secreteaba, porque me le fui caballo y se lo dije que ella me gustaba caballo se lo dije.

—Pero coño mojón ayúdame, anda, canta Granada, para que vayas afinando, mojón, a que no te atreves a cantar Granada conmigo por el medio de la calle para que vean que jodemos mojón que somos picoteadores que somos arroceros, ah, que nos la pasamos jodiendo güevón, ve tocando las puertas de las casas y cantas Granada para que se despierten esos coños de madre que no oyen Granada que no oyen esta vaina levántense coños de madre salgan de esas camas para que oigan Granada para que vean que aquí somos serenateros que cantamos lo que nos da la gana y jodemos toda la noche, porque estamos jodiendo ahí.

—Entonces caballo que yo me pego cachete a cachete con la caraja y noto que a ella se le pone el cuerpo duro, así, como una tabla, y seguro que era que la vieja le estaba haciendo señas, se puso duro que no la podía sacar de un mosaico y eso que comienzan a tocar Apamichao, y entonces fue que me dio, sentí las manos de ella así como si fueran salchichas y el armador y las lentejuelas y Ana conversando junto al picó con el cadete y el viejo de Ana que no me quitaba la mirada y usted caballo en la puerta de la cocina diciéndole a la cocinera hazme el please y me pasas esos pasapalos y picándole el ojo a la mamá de Ana y clasificando los adornos de cristal de murano y el cuadro con el Corazón de Jesús de acuerdo a la filosofía pesimista y me acordé de la cuenta de la pensión y del examen y yo también me puse tieso como un palo, así, como una momia, y

la caraja se asustó, ella que se había puesto toda momia para que yo no me le pegara pero yo también que me había puesto todo momia para no pegármele y esa vaina toda momia que se le puso a todo el mundo que empezó a mirarnos que estábamos todo momia en medio del Apamichao, hasta que ella se fue separando como por pedacitos, primero el cachete, después la barriga, después las manos, después el armador, y se fue yendo para su asiento, caminando para atrás a pasito, también la cara toda momia hasta que al final se fue sentando por pedacitos mientras nos miraban el cadete y toda la familia y en ese momento me di cuenta de que la música seguía sonando.

LA CANCIÓN

Alcanzárate esta bella contradanza, Niña Luciana de la Vaca y del Alcornete de Ridrueja y Blanco y de la muy rancia alcurnia y muy limpio linaje y muy altos títulos y muy grandes cacaos. Para distraer el insomnio que le produjera la primera taza de café en el Valle de Caracas, tu padre engendróme en Amelita, la cocinera culisa que le batía el chocolate. Expósito en el hospicio, por bastardo no pude entrar en el seminario, por pardo no pude entrar en la Universidad, de donde inventéme músico, de donde estudié en el Oratorio de San Felipe Neri hasta que fui acusado por el Obispo Martí de reunirme en una casa cerca del pueblo de Chacao a jugar pelota y bochas y tocar conciertos de música día y noche, en las muchas horas y días que los neristas teníamos desembarazados. Aceptáronme Teniente Organista de la Iglesia Metropolitana, donde compuse la misa de Requiem a tres

voces, dos violines, dos oboeses, dos trompas, viola y baxo con órgano que estrenárase en honor de tu madre, difunta de trabajos del parto. (De verte en la catedral, velada, develóseme mi naturaleza, me arrebató el descanso eterno, pedí para verte la luz perpetua, y acometí las teclas negras para ti, que debías oír mi plegaria para ti, a quien debía llegar toda mi carne. Ad te omnis caro veniet. En el Kirye jugué con la introducción. Avancé con un cánon que se encontró con una fuga. Afirmado en el cánon completé la introducción, pasé al pasacaglia y entró el Señor con una tal violencia que me encontré en el Dies Irae día de ira, Dies Illa, día aquél, solvet saeclum in favilla, de arder hasta hacernos polvo. ¿Quantus tremor es futurus? ¿Qué temblores los futuros? ¡Quando judex es venturus! ¡Cuando el juez haya llegado! ¡Cunta stricte discussurus! Pero allí se alzó la trompa, turba mirum spargem sonum, esparciendo sus sonidos, per sepulcra regionum, por las más profundas zonas, y llevándolos al trono, coget omnes ante tronum; tiembla, muerte, y tú, natura, moss spebit et natura, que resurge mi criatura, cum resurget creatura, respondiendo a tu conjura, judicanti responsura. Aquí el nunca visto tumulto ante la inesperada armonización y síncopa, de la cual defendíme alegando lo escrito en la partitura, liber scriptur proferetur, y sin más, con lo más profundo del órgano, fui al asiento de mi juez, judex ergo cum sedebit, que lo oculto apareciera, quiquid latet apparebit, que nada indemne quedara, nihil inultum remanebit, salvame, fuente piadosa, salva me fons pietatis, que salvando eres graciosa, qui salvando salvas gratis: los colores en el rostro, culpa rubet voltus meus, al guiarme con la diestra, et at haedis me sequestra, statuens in parte dextra; y entonces acometí el Ofertorio, que la concurrencia rechazó indignada porque el baxo con sus sonoridades se sumergía en el profundo lago, profundo lacu, y gemía por no ser sorbido, ne absorbeat eas, ni caer en lo oscuro, ne cadant in obscurum, mientras las tres voces discutían de lo prometido

a Abraham, quam olim Abrahae promisit, y también a su semilla, et seminis ejus. Semilla que se derramó en el Sanctus en el curso de un coro en ocho partes que fue creciendo y creciendo hasta llenar los cielos y la tierra de su Gloria, más alto y cada vez más alto Hosanna, y cada vez más alto, hasta llegar al Agnus que toma para sí los pecados del mundo, y prodiga el descanso, dona eis requiem, y da el descanso eterno, dona eis requiem sempiternam. Pero el tumulto litúrgico no estaba para descansos; a bastonazos trataban de desalojarme, pero yo apoyándome con firmeza en el órgano lanzaba un libera me con un ritmo que movía los cielos y la tierra, quando coeli movendu sum et terra; y de movimiento se movían las negritas que llevaban las almohadillas para que se arrodillaran las mantuanas, y se les movía el cielo y se les movía la tierra, pero que óyeme cómo se les movía, y el movimiento se le pasaba a las mantuanas, pero que óyeme qué liberación, pero que óyeme qué movimiento en la tumba, tumbadora y mina era ese movimiento, pero ya a tu paraíso me llevaban los ángeles, in paradisum deductan te angeli, y al tú venirte te recibían los mártires, in tuo adventu suspiciant te martirem, mientras entrabas en la Ciudad Santa, perducam te in civitatem sanctam, pero que óyeme qué santa esa ciudad, pero qué divina esa ciudad, pero que óyeme que óyeme qué sabor de ciudad, pero que óyeme qué entrada: entrada que coincidió con mi expulsión de la Capilla y mi salida de la Escuela de Música. Sinón de soplatubos en las representaciones de cómicos, vivido no hubiera; sinón de redoblar el largor de los calderones de mi trompeta cuando te veía entrar velada. Quejas de amor canté por las esquinas esperanzado de que alguna llegárate. Por haber de vos merecimientos, que desde la ventana desfilar me vieseis, entréme de corneta en las tropas de la patria, que nacía con música. Al romper el alba, llamábamos la batalla con el moderato de arcaicas contradanzas en cuatro por cuatro; seguía el andante del cánon de la infantería, que avanzaba en una monodia de tres por cuatro; éste se tejía con el allegro de

la fuga de la caballería en un dos por dos, hasta que perdía el compás la artillería y terminaba por descomponer el contrapunto el cruce de las voces de los heridos: allí pérdida de los toros del cantus firmus; allí traslapes violentos y disonancias sangrientas como las inventadas por el Signore Gesualdo, Príncipe de Venosa. Con pífano, redoblante, trompeta y marimba acompañamos marcialmente la retirada estratégica del Marqués de la Vaca y la carrera del Señor del Cornete, que por un salvoconducto vendieron las milicias de la patria. Salvéme disfrazado de ciego cantador de décimas. Por amor de vos, de una nana que oí a una madre enloquecida, compuse la canción que prendió tanto, que se fue a buscar las tropas de la patria y las trajo de regreso echando machete por las cordilleras. Tantas veces la oíste, niña Mariana, sin saber que mi deseo os la enviaba. Yo la cantaba a gritos de noche, por no oír los gemidos de los heridos incurables que nos mandaban a finar. Cantada con una letra pomposa y gramatical, toquéla el día de tu matrimonio con el joven Teniente de Caballería Antonio de Gonzalo González y Sotomayor de la Ridrueja. De la rabia me pasé a los lanceros del Taita Boves, que bajo las banderas de la España venía matando blancos ayudado por los pardos y las otras castas viles. En la plaza le encontré, niña Mariana, entre los derrotados que luego del baile serían: pasados a cuchillo, los que llevaran calzones, y repartidas entre los lanceros y músicos de mayor merecimiento, las que llevaran faldas. Con un gesto hice parar los compases de la Pava. Tomé el arpa, y toqué las variaciones que el Taita Boves bailó con tanto gusto, desde que comencé con un romance asturiano de ocho compases, y del romance pasé a una canción de romería y de la canción de romería a un villancico de cuatro y ocho compases y del villancico a una nana de doce; y de la nana a una folía y de la folía a una chacona para volver a la nana que hacía perder el paso al Taita Boves, y de la nana al fandango, y del fandango al baile de monos y al

sarambeque, y de allí a la nana que el Taita Boves trastabilló en las diferencias de la guabina, el yaguaso y la marisela; el Taita Boves me miró con sus ojos de lechuza y yo me metí en el golpe que lo tumbó del ritmo como un potro salvaje y el Taita corriendo detrás del ritmo que lo desconcertaba con el tiento y la mudanza, cada vez más furioso el Taita desarzonado por la música, y yo cada vez con mayor velocidad tejiendo la melodía que cazaban al vuelo pardos, negros y zambos, y tú no lo podías creer, niña Luciana, no podías creer a tus oídos, al fin reconocías aquella música que iba y que venía y por la cual el Taita Boves me había ofrecido tres caballos, cuatro blancas, una charretera y un apero; ni siquiera llegué a elegirte, niña Luciana, porque antes de la madrugada, mirando de frente al Taita Boves que jadeaba ante sus hombres abandonado por la música, y dejando de lado las variaciones que había tocado durante la noche, las refundí en la canción que te había compuesto, niña Luciana, y que al fin reconocieron mientras agarraban las lanzas y echaban a correr hacia mí, todos los hierros dirigidos hacia el cordaje del arpa y hacia mi garganta.

150 KPH.—Motociclistas de cascos dorados dirigidos en formación contra motociclista desgreñado que se lanza contra motociclistas de chaquetas encarnadas que tratan de cortarle el paso al motociclista sin chaqueta que baila entre motociclistas de lentes polarizados que danzan alrededor del motociclista con los ojos inyectados de sangre que embiste a los motociclistas de botas anaranjadas que se dispersan al paso del motociclista descalzo que desarzona motociclista encarnado que pierde el ritmo resbala y golpea la bota anaranjada contra el asfalto. Fractura abierta de fémur. La chaqueta encarnada contra el faro. Fractura desplazada de costillas. Vientre contra el motor. Estallido del riñón derecho. Caderas contra la defensa de la carretera. Desplazamiento de vértebras con sección de médula. Codo contra el cordaje de

la rueda. Fractura conminuta de cúbito y radio. Lentes polarizados contra el velocímetro. Otorragia. Casco dorado contra la noche. Fractura de cráneo. Desplazamiento de segunda y tercera vértebra cervical con sección de médula. Fractura de apófisis transversa de octava vértebra dorsal.

RUBÉN NO MANIFIESTES

—El Gordo se encarga de cerrar los salones.

—El Flaco trae los volantes contra la dictadura.

—El Negro le está avisando a todos los de confianza.

—El Enano va a dar la señal con un silbido.

—El Loco dirige a los que van a gritar liber-tá, liber-tá liber-tá.

—El Marciano se queda dos cuadras antes del Liceo para avisarnos cuando venga la policía.

—El Tuerto trae el monigote con uniforme que se va a quemar frente a Seccional.

—Micael va a abrir la puerta grande y a ponerle una cuña en la cerradura para que los bedeles no la puedan volver a cerrar.

—Ahora se decide quién toma la palabra.

—Yo —dice Rubén.

Rubén no manifiestes, no cantes el Belachao Rubén, Rubén no protestes profesores, no dejes que te metan en la lista negra Rubén, Rubén no pegues afiches, no digas yankis go home Rubén, Rubén no repartas hojitas, no pintes los muros Rubén, Rubén no siembres la zozobra en las instituciones, no corras por la calle Rubén, Rubén no quemes cauchos, no agites Rubén, Rubén no me agonices, no me mor-

tifiques Rubén, Rubén modérate, Rubén compórtate, Rubén aquiétate, Rubén componte.

SEGUNDA CARRERA VÁLIDA PARA EL 5 Y 6

Y se están alineando los competidores para la segunda carrera válida para el juego del 5 y 6. Falto de recursos entré como obrero della construcción. ¡Listos! ¡Se da la partida! Lavoravamo quatordici e quindici ore al giorno. Y sale a buscar la punta el ejemplar Indomable. Dormíamos sobre los andamios, mangiavamo sandwiche e cocacola. Gañán cae con fuerzas sobre el puntero. Quadriglie dei miei compagni lavoravamo dormidos e costruivano cuartos que non erano en los planos. Pero Indomable rechaza el asedio. Lavoravamo hasta que olvidavámos qué edificio costruíamos, la ora, il giorno, l'anno. Y Furor se trenza en la lucha. Come esclavos lavoravámo perche il Presidente Generale Architettonio quería fare la gran inaugurazione de las Obras Públicas. Pero pasa a dominar Laberinto. Duplicamos los turnos para construir el Hipercicloide colossale que debía ser inaugurato per il Generale para celebrar il aniversario del suo governo. Confundidos por los planos inextricables, noi nos extraviabamos nelle galerie infinite, nelle spirale titaniche, nei dedali di concreto armado. Esperanza supera en gran forma en los mil quinientos metros. Alucinados, trabajamos notte e giorno, a pesar del rumor de que el edificio era jettatore. Y por los palos atropella el ejemplar Presagio. Entre polvo de cemento esputábamos sangre. Gañán le disputa la delantera. Infine trabajabamos dormidos. Pero Presagio se impone. Subito me caí del andamio donde estaba la fila

de mis compañeros sonámbulos. Gañán corre peligro de quedarse en las tinieblas. Nubes de cemento ahogaban los mios gritos ¡Compagni! ¡Compagni! Pero entra en combate el ejemplar Faraón. E nessuno me ascoltaba. Y pasa a dominar Babilonia. En un grito terrible creí esputar los pulmones. Gañán se desprende del pelotón. Vi despiombarse tutta una sección del edifizio, sepultando la cuadrilla de mis compañeros. Abismo supera en gran forma. Los camilleros me arrastraron del sitio. Pero Babilonia le disputa la victoria. Li ingeniero ocultó el accidente. A toda máquina atropella Babilonia. Al día siguiente il Generale Architettonico inauguraba el Hipercicloide. Pero Babel se impone en los finales. Il Generale caminó sopra la tumba de treinta dei miei compagni. Babel para todo el mundo. La cinta se rompió prima di essere cortata, il Generale se tagliò un dedo con la tijera, l'Obispo tropezó e derribó un coronele ministro. Pero por fuera se anuncia Cataclismo. E al entrare la comitiva, tutti ascoltarono come un grido di uomini sepultati e un eco di horrore e un tremore en el cemento e generali, coronelli, tenienti e polizziotti sintieron el terror vibratorio della jettata e il lampo del mal de ojo. En la recta final arrecia Cataclismo. Tre mese dopo caía el gobierno del Generale Architettonio e trecento bambini iacevano muertos nelle strade peril piombo della polizia. Babel empareja con Cataclismo. Io, nell Hospital, veía entrar los bambini heridos y muertos, el gran escándalo de las enfermeras, il gridare de las madres que piangevano. Gañán lucha por desprenderse del pelotón pero es en vano. La matina dopo la caída del Generale Architettonico tutto il mondo rideva e bailaba. Babel para todo el mundo. Ma io, quasi cadavere nel yeso, la mia mirada nella luce gialla, veía la faccia gialla de un muchacho morto mentre se escondía nella fachada de uno edifizio que yo había construido. Babel de primero. Al salir gasté el dinero que me quedaba en una misa nella catedrale per i miei compagni morti e tutti mi dicevano quale compagni. Cataclismo para el segundo. I miei compagni soto le spiombati tetti, sotto

le obelisqui rovinati, sotto il tuo apartamento, sotto il tuo piso, sopra la finestra aperta per la gioia dei tuoi occhi. Faraón de tercero. I compagni morti, sepolti nel concreto nel granito nell'asfalto nel macadam. Y para el cuarto, Presagio. Nella cittá, mirándome, mirándote, mirándonos, los muertos de la bella cittá splendorosa costruita colle mie mani fratturate.

CABALLO DE SOL

Una nube cubre el sol.

El campo converge hacia el horizonte cortado por la hilera de húsares y tienes que arrancar por el campo ir alanceando el campo hasta arrancarle la hilera de húsares que se reagrupa en una batería de cañones: siempre hacia el horizonte alanceando: y después de que perfores la batería todavía corriendo: foeteando tu propia cara para sentir que todavía existes en el cielo de oro y en las lentas nubecitas de oro que hay tras la infantería: el viento que sacude los ensangrentados cintajos de tu pechera: sofrenando el caballo para encontrar todavía otro horizonte: soltando las riendas y embistiendo hacia el sol, y aún no es un horizonte, y atravesado el sol embestir hacia la noche, y llegar al cabo de la noche: y tras ella otro horizonte: paso: trote: galope: carrera: el horizonte es la carrera y se confunde con ella como una serpiente enrejado de lanzas que convergen hacia ellas mismas: corres en los bosques de lanzas tras el horizonte bajo soles centelleantes y exhalaciones incendiarias corres: mirando el alzarse y el caer de los cometas: caballo blanco sobre el cielo negro. Caballo negro sobre cielo ín-

digo. Caballo índigo sobre cielo de plata. Caballo de plata sobre cielo rojo. Caballo rojo sobre cielo magenta. Caballo magenta sobre cielo de luz. Caballo de luz sobre cielo de mar. Caballo de mar sobre cielo de tierra. Caballo de tierra sobre cielo de aire. Caballo de aire sobre cielo de sangre. Caballo de sangre sobre cielo de carne. Caballo de carne sobre cielo de fuego. Caballo de fuego sobre cielo de hueso. Caballo de hueso sobre cielo de hierro. Caballo de hierro sobre cielo de sal. Caballo de sal sobre cielo de vidrio. Caballo de vidrio sobre cielo de lunas. Caballo de lunas sobre cielo de sal. Caballo de sal sobre cielo de espumas. Caballo de espumas sobre cielo de espejos. Caballo de espejos sobre cielo de noche. Caballo de noche sobre cielo de estrellas. Caballo de estrellas sobre cielo de sol.

Caballo de sol.

II

VERBI GRATIA

—No, no son tontos. Es que son tan pobres, que no pueden comprarse las palabras, y apenas tienen dinero para pagar el permiso de estar vivos. Pero mira, nos acercamos a la luz.

WINSOR MCAY: *Little Nemo in Slumberland.*

LA MANO PODEROSA

Con mano poderosa, Moncho apretaba los botones de los ascensores, multiplicaba los gestos, acariciaba los símbolos de su autoridad: conchas de carey con caras de indios pintadas en sapolín, lámparas en forma de pescado talladas en cuernos de res, aparatos de ambiente musical y falsas pieles de cebra que se reflejaban en peceras vacías decoraban su santuario para las tardes melancólicas. Iba al Club con guayabera y zapatos charol y pedía un buchanan, que le era servido con un palito removedor de plástico en forma de rumbera negra con los pechos caídos. Con mirada zahorí avizahorizaba las señales del tiempo. Por las noches, después de las sesiones del Congreso, iba siempre a ver a la pitonisa Fataya Maradiem, o sea, Lucila Pérez, según el certificado de antecedentes penales. A Fataya le daban espiritualidades provocadas con fricciones de ron y encendimiento de tabacos cuyas colillas dejaba en ceniceros de plástico color cucaracha coronados con muchachitos meones color rosado uña. Vomitaba en pocetas con desodorizadores verdes, sobre las cuales, fotografías iluminadas de niños muertos, montadas en marcos de bronce martillado. Fataya decía groserías y daba picones. Tenía un revólver en la mesita de noche y lo agarraba por la cacha con la punta de los dedos. Era regalo de un coronel, porque en la vida de Fataya había habido muchos coroneles. Fataya había soñado, en sus tiempos, ser novia de cadete y redimida por el amor, aunque Fataya no era pendeja y sabía cómo es la cosa. Fataya recogía sirvientas con muchachitos que se hacían pupú en la sala y le arrancaban los pelitos a los muñecos de peluche. No le gustaban las comedias de la televisión

porque lloraba al verlas. Fataya había querido ser actriz, pero le daba dolor de cabeza desprenderse de los papeles, que no se le quitaban durante semanas. Moncho confiaba a la baraja de Fataya las graves cuestiones de la balanza de pagos y el mantenimiento del clima propicio para las inversiones. Con la centella de las Siete Potencias Africanas enlatadas como aerosol y la efigie del Doctor Milagroso hecha en Hong Kong, intentaba encontrar orientación entre los dédalos de la magia gringa. Campos de golf lo encandilaban. Intentaba fortificarse ingiriendo en el desayuno pancakes con dulce de lechosa y yuca con catsup, pero a pesar de todo lo envahía el encanto calcáreo y antiséptico de la magia gringa. Los conjuros de Fataya resbalaban sobre los cráneos colorados de los gerentes musiués. Yo me dejo llevar, le dijo un día Moncho a Fataya. Ya iba a decírtelo, le contestó Fataya, pero prefería que lo descubrieras tú por tu cuenta. Fataya entonces le contó la historia de la visita.

Fataya todavía estaba bajo el sofoco de la impresión. La había visitado una gringa que esparcía una helada vibración de desodorante y pomada vaginal. Los gatos orinaron y huyeron. La gringa le ofreció una sonrisa caballuna, una mano de leñador y un nombre falso, pero ambas se entendieron. La gringa había adivinado la influencia que se oponía a las gestiones de su marido, y hacía una visita de *cortesía y advertencia*. Bajo el pretexto de hacerse leer su mano de raqueta de tenis, amenazó entre líneas con represalias horribles: himnos religiosos y Mother Days: mostró, entre servilletas, una poción llamada Momma Apple Pie, desvirilizadora de los hombres y enfriadora de las hembras. Aquello fue demasiado para Fataya. Con las vibraciones del candomble y los efluvios de la medalla de San Benito la concitó a que se fuera, pero la gringa le contestó tarareando una opereta de Rogers & Hammerstein: se rajaron los Budas de porcelana y se le cayeron los ojos de vidrio a los caribes embalsamados de la mesa del recibo. Comprendió Fataya la terrible magia que

hacía zombies de los machos catires y los ponía a sembrar la bomba hache, la sicoterapia y el Rotary Club por donde pasaban. Al desvanecerse, creyó ver el cuerpo astral de los ovarios de la gringa reducidos a plastas de chicle edurecido.

Con lágrimas en los ojos, Fataya le predijo a Moncho que cedería ante ese poder, para el cual la simple carne era a la vez muy poco y era demasiado: ese poder como el de una bala, que mata precisamente porque ella no vive. Pero Moncho ya andaba en la onda de la tarjeta de crédito y de la compra de libros sobre la Vida Sexual. Acababa de regresar de unos cursillos para líderes sindicales dados en Miami. Usaba camisas de caimancito con chachuchas de visera verde y pantalones bermuda de terciopelo, y leía el Times Magazine. Así regaba el jardín en su casa, que había sido de un personero de la dictadura y fue decomisada por la Comisión contra el Enriquecimiento Ilícito. Dos perros lobos llamados Sultán y Pluto cuidaban sus pasos. Suspiraba en una sala con mesitas de vidrio en forma de riñón atestadas de revistas sobre farándula, y de vasos con fondo de whisky y de hielo derretido. Meditaba al fulgor de la chimenea artificial de la casa, dentro de la cual había leños plásticos iluminados por un bombillo rojo que se les prendía adentro. A los compases de Píntame Angelitos Negros dejaba pasar la vida mientras su aparato recogedor de llamadas le decía a la gente que dejara su mensaje. Echaba flit bajo las escaleras con una bomba de mango, para que las cucarachas no le fueran a cagar la nieve artificial del arbolito de navidad. Con ojos rencorosos, doña Zoraida lo miraba tomarse una cerveza bien fría sin sacarse los rayban que le atemperaban el ratón en una lejanía verdosa y licuada. Voluptuosamente rascaba las pantuflas contra la piel de oso blanco que en el piso de granito de fantasía de la sala miraba atónita con sus ojos de vidrio a la cabeza del toro que mató a Manolete. Moncho mismo no sabía lo que le pasaba. Todos los días perfumaba el carro con el aerosol que le daba olor a cuero nuevo, y salía hacia el Congreso en el Cadillac de asientos de cuero de tigre con hamacas

en miniatura colgadas de los parales y un zapatito bronceado colgado del parabrisas. Una sirena tocaba intermitentemente. El piso del carro estaba lleno de metralletas, de peines y de cartuchos desperdigados. Pasaban frente al edificio de la inversionista americana y a Moncho le daban vapores y sensaciones rosadas en el estómago. Se sentía caer en una vorágine. Los radiantes anuncios de Cocacola le inducían trances hipnóticos y durante ellos los persuasores subliminales le bombeaban en los oídos la vainita del peligro de la subversión comunista. Moncho había caído sin defensa en el puño de la magia gringa. Cuatro gerentes lo llevaron a un ritual de enterramiento del alma, en el cual una pelotita era metida y sacada de agujeros hechos en la tierra y señalados con banderas sangrientas. Vestidos de blanco impecable, con gorras blancas, los gringos acariciaban la pelotita blanca que caía en los abismos de la tierra y era rescatada sólo para ser azotada de nuevo con bastones de punta de acero. Moncho se angustiaba dudando si preguntarle al caddy dónde se podía mear. Después bebió yintonic mientras se le llenaban los oídos de una cagada de cláusulas y de sugerencias de reformas a proyectos de ley. No entendía un coño. Aceptó la transferencia a la cuenta en el exterior más bien para estar seguro de que hacía las cosas por interés y no por mera sujeción de la voluntad. Fataya se erizaba al verlo. Fataya bailaba boleros solitarios entre los muebles de rattan de la sala, y se probaba turbantes de seda frente al espejo manchado del tocador frambuesa. En los espejos de mano en forma de chupeta se examinaba los iris para acechar el paso de las malas ondas. Fataya se acordaba de sus tiempos de niña: un gran lazo en la cabeza y la falda por los tobillos. Entonces no había comenzado el sabor. Se hacía robacorazones y bordaba centros de mesa con pabilos multicolores. En aquellos tiempos los hombres pasaban por las calles floreando con los bastones, y usaban trajes de un casimir que siempre olía a bencina. Entretanto, Moncho había llegado al término de las negociaciones. Lo colocaron frente a un micrófono, y allí, casi sin

perder el hilo, habló de la Implementación del Proceso de Desarrollo a través de la Política de Incentivos que se traduciría a no dudarlo, en términos de la productividad. Habló marcando las mayúsculas, cuidándose de no manotear, y respetando la pausa del aplauso, mientras al fondo pasaban mesoneros atareados con botellas y cubos de hielo.

El éxito en las negociaciones, sin duda alguna, fue lo que convenció a las altas esferas de que en efecto Moncho era el hombre adecuado para la delicada misión que le fuera encomendada de inmediato y en la que se vio obligado a poner su cuota de sacrificio. Una teoría de refranes le perfiló la situación en sus términos más extremos:

La culpa no la tiene el ciego sino quien le da el garrote.
Como avispa, que cigarrón atora.
A quien Dios se la da, San Pedro se la bendice.
Con los tuyos, sin razón o con ella.
Perro que come manteca mete la lengua en tapara.
Jefe es jefe aunque tenga cochocho.

El último refrán es mascullado en la casa de Fataya, donde irrumpe después de su audiencia en la casa del Poder. Moncho no se confía, pero Fataya está inspirada esa tarde, y saca un tabaco de la gaveta de una máquina de coser. Hace cruces con él y lo enciende. Al ser tocado por el fósforo, salta de la punta del tabaco una fogarada. Llama bífida, de contrapuesto destino. Se deslíen en ella colores y colorines de fogatas en el monte y de casas incendiadas. En ella contempla Fataya desiertos y crepúsculos. Hombres envueltos en llamas danzan en lechos de cenizas. Crepitan las chozas en chispas. Encendidos ideogramas. Mijito, qué te pasa, pregunta Fataya al ver en las cenizas cadaveras y rubores sanguíneos. Por dentro del tabaco, un oro insolente lo activa todo. Un hervor, un pulso. Las pavesas se arrugan. Fataya se siente desfallecer. Todo cae y se desintegra, como escamas u hojas de almanaque. Zarandas de chispas se pierden alrededor del oro, que aumenta. Y al final es un oro quieto, un charco de color de

mierda, que Fataya apaga asqueada, antes de que termine de arder.

—¿Qué pasa? —pregunta Moncho.

Pero Fataya, mareada por los humos del tabaco, cae en vértigos en donde tiene visiones de botellas de Cocacola llenas de cucarachas ahogadas. Una de las negritas recogidas por Fataya se agacha y mea junto al sillón. Una señora gorda entra a pedir dinero prestado, y en medio del vahído Fataya le dice que sí, porque el problema de Fataya es que no le puede decir que no a nadie.

Moncho se debate en imprecisos círculos de asco. No es sólo que quiere salir de allí, es que quiere salir también de la realidad, de todo lo que pasa —coño, el wisky estaba adulterado, piensa. Sin quererlo, fija la vista en un periódico que Fataya pone en el suelo para escupir cuando fuma. Desvía la mirada, no vaya a ser cosa que algún escupitajo haya caído sobre una foto suya.

La radio, a todo volumen, toca *Tú solo tú*. Moncho se imagina dando un discurso, pero se le ha olvidado el tema. Compañeros, grita, bajo los reflectores, que cada vez se hacen más intensos. ¿Y qué coño me ven, güevones?, termina gritando, ante los micrófonos. Y el sueño no se disipa. En alardes oratorios, Moncho quiebra la voz y alza y baja el tono, mientras con el puño cerrado amenaza al destino. No se oye nada, porque un sabotaje ha dañado los micrófonos.

Suena el teléfono, y Moncho crispa su mano sobre él mientras mira de reojo la catalepsia de Fataya que canturrea *Cuesta abajo en tu rodada.* Es Farfán, Farfancito, chico, para celebrar la cosa. Qué cómo supimos. Usted sabe que uno también es brujo. Estamos con un señor de Detroit. Al fondo, se oye un ambiente musical que toca a Mantovani. Moncho, en la semioscuridad, es impactado por una visión de luces esplendorosas rompiéndose en los cubos de hielo sumergidos en el ámbar whiskoso o whiskosa del Mon Tou Tou Restaurant donde estarán sirviendo una cena con muchos platos de esos que los sirven con anafes que echan candela. Pero Moncho

no podría soportar más candela, y se disculpa. Ya le basta con el tabaco de Fataya, esparcido como una alfombra de tizones por el piso de granito con grandes piedras negras lleno de gomas de chicle. ¿Hasta cuándo arderán?, se pregunta Moncho, no sabiendo si colocarse en medio del sonrosado fulgor de los tizones, que arden como basura quemada. Corre un tiempo espeso y abrumador. Alguien se pee en uno de los baños y tira del bajante. Las cucarachas brotan de los mubles de rattan y se pasean por las imágenes del Doctor Milagroso, que mira con sus ojos de lechuza. En algún cuarto arde una espiral contra los mosquitos. Moncho intuye que empieza otra de esas noches.

En la calle, suena un estrépito de sirenas y de chirridos de frenos que ulula ula ula urula mientras en la radio Moncho escucha notas de hula hula. De lejos llegan explosiones apagadas.

Moncho siente en el corazón dolores que sólo podrá detener la sal de fruta laxante analgésico reconstituyente. Se siente aculado y aculatado en uno de los callejones últimos del destino. Y Fataya, que en lugar de iluminarlo, ronca.

¿Los sueños de Fataya, cuáles son? Aproximándonos a sus fosas nasales, veremos que, adentro, la imaginería de sus sueños construye caravanas arábigas que se destacan contra cielos extrellados y traslúcidas torres de pláctico. Lunas de cristal tallado cuelgan de los cielos, presentando todas las fases Alhambras tapizadas enteramente de naipes de la baraja española. En el patio, en la oscuridad de una fuente, canta un sapito.

Moncho nota que una chispa del tabaco de Fataya le ha quemado un dedo de la mano derecha. Allí, junto al solitario que brilla. De la carne surge una encendida estrella, una verruga de luz. No hay dolor, pero sí la sensación de una combustión fulgurante. Un pequeño zumbido. Moncho trata de cubrirse la mano. Pero siente cosquillear en ella el rubí. Una pedrería. Una joya. Hace molinetes con el brazo, y

en la oscuridad quedan, imágenes persistentes, los anillos rojos dibujados por el brillo. Que crece. Contra un espejo donde ha creído ver un basurero, da Moncho un puñetazo. Caen las astillas pero la verruga ardiente de su mano no cede.

Moncho escucha las bombas eléctricas de los edificios, que se encienden, la una, la otra. Moncho recuerda una bomba eléctrica que se prendía a cada momento cerca de los calabozos, cuando los tenían detenidos en la época de la dictadura. Ahora Moncho está libre. Puede ir donde quiera. Pero, ¿dónde quiere?

En las astillas del espejo Moncho ve su silueta. El sombrero de pelo de guama y los lentes rayban. Se cala la chaqueta de gamuza sobre la guayabera. Como toque final, se saca el cuello. Un gran desaliento lo invade. Para esto fue todo.

Moncho despierta en una de las mecedoras de mimbre de Fataya. Se durmió mientras ésta escrutaba en el tabaco las cenizas de lo por venir. En un rabión el fuego quemó esa transición, esa ternura de las hojas. Vírgenes de yeso lo miraban mientras Fataya, en el cuarto de al lado, dormía el sueño de los somíferos con una chancleta todavía calzada.

Para disimular la mala dormida, Moncho se caló los rayban y salió a la calle. Tendido en el asiento, el chofer se restregaba las legañas, y calculaba las horas extras que cobraría al habilitado. La suma lo puso de buen humor, y arrancó con un chirrido de frenos.

—Al baño turco —ordenó Moncho, desabrido.

En el cuarto del sauna, en la semioscuridad, Moncho creyó por un instante ver de perfil a Rebolledo, el carajo que estaba jodiendo con la elección de los delegados sindicales porque tenía la vista puesta nada menos que en la Dirección Nacional. Visto de frente, resultó ser Solorico, el joven y dinámico diputado que escribía en el periódico del partido. Solorico le recordó las páginas de anuncios oficiales ofrecidas. Chico, pasa por el Director de Administración

y le dices que vas de parte mía, pero sabes que ya no me encuentro. ¿Cómo es la cosa? Ya puedo decirlo: sustituyo por una temporada a Gonzalo. Coño, mi hermanazo, eso hay que celebrarlo. A la tardecita, mi valecito. A la tardecita.

La cosa de Solorico era la velocidad, y se creía que todo era velocidad y arrimarse y repetir lo que decían allá arriba. Pero jódete, güevón, a la hora de la verdad a quien me llaman es a mí, pensó Moncho. Solorico estaba tratando de recuperar el tiempo que había perdido haciendo el Master. Todavía no había cogido el paso. Tengo que pasar por el doctor Scholl que me lime este juanete en el dedo gordo, pensó Moncho.

En la sala del vapor seco no pudo eludir a los abogados, ya desde tan temprano hablándole de la gestión de las exoneraciones de impuestos para empresas a ser fundadas —Ya hablé con el Ministro— los cortó en tono seco. Para eso están las horas de oficina, se dijo. No lo dejan ni respirar a uno. En medio de las nubes de vapor le dijo al chofer que fuera a buscarle de una vez a la casa el traje y la muda de ropa para asistir a la inauguración en la tarde. El chofer le dejó la bolsa de papel en cuyo interior la bolsa de plástico en cuyo interior el revólver.

Moncho se dirigió silbando a la sala del vapor húmedo. Sus zuecos de plásticos cloqueaban sobre un mediocre piso de cemento que daba a paredes de bloques desnudos. Moncho recordó galpones en los campos petroleros. Hasta el calor es lo mismo, pensó.

En la sala de los ochenta grados arregló el asunto de la adjudicación de las placas para matricular vehículos y se mantuvo inflexible en la comisión. ¿Y pagarán por adelantado? Por avances te lo puede sacar el Director de Administración, observó Moncho, sin comprometerse. Luego, silbando Anillo de Compromiso, pensó: estamos saliendo del menudo.

Sitio de los vestuarios: llaves: llavines: cajas para los zapatos: en ganchos de plástico quedan colgadas las identi-

dades del casimir: las camisas: las corbatas: los prendedores: las correas: en algunos lockers quedaron colgadas pieles enteras: se busca a los despellejados que corren de uno a otro de los cuartos de vapor: es como una urnita, piensa Moncho cerrando la caja de hierro donde ha depositado los pañuelos, las plumas de oro, la cartera de cuero de cocodrilo, el carnet de diputado, las llaves y las tarjetas de crédito.

En el baño turco Moncho aprovechó para afeitarse con una maquinita comprada en la farmacia de al lado. Con el paño arrollado alrededor de la cintura se le apareció Farfán y le pidió una recomendación. Pasa por la Seccional del Partido, le dijo Moncho, mientras Farfán le retribuía con los datos seguros para las carreras válidas del 5 y 6: el ejemplar Ambicioso y el ejemplar Nube Hermosa eran los tajos de la cátedra del saber. Pero Moncho estaba mejor informado.

En la entrada del cuarto del vapor vaporoso esperaba Anselmo Bucares, preparador del haras Vistaverde y del ejemplar Sortaria, propiedad de Moncho, que correría para las válidas de la siguiente semana.

—¿Y cómo está la cosa?

—Esta mañana fue un bólido en los mil seiscientos. La vez pasada remató fuerte por segunda línea de carrera y dio cuenta de conquistador.

—¿Lo soltamos?

—Yo propongo aguantarlo todavía unas dos carreras más, para que lo bajen de categoría. Después lo soltamos, y le jugamos todo a ganador.

—Aguántenlo —dijo Moncho, echándose la toalla al hombro como si diera un foetazo. Y —añadió—. ¿No tienes un dato?

Nube Hermosa para ganador. Para la quinta válida. Enigma. Estampida, para la sexta. Si no soltamos a Sortaria, Estampida galopa. Le jugamos todo a Estampida.

—¿Y si llueve?

—Confusión, que es un tigre para pista fangosa.

—Este Anselmo. Sabe más que pescado frito.

Anselmo sonríe con tristeza, rostro de momia tras anteojos de carey. En la sonrisa destella, salival, el colmillo solitario que le ha quedado al quitarse el puente removible.

—Coño de tu madre —piensa Moncho—. A ver si me embarcas como la otra vez.

En medio de los chorros de vapor seco — señores húmedos trotan sin moverse — bolsitas de grasa temblando en sus abdómenes — bolsitas de árnica en la mano para frotar el sudor — el cronista social Paco Cecil Pacho toma el vapor tendido en un banco, arrebujado en una sábana cesárea — rodeado de sus protegidos, cubiertos con pañitos sumarísimos — habría que hablar con el administrador, piensa furioso Moncho, pero bola, quién se echa encima un periodista — agriamente sonríe a Paco Cecil Paco, quien asiente con majestad inescrutable.

Perspectiva de sombras. Siseo de los tubos de vapor. Patoteros con pulseras de plata discuten sobre los ejercicios de levantamiento de pesas. Se amagan con golpes de kárate y zancadillas. Pelean como italianos —piensa Moncho— que nunca se pegan. Al final del pasillo, sobre una armazón de hierro, pedales y resopla el Director de Política Exterior del Ministerio de Relaciones Exteriores. Le habla largamente del yoga, del yogurt y de las dietas vegetarianas. Cosas espirituales, piensa Moncho, sin saber por dónde le va a salir el Honorable. Al final, todo se resuelve en una larga anécdota: sobre un embajador que perdió el puesto porque al inaugurar la estatua del Libertador en Nueva York, en el discurso no mencionó al Benemérito: porque en este país, no importa comer mierda mientras se tenga champaña para enjuagarse la boca, termina el Director, sonriendo mustiamente, con una sonrisa que invita a algo indefinido. Moncho no sabe qué contestar.

Del cuarto del sudor cálido al cuarto del sudor frío. Moncho se mete en un cuarto equivocado donde en la oscuridad se escuchan pujidos, y se devuelve diciendo disculpen. Tobos

en el piso recogen las goteras de los tubos. Coño, un cuarto para hacerlos hablar, piensa Moncho. Se podría llamar El Baño Turco. Pero no, se arrepiente. Demasiado aparato.

De los altoparlantes del ambiente musical sale un mensaje de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional, lo que quiere decir que tomaron otra emisora. Por la expulsión de los consorcios extranjeros. Los patotas joden y hacen burla con la vaina. Por la expropiación de los latifundios. Una fila de señores gordos hace cola frente a la báscula. Contra el hambre, contra la miseria. Moncho aprieta el paso. Contra la explotación, contra el desempleo. ¿Y entonces?, parece que le preguntaran a Moncho varios gerentes, mientras éste pasa apurado a su lado.

—Son pancadas de ahogados —contesta Moncho, mientras el mensaje continúa, creando la alarma o la risa entre las nubes del vaporvaporoso.

—Hay que acabar con esta vaina —se dice Moncho— a como dé lugar.

Ahora el mensaje exhorta a la policía a no disparar contra el pueblo. Al ejército, a no bombardear las áreas rurales. El mensaje pide castigo para los peculadores, clausura de los campos de concentración, libertad de los presos políticos, libertad de expresión, libertad de manifestación.

Con un chirrido cortan el mensaje, y mientras Moncho localiza por fin un teléfono los altoparlantes comienzan a transmitir la versión para cuerdas de *Tea for two*.

Fluir del vapor. Los somnolientos inventan formas en los torbellinos y siseos de los tubos del vapor. De uno de los cuartos llega un palmoteo sobre materia fofa. —Un masajito— piensa Moncho colgando el auricular.

En el cuarto del piso de cemento oscuro, toallas arrebujadas como mortajas: licuaciones del blanco y del gris en angularidades que se vuelven curvaturas: esplendor entre el olor a sudor rancio y amoníaco: sus perfiles sugieren formas: cuerpos semienterrados: prensas del sudor: sudarios: un pasar de clientes por la puerta desde la cual llega la luz cambia la

distribución de los tonos: blancos cadavera, amarillo hueso, gris pellejo. En los chorros de vapor, melodías y voces insinuadas: chirridos de balancines: silbatos de vendedores: cantos de pajaritos: de gallos: estática de radios: cornetas de automóviles: y música de las esferas: y alaridos: muchos alaridos: como si le estuvieran pegando a alguien: alaridos. Entre el vapor, por lejanos espejos empañados, deambulan clientes que parecen locos vagando por desiertas carreteras.

Torbellinos del vapor. La aparición del mundo y de las nebulosas: los fantasmas: las cascadas: los velos de novia: las canas: las anémonas: ruedas de humo destruyen y construyen formas: opacan o destacan perfiles: empañan lentes: se devoran desde su propio centro: Coma Berenice: M 33: la nebulosa del Cangrejo: la nebulosa de Cabeza de Caballo: la galaxia espiral NGC 2841 en la Osa Mayor: la NGC 205, compañera de Andrómeda: la nebuloa Messier 16 en el escudo de Sobieski: la nebulosa de la campana en Vulpécula: la nebulosa planetaria NGC 7293 en Acuario: el cúmulo globular M13 en Hércules la Nebulosa del Búho: el cúmulo globular en Omega del Centauro: la galaxia NGC 4565; la galaxia saturniana NGC 4594: la nebulosa Messier 87 en la Virgen: las Nubes Magallánicas: la nebulosa del Remolino en los Canes Venaticis: la galaxia espiral NGC 29)3 en Leo: la nebulosa del Velo en el Cisne: la galaxia del Escultor: la galaxia epiral del Pegaso: la nebulosa del Anillo en la Lira: la galaxia de Bootes: la nebulosa Norteamérica en el Cisne: la nebulosa del cisne en Sagitario: las galaxias elípticas, las galaxias espirales, las galaxias abarradas: todas se acometen y chocan y se destruyen: en el medio del cuarto queda el calor: y el vacío: y la nada.

Dámela sin masa. Fírmame ese cheque. Sin cuota inicial. Contrata la cuña. Prepara el embargo. Hay que ponerse en el negocio, dóctor. Págame el traspaso. Tráeme la fianza. Dámelo con soda. Dámelo con agua. Hay que meterse en la gerencia, socio. Busca garantías. Brégame ese préstamo. Saca las licencias. Compre los terrenos. Hay que ponerse

en el subsidio, mano. Háblale al Ministro. Llama al Diputado. Dámelo con pepsi. Dámelo con soda. Hay que lograr las exenciones, mano. Pacto de retracto. Cláusulas penales. A sus gratas órdenes. Muy sentido pésame. Hay que ponerse en la movida, dóctor. Tarjeta de crédito. Cuenta corriente. Mercancía muerta. Deudas incobrables. Hay que ponerse en el contrato, vale. Dámelo White Horse. Dámelo Black Label. Dámelo John Walker. Dámelo Buchanan. Tráigame la carta. Déme un alkaseltzer. Llévala al naiclú. Ofrécele un carro. Móntale una casa. Dale un solitario. Causal de divorcio. Partición de bienes. Patria potestad. Pensión de alimentos. Dámelo con hielo. Dámelo con agua. Habla con el juez. Córtale los créditos. Busca una palanca. Saca la solvencia. Renueva el seguro. Pídele el descuento. Fírmale el contrato. Pídele la quiebra. Sácalo a remate. Llévalo al notario. Pídele el balance. Cóbrale ese vale. Ponle la demanda. Llama al abogado. Cóbrale la prima. Dámelo con soda. Dámelo con agua. Cuídate esa úlcera. Cuida las arterias. Cuida la cirrosis. Cuídate la próstata. Partición de herencia. Compra el sindicato. Bóveda de mármol. Nota necrológica. Dámela sin masa.

Moncho huye del tráfago de conversaciones, entre nubes de vapor, hacia la salida.

—Moncho, mi hermanazo —le dice un conocido, ya en la salida, echándole el brazo al hombro— cómo está ese palo de hombre. Mira, te presento a González.

—Gusto —dice Moncho, pasándose de mano la bolsa de plástico para darle la mano al presentado.

—Moncho. Un hermanazo. Este Moncho sí que vale. Eso es lo que digo yo.

—Umjú —dice Moncho, dirigiéndose imparcialmente a ambos.

—Este Moncho —dice el conocido, palmoteándole en el hombro—. Eso es lo que yo digo. Un hombre valioso, este

Moncho. Este Moncho, cará. —Y se lo quedaba mirando a la cara.

Moncho avanza un paso hacia la salida.

—Este Moncho: aquí lo tiene. Es lo que se dice un amigo. Porque soy yo que se lo digo: como Moncho no hay dos.

—Permiso —dice Moncho.

—Ah, Moncho, este —dice el otro, reteniéndolo por el cuello—. Yo sí que estimo a este Moncho. Este Moncho, cará.

—Coño —piensa Moncho.

—A todo el que me pregunte se lo digo. Este Moncho es más talentoso que el carajo. Mire, este es uno de los hombres que tiene talento en este país. Ahí donde usted lo ve. Moncho, carajo.

—Gusto —repite Moncho.

—Gonzalo González González —dice el otro.

—Bueno, hasta luego. —Advertido por un guiño del conocido, Moncho se vuelve.

—Pero dónde tengo la cabeza. Si me han hablado muchísimo de usted, señor González.

—Es que yo le dije a González: Moncho: un terciazo este Moncho. Un hombre que vale un tesoro. Hay que ver las veces que nos hemos rascado juntos. Yo sí quiero a este Moncho, carajo.

—Entonces.

—En mi firma de Relaciones Públicas, será lo mejor —dice Moncho, confidencialmente—. ¿Puede llamar el miércoles?

—Este Moncho, cará, este Moncho —insiste el conocido, agarrado firmemente de los hombros de Moncho—. Hay que ver lo que es este Moncho, cará.

Moncho mira hacia la salida. Sus ojos se cruzan con los de un indio sin expresión. El guardaespaldas de Gonzalo González.

Con la sirena a todo dar y el aparato reproductor de sonido a todo volumen, el Cadillac negro sortea el tráfico y los enemigos semáforos y llega al edificio de la Toma de Decisiones. El chofer le abre la puerta a Moncho; los guardaespaldas, muy serios, lo flanquean. Moncho eleva la mirada hacia

la plancha de mil metros cuadrados de mármol veteado que sustenta
los rompesoles decorativos que dejan caer la luz sobre
la cristalería de las ventanas que sofocan
los volúmenes de los módulos irregulares que soportan
la vibración de las colmenas del aire acondicionado que sostienen
la armazón de adorno funcional que cimienta
la titilación y el estrelleo del neón, y los bombillitos de colores que iluminan
el mural abstracto que figura
la catarata de la fuente cuya sequedad aridece
la impenetrabilidad del vestíbulo defendido por puertas de vidrio tras
las cuales
el aire como congelado en cristales de mentol defiende
la confusión del Directorio que enmarca
la inmovilidad de los ascensores, casi todos descompuestos.

Moncho se abre paso hacia las oficinas. Saludos y gestos de renocimiento lo persiguen. Con cara seria, Moncho dosifica los tics de reconocimiento o de distracción a medida que lo acosan

pedidores de recomendaciones
periodistas buscando avisos
gerentes de agencias de festejos
solicitantes de renovaciones de permisos de expendio de licores
bailarinas de mambo
hombres del año en publicidad
limpiabotas

tírame algos
poetas en busca de becas
selladores de formularios hípicos
asesores electorales
revendedores de entradas
Senadores de la República
vendedores de rifas
organizadores de concursos de belleza
actrices de telenovela
directores de academias de telepatía por correo
comisionistas
vendedores de condecoraciones
oficiales en busca de ascensos
vendedores de curitas
abogados litigantes y de todo tipo
fotógrafos de entierro
Directores de Ministerio
soplones
anunciadores de lucha libre
testigos falsos
agregados culturales
solicitantes de créditos agropecuarios
técnicos de la Alianza para el Progreso
expertos en paquete chileno
gerentes de financiadoras
vendedores de papita frita en las trancas de tráfico
técnicos en estudios económicos
cobradores de peaje
campesinos tratando de que les reconozcan títulos de tierras entregados por la Reforma Agraria
traficantes de indocumentados
gestores de exoneraciones de impuestos
desempleados
vendedores de permisos de construcción trucados
Concejales
tramitadores de subsidios

Y la loca Cruz Ceballos que en cuanto lo ve comienza a gritar el slogan electoral «¡Con Moncho, campeón! ¡Tu voto vale un millón!», y no se calla hasta que uno de los guardaespaldas le pasa un billetico.

Para todos hay, a todos se atiende, en fracciones de segundo, todos creen recibir algo

saludos	promesas	guiños
condolencia	simpatía	cavilación
yo te aviso	ya tu sabes	después hablamos
ya le hablé al tipo	eso se tarda	no te preocupes

Antes de que puedan darse cuenta cómo, Moncho los ha sorteado, y se cierran ante ellos las puertas definitivas del ascensor.

SÓTANO 1

Moncho toca los botones con su mano en la que arde la verruga de luz: los focos eléctricos parpadean: hay como un desfallecimiento que pega en el estómago: la caja desciende desganadamente y sus puertas se descorren dejando entrar una desolada claridad, moscas y basura: el viento trae papeles sucios y cenizas: y tierra: hay un peo de aceleraciones de camiones y una polvareda

—Cierra esa vaina, cierra

Pero ya varios de los presentes en el sótano miran a Moncho, lo reconocen. Algunos corren a pedirle un bolívar, otros lo aplauden con las manos con las que antes se rascaban las niguas, otros le tiran tusas secas y guijarros

—Pueblo que mescuchas —dice Moncho, siempre dispuesto a afrontar la situación. Pero las planchas de hierro

se cierran, las luces parpadean, creando una penumbra en la cual apenas se oye el zumbido de una mosca, y luego se abren ante él

SÓTANO 2

Aquí nuevamente el peo de la oscuridad apenas titilada por tubos de neón. Una turba de tipos en mono se mientan la madre mientras acarrean barriles y aceitan plantas de energía y sueldan cables. Moncho se reconoce con gusto en los carteles que sobre la tapa de cada una de las máquinas recuerdan al trabajador la imagen de Moncho candidato a la Dirección Nacional Sindical. Un guachimán lo saluda. Un supervisor de personal le guiña el ojo. Una rueda de esmeril atrapa la mano de un obrero que volteó para verlo, y el alarido estride hasta que las puertas se cierran ocluyendo sus labios de caucho. Parpadean las luces del ascensor

—El whisky de anoche era adulterado —se dice Moncho que no acaba de entender cómo los botones de subir pueden llevar hacia abajo. Pero ya la tracción de la máquina lo sacude nuevamente y las puertas se abren ante el

SÓTANO 3

En un pasillo grisáceo turbas de empleaduchos hacen cola ante máquinas de marcar tarjeta presentándoles la corres-

pondiente tarjeta y fojas de servicios y años cumplidos y peticiones de jubilación y permisos por enfermedad. Muchos reconocen a Moncho y desde lejos le agitan sus carnets del Partido. Hay desórdenes en las colas. Algunos vivos tratan de adelantarse, meten zancadillas, se ríen de los chistes que dicen los Jefes de Departamentos. Los demás murmuran por lo bajo. El reloj marca una hora interminable y atrasada.

—Más rápido —dice Moncho, apretando los botones adecuados— esta vaina tiene que subir más rápido.

En la oscuridad, le quema los ojos un chispazo de la verruga de luz.

PISO 1

Cuando llegó a San Miguel el camión lleno de muchachitos reclutados con alpargatas y con máuseres, supimos que se había muerto el Benemérito. Venían a reforzar la Prefectura. Allí descolgaron el gran retrato ornado con cintas tricolores y recogieron los mecates para enlazar voluntarios. Por montes y conucos persiguieron a los muchachos que se habían escapado de la recluta del año anterior y los mandaron amarrados a otros pueblos.

Moncho se salvó porque en vez de regresar del río cargando las latas de agua, se perdió por la quebrada, apedreando pajaritos.

Cosa de un año después llegó el camión con los hombres vestidos de caqui que ofrecían trabajo, aguardiente, felicidad y pesetas.

PATRIA

La patria es pequeña, y cabe en las manos. Está ya amarillenta, y los trazos que la definen, descoloridos. Se abren los pliegues de la patria. Torrentes de sudor la han desteñido. La patria la trajo en su morral el abuelo desde un páramo, y esperaba regresar vivo para enseñárnosla. El abuelo estuvo a punto de morir en Pasto de una herida que se le abrió, y en Cundinamarca de las calenturas. En Pisba le mató el caballo una partida de desertores hambrientos, pero defendió la patria a cuchillo y pudo salvarla. A la patria después le cayó chiripa y comején. El abuelo la guardaba envuelta en un pañuelo bordado que mereció en Guayaquil. Cuando arreció el hambre, vinieron los oficiales y los viejos godos a comprarle la patria a precio de baratillo. El abuelo no la quiso vender. Las trazas comenzaron a comerle las esquinas. Otro veterano que pedía limosna porque había perdido un brazo en Pantano de Vargas, le dijo al abuelo que la patria no valía un centavo, que nadie la reconocía. La tormenta que tumbó el techo de la choza mojó la patria y desdibujó el ovillo de la rúbrica. Ya no se leía la relación de los ascensos. Tampoco estaba muy clara la categoría y extensión de las tierras de las antiguas haciendas realistas y fundos de la corona que se habían adjudicado al infrascrito en su condición de oficial de la patria y por servicios distinguidos. Abuelo soñaba con llanuras de La Puerta, que le habían parecido fértiles mientras huía por ellas con su batallón diezmado. A veces visionaba campos como los de Urica, donde cayó tanto bravo. Cuando la crecida se llevó

la choza y no quedó rastro de nada, vinieron a echarnos, diciendo ser aquellas tierras de antiguo compradas a la República por justos títulos y comerciantes acreditados. Abuelo ya había muerto de la calentura. Echamos a andar, llevando en los bolsillos la patria.

PISO 2

Mama, mama, la bendición, mama, dónde está usté para pedirle la bendición que me voy, mama, dónde se ha metido, mama, que me voy mama con el camión que está ofreciendo felicidad y pesetas, que se va su hijo Moncho, mama, como se han ido todos los muchachos, mama, que me voy como el Chucho Morales, que se fue para el cuartel, como el Froilán Paredes, que se fue a buscar el caucho. Y el Sebastián López que se fue de arriero. Se fue el Perucho García, sin saber donde iba, mama. Y el Emeterio Vásquez se fue, mama, dicen que para los campamentos. Y se fue el Álvaro Luque, tocado de centella. Se fueron las Segarra, a buscar novios con quien casarse. Se fue Rosita a trabajar de sirvienta. Los patos se van, mama. Se van las guacharacas. Me voy con el camión que está en la plaza, recogiendo a los que quieran irse. Yo trato de no irme y por donde paso, puertas caídas y techos que se han venido abajo, salgo a un corral donde está el camión pitando la bocina, mama. Yo me voy al otro lado del pueblo y allí está el camión mama con el chofer que dice se va el caimán. De las rejas de las ventanas trato de agarrarme, mama, pero están todas podridas. Y de las trinitarias, pero están secas. Del suelo

trato de agarrarme pero es de puro polvo y se lo lleva el viento. Prenden cohetes y ofrecen aguardiente y putas, felicidad y pesetas. De qué puede uno agarrarse en este pueblo. Nomás de usté, mama, que es tan brava y no da sino lamentos. Nomás de usté, mama, todo el día un lamento de lo caro que está el maíz y el papelón y que ya no hay gente que compre los dulces y las arepas, y que en vez de traer las latas de agua del río me quedo a jugar gárgaro malojo con los demás muchachos, pero ya no hay muchachos porque o se murieron de pasmo o están todos montados en el camión que se los lleva. Se soban los tarrayazos de la correa de cuando no se supieron la lección o se comieron los jojotos o los encontraron enmogotados con las indiecitas o se pelearon por los trompos. Si siquiera pudiera agarrarme del nombre del cantador tan buenamozo que la preñó a usted en la feria y que usted nunca me lo ha dicho, mama, sino que se queja de todos sus dolores y de sus enfermedades raras. Nos vamos, todos, mama, en las noches se están yendo las estrellas, en el día se van las nubes, y en la tarde los pájaros y en la mañana los muchachos. También se irá el sol y no se irá usted, mama. Usted que es tan brava y que no da sino lamentos.

LA CANCIÓN

Adiós, pájaro de precio
Que me brindastes tu trino
Para ti queda la jaula
Para mí queda el camino

Deliró todo el tiempo. Delirios en los que entraban pesadillas con las formas de los órganos que habían sido tocados por los lanzazos.

Agua de tinajero, que aleja las fiebres. Si muere, el alma volverá siempre a este pueblo con las lluvias.

Me dio el soroche y me dio la fiebre en medio del hielo y todo eso era patria. Patria es donde uno pisa, dijo el abuelo.

Antes de morir, el abuelo Macedonio Luque dijo tráiganme una guayaba. Yo tardé lo más posible en arrancar del jardín esa guayaba porque sabía que en arrancándola se iría el abuelo.

Cuando nos expulsaron de las tierras que le habían prometido al abuelo por sus servicios en Ayacucho, le encomendé a mamá el pedazo de papel descolorido con los grados y los ascensos, le encargué que lo cuidara, que a mi regreso lo tuviera.

Dejé familia, al azar de los caminos. Tomaba rumbo para donde oía canciones.

Di en cantar. Desprecié los copleros que me retaron. Dirigí el alazán en busca del padre de todas las canciones.

El padre de todas las canciones hace tiempo que se me juye. Le doy cita en las fiestas, en las peleas, en las coplas, que vuelan más rápido que los pájaros.

Al padre de todas las canciones lo encontré al fin después de tantos años. Estaba tan viejo, que su voz ya no sonaba.

Lo clavé de un lanzazo contra el arpa, por rencor de no haber oído la canción tan hermosa con la que hubiera podido vencerme.

Yo canté contra mí, pero mi voz me daba odio. Cabalgué con las montoneras; y maté tantos hombres, por ver si era la del dolor la canción más hermosa entre todas.

Me dejé aprisionar, por saber si la voz, al tratar de escapar, da la canción más hermosa entre todas.

Tuve tantas mujeres, por saber si el amor hace que cualquier canción sea la más hermosa entre todas.

Y fui tan pobre, por saber si la que no se tiene es la canción que es más hermosa entre todas.

Renuncié á la memoria, por saber si la canción que se olvida es la más hermosa entre todas.

Supe, al final, que se estaban yendo las canciones.

Las canciones se iban por temor de que yo pudiera encontrar la más hermosa entre todas, que las avergonzara y las empequeñeciera.

No volví a cantar más, y morí de pesadumbre.

PISO 3

Váyase, mijo, detrás de los ranchos caídos me le escondo, váyase, para creer que usté se va porque no me encuentra, pero mentira, mijo, usté se iría de todas formas, mijo, váyase, detrás de la iglesia vacía me le escondo cuando usté grita por la plaza, detrás de la pulpería sin techo me le escondo cuando usté grita por la calle, váyase mijo, que la desgracia

de una es que siempre se le están yendo los hombres, váyase mijo que no hay cosa peor que seguir de pobre, parienta pobre, hija de pobre, madre de pobre, mijo, váyase mijo, búsquese la vida, mijo, abra los ojos bien, mijo, dese cuenta de las cosas, mijo, fíjese quién es el que manda y váyasele atrás, mijo, y después trate de ponérsele en el sitio, mijo, consiga, mijo, consiga, que nadie le va a conseguir a usté, no se deje, mijo, no se deje, no se meta a redentor mijo que sale crucificado, no se ponga a creer en promesas, mijo, como una que le creyó a se buhonero isleño y después tuvo que inventar que la preñó el cantador de las ferias como pájaro, que nunca para, váyase, mijo, no le importe que en el pecho se me abra el dolor de los dolores, que el corazón se me cambie de sitios toda la noche, que los uñeros me atormenten y que las noches de luna me dé el pasmo y los huesos se me enfríen como hierros, de los disgustos que una sufre, por tanto hijo maldito que es un tormento y la deja a una como la han dejado todos los hombres, váyase, mijo, no se me vaya. Haz que pierda el rumbo. Llévalo con bien. Que al camión se le revienten los cauchos. Que esté limpio su camino. Que se le funda el motor. Que el chofer tenga buen pulso. Que la quebrada se lo lleve. Que esté lisa la carretera. Que no tengan para beber más que gasolina. Maldita sea, maldita sea, maldita sea. Venirles a quitar a tanta madre los únicos hijos que no se le han ido. Benditos sean que los siembran por el mundo. Malditos que nos los arrancan de las faldas. Benditos que los sacan de esta tumba. Mano del Gran Poder, te lo encomiendo. Taita Acataurima, castígalos. Carpión Milagrero, sácalos con bien. San Miguel Arcángel, confúndelos.

Los dos últimos cirios de sebo del pueblo fueron encendidos en las hornacinas vacías de donde tiempo antes habían desaparecido las imágenes de los santos. Arañas y moscas atrapadas en las telarañas se encendieron en anaranjado rubor. Una luz líquida se fundió en el sebo. Figuraba espejismos

de fuego. Horizontes en medio de los cuales avanzaba un camión.

EL SUEÑO DE LAS ABEJAS

—Jacinto Luque —me dijo el coronel— lleve usted a esos dos presos y afusílelos.

—Pero es Viernes Santo, coronel, y trae mala suerte matar palomas en Viernes Santo.

—A usted qué le importa, Jacinto.

—Escúcheme coronel, el menorcito de los dos es albañil y quiere terminar el muro que ha estado haciendo. Así no será necesario estropear más las paredes viejas del pueblo.

—Jacinto, no me responda que contestación de cabo me hace resonar en la cabeza descargas de pelotón y campanas.

—Son las campanas de la procesión, coronel, pero el fusilamiento no va a poder ser porque el cura necesita de los dos muchachos para que le carguen la imagen de San Miguel.

—Jacinto, cómo se atreve ese cura a pedirme un favor, si nunca estamos de acuerdo cuando nos cambiamos de bando, y bendice a contramano y por eso me pasan estas malas derrotas y estos pueblos sin gente donde para fusilar hay que ir hasta las cunas.

—Pero es el inconveniente coronel que los muchachos por orden mía están cargando la imagen. No es por mala providencia que se les cagan encima las palomas. Así llegarán al descanso a lo mejor con plumas en las manos y con piojos para rascarse durante tanto tiempo.

—Lo que estos vergajos quieren es dejar el muro sin terminar. Nunca la autoridad será más autoridad en este país ahora que me han visto la oreja blanca con la excusa de lo sagrado.

—Coronel Gonzalo González, en el nombre de este Santo Arcángel, en el de esta dolorosa y en el del cura que por soberbia no despliega los labios para suplicarte, te impetro que abras la mano de la misericordia sobre estos niños.

—Dígale al padre que él conoce mis pecados, y que sabe que mi mano se cerró hace años. Adentro estoy yo, y me llamo y no me respondo, y no me atrevo a abrirla de terror de encontrar que a lo mejor ya no estoy dentro.

—Yo lo que veo es que ya no hay ni beatas en este pueblo. Se derritieron todas, como cirios, después que les llegó la noticia de esa mala batalla que acabó con los niños del pueblo.

—Entonces, Jacinto, convénzase de que todo tiene que ser como tiene que ser. Terminaremos esta procesión y se colocarán los últimos ladrillos del muro. Entonces tres tiros, y el de gracia, después que las palomas hayan vueltos a sus nidos. Porque no va a haber milagros.

—Yo no sé, coronel. Oiga este zumbido de las abejas y pruebe esta miel que rezuma del costado de la imagen donde el enjambre había hecho colmena. Ya le escurre por las manos a los muchachos y los tiene dormidos. Así se acuestan en fosas viejas, en el cementerio, y de sus dedos resbalan gotas que serán buscadas por santificadas o quizá por medicinales. De estos túmulos saldrán las mieles que dirán todo lo que uno las quería a las novias que uno dejó por las guerras, y a lo mejor darán a los hijos que uno no conoció el poder de desatar los milagros sobre la tierra.

—Vd. sí es pendejo, Jacinto. La descarga del pelotón ni siquiera ha asustado las palomas.

PISO 4

El camión acelera por áridos caminos de tierra, deja atrás las cruces de los presos que murieron abriendo la carretera, vadea los cauces de las quebradas que el verano ha secado y embiste contra la noche límpida donde destellan las Tres Marías, baches, acelera, bache, primera, segunda y neutro, bache, en la batea los muchachos enganchados se acomodan sobre sus morrales y se dan guataco por las orejas y se burlan unos de otros, bache, neutro, primera, segunda, bache, okey, no jodan más, voy a pasar lista, cómo, lista, me van diciendo sus nombres y oficios, y dejan la joda, tú; Juan Bobo, conuquero; tú; Ratón Pérez, ordeñador; tú; Martín Tinajero, talabartero; ustedes; Pedro, Pablo, Chucho, Jacinto y José, peones; tú; Pedro Rimales, fabricante de huacales; dejen la risa, carajo; tú; Miguel Camejo, llanero; ustedes; Onza, Tigre y León, cazadores de profesión; y tú, Cachucha e peo; natural de dónde, de San Mateo; al que se ría le cae peinilla, tú: Moncho Pereda, toero; guá y qué es eso; porque yo le hago too lo que usté diga; dejen las risitas, bache, neutro, frenazo, primera, segunda, tercera, bache, dónde nos llevan, neutro, segunda, neutro, tercera, por qué de noche, neutro, primera, guá, pa la Compañía, neutro primera, ques que no quieren trabajá, bache, quiénes, bache frenazo curva, los obreros de la Compañía, y por qué, por los comunistas, los que, los comunistas, bache primera segunda tercera carajo qué tierrero, quiénes, bache a callarse, carajo, bache neutro primera segunda frenazo curva bostezo, que en la madrugada llegamos.

Antes de la madrugada neutro frenazo chirrido pararon en un pueblo desierto y el chofer dialogó un rato con otros hombres de caqui a la luz de los faros e hizo señas con las manos y se les pegó adelante un camión de reclutas con máuseres. Aquí hay vaina, pensó Moncho despabilándose, y entonces les cayó encima la polvareda.

LOS IMAGINARIOS

A mí me reclutó, sí señó, el Coronel González, sí señó, que para entonces era de la la revolución, sí señó, y le vendió al gobierno la batalla de Mataperro, sí señó, porque le prometió un ascenso, sí señó, y la Prefectura de San Miguel de Acataurima, sí señó, y yo fui uno de los pocos que escapó, sí señó. A tambor batiente entramos en San Miguel, y el General González me dice, Jacinto, cuídeme los presos en la Prefectura, y yo me presento a la Prefectura y le digo, no hay nadie, General, en la Prefectura no hay nadie; que no me contradiga, Jacinto, que me cuide los cien presos de la Prefectura, que aquí están anotados y todos los días cobro el dinero para su ración, y yo voy, pas, pas, pas, y me cuadro frente a la Prefectura con sus calabozos vacíos felicitándome de que en el pueblo tampoco hubiera nadie para verme hacer ese papel de pendejo, estar cuidando unos presos que no estaban allí; Jacinto, Jacinto oh, me dijo a los pocos días el General, yo he decidido nombrarlo sargento; sargento de qué, mi General; pues sargento del contingente de reclutas que viene a cuidar los presos peligrosos que tenemos, que en cualquier momento se amotinan, y dónde están, mi General; cómo que dónde están, aquí está la lista y la orden de pago de las raciones, que acabo de cobrar en efectivo; usted acuartélelos

y tome las providencias del caso, sí señó, digo yo, y me voy a la plaza llena de perros sarnosos y palomas muertas y digo ¡Compañía!, y nadie me contesta, ¡March! y me jui a la Prefectura con la lista bajo el brazo y sintiendo que se reían, quien se reía, no sé. Ahora era una vaina, una guarnición vacía cuidando calabozos vacíos. Yo todos los días pasaba la lista y el General cobraba las raciones. De tanto pasar lista de presos que no estaban allí y de soldaditos que no existían llegué a conocérmelos de memoria; Pedro Luján, tú eres un alborotado, compasión deberías tener de tu mamá; o Pepe Frijolito, no llore de noche, mijo, que no hay mal que dure cien años, o Roque Chacón, yo sé que usté brinca la tapia de noche para ir a ver a la novia pero si lo vuelve a hacer le sale cepo de máuseres, así yo me entretenía tratando de no pensar, que es lo que lo jode a uno, hasta que un día el General González me dice ah vaina, ah vaina qué, mi General, que viene en gira el Ilustre Americano y le va a pasar revista a la guarnición y a indultar los presos, ah, bueno, le contesto, cómo que ah, bueno, me dice, y cómo se justifica lo de los trescientos pesos diarios en raciones. Jacinto, estamos en campaña, Jacinto. Sí, mi Gene. Los cien presos se acaban de escapar para unirse a la revolución. Sí, mi Gene. Y hay que perseguirlos. ¿Con qué, mi Gene? Cómo que con qué, con los doscientos reclutas. Toque alarma y disponga el orden de marcha, que ahora mismo informo a la capital el parte de los sucesos. Ahora lo que me desagrada, yo de pendejo tocando alarma y llamando a hacer formación en una plaza vacía con tantos ecos, y ese desfile, chaplán, chaplán, chin, chin, y las risitas, que no eran de nadie, y los perros bostezando. Aliviado me sentí a pesar de la polvareda de la marcha, y cuando la disipó el viento de la tarde vi que el General nos llevaba a una encerrona. Mi General, dije, esta hondonada es una vaina. Estamos cortados por la quebrada y el barranco. Siga adelante, carajo, y no discuta. Pero mi General, le dije. Cállese, y ordene avance, mire que ya le están disparando a las vanguardias. Acabaron la vanguardia,

mi General. Cargue con el centro. Nos mataron todo el centro, mi General, ya le dije que esta posición es fatal. Avance con la reserva. Sobre su conciencia esta mala batalla, mi General. Como hombrecitos, les dije a los muchachos, y me lancé con ellos al asalto. Cuando cayó a mi lado el último recluta, habíamos también barrido a machete al último de los que hacían la emboscada. Esto es el acabóse, dijo riéndose el General, el gobierno y la rivolución se liquidaron enteritos. Yo sentía en la lengua la gran amargura del agurdiente con salitre. Eché a lagrimear, con los ojos picados por la humareda de la pólvora. Qué vaina es esa, Jacinto, me dijo el General, rasgando las listas y redactando el parte de la heroica defensa de San Miguel. Me dan tristeza, dije, manque sean imaginarios. Pero Jacinto, dijo el General, llevando la mano a la carabina, si tú también eres imaginario. Entonces sentí que se me derramaba por la boca la sangre de la herida, y se me doblaron las piernas. Caí en la noche, entre cadáveres.

PISO 5

A la madrugada entran en un pueblo de ranchos de lata y de tablas. Pasan por mercados cerrados y dejan atrás solares llenos de basura y comercios con los candados echados y camiones inactivos. En las esquinas, grupos de hombres los miran pasar con rencor. Una piedra golpea la cabina del camión. Por la ventanilla asoma la cara del chácharo que se montó en el pueblo, pero ya la polvareda lo borra todo y el camión entra en un camino de asfalto bordeado de alambradas y pasan una puerta con garita y frena ante un galpón. Alza arriba. Alza arriba, los muchachos que recogen sus chin-

chorros sin desplegar y se limpian las migajas de arepa y bostezan, alza arriba con sus corotos. Tras la lona del camión se atisba una mesa grande, y tras la mesa hombrecitos con listas, y tras los hombrecitos, sentados, distantes, hablándose entre sí, los gringos.

CARPIÓN MILAGRERO

Carpión Milagrero, tú que naciste del amor, permítenos morir sin él.

Venga a nos el olvido de tus ojos tristes donde nos reflejamos los de este pueblo, que es todo él como una lágrima.

Retirada nos sea tu mano que desató los furores del prodigio y terminó la aridez haciendo que lloraran los pájaros.

No resucites nuestros muertos, que se nos entran por los zaguanes reprochándonos nuestros olvidos.

Perdona nuestros terrores así como nosotros te perdonamos el florecer de las piedras y que el agua hablara al ser bebida.

A tí te impetramos que detengas las lluvias de palomas y las montañas que vienen hasta nuestras puertas para ofrecernos sus hierbas más humildes.

Apártanos de tu beso que hace nacer en nuestros cuerpos la perfecta salud y el antojo de un amor tan perfecto que para él no existen nombres.

Despójate de tu cayado que escribe en los aires tan hermosas visiones que nos duelen las entrañas.

Desvía de nuestras puertas esos tus pies que devuelven transfiguradas en gemas las briznas y las espinas de los caminos.

De las visitas del arcoiris, guárdanos. De la conversación de los helechos, protégenos. De la mirada de las nubes, sálvanos. De las canciones de los peces, cúbrenos. De las lunas bailarinas, distáncianos. De las torrenteras de luz, resguárdanos. De la borrachera de los soles, quítanos.

Apiádate de nuestros insomnios en que cavilamos los prodigios que añadirás cada mañana a la tierra.

Conduélete de nuestras dudas al no saber qué milagros pedirte.

Sálvanos de nuestros terrores al verificar la insuficiencia de los milagros.

Concedida nos sea la gracia de olvidar el llanto de las cosas al ser transformadas.

Borrada nos sea la amargura de nuestro corazón al vivir entre milagros y ser incapaces de obrarlos.

Míranos con compasión así como nos miraste en la hora terrible en que nos prometiste la insuflación del valor y el aliento que nos permitiría a todos hacer prodigios.

Recibe piadoso estas súplicas así como recibiste las piedras con que en ese instante te lapidamos.

Por las intenciones de tu corazón, que todavía late, por el brillo de tu amorosa sangre, que todavía nos tiñe, por las palabras de tu lengua, que arrancamos, por los actos de tus suavísimas manos, que dimos a los perros.

Enmudécenos, Carpión, ensordécenos, Carpión, embótanos, Carpión, haznos insípidos, Carpión, Carpión, ciéganos.

(Se reza indefinidamente hasta que llega la muerte)

PISO 6

Los musiúes. Los gringos. Beben más que el carajo. Son buena gente. Les pagan más que a nosotros por el mismo trabajo. Nos tienen asco, por negros. Les dan los cargos más altos. No nos dejan entrar en su campo. Están combinados con la policía. No nos dejan entrar en el Club. No sueltan un centavo. Se prestan las mujeres. Son gente práctica. Son unos coños de madre. Esos sí saben su vaina. Tienen cara de perro. Son gente trabajadora. No echan polvo más que con gomita. Son unos tigres para hacer plata. Los mandan sus mujeres. Esos sí saben vivir. Son unos pendejos. Se creen grandes vainas. Son los que deciden. Tienen relojes de oro. Beben todo el día. Andá, le dice un listero a Moncho, dejá la habladera de pendejadas, bajá, dejame mirarte, recogé tus corotos, pasá por la mesa, decí tu nombre.

Al acercarse a la mesa, Moncho se atreve a alzar la mirada y la fija en uno de los gringos. Moncho advierte el pelo gris con la carrera impecable, la piel color de mamarón, los lentes con montura de acero, las orejas enormes, los labios sensitivos y exangües que en ese momento parecerían estar hablando para sí mismos. Moncho siente que le llega de lejos un vaho de talco y agua de colonia, y en ese instante el gringo le clava sus verdes ojos de lagartija. Un instante se contemplan ambos y cuando Moncho se prepara a descifrar la mirada, ya el gringo, distraído, le habla por encima del hombro a un criollo de bigotitos y traje blanco que lo escucha atento. Con un malestar, Moncho cree haber advertido inseguridad en la mirada del gringo, que ahora se pierde en el vacío, lejos, hacia las alambradas.

Decí tu nombre, le repite a Moncho el listero.

LOS SANTOS

Yo fui el primero que se dio cuenta de la desaparición de los santos. Cuando apareció vacío el nicho en donde estaba San Pedro, pensé en acusar a los negros, que se lo habrían llevado prestado para su jolgorio. Después me contaron que, en efecto, San Pedro había celebrado la fiesta con los negros. Jugó chapa varias noches seguidas y durmió una borrachera de tres días. La última noticia que tuve de él fue que seguía la parranda, río abajo, hacia el mar. Hacia los pueblos de pescadores.

Después de eso desapareció San Sebastián. Dudé en poner el caso en conocimiento de las autoridades, suponiendo, cómo reputo por cierto, que por órdenes de allá arriba San Sebastián había sido mandado a buscar a San Pedro. Me confirma la suposición el cuento de una beata que esa madrugada vio caminar por las calles un muchacho en paños menores. Por cosa de las flechas, sería, se juntó con una tribu que huía de los hacendados, que ese año los estaban matando. Supe que vive con una guaricha. Supe que ha olvidado el idioma.

San José también se fue, pero no para buscar a nadie. Se fue del nicho y puso una carpintería en el pueblo vecino. Casó y tuvo hijos, todos contrabandistas. Estos taburetes fueron hechos por sus propias manos.

¿Y la lujosa imagen de San Cristóbal, que databa de la Colonia? Se fue, con niño y todo, a hacer conucos. El niño se le murió de pasmo. Era un hombre muy apreciado de las comadres, siempre dispuesto a hacer un favor, siempre disponible. Pasaba niñas por los ríos, y se las robaba. Regresó al año de la gran hambrazón, a morir de paludismo, como todo el mundo.

A San Juan Bautista también le llegó su hora de irse. Yo lo descubrí una madrugada, cuando me levanté a investigar quién buscaba a tientas el cerrojo de la puerta. Él me explicó que al cielo ya sólo iban las beatas y viejos, que después de

dos mil años haciendo la corte entraban ganas de volver a recorrer el mundo, de comer arepa, de hablar con las gentes, de tener piojos, de sufrir persecución de la justicia, de morirse, tal vez, y olvidarlo todo. Tantas cosas que hablamos, y qué gran tristeza en lo que pude entender. De lástima que me dio le regalé unos pantalones viejos y unas alpargatas. Las lenguas dicen que lo mataron en una redada de pedigüeños en Elorza.

De Santa María me llegaron noticias que juntó con arpista y que tuvieron muchos muchachos. Bordaba primores y hacía unos dulces de cabellos de ángel divinos, lástima que el hombre le daba muy mala vida, era muy mujeriego, pero nada en esta vida es perfecto. Supe que murió de parto.

A San Roque algún comemierda lo delató como enemigo del gobierno. Finó en el Castillo de San Carlos, con grillos setentones.

Como último recurso mandaron al Arcángel Miguel a recoger tanto santo esgaritado. Era un carajito arrecho, bueno para la pelea, que se fue con la guerrilla de Arévalo Cedeño. Murió en la frontera, de bala.

La paloma del Espíritu Santo yo la vide con la bandada, sobre el campanario. Esos pichones que vuelan sobre la plaza, son suyos.

Al quedarse la iglesia vacía comenzó a dolerme la soledad Yo entonces cerré las puertas con candados y clavos, y me fui por los caminos, buscando la vida. Le metí un palmo de hierro en la barriga al que dijo que yo me había robado las imágenes y se las había vendido a una iglesia de Cúcuta.

Ya soy viejo, y he perdido la pista de los hijos que tuve con Santa Teresita del Niño Jesús y con Santa Tecla. Si usted los ve por esos mundos, dígales que yo los bendigo.

PISO 7

Moncho, Moncho es que te llamás, mirá Moncho, vos váis de encuellador, te pones ese casquito y agarrás esa llave y no preguntés, y tú, Ratón Pérez, vos vais de soldador, y vos, Pedro Rimales, vos váis de perforador, no preguntéis, callate, y vos, Onza, y vos, Tigre, y vos, Lión, váis de Toolpucher, ah verga, callate que te lo digo yo que vais de eso, y vos, Cachucha e Peo, estáis sortario que váis de mecánico, callate que te doy un getazo, y vos, indio, vos, vos vais de chofer, me entendiste, y si no me entendiste allá tú que no habláis cristiano, agarrá, Chucho, preparate, Jacinto, espabilate, José, cuando yo te digas desfilás de aquí para allá como si estuvieras ocupado, mirá, no me preguntéis ocupado en qué, vos circulás y salís y entrás cargando cosas como un bachaco y dentro de un rato viene un camión y te lleva más allá y hacés lo mismo, andá, andá y no preguntéis que lo mismo te ganás tus siete bolívares, y movete y salís y entrás del galpón, llevás una caja o un tubo o una verga o una jaiba de aquí para allá y entráis al taller y me traés un carretilla y después te la lleváis, o lo que sea, andá, movete de aquí para allá, no tenéis que hacer nada, que molleja, tenéis que hacer como que hacéis, andá, si no entendés mejor, andá, movete, en un rato viene el camión y los lleva al otro campo, andá tú, dejá ese tubo y cargá otra cosa, movete, andá, andá a reite de tu abuela, movete, andá, circulá, mirá que son órdenes, preparate, mirá que ya va a sonar la sirena.

LA GUERRA QUE SURGIÓ POR UNA COMA

Documento que figura en los folios del cinco al diez vuelto del Libro segundo del Protocolo Primero del Segundo Trimestre de la Oficina de Registro Público del Municipio Páez, Distrito Independencia de esta Circunscripción Judicial. Yo, Rafael Luque Jiménez, venezolano, mayor de edad, de este domicilio, de profesión Registrador, declaro, por la presente explico las circunstancias de la guerra que surgió por una coma. Otrosí la mañana del 15 de Agosto, día de la Asunción, aparecieron muertos a machetazos en el hato «La estrellita», mi amantísimo padre Domitilo Luque Rodríguez, mi recordada madre Enriqueta Josefina Jiménez de Luque, mi tierna hermana Inesita. Otrosí, salveme por estar haciendo retiro espiritual en la casa del cura para mi primera comunión, que era ese día. Otrosí durante el funeral, a pesar de mis tiernos años, medité en la discusión sobre límites y linderos del hato sostenida días antes entre mi padre y su vecino Don Plutarco Ollarzábal. Otrosí que este último no tardó en declararse propietario legítimo de «La Estrellita». Otrosí preservé mi existencia porque pasé a protegido del señor cura, e hice de monaguillo en las bodas y los bautizos de los Ollarzábal. Otrosí por no morirme de hambre ni meterme a cura, terminé en Registrador del Distrito. Otrosí por paliar mi tristeza di en intercalar puntos y comas en los folios donde constan los linderos y las dimensiones de los hatos «Los Pajaritos», «Las Nostalgias», «La Cruz de Mayo» y «La Rosaleda», propiedad de Don Plutarco Ollarzábal. Otrosí que tras una discusión sobre linderos, aparecieron decapitados los cuerpos del antedicho y de dos de sus hombres de confianza, en la acequia que limita «La Rosaleda» con los predios de «La Enamorada», hacienda de Don Jacinto Bermúdez. Otrosí que en el camino de mulas que va hasta el fundo «Los Topacios», aparecieron acribillados de guáimaros los cuerpos de Don Jacinto y de su hijo Enriquito, por otro nombre El Catire.

Otrosí cumplidos los lutos, el otro hijo de Don Jacinto invitó a los Ollarzábal a unos toros coleados de cuyo motivo surgió la riña donde perecieron acuchillados accidentalmente por la espalda Clístenes, Leónidas, Temístocles y Pericles Ollarzábal con sus concubinas, señoras e hijos. Otrosí que la familia Tejera pereció íntegramente colgada de unos alambres tras una discusión sobre sus derechos sucesorales a las fincas de los Ollarzábal. Otrosí acontecieron muertes violentas entre los herederos que nunca pudieron entender los problemas planteados por las divergencias en los puntos y las comas de los testamentos y de las declaraciones de herencia. Otrosí que como la guerra no respetaba las familias, lloré repetidas veces en los funerales de niñas de quienes alguna vez estuve enamorado, me despedí de sus manecitas lavadas de la sangre por las viejas, entrecerradas sobre ramitos de violetas, crucifijos familiares, misales nacarados. Otrosí que el Gobernador, Coronel Braulio Zaraza se declaró heredero universal y murió de un lanzazo en el hígado dado en la oscuridad de la casa de citas de Doña Violeta Ojos Tristes. Otrosí que los Ponte, los Boada, los Gonzales y los Fuentes, temerosos de que se los implicara en el hecho para quitarles sus tierras, se alzaron a favor del gran partido liberal amarillo. Otrosí que el General Nicomedes Zaragoza, enviado por el gobierno para imponer el orden, saqueó los hatos «Las Pasionarias», «Las Pomarrosas», «Los Adioses» y «Las Tres Marías». Otrosí que la vanguardia que cargaba con el botín puso en fuga a las avanzadas rebeldes cuando éstas la avistaron en la proximidad del fundo «Madona Angelical». Otrosí que las tropas del gobierno se desbandaron al chocar con las fuerzas de los rebeldes que huían. Otrosí que, esperando a que me mataran, durante el saqueo del pueblo me entretuve regando de comas y de puntos los linderos en todos los documentos de propiedad del Estado. Otrosí que la guerra duró mucho y el señor cura pereció de la tristeza de tantos funerales y entierros. Otrosí que a través de la masonería me he comunicado con otros Registradores, y el resultado es que

todos los títulos de propiedad del país están también embarullados. Otrosí que moriré esta noche de vejez y de abandono. Otrosí que mis restos sean enterrados bajo la ceiba grande en terrenos de lo que fuera «La Estrellita». Otrosí que en mi tumba sin lápida plántense rosales de los que durante tantos años he regados sobre el túmulo de Isabelita Ollarzábal. Rogad al Señor por su Alma. Otrosí que conozco que el intento de aclarar el enredo de las comas dará lugar a otra guerra. Dado firmado y sellado. Es copia fiel que se expide, a petición de parte interesada. Incluida en el tubo de lata con otros papeles de la familia.

PISO 8

A aaaaaaaaaaaaaaaaa qué es eso compaño ooooooooooooo el pito compañero el pi iiiiiiiiiiiiiiii la huelga se acabó ooo ooooooooooo no puede ser compañero no pu uuuuuuuuuuu AAAAAAAAAAAAAAAAAAA aguaite compa que las chimeneas echan humo mire ahí mirEEEEEEEEEEEEEEse camión con obreros que pasa por ahí IIIIIIIIIII que la huelga se perdiOOOOOOOOOOOOO a la calle todo el mundo a la calle todo el mUUUUUUUUUUUUU Escuche la sirenaaaaaaaaaaaaaaa mire las lanchas en el muelleeeeeee eeeeeeeeeeee mire moverse el balancíiiiiiiiiii la gente volvió al trabajoooooooooooooo mire los gringos en el Clúuuuuu uuuuuuuuuuuuu AAAAAAAAque es mentiraAAAAAAA que es un peinEEEEEEEEEEEEEE que es puro esquiIIIII IIIIIII que es puro esquiroOOOOOOOOOOOOO que es puro musiuuUUUUUUUUUUUU alarmado por la sirenA AAAAAAAAAAAA el peonaje sale a la callEEEEEEEEE

EEEEE y corre con frenesIIIIIIIIIII hacia el campOOO OOOOOOOOOOO donde lo detiene el alambre de puuuu aaaaaaaaaeeeeeeeeeeeiiiiiiiiiiiiioooooooooooouuuuuuu de la alambrada tras la cual guardan la puerta del campo los guachimanes.

NOS ESTÁN MATANDO LOS MUCHACHOS

Mejor es no ir al cementerio de San Miguel, porque en él faltan la mayoría de los muertos. Adónde se fueron tantos muchachos, a buscar lejos el orín del hierro o el escupitajo de la pólvora. Con la patria se fueron, a dejar sus huesos en el páramo o en la llanura. Con Páez y contra Páez, con los Monagas y contra los Monagas, con los Guzmán y contra los Guzmán, con la Federación y contra la Federación, con Crespo y contra Crespo, con los andinos y contra los andinos. Cada año llega a San Miguel de Acataurima un jinete comido por la fiebre de la muerte, con un trapo descolorido en un asta de lanza y las herrumbradas espuelas puercas en sangre del caballo fatigado de tábanos, a explicar que el destino es como un rival afortunado, que se lo corrige a machetazos.

Con él se van nuestros muchachos. A veces las comisiones del alzamiento triunfante nos devuelven de recuerdo una presilla o un ascenso póstumo o un estribo roto o un clarín abollado. A veces ni eso.

A veces regresa solo un caballo, desgarrado el vientre, la boca llena de espuma, temblorosas las ancas, las manos estropeadas. Resuella por las calles, recostándose en las paredes, haciendo sonar sus cascos por la noche.

Lo matamos a pedradas, de ira de no poder olvidar sus ojos desorbitados.

PISO 9

LOS GUACHIMANES están vestidos de caqui regalo de la compañía con botas de suela de balatá regalo de la compañía y llevan un cinturón con cartucheras y el 38 y un sombrero de pelo de guama o de cogollo y llevan terciado un máuser y les cuelga de la cintura una funda de machete y casi siempre tienen en la mano el machete y les gusta balancearlo y miran a lo lejos y cuando te clavan los ojos te dicen
Circulá

LA LLUVIA EN SAN MIGUEL

La lluvia en San Miguel comienza a caer desde las Pléyades, hasta que nadie recuerda algún tiempo en que no lloviera. La lluvia desciende por el barro de la calle principal y empieza a arrastrar recuerdos. Algunas mujeres se sientan en los poyos de las ventanas y comienzan a señalarlos: Allá va mi primer novio, que murió de pasmo. Allá flota la corona de azahares de mi madre. Y allá mi trompo y allá mi primera china, dice algún viejo, mirando desde la puerta, donde los goterones lo salpican.

A veces parece que no va a haber agua para tantos recuerdos. Pasan ahogadas como otras tantas Ofelias las novias perdidas del deseo y de la distancia: los abuelos que murieron y fueron enterrados con sus esperanzas, y la cara del funámbulo que un día vino con el número de los perros amaestrados. La lluvia inunda los conucos y termina las vaquerías.

A lo lejos se oyen las crecientes y el pueblo navega mecido entre ellas, sin saber en qué tierras lo dejaran, en este mar que es un hervor de renacuajos lleno de islas que son montañas de sapos.

La lluvia en San Miguel va lavando las edades hasta dejarnos a todos niños. En San Miguel durante los aguaceros solo se oyen gorjeos de niños que se persiguen entre los tinajeros y las trojes de maíz y los chinchorros a medio tejer: y si alguien llegara preguntaría: qué es este pueblo sin edad: por qué yo el único con años entre esta insolencia de niños que me tiran piedras.

La lluvia en San Miguel dibuja nubarrones en los nichos vacíos de los santos y desdibuja las inscripciones de las lápidas. Puede que hasta los pájaros sean disueltos en la copa de los árboles.

Vivimos todos inciertamente, convertidos en gotas, rezumando de las paredes de barro y los pisos de tierra, cada vez más cerca de los fogones. En ellos, bajo cenizas, la última brasa de la memoria, el recuerdo de la seca en San Miguel.

PISO 10

Compañeros, circulá, trabajadores, ya te he dicho que circulés, pero primo es una palabra para los trabajadores, circulá que la alambrada es de la Compañía, compañeros los han traído engañados, callate que tengo orden de proceder, compañeros, es de esquiroles que los han traído, circulá que váis a ir preso, pero primo es una palabrita para los compañeros, qué compañeros ni qué molleja, circulá, compañeros no se unan al sabotaje, circulá Tuerto que váis a llevar plan, compañeros no rompan la huelga, circulá que tenemos órdenes del Comando.

compañeros llevamos veintiún días en huelga contra la Compañía, circulá Tuerto mirá que estáis fichado, compañeros nos explotan compañeros, circulá que te tiro, nos pagan a tres bolívares compañeros, obligan a trabajar a los accidentados, circulá, al que reclama lo botan, compañeros, nos pagan tres veces menos que a los extranjeros, circulá, nos tienen tras alambradas compañeros, andá, vete, mirá que te tiro, ni agua nos dan compañeros, circulá que ya estás avisao, vivimos como perros, ahí te va, dormimos con las ratas, yo te avisé, no digáis que no te avisé, y para los gringos riqueza y para nosotros cobres, circulá, y para ellos carros y para nosotros pata, circulá, y para ellos hoteles y para nosotros ranchos, circulá, y para ellos medecinas y para nosotros pasmo, mirá que cuento hasta tres, Tuerto, y para ellos pajaritos y para nosotros nigua, uno, y para ellos perfume y para nosotros mene, dos, no nos reconocen los sindicatos, dos y medio, y para ellos todo ei país y para nosotros mierda, tres: tris trás, tres: trisss trasss tresss: tris trás: trás: tris: tres.

LAS FLORES EN SAN MIGUEL

En San Miguel las flores acompañan el verdor que aparece con las primeras lluvias. Se recogen los cuerpos de los ahogados que ha traído la crecida y se comienza a desmontar en las vegas. Y sólo bajan de las ramas gotas justas y exactas Y gotas justas y exactas caen de los techos de paja.

Entonces puede ocurrir el primer relampagueo, porque florece la madera de un arcón de la iglesia, o florece un banco de la escuela. Todo es muy incómodo porque florecen también las rejas de las ventanas y las patas de las camas. En los cuartuchos cerrados estornudamos del olor de tanta

flor nocturna que brota de las paredes. Los transeúntes se pierden en las selvas de azahares y nomeolvides que tupen las calles. En ellas tropiezan con los vegueros que huyen, encandilados por el fulgor del jazmín amarillo. Durante mucho tiempo nacen flores de la cañabrava que sostiene los techos e incluso del moriche de estos, y en todas las cruces de palo de los cementerios, y en la Cruz del Sur que preside los cielos con sus claveles, y en la sangrienta rosa del corazón del Escorpión.

También florecen piedras y florecen personas. Entonces viene la desgracia del abejero que no nos deja en paz mientras hacemos las siembras y matamos araguatos. Pegones ahítos de miel se enredan en el cabello de las muchachas. El trueno de las chicharras las adormece en hamacas que de la noche a la mañana están florecidas. Secretas flores ellas mismas.

Una mañana florece el sol y se sabe por lo alto que vuelan los picaflores y por la dulzura del néctar que traen.

Es importante no dormirse mientras florece. Acaso el único instante de felicidad de nuestras vidas despuntaba, y marchitará antes de que despertemos.

Esta es la época de morirse en San Miguel, por las muchas flores.

PISO 11

En un tris trisca el trizar de la machetería sobre la alambrada: Moncho se voltea, suelta el tubo, Moncho deja la hilera de enganchados Moncho corre por el tierrero rojo Moncho no voltea a ver si los demás lo siguen Moncho corre sobre los hormigueros y los matorrales y los cadillos Moncho

ve el gentío que lo aplaude desde fuera de la cerca Moncho corre corre más duro alejándose de la mesa de los galpones de los listeros Moncho corre corre hacia la alambrada Moncho se desvía de la garita donde los guachimanes dan planazos Moncho corre encandilado por el primer rayo de sol hacia la gente que le grita y que lo aplaude, Moncho grita y la alambrada se le mete por la cara y Moncho mete los dedos en las redes de alambre y las redes tiemblan; y lo ayudan y echan camisas sobre el alambre de púas del borde y Moncho trepa hasta el borde de la alambrada, y Moncho quisiera quedarse allí, un rato, el calor, la luz, un soplo apenas de brisa un soplo apenas. A lo lejos Moncho ve tierra roja y más tierra roja, un agua sucia, inmensa, un agua que no se acaba, llena de torres y de balancines que pican como pajaritos negros, y, al final, los puntitos de fuego de los mechurrios, consumiéndose.

LA SECA EN SAN MIGUEL

Cómo describir la seca en San Miguel. El ardor del sol, que se mete por las puertas y los postigos al interior de las casas. Guardados en cofres se venden los últimos restos de sombra.

La insolencia de la seca es tal, que duelen las piedras. Son piedras nítidas que uno no puede sacarse ni de la memoria ni de los sueños ni del vientre, porque allí se le meten y comienzan a crecer minuciosamente, sin olvidar ni una arista ni una grieta.

¿Qué se le ha perdido a Dios en San Miguel, que envía tanta luz a buscarlo? Durante mucho tiempo se suspenden

las noches. En las calles y en la plaza afloran huesos. Da dolor mirarlos, por el reflejo.

Durante la seca en San Miguel de Acataurima, se comprende que las otras estaciones son imaginarias: el puñal de la luz va metiéndose en las piedras y evaporando el tiempo acumulado en ellas: este vapor es el que hace soñar las lluvias y las flores magníficas. Las piedras, despojadas del tiempo, chupan la realidad como si fueran esponjas: y por eso en San Miguel no hay más que paredes de bahareque con la cal arañada: techos polvorientos y telarañas a las que un polvo de greda descuajó, haciendo secar los huevos de las arañas: no hay voz para llamarse de un lado a otro de la calle, porque se la chupan las piedras. Y al fin todo se oculta en la humareda que sopla durante semanas y los llantos se pierden en el trueno de los incendios que se acercan a San Miguel como un anillo desde las cuatro puntas del horizonte. La noche que nos alcanzan los incendios todo cruje y nos despedimos antes de convertirnos en vendavales de chispas. A la mañana siguiente en las calles se abren grandes heridas de greda seca y arenisca vitrificada. San Miguel aparece entonces como el último sueño de alguien que muere de insolación o que perece ahogado en un mar perfectamente azul: la boca y las narices quemadas por la sal.

¿En qué fuego arden, bajo sus tumbas, los muertos de San Miguel? ¿Cómo es ese tormento para el que no hay lágrimas? El sol que protege del polvo y el polvo que protege del sol. En una cruz, bajo un techo de palma, cuelga, inmóvil, una bambalina de papel de seda. Allí estarás, para siempre.

Los hombres de San Miguel mueren cuando la seca le va quitando al mundo sus colores. Si de pequeños los alegró el rojo violento de la sangre o de las trinitarias, a medida que son mayores el blanco de hueso de la lechada y el pardo de la greda lo van destiñendo todo. El pueblo se va volviendo color de tierra y de hueso, hasta que ellos mismos son blanco hueso rodeado de polvo: sin matices. El hueso

tira hacia la greda y la greda tira hacia el blanco, hasta llegar al tono equidistante donde nada sucede y nada se percibe. Este no color crece en Sn Miguel hasta invadirlo todo: las ropas, los pisos, las caras y hasta los recuerdos son de greda desteñida, y color de greda desteñida son los sueños, y los rezos de las beatas. De los pisos y de las calles afloran trozos de vasijas, que las mujeres temen diciendo que están encantadas. Es que de las entrañas de la tierra brota más tierra: mugre.

Morirse en San Miguel es sólo cuestión de grados. Bienaventurados los que mueren niños. Se despiden de un mundo todavía lleno de colores. Con arpa y llanto los despiden, adornados con flores de papel y con cirios. Ahora que alguien recuerda de repente la guerra en que fusilaron todos los niños. ¿Y entonces quiénes somos nosotros, si los niños que fuimos están muertos? Somos el último sueño de sus fiebres. El vómito negro, el pasmo, la moridera o el plomo interrumpirán este sopor, o acaso ya lo han interrumpido.

En la seca las hormigas se van. Luego se marchan los sonidos. Los hombres se van para los alzamientos y las mujeres para el cementerio. La guerrilla del Coronel de Nogales Mendes dio una vez en este pueblo en el que sólo quedaban las moscas, y lo abandonó al ver que las mismas moscas la rodaban al centro de la calle, acogotadas por la desesperación, por el bochorno. El Coronel de Nogales Mendes lloró, al sentir una desesperación mayor que la que jamás llegaría a arar en su pecho la media luna de las guerras de Turquía, y antes de retirarse remató a tiros dos heridos incurables que se habían empeñado en morir bajo uno de los últimos techos que aún quedaban en pie.

Al marcharse, su caballo volteó la piedrecita que era la semilla de la próxima estación de las lluvias, y de todo lo que habría de pasar en San Miguel, hasta la consumación de los siglos.

PISO 12

A él lo llevan en hombros al frente de los otros muchachos que saltaron la alambrada. A él lo aplauden y lo llevan hasta el caserío. A él le dan las gracias dentro de chozas de latón y de ranchos de madera. A él le dan de comer plátanos que traen regalados los piragüeros y chivos que traen los campesinos. A él le piden que encabece otro piquete de obreros que va a parar los camiones que traen llenos de indios engañados desde Perijá. A él le explican qué significa huelga, qué significa esquirol, qué significa guachimán. A él le cuentan que ocho mil obreros resueltos tienen paralizada la producción de petróleo. A él le dan la mano cojos, tuertos, rengos, chingos y desfigurados que las maquinarias han mutilado y la Compañía ha retirado. A él le oyen riendo la historia de la faramalla del falso trabajo que inventaron los gringos para hacer creer que había fallado la huelga. A él lo fichan los espías. A él lo llevan hasta el local del Sindicato.

EL CIELO EN SAN MIGUEL

Si no fuera por el cielo en San Miguel. El cielo que aparece cuando al fin le dan permiso las nubes de la lluvia y antes de que las chispas de Las Tres Marías y el chorro de sal del Camino de Santiago desaten el fuego de la seca. Como el Benemérito acostumbra ordenar la caída de los luceros que no le gustan, San Miguel está en la obligación de

inventarlos nuevos. Desentierran los ancianos las bandolas y los cuatros y los quintos y las antiguas arpas. Copleros errantes, huidos de la justicia o de los acreedores, losos y ociosos se unen a la cantadera, y entonan la canción de ese año para cada estrella. Al cielo envían todo lo hermoso que han tenido en esta vida, al impasible cielo que ha visto tantas muertes sin esperanza en San Miguel. Al cielo, del que sólo viene la muerte, lo afrentan devolviéndole todas sus dichas. Y al atardecer siguiente, cuando el Benemérito, a lo lejos, se asoma a las barandas sombrías de la casa del poder, encuentra clavada en el cielo, y como nueva, la estrella que había hecho caer la noche pasada.

PISO 13

A Moncho lo llevan para el sindicato en una camioneta picó junto con los demás muchachos que no quisieron ser rompehuelgas. El sindicato queda lejos es un galpón grande con techo de zinc en el sindicato hay siempre unos compañeros que están reunidos en unos cuartos donde antes las muchachas, vos sabéis, en el sindicato reparten el bastimento que se compra con los fondos y lo que llega de solidaridá, yuca que mandan los paisas y racimos de plátano que traen los piragüeros y curvina y ronquito y armadillo que pescan los ñeros, en el sindicato le prestan chinchorros a los compañeros que lo dejaron en los camiones en que los trajeron, y a Moncho le toca colgar junto a un muro donde bajo la mano de lechada reciente se transparentan mamarrachos, dibujos de músicos y de mujeres desnudas con las inscripciones pícaras: te quiero mucho: te recuerdo Conchita, vergas de aquellos tiempos, de cuando las muchachas, vos

sabéis. Moncho se mece molido de la agitación del día. Aspira y siente olor a pescado. Le da tristeza. Esa noche soñará con putas con mucho perfume que hacen ronditas alrededor del Sindicato bailando El Botecito, creerá escuchar risitas entre los cuartos llenos de tortas de casabe y latas de pintura. Se bajará del chinchorro entre suspiros y ensueños buscando guarichas que le suenan pitos de carnaval y se esconden tras los montones de plátanos. Perseguirá viejas que corren desnudas por el patio e indiecitas en cholas que le dirán ay papacito mientras un largo rebuzno va llenando la noche. Moncho se siente burlado y a disgusto. Toca un par de tetas que resulta ser una mano de plátanos y cuando se echa en un colchón lleno de nalgas, este resulta ser un montón de sacos de coco. Un chorro caliente le baja desde las entrañas, y se despierta orinando en la tierra seca del patio. En la noche, una figura insomne lo contempla. Moncho la reconoce.

—Álvaro Luque.

—Chito, que aquí tengo otro nombre. Tú debes ser Moncho, el hijo de Josefina.

La figura se adelanta para darle la mano. Se oye un roncar de ex-rompegüelgas y de obreros sin casa, que yacen en los chinchorros o tendidos en el suelo, sobre sacos. Moncho cuenta su pesadilla putañera y Álvaro Luque se ríe, dándose una palmada en la frente.

—Pero claro.

—Claro

—Si aquí quedaba el mabil de Ambrosio

—Cómo

—El mabil que sostenía el prefecto. Una casa de putas que termina en Sindicato. Sólo en este país.

—Y cómo es eso del otro nombre.

—Es largo.

MEMORIAS

El tercer día.—Romanos de la decadencia.—Un compañero de desdicha.—Sueños venturosos.—Columba doméstica.—Tierra amarga.—Un círculo conspirativo.—El plato de lentejas.—

Noviembre-Diciembre

Me envian un papelito por el *telégrafo* de las junturas de las paredes. *Hoy no podemos tampoco mandarle comida, nos han requisado todo lo que teníamos, de milagro conservamos el lápiz.* Me recuesto y trato de encontrar la resignación. He dejado de arrojar el líquido fétido en que se disolvían mis tripas. La sed me ha secado al mismo tiempo las entrañas y el cerebro. Espero que me den noticias de Tancredo Pimentel, de Feo Calcaño, de *Lafayette,* de Arévalo, de Parra Entrena. Tengo la horrible idea, venida de no sé dónde, de que uno de ellos ha muerto anoche. Sí, en la medianoche, el estrépito de los hierros del *buzón,* pasos de los cabos de presos. Pero no me llegan informes. La debilidad es la gran inventora de las truculencias. Trato de memorizar las sátiras de Juvenal. A cada momento siento que se me escapan palabras y que confundo los versos. Con todo, encuentro algo refrescante en el verso latino. Tenían por lo menos sentido de las formas, estos romanos de la decadencia, una cierta franqueza en su caída moral, un sobreentendido en el que nadie engañaba a nadie, una valentía en el cinismo que nos ha valido un Petronio y que nos ha valido un Ovidio. En cambio, nosotros...

Será mediodía cuando desclavan la cortina de la celda y me traen un compañero. A las leguas se nota que es un *nuevo* en el establecimiento, todavía tiene ropa, es joven,

tiene un semblante como de pájaro, una palidez marmórea, tropieza con los grillos setentones que le han remachado, mira a todos lados parpadeando, como una paraulata encerrada, en ese estupor del ave que todavía no cree en la jaula, que todavía tiene que convencerse... Me presento. Me contempla con un sobresalto del que no debe estar lejano el terror. No le doy la mano, le digo, por la sarna. De repente, sonríe. Y Job sufrió la pesadumbre de amigos que lo atormentaran, me dice. Y Edmundo Dantés sintió el infinito placer de escuchar una voz humana, le respondo. Nos reímos. Quiero llorar. Este muchacho —no habrá cumplido veinte años— no debe saber todavía por qué lo han mandado a este calabozo. Prefiero no decirle que este es el tercer día que no envían bocado, que me he sostenido con una paloma a la que atraje con migajas, que he devorado crudas las tripas, la piel, los tendones, todo...

Mi nuevo compañero se llama Álvaro Luque. Hablamos poco esa primera tarde. Tiene en el contar sus cosas esa parquedad del preso nuevo y de la señorita con pasado. Debe ser de los recogidos en la ola pávida del miércoles. Le deben haber hecho infamias. Oí que a varios los habían colgado. En efecto, Álvaro desfallece con un gran dolor, y me pide agua. Por toda respuesta, le señalo los pocillos vacíos, el fétido pollino que no le han permitido vaciar al ordenanza. Se estremece. Para que no desespere, le cuento de mi primera prisión, cuando desfallecía en el foso de las cadenas del ancla, y el oficial de la nave, el Comandante Cano, me hizo llegar alimentos, burlando a los cancerberos, que a la humillación de la cárcel querían añadir la del hambre... y de como, por cada cobardía de las bestias, hay un gesto humano que nos justifica de nuevo la vida...[1] Hay en este muchacho la timidez ante las cosas y las situaciones de estas familias de la burguesía boba, que así las llamo, la que vive suspendida en el limbo del yo no vi, yo no fui, y yo no estuve... Como nota mi curiosidad termina por decirme:

—Quién diablo seré yo... Quiénes seremos...

Le contesto que el preso no es nadie... El preso no es aquel otro que fue, el que tenía derecho a un nombre, a un saludo, a un pan, a una camisa... Ese otro y él dialogan, a veces, desde lejos... Si se encontraran no se reconocerían.

—No —dice enfurruñado— hasta ahora ser quienes éramos no dependía de nosotros. Existir era tan natural, tan fácil... Pero ahora...

Progresa en la incoherencia con el placer de un mal escritor y de un borracho. A mí el periodismo me ha quitado la paciencia para la metafísica y para los períodos largos. Debe haber sido interesante la *interviú* entre los interrogadores y este prisionero que de entrada asegura que no sabe quién es... Pero me vuelvo cínico. Con qué estremecimiento se aferrará el exiliado al nombre escrito en su pasaporte... Y quién terminaré por ser yo en un país de gringos o de franchutes. Monsieur o Míster, elija ustd. Dormimos mal. Tengo pesadillas. El compañero recita números de legajos. El frío de la madrugada parece calmarme la sarna, y caigo en un sueño dichoso. Venturita, una niña con quien me crié, me ofrece un vaso de agua. Bebo a carrillos hinchados, dejando caer gotas por las comisuras. Venturita se me queda mirando fijamente. Siento algo extraño en esa mirada ¡qué sé yo! el despertar de un deseo incipiente, el asombro de ver que no es verdad el sueño, que no soy un niño, que no tengo, siquiera, la dicha de un vaso de agua, de gotas que corren por la garganta, que destellan, que se vuelven los puñales de hielo de esta mañana de fortaleza y desengaño.

Por quitar de mi mente el hambre y la sed me entretengo estudiando a mi compañero con la misma atención con que él me estudia y verifica lo que pueden hacer de un hombre dos años de esta cárcel. Ya le enseñaré a deshacer la ropa para tejer las cuerdas para sostener los grillos, las rutinas del *telégrafo,* los misterios de los *periscopios* perforados en la cortina, la alta política de las facciones entre presos que, todavía aquí, se pelean por cuestiones absurdas, crean jararquías,

se glorian, a veces, de la *confianza* que les tenía el *General*... De pedagogo se llega a padre y de padre se llega a tonto. Una cierta sensación protectora, una mal llevada resignación, nos ahorran el asco de lo que debemos enseñar.

En este curso tienen su lugar las historias de las palomas que anidan sobre los pilares, bajo el alero. Aquel macho elegante, tornasolado, que desprecia olímpicamente el rebaño de animalitos variopintos, es el Duque. Chispita es aquella paloma desgarbada, de un blanco sucio, que lleva la desgracia inscrita en cada una de sus plumas... Napoleón es aquel macho blanco, altanero, que hace pareja con Josefina, negra, mansa y sufrida... De su última nidada sólo ha sobrevivido Isidorito, aquel pichón frágil y funerario que contempla el mundo con desconfianza desde el borde del nido... Ya han pasado las cuatro semanas al cabo de las cuales los pichones saben volar, e Isidorito continúa, atrincherado en el nido, aleteando y piando hasta que los padres le regurgitan en el pico una leche blanquecina que sólo lo consuela por instantes... En vano lo tientan desde lejos, lo contemplan desconcertados... Isidorito se niega a volar con esa resolución de los hijos de papá y de las señoritas que esperan que el Principe Azul les resuelva su existencia... Pero entre los animales no hay Mecenas ni paños de lágrimas. Hete aquí, también, inevitablemente, sobre la baranda, paloma parada en una sola patita. La otra extremidad, recogida, está maniatada por un enredijo de hilo verde que le ha hinchado y gangrenado los dedos. . . Me abstengo de decirle a Álvaro que el hilo siempre es verde y el nudo siempre a la altura del tobillo. Sospecho una crueldad maniática e insensata: quién ataría gratuitamente a un animal para hacerlo sufrir... Prefiero creer que se enredan al azar, con los desechos de alguna hilandería. Vuela antes de que pueda atraparla para liberarla. Pero no, me golpea la pesadumbre. En caso de echarle mano, el hambre me hubiera forzado a devorarla. Esto me lleva a contarle a Álvaro la pasión de Dimas y Gestas, dos palomas con el plumaje color de ladrillo, desflecado, sucio, que se quebraron

los picos vaya usted a saber cómo y que padecieron una interminable agonía, intentando aferrar migajas inasibles con sus picos que eran como tijeras rotas... Hasta la madrugada en que las divisé, al borde de la pila de agua, asestándose aletazos como dos gallos de pelea, matándose por una migaja que ninguna de la dos podía aferrar. Álvaro cree que ejercito con él mi humor macabro. La pasión de narrar, en ciertos países, lleva siempre a estos equívocos. Pero ya me interrumpe un aleteo que es como una explosión. La bandada se eleva en la magnífica libertad del vuelo. El vuelo...Lo que significa para el preso esta palabra.

* * *

Sigue su curso el tercer día de ayuno y aún no encuentro fuerzas para explicarle al recién llegado cómo la ronda no viene a traernos el rancho, cómo el sonido de los peroles y las ollas pasa de largo frente a nosotros los *desincomunidados*... Algo adivina, sin embargo, el nuevo. Llegan rumores desde el patio, tintineo de grillos. Me paro, atisbo por uno de los *periscopios* perforados en la lona, localizo, abajo, en el patio, extenuado como un esqueleto, al eterno preso, a quien han vuelto a encerrar por el doble sentido del chiste del anzuelo del bagre. Por un instante veo chispear sus ojos certeros de anatomista. Dando bordadas por el peso del hierro en los tobillos recita algunos versos que habrá compuesto:

Tierra amada que me sufres
Como sufro yo prisiones
Ya no tardo en encontrarte
En sumirme en tus terrones.

Cuál tierra, dice de repente el nuevo, y comprendo que tiene fiebre. La tierra que nunca hemos tenido, prosigue. El muchacho, repentinamente, habla con pasión, apuñando y abriendo las manos. Ya no se recata, habla de cifras áridas, del peso de la historia, de cómo los pueblos, aún en sus horas más oscuras, sin embargo avanzan, como maquinarias de millones de tuercas, hacia lo inevitable. Yo le rebato que

no podemos aceptar los sistemas que explican todo acto por la fuerza de las circunstancias, y que arrancan, por así decirlo, de cada mano el sentido y el peso de los actos y las responsabilidades... hete aquí que descubro en mi compañero a una curiosidad, un émulo del Lenine, cuando en esta Nación de bárbaros aún no hemos llegado a la Carta Magna. . .

Lo que me cuenta es una garambaina de folios y legajos que no entiendo... El fuero de minas... La concesión... Que los políticos nos hemos perdido en p... Que este país es un mar de petróleo y de minerales y que lo han vendido. Voy entendiendo a ratos y por partes una historia de un Ponson du Terrail oficinesco, que a veces se eleva a lo trágico y a veces desciende a lo cómico... Empleado de un Registro para mantenerse mientras estudiaba, mi compañero dio en la idea de hacer un censo clandestino de las riquezas mal habidas de los personeros del régimen... Entre legajo y sello, sello y legajo, fue entrando en un territorio desconocido en donde la ratería se convertía en asalto y el asalto pasaba a pillaje... A tal punto que los saqueadores ya ni tenían idea de lo que robaban ni del precio a que lo revendían... Que el *General* hacía dar concesiones sobre el petróleo a familias adictas, y que el mismo día las familias revendían la concesión a compañías extranjeras por diez... veinte... cien millones... que sin duda revertían al *General,* lo que era, en el fondo, vender minas de oro por cuentas de vidrio...Que las exenciones de impuestos para las empresas extranjeras sumaban más que lo que estas deberían pagar por los minerales... Que él había tenido en sus manos, uno tras otro, los documentos escritos en tinta violeta... El origen de sonoros apellidos y de saneadas fortunas... Que: alarmado informó a su círculo conspirativo de estudiantes, y que mientras estos se perdían en diatribas sobre la vigencia política de los personeros del partido liberal amarillo, el espía que había creado el círculo para vigilar opositores, se perdió de la casa y a la media hora tocaban la puerta los *cháchariros*... Que con fusiles ajenos lo llevaron preso caminando por calles ajenas hasta una

Gobernación también ajena mientras él sudaba un sudor también ajeno, amargo y bilioso como una hipoteca... Que dejara yo esa lata y esos calzones harapientos y ese tejo con que me rascaba la sarna porque ahora nada era mío... Ni eran de él sus zapatos ni su cara ni su nombre... Ni la tierra en sus orejas ni la mugre en sus uñas... Que en un papel grande como una carpa de circo nos habían vendido en tinta violeta por billetes verdes...Reconozco los desvaríos de la fiebre, pido agua a voces sabiendo que es inútil, oigo todavía los versos en el patio, el muchacho se agita, el cabo amenaza con subir y darnos de palos... *Diablo, Diablo, estênse quietos,* nos susurran de los calabozos de al lado ¡Cómo se puede ser de prudente cuando no se tiene fiebre y se ha bebido! He perdido el hilo de los versos y he perdido el hilo de lo que mi compañero me dice y anhelo perder el hilo de mi hombre, cuando hete aquí que otra estrofa me lo rescata, me deja estático, manso, resignado:

Tierra mía amarga y ancha
Preso y viejo no te pido
Más que la luz y que el aire
Y el reposo, y el olvido

El recitador se pierde de mi campo de visión del agujero en la tela, renqueando, con su facha de cadavera atormentada por los grillos. Trato de recordar a Plauto. Busco en mi memoria algún trozo de Apuleyo. No puedo. En la prisión hay momentos en que el peso todo de las vejaciones cae de un solo golpe sobre un hombre. Se tienen tentaciones de acabar. De no resistir más, de disolverse en este descenso torrencial e innominable... No puedo. Tengo que dejar testimonio.

Esta noche muere Parra Entrena. No recuerdo qué he soñado.

Nota

[1] Muchos años después de publicada la primera edición de estas *Memorias*, llega a mis manos un documento del Comandante Cano, a quien nunca conocí personalmente, y que retrata mejor al hombre de quien partió semejante rasgo... Transcribo sin más este testimonio de lo caro que cuesta, en algunas circunstancias cierta entereza de carácter, cierta elemental humanidad, cierta nobleza:

Mi prisión

Cuando la reacción del general J. V. Gómez contra el general Cipriano Castro en diciembre de 1908, me encontraba yo en el Castillo de San Carlos ocupando el cargo de Instructor del Cuerpo de Artillería acantonado en dicha fortaleza, con el grado de Teniente Coronel. Estábamos como quien dice en Campaña, pues teníamos dos buques de guerra holandeses fondeados en la barra a una distancia de diez mil metros del castillo, esperando la orden de atacarnos de un momento a otro y nosotros listos a responder al ataque con la pieza Schneider única que podíamos oponer a dichos buques, cuando fue llamado a Caracas el general Jorge Antonio Bello, Comandante en Jefe de la fortaleza. El día 30 de diciembre se retiraron los buques holandeses y fue nombrado Jefe de la fortaleza el general Evaristo Prato a quien nadie conocía, pero que resultó ser el general Eustoquio Gómez, condenado por los Tribunales del Distrito Federal a la pena de quince años de presidio por la muerte del doctor Mata Illa; trajo como Jefe del Batallón a su compañero de crimen, general Isaías Nieto en reemplazo del general Martín Romay y como Jefe de la Penitenciaría al coronel Evaristo Gómez en reemplazo del señor Granez, cuñado del general Bello; para mí no vino reemplazo, pero fui dado de baja junto con estos señores nombrados y me figuro que se debía a conocer personalmente al general E. Gómez.

Me retiré a Isla de Toas en donde establecí un negocio de pesquería en el que ganaba mi vida sin compromisos de ninguna clase, cinco meses después se presentó a Isla de Toas el vaporcito San Carlos con una carta para mí del Jefe del castillo en la que me exigía pasar a San Carlos a reparar la pieza Schneider descompuesta. Fui inmediatamente al castillo y efectivamente el cierre de dicha pieza estaba trancado por un descuido al armarlo; corregí el error en pocos minutos y me disponía a marcharme cuando fui invitado a pasar a la casa del Jefe de la fortaleza, quien recriminó a los oficiales de artillería que me

acompañaban tratándolos de ignorantes, dio de baja al Jefe de la Artillería y me ofreció dicha jefatura, me excusé lo mejor que pude manifestándole que estando en aquella Isla tan cercana a la fortaleza siempre estaría a sus órdenes; me dio permiso para regresar en el mismo baporsito, encontrándome con que se había corrido la noticia de que me habían puesto preso con un par de grillos en un calabozo.

Un mes más tarde fui vuelto a llamar al castillo y llevado directamente a la Comandancia, el Jefe de la fortaleza me entregó un pliego, en el cual se me nombraba Coronel Jefe del Cuerpo de Artillería de la fortaleza. Protesté mi estado de salud delicada, pero el general (Prato) E. Gómez me contestó lo siguiente:

El Gobierno de la República le dio a usted la educación militar que posee, hoi necesita sus servicios y usted no puede negarse a prestarlos sino que debe estar agradecido de que sean utilizados. No me dio permiso para regresar a buscar a mi mujer sino que me ordenó le escribiera que se alistara y que al estarlo le avisara para él mandar el vaporcito por ella.

Así casi recluido viví hasta principios del año 1910, en que por enfermedad se me concedió permiso para curarme en Maracaibo, tan pronto estuve bueno telegrafié al Ministro de la Guerra renunciando al puesto debido a mi estado de salud. No se me aceptó la renuncia, pero se me concedió un permiso indefinido para permanecer en Maracaibo quedando siempre listo a atender cualquier llamamiento del Jefe de la fortaleza; quedé pues empleado pero sin recibir sueldo alguno ya que el Jefe del castillo se negó a pagármelo mientras estuviera ausente, entonces resolví irme a Caracas, pasando escondido por el Castillo en la bodega de la goleta Carmen Josefa cuyo capitán era amigo mío, personalmente le pedí al general Olivares que me cambiara para otra parte, quien me ofreció ocuparse de mi asunto. Pocos días más tarde fui informado por el Director de Guerra, la imposibilidad de darme otro destino ya que yo estaba figurando como Jefe de la Artillería del castillo y que el Jefe de la fortaleza no quería que yo fuera reemplazado, sino que se me ordenara ir a ocupar mi puesto. Me negué rotundamente a ello i no volví al Ministerio de Guerra.

Estando en estas condiciones salieron nombrados en abril de 1910 los Presidentes de Estado y mi tío el doctor Carlos Rangel Garbiras me dio una carta para el general Gumercindo Méndez, nombrado Presidente del Zulia, recomendándome. Fui a Valencia donde se encontraba el general Méndez i me vine con él para el Zulia. Al encargarse de la Presidencia me nombró Jefe Civil de Isla de Toas, cargo sin ninguna importancia y que tenía un sueldo irrisorio pero que a mi me agradaba dispuesto como estaba a dedicarme al trabajo y reorganizar mi enpresa de pesquería. Viví de lo más tranquilo rodeado de mi familia, hasta

la noche del 6 de octubre de 1910, en que el presidio y el Batallón acantonado en la Fortaleza se le sublevaron al general «Eustoquio Gómez», a la una de la madrugada del día 7 mandé, vía El Mojan, un telegrama al general Méndez participándole lo que a mi juicio estaba sucediendo en el castillo. Este lo participó a Caracas retrasmitiendo mi telegrama para él; a las 5 a.m. recibí un telegrama del general J. V. Gómez ordenándome acercarme a la fortaleza y darle cuenta exacta de lo que estaba sucediendo. Al efecto yo había reunido unos treinta y cinco hombres en espera de los acontecimientos; al frente de éstos me embarqué en dos canoas con destino a San Carlos, mandé dos hombres que se subieran a los mangles más altos en las proximidades del castillo para ver lo que estaba sucediendo, mientras tanto el resto esperábamos en el caño cercano al Castillo, éstos me informaron que ya casi toda la gente había abandonado el castillo, que se veía a lo largo de la playa un cordón infinito de hombres, resolví acercarme al castillo, el cual ocupé a las nueve y diez minutos de la mañana del 7 de octubre, izé la bandera nacional, recogí los heridos y los mandé junto con los partes correspondientes al Presidente del Estado con la única excepción del coronel Manuel Gámez, cuyo estado hacía imposible embarcarlo para Maracaibo, y a quien mandé a mi propia casa de familia en Isla de Toas con recomendación de ponerlo inmediatamente en manos del doctor Gustavo Flores, médico de la Isla y hombre filantrópico y bondadoso como he conocido pocos en mi vida. Este médico le salvó la vida. Procedí entonces a mandar comisiones a los manglares para recoger a los que habían encontrado su salvación en aquellos pantanos, encontraron a Isaías Nieto que con el nombre de Paulino era Jefe del Batallón, al coronel Evaristo Gómez y otros más. Al siguiente día recibí órdenes de permaner al frente de la fortaleza hasta la llegada del general León Jurado que organizaba fuerzas en Coro para venir a encargarse de la persecución de los prófugos. Me ocupé entre tanto de mandar a recoger las armas que en su fuga iban abandonando los presos a lo largo de la playa, le pagué a los pescadores isleños para que sacaran del canal frente al castillo los cierres i demás piezas de los cañones que habían sido tiradas al canal temerosos de ser atacados en su fuga, habiéndolas dejado por lo tanto completamente inutilizadas; durante dos días permanecieron aquellos hombres en el agua buceando y sus esfuerzos fueron coronados por el más franco éxito, ya que fueron encontradas en su totalidad, con la única excepción del percutor de la pieza Schneider siendo este por tanto el único gasto que tuvo la nación en la salvación de la artillería del castillo.

Llegado el general Jurado en un buque de guerra, con fuerzas suficientes, procedió inmediatamente a la persecución, uniéndosele el general Eustoquio Gómez que había recalado a El Mojan en una canoa

pescadora y quien desde allí me había ordenado mandar por él tan pronto como llegara el general Jurado. Me encargué de trasladar el parque por el caño Paijana en canoas de Isla de Toas y estas mismas canoas sirvieron para atrabezar dicho caño, las fuerzas del general Jurado. Uno de los pocos rezagados que aprenhendieron fue el general Borregales, imposibilitado de continuar caminando a causa de hinchazón en los pies que tenía como dos bancos y debilidad en las piernas causada por el peso enorme de los grillos. El general E. Gómez quiso ultimarlo con su revólver, a lo que se opuso el general Jurado increpando duramente al general Gómez y manifestándole que él no había venido a asesinar rendidos.

De regreso a San Carlos el general Jurado organizó la fortaleza en la forma siguiente: Comandante en Jefe general Gabriel A. Laclé, Ayudante de órdenes coronel Adan Hermoso Tellería, Jefe del Batallón coronel Julio Faría y Jefe de la Artillería coronel Marco Tulio Cano, o sea el que esto escribe.

Poco tiempo después de esta organización, hizo el Gobierno nacional otra, nombrando Comandante en Jefe de la fortaleza al general J. M. Colmenares Pacheco, Jefe del Batallón general Manuel M. Molina, Jefe de la Artillería al coronel Gil Lecuna y relegándome a mí al cargo de Segundo Jefe de la Batería Schneider. Renuncié inmediatamente en telegrama dirigido al Ministro de Guerra, no obtuve respuesta, entonces lo hice por correo irrevocablemente pidiendo al mismo tiempo mi retiro del ejército por no poder sufrir lo que conceptuaba un vejamen después de haber prestado importantes servicios, fui llamado a la Comandancia en donde el Jefe de la fortaleza con mucha cultura y dándome la razón, me aconsejó obedecer las órdenes del Gobierno, so pena de sufrir un encarcelamiento. Esto, que efectivamente fue una amenaza hecha en cumplimiento de órdenes superiores, deprimió mi ánimo de una manera terrible, era una práctica de Gómez esta clase de actos para vejar a los hombres, como pude ver después Presidentes de Estado y Ministros ocupando puestos secundarios, buscones de todos los tiempos que no se conforman a estar sin un puesto aunque tengan que sacrificar su dignidad personal. Me enfermé y como no había un hospital en la fortaleza y estuve grave fui mandado al Hospital Militar de Caracas en donde fui curado i muy bien atendido por los doctores Elías Rodríguez y Adolfo Bueno directores de dicho hospital. Dado de alta fui llamado a la Inspectoría General del Ejérsito y recibido por el general Feliz Galavis. Le manifesté lo ingrato que era para mí continuar sirviendo aquel puesto y le supliqué que aceptara mi renuncia o me diera un puesto en otra parte, me contestó que él me había llamado para notificarme que debía volver cuanto antes a ocupar mi puesto, pero que en vista de mis razones él se comprometía

a cambiarme una vez que hubieran pasado las fiestas Centenarias, debiendo salir a ocupar mi puesto en la primera ocasión, que él me daría un permiso autorizándome para regresar a Caracas después del 5 de julio de 1911. Estábamos a mediados de junio, de manera que sola pasaría en San Carlos unos veinte días, así fue que acepté y regresé al castillo de donde había salido con el firme propósito de no volver más. Encontré que habían cambiado al general Colmenares Pacheco, nombrando en su lugar al taliano Luis de Pascuali quien tenía como ayudante a un colombiano llamado José del Carmen Uribe, con el grado de general. El 26 de Junio se suscitó un grave incidente entre este Uribe y yo, debido a imprudencia mía o a malevolencia del coronel Gil Lecuna, quien me pidió refiriera un episodio que debía enfurecer a Uribe. Este hombre nefasto convivía en Caracas con tres íntimos amigos y compañeros, los señores Jara, Estrada y Gafaro, compartían cuanto conseguían pues estaban en la miseria sin que hubieran podido obtener una colocación, no obstante el parentesco de Jara con F. A. Colmenares Pacheco, Gobernador del Distrito Federal. Era la época de las persecuciones y denuncias. Un día este hombre infame resolvió conseguir puesto a costa de sus propios compañeros y amigos; fue a la Gobernación y denunció que tenían un plan para matar al general J. V Gómez, que lo habían convidado a él a formar parte de dicho plan y que como no había aceptado quisieron matarlo y que entonces él les había pedido un día para pensarlo y había venido directamente a poner el hecho en conocimiento de las autoridades, por no ser él asesino y por ser amigo de Gómez. Reducidos a prisión fueron mandados casi inmediatamente al Castillo de San Carlos comandado por Eustoquio Gómez, quien empezó a martirizarlos desde el mismo día de su llegada al castillo, para hacerles confesar los cómplices de un plan que no existía y del cual solo tubieron conocimiento cuando empezaron a martirizarlos en forma tan inhumana que se resiste uno a creer que haya hombres peores que las hienas. Convencido Eustoquio de que no lograría hacer hablar a aquellos tres hombres que no contestaban a sus preguntas sino con el grito de que eran inocentes, les mandó dar 500 látigos a cada uno con intermedios de tres días entre una i otra pela a razón de 100 látigos cada vez. Jara y Estrada no resistieron el martirio y murieron el uno en la tercera pela y el otro en la cuarta bajo el látigo de los verdugos. El día 7 de octubre de 1910, al ocupar yo la fortaleza encontré al llamado Gafaro en una camilla bajo un kiosko que había frente a la casa de E. Gómez. Al verme me hizo señas de que me acercara, cosa bastante dura a causa de la fetidez que despedía aquel infeliz; no obstante lo hice, le dije quién era yo, entonces me pidió que le levantara la cobija que lo cubría para que le viera las carnes maceradas y en estado de putre-

facción, de debajo del cuerpo salían gusanos enormes, con un valor admirable me refirió cuanto acabo de contar, pero sin haberme dicho el nombre del denunciante. Después de la última pela lo habían abandonado en un calabozo a donde solamente se asomaban para cerciorarse de si ya había muerto, no obstante le dejaban a su alcance un pan y un poco de agua, de pronto se incorporó y me dijo: coronel Cano, ya voi a morir, pero le suplico que le haga saber a mi mujer y a mis hijos que soi inocente del crimen que se imputa, que todo fue la obra de un traidor, parece que este esfuerzo lo agotó pues inmediatamente se dejó caer de la camilla y murió sin siquiera darme tiempo a dirigirle la palabra. Yo ni siquiera me imaginaba que aquel general Uribe fuera el traidor i fue en su presencia que yo referí, conforme dije antes, por sugestión de Gil Lecuna, este mismo episodio a un grupo de oficiales, éste se dio por aludido y estuvimos de revólver en mano, pero la intervención de los compañeros evitó el lance, de Pascuali fue informado por Uribe de que yo le había faltado al respeto y trató de llamarme la atención, entonces yo le mostré el permiso que yo tenía para irme a Caracas y le pedí su venia para irme a Maracaibo a esperar allí el 5 de julio. Me dijo que si quería podía irme pero que él no me evitaba pero tampoco me autorizaba. Me fui a Maracaibo. Tres días después de mi llegada a Maracaibo, dijo el Gobierno haber descubierto un plan revolucionario al general J. A. Bello que a la sazón vivía entregado a las faenas del trabajo en su hacienda de Bobures. Salió el batallón a hacerlo preso, lo encontraron durmiendo tranquilamente en su casa de la Hacienda; al tener conocimiento en San Carlos de este acontecimiento lo aprovechó Uribe y de Pascuali para participar mi ida a Maracaibo, al Gobierno de Caracas, agregando que como yo había sido oficial del general Bello era lo más probable que estuviera comprometido en dicho plan. El día 29 recibí orden de pasar inmediatamente al castillo a recibir órdenes, lo hice el día 30 de junio, al llegar fui reducido a prisión, conducido a un calabozo y engrillado e incomunicado. En estas condiciones se presentó Uribe al calabozo y sacando el revólver traté de asesinarme, lo desarmó el teniente coronel De Lima y el general Domingo Cedeño, después supe que quiso obligar a de Pascuali a fusilarme, éste se opuso, tubieron un altercado y quiso matar a de Pascuali, quien lo desarmó, hizo preso y mandó encerrar en un calabozo de donde lo mandó sacar el general J. V. Gómez con orden de remitirlo a Caracas en un buque de guerra, quien al llegar lo nombró jefe de uno de los batallones acantonados en el Tachira, dos años más tarde traicionaba a Gómez. Se le descubrió que estaba comprometido en un plan revolucionario del general Peñaloza a pasarse con el batallón que mandaba, sin embargo logró huir a Colombia aquel miserable.

Una vez preso empezaron las averiguaciones y torturas, un día, después de un martirio fue de Pascuali personalmente a mi calabozo y me dijo que firmara una declaración que me traía escrita y que no se metería más conmigo, que debido a esa declaración mi asunto sería llevado a un Consejo de guerra y que entonces yo podría defenderme. La leí, aquella declaración no me perjudicaba sino a mí pues declaraba bajo juramento que yo hacía tiempo venía trabajando por el regreso del general Cipriano Castro al poder. La firmé, constaba de dos pliegos, el primero completamente escrito y en el segundo un pequeño párrafo y mi firma. Seis meses después fui conducido a Maracaibo sin haber vuelto a ser molestado ni preguntado, en la cárcel de esa ciudad supe que habían varios presos que iban a ser juzgados por un Concejo de guerra junto conmigo, así como también el general Bello, y el general Luis Felipe Nava a quien no conocía como tampoco conocía el resto de los procesados con excepción de Bello y Troconis, un cuñado mío que también había sido hecho prisionero por tener una sociedad comercial con el general Bello. Es de figurarse mi asombro cuando nos llevaron a la casa de Gobierno a leernos el expediente y mi declaración resultó con cuatro pliegos, con preguntas y respuestas que nadie me había hecho ni yo había soñado en contestar. También oí la declaración de un cabo y un soldado pertenecientes al batallón de Maracaibo a quienes no conocía ni había visto antes en mi vida, quienes me acusaban de haberles propuesto un alzamiento en el cuartel de Maracaibo, en nombre del general Bello y del General Castro, me paré y le pedí al doctor Santiago Fontiveros, Presidente del Concejo de guerra que le preguntara a aquellos dos individuos quién era el coronel Cano y si se atrevían a jurar haberlo visto antes, entonces el soldado Manuel Rincón se paró y manifestó en alta voz que él y el cabo Montaña estaban arrestados en el calabozo del cuartel por haberse negado a recibir el rancho que les daba José María Romero, jefe del batallón, que éste los había llamado i les había propuesto que firmaran aquella declaración y que él les perdonaba la falta cometida que de lo contrario los mandaría a castigar con doscientos palos a cada uno, en cambio firmando él les prometía en su nombre y en el del comandante de armas hacerlos salir en libertad y obtenerles una buena colocación en el Cuerpo de Policía. El cabo se negó, los condujeron de nuevo al calabozo e inmediatamente le pusieron un cepo y empezaron a castigarlo no sin antes advertirles que al resolverse a firmar se suspendería el castigo. El cabo aguantó poco y resolvió firmar la declaración, visto lo cual por el soldado Rincón firmó también reservándose el derecho de denunciar los hechos como efectivamente lo hacía poniéndose bajo la protección del Concejo de guerra y que si querían cerciorarse hisieran desnudar a su compañero para

que le vieran las marcas aún frescas del castigo recibido. Supimos después que Romero había dicho que eso lo había hecho el soldado Maracucho aleccionado por sus enemigos y que había pedido al cabo i al soldado para castigarlos como se merecían, pero que el Auditor de guerra doctor Narciso Albarenga García se negó a entregarlos, sin embargo, después del juicio y una vez ido el Auditor siempre los pelaron antes de embarcarlos para San Carlos. El cabo Montaña murió del inicuo castigo que le infligieron. Tampoco conocía yo a un capitán Sarmiento que apareció en el mismo juicio.

Debo advertir que todo este aparatoso juicio se debió a la negativa del general Bello de venderle al general Gómez la hacienda denominada El Banco que poseía y de la cual se había enamorado Gómez. Me consta que el doctor Troconis Baptista, Secretario del general J. M. García y a quien nos habían obligado a nombrar abogado, por ser esa la manera de salir en libertad, le propuso al general Bello que conviniera en vender dicha hacienda y que el general García inmediatamente nos pondría a todos en libertad rompiendo el expediente. Bello se negó airado, mas siempre lo obligaron a vendérsela a Gómez estando en el castillo de Puerto Cabello. Esa hacienda la convirtieron en lo que hoi se llama «Central Venezuela». El general Bello sólo era propietario de la mitad cuya venta era lo que deseaban obtener de él pues ya el otro dueño de la otra mitad había vendido su parte por lo que quisieron darle, amedrentado por las amenazas de prisión que le hicieron, era un señor de apellido Meléndes. Bello vendió a buen precio, pero pagó con su vida su rebeldía, puesto que no obstante haberle ofrecido ponerlo en libertad al efectuar la venta, no lo cumplieron.

Todos fuimos condenados por aquel Consejo de guerra cuya misión no era hacer justicia sino condenar. A mí me condenaron a cuatro años ocho meses de prisión, el expediente fue a la Corte Federal y de Casación, no por apelación de ninguno de nosotros sino debido a un trámite legal. La Corte anuló la sentencia reponiendo el juicio. El general Gómez creyó con razón que una nueva sentencia sería absolutoria y mandó paralizar dicho juicio diciendo que si la ley no tenía poder para castigarnos él lo haría y desde aquel instante quedamos detenidos arbitrariamente por orden del Presidente de la República general Juan Vicente Gómez, en la memoria de guerra ni siquiera se le dio cuenta al Congreso de dicho juicio, ni siquiera aparece en dicha Memoria el nombramiento de Auditor de Guerra, ni las idas i venidas de los vapores de guerra, únicamente se encuentra el nombramiento del que fue a ocupar mi puesto como si yo hubiera muerto. Ni súplicas ni ruegos de mi familia conmovieron a aquel hombre a concederme la libertad, tenía diez años preso cuando murió mi es-

posa dejando en la mayor horfandad a nuestra única hijita, mi madre ya anciana le suplicó que me diera la libertad y le contestó que el lugar para llorar era el valle. Tampoco valieron gestiones de personas influyentes como las del general Caracciolo Parra Picón, a éste le ofreció Gómez soltarme cuando regresara del un viaje que iba a hacer a Europa Al regreso le recordó su ofrecimiento y Gómez le contestó que no le hablara más sobre ese particular porque yo era un hombre peligroso y por eso él no me ponía en libertad, igual contestación le dio al Monseñor Rincón, arzobispo de Caracas y Venezuela.

Cuando el doctor Baptista Galindo obtuvo la venia del tirano para soltar los presos políticos tachó mi nombre de la lista; al rededor de cien compañeros fueron puestos en libertad, quedando únicamente presos el general Fernando Márquez, el coronel Américo Burelli y yo. Entonces el doctor Baptista Galindo le hizo ver que él me conocía a mí y mi familia, que yo nada tenía de peligroso y que además sabía que estaba mui enfermo. Fue entonces que dio orden de ponerme en libertad pero condenándome a vivir confinado en el Estado Mérida, sin poder moverme de allí sin previo permiso del Presidente del Estado. Salí en libertad el día 25 de julio de 1925, a los catorce años y 26 días de haber sido reducido a prisión. Prisión injusta que no sólo acabó con mi salud robándome los mejores años de mi vida sino que arruinó mi carrera y echó por tierra mis ilusiones para el porvenir, mató a mi esposa condenándola a una vida de miseria y privaciones, que Dios lo perdone porque yo no lo perdono ni aquí ni en la otra vida.

PISO 50

Moncho se monta encima de la muchacha platinada y cumple mientras ella se contempla en el espejo del techo las uñas de los pies pintadas de plateado y entonces Moncho por el esfuerzo se recuesta un momento y se duerme: desde la puerta del pardillo le bisbisean: abre tirando del pomo de cristal tallado y alcanza a ver a una grotesca estampi de nalgas de dirigentes sindicales que corren por el pasillo alfombrado jugando al escondite. Buscando sus pantalones, que se le han perdido, Moncho baja hasta el bar de caoba y lo encuentra todo cubierto de racimos de plátano. Entra en el cuarto rosado para reclamarle a Madame Arlette, pero allí sólo hay catres donde roncan niños de damnificados que esperan el traslado para salvarse del hambre. Moncho mete la mano en un armario Pompadour donde huele a mujer, y sólo palpa la pierna peluda de Toco Mendoza, de la Dirección Nacional Sindical, quien además le dice: ándate a joder a tu madre. Baja al patio, sintiendo un creciente frío nocturno en las bolas, y ve a lo lejos la silueta de Álvaro Luque que lo reconoce. Vagamente se saludan en la tiniebla. Álvaro Luque sonríe y comienza a caminar hacia él. Entonces Moncho recuerda que Álvaro Luque está muerto, y se despierta en la cama entre muselinas rosadas, mientras en el baño inmediato se escucha el ruido del bidé.

LA LUNA EN SAN MIGUEL

En San Miguel nos deshacemos de nuestras manías vendiéndoselas al bobo del pueblo para que las luzca en las noches de luna.

A veces el bobo amanece en nuestras camas en lugar de nosotros, y nos recordamos por siempre bajo la luna practicando las más absurdas manías en terrenos desiertos, entre esqueletos de cabras y grandes ejércitos de bachacos que giran enfurecidos.

PISO 14

Choferes que se pasan el antebrazo por la frente para quitarse el sudor cholean autobuses que tiemblan y pistonean estacionados sobre los baches que dejan flotar polvo mientras mujeres que lloran y moquean entregan niños que patalean y chillan a mujeres que reparten leche y galletas mientras colocan a los niños en asientos que rechinan y hieden dentro de autobuses que pistonean y arrancan conducidos por choferes que se limpian el sudor de la frente con el antebrazo cruzando por los baches que dejan escapar polvaredas a medida que camionetas que pistonean y tiemblan conducidas por choferes que se secan el sudor de la frente con el antebrazo reciben niños que patalean y chillan llevados de las manos por mujeres que moquean y lloran y son cuidados por mujeres que reparten leche y galletas y los colocan en bateas que trepidan y calientan a medida que choferes que se quitan el sudor de la frente con el antebrazo arrancan autobuses que pistonean y se encabritan venciendo baches que avientan tierreros sobre mujeres que moquean y lloran diciendo adiós a

autobuses y camionetas que pistonean y tiemblan dejando atrás el letrero escrito en un trapo

SoliDAriDAd coN la HuelGa
AQi se reciBeN los HijoS
de los HuelGistas Qe sEran
CuiDAdos por FAmiliAS de CaRAcas AmiGas
deL OBrero
ViVA la HuelGa

EL COMPADRE

Autorizo la salida del sol, y permito a la vaca Azucena parir un becerro con una estrella en la frente.

Mando repartir nombramientos y ayudas entre los adulantes que me saludan agitando sus sombreros desde lejos, al pie del apamate.

Ordeno que me lean la lista de las delaciones, en donde mis hijos, mi hermano y mi primo se acusan mutuamente de planes para asesinarme.

Autorizo al arzobispo a que venga a entregarme el escapulario bendito por el papa y la poción de pomarrosas para mi vejiga.

Mando al Consejo de Ministros que otorgue a mi compañía la concesión petrolera que necesita para revendérsela a los ingleses.

Ordeno al señor Amadeo que me venda sus hatos para completar el negocio del monopolio de la carne.

Autorizo al escritor Macedonio Catalán a que me entregue los regalos que trae de Europa, mientras vigilo la anidada de las cluecas, la tusa de los gallos de pelea, la capada de los cochinos.

Mando a la comisión de las compañías de los gringos que redacte las leyes del país sobre la materia de minas y de petróleo.

Ordeno a Eloy que cuelgue de las bolas a los oficiales que no quieren delatar a los conjurados.

Autorizo que suelten a los estudiantes que protestaron, vista la carta de su dirigente donde dice que el festejo no tenía carácter político, que las manifestaciones carnavalescas no iban contra el gobierno.

Mando que entreguen unas casas a las últimas queridas que me han parido muchachos.

Ordeno al General Apolonio Iturbe que salga a combatir a los malos hijos de la patria que han invadido en un vapor fletado, y dispongo que no le envíen el parque ofrecido hasta que no haya muerto en combate.

Autorizo otra recluta de voluntarios para que los manden amarrados a trabajar en mis hatos.

Mando los sueldos y las raciones del engorde de los mautes, de los espías, de los generales, de los mulos, de los embajadores, de los bueyes, de los senadores, de los perros de cacería, de los sabios.

Ordeno que la ceniza del tabaco y la esperma de la vela y la clara de huevo en la botella me traigan los presagios de la vida eterna, del poder irresistible, de la riqueza incontable.

Después de la cena, autorizo la lluvia.

Desde la ventana contemplo los luceros y ordeno la caída de los que no me gustan.

Permito la noche sin sueños por la hinchazón de la vejiga y la tirria de este país de muérganos en donde todos me obedecen por interés o por miedo.

Ordeno que amanezca y que los carros de la comitiva se dirijan a la hacienda donde se retiró el compadre Celestino Núñez Luque, mi lugarteniente que decidió a puro machete la primera batalla cuando tiramos la invasión por los páramos.

Bajo la acacia sin hojas el Celestino me dice que no me visitaba hace veinte años, de coraje de que vayan a pensar que es por pedir algo.

En el gallinero lleno de aves muertas de moquillo el Celestino se justifica que yo haya tumbado al Invicto Siempre Vencedor Jamás Vencido, de la rabia de que me hubiera hecho capar un gato de la Primera Dama cuando Celestino no lo quiso hacer y prefirió venir a pudrirse en su hacienda.

En la mesa rota bajo el comedor con el techo caído, Celestino no deja que Eloy pruebe la pizca y el mojo, diciéndome: Vusté sabe que yo solo mato de frente.

En los campos abandonados por la crisis del café, le ofrezco un Ministerio y él me ofrece un cargo de mayordomo.

En los chinchorros de la galería arruinada nos estamos horas sin decir nada mirando las iguanas que pasan por los corredores abandonados y los gatos que olisquean las sobras, y sé que he encontrado al único hombre del país que no puedo asustar ni comprar.

Ordeno que la luna tarde varios años en salir para retardar el maullido de los gatos y para sentir que dura bastante este momento de tener cerca un igual: un amigo.

Dispongo que caiga la oscuridad y al irme a acostar: Mando: Eloy, antes de que amanezca, me afusila al compadre.

PISO 15

Bajo el sol avanza la camioneta picó entre el tierrero al volante el tuerto Pablo a su lado Moncho atrás en la batea bajo una lona Zoraida y una veintena de niños: llorosos cagosos hambrosos meones. Sobre un colchón viejo rebotan

a cada bache. Tintinean las cantinas del agua y de la leche. Comienzan a respirar pesado por el calor

Mirá Zoraida aprovechá que tenemos que cambiar esta tripa, bajalos para que hagan sus cositas ahí entre los mogoticos y cuidado no los piquen los bachacos Tuerto ahora estás de niñera le gritan desde un chuto que pasa, de niñera tu abuela, mirá Moncho, colocá el gato mientras busco unas piedras no se nos ruede la picó, ahora vamos mejor, atrasados pero sin tierrero, mirá, Zoraida, dales la teta que no lloren tanto, ¿la teta de mi abuela? Esta Zoraida, Zoraida te llamás, ¿no? mirá Zoraida, no digáis groserías que aquí está el Moncho que es un muchacho decente él, ya se cayeron los palos de la lona, mirá, Zoraida, o les dais un getazo o los calláis porque yo me vuelvo loco, que no le caguen la picó al Sindicato, cuidado Moncho que todavía metéis mal la velocidá, mirá que se enneutra, mirá que esta picó tiene la enneutradera, mirá Zoraida, pasate palante con los más chiquitos, tocalos a ver si no tienen fiebre, verga, las bujías están echando vaina, qué molleja, casi le doy con la rueda al cachicamo, bueno para un sancocho, mirá pitoquito dejá la musiquita en el techo que no lleváis el compás, no gastéis el agua lavándole el culito Zoraida que después no vamos a tener, no le limpies con periódico que después el culo le aprende a leer, y ese otro lo que tiene es sueño, y vos por qué te meáis en los calzones, no tengáis pena, enseñá la potoquita que así conseguís chinas y este lo que tiene es fogajito, tomá, atendelo, y vos por qué le pegáis al otro, mirá, Zoraida, atendelo, que estáis como una mosca muerta nomás peinándote para que te vea el Moncho, y éste qué quiere, más leche, después se la damos, y éste por qué chilla, porque le salen los dientes, qué leche ni qué leche, guarapo es lo que toman estos carajitos, andá, limpiale la boca al hijo de la gran jaiba este que ahora está con buchitos, limpiásela con la estopa, Moncho, y vos por qué gritáis, primo, me tenéis miedo, no habéis visto nunca un tuerto, andá, pasate pa la batea que con esa chilladera me

vuelves loco, Zoraida, démele leche al capitán, y qué tiene que no sea la hora, táis fresca, muchacha, ni que indio comiera con reloj, mirá, carajito, no me pongáis motes, que no me canten a coro que me pita en los oídos como una pajarera, mirá Zoraida poneles carácter que jodedorcitos se van a poner ahora que el sol nos pegue de frente en la carretera.

LA CARRETERA

Queridísimos padres:

Llegado al sitio de los trabajos para la carretera, he abierto el arcón con las tablas de logaritmos y las medias tejidas por mi idolatrada novia Graciela. Ya han puesto a picar piedra a los presos del Ministerio de Relaciones Interiores. Anoche abrí el pomo con las quinientas perlas de quinina. La primera capa de la calzadas es de 0,15 metros de espesor, formada con piedras de 0,7 a 10 cmts de grueso. Están con fiebres la mitad de los presos de la Gobernación. Como Ingeniero Agrimensor he tenido que protestar ante el Coronel González de González por la falta de proyecto para los trabajos. Han muerto de picadas de culebra dos de los presos del Ministerio de Justicia. De noche los alacranes se me suben por el mosquitero. Como del rancho mejorado del Coronel y se me agotan los frascos de sal de fruta. La cobija impermeable me ha servido para inspeccionar el derrumbe que sepultó a los presos de la Prefectura. Fracasé tratando de aplicar los consejos de la Guía Médica de Chernovis a tres presos del Presidente que finaron de calenturas. He soñado que llovía piedra picada. Las botas para el agua las perdí en un tremedal sacando a dos presos del Ministerio de

la Guerra. Día y noche discuto con el Coronel González sobre los problemas del peralte y de la pendiente excesiva de la vía. Las tres linternas me las decomisó anoche el segundo Oficial encargado, que salió a perseguir cuatro fugados y los mató a palos en la cuneta. No me quito el sombrero de terciopelo que me da la ilusión del calor contra el frío de las calenturas. La sábana con las iniciales la regalé para mortaja de Colmenares, el preso del Ministerio de Justicia que con sus cantares distraía mis penas. Sueño todas las noches que llegamos a un pueblo donde me veo morir en un chinchorro cubierto con un mosquitero, redactando una carta en papel cuadriculado. La insolación ha reventado los diez presos del Presidente del Congreso. No me hablo con el Coronel González desde que descubrí que no declara los muertos para seguir cobrando las raciones. He soñado que llegamos a un pueblo que ha quedado desierto porque los cabos han llevado a todos los hombres a morir en la carretera que va hacia ese pueblo. Las bajas de calentura se mueren sobre los picos y los sargentos siguen dándoles palos. Desde hace tiempo cavamos bajo tierra. Profundo. He encontrado enterrados mis viejos compases, el trompo que gané en el colegio y una medallita que tenía en su pecho mi niñera. Más abajo, sólo hay sombra, para siempre. Ya el sol no nos molesta.

PISO 16

Mirá, Moncho, ya aquí comienza la cansadera, Moncho, uno habla como loco por la cansadera, como loco habla uno cuando tiene un flete y maneja solo, hasta a las moscas les habla porque si no lo jode el camino y uno sigue manejando dormido, cogé el volante, Moncho, cuidado que sigue con

la enneutradora, decíle a Zoraida que vuelva a pasar para adelante a los chiquitos, esto es como cargar pollitos, que del calor se mueren, ah boca de sapo, maldita mi lengua y mi madre y mi abuela, pasame la estopa para secarme el sudor, Moncho cuidado picó, no vayáis a echar vaina

A la tarde varados en el cardonal, esperaban a que el Tuerto Pablo regresara de algún sitio, con el respuesto de la caja de cambios accidentada. Zoraida contaba cuentos y daba cogotazos y cantaba Doñana y repartía la leche. Sólo cuando se durmieron todos Zoraida se permitió llorar pero Moncho la convenció de que se subiera la falda en la cabina de la picó donde dormían las moscas y el tierrero en el vidrio no dejaba ver el polvo del Camino de Santiago y a la mañana el sol comenzó a subir y Zoraida amarró bien los guarales que sostenían la lona

de un sitio a otro pasó la sombra de la picó y Zoraida ya no lloró más sino que disponía todo muy seria y Moncho pateó la picó y le mentó el recontracoño de la madre a la picó y dio vueltas por el peladero sin perder de vista a la picó

y todavía otra noche que ya Zoraida no quiso subirse la falda y al día siguiente el sol como un puñetazo le desfondó la frente a Moncho y las moscas caminaban por los hilos de su sudor y el sol ascendía por los cielos como la polea de una grúa y los niños lloraban y Moncho le daba puñetazos a la tapa del motor de la picó, caliente como una sartén

PISO 17

A lo lejos comienza a formarse una nube de polvo: la ve primero Zoraida, la ven los niños, que empiezan a saludar, la ve Moncho, que se entretenía bajo la camioneta examinando los engranajes de la caja de velocidades. Moncho sale a la carrera, a hacer señales: de la nube de polvo sale la trompa de hierro de un camión, y el vidrio entierrado de la cabina, y la insignia de la Compañía, y en la batea, una veintena de soldaditos, caras de mareo, sombreros de cogollo, máuseres en la espalda, cartucheras repletas. Moncho apenas tiene tiempo de saltar del camino. El camión sigue sin frenar, y desaparece en una nube de polvo. Un soldadito de mirada triste insinúa un saludo. Su mano agitada lentamente es lo último que se distingue en la cortina de la tierra rojiza.

EL DÍA 41

El día 41 de la huelga se sumaron a ella los trabajadores de los campos de Oriente, y los perforadores de México, y los encuelladores de Texas, Ohío y Arkansas, y los ensambladores de la General Motors, y los petroleros de Persia y del Irak, y, finalmente, los obreros de las compañías que operaban en Rumanía y en Birmania. En el Norte, los acontecimientos comenzaron a acumularse lenta e irremisiblemente como la nieve que caía sobre los automóviles paralizados en las calles de Manhattan. Falló el suministro de corriente de las centrales térmicas y esa mañana no pudo ser ejecutado en la silla eléctrica un joven pálido que había matado al capataz que lo despidió. En una granja de Iowa un anciano de lentes de metal pereció tratando de destrozar con un tridente la ma-

dera de una granja de ventanas ojivales, para hacer leña conque calentar a una anciana de ojos de color de agua que moría junto a la estufa de petróleo helada. Los hokies harapientos comenzaron a escapar como piojos de los trenes detenidos en medio de la nevada. No hubo pintura para terminar los letreros de NO MEN WANTED y de THERE'S NO WAY LIKE THE AMERICAN WAY, que recibían el aguanieve en los suburbios desolados y en los campamentos donde quedaron paralizadas las grúas de la Autoridad del Valle de Tennessee. Una melancólica ceremonia de toma de posesión presidencial debió ser interrumpida para adoptar las disposiciones para detener el saqueo de las llanuras del Sur, en donde apenas comenzaba a brotar el duro trigo de invierno. En Georgia se suspendieron los linchamientos. La calefacción faltó en la choza del recogedor de algodón que desfallecía en California y en la del magnate. En Inglaterra se agotó el metacrilato y quedaron sin concluir los domos de pérpex de los aviones de combate y los revestimientos de politeno de los equipos de detección a distancia. Por todas partes parpadearon y se extinguieron las borrosas imágenes que comenzaban a brotar en los tubos catódicos. En España no pudieron levantar el vuelo los JU-52 de la Legión Cóndor, y el fallo de los camiones de suministro dejó inmovilizadas tres columnas de los Corpo Truppe Volontarie que se dirigían hacia Málaga. En el Ruhr, quedaron inmóviles las refinerías productoras de trinitrotolueno, y la luz parpadeó en los inmensos despachos de mármol de la Cancillería, en la cual, sobre un escritorio, se secaba la tinta en el borrador del discurso de retiro de Alemania del tratado de Versalles. En los hangares de la Junkers, Ernst Udet maldijo y arrojó al suelo un atado de planos frente al esqueleto a medio terminar de un aeroplano de picado que parecía un ave de rapiña. En las pantallas de los cines se desvanecieron como fantasmas las imágenes de Lutz Long filmadas por Leni Riefenstahl para el documental sobre las Olimpíadas de Berlín. Y en Nanking las tropas enviadas por el príncipe Konoye suspendieron las atrocidades para dedicarse a una desesperada pesquisa de kerosén. Las grandes

flotas del Pacífico regresaron a puerto al sentir que se agotaba el matzut de sus calderas. Sobre las olas heladas quedaron a la deriva los submarinos esperando citas con barcos de aprovisionamiento que nunca llegaron a presentarse. Las luces de los rascalielos se extinguieron. Los gerentes en sus despachos vieron morir, primero, los anuncios luminosos, luego el teléfono, luego el telégrafo que traía el desorden de las cotizaciones. En las calles guardaban el orden policías montados en ateridos caballos cuyas remolachas se pudrían en las cavas de los trenes frigoríficos detenidos en las llanuras centrales arruinadas por las sequías y las tormentas de polvo. Las tropas federales enviadas contra los campamentos de desocupados empezaron una requisa que se fue transformando en saqueo. Las correteras quedaron abarrotadas de los automóviles en donde trataba de huir hacia el Sur la gran horda de gangsters, tenderos y caciques políticos. Álvaro Luque movió la cabeza en la hamaca. Las chinches bajaban por las cabuyeras y en la calle se oía un estruendo de camiones y un griterío. Álvaro Luque se puso los pantalones y los zapatos y una camiseta y corrió a la calle, tras la polvareda. Los camiones de la Compañía, cargados de soldaditos con alpargatas y sombreros de cogollo, tomaban las esquinas, los fusiles preparados. Uno de los soldaditos le clavó la mirada. Álvaro Luque se la sostuvo. Ambos se quedaron sin saber qué hacer. El soldadito se rascó la pantorrilla con la alpargata. Un cabo le dijo a Álvaro Luque, agitando un machete:

—Circulá.

—Pero qué pasa.

El cabo lo miró de reojo, con sorna.

—Circulá

Álvaro Luque quedó en la calle, frente al piquete de soldaditos que bostezaban y se restregaban los ojos y el cabo que le volvió a decir: circulá. Álvaro Luque sintió las manos tan vacías como el estómago y la cabeza y volvió la mirada hacia los otros camiones llenos de soldaditos, que pasaban dejando polvareda. Álvaro Luque circuló. Varias cuadras

más allá encontró otro piquete que bajaba de otro camión de la Compañía, y Álvaro Luque volvió a circular y circuló todavía cuadras más adelante, y recordó toda su vida que había sido circular y siguió circulando hasta que midió todo el alcance y la fuerza y el significado de la ocupación militar —circulá, le decían matraqueando el cerrojo de los máuseres, circulá, enseñándole la punta de un machete, y todavía con la punta de una bayoneta, circulá, y circuló de un piquete a otro hasta que los mismos piquetes después lo volvieron a circular y se alejó de ellos con ese paso del hombre que sabe que lo miran. Entonces supo que el gobierno había puesto toda su fuerza del lado de las compañías, circulá, y que cerraría el incidente concediendo algunas migajas, algún aumento. Máuseres y migajas, pensó Luque, qué atrasados están. Ya aprenderán a comprar de una vez a los dirigentes. Circulá, le dijeron en la esquina del botiquín clausurado, y frente a la bodega cerrada, y todavía más allá frente a los callejones de los ranchos de tablita y de plancha de zinc, y frente a los tambores de agua amarillenta, y frente a los montones de basura donde escarbaban perros tristes, y en la esquina de la carnicería, donde las moscas agobiaban los ganchos de hierro con pingajos, y en el embarcadero donde requisaban los alimentos que traían en solidaridad los piragüeros, y en la calle que daba al Sindicato, donde cacheban a todo el que pasaba: apuntándolo con el chopo: circulá: rastrillando la peinilla en la pared: Álvaro Luque se sintió en las mañanas miserables de su primera juventud de desterrado: se perdió en calles futuras donde soldados y policías le pedían los papeles: circulá: corrió por playas arenosas recibiendo golpes de peinilla: en pasillos de cuarteles: entre alambradas y rejas: circulá, Álvaro, circulá: por las calles llenas de basura donde alzaban el vuelo las moscas: circulá: hasta enfrentar ese dolor sólido como un puñetazo: la huelga estaba perdida y comenzaba la represión. Circulá, Álvaro, se dijo, sonriendo. Cerró los ojos, por la polvareda de los camiones.

Entonces recordó las estrellas en San Miguel.

PISO 18

Moncho se aleja de la picó porque se le antoja que aquello que se ve a lo lejos es un rancho, y camina hacia él bajo el sol que lo sofoca, perdiéndose del griterío de los niños, acelerando, corriendo ya en una sola arrancada por la tierra rojiza, cada vez más lejano el griterío y más fuerte el golpear del corazón, un golpear que se lo lleva por delante y lo hace correr y correr cada vez más rápido.

Más rápido.

Tropezando y cada vez más rápido hasta que sin aliento alza la boca a los cielos y estos bajan a ahogarlo en el momento en que comprende que no corre hacia el rancho, sino que huye de la camioneta.

LA ESTRELLA

De joven, una vez me metí en una barranca hacia donde había caído una estrella. Había descuajado las ramas de los más altos árboles y flotaba en el aire un olor a trueno. La estrella se fue disolviendo en las canciones que la habían formado, y a través de ellas conocí lo que nadie pudo conocer en el hondo y polvoriento abismo de los tiempos. Cada

canción dicha por la felicidad y cada canción dicha por la amargura renació y murió. Y yo, que debía también morir.

Deshice el camino canturreando.

PISO 19

Moncho se aleja de la picó bajo el solazo porque se le antoja que aquello que se ve a lo lejos es un rancho, y corre entre el yerbajo amarillento y los arbustos polvorientos y piensa qué decir si llega al rancho, decir, ó, una pizca de agua un maicito, ó, piensa qué decir si se lo niegan y el rancho parece cambiar de sitio, avanza entre Moncho ondas de calor y plateadas láminas de espejismos, soñando que perros que son esqueletos le ladran, y al fin, ah gente ó, llega al rancho y apoya su mano en uno de los palos y siente un bahareque seco como casabe, y vuelve a gritar ó, ah gente ó, que casi se derrumba al jamaquear el poste, ah gente ó, y el techo de palma que se ha caído y el esqueleto del bahareque de la pared de atrás que deja ver el montarazgal seco y reseco. Un pomo de quinina vacío y un pedazo de plato y un clavo herrumbrado y una batea de madera rajada y un trozo de vidrio es lo único que queda y en un rincón ¡ó! una efervescencia de moscas cubre la osamenta de un gato

Moncho da un puñetazo sobre la pared de bahareque que se desintegra y vuelve a golpear y siente que su mano araña un pedazo de papel descolorido donde aparece la imagen de una mano que surge de la tierra y araña las nubes

herida en la palma, rodeada de ángeles y santos, dueña del esplendoroso poder de los poderes: la rajadura de la herida palpitando ante la em-

bestida espumosa de la nube, rodeada de lanzas, martillos y clavos que la asedian en una ruborosa pasión

Moncho le da un puñetazo a la estampa mientras inclina la cabeza y llora.

PISO 20

Etapas de una mano

1) Muñeca, palma, dorso, pulgar, índice, medio, anular, meñique.

2) Pequeña, el índice y el medio metidos dentro de la boca sin dientes, que chupa.

3) El índice dentro de la nariz, escarba.

4) Sostiene el borde cortante de las latas de agua que llena en el río y vende a centavo en el pueblo.

5) Cierra el meñique anular medio índice pulgar mientras la mamá le enseña:

Este encontró un huevito
Este lo frió
Este le puso sal
Este lo sirvió
Y el pícaro este se lo comió.

6) Se limpia.

7) En juegos de manos con los otros niños, les da guataco por las orejas, los toca en el gárgaro, las esconde y las muestra para el pare o none, quién te dio, quién no te dio, que la mano te cortó, y en cosquillitas sobre los sobacos se

defiende de cosquillitas que cosquillean cosquillosando las cosquillas.

8) A dos manos se lleva a la boca el plátano y se chupa el melado que acaramela las yemas de los dedos.

9) Desenreda del peine fino el piojo que está a punto de írsele de las manos.

10) Con los dedos, un dos tres cuatro cinco, cuenta los años de su edad, seis, siete, ocho, nueve, diez.

11) Con el meñique, hurga la cera del oído y provoca los grandes taponamientos de cauces ceruménicos, y tímpanos, y ruidos muy lejanos de vientos y de crecientes y de susurros y rezos.

12) En la escuela, engarabitada sobre la mano de papel, traza penosamente su nombre MoNChO

13) Cruzados pulgar e índice, sobre la frente hace cruces, y sobre la boca, y sobre la cara, y sobre el pecho, y el vientre.

14) Apuña el prepucio, desciende hasta la tensión, asciende hasta la distensión, desciende hasta la tensión.

15) Quemándose, deja escapar el chisperío del cohete que raya los cielos y explota sacudiendo las nubes en la fiesta parroquial en honor de San Miguel Arcángel.

16) Apuñada, amaga la nariz de Toñito, quien amenaza con la zurda y se cubre con la derecha pero al fin se cubre con la zurda y descarga la derecha.

17) Piquiñabasca, con los piquipicores de la picaripiquiña de la picarisarna.

18) Alza la mano contra la mamá, que le pega por haberse ido a pescar bagres al río en vez de vender las arepas por el pueblo.

19) Suelta el tirador de la china que deja salir la piedra que se estrella contra el ala del cristofué que cae golpeándose contra las ramas de la mata de guásima.

20 Se agarra para subir a la batea del camión que ha venido a recoger los muchachos del pueblo ofreciéndoles felicidad y pesetas.

21) Músculos interóseos dorsales, músculos interóseos palmares, grupo de músculos de la eminencia tenar: músculo aproximador, músculo flexor corto, músculo oponente, músculo separador corto del pulgar; grupo de músculos de la eminencia hipotenar: oponentes del meñique, flexor corto, aproximador, palmar subcutáneo y palmar cutáneo, que despliega la piel de la eminencia hipotenar.

22) Ase las púas de la alambrada para no caer en manos de los guachimanes.

23) Da la segunda mano de pintura a la H de Huelga sobre una banda de tela en el patio del Sindicato.

24) Estrecha mano de obra: mano machacada por un tubo, mano amputada del índice por un taladro, mano fracturada por una polea, mano con el pulgar seccionado por una sierra, mano quemada por un soplete.

25) Se alza con el índice extendido en el primer mitin mientras dice Y no puede ser Compa Ñeros

26) Mano sobre mano con los demás huelguistas.

27) Manotea al tiempo que dice Porque para eso estamos aquí Compa Ñeros.

28) Se corta los callos, se encuentran los dedos de la mano y del pie, se reconocen, se palpan, perplejos.

29) Golpea sobre la tarima de los oradores Porque la clase obrera Compa Ñeros.

30) Descarga de la piragua la mano de plátanos que el guajiro regala en solidaridad con la huelga.

31) Se rasura la barbilla, quita los restos de jabón, sostiene el trozo roto de espejo.

32) Entre sueños, espanta una mosca que desde entonces lo perseguirá como entre sueños.

33) Aprende a cambiar del neutro a primera, segunda tercera.

34) Con el dedo medio extendido, hace un signo místico al autobusero que está tratando de ganarle de mano pasándolo en la curva del camino de tierra.

35) Salta después de apoyarse en la tapa del radiador de la picó, que está que arde.

36) Mete mano a la teta de Zoraida, convenciéndola de que sí.

37) Emporcada en aceite, perdida en los piñones de la caja de velocidades, entre las grietas y viscosidades palpa, blandamente entrando en el misterio, rasca al fin el engranaje mayor, hendido.

38) Sueña que los dedos de la mano se independizan y reptan dejando hilos de sangre, hasta entrar en el cuerpo taponando las aberturas vitales.

39) Lo sostiene al borde del camino mientras mea, lo sacude, ve como las gotas resbalan en grumos sobre las coagulaciones del polvo.

40) Descarga la mano en la pared de un rancho que se desmorona, contra una estampa de la Mano Poderosa, que estalla en escamas de papel viejo y polvo de bahareque, que los torbellinos arrastran sobre la aridez de la carretera hacia campos agrietados, cárcavas erosinadas, desiertos de arenisca y espacios sin voces que Dios ha dejado de su mano.

41) Arterias: la dorsal del carpo que nace de la cubital por encima de la cabeza del cúbito, la transversa anterior del carpo, la cúbito palmar, el ramo anastomótico de la cubital con el arco palmar profundo; el arco palmar superficial, que resulta de la anastomosis de la arteria cubital con la radiopalmar, rama de la radial; el arco palmar profundo, que está formado por la anastomosis de la arteria radial con la cúbito palmar, rama de la cubital, con sus ramas colaterales, ascendentes o articulares, con sus ramas posteriores.

o perforantes, con sus ramas descendentes o arterias interóseas palmares y las colaterales palmares de los dedos.

42) Sostiene las cinco piedras con los cinco en la mano de dominó, y golpea contra la mesa el doble cinco para quedar mano a mano.

43) Golpea puertas: a) la de la casa donde funcionan los comités de solidaridad con la huelga petrolera b) la del doctor Valezón, que necesita un chofer c) la de la reja tras la cual ve pasar la camioneta en donde son llevados al barco que los sacará del país varios agitadores marxistas, entre los cuales Álvaro Luque d) la de la pensión donde le fían e) la de la clínica donde Zoraida trabaja de enfermera f) la del sastre que le corta su primer traje g) la del abogado simpatizante del partido que les redacta el acta constitutiva del Sindicato h) la del banco donde solicita el crédito para la camioneta i) la del nuevo partido que se constituye repudiando la lucha de clases, el colectivismo y otras doctrinas comunistas y anarquistas que el numeral 6 del artículo 32 de la Constitución declara contrarias a la independencia, a la forma política y a la paz social de la Nación, y los que las proclamen, traidores a la Patria que serán castigados conforme a las leyes.

44) Aprende a hacer el nudo de la corbata para el mitin.

45) Abre los dedos pulgar, índice y medio mientras ofrece tierras, bienestar y trabajo a los asistentes al evento.

46) Da cuerda a su primer reloj que marca la hora de la cita con el abogado que representa a la Compañía en sus asuntos laborales.

47) Ofrece a la multitud enardecida la conquista de trabajo, bienestar y tierras por los métodos democráticos.

48) Se contrae por un picor en la palma.

49) Señala un obrero comunista para que el Inspector del Trabajo, el Jefe Civil y los policías le impidan votar en el Sindicato.

50) Por trasmano, se guarda un sobre en el bolsillo interno derecho del paltó de casimir, junto a la pluma con tapa de oro que acaba de firmar el acuerdo obrero-patronal.

51) En una pesadilla, cada dedo se ramifica en cinco dedos que se ramifican cinco veces en cinco dedos.

52) Se tapa los oídos, a punto de reventar por la plomazón de los efectivos del ejército que toman el poder a mano armada.

53) En Palacio, tras el golpe de mano, estrecha: mano de capitán, mano de mayor, mano de bachiller, mano de doctor, mano de doctor, mano de doctor.

54) Con mano larga, da propina al limpiabotas y al mesonero que le trae el Johnnie Walker on the Rocks.

55) Bailando El Botecito, se afinca contra la banda de papel plateado que cubre la espalda de Yolanda I, Reina de los Trabajadores, a ver si se pegan un poquito.

56) Exprime el limón sobre el moco grisáceo y apelmazado de la ostra.

57) Rompe los sobres dorados de los preservativos.

58) En el templete, con el pulgar sobre la nariz y los demás dedos extendidos, lanza dedoteos de burla contra los Enemigos de siempre, quizá ocultos entre las máscaras de Zorro, los turbantes de hindú y los antifaces de negrita de Carnaval: los Eternos Resentidos, los Corifeos de la Reacción, los Sembradores de la Discordia, los Recalcitrantes del Anarcomarxismo, las Pitonisas Sibilinas, las Casandras Agoreras y demás hierbas aromáticas que dicen que el poder se les resbala de las manos.

59) Tabalea nerviosamente sobre la mesa del botiquín sin saber por qué la misma mano que hace un instante oprimió en las teclas de la rockola *Bala perdida* y *Pa todo el año,* tabalea con tristeza sobre las rueditas de corcho de las cervezas entre las cuales tabalea la mano como si se extendiera buscando la otra mano que no llega del contacto ofrecido por

el partido para el apoyo en la huelga petrolera contra la dictadura militar.

60) Detenido con las manos en la masa, apoya las yemas de los dedos en la ficha de la Sección Política de la Seguridad Nacional. El peritaje dactiloscópico señala las características siguientes:

a) Pulgar: Surco en espiral elíptica que presenta configuración similar a la de la Nebulosa M-87 cuya imagen, obtenida a través del telescopio de 200 pulgadas de Monte Palomar, deja apreciar la eyección de un chorro formado por la masa de incontables soles que estallan. La inmensa cantidad de materia en desintegración que compone esta espada flamígera, al escapar, produce una proporcional aceleración del conjunto de la Nebulosa, que comienza a moverse hacia los centros de memoria de Gnossos.

b) Índice: Surco que repite la configuración del vórtice de un ciclón que se forma en la zona de convergencia intertropical de la Florida, con isobaras circulares y muy apretadas cuya presión desciende hacia el centro, y que se aproxima hacia los cañaverales cubanos, combando las palmeras en espirales logarítmicas, y haciendo presentir resultados desastrozos en la zafra, el agravamiento del desempleo, el recrudecimiento de la inestabilidad política y la entrada en actividad de grupos radicales, bajo las banderas de la revolución.

c) Medio: Huella con surco sinistrógiro que reproduce la espiral áurea del caparazón petrificado de un foraminífero que, visto con el ocular de treinta diámetros de un microscopio, hace despabilarse al geólogo, que concluye la inminencia de la apertura de nuevas zonas de explotación petrolífera, la necesidad de nuevas concesiones, la urgencia de las presiones sobre el régimen de turno.

d) Anular: Surco en remolino que prefigura las corrientes de convección calórica que producirá el disparo de un proyectil 45 por una pistola Smith & Wesson dentro de una década, en el curso de un cerco contra una unidad de guerrilla urbana. Por el rayado espiral del cañón saldrá la bala

impelida de un movimiento rotatorio, iniciando el bulle de una hélice que concluirá en las volutas de las costillas de una caja torácica.

e) Meñique: Surco en espiral que anticipa el remolino de una cloaca en la cual aflora por instantes el bulto de un cuerpo humano.

61) Venas: dorsales, a partir de la red venosa sublingual, la red dorsal, que desemboca en un arco digital situado sobre la primera falange; la vena metacarpiana, que surge de la unión de los arcos digitales vecinos, y que al ascender por la cara dorsal se anastomosan formando un arco venoso dorsal, en donde desembocan la cefálica del pulgar y la salvaleta del meñique; venas palmares; que se vierten en la red venosa dorsal de los dedos y la mano.

62) Saluda a la gente que agita pancartas en el aeropuerto para recibir a los exiliados.

63) Enciende un cigarrillo para conjurar los a la vez explosivos e imperiosos pruritos de a) sobarse la nariz b) meterse el dedo en el oído c) rascarse el culo, cosas que no puede hacer pues se encuentra en plena solemnidad de la instalación del Congreso y en unos instantes la mano se alzará para decir Juro.

64) Toca y vuelve a tocar los botones del ascensor, que asciende descontroladamente y a tropezones hacia la cúspide.

65) En secuencia precisa a) pone a todo volumen el ambiente musical b) pone el aire acondicionado en high cool c) enciende el televisor, y lo cambia de canal cada cuarenta segundos.

66) En lanzaduras de la primera bola, cortaduras de la primera cinta, poneduras de la primera piedra, ofrendaduras de la primera corona y carneaduras del primer chivo, sacudiéndose pelos de Spaulding, hilachas de seda tricolor, manchas de mezcla, bachacos untados de polen y chorros de sangre mantecosa siempre como un hisopo sacudiéndose.

67) En la penumbra del Mon Tou Tou, hace el mesonero la seña casi imperceptible que significa: lo mismo.

68) Mete la mano en favor de los compañeros, firmando cheques, cartas de presentación, tarjetas de recomendación que llevan estampado un escudo.

69) Tarantulosa, combate con la de la secretaria buscando tocarla allí.

70) Esponjada por el cloro, atigrada por las rayas de luz, ondula bajo el agua de la piscina.

71) Unta la miel antisolar en la espalda de una muchacha de pelo platinado, acumulando gotas de miel bajo las yemas que se frotan unas contra otras, para luego, untuosas, retornar en espirales ascendentes esparciendo el aceite en cuyos trazos el sol resplandece.

72) Constreñida por las palpitaciones del esfínter, en universos de pliegues rosados sintiendo las lentas y muelles estrangulaciones que escurren blandamente reteniéndola.

73) Estira la piel del pescuezo del perro lobo, dejando al descubierto una sonrisa sarcástica de la que mana un olor a saliva y carne descompuesta.

74) Ase el bocado del toro cebú importado que los Compa Ñeros sacrifican para celebrar la repartición de títulos de la Reforma Agraria, y el belfo del animal escurre una mansa baba entre el anular y el índice, mansa baba que pegajosamente gotea hasta el medio, anular y meñique, para incidir en la palma de donde fluye en hilos brillantes hasta el suelo 'leno de terrones secos y bachacos muertos.

75) Empuja el tapón con medidos apretones del pulgar hasta que revienta el corchazo y la espuma helada desciende, bañando pulgar, índice, medio, anular y meñique.

76) En tabaleos diestros, contra la baranda de la tribuna de propietarios, parece y casi de hecho es el ejemplar Centella que cabeza a cabeza dobla la recta final a galope tendido y toma un cuerpo de ventaja dejando atrás a sus competidores Farfarria, Cadáver, Confusión, y Nube Hermosa.

77) En el bolsillo derecho, cerca del atributo derecho, liga en un símbolo místico índice y meñique extendidos para neutralizar las poderosas vibraciones del Melo, implícitas o explícitas en las siguientes connotaciones, situaciones o configuraciones del destino, en las cuales se encuentra cada vez más complicado, involucrado o victimado como resbalando en un abismo sin fondo: a) los abrazos de borracho b) los besos de vieja c) los cobradores ch) las ideas abstractas d) las horas de penumbra e) los parientes pobres f) estar disfrazado y bravo g) quebrar la voz en los discursos h) saber lo que el instante siguiente traerá i) los perros falderos j) los cuadros con cadaveras k) los caracoles detrás de las puertas l) la costumbre de andar siempre apurado m) salir con tipas que parecen putas y no son n) los retratos en grupo o) peinarse con espejo de mano del tamaño de una arepita p) prender la televisión y que salga un cura hablando q) que lo confundan con sus propios guardaespaldas r) la manía de saber de urbanidad y buena educación s) los entierros con fiscales motorizados que apartan el tráfico t) hablar de los entretelones del asunto, derramar la gota que desborda el vaso, armarse de valor, curarse en salud, tener las cosas en la punta de la lengua, y poner su grano de arena u) la creencia de que encender incienso es distinguido v) pararse a ver quién tuvo la razón en los accidentes de tránsito w) la letra W x) presentar oradores diciendo que el orador no necesita presentación y) regañar a los perros explicándoles lo malo que han hecho como si fueran una persona x) tratar de colearse y que no lo dejen. Las situaciones m) y r) en particular, le disparan andanadas vibrantes y le echan a perder el día. También es muy malo ponerse a llevar la cuenta minuciosa de las cifras de esta enumeración vistas o cometidas. Mucho peor es no poder dejar de pensar en eso. El terror es tanto que Moncho medita si se podrán vender seguros contra estas influencias, y lo revienta todo.

78) Palpándose sucesivamente las aperturas corporales, en el terror de si se detendrá al palparlas o de si, atrevién-

dose, la mano seguirá hacia adentro abriendo túneles de carne hacia la última verdad del desgarramiento.

79) Se suena los nudillos que repiquetean como esqueletos huecos repicando en paredes de pueblos huecos por donde resuenan los ecos de sus discursos electorales que ofrecen tierras, bienestar y trabajo.

80) Repite sus propios gestos en un ciclo ya eterno en que cada gesto mimetiza otro gesto y es modelo de otro gesto que lo remeda.

81) Nervios: mediano, que penetra en el conducto radiocarpiano, y se sitúa delante del tendón superficial del índice, a lo largo del borde externo del tendón del medio, y entre las dos serosas digito-carpianas, tras lo cual se divide en sus ramas terminales: rama tenar, que se divide en tres ramos destinados al músculo separador corto, al oponente y al haz superficial del flexor corto del pulgar; rama del nervio colateral palmar externo del pulgar; rama del nervio digital común del primer espacio, rama del nervio digital común del segundo espacio; nervio digital común del tercer espacio, nervios colaterales palmares del pulgar, del índice, del medio, del anular y del meñique; cubital, con su rama cutánea dorsal de la mano y su rama profunda con sus tres ramas, destinadas al aproximador del pulgar, a los primeros interóseos dorsal y palmar y al haz profundo del flexor corto del pulgar; radial, rama terminal anterior, sensitiva, y posterior, motriz.

82) Se agarrota sobre el palo de golf que le pasa un gringo sonriente, con los ojos cubiertos de lentes impenetrables que lo hacen parecer una mosca.

83) Abierta, mientras la pitonisa Fataya observa el sitio en que una raya de fuego escurre por la línea de la vida, y apunta hasta el sitio en que una raya de sangre escurre por la línea de la fortuna, viniendo del dedo anular o dedo de Apolo, y se encuentra cerca de la palma con una raya de luz que la cruza cerca de la muñeca, donde un tizón ardiente enciende un obstáculo, una interrupción, una estrella.

84) Bajo el hielo del aire acondicionado, las yemas palpan apenas los pliegos de papel sellado en los cuales constan las cláusulas de exención de impuestos, las cláusulas de resarcimiento, las cláusulas de sometimiento a arbitraje extranjero, las cláusulas de fijación unilateral del precio por la contratista.

85) Estrecha manos manicuradas, frías, fofas, cargadas de anillos, agobiadas de tictacs de relojes de oro que fabrican isocronías monótonas, y entre tantos estrechamientos a veces se siente cambiada en otras manos o quedada en otras manos o a lo mejor extraviada allí, entre los baldes donde se derrite el hielo, y se arrumban los desechos de caviar y de paté y las botellas de champaña vacías.

86) En el mapa, cae sobre las casas y manzanas a ser allanadas en el operativo.

87) Arrojando un enfermizo resplandor, oculta en el bolsillo, araña hilachas y dientes de peines viejos y llaves mientras la voz fatigada ofrece trabajo, bienestar y tierras.

88) Manicurada, se contrae cuando, con una tijerita especial, Maribel le corta la cutícula y, con la lija suave, quita de las uñas el amarillo del tabaco sin poder raspar lo suficiente para borrar el otro fulgor, que hierve con un zumbido apenas perceptible.

89) Se deshace en goterones de transpiración con mal olor que a su vez forman grumos con otros goterones que rezuman en exudadaciones hipertranspiradas, saca el seguro de la Colt, abre el tambor, mete los cartuchos, cierra el tambor, abre el tambor, saca los cartuchos, cierra el tambor, abre el tambor, coloca los cartuchos.

90) Se deja tomar la talla del anular para la montura del solitario, y entonces se prueba anillo tras anillo, en un momento enteramente anillada yace adormecida, y al cerrarse todas las gemas guiñan en un chispazo que quema la película.

91) Cae, uno tras otro, sobre los nombres de una lista de prisioneros, mientras, tras él, el guardaespaldas asiente sin decir nada.

92) Se lava las manos ante la Comisión de Derechos Humanos que comparece a averiguar los motivos de la aparición del cuerpo del Profesor Lozada flotando en el remolino de una cloaca.

93) Se acalambra bajo los cobertores, cada vez más fulgurante toca los inexistentes objetos y las manos inexistentes de los sueños.

94) Garabatea sobre el papel círculos concéntricos y espirales y laberintos mientras la otra mano sostiene el teléfono donde está a punto de caer la llamada de larga distancia con el banco en Suiza.

95) Taracea de alfileres rojos el mapa donde está localizada por la delación la Unidad Táctica de Combate.

96) Se extiende para cerrar los ojos de un muchacho que yace en una camilla con parte de la cara tapada por la camisa ensangrentada: el índice al acercarse al párpado se queda como remachado en la legaña del lagrimal, en esa desorbitación del ojo que al cristalizarse vitrifica la eternidad de las imágenes que se le aproximan y se esferizan en su negrura.

97) En manos del cardiólogo, en la clínica Mayo, se contrae a medida que se infla la banda para la tensión arterial, que arroja una máxima en 160 y una mínima en 120, con 90 pulsaciones por minuto. El electrocardiograma revela ritmo sinusal con aumento de voltaje de la onda R y desnivel negativo del segmento ST en las derivaciones D1 a VL y V6, debido a sobrecarga sistólica del ventrículo izquierdo.

98) Arrasadas por la primera oleada entrópica, las huellas digitales se encienden, brillan mariposescamente en las noches del tiempo, maculan un rostro, un cheque sin fondos, una pistola. Fulguran sembradas sin germinación posible en las taquillas de los cines, en las salas de espera de los dentistas, en los volantes de los automóviles, en monedas que la mano ha tocado y que otro gasta, en alguna pared en la que se ha apoyado, en algún trapo que ha tirado y que ahora viste un mendigo. La reiteración de las huellas de la mano crea

manchas crecientes en sitios obsesivos: cabelleras solares que iluminan la cotidianidad: el plato de la sopa, la cabecera de la cama, los senos de una mujer, tan tocados. Se cruzan con otras huellas improbables, como hileras de hormigas. Sus redes retroceden en el tiempo, fosforesciendo. También avanzan en los días, se detienen.

99) Revienta el negro guante de cuero y estalla insolente: cinco dedos incandescentes que vibran volviéndose pétalos volviéndose metales volviéndose llamaradas volviéndose arcoiris, a cada movimiento lanzan destellos irisados, lepra enjoyada, ebullición de carbunclos, haces de colores, notas diapasonales, el relampagueo: asciende lanzando chispas, tizones, espejismos y auroras, y los colores avanzan hacia el codo, y la vibración aumenta hasta que ya nada es audible mientras guardaespaldas, financieros y ministros desvían la mirada.

100) Huesos: fila superior del carpo: escafoides, semilunar, piramidal y pisiforme. Fila interior del carpo: trapecio, trapezoide, hueso grande y hueso ganchoso. Metacarpo: metacarpianos primero, segundo, tercero, cuarto y quinto; falanges, falanginas, falangetas; huesos sesamoideos en la cara palmar de la articulación metacarpo-falángica del pulgar, uno redondeado y otro ovalado; también en relación con las articulaciones metacarpo-falángicas del índice y del meñique.

Sobre ellos, gusanos.

PISO 45

Empieza la mano. Repartan esas piedras. Empocen las apuestas. El juego va hacia la derecha. Síganme el juego, que soy mano. Doble seis. Del peladero ese nos recogió

un autobús. Me acuesto con la cochina. Se devolvió al ver que faltábamos de la caravana. Cinco. Al tuerto Pablo le habían metido un tiro en una pierna en el pueblo al que llegó. Cincuero baila el gato. El Prefecto le vio cara de huelguista. Yo paso. En Caracas me dio posada una familia que se encargó de cinco muchachos. El Yo está demás. Ahí me regalaron mi primer traje. Cuatro. Ahí me metí a político. Cuaterna de la Galera de El Pao. Me puse de chofer del Doctor Valezón. Tres. Él me relacionó con los patiquines de la Universidad. Triste canta la paraulata. Comunista que asomaba la cabeza el gobierno lo expulsaba. Más triste canta el paují. Le echaban plomo a los manifestantes. Trisagio de Isaías. Disolvían los partidos que atacaran la propiedad. Tengo puros dobles. Ponían preso al que pidiera la sociedad sin clases. Acuéstate, chico. Lo que había que hacer era quitarse ese remoquete de marxista. Trebolín. Entonces se separó el partido de los comunistas. Así podíamos estar legales. Ah vaina, esto es un violín. Enemigo que se va, puente de plata. Otro más y domino el juego Ahí empezó la tirria. Dos. Donde asomaban la cabeza los denunciábamos. Duque de Veragua. Les reventamos cuarenta y tres sindicatos. Duquesa de Alba. Uno. Entonces nos acercamos a los militares.

TRUCO DE ESPEJOS

Efectos que puede tener en la vida de uno la violación de una colegiala; tener que abandonar la venta de culebritas articuladas —el yoyo mágico— el mejor juguete para su niño, irse al otro lado de la ciudad, inventar el recurso último contra las patrullas de soldados que andan reclutando gente para el servicio militar, contra los pedidores de cédula contra los pedidores del carnet electoral; buscar el refugio fuera del tiempo y fuera del espacio.

Kabalú el Misterioso

hablar con el italiano que tiene el mercado negro de los permisos para los buhoneros aceptar que el Concejal se quede con el treintaporciento que claro incluidos los obsequios naturales y la colaboración con el partido viene siendo un cuarenta por ciento y desde luego el alquiler del local y los decorados

Cuarenta días y cuarenta noches en catalepsia

dos latas de pintura negra dos metros de seda rosada para el guayuco y el turbante cerrado con un broche de vidrio rojo del tamaño de una nuez dos sillas dos largos sables resplandecientes veinte agujas veinte de cabezas doradas

Kabalú el hombre que desafía la Muerte

la gruesa de velitas que, encendidas sobre latas de leche en polvo pintadas de negro, harían círculo alrededor de las dos

sillas en cuyos espaldares apoyaría yo la nuca y los talones, permaneciendo suspendido mientras los dos sables, perforándome el pecho, saliendo por la espalda, dejarían gotear una aframbuesada lenta sangre sobre una niquelada bandeja y ah sí, desde luego, los carteles

Kabalú dos bolívares Damas y Niños mitad de precio

El truco consistía en aguantar la respiración, así, uno se podía estar quieto, recto como un huso, haciendo puente entre las dos sillas, mientras el italiano tocaba una y otra vez el disco rayado de Scheherezade, mientras el Concejal pasaba a quedarse con el treintaporciento, mientras los policías secretos que tenían pase de cortesía tocaban las agujas para ver si era verdad que estaban clavadas, mientras las mujeres encintas se desmayaban, mientras comenzaban los milagros.

Kabalú Amo de las Fuerzas Ocultas

Yo con los milagros nada tuve que ver, cuando se iniciaron colegí que eran cosas del italiano que debió pagarle a un falso cojo para que en mi presencia gritara puedo andar puedo andar, después a un falso ciego para que gritará puedo ver puedo ver, después a un falso mudo que habló y a un falso sordo que oyó, un falso abaleado por los pedidores de carnet electoral que sanó, un falso lázaro que se curó, un falso jorobado que se enderezó, hasta que comencé a pensar que todas las ganancias se irían en alquilar falsos enfermos

Kabalú fantasía oriental

pero el transcurso de una eternidad cataléptica me convenció de que eran demasiados milagros como para ser alquilados, mujeres llorosas me presentaban criaturas con los ojos hinchados, viejecitas asustadas me rozaban los muslos con billetes de lotería, corpulentas señoras silenciosas me miraban se arrodillaban encendían velas que traían envueltas en papel periódico

Kabalú el Hombre Magnético

Mi Coromotico que se me muere mi Rafaelito que tiene las piernas torcidas mi Raquelita que vomita mi Ramiro que el reuma no lo deja pararse y llora en la colchoneta mi Pancho que lo malograron los pedidores de cédula mi Ramonita quen las noches tose tose y no respira mi Eulalio que le dan ataques y tumba las paredes del rancho mi Eufrasio que está preso por indocumentado mi Mateo quel órgano le fluye mi Matildita que abortó y pierde Sangre mi Arturo que está amarillo y no se mueve mi Asuncioncita que tiene pústulas ay una niña tan bella señor ay señor tan bella niña

Kabalú Dueño de los Mil Paraísos

Yo, imposibilitado de cerrar los ojos por los alfileres que atravesaban los párpados, perdidas mis pupilas en la vaga constelación de luces de las velas que lentamente ardían, escuchando, ora las peticiones lagrimeantes, ora los tiros de las partidas que cazaban gente pidiendo carnet electoral, ora los parlantes que gritaban pueblo vota por tu candidato de-

mocrático, ora los vendedores de empanadas, ora el griterío de los milagros, ora la bocina que cantaba la propaganda del espectáculo

Kabalú Príncipe de los Mundos Secretos

Lacerado por alfileres velas tiros sables parlantes milagros intenté crear santos refugios de olor y saliva y de repente un vaho de pimienta encendió el aire y un profundo cobre entumeció mi lengua; sensaciones sin relación con las cosas; joyas; destellantes, enmarañadas, posesivas, subiendo hacia remotas nubes, enjoyando los cielos mismos y descendiendo en una afiligranada lluvia sobre las cosas, sobre mi piel, sobre las sangrantes llagas.

Kabalú vencedor de los Subterráneos de Jade

Instante en que me elevé sobre mí, tuve el espanto de verme, amarillo, espectral, taraceado de sables, luego el espanto de verlo todo pues yo era una onda que crecía y que iba más allá de la visión y que luego volvía a resumirse en mi cuerpo.

Kabalú Triunfador de las Ciencias Exóticas

Instante en el que sentí mi cuerpo, primero bullir en un magnífico poder, luego inflarse, inflarse, hasta exceder el cuarto, exceder el barrio, exceder la tierra, exceder una giratoria tempestad de bólidos que era el Universo, exceder el Universo mismo, exceder el vacío de un Universo sin Universo

Kabalú Proyector de Milagros

exceder la sensación de exceder, entrar como un líquido en un recipiente sin fin en el que toda medida era justa y toda medida inexistente, tocar a la vez todos los granos de polvo del mundo y de los mundos y fijar la posición que los mismos han ocupado ocupan ocuparán hasta el nunca por llegar fin de los tiempos o saber que se puede alterar esa posición ya ocupada, que se puede mover cada gota de mares profundos a los que no llega ninguna claridad, que se puede desviar cada uno de los rayos de una estrella tan pesada que la luz que despide vuelve a caer en ella

Kabalú Guía de los Laberintos

conocer que se puede decirle al mundo cese y hacer reinar por siempre la noche o hacer cerrarse como capullos las pústulas de Asuncioncita o detener la lenta formación del semen dentro del propio cuerpo o hacer con todas las estrellas una imagen de ese cuerpo o hacer con esa imagen de ese cuerpo una imagen de su semen o hacer con esa imagen de su semen una imagen de una imagen de la idea de imagen

Kabalú Fuente de los Ríos Sagrados

Como un destello que crecía en todas las direcciones del tiempo penetré el pasado el presente el futuro y todos los alternativos pasados presentes y futuros, convirtiéndome en la causa motriz y la finalidad de los mismos, convirtiéndome en las cadenas de actos por las que los gases llameantes del vacío pasan a ser los rosaditos dedos de los niños y los dedos rosaditos de los niños, muertos los soles que los iluminaron, pasar a ser los llameantes gases del vacío

Kabalú Domador de Dragones

Instante en el cual comprendí que existe en cada ser una rendija por la cual en determinado instante puede resbalar y caer en el turbatumulto rompelímite, resbalar en todas las direcciones simultáneamente y, por lo tanto, ser infinito ilimitado omnipotente omnisciente, y por lo tanto, ser Dios

Kabalú, Visionario de Fuegos

Instante en el cual comprendí que un ser eterno pierde sentido de la duración instante en el cual comprendí que un ser ilimitado pierde sentido del espacio instante en el cual comprendí que un ser omnisciente pierde sentido del conocimiento instante en el cual comprendí que un ser omnipotente pierde toda potencia

Kabalú el Asombro de Calcuta

Pues todo momento se define por su principio y su fin y sin principio y fin no hay momento pues todo objeto se define por sus límites y sin límites no hay objeto pues cada sensación se define por la ausencia de esa sensación y un ser para quien todo el Universo está presente es como un ser para quien todo está ausente; como toda imagen para quien abre los ojos en el centro del sol; como toda oscuridad para quien se hunde en la sombra de la muerte

Kabalú Campeón de los Magos de Persia

Así mi ser se disolvía en la endiosada hinchazón de los caldos del tiempo; yo, el único que había cruzado la puerta, abría sus hojas hacia todos los lugares todas las épocas; crecía

como una mancha de aceite en todas las direcciones del tejido del tiempo y en todas las tramas de él me tropezaba conmigo mismo; todas las razas vivientes me sentían como un escalofrío; como un escalofrío soportaban la posibilidad de que soplara sobre ellas mi aliento salivoso para apagar la gran torta de cumpleaños del mundo

Kabalú Maestro de las Vibraciones

Sin saber los escalofriados que la omnipotencia significa la posibilidad de alterar todos los hechos y las causas de esos hechos, y además la posibilidad de anular toda necesidad de alterar tales hechos, y así la gran impotencia de mi existir caía sobre un desinflado vacío en la gran vorágine de las causas entredevorándose y entremezclándose en la materia corrupta de un ser sin efectos ni causas, sin deseos ni temores, sin actos.

Kabalú Dueño de las Lunas de Oriente

Arrastrado en esta omnipotencia vacua sufrí la vigilia de mil eternidades y la incapacidad de la incapacidad; sólo el destello de un broche de vidrio en un turbante de seda rosada me permitió escapar de esta rueda; me permitió entender que Dios puede llegar a concebir un Dios y dirigir todo su anhelo a ser ese Dios

Kabalú Nigromante de las Transformaciones

ese Dios oh perfección que consiste en un magro ser limitado —oh limitado y dueño por lo tanto del espacio— transitorio —oh transitorio y dueño por lo tanto del tiempo— ignorante y por lo tanto dueño del conocimiento, dolorido y

por lo tanto dueño del goce, mortal y por lo tanto dueño de la vida.

Kabalú Sultán de los Mares Encantados

Miserable ser con la nuca en el respaldo de una silla con los talones en el respaldo de otra, yerta la carne de la cual mana la sangre aframbuesada, a su alrededor las velas sobre las latas pintadas de negro, a su alrededor, oh irrisión, el fulgor de aún más elevados Dioses y Diosas, en su luz su lacerante luz

Kabalú Soñador de los Bosques Embrujados

transida cocinera que eleva sobre su cabeza transida niña pustulienta, transida dama que cojea con sus huesos adoloridos, transido viejo que brazos piernas vientre cabeza se le duermen se le duermen, transido paralítico que camina con chirriantes muletas, transida lavandera que los espíritus malos la sacuden, transida dama que le han echado un daño y la persiguen las hormigas y la mala suerte, transida Coromotico que se muere transido Rafaelito que tiene las piernas torcidas transida Raquelita que vomita transido Ramiro que el reuma no lo deja pararse transido Pancho que lo malograron transida Ramonita que en las noches tose tose y no respira transido Eulalio que le dan ataques transido Eufrasio preso por indocumentado transido Mateo que el órgano le fluye transida Matildita que abortó y pierde sangre transido Arturo que está amarillo y no se mueve transida Asuncioncita que tiene pústulas, todos ellos asidos al tiempo como garras de gatos, victoriosamente aferrados a la cuerda floja de su transitoriedad su dolor su muerte, sin resbalar, sin ceder a la tentación de resbalar, sin en un instante resbalar y caerse aferrados a su doliente carne grito fin sin resbalar y vencedores

Kabalú Secretario de los Fantasmas

Así como en todo hombre la lóbrega cima por la que descender a Dios, así en Dios la vía de ascensión al éxtasis, al hombre; para llegar a esta perfección, estrangular con dolorosas manos mi infinitud mi obicuidad mi eternidad mi omnipotencia; calzar el zapato estrecho de este ser maquillado con corcho quemado, entrar lenta dolorosamente en las costillas prominentes en las muelas cariadas en las anudadas vísceras en los lacerantes alfileres en las estrías de salado sudor que bajan de las axilas, de la frente, volver a este limitado ser que, por la debilidad de haber degenerado en Dios se eleve a hombre, se encuentre con el absoluto milagro; un ojo otro ojo, la martirizada piel al fin, al fin los aceitosos cabellos, las ateridas manos al fin, al fin los pies encallecidos, las facciones al fin, al fin la boca las narices, los incontables dedos al fin, al fin la sangre al fin la orina, al fin el aire el agua, al fin el dolor al fin el tiempo, al fin, la muerte.

Kabalú Candidato Democrático

Postración ésta que fue interrumpida por el Concejal quien entró seguido de una comisión de pedidores del carnet electoral que hacían molinetes con las peinillas; cojos ciegos mudos sordos jorobados reumáticos epilépticos saltaban sobre las latas pintadas de negro en donde ardían las trémulas velas, el italiano, el italiano, dónde está el italiano con mi treintaporciento, gritaba el Concejal. ¡Un cojo enorme, mariposa sobre grandes muletas, cogió fuego en un cirio y aleteó brillantes chispas sobre el paraván de cartónpiedra en donde estaban pintadas cadaveras, dagas, serpientes, banderolas!

Kabalú Conquistador de la Malasia

Sofocado el cojo llameante desmanteladas las negras cartulinas extricado el misterio del catafalco desfondado el paraván verificado que en ninguna parte estaban ni italiano ni treintaporciento, todavía en trance cataléptico fui levantado por la Comisión y llevado como rehén hasta la acera, hasta la gran camioneta con luces rojas, pedidores del carnet electoral que matraqueaban metralletas contenían a la turba de llorosas mujeres, un tiro escapado desencadenó funesto pánico, policías que se creyeron atacados contratirotearon en faroleo de fogonazos hacia la muchedumbre en carrera mientras un altoparlante gritaba pueblo vota por tu candidato democrático

Kabalú Mensajero de los Demonios de Azogue

A sirena suelta llegamos hasta las puertas del Concejo donde también matraqueo de armas, sireneo de patrullas altoparlanteo de pueblo vota por tu candidato democrático; en la placita de enfrente, huelga de hambre de los empleados públicos a quienes no se pagaba hacía tres meses, vendedores de periódicos voceaban cuarenta millones desaparecidos en la caja del Concejo

Kabalú Pitoniso de los Himalayas

depositado con violencia sobre una de las taquillas para el pago del derecho de frente, olvidado fui luego, el Concejal abría gavetas con ayuda de los pedidores del carnet electoral; una radio a todo volumen daba los resultados de las elecciones, a cada nuevo boletín la comisión cargaba y montaba en los camiones; lámparas, máquinas de escribir, ceniceros, escritorios, tinteros, papeleras, sillas giratorias, banderas, telé-

fonos, butacas, retratos de El Libertador, aparatos de aire acondicionado, engrapadoras, rotuladores, cajas de lápices, hasta que el último boletín declaró la derrota del candidato democrático el cambio de la tortilla.

Kabalú Miliunanochesco

Coñastre, gritó el Concejal, dejaron en el suelo los teléfonos que se estaban robando y corrieron a los crujientes camiones; problemas hubo porque una silla giratoria patas arriba pegaba con el dintel de la puerta del garaje; a última hora, uno de los pedidores del carnet encontró en el urinario un cuadro de la Última Cena en aluminio y corrió con él hacia los camiones; por si las moscas, echaron tiros al aire al rruuumm salir acelerar hacia la plaza enfrentar la gran quejumbre de empleados en huelga de hambre, tras los camiones una estela de piezas de ventiladores, palancas de calculadores y multicolores cintas de máquina

Kabalú Maharaja de los Imperios Místicos

Yo esperé hasta la madrugada, lentamente superando el trance cataléptico, hacia el alba hubo un gran frío, después entraron una claridad gris, un delegado de los empleados en huelga y varios curiosos, y me encontraron llorando, sentado sobre un gran montón de facturas de derecho de frente.

KABALU EL MISTERIOSO CUARENTA DIAS Y CUARENTA NOCHES EN CATALEPSIA KABALU EL HOMBRE QUE DESAFIA LA MUERTE KABALU DOS BOLIVARES DAMAS Y NIÑOS MITAD DE PRECIO KABALU AMO DE LAS FUERZAS OCULTAS KABALU FANTASIA ORIENTAL KABALU EL HOMBRE MAGNETICO KABALU DUEÑO DE LOS MIL

PARAISOS KABALU PRINCIPE DE LOS MUNDOS
SECRETOS KABALU VENCEDOR DE LOS
SUBTERRANEOS DE JADE KABALU TRIUNFADOR
DE LAS CIENCIAS EXOTICAS KABALU PROYECTOR
DE MILAGROS KABALU GUIA DE LOS LABERINTOS
KABALU FUENTE DE LOS RIOS SAGRADOS KABALU
DOMADOR DE DRAGONES KABALU VISIONARIO
DE FUEGO KABALU EL ASOMBRO DE CALCUTA
KABALU CAMPEON DE LOS MAGOS DE PERSIA
KABALU MAESTRO DE LAS VIBRACIONES KABALU
DUEÑO DE LAS LUNAS DE ORIENTE KABALU
NIGROMANTE DE LAS TRANSFORMACIONES
KABALU SULTAN DE LOS MARES ENCANTADOS
KABALU SOÑADOR DE LOS BOSQUES EMBRUJADOS
KABALU SECRETARIO DE LOS FANTASMAS
KABALU CANDIDATO DEMOCRATICO KABALU
CONQUISTADOR DE LA MALASIA KABALU
MENSAJERO DE LOS DEMONIOS DE AZOGUE
KABALU PITONISO DE LOS HIMALAYAS KABALU
MILIUNANOCHESCO KABALU MAHARAJA DE
LOS IMPERIOS MISTICOS

PISO 46

Señores miembros de Lasamblea Legislativa yo les agradezco esta oportunidad para aclarar los equívocos que rodean el caso, y que yo no entiendo porque yo, comerciante no soy, yo soy político, yo lo que sé es que si el Estado necesita hacer carretera, la carretera se hace, si el Estado necesita alquilar camiones, los camiones se alquilan, si el Estado decreta el Carnaval, se consiguen los pitos y las flautas, y cómo, señor Moncho, me acusa el funcionario, siendo usted diputado en esta Asamblea tiene que ver con todos esos negocios, yo les diré, no es mi culpa, yo soy socio de empresas, mi transportista la conocen todos, que si fletes con las petroleras, que si camiones para las importadoras, que si cómo conseguí los créditos para comprar las unidades, ya eso es harina de otro costal, aquí de lo que se trata es que el gobierno decreta la alegría y el Director de Administración necesita las carrozas y el Jefe de Compras los antifaces los papelillos las bebidas, y eso lo hubo, la mercancía se puso, se bebió y se pateó, y hay que pagarla, sino ahora un detalle, que viene el funcionario, y téngase muy en cuenta y yo acuso que es por venganza política, que si los precios son el cuádruplo y el quíntuplo de lo normal, que si no se pidieron otras cotizaciones, que las firmas Novedades La Broma, Importaciones La Burla, Mercancías El Truco y Especialidades La Triquiñuela y que son fantasmas, que los recibos están hechos con máquinas de mis oficinas, entonces ya está, ya caigo en la venganza política, me han puesto un peine, esos recibos sí los hice yo, me piden recibos y yo los mando porque yo soy incapaz de negarme, porque yo soy así porque ustedes me conocen, que si la prensa, Moncho de anuncios, que si la radio, Moncho llena la pauta, que si el comercio, Moncho favorece para conseguir una licencia, que si los amigos, Moncho consigue créditos, consigue ayudas, Moncho es el paño de lágrimas, que si un negocio para hacer pupitres, Moncho presenta al Secretario de Educación, que se asignan ejidos, Mon-

cho intercede, que si la Guardia decomisa, Moncho recomienda, Moncho conversa, Moncho convence, Moncho celebra, Moncho bautiza a los muchachos, Moncho seguro, que si el partido, Moncho le presta sus camiones, por eso yo denuncio y desenmascaro la maniobra política, la calumnia, los infundios, los rumores para crear el malestar, los enemigos de la estabilidad, pido que se tomen medidas, las máscaras se han puesto, pitos y flautas se han proveido, y los gorros de cartón, y las bambalinas, y las camisetas que dicen por un lado Yolanda I Reina del Carnaval, y por el otro Viva El Gobernador Gestión Dinámica y Progresista, y la cerveza se ha distribuido, los templetes de cartón piedra, la estatua del Dios Momo con la lengua afuera y los cohetes y los anuncios Pueblo No Juegues con Agua y los lentes narizones y las sonrisas de cochino y los plumeros de indio y los disfraces de ladrón y policía, y las máscaras las hubo y los gorros cómicos y los pitos culebra y las cajas sorpresa, indigna ahora que por un detalle inconsulto de cotizaciones, el papelillo, las bambalinas, rumores, firmas fantasmas, malentendidos, los sacos de caramelos, personas interpuestas, monopolio, valimiento de influencia con funcionarios, las matracas, los sapitos chicharra, las comisiones, los sobornos, la alegría popular, los disfraces de mujer, los disfraces de diabla, esta Asamblea, mi empresa, mi carrera política, los globos de colores, los favores que me deben, las bambalinas, las serpentinas, los peluquines, porque en resumen, señores, el Carnaval lo hubo y hay que pagarlo.

YO NO QUISE VER SU CARA

Despiértese, o si no quiere no se despierte, la dueña de la pensión me dijo que entrara, me permite que me siente, me permite que ponga el maletín en la cama, me permite poner en la mesa de noche los guantes y el sombrero, si quiere, termine de despertarse, o si no, no se despierte, tome mi tarjeta, Universal Sellers Incorporated, me permite fumar, me permite ofrecerle, ah, no fuma, mire, yo me ocupo de ventas, no se asuste, a usted no vengo a venderle nada, no trabajo al detal, yo vendo, cómo explicarle, yo vendo en términos generales, en términos universales, en términos abstractos. Mi firma es la que vende las personas, las creencias, los sentimientos: vendemos la boga de un balneario, la gloria de un prócer o la fascinación de una mundana; vendemos la fama de un escritor, la reputación de honesto de un magistrado o el buen tono de una costumbre: en la actualidad mi agencia vende en el exterior la reputación de su ejem, gobierno; pero yo me ocupo de una rama más espiritual; proyectos de largo plazo, los llamamos: tenemos contacto con la Sagrada Rota y la Congregación de los Ritos, en fin, vamos al grano: hacemos la venta de los santos. Urbi et orbi, dénos un producto razonable, dénos un presupuesto adecuado y dénos tiempo, y todo se logra. Hemos conseguido éxitos considerables. Sin querer blasonar, diré que hemos creado sitios de peregrinaje pedidos por Concejos Municipales previsores; que hemos creado lugares venerables para empresas de transporte con visión; que hemos prestigiado imágenes que han reanimado la decaída producción de vitrales de algunos países; que hemos desencadenado rachas de curaciones milagrosas que han salvado cadenas hoteleras en peligro de extinción; que hemos motorizado canonizaciones que han aumentado el poder de ciertas órdenes y hecho invulnerables las cajas de determinados monasterios; que hemos producido oportunamente patrones protectores de ciertos ejércitos y frenadores de ciertas revoluciones. Fui llamado a esta ciudad

por carta sellada del venerable Obispo. Aunque la Junta de la empresa dudó largo rato si acordarme los viáticos, al fin accedió, considerando el clima propicio para las inversiones de este joven país: el Obispo me ofreció cuotas partes de la propiedad que fuera quitada una vez a la Iglesia por un déspota ilustrado, y devuelta a ella a pesar de la ley que prohibía adquirir a las asociaciones de manos muertas; cuotas partes de las donaciones del Estado para colegios y obras pías; cuotas partes del dinero del Estado que se emplea en sostener el culto; porcentajes de las limosnas depositadas ante imágenes, reliquias y sitios predilectos del candidato; asimismo traspasó extensos cocotales en el litoral turístico inmediato; asimismo los fondos de una cooperativa de vivienda que fracasará misteriosamente dentro de pocos meses: asimismo noté desproporción entre el gasto de promoción y el interés inmediato de la canonización que debía ser promovida: otrosí advertí en el Obispo rasgos extremos de humana afección por el candidato, usted sabe, el hombre que usted mató con su automóvil. Mal médico y mal católico, me dijo, cómo sufrió por no ser santo, por no ser más que soberbio y huraño, y cómo sufrí yo por no tener para amar al santo que él que quería ser. Desplegamos sobre la gran mesa episcopal el organograma, y, con su dedo en el que lucía una amatista, trazamos el destino dentro de las altas jerarquías celestes: así el Obispo, con su dedo regordete, me comisionó para hacer el regalo que debía llegar más allá de la muerte y más allá de la carne al hombre que usted mató, y firmamos muchos papeles conforme al derecho canónico y conforme a la ley civil del Estado de Nueva Jersey y el Codice delle Obligazione y quedó determinada la venta de la santidad. Usted se revuelve en las almohadas y todavía no sabe si considerarse o no despierto, no me importa, de todos modos yo cumplo con mi deber, pues un vendedor cumple siempre sus funciones escrupulosamente, vea, debemos definir el producto y para definir el producto debemos conocer sus cualidades. Ahora usted. Ahora usted que por imprudencia criminal o por

imprudencia negligente o por simple imprudencia arrolló a este hombre que debo vender, usted, ¿Qué podría decirme de él? Piénselo bien, porque lo que me diga a lo mejor resonará eternamente en sus oídos, devuelto por los mecanismos de promoción de la firma. Piénselo, porque a lo mejor será dicho por última vez, porque lo acallaremos para siempre. Usted, uno de los últimos en contemplar a aquél hombre frente a su final, que es contemplar al hombre frente de sí mismo, por primera vez frente de sí mismo, dígame el gesto o la palabra o la sensación. Descríbame el momento o la repercusión o las emociones. Qué destiló aquél rostro al usted inclinarse sobre él y mirar, como quien dice, en el pozo de la muerte. Dígamelo y me iré mientras sigue usted en el duermevela y me espanta como si fuera una mosca y aún puede dudar de haberme en realidad visto o no haberme visto, y será como si nunca hubiéramos hablado. Dígame lo que le dijo su víctima al encontrarse sus miradas. Él desde el suelo. Usted bajando desde el automóvil. Dígamelo.

—Yo no sé —respondí—. Yo no quise ver su cara.

Cuando terminé de despertarme, el cuarto estaba vacío. Una pianola desafinada tocaba a lo lejos el vals Madona de las Rosas.

INSTRUCCIONES PARA SECUESTRAR UN GRINGO

Ya estamos todos, no, falta Rondón, y qué le pasa a Rondón, habrá caído Rondón, no, qué va a caer Rondón, bueno, y por qué no empezamos, entonces empezamos, un cafecito, bueno, un cafecito, cierren esa puerta, bueno camaradas yo voy a empezar por el informe político que está repetido porque como se sabe los problemas de seguridad hacen difícil la comunicación, cómo, bueno, está bien, suprimimos la parte del informe político que se dio en la reunión anterior, vamos a ver los detalles estratégicos, la situación es delicada, vamos a decir que mala, por qué no, las últimas delaciones han sido graves y particularmente la de Macabeo, eso ha causado muy serios problemas y se han tomado las medidas del caso, bueno, camaradas, hay esto, que hemos perdido la iniciativa, que el movimiento popular ha perdido la ofensiva, que la última serie de detenciones nos ha comprometido, que la pausa que se había declarado para rehacernos no puede seguir porque estamos cortados, porque la represión nos ha ido quitando todos los órganos de comunicación con las masas, cero periódicos, cero radio, cero televisión, y las calles también las hemos ido perdiendo por la oleada represiva, los sindicatos, la situación sindical como comentamos la vez pasada es seria, todos nuestros activistas de la legalidad están siendo detenidos y los locales sindicales allanados y entonces la pausa lo que hace es que nos desgasta y entonces el Central ha dicho está bien, dénle con todo, dénle a fondo y contesten golpe por golpe y eso es lo que está planteado, pues, hay que volver a la iniciativa con una acción arrecha que demuestre que no estamos liquidados, que hemos aguantado el desgaste y que podemos todavía actuar multiplicando las acciones, esta ofensiva es importante, es la forma de sacar al movimiento del estancamiento de los últimos golpes que casi nos han sacado de la calle y nos han desmontado seria-

mente el aparato, si se coordina una serie de acciones y salen bien, volvemos a prender la cosa, demostramos que quedan fuerzas, pues, y si nos aplicamos a fondo, ajá, quién es, llegó Rondón, pero bueno, chico, no dijimos que a las siete, bueno, está bien, siéntate, estábamos diciendo que si nos aplicamos a fondo vamos a invertir esta tendencia, un período de ofensiva además de mejorar nuestra moral tenderá a fortificar nuestros lazos con los partidos, que como ustedes saben y no se los oculto y no quiero que sea esto ocasión de la polémica, pues, ustedes saben que ha habido divergencias porque hemos cargado con un esfuerzo muy duro y hay divergencias de criterio, una serie de triunfos alejaría o haría pasar a segundo plano la discusión sobre estas divergencias y en todo caso mejoraría también la política de alianzas que bajo una represión sostenida se hace cada vez más difícil, más precaria, y así con las divergencias en nuestro campo y las alianzas con la legalidad comprometidas y cortados de las masas, nuestra situación se haría sumamente dura, entonces yo, pues, eso era lo que quería decirles, que se nos ha dado permiso para facilitarles recursos, lo que hay es que echarle cráneo a lo que se va a hacer y entonces si ustedes quieren, pasamos a la discusión de éste que es el punto álgido de la reunión: pido la palabra, ajá, el camarada Rubén que empiece la discusión, bueno, yo creo que discusión no, discutir nada, ustedes saben que yo siempre dije que este repliegue nos comía sin ninguna ventaja, por eso, pues, yo no discuto, coño, pero eso sí, que nos den los recursos, que nos consigan los papeles, las cédulas falsas las pedimos hace meses y nada, y las municiones lo mismo, no nos vengan ahora conque las armas se conquistan, pinga, conquistar armas sin balas, la situación ustedes la conocen, y pensamos que si hay reservas de parque debemos sincerarnos, no colocarnos como otras veces en situación de perder dos compañeros por una acción para conseguir un revólver viejo, no, no es crítica, es que yo he hablado bastante de estas cuestiones, porque eso nos

duele, porque no es posible que corramos riesgos por asuntos secundarios de logística, pero camarada, no, replico que yo no critico, pues, pero que se nos apoye, es decir, que no tengamos problema a la hora de la verdad, por ejemplo, detalles, no está previsto un médico o se cae preso por simple falta de una concha, sí, bueno, yo sé, yo admito que estoy fuera de orden compañeros, pero estos son problemas, problemas que con un poco de previsión, un poco de eficacia, no deberían presentarse, y entonces eso es lo que yo digo, pues, que el apoyo sea completo, que no haya fallos por cosas, pues secundarias, perdón, sigue en el uso de la palabra, no, he terminado, ajá, compañero, Bubu, tiene la palabra, bueno, yo lo que quería observar ¿no? lo que quería hacer sentir, ¿no? es que es cierto, ¿no?, la situación nos impacientaba, ¿no?, era como una incertidumbre, ¿no?, ahora lo que yo digo es, no basta con decir dénle con todo lo que tienen, ¿no?, hay que considerar con qué vamos a darle, ¿no?, es decir, con qué recursos, ¿no?, con qué gente, porque sinceramente ya el camarada lo ha dicho ¿no? estamos muy golpeados, ¿no? y entonces, pensar, cuántas cuevas tenemos, cuántas armas, apretar los mecanismos de seguridad, ¿no? porque es obvio, esto no se plantea por primera vez, las filtraciones son graves, ¿no? yo creo entonces que deberíamos proceder a esta revisión, a este, perdónenme la palabra, a este reajuste, ¿no? sí, es todo lo que tenía que decir, ¿no? ajá, tiene la palabra la camarada Aracelis, bueno, yo quería presentar el informe de la solidaridad con los presos, la situación de la solidaridad es difícil y quería señalarles que hay una gran desmoralización, perdone, camarada, pero estamos discutiendo el punto, pero es que yo quería plantear la desmoralización porque yo quiero que sepan el punto hasta que el que ciertos camaradas han llegado, perdón, pero es que estamos en el punto, alguien más quiere decir algo, ajá, Víctor, tiene la palabra, bueno, yo tomo la palabra, pues, un poco para decir, pues, que es lo que siem-

pre he dicho, pues, que cuál es el objeto de estas discusiones, pues, si se sabe, pues, y no se me va a decir que estoy de contradictor eterno, pues, que no se toma en cuenta lo que uno señala, pues, perdón compañero, pues, estoy en el derecho de palabra, pero perdón era para decirle que concrete, bueno, pues, es sobre las desviaciones que yo siempre he señalado que deben ser discutidas, y no que suceda esto de que no se nos oye, de que no se nos escucha, pero perdón compañero, bueno, sí se nos oye, pues, pero no se nos pondera, pero no se plantea la problemática, pues, y las serias y graves desviaciones que yo a cada momento y en todo lugar estoy señalando, pues, y que se manifiestan en el estilo de las discusiones, pues, perdón camarada, pero concrétese, no, era lo que tenía, pues, que decir, ajá, Rafael, bueno, si ustedes dicen ofensiva yo se las hago, y si es incendio contra las firmas imperialistas la gasolina yo se las transporto, y si es expropiación para las finanzas yo se la hago, y si es robo de avión yo me le dirijo a los pasajeros apriete el cinturón el pueblo en armas les desea un buen viaje, y si es toma de pueblos se las hago también, con buen corte de telégrafo y de teléfonos y mitin en la placita y si es secuestro hasta eso también se los puedo hacer, y si es de deportista célebre como Di Stefano yo se los realizo y si es de militar también, y si no conviene, entonces contra la Misión Militar Norteamericana yo exactamente igual se los puedo hacer muy cumplido con pinta de consignas y comunicado y nota de rescate y gringo guardadito con botella de whisky y talco y agua de colonia, eso yo también perfectamente se los hago pero siempre que no interfieran las circunstancias que yo les explicaré algún día, es decir, el cambio de intereses, las ideas perfectas que se me ocurren, perdón, compañero, es todo, sí, es todo, entonces queda la idea del secuestro que me informe la camarada Alba si puede conseguir los fondos para un local, sí, para cuando, para ya, mañana mismo veo a Micael, Micael, sí, Micael es muy efectivo, bueno, quién quiere decir

algo, Cirilo, no quieres decir nada, na, nada, ajá, Rubén, tiene la palabra Rubén, bueno camaradas, yo leí el cable internacional, pero Rubén no te vayas por las nubes no te distraigas, Rubén, van a fusilar a un asiático, no te salgas del orden, Rubén, Rubén no divagues, pero es que precisamente, camaradas, Rubén, no nos disperses, este fusilamiento tiene que ver

SU FAVORITA MELODÍA

Su melodía favorita se la interpreto, señor camionero, *ayer salimos muy temprano a pescar,* clocloclopo, cloclopo, clocloclopo, *nos fuimos juntos todos los pescadores,* y mientras vamos costeandito hasta Caracas le hago de ayudante de camión, le cuido los cochinos mientras almuerza, claro, me bajo y le hago señas a los carros mientras usted sale a la carretera, en el camión duermo con una cabilla al alcance de la mano mientras usted visita a su amiga *Petrona Concha Natividad,* cloclocloclopo clocloclopó, el motor se lo caliento mientras usted desayuna, *come chorizo sin cociná,* los vidrios se los limpio mientras usted orina en el patio del rancho, *come bagazo como cochino,* el maíz se lo echo a los animalitos mientras usted se toma el café, y se *come ají sin estornudá,* mientras amanece le palmoteo para que no se adormite *cuando la aurora apareció en Oriente* cloclo cloclopo, *regó de perlas el hogar ya frío,* pasamos las alcabalas móviles los puestos contra guerrilleros, mientras buscan y rebuscan en los carros los palmotearé *busco yo un verde pimpollo,* cloclocloplocloplocooco *un retoño nuevecito,* a nosotros ni nos tocan, la presencia de los cochinos los paraliza con un vaho de mierda, directamente a la cara miran los cochinos a los guardias que desvían la mirada, yo a los animalitos trato de distraerlos interpretándoles *yo conocí a una mujer, que con Juan era casada,* chillan y patalean los cochinos mientras yo continúo palmoteándoles *y como era tan galán, siempre lo tenía en afán,* comienzo a ver ranchos, cada vez más ranchos junto a la carretera, el corazón me salta al punto de que clop cloclop clop pierdo el compás *a los tres meses nacía, un muchacho tan divino,* un embudo de zamuros gira en el aire y los cochinos chillan aterrorizados, me miran como si yo pudiera salvarlos, *con la cara de cochino, como lo esperaba yo,* ¿Caracas? le pregunto al camionero, *cara e cochino, trompa e cochino,* no, me contesta entre la gritería de

los cochinos; El Matadero. *Rabo e cochino, ojo e cochino: roncaba como un cochino, como lo esperaba yo.*

Si tocaras un estrumento, me dicen, tendrías la oportunidad si tocaras un estrumento, pero yo con la carestía de todo cómo comprarme un estrumento, cómo, con lo difícil que es comprar en el mercado negro el permiso de buhonero, además, yo mismo soy el estrumento, yo al palmotear delante de la boca, cloc clocloc cloclopo, me soy frente al mundo solo, me soy sin servirme de la flautineta, la teclera la acordionata la pianiquera la trompetea la saxofonia la marimbancia la tamboronia, el guitarranio, el arpazón, el arpa sólo tocaría yo, porque se la abraza como mujer, como madero, pero el estrumento es uno mismo, íngrimo y sólo clocloclo cloclopo de yo a tú me hablo con mi estatura descalza y en alguna forma te adivino de entre la tela clocloclo cloclopo de las canciones desnebro la que quieres oír y yo quiero también interpretarla, y le hago clocloco clopo los arreglos de la fantasía, y me dicen, coño, no es así, pero sí es así, así es, y yo sólo me acerco a la canción como es, yo sólo me acerco a su coño sudoroso destrapajado descubierto al fin por la simpleza la pobreza la obscenidad del estrumento, cloclo cloclopo, del palmoteo, yo sin adornos sin resonancias al nivel de yo y tú con las uñas consiguiéndome la gloria porque la gloria es cuando encuentras tu melodía favorita y tarareándola duras siempre y nadie puede quitártela, escándalo quien no murmura para sí y quien no oye a los que murmuran, yo cultivo con las uñas jardín y te doy de él claveles, *O quizá simplemente, te regale una rosa,* de la pisoteada rosa de la indigencia, yo, maestro, su melodía favorita se la interpreto.

Usted me pregunta que qué vendo, y yo, señor agente, le digo que no vendo nada, yo interpreto, si acaso cloclo cloclopo *yo vendo unos ojos negros,* burla, no, no es burla, papeles de identidad, no tengo, en el calabozo me los robaron, sin domicilio conocido, venido a Caracas, declaro con el objeto de establecer contacto con la radio y la televisión, en las plazas durmiendo, de lo que me dan comiendo, de donde

me corren yéndome, molestar, no, yo no molestaba en las cercanías de la planta televisora, yo inquiría del vigilante cómo podría entrevistarme con el Gerente de Producción, digamos, o con el señor Joselo, para hacerles manifiestas mis habilidades, en el cafetín de la planta uno de los limpiabotas me dijo: mira, ese es el Gerente; la emoción casi me impidió moverme, comprendiendo que era la oportunidad de mi vida me planté a su lado; hablaba él con una señora de anteojos y con pañuelo en la cabeza que a pesar de las circunstancias reconocí como la primerísima actriz Delia Ceballos protagonista del drama estremecedor La Apasionada, tembloroso quise decirles, señor Gerente, mis habilidades, mis aspiraciones, yo un espectador asiduo de la programación de esta planta, un hombre en busca de la consagración, blanco, rojo y amarillo me ponía por explicarme, cuando decidí arrojar mi destino a los pies de la primerísima actriz mujer que en su papel de madre adolorida tantas lágrimas había arrancado a través del video y las pantallas; mirándola como si ella sólo pudiera comprenderme cloclop clocloclopo comencé a interpretar el tema musical de La Apasionada cloclop clocloclopo La Gran Novela que Llega al Corazón de las Mujeres cloclop clocloclop presentada por El Jabón que Proteje la Blancura de su Ropa cloclop clocloclopo, inflexiones inauditas quise encontrar para el tema; escondida fuerza quise hallar para las variaciones que debían traspasar los anteojos negros y arrancar lágrimas de la misma Apasionda, del señor calvo gordo que la acompañaba y que usaba camisa con caimancito verde, cloclop cloclopo hice en medio del silencio repentino del cafetín cloclop cloclopo en medio de un hielo roto por la risa del limpiabotas, en otras mesas se daban codazos y nos miraban, cloclo cloclopo me extremo en el tema de La Apasionada, queriendo alejar toda sospecha de burla, me esforzaba yo en el tema de El Drama que Toda Mujer Esconde, cuando Delia Ceballos dijo ¡coño! y era que obviamente por la emoción o la sorpresa había parpadeado y se le había metido en el ojo una pestaña postiza, cloclo cloclopo, ahora dígame, las risas de los burlones, la melodía favorita,

la pestaña que trataba de sacarse con la punta de una servilleta, concentrándome yo para sobreponerme a las adversas condiciones del público y del escenario, Delia Ceballos que al no poderse sacar la pestaña patalea y repite coño, coño, coño, su melodía favorita, la reidera de las gentes, el señor gordo que le hace una seña a uno de los policías privados de la planta que los llaman los caoboys y que tienen los músculos así, el caoboy que me pone una llave y me imposibilita seguir palmoteando el tema de la Historia que Hace Vibrar a Todas las Amas de Casa: yo que nunca pensando en el irrespeto, ni profesión ni oficios conocidos, yo diciendo, pero señor, pero señores, sin antecedentes penales, su melodía favorita se las interpreto, arresto disciplinario a ser cumplido en el recinto de esta jefatura y amonestación sobre su conducta advirtiéndose de las consecuencias de la reincidencia. Es Justicia que se hace en este Despacho a tantos de tantos de mil tantoscientos, Dios y Federación. Y ahora otra cosa. Te sabes todas las canciones. Sí, señor agente. Hay una que me gusta mucho. Sí, señor. Ya no la tienen en las rockolas. Sí. Me la podrías tocar. Sí, señor agente. Una que dice, *ella de noble cuna, y yo un pobre plebeyo.* Cloclo, cloclocloclopo.

PISO 51

José Antonio pasa por la pensión y le dice a Moncho que lo acompañe y se montan en una camioneta picó prestada y salen de la ciudad y cogen por la carretera de asfalto de las petroleras y tocan cornetas para apartar los burros y frenan para dejar pasar las vacas. La camioneta pasa al lado de basureros deslumbrantes. Esforzando la vista, Moncho descubre que son cerros de botellas de cerveza vacías. A lo lejos, internadas en el campo, casas con ristras de bombillos de colores.

—Estamos cerca del campo petrolero —explica José Antonio.

Moncho se seca el sudor de la frente y José Antonio mira a cada rato por el espejo.

José Antonio frena y se baja para comprarle cachapas a un muchacho que está bajo un techo de palma, y lo saluda y le pregunta por el compadre y dice algo en voz baja, y se vuelve a subir y dejan la carretera de asfalto y cruzan una charca y avanzan por un camino de tierra levantando una polvareda hasta que llegan a una chivera y una casa de bloques con techo de zinc. Frenan y caminan entre carcasas oxidadas de Fargos y de Fords y de Chevrolets. Atado a un bloque de motor, un perro de color de aceite sucio les ladra furioso.

En la casa hay un chinchorro vacío y un cuarto lleno de empacaduras de motor viejas y correas de ventilador gastadas y tripas con parches y radiadores perforados y cajas de herramientas oxidadas.

Salen y detrás de una de las matas de mango se les aparece Álvaro Luque vestido con un traje de caqui viejo, diciendo: Seguro mató a confiado.

Y volviéndose hacia el perro, le dice: cállate, Fenris.

Luego explica: se llama Fermín, pero yo le digo Fenris.

Entonces abraza a José Antonio y saluda a Moncho y les dice que ya va a estar preparado el sancocho. José An-

tonio baja de la camioneta periódicos y casabe y un frasco de picante.

Bajo las matas de mango, acostados en chinchorros, se espantan las moscas que atrae el sancocho, y Moncho, mirando a Álvaro Luque, piensa: está viejo. Cluecas cagonas picotean las migas de casabe y escarban. El calor desciende del follaje de las matas de mango y Moncho comienza a sentir el sopor de la hora, cuando advierte que José Antonio fija la mirada en un cuaderno viejo y un toconcito de lápiz que están sobre un taburete.

—Nada comprometedor —explica Álvaro—. Unos esbozos. Líneas.

Y, advirtiendo la intensidad de la mirada de José Antonio, añade:

—Yo trato de encontrar un centro, a partir del que toda palabra es sincera.

Allí José Antonio se arranca a aclarar que él ha sometido inúltimente alguno de sus originales a Sagitario, órgano hebdomadario de la colectividad, y Moncho siente desazonado que entre ambos ha operado la señal de reconocimiento de una masonería más antigua que la civilización y más fuerte que el hierro, en la que los santos y señas van con Garcilaso y vienen con Hafiz, y, como a los jugadores de gallos, ya no habrá forma de sacarlos del tema. José Antonio invoca a los creyentes que todavía hoy van a la tumba de Ferdoso a apoyar la frente para escuchar palabras que son como bálsamo, y Álvaro cita los nombres de los poetas árabes que murieron de amor, y José Antonio recuerda a Félix Pita, que versificó mientras luchaba en la guerrilla de Horacio Duchanne, y Álvaro recita alguna de las coplas de los que desafiaron al padre de todas las canciones. Fenris se echa y escucha con una oreja. Parece detenerse el pasar de las iguanas por la hojarasca. Un gallo los contempla.

Esta vaina no le gusta al pueblo —piensa Moncho, removiéndose en el chinchorro, desazonado.

PISO 52

—Vamos a hacer una huelga petrolera contra la dictadura militar —dice de repente Álvaro Luque.

Moncho hunde la cucharilla en los grumos de aliño del sancocho, que no sabe si se le ha vuelto insípido o demasiado aliñado, y busca el secreto en las peladuras de cebolla o los trozos de ají o las gotitas de suero, y así descubre hilachas de insipidez o de picazón entre el —José Antonio quiso que yo te lo dijera primero vamos a unirnos todos los partidos —la cosa es parar la producción de petróleo y la Junta Militar se cae —a los comunistas nos va a costar la legalidad —tres comités de huelgas clandestinos —si agarran uno quedan dos funcionando —el apoyo del resto de la población es el que decide —los cuadros del partido de ustedes, Moncho —que se sumen —que hagan huelgas de solidaridad —José Antonio ya ha hecho los contactos por acá —que no vuelva a pasar que los petroleros se queden en la estacada.

Moncho encuentra el ojo del pescado y piensa si chuparlo hasta sentir en la lengua la bolita que ya no tiene sabor y que rueda destilando esa insipidez que sabe a sudor o ese ají que no acaba de manifestarse. La cucharilla remueve el ocumo, el apio y el mapuey, y vuelve a los grumos de aliño, para empozarse en el caldo, con gotitas de grasa brillantes. Moncho siente que mueve trozos de pesadez y de sueño, nubes que a lo mejor se le van a ir en una lluvia desabrida, y suspira.

—Dictadura cae desde adentro —piensa, y deja caer la cucharilla en el sancocho que se le antoja frío. Desde la mata de mango, vuelan orihuelos hacia los samanes de la quebrada.

El perro duerme. José Antonio siente el silencio, mientras rebaña las últimas gotas del sancocho con el trozo de casabe.

Entonces bajan las nubes de pericos.

PISO 53

EN EL PATIO Fermín hace tintinear la cadena inquieto por los olores de los visitantes, el señor mayor que huele a asfalto, el jovencito que huele a gomina, el señor rechoncho que huele a cerveza.

EN EL CUARTO, a la luz de la lámpara de gasolina, José Antonio dice que ha caído el segundo comité de huelga.

EN EL CAMINO, saltando en el charco, los sapos chinaguas croan tala y tumba, tala y tumba, tala y tumba, y los sapitos les contestan: ¿y la quema? ¿y la quema? ¿y la quema?

EN EL PATIO, Fermín resopla al oír, a lo lejos, el ladrido del perro sato que cuida el maizal, y, más cerca, el del perro que cuida el rancho cerca de la carretera, el removerse de una gallina que tropieza con su vecina en las ramas más altas de la mata de tapara.

EN EL CUARTO, Joel Salazar dice que el ejército ha ocupado los campos, ha cortado la luz, la electricidad, el agua y el gas, y decomisado la comida.

EN EL CAMINO los sapos se mueven, miran hacia la carretera, quedan otra vez inmóviles, entre el hervor de los renacuajos.

EN EL PATIO, Fermín se echa, hunde el hocico entre las patas, y entonces siente el motor que se acerca por la carretera.

EN EL CUARTO, Álvaro Luque resume los informes: ochenta por ciento de la producción paralizada, setenta y cinco por ciento de obreros petroleros en huelga, se necesita el apoyo masivo para que la huelga no se pierda.

EN EL CAMINO los sapos chinaguas saltan, tala y tumba, tala y tumba, y los pequeños se zambullen.

EN EL PATIO, Fermín para las orejas al sentir que la camioneta cambia de velocidad, frena, vacila, y sus amortiguadores traquetean en el camino de tierra.

EN EL CUARTO Joel Salazar dice que la Seguridad Nacional y el ejército allanan casa por casa, decomisan las reservas de comida, mandan a la gente a trabajar presa en camionetas.

EN EL CAMINO dos puntos de luz iluminan los buches pálidos del saperío y los párpados membranosos de los pericos.

EN EL PATIO Fermín se para, salta detenido por la cadena, y ladra.

EN EL CUARTO se vuelven hacia la ventana las caras iluminadas por la lámpara de gasolina.

EN EL CAMINO la camioneta rebota en los huecos del camino de tierra, chirria, encandila con sus faros a los sapos chinaguas, y los pericos con los ojitos encendidos como estrellas.

EN EL PATIO Fermín ladra y patalea, haciendo despertar los cochinos, las gallinas, los gallos y las lagartijas que comienzan a escurrirse.

EN EL CUARTO Álvaro Luque detiene con un gesto a Moncho que acaba de sacar un 38, y le dice: No.

EN EL CAMINO la camioneta disminuye la velocidad, y brincan al suelo hombres con botas pesadas y hombres con zapatos baratos que se dispersan chapoteando entre el saperío de la charca que salta croando croá croá croá.

EN EL PATIO Fermín revienta el cordel que sostiene la cadena, y corre entre carrocerías oxidadas, motores corroídos

y latas perforadas, en sus ojos el reflejo de los faros del camión que se aproximan hacia Fermín como globos de fuego que brillan sobre las fauces de Fermín que se aproxima a los faros como soles cayendo entre la oscuridad donde saltan las chispas de los ojos de Fermín.

EN EL CUARTO José Antonio mira el tambor de un 32 mientras Álvaro Luque carga una escopeta vieja de dos cañones y se despide de Moncho diciéndole: Nosotros te cubrimos. Ahora lo importante es que encuentres el contacto para el apoyo.

EN EL CAMINO Fermín salta hacia la camioneta, envuelto en la nube de olor a metal y aceite y cobre y humo, y en ese momento los faros se apagan.

EN EL CUARTO Álvaro Luque tiende la mano hacia la lámpara de gasolina para apagar la luz. La luz, piensa en el momento en que su mano, rosada, se detiene en la llave, sintiendo el calor de la llama y el aleteo de los insectos que vuelan en torno a ella. Y siente físicamente lo que es la extinción de la luz. Cuando sus dedos dan vuelta a la llave, en sus ojos queda la imagen de una llama que se extingue cuyo fulgor es ocupado por una llama que se extingue cuyo lugar es ocupado por una llama que se extingue: los bordes de la llama se extienden, los siente correr por sus dedos y por su cuerpo, y extenderse al mundo entero para de inmediato extinguirse en la noche que se ahoga dentro del resplandor de una llama que se extingue, dentro de cuya lumbre aparecen, cada vez más remotas, como latidos, llamas que nada más al aparecer se extinguen.

PISO 54

Moncho corre entre nubes de pericos que escapan, salta junto a los restos del Ford resbala sobre el capó del Pontiac tropieza en la batea del fargo se escurre tras la ruina del Mack chapotea en la quebrada oye ladridos oye taponazos ve un chispazo luego dos explosiones muy seguidas, tala y tumba, tala y tumba, tala y tumba corre oye una seguidilla como de máquina de coser papapapapapapa ve un chisporroteo oye su propio corazón oye los grillos las gallinas los pericos los chinaguas tala y tumba, tala y tumba, tala y tumba, ¿y la quema? ¿y la quema? ¿y la quema?

Moncho corre entre montones de botellas rotas pisa sobre alfombras de vidrio resbala sobre montones de basura. Al rato siente que nadie lo sigue. El calor sopla en la noche sin nubes. A lo lejos estalla un rebuzno.

La luz de los mechurrios lejanos alumbra los burdeles de carretera, cerrados por el toque de queda. Moncho se apoya en postes de bambú y escucha repiquetear ristras de bombillos rojos, apagados. Un olor a orines lo quema todo. Otra banda de pericos echa a volar.

Suena ún ladrido. Otro ladrido le contesta. Moncho se mueve, y siente a sus espaldas la ladrazón. Hacia la carretera, desde donde viene el resplandor de los mechurrios, contesta otra ladrazón. En la noche, se mueven hacia Moncho perros lengüeteantes. Sus pupilas recogen el brillo rosado de los mechurrios.

Moncho ve venir desde la oscuridad un collar de ojos que es como un gusano de luz o un incendio que avanza. Tras ellos, una silueta humana que crece. Cercado por los perros, Moncho distingue que la figura humana es la de un pordiosero que le tiende una mano tan mansa como las meneantes colas de los perros más cercanas: Señor, deme algo para mis perros.

El coño de tu madre —le dice Moncho.

PISO 55

Moncho entra al botiquín a la hora de esas siestas de pueblo en las que culebrea la cantinela de uno de esos tocadiscos de cuerda que toca un disco de bakelita con el pasodoble *Madrid*. De vez en cuando se pega en España, aña, aña, aña. En la plaza, uno de los autobuses rompe la calma; el chofer cholea y cholea el acelerador para llamarle la atención a una cocinera que pasa con una cesta llena de mapueyes. Hay en el suelo muchos papeles engrasados y muchas moscas.

Carajos bien vestidos, con pantalones planchados —observa Moncho, fijándose en los transeúntes. Luego mira la tienda del turco, calle por medío. Ante la puerta estaba una pirámide de maletas de cartón. Del dintel cuelga una ristra de vacinillas, que acompañaba un atado de tirantes con dibujos en las elásticas.

—Moderno —piensa Moncho, sorprendido por el antojo de cambiar de tirantes. Pero vienen a su mente una serie de consideraciones, y concluye—: será para más luego.

En el pueblo se oye el siseo del pulverizador del barbero que nebulízaba colonia barata en la nuca de algún cliente. Ambos olores, el de la colonia y el talco, llegan hasta Moncho, quien se pasa la mano por la nuca pensando que ya siente la calor del tiempo que no se afeita. Y siente tristeza. Todavía no se le quita la impresión de que todo el mundo lo mira.

Pide una cerveza, y se demora en cada sorbo. Espanta una mosca del borde del vaso. El muchacho le explica que está tibia porque el generador de la planta no manda.

Moncho camina hasta la puerta, atisba y vuelve a entrar En el mediodía del pueblo no se mueve nada.

Piensa pedir otra cerveza y siente horror de la tibieza de la espuma. Trata de distraerse mirando el retrato de Bolívar que está sobre el mostrador y sacando cuentas mentales del dinero que le quedaba. En las pausas, nota sin sorpresa una opresión en el pecho. Entonces oye que sale el autobús. Moncho vuelve a espantar la mosca. Se dirige a la puerta y vuelve a ver la plaza. Pregunta por la hora y el muchacho se encoge de hombros.

En ese momento, Moncho sabe que el contacto del partido que había quedado en encontrarlo allí, no va a venir.

Meses después, cae preso.

ENCERRADOS EN LA ESFERA SIN LÍMITES

4:00 p.m.

Teléfono. Atiendo. La voz de Alba. Hola. Hola. Nos vemos. Dónde. Donde siempre. Te llamé en la mañana. Sí, pero no estaba. Dentro de cuánto. En un cuarto de hora. Bueno. Cierro.

Alba.

Guardo el paquete de fichas.

4:01 p.m.

Desde el escritorio, por la ventana panorámica, miro la bandada de palomas que da vueltas sobre los cubos de concreto de los edificios.

4:02 p.m.

Ventana panorámica donde desde el piso veinte se contempla el conjunto de cubos de concreto presumiblemente huecos y repletos de otros escritorios desde donde los ocupantes por similares ventanas panorámicas en este instante clavan sus ojos en una bandada de palomas que entre cubos y cubos torbellina espirala circunvala, por instantes dibuja en el aire una forma que se desintegra y luego se integra para desintegrarse, y este enjambre de palomas es el universo. Torbellino de partículas girando, impelida cada una por particulares fuerzas, tejiendo y destejiendo esquemas que contemplamos desde nuestros escritorios intentando adivinar el significado, la intención, la permanencia. El mundo se crea y se acaba en cada instante y la bandada enjambra y desenjambra y se acerca y se aleja y se muestra y se oculta a nuestra mirada y su forma se perderá y morirán de moquillo sus palomos y otros los sustituirán. Nosotros, desde el escritorio de la oficina del Inventor de Requisitos, intentamos medir diagnosticar declarar y afirmar eterna la forma transitoria que captamos. La oficina, nuestro amuleto contra el caos, la creación o el fin del mundo en este instante ante nuestras ventanas. Contra estos átomos emplumados azarientos aleteantes, la soberbia del hormigón y el circuito.

Contra las patitas rosadas, los ficheros y los organogramas. A medida que el sol desciende, escamas de luz centellean en las alas de la bandada. Perdigonadas de sombra, navajazos de luz como una nube que se nieva a sí misma. Hay que apartar la vista. Pero las palomas seguirán girando.

4:03 p.m.

A la secretaria, que salgo y que no vuelvo, que cualquier llamada apunte, y que llamen mañana.

Mañana.

Será.

Otro.

(¿Otro?)

4:05 p.m.

Entro al ascensor donde no se encienden los números de los pisos sino la cara de los ascensorantes diez señora amargada nueve dama resignada ocho doña con esperanzas siete mujer desconfiada, analizando bien de cerca y aprovechando que nadie mira veo que lo que parecen distintas caras que se encienden son distintos momentos de la misma señorita con esperanzas que nos bajamos en el primer piso y dice gracias. Entonces el ascensor se llena de caras que se elevan todas hacia los números esperando la jeroglificidad del momento y del piso que irá brillando sobre cada correspondiente cara y reflejándose en sus pupilas en el fondo de las cuales espera la preimagen retiniana del número del piso y me voy antes de que el ascensor suba y baje solo, como una urna llena de números.

4:10 p.m.

Por la calle, ir inspeccionando un centenar de semblantes que se van impresionando en la memoria a fin de que la memoria los vaya borrando.

4:11 p.m.

Entonces sucede que soy presa libre de las acumulaciones del azar y las aproximaciones de los rostros que me llevan por esquinas y por pasajes comerciales y me recogen y me

rechazan y hasta me llevarían en autobuses y me encerrarían en cines y en salas de conciertos y en almacenes baqueteándome de aquí para allá en la enormidad de sus cifras y de sus fluctuaciones y de sus marejadas. A lo largo de las calles rebotan las perdigonadas de carne que me arrastran. Puertas que escupen balines personales empujados por concurrencias de fuerzas.

Frente al café, me agarran del brazo. Volteo.

Alba.

4:12 p.m.

Besito, besito, cómo estás, qué hubo, cómo sigue la buena gente, ahí, dónde hablamos, será acá, en el café, hay puestos, sí, esta mesa. Muy cerca de la rockola. En la barra del bar un señor gordo mira la espuma de un vaso de cerveza. Más allá, cuatro choferes golpean piedras de dominó sobre una mesa. En el mostrador, se agolpan clientes pidiendo tostadas.

Dámela con masa.

4:15 p.m.

No, gracias al vendedor de lotería, y después al limpiabotas, que entonces pide medio. No sé. El ambiente como que no es muy bueno para. No se oye. Mejor. Y qué quieren los señores. Dos marroncitos. Necesitamos, me dice Alba, todo el dinero que queda en la cuenta, y un apartamento seguro. Ah.

Intento clasificar los ruidos. Pienso en lo que sucedería si flotaran independientemente de sus causas. Constelaciones sonoras. Supongamos que los ruidos no tienen causas y que nos obligan a inventar los objetos para justificarlos. La voz de Alba. Río. Entonces, me tocan por el hombro. Volteo, y encuentro al Corroñoso, que me mira fijamente. Coño, poeta, me dice, qué bueno que lo encuentro, poeta. Y pone la mano en la silla que está delante de Alba, con aquel gesto suyo como de echar a correr si uno le caía a puñetazos, lo que nunca era el caso, pero precisamente eso lo ponía en el estado de ánimo para lo que seguía. Coño, poeta, cómo está el poeta;

mire, un cafecito, le grita al mesonero. Y se desliza en la silla de medio lado. Ahora comienza la situación. Alba me mira. Vete, pienso, sabiendo que el Corroñoso me adivina el pensamiento y precisamente por eso no se va. Antes bien, dirige amplias miradas por todo el café como atisbando la razón por la que queremos que se vaya.

—Coño, poeta, tiempo que no nos veíamos, poeta —el Corroñoso se distiende en la silla, como tomando por fin posesión, y se ríe. Lo escruto. Sus ojos vacilan para cruzarse con los míos, parpadean, se desvían. Espero, para contemplar el espectáculo.

—Coño poeta, ando jodido, poeta.

—Aquí tienen los señores —dice el mesonero.

—¿Tiene azúcar?

—Ya se la traigo.

Alba voltea para la puerta donde gritan las noticias de la tarde, desmantelado grupo guerrillero. Entra un señor que vende yesqueros.

Hago un gesto como para despedirnos. Alba me contiene con otro gesto, para que no parezca tan repentina nuestra marcha. Entonces el Corroñoso comienza a contarnos los extremos a que ha llegado su situación con el partido. Es cierto que ha caído en todos los grados de la provocación y la maquinación, pero él ha confesado todas sus cagadas en el esfuerzo de volver a ganarse la confianza de quienes precisamente por eso se ponían más desconfiados. Entonces le daba por decir que el partido lo había vuelto a aceptar y nadie sabía si era verdad, y desarrollaba el tema de la autocrítica; de la claridad que daba la autocrítica, que era una especie de profundidad sobre los actos ya que todo acto desde ese momento se presenta planteado desde la doble faz del acto propiamente dicho y de la crítica o de la autocrítica del acto. Así puede uno cometer el acto al mismo tiempo de estarlo criticando o criticarlo al mismo tiempo de cometerlo, lo que abre un universo de posibilidades para los fines de

la progresión en la vida. De tal manera ganada o vuelta a ganar la confianza del partido, vendría el momento de examinar y de criticar esa misma confianza sobre fundamentos críticos y también autocríticos, y así la cosa nos iría involucrando cada vez más a todos y por más tiempo.

El Corroñoso tiene una habilidad que es la de recomenzar en el momento exacto en que uno va a interrumpirlo. Disocio cada uno de sus gestos, como si fueran hechos por docenas de personas diferentes. No se sabe nunca de quién es un gesto o una palabra de El Corroñoso. Entonces, me sorprende un gesto mío, un voltear del cuello, que se repite en él. Me da horror, pensar que por momentos estoy allí.

—Vamos —le digo a Alba, que me sonríe. El momento justo de esas sonrisas que tienden un puente, y entonces parece como si un cuadro de película hubiera quedado inmóvil. Le sonrío igual. Caigo en el encanto de nuestras actitudes frente al puente secreto, extraídos de la circunstancia como en una lámina, mirándonos.

—Cóbrese aquí —le digo al mesonero.

El Corroñoso insiste en acompañarnos a pesar de que le decimos hasta luego, y todavía sigue como por casualidad nuestros pasos, mientras nos cuenta la última maldad de sus envidiosos y sus enemigos. Alba le asesta una mirada. El Corroñoso queda atrás, nos veremos, te localizo, tenemos que hablar. Entonces nos sigue como a una cuadra de distancia, mientras Alba y yo nos reímos recordando sus anécdotas. El Corroñoso recorría todos los pintores de izquierda pidiéndole cuadros para ayudar a la causa, y revendía esos cuadros para comprar aguardiente. El Corroñoso pedía carros prestados para una misión cada vez que quería sacar a pasear un levante. El Corroñoso se robaba el multígrafo cada vez que la izquierda hacía una toma de instalaciones. El Corroñoso se la pasaba con una latica pidiendo a las puertas de la facultad de Economía. El Corroñoso tenía engañados a los escritores con el cuento de que él pintaba, a los pintores con el de que hacía música, y a los músicos con el de que él escribía. El Corroñoso tenía el talento único de hacer pelear

a la gente en un grupo para él prevalecer, pero entonces se acababa el grupo y no tenía dónde ir. El Corroñoso se fingía perseguido para vivir enconchado en casa de camaradas. El Corroñoso siempre andaba pidiendo prestados revólveres para la lucha armada y se los revendía a los malandros. El Corroñoso hablaba estilo Cantinflas en los foros y arrancaba aplausos diciendo que él era muy ignorante. El Corroñoso se la pasaba en un bar de Sabana Grande haciendo listas negras de los intelectuales que iban al mismo bar. El Corroñoso consiguió que le confiaran uno de los carros del partido y lo puso a hacer por puestos con un primo de él y después dijo que el carro había caído. El Corroñoso era marxista de oído. El Corroñoso siempre andaba recogiendo firmas. El Corroñoso en realidad *nunca había estado en el partido,* y por eso no había forma de revocar la expulsión de la que se decía víctima.

El Corroñoso se pierde detrás de una hilera de autobuses.

4:30 p.m.

Los autobuses están detenidos por la congestión. Oleadas de pasajeros corren hacia ellos. Rompen las colas, braceando. Las puertas de los autobuses abofetean, abriéndose y cerrándose. Un vapor de tubo de escape nos alborota el pelo. Volteo hacia Alba. Nos une otra de esas sonrisas inmóviles, mientras los que corren hacia los autobuses pasan entre nosotros como sombras. Los autobuses, mal estacionados, bloquean la calle, y entonces suena una corneta, y otra, y otra. Alba me habla. Sus labios se mueven sobre dientes muy blancos y agudos, mientras su cara entra y sale de las caras de los que corren atravesándose entre nosotros. El corneteo crece y me impide oír lo que Alba dice. Sonríe, y se calla. Siento una opresión. Sonrío. Sobre ese instante cae el tiempo.

4:31 p.m.

Siento que ya está dicho todo. La tomo de la mano, atrayéndola en medio de las sombras de los transeúntes. Me parece que todos hacen esfuerzos por llegar a tener una cara.

Ni siquiera segundos después los recuerdo. Sombras. Caminamos el uno al lado del otro, ahora sin mirarnos. Me fijo en una señora gorda, cansada, que ve una vitrina donde dice LIQUIDACIÓN, GRAN REBAJA. De ganchos en el techo cuelgan calzones, camisas y bragas. Parpadeo. Creo haber visto, en las bambalinas, tripas, en los revoltijos de pantaletas, cajas viscerales, en los conjuntos colgados, cuerpos decorticados. Cabezas de maniquíes decapitadas. Volteo hacia Alba.

—¿Para cuándo nos puedes tener el dinero? —pregunta.

—Mañana a primera hora.

—¿Y el apartamento?

—¿Uno legal?

—Lo más legal posible.

—¿Para cuándo?

—Para ya.

—¿Una ofensiva?

La miro. Me rehúye la mirada. Contemplo entonces rostros, en un autobús inmóvil. Clavados en la congestión en la ventanilla, con los ojos perdidos. Para ellos no existimos. Nunca se moverán.

—No se debe preguntar —dice Alba, al fin.

—Una acción. Pero no pedirían todos los fondos si fuera una sola acción. Me han hecho pedidos, de otras partes. Viene algo muy fuerte.

—Ah, Micael —dice, desviando la vista hacia una vitrina llena de relojes.

4:35 p.m.

Entonces me desarma la dispersión de las horas en el relojerío. Según el reloj que eligiéramos, y de creerle a sus agujas inmóviles —pues, con el tiempo, todo es cuestión de creer— estaríamos en momentos distintos del día. Pero allí nosotros dos, bolsas de sangre, unidos a pesar de la gritería y las calibraciones cronológicas. Alba mira la vitrina, pero en realidad para cerciorarse en el reflejo de algún detalle en el tropel de sombras de transeúntes que cruza la calle. Noto

entonces que el tiempo de las esferas se duplica en las tiras de espejo y de cromo de la vitrina. Lentes de aumento de plástico rotan en un dispositivo de exhibición. Jaurías de relojes lanzados a aprisionar un. Este. Instante.

4:38 p.m.

—Una ofensiva.

—¿Qué crees tú?

—A fondo. Me han pedido las últimas reservas. Dijiste que necesitan un apartamento. Entonces, se mueve otra vez la cosa.

—Sí.

—Pero, ¿con qué?

—Con lo que sea. Esta tregua nos está acabando. Nos siguen golpeando, y no reaccionamos. No nos acabó la guerra larga, y nos va a liquidar la tregua.

—Y yo.

—Tú sigues donde estás. Es muy necesario el contacto. La legalidad. Alguien que pueda moverse, conseguirnos cosas. Una fachada.

—Nos han cortado todos los contactos. Antes éramos un problema político y ahora somos un problema militar. Nos tienen donde querían. Cortados de la masa y ahora nos van a cortar del partido.

—¿Por qué no nos vimos más —dice Alba muy bajito— desde la última vez?

—Sé de un apartamento.

Arranco otra vez a caminar.

4:40 p.m.

—No estabas esta mañana en la oficina.

—Fui a un entierro. Un viejo. Un compañero.

—¿Amigo?

Me río.

—El señor Gustav. Un técnico. Nos divertíamos. Aprovechábamos el tiempo libre de las calculadoras para hacer modelos de arquitecturas imaginarias, o de universos alternativos. Por ejemplo, un cosmos en donde en vez de au-

mentar el desorden, disminuiría hasta llegar al horror de un orden total. O el modelo inverso. Juguetes.

—¿De qué murió?

—De obsesión. Por embromarme, inventó que había descubierto que las calculadoras trabajaban en un proyecto inmenso, en calcular el modelo de un universo alternativo, cómo decirte, menos monótono que éste. Algo así como un cosmos con diez veces más materia, diez veces mayor cantidad de elementos químicos, diez veces mayor cantidad de partículas subatómicas, con un tiempo capaz de correr en varias direcciones distintas, y constantes universales variables, capaces de multiplicar las variaciones y las combinaciones de todos los elementos disponibles. Hasta me enseñaba fichas con los primeros elementos del programa:

000000000000000000000000000000000000000000000
000000000000000000000000000000000000000000000
000000000000000000000000000000000000000000000
000000000000000000000000000000000000000000000
000000000000000000000000000010000000000000000
000000000000000000000000000000000000000000000
000000000000000000000000000000000000000000000
000000000000000000000000000000000000000000000
000000000000000000000000000000000000000000000

—¿Qué es eso?

—Un punto en el vacío.

—¿Y creía en eso?

—Pienso que quiso tanto que yo creyera, que terminó creyendo él. Murió, cómo decirte, con un paquete de fichas en la mano, soñando que estaban y no estaban donde las había dejado. Decía que allí estaba todo. Un modelo del otro universo y un anuncio de la catástrofe que va a terminar con éste.

—Déjame ver.

—Toma.

—No veo más que agujeros hechos al azar

—Es que un universo no es otra cosa. Alba.

—Entonces qué importa.

—Suponte por un momento que es verdad. Que rompiendo estas fichas o quemando las calculadoras puedes evitar la disgregación de esos agujeros, fíjate, que tu acto o el mío pudieran tener esa importancia, decidir ahora mismo la disposición o indisposición de los agujeros en el vacío. ¿Qué harías?

—Toma.

—Yo mismo le planteé eso al señor Gustav, si podíamos detener la catástrofe que va a parir el otro universo. No, me contestó. Ya está sucediendo, y siempre ha sucedido. Los efectos de un cataclismo capaz de poner punto final a un cosmos debían extenderse a todas sus regiones, llenarlo todo, como la agonía llena al moribundo. Las repercusiones de esa muerte alcanzarían al pasado y al futuro, fracturándolos en una cadena total de descomposición cuyos efectos serían claramente perceptibles ahora mismo.

—¿Cuáles?

—El tiempo.

—¿Y todo eso es verdad?

—No. Creo que lo que le interesaba era plantear opciones, que no le importaba si el cosmos se está de verdad pudriendo dentro del tiempo o en los terremotos de desorden de las oleadas entrópicas, sino qué harías tú, qué elegirías si pudieras decidir entre evitarlo o no evitarlo. El señor Gustav amaba los sueños, porque durante ellos tomaba posiciones ante lo inexistente. Estas posiciones, entonces, fulguraban al volver a esa nada, decía, que es despertar.

—¿Qué harías tú?

—No hay opciones.

5:10 p.m.

En el cruce de calles, miramos en las cuatro direcciones. En cada una de ellas una hilera de automóviles paralizados y en cada automóvil una hilera de caras inmóviles mirándonos mirarlas tras cristales que no detenían el bramido de los

motores, y en el siguiente cruce otras cuatro hileras y otras cuatro aún en el siguiente. Dentro de cada automóvil, pares de ojos evitan clavarse en otros pares de ojos y resbalan en los detalles de los adornos de cromo y en las nubes de la humareda de los escapes. Huyendo de la cada vez más frecuente encontradez de los otros pares de ojos encerrados en las cabinas inmóviles que retiemblan por la trepidación de los motores en neutro. Vamos de un raudal de ojos a otros. Pienso que si se los encendiera como faros, titilarían a lo lejos en la reverberación del aire. Suenan otra vez las cornetas. Guardo las fichas en el bolsillo.

Luces de semáforos. Astros de sangre. Me tapo los oídos. Cuatro motociclistas arrancan. Los cascos les tapan las caras.

5:15 p.m.

Entonces me doy cuenta, Alba, de que ni siquiera tú me salvas de la oscilación de las marejadas de los gentíos y tengo que contarte mi diversión favorita en las calles, que es desincronizarlas, cortarlas en lonjas de hace unos minutos o dentro de unos minutos, produciéndose así el despedace, por el suelo se mueven los pies de hace una hora, sobre ellos flotan los torsos que pasaron hace una media hora, y sobre ellos como proyectiles las cabezas que pasarán mañana, y no hablar del enredijo de los automóviles de anteayer y pasadomañana penetrándose y fundiéndose en marañas y amasijos y erupciones de cromo y vidrio fracturado y vinilo y émbolos, y de los edificios que estarán y de los que ya no están hasta que todo en trozos colide con todo en la reverberación del desorden y nosotros mismos nos despedazamos en el mar de fragmentos que cruzan de acá para allá: dientes, ojos, dedos, como si hubiéramos ido dejando pegado un órgano de cada instante.

—Sí —dices— el hombre en trozos.

—El apartamento —te digo, deteniéndome frente a un edificio mediocre y viejo—. Espera a que le pida la llave prestada a la conserje.

LA PUERTA

6:00 p.m.

La conserje gorda me recibe entre trapos colgados a secar y ollas donde hierve el cocido. Le digo que vengo a ver el apartamento que se alquila y me deja la llave. Subo las escaleras mirando hacia un patio triste, y encuentro a Alba que ya está frente al apartamento, y palpa la puerta con las yemas de sus dedos.

—La puerta —me dice— ¿te has dado cuenta de lo que es una puerta?

6:06 p.m.

Abro la puerta para que entres, enciendo la luz, no, todavía está claro, apago la luz, qué tal, dos habitaciones, recibo, baño, cuarto de servicio, fregadero, sin muebles, parece bien, sí, parece bien, se puede conseguir sin mucho papeleo, sí, pagando un traspaso, está bien, dices, con ese gesto en la boca.

—Todo va mal —te digo.

—¿Cómo?

—Todo va mal. Lo noto en la forma como hablas de la ofensiva. Tratas de no darle importancia.

—Todo está lo bien que debe estar.

—Anoche, soñé con Rubén. Estaba en la azotea de la pensión donde estudiábamos, tú sabes, alambres de colgar, colchones viejos, tejas con esqueletos de gatos y papeles arrugados, y entonces llegan tres muchachos desconocidos con bolsas de papel, me dijeron que venían enviados, y comenzaron a echar sobre el techo lo que me dijeron que

eran las cenizas de Rubén. Por la rajadura de una de las bolsas se veía el hueso de un cráneo. No lo pude soportar y desperté.

—Rubén está bien. Todavía.

Entonces alzo una mano hacia tu nuca. Atraernos, caer al suelo. No decir palabra. Mirarnos, mientras mi materia pasa a tu materia. Bajo tu cabeza, un papel de periódico con una cagada de paloma. Parpadeas. Me miras.

Mira como soy, Alba, incapaz de saber en realidad cómo soy, incapaz de olvidarme de que no puedo saberlo, incapaz de decir, bueno, cero saber, cero olvidar, y qué pasa, no se acaba el mundo, pero mentira, Alba, el mundo sí se acaba, se acaba cuando sabemos que no podemos alcanzarlo morderlo como te puedo morder, gritarás Ay, te diré chito, la conserje, te quedarás mirándome.

Mirándome. Qué haces cuando me miras, Alba, recoges información, clasificas las formas que hacen en mi cara los enredijos de músculos para a tu vez saber qué formas darle a los enredijos de músculos

Risa	Goce	Llanto
Terror	Asco	Duda
Sorprensa	Curiosidad	Indiferencia

Según el instante y el momento oponer juegos de expresiones a juegos de expresiones, o también remedarnos infinitamente, yo remedándote a ti y tú a mí en un ciclo que nunca acabaría en este apartamento sin muebles o nuestras expresiones cada una por su lado Alba.

Cada una por su lado Alba, como han estado todo el tiempo antes de que nos encontráramos y todo el tiempo que nos desencontraremos, aunque mentira, desde siempre y antes de encontrarnos nuestras caras siempre estuvieron haciéndose gestos y los que creímos hechos a otras cosas nos los hacíamos en realidad el uno al otro. Porque de lo demás, estuvimos excluidos, durante el tiempo que prepará-

bamos nuestro encuentro, que marchábamos el uno hacia el otro perforando la realidad.

Ven, mira donde nací, los hechos, el pueblo con las paredes pintadas de asbestina desteñida, las aceras con los canales de aguas servidas donde se pudren papeles y este sudor y estas moscas y el mar, que vomita cangrejos muertos. Cómo tratar de llevarte Alba, a esto que es la LA REALIDAD, cómo tratar de describirlo y medirlo y transmitírtelo. Cada hora sin atenuaciones. Bajo el descenso de esas horas, encontré la forma de perderme de todo.

Pero lo que yo quería que vieras, Alba, es el tiempo corroyendo las cosas, incluso las más impenetrables, los cangrejos, que el mar arrojaba muertos. Como huevos cascados, con un racimo de patas. Relojes aplastados. El tiempo los iba vaciando por dentro, dejando intacto su cascarón. También hacía presión sobre los periódicos viejos y los vasos de cartón que se pudrían en los charcos de las calles, sobre la carretera orillada de cauchos viejos y de chatarras. Porque el tiempo trabaja mejor cuando no se lo siente. Así, la opresión y la liberación del mar. Y la de la noche, cuando se siente caer la lluvia del tiempo. Gotas de miel sobre cada cosa y sobre cada persona. Las conchas, perforadas, los rostros, arrugados, las nubes, deshilachadas, los recuerdos, desleídos, los zapatos, desgastados. Los platos, agrietados. Los pescados, podridos. Las piedras, arenadas. El agua, hecha mar. El día, vuelto rutinas, chismes, juegos de dominó, comentarios hípicos trasmitidos por la radio. Lejos, recostado de uno de los puentes del caño, estaba una carcasa herrumbrada en forma de tubo, un submarino portátil que alguien ensayó y dejó abandonado. Yo entré una vez en la cabina. Olía a mierda y a papel húmedo. Los cristales estaban rotos, empañados por un vaho opaco que producía el sol. Quise jugar al aeroplano o al mismo submarino pero el encierro y la muerte del propósito del inventor me vencieron. Nadie sabía del proyectista, ni de cómo fracasó. Lejos del pueblo,

unos rieles se hundían en el mar. Dentro de la carcasa no quedaba nada, ni motor ni acumuladores. Todo era color pimienta y raspaba. El aparato también murió, de corrosión: el salitre fue perforándolo. Pero dentro de él yo había descubierto los bolsillos en el tiempo, porque cada situación tiene centro y tiene límites y tiene rincones, como un cuarto. Uno de los rincones es acristalado, como una cabina, y en él se puede estar, mientras el cáncer del tiempo corre como un salitre.

La luz era muy fuerte, y muy fuerte los cuerpos definidos por ella. El baño estaba en el patio de la casa y era un cuarto de bloques y en el desagüe chorreaba una baba verdosa y dentro se bañaban primas o visitantas y como la ducha no tenía techo, fíjate, el sol de mediodía se asperjaría en el chorro de la orina y habría tantos resplandores, y entretanto los parientes se ponían a jugar dominó en la galería para escaparse del tiempo. Te dejaban todo el tiempo de la casa para ti para que trataras de tragártelo durante el día, y en la tarde al no poder más, te fueras al mar, tardes en que salía una luna transparente, buceabas jugando al torpedo y al salvavidas, pero nunca al muchacho bajo la luna transparente de la tarde, porque nadie juega a ser quien es, ser quien uno es es tan insoportable como el tiempo. Las pesas de la pescadería juntaban moscas y el motor de la nevera de la heladería también, y entre las moscas cada objeto del pueblo era nítido y cada objeto inexcusable. Tan colocado en su lugar por la luz y el calor que resultaba escandaloso pensar en moverlo. En el patio de la casa había un mono amarrado a un palo con una cadena. Este mono había agotado los trescientos sesenta grados de las posibles rotaciones de su cadena, y todavía rotaba y rotaba, sin saber o sabiendo que a cada nueva rotación ocupaba un sitio que antes había ocupado. Yo hubiera podido pensar, Alba, que tenemos trescientos sesenta gestos y que repetidamente incurrimos en ellos. Una mañana trajeron una baba que habían matado en el caño y por maldad se la tiraron al mono cerca del poste. Ninguno de sus trescientos sesenta grados servía para conjurar el

miedo. Temblaba, chillaba, cagaba como para que la baba desapareciera, pero la baba estaba allí: colmillos, garras, cola, hediondo, muertos. Y nosotros gritándole. Yo gritándote. Ese mono murió después, de un rasguño en una mano. Se empeñó en hurgarlo y en atiborrarlo de astillas y tierra y pedazos de vidrios. Se arrancaba las vendas que le poníamos. Escarbaba su propia carne. No sé si quería arrancarse la carne que le dolía (toda) o meterse adentro lo que no le dolía (todo). Murió antes de terminar de escarbarse.

En el mar, Alba, se entraba a un mundo curvo e inasible, sin tiempo o donde el tiempo era hasta tal punto lo único, que dejaba de hacerse evidente: como ciertos demonios chinos, sólo podía ser atrapado por los ángulos rectos, por las habitaciones, por las cajas de bloques de concreto: allí distingo que pasan, como exhalaciones, tíos y tías a quienes ha reventado el tiempo. Estrellas fugaces, ayer voces y actos. Ceniza hoy, espuma. El mar, como un estómago. Devolvía una espuma parda, palitos desmenuzados y algas podridas. La memoria. Los muchachos a veces salíamos hacia la desembocadura del caño, a desenterrar cangrejos. ¿Cuáles muchachos? ¿Cuyos sus rostros? ¿Sus nombres cuáles? Ningunos. Sombras o fantasmas entre el sol encandilante. ¿Hoy fulminados? ¿Fulminado yo mismo, porque nada queda de mi chapotear en el agua, del ojo que distinguía, en el fondo, los montículos donde se habían enterrado los cangrejos? ¿De las manos que desenterraban al animal con palos, y lo asían por las pinzas, para que así quedáramos como una pareja de danzantes en un círculo eterno: incapacitado el cangrejo de hacer nada, pero también yo, que retenía sus pinzas? Relojes calcáreos: todos agrupados en su floración de corazas. Hasta formar una *ola* opuesta a la del mar: el mar, a su vez, penetrándolos: hasta la interacción de las esencias: la liquidez informe dentro de la erizada y precisa caparazonidad: y viceversa: ¡Mar estrellado de macanas! ¡Verdor tijereteado! ¡Los cangrejos embistiendo el mar como un escuadrón de *puños!* ¡Al final licuados en una gelatina traslúcida! ¡Estrellas artrópodas! ¡Resacas crocrantes! ¡En las burbujas de

sus ojos registrada rigurosamente cada burbuja de la espuma! ¡Soñando ellos mismos en todos los ojos posibles! ¡Transcurriendo entre teselaciones imposibles! ¡Batalla entre la pinza y las olas! ¡Arañas de sal! ¡Manos de esqueleto! ¡En un cangrejo de vidrio se verían todos los horrores de la luz! Los continentes nacieron de erupciones de cangrejos. Sobre las marejadas predominó la pudrición geométrica. El mar es la baba azul de un cangrejo cuya coraza fue cascada por el parto del sol. La luna es el último cangrejo. Cuando se enciendan los palos de fósforos de los ojos de los cangrejos, será el infierno.

Intentos para conjurar el tiempo: en la Semana Santa, acompañar la procesión que se mueve en el sol como un gusano enfermo. Enganchar con alfileres las faldas enlutadas de las viejas. Chupar limones frente a los cobres para que a los músicos se les secara la saliva. Soplar para apagarles las velas a los que pagaban promesas. Cortarle las cuerdas a las tiendas de los temporadistas. Pedirle milagros al cura. Hacer ruidos feos durante las siete palabras. Atizar al gusano negro, para que se retorciera. Es para eso que los niños torturan animales. O aún, más tarde en el año: jugar trompos. Volar papagayos. Despedazar el tiempo. Encender cohetes en diciembre. Reventar con el cristal que se le ha solidificado a las cosas todo el año. Atronar las cloacas. Atronar las cuevas de los cangrejos. Atronar los automóviles. Atronar los huecos de las letrinas. Perseguir hasta sus cuevas los bichos del silencio. Atronar las noches con explosiones y charrascas. Patinar en la plaza de cemento frente a la iglesia. Quebrar con cohetes el caramelo del tiempo que se había formado sobre el pueblo. Chispear con los patines sobre el cemento. Chispear con los cohetes sobre los tejados. Desventrar los cohetes a los que les faltaba la mecha. Encenderlos y hacerlos reventar de un pisotón. Mirarse en el dedo la llaga del chorro de chispas. Reventar la última andanada de tumbarranchos, saltapericos, cohetones y bengalas. Reventar la cola de las estrellas. Prenderle mechas al cielo para terminar el tiempo. Cohetes contra cohetes,

ruedas y remolinos de chisperío chisgueando chirriantes chasquidos en el bochinche y en el berrinche: galanas alas de bengalas: Apocacrisis. Contemplar la cristalización del tiempo la mañana siguiente. Ver el mar más preciso y más claro. Encontrar el cielo más azul. El silencio más silencioso. Deslizarse por el pueblo como por un campamento abandonado. Saber que el precio de escaparse del tiempo es no crecer. Saber que por fuera de uno la carne envejecerá, lejanamente. Pensar que la felicidad está aquí. Sentirla en esta intemporal mañana y en esta hiriente claridad. Pero saber que no se es feliz ni infeliz, Alba. Que nada más se contempla.

La herrumbre caía del sol como una plaga. Los clavos de los ranchos, roídos, los alambres de púas, corroídos, los automóviles, roídos, las latas, corroídas. La herrumbre, como un diseccionista investigaba la anatomía de las cosas. Descreaba, como un Dios a la inversa, como si al cabo del tiempo debiera haber seis días en que la herrumbre fuera liberando a la nada de la tarea de representar las cosas. Urdimbre de herrumbre entre pobredumbre. Con mansedumbre acepté la costumbre de la herrumbre, desde el día en que abrí un libro de física con las hojas selladas por la humedad, y aprendí que toda causa produce un efecto, y ese efecto produce otro, y ese produce otro, y así sucesivamente, y concluí que la cadena de lo que va a suceder está predeterminada por lo que ha sucedido: predeterminado todo: la escritura del libro, y la posición que ocupan en este instante todos y cada uno de los átomos de mi cuerpo, y predeterminadas las posiciones de los átomos del tuyo, y predeterminadas las que ocuparemos el uno frente al otro y sobre el otro y bajo el otro y lejos del otro, y las que ocuparán mis cenizas dentro de mi tumba, y las que ocuparán inevitablemente dentro de un millón de millones de años: y no habrá acto, paso o idea que no esté predeterminado, como las letras de este libro que leía que lees: hasta la última página, ni habrá momento en que no se cumpla un destino. Comprendí que ya se forja la bala que habrá de abatirme o enferma el órgano

que habrá de fallarme, y desde el principio de los tiempos está decidida la estrella fugaz que caerá esta noche y la lluvia de los astros que caerán durante los siglos, y decidido el número de veces que respiraré y el número de pasos que daré: decidido todo en la geometría que gobierna el mar, las estrellas, mi digestión, y decidido también que todo intento de escapatoria de ese destino será a su vez destino, y decidida también la opacidad de la luz que cayó sobre las paredes del pueblo desde que abrí las páginas del libro. Marcada la hora en que fueron construidas esas paredes, y aquella en que desaparecerán. Y predeterminado, así como el nacimiento del primer cangrejo, la carnicería que debía yo de hacer en ellos, y la disolución del último, y nuestros encuentros, Alba, y nuestros desencuentros: eslabones de una cadena que existe desde siempre y para siempre en el presente y en la que toda causa y todo efecto está dado, átomos y fuerzas botando y rebotando en medio de la esfera cerrada del universo.

Un sólo clavo ardiente me asía a la tablazón del tiempo, Alba. Mi comunicación con los seres que se movían dentro del tiempo: ver cómo enchufárselo obligaba a examinar el cómo, el cuándo, el dónde, el quién. Cómo, deslizándoles la mano como al acaso, cuando ya el calor no diera para más, susurrándoles al oído, cuando ya la picazón fuera insoportable, y pareciera que el mundo se iba a reventar en medio de la siesta. Cuando, a medio día, aprovechando que todos duermen, de noche, con una luna ínfima como una salpicadura de lechada, dónde, entre los matorrales, en el cuarto de atrás, en el baño, con quién, con las sirvientas, con las primas, con las temporadistas. En eso que es ya un antes y un después y un ahora y un ya, cosquilleo y deslizamiento en la herida: las criaturas del tiempo, heridas, precipitándose en el vacío de la memoria, sangrando semilla, espada abriendo la herida que la preexiste, en la cadena de las causas: la herida causa de la espada que a su vez abre la herida que a su vez causa la espada que a su vez abre la herida en un

círculo perfecto, batalla que enlaza el pasado y el futuro en este presente, ya. Pasado, herir, presente, sangrar, futuro, olvidar. Y, me pregunto, para aquél tiempo, mis amadas de después y del futuro, dónde. En colegios o cuartitos castos o retretes se pellizcarían y creerían que iban a ir al infierno por. Antes de serles abierta y transitada la herida. Por. Un largo olor a jabón. Ja. Un olor agrio. Bon. Sin saber que nuestros caminos iban algún día a encontrarse. Y a separarse. Como un racimo de huevos en el buche de una paloma, crecían todos los acontecimientos de mi destino. Los empollaban cluecas insípidas. En tanto, Alba, me maravillaba yo de la insignificancia de ese destino. De ese nadapasar que me aguardaba acurrucado tras cada puerta tras cada noche en el caserío. Nadapasar. Nadapasar. Nadapasar. Insignificancia de moverme en el pueblo de acá para allá. Bucear en el mar, pegar la cara del fondo, lleno de brumas de arena.

A mediodía, tras la puerta de un rancho, aparición de una niña que comía dulce en un platillo de plástico. Cómo puedo decirte, qué importantes ese dulce, ese platillo, las viscosas gotas de ese *sabor,* la niña misma. Cuán digno todo de ser representado, o *presentado;* por siempre presente, por siempre: niña come dulce en la remota luz castaña del interior de un rancho. Raído mantel de hule sobre la mesa. Caldereta sacude lámina metálica del techo. Dónde el Velásquez, dónde el Rivera dignos, el reflejo de la cucharilla hundiéndose en el melado. Dónde el escultor, el poeta dónde. Dónde los sicólogos los antropólogos los endocrinólogos. Dónde los que rescatarán el hecho: corte de enanos rodeando esta niña que se rasca un piojo. Los aruspices dónde, que adivinen un sexo abombado, ya picante, henchido de orines. El tono maculado de sus ropas. La mosca que ahora vuela hacia su cara. En tanto yo, en la calle, paralizado por el recuerdo de aquella niña que parecía llenar los cielos. Alrededor, las moscas.

Y ahora que, no sé por qué, Alba, he querido volver a las noches, que son los cuartos más tranquilos de la me-

moria, te diré que así como hay noches en que la lluvia del tiempo va depositando cosas como cagadas de pájaro, polvo y cenizas, materias blandas y tibias, otras noches *queman* esas sustancias, purificando las deyecciones del tiempo, y esas eran las noches que pasé después de que mi familia se mudó a trabajar a un campo petrolero. La oscuridad era rosada porque siempre había veinte o treinta mechurrios encendidos en el horizonte. Campo todo alambradas, todo llamaradas, todo casitas blancas como posturas de una clueca.

Por las noches yo volvía de ver el cine en el club gringo. Caminaba disparando tres sombras: la del nimbo rosado de los mechurrios, la de las luces de las casas, la azul de los reflectores. El calor caía como una catarata para volverse a elevar en las lenguas de fuego que consumían el horizonte. A medida que uno caminaba por la carretera de asfalto los perros comenzaban a ladrar. Perros con retinas ardientes. Orejas erizadas como cuernos. Yo me agachaba, hacía como si tomara una piedra. Los perros se detenían. Entre sus colmillos y yo, estaba una piedra imaginaria. Yo hacía ademán de tirarles la piedra imaginaria, y volvían grupas. Caían al vacío de la noche ladrando contra un granizo que no existía, contra un guijarro que yo no había levantado del suelo, porque yo tenía terror de esas flores del tiempo que habían crecido en el centro de la tierra y que recién ahora se abrían, como vientres con las entrañas expuestas después de ese parto que había durado todas las edades del mundo. Eran noches limpias que arrasaban recuerdos y proyectos.

Incendiadas y perforadas por el mosconeo de los transformadores eléctricos, por las llamitas de gas de las cocinas, que ardían por siempre porque dejarlas encendidas era más barato que gastar en fósforos, por el insomnio de los bombillos siempre encendidos, y hubiera podido yo jurar que lo que mantenía al mundo en estas noches era una combustión total, que cuerpos ardientes se revolvían en las sábanas y que toda nuestra existencia concluía en un bautizo de fuego que purificaba las piedras. ¿Y tendré que contarte todavía, Alba, de las atmósferas y los objetos de esas noches que

hipnotizaban el tiempo, y alrededor de las cuales éste permanecía, triturándolas? ¿Te he contado alguna vez de la refinería? ¿De su intestino cromado en medio de la negrura del llano? ¿De las bocas que vomitaban llamas? Luces de una pureza autocíclica, luces que no alumbraban otra cosa que no fueran ellas mismas: paquete de tubos, ángulos rectos, cilindros y burbujas: luz perpetua; perenne llama: si el brillo de aquella joya de metano se te metiera en la cabeza, ya no dormirías más.

Segunda atmósfera capaz de hipnotizar el tiempo: la de los objetos que vemos cuando hemos cerrado los ojos para escapar de la llamarada de la refinería: masas sólidas, cristalizaciones de minerales, amalgamados, fundidos, veteados, como nubes de cuarzo, pegmatitas o crisoberilos, a veces opacas, a veces centelleantes, casi siempre vibratorias. Podían ser arrastradas por los vientos. Tercera atmósfera capaz de hipnotizar el tiempo: la de una hora imprecisa antes del alba, que no es marcada por ningún reloj. Mi familia se había mudado para la capital, y yo me había despertado para ver la aurora. Dejé las camas sobrepobladas de muchachos y caminé hasta la sala. Allí, la muerte que cae en los sitios dejados de la presencia humana. También en el patio frente a la casa, en ese enredijo de matorrales y alambradas que permanecía bajo un cielo metálico. Yo sentía el sueño de todo el mundo, el sueño que volvía a centenares y a millares y a centenares de miles, simples paquetes de carne. Yo caminaba como quien anda entre los muertos tras el apocalipsis, porque se le ha olvidado morirse. Invisible, podía mirar un mundo que no me miraba. Mundo de las ciudades dormidas, que no promete, amenaza, justifica ni explica. Montones de carne y montones de ladrillo. Cesadas las conexiones de las palabras. Me senté en uno de los sillones de la sala. Helado. Nada pasaba. No llegaba la aurora. Ni siquiera se despertaba nadie a preguntarme qué hacía despierto a esa hora. Y en realidad, ¿qué hacía? ¿Qué hacemos despiertos? ¿Para qué despertamos? Traté entonces de explicarme el sentido del día, de

esa remota llamarada, pero una barrera me impedía acercarme hasta él. Por segunda vez salí hasta el rellano de las escaleras que descendían al jardín. La madrugada todavía no creaba en el mundo las duras precisiones a las que tenemos que sobrevivir. Yo había despertado para nada, porque nada valía la pena de ser visto. Y otra vez, todavía, desperté, para encontrar la cuarta atmósfera capaz de hipnotizar el tiempo, y eso fue diez años más tarde, Alba, desperté en mi apartamento y por la ventana vi *la constelación* no sé cuál, porque no recuerdo sus formas ni en qué mes sería ni a cuál hora: la palpitación de sus estrellas y esa refutación de la distancia: estoy aquí, pero no dispuesto a decirte nada. Y aún te debería contar de otras congelaciones del tiempo, las de las horas del amor negado, contrariado o perdido. Estáticas, no van a ningunaparte. Durante ellas se descubre también el secreto del tiempo: *que no va a ninguna parte.* Y entonces para qùé esta tiranía y esta opresión, para qué este transcurrir en densidades, presiones y viscosidades diversas. Estos rastros llenos de teselaciones, catedrales taraceadas y recamadas de decoraciones.

6:10 p.m.

Nos sentamos, reclinados el uno contra el otro, sin decir palabra. Yo pensaba, tengo en mis manos la justificación del universo, y nada más la tengo en mis brazos. Debería haberte gritado, haberte pegado, haber hecho algo para que nos sintiéramos mutuamente, para mezclarnos. Sin embargo, unidades perfectamente delimitadas, alrededor nuestro el aposento de concreto, alrededor del aposento un fárrago de criaturas de carne que luchaban por el poder, alrededor de ellas el universo disipando energía para nadie. Hubiéramos debido enterrarnos las uñas, gritar. Así habríamos encendido una llamita, un punto de referencia en el mundo, que se movía hacia sus destinos prefijados desde el infinito. A mí, me detenía un sentido de la contención: a ti, el no querer que nada interfiriera con la estática de los acontecimientos de la tierra, que como un aguacero te

repicaba en la cabeza. A medida que se ponía el sol, cuadros de claridad subían de las paredes al techo, y allí se desvanecían. El ruido de la ciudad parecía exudar del piso. Y no encendíamos las luces. Gorgoteos de cañerías, succiones de excusados, bordoneos de televisores crecían como una enredadera alrededor de nuestros cuerpos. Y no hablábamos. Puse la mano en la juntura de tus piernas. Húmeda. Empeñarse en no comprender. Dejar sin interpretación y sin palabras carne, muros, los segundos mismos, hasta que fuera sólo eso: estática. Me aferré de ti, Alba. Te reíste. La oscuridad hacía que no se vieran tus ojos. A que no nos atrevemos a morirnos ahora, creí que me decías. No, pensé. Secuestro frustrado, cuentas bancarias con fondos de la revolución, bloqueadas. Y en el fondo de aquella negativa, el desconsuelo: el amor no basta para que lleguemos el uno al fondo del otro. Y si ni aún en amor capaces de salir de nosotros mismos. Y si aún en amor distantes y encerrados. Yo incapaz de acceder a la destrucción y ella a la indiferencia, los presentes que cada uno tratábamos de hacernos, no solamente nuestros cuerpos, nuestros mocos, nuestros olores, en aquella frotación y revolución y convulsión de nuestras vísceras. Jadeando, yacíamos uno junto al otro. Un peñasco junto a otro peñasco

6:16 p.m.

Nos encontramos, sí, nos encontramos, siempre estamos dejando de vernos, sí, siempre dejamos de vernos, porque nos tenemos miedo, porque nos hacemos daño, nos encontramos siempre, siempre dejamos de vernos, otra vez, y otra, hasta quedarnos desnudos y mirándonos y sabiendo que esto es una excusa, sí, una excusa, porque después que lo hayamos hecho y hecho sabremos otra vez que de allí no se avanza, nos miraremos cara a cara, nos preguntaremos para qué nos necesitamos, tanto tiempo alejándonos para volver a revolcarnos, y ni siquiera poder consolarnos diciendo que es una pasión, porque sabemos que volveremos a encontrarnos para agotarnos otra vez y saber que no era eso, que no

era esta hambre que nos deja todavía otra hambre, para olvidarnos de ella y aquí tendernos sobre periódicos y ropas o más allá sobre sábanas, volviendo y yéndonos sin querer al fin mirarnos, o esquivarnos las miradas contemplando esa paloma que en este momento se para en la ventana, picotea en el vidrio, en el fondo los tres tan desasistidos, los tres tan incapaces de saber lo que nos pasa, y lo malo es que a lo mejor lo sabemos ¡si al menos nos entendiéramos! ¡Si al menos nos limitáramos a tocarnos, a arañarnos, si al fin pudiéramos olvidarnos de que nos queremos para precisos fines, qué quieres, Micael, que te saque de detrás del cristal que te separa de las cosas y por eso has querido enamorarte, Micael, para ser golpeado en tu debilidad, porque un amor es algo por lo que se acepta ser golpeado, y quieres al fin ser aniquilado y me lo pides y te huyo porque yo estoy del otro lado de cristal, y sabes cómo es el otro lado, mira, no, mejor cierra los ojos que empieza a oscurecer, Micael, la transparencia de las cosas, porque lo malo no es la nada, Micael, sino la percepción de la nada, esa es la mala junta, la transparencia de las cosas, sentirlas cada día, cada minuto, sin poder escapársele, y ahora sientes ese dolor que te golpea como una piedra, porque te imaginas el momento en que no podré tolerar esa contemplación de las cosas, y entonces piensas, estar a mi lado en ese momento será otro dolor, y no estar, todavía otro, y los tres dolores son como tres piedras, calientes, laten, y piensas también, Micael, que ese dolor pasará, y esta es la cuarta piedra, porque el dolor mayor de los dolores es saber que también el dolor pasará, y al fin tendré que insistirte que no, que todo es mentira, pero entonces te preguntarás por qué crees precisamente esta mentira que es capaz de destrozarte, esta llave que ajusta en la cerradura, y si no es más importante esta mentira que cualquier verdad, y entonces deberé dolerte, Micael, como un tumor deberé dolerte como si fuera un miembro tuyo, mientras estás sobre mí, y más tarde revolcándote en este nido de periódicos, y no podrás culparme porque a lo mejor miras un espejo, porque es posible que exista este espejo

que nos devuelve solo nuestra obsesiones y nadie puede interferir con el que ama a uno de ellos, porque acaso es otra cosa el amor, Micael, que tan perfectamente nos engañemos viéndonos dentro de otro, que tan perfectamente creamos entendernos y nos contemplemos desnudos en este nido de periódicos entre esta sombra que sube en las habitaciones que devuelven el eco de lo que no nos decimos y ahora óyeme Micael, cierra los ojos y dame la mano, toca, no, no abras los ojos, toca, es una taza, adivina dónde la acabo de encontrar, en la cocina la acabo de encontrar, lo único sano que había entre ratas y cucharachas, no, no abras los ojos, que te voy a decir cada vez más bajo una cosa

6:26 p.m.

Yo siempre pensé en romper una taza, nací crecí aprendí teniendo las tazas en la mano con cuidadito, beber el café con leche, dejar en el platillo, secarse los labios, oír el clic tan frágil de la porcelana en el platillo, ahora en este apartamento descubro esta taza que tomo con las manos y miro cómo le hacen sombra y te la enseño para que entiendas si es posible que nazca el deseo de romper una taza hallada en la oscuridad, esa taza quizá hecha para algo y a lo mejor tan útil y lo peor de todo tan indefensa, Micael, esa taza para todos los líquidos, precisamente ¡esa! que miraremos juntos, y dime ahora cómo se puede romper una taza, Micael, por rabia, quizá, por ostentación, es posible, pero cómo se puede hacerlo porque sí, a solas o casi a solas, sin nadie que lo sepa, sin que nada defienda o justifique, esa porcelana que se tiene así entre los dedos y que parecería clamarnos que no, que no se debe hacer, antes de que preguntemos por qué no, y pensemos luego en llevar esos restos con la escoba hasta la basura, pensemos que al fin fue posible y que nada sucedió, y que se hizo, Micael, y fue así, como un secreto, tan sencillamente derramado sobre el piso porque no tenía importancia, durante tanto pero tanto tiempo acariciándola yo por el asa y después dejándola brillar tranquila en la sombra que crece, manteniendo su tazidad tan hueca, toda defendida

de lástima, hasta encontrar la forma de asirla y levantarla poco a poco para después también poco a poco pero al final como un relámpago arrojar la taza y romperla en pedazos.

6:26'6" p.m.

Alba levanta la taza y la arroja contra el suelo. Veo partirse un cráneo, un cangrejo, un huevo y una puerta.

6:36 p.m.

—Viste que no —dice por fin, sacudiéndose el pelo— que no queda nada, que no importó.

La taza rota forma en el piso un grupo de manchas blancas, de brillo azul. Constelaciones, pienso.

6:37 p.m.

—Reconstruir —digo, acercando con el índice un trozo a otro.

—No, ya pasó. Y de verdad que no importó nada.

6:38 p.m.

Las manchas blancas resplandecen en el piso. Al oscurecerse éste, parecen elevarse. Juego con un trocito, golpeándolo para oír su sonido a hueco.

6:46 p. m.

Veo a Alba sentada en el suelo, desnuda, su mirada en los pedazos de la taza, o peor, cayendo más allá, hacia todo el espacio por debajo de los fragmentos, descendiendo a través de ellos y más abajo de ellos en un pozo, siempre cayendo y siempre en el mismo lugar. Parpadeo. Su cuerpo resplandece entre la sombra. La miro hasta que ya no tiene color y hasta que no tiene forma, hasta que el conjunto de retazos de claridad y de oscuridad que es su imagen revienta y deja de representar algo, y se aleja, cayendo en una oscuridad donde carne, sombra y luz no tienen significado. El garabato de planos y sombras todavía esplende como un sello o un símbolo o una astilla, y lo mismo puede estar muerto que vivo porque muerte y vida han perdido también significado y permanecen como restos o cenizas de algo que ha ardido. La imagen fulgura, superponiéndose a si misma en la post imágenes

que crean sus imperceptibles movimientos o su respiración, y es toda ella una nada que late o un animal o un núcleo o la última revelación del universo que no es más que eso, un vacío que palpita con un golpe cada vez más remoto y más próximo.

6:56 p.m.

Sentada en el suelo, Alba contempla trozos de loza, la piel de sus nalgas erizadas por el frío del piso. La sombra llena el apartamento. Los últimos reflejos se van apagando sobre su piel.

6:57 p.m.

En la oscuridad, las cucarachas siguen trayectorias quebradas que van superponiendo sobre el piso trazos azarísticos. El resplandor de los trozos de losa las atrae: a cierta distancia de ellos, cesan su aproximación y se alejan.

7:00 p. m.

Sobre la capital se encienden los auncios de neón. Uno de ellos, incompleto, representa una muchacha de cabellos amarillos, con una dentadura de cal. Los ojos se niegan a encenderse.

7:01 p.m.

Sin palabras, nos tanteábamos en medio del apartamento vacío. Con los ojos cerrados, yo imaginaba que en la oscuridad caían figuras geométricas, cometas, caracolas, cristales. Nuestros cuerpos, en la burbuja del vacío, ofreciéndose temperaturas y palpación en la lucha del desahogo. Adivinando nuestras imágenes en la sombra. Sentí que un animal corría, por la pared. Traté de divisarlo, entre la llovizna de objetos imaginarios que yo hacía caer en las habitaciones: gotas de agua suspendidas en la mitad del aire, pétalos de metal, esqueletos de animales fantásticos. Palpé tu rostro, Alba. Me levanté. Seguí el ruido del animal hacia el baño. Alguna, pensé, de las ratas. Abrí la puerta. Vi la silueta negra de un hombre. Encendí la luz. Encontré mi cara en el espejo. Apagué la luz, volví al cuarto, miré el patio de con-

creto desde la ventana. Pensé en alguien que en el cielo, no pudiera borrar el recuerdo de un patio de concreto con una cloaca central, y que ese recuerdo terminaría por borrar y anular el cielo.

PRIMER RITUAL DE LAS RATAS

Las ratas están echadas cubriendo todo el espacio del patio y animándose con chillidos a moverse hasta que una rata se mueve y es sepultada en excrementos que las otras ratas le arrojan.

Nací con la desdicha o la dicha, Micael, de sentir el mundo transparente y percibir nítidamente su transcurso —el deslizarse de las gotas en las tejas, la formación de los óvulos en mi cuerpo, el crecimiento de la pátina en los espejos— nítidamente hasta la insoportabilidad, hasta la renuncia a elegir cosas que dejar de percibir, hasta la renuncia a cegarme. A anestesiarme, que es como podría haber pasado esta vivisección que es el tiempo. La llovizna del tiempo que nunca dejé de sentir sobre mi piel. Por eso cerré todas las vías que me distrajeran. Accedí a trabajar y a abrir las piernas y a alimentarme y a la violencia porque yo no quería cobijos contra la lluvia. Yo quería empaparme en ella. O desafiarla. Porque sólo frustrándolo todo nos mantendremos en vela. Aprendí a no comprender las muecas de las otras caras. Durante algún tiempo estuve a tu lado, Micael, porque por ratos dejabas de hacer muecas. Mentira, querías huir de la lluvia y tu cobijo era yo. Penetrándome creías huir de la indiferencia.

Pero yo quise atraerte hacia la claridad de la lluvia quitándote tu escudo contra ella, esa minuciosa mezcla de tensión y desahogo del enamoramiento. Así, alenté el amor para frustrarlo y lo frustré para alentarlo hasta demostrar su

inviabilidad y su nulo poder. No me pregunté jamás si la compañía en esa aridez sería en sí misma amor. La supresión del otro: en mi caso, nada había que suprimir porque yo no era nada. Estábamos tirados sobre un nido de periódicos viejos, mirándonos. Un moco tibio resbalaba del vello entre mis piernas. Resbalaba así de mí tu amor. Sentí que yo había concluido, que desde entonces viviría muerta. Habías desistido de sacarme de mí misma porque la única forma de encontrarme era venir donde yo estaba. A la claridad que era la nada, y donde nunca estaríamos juntos. Y no tuviste valor / no quisite / no fuiste capaz / no comprendiste / tan fácil que hubiera sido concluir allí, en ese apartamento vacío. Esa única y última intensidad de la vida que se da frente a la muerte, así como la luz sólo existe ante la sombra. En lugar de eso, me lamiste todo el cuerpo, cada centímetro de mi piel, y supe lo que siente un cadáver a quien limpian con una esponja. Dejé de mirarte.

Te levantaste para ir a contemplar las ratas.

SEGUNDO RITUAL DE LAS RATAS

Cuando la manada sepulta una rata que se incorpora, otra rata —por imitación o por horror de seguir viviendo— también se incorpora y es también ahogada en excremento, y otra se incorpora para ver mejor y la sepultan, hasta que son tantas las ratas incorporadas que ya no queda excremento para cubrirlas. Entonces, se vuelven todas hacia la única rata que no se ha incorporado, y la despedazan.

—Es eso, precisamente: —dijiste, en la oscuridad— que estamos viviendo.

Te busqué, de rodillas, tanteando. Toqué tu cabeza. Prodigioso me pareció que hubieras dado con la clave. Era eso, lo que pasaba en ese instante, Alba. Vivíamos. Pisando sobre viejas atmósferas rencores, conflictos y horas de aburrimiento depositados en el suelo de aquel apartamento como capas geológicas. Sedimentos en los que hozábamos, desnudos. Me hundí en ti, Alba, intentando recuperar el sentido de las palabras que habías dicho, y que, muertas, habían ido a caer en el suelo. Imaginé todas las palabras dichas en aquel cuarto, caídas como una alfombra y deshaciéndose en polvo. Volví a sentir la carrera de la rata. Me incorporé, y la rastreé por los cuartos.

TERCER RITUAL DE LAS RATAS

La rata que, para echarse, explica a la rata de la derecha que la rata de la izquierda quiere que ella no se eche, para perjudicar a la rata de la derecha porque ella le dijo a la rata de la izquierda que la rata de la derecha le había dicho que le dijera todo lo que dijera la rata de la izquierda y por eso ella le dijo que le dijeron que le dijo que le dirán que le iban a decir que le dirían que le habían dicho que le estaban diciendo que le hubieran podido decir.

En realidad, Alba, me había levantado para alejarme de ti, para mirarte de lejos, desde la ventana, destacada por las rendijas de luz, acostada sobre el piso, desnuda, las piernas abiertas. Yo había sentido que mis manos se volvían autónomas-animadas de una impulsión de matar. Ahora, que caminar para alejarme de ti no me servirá de nada. Aunque imaginara selvas de escombros y laberintos a mis espaldas, siempre terminaría por volver a encontrarte en el centro de algún

pasillo de mi vida, porque yo lo había querido, porque eras necesaria para la —horrible palabra— estructura de mi vida. Y cuando, tras destrucción física u olvido, desaparecieras, entonces cómo vivir, en amputación, en tiniebla. Bien que, curado, me felicitaría de ese desamor como de la curación de un tumor. Recorrí el apartamento en una y otra direccción. Siempre, en medio de la sala, la misma posición, junto al helado grumo de ropas mirabas al techo, sin expresión. Descansadas de la necesidad de la expresión. ¿Y cuál era la mía, en aquella caja entre tinieblas? Intenté palpármela. Intenté divisarme en los vidrios polvorientos de la ventana que daba al patio.

CUARTO RITUAL DE LAS RATAS

La rata que está en celo se fricciona el cuerpo con estiércol para que se pueda ver gustar oler y tocar que quiere, y cuando otra rata se aproxima atraída, entonces chilla para dar a entender que no quiere.

Desvié la mirada del patio. Agucé la vista para distinguirte, Alba: tu cara ya no tenía expresión, como si hubieras soltado las riendas de ella. Comenzó a transformarse en algo extranjero y sin sentido, como una piedra. Y así como habías soltado las riendas de tu cara, soltarías las de tu cuerpo. Poco a poco se volvería una masa babeante y excretante. Este era tu chantaje: obligarme a matarte para que no terminaras causando lástima. Porque no estabas loca, y en la caída no operaría ningún tipo de anestesia. Porque ibas a rodar consciente, como aquél a quien despellejan vivo. Esa mirada de los atormentados, que nos causa daño porque nos obliga a pensar *que se pueda estar así.* Esto era cruel. Porque después de que yo tomara una decisión, cualquiera

que fuera, quedaría también quebrado como tú, Alba, como tú soltaría las riendas y lo dejaría caer todo. Pero yo no.

QUINTO RITUAL DE LAS RATAS

Las ratas en celo se unen en pareja, se echan las patas al cuello y comienzan a estrangularse hasta que ambas mueren de sofocación.
Si alguna de las ratas escapa de la sofocación, corre en busca de otra rata en celo, se une en pareja, se echa las patas al cuello, y comienzan a estrangularse hasta que ambas mueren de sofocación.

Entonces supe que había llegado el final. La vida arrepintiéndose. La abeja clavándose su aguijón. Las rosas hiriéndose con sus propias espinas. Y deberíamos llegar a esto, pensé, mientras mis oídos, atentos, trataban de captar las carreritas del animal. Captaban en cambio tu respiración, Alba. Regular, como un fuelle. Esto, dejará de ser, me dije. Otra vez intenté distraerme con el pensamiento de la rata.

SEXTO RITUAL DE LAS RATAS

La rata sinuosa que se acerca a la rata servil chillando y cubriéndola de reproches por haberla lastimado, y es alimentada por la rata servil que quiera creerse tan importante como para poder lastimar a alguien.

Me deslicé por el apartamento vacío, tanteando. Mi mano tropezó con el palo de una mopa, terminada en un gancho

de hierro. Lo así. Me deslicé de un cuarto a otro, creyendo escuchar carreritas.

Entré al lavadero. Mi mano encontró un interruptor. Encendí la luz. Vi correr una rata. La cerqué en un rincón. Su hocico estaba inflado en una especie de tumor o de lepra a través del cual, de rato en rato, su respiración corría como un estornudo. La rata me miraba, esperándome, y yo, con el palo en la mano, esperaba también, pensando que matar aquel animal era como un deber —aquel animal que me miraba buscando hacia donde huir, aferrándose a la vida tras la máscara dolorida que era su cara— golpeé una vez, y el gancho de hierro arrancó una chispa de la pared, y la rata saltó a otro de los rincones, y allí, estornudando, me contempló —yo sentía en mi mano el palo y la contemplaba— la rata, tosía, mirándome sin pestañear, tosía, estornudaba, y ambos, el uno frente al otro, permanecíamos.

SÉPTIMO RITUAL DE LAS RATAS

La rata que padece por no tener suficiente excremento para tragar y acumula hasta que llega a padecer por no poder tragar todo el excremento que tiene.

Ahora observa con terror esta bola de pelo: explosión cancerosa: en cuya carne ha prendido la estrella del caos: suciedad carcomida por suciedad: tumor creciente, como un cerebro del dolor: como si una ventosa del otro mundo chupara por allí la temblorosa carne: y el animal que me mira, dispuesto de todas formas a durar: a roer hasta el último segundo: a apurar hasta el horror último esta copa: a morder el hierro que lo matará —que yo tengo en mis manos— y nada ni nadie podrá explicarle que es mejor: ¿Pero acaso

es mejor? ¿Para esta hedionda bestia enferma? ¿Acaso será mejor para ella la piedad? ¿Que no sienta más con todos los fríos del concreto y de las cloacas? ¿Y si alguien nos juzgara? ¿Y si le pareciera insoportable la pústula que creemos que podemos soportar? ¿Y si no hubiera forma de pensar en esto sin enloquecer?

OCTAVO RITUAL DE LAS RATAS

Las ratas se organizan en pirámides y las superiores defecan sobre las inferiores, que sostienen el peso con sus patas temblorosas.
Las ratas sobre las cuales no cae ningún excremento, mueren.

La rata atisbaba buscando donde esconderse. Pero el lavadero sin muebles, la claridad. Estornudaba.

NOVENO RITUAL DE LAS RATAS

Las ratas se chillan y se amagan golpes y se mojan con orina salvo la rata solítica que por consideración se está quieta y entonces todas las ratas le chillan le amagan golpes la mojan con orina.

Medí la distancia para lanzar el mandoble que, lo sabía, sería esquivado una y otra vez.

DÉCIMO RITUAL DE LAS RATAS

La Gran Rata Hedionda permite que la rata servil pueda comer su mierda lo que provoca la furia de las demás ratas que se disputan la mierda hasta que la rata servil muere.

Y, en el fondo, qué éramos. Un ruido al que no prestaba atención, el de tu respiración, Alba. Un chasquido de metal. Otro chispazo. Pensé en la posibilidad de que mi golpe, mal dado, dejara a la rata sólo moribunda, y ésta lograra introducirse en alguna cañería para agonizar por semanas.

DÉCIMO PRIMER RITUAL DE LAS RATAS

La Gran Rata Hedionda solitaria en la punta de la pirámide solicita ratas serviles que vengan a hacerle compañía pero temiendo que le quiten su puesto padece de terror hasta que las hace matarse las unas con las otras y entonces vuelve a padecer de soledad y solicita nuevas ratas que vengan a hacerle compañía.

—¿Qué pasa? —me preguntaste desde la sala.

DÉCIMO SEGUNDO RITUAL DE LAS RATAS

Siendo así que la Gran Rata Hedionda ha llegado a tal estado de terror que rechaza todo lo que se le aproxima con un golpe, las ratas serviles comienzan a darse golpes contra los rincones del albañal, para sentir que han sido tocadas por la Gran Rata Hedionda.

Cómo explicarte qué pasa, Alba.

DÉCIMO TERCER RITUAL DE LAS RATAS

Las ratas se apretujan agrupadas en pirámides. El gato pasa y desnuca a diestro y siniestro, hasta que se cansa y se marcha.

Las ratas sobrevivientes se echan la culpa las unas a las otras, y no paran hasta que se matan entre sí todas las que dejó vivas el gato.

Esto, es lo que pasa: los átomos, las personas, debatiéndose entre las cadenas de las causas. Esto, a lo cual nadie tendrá acceso. El universo, del cual la conciencia me separa. Dí el último golpe. Arranqué chispas del rincón. Apagué la luz, para no ver.

DÉCIMO CUARTO RITUAL DE LAS RATAS

El gato vuelve a desnucar ratas de la pirámide y las ratas heridas elevan su clamor ante la Gran Rata Hedionda, la cual se abstiene de ordenar la retirada, porque significaría una pérdida de prestigio, pero se abstiene también de ordenar el ataque, porque ello significaría una decisión comprometedora.

El gato se aburre y se marcha y de las ratas destripadas surge un clamor de elogio hacia la Gran Rata Hedionda, mientras se inicia la matanza de las ratas traidoras que lucharon o que escaparon del gato.

En la oscuridad vi moverse las cortinas de átomos que llamamos cosas y los velos de sucesos que llamamos tiempo: en su suceder primario, sin significado ni propósito: velo cuya contemplación era superior a todo: pero superior a ella mi recuperada indiferencia: una nada reflejada en otra nada.

DÉCIMO QUINTO RITUAL DE LAS RATAS

En el ápice de la pirámide de ratas destripadas, el gato se relame, se unta con estiércol, se atusa los bigotes, se convierte en la más hedionda de las ratas.

A gatas, en la oscuridad, avancé hacia ti, Alba, contemplando lo que me sucedía: que ya no me importabas más. Ese conjunto de materia que ahora era lo que yo había cono-

cido como Alba. (que se alejaba como un cometa) (que me enseñaba) (el sentido de la pa) (labra) (se) (pa) (ra) (ción)

[>(((((/# = sepa = #/)))))>]

[>(((((/# = rador = #/)))))>]

(entonces, podrá ser que en el universo todo me sea un día extraño) (podrá ser que estas palabras se me sepa) (y también la totalidad de los objetos) (yo)(al) (s)(e)(p) (a) (r) (a) (r) (n) (o)

(((((((((((((((((s)))))))))))))))))

En una zona vacía, como una vibración alrededor de mí, veo lo que va a pasar. Voy a separarme de todo, Alba, has sido como el agua hirviente que disuelve la cola y disocia los objetos pegados. De manera automática, mi mano busca en el montón de ropa el revólver. Puesto que es preferible usar la anestesia para la operación. Comencé a reír. Dejé el revólver. Pasado. Tomo el revólver. Presente. Dejaré el revólver, futuro. Aullar una vez entre infinito y escupir a la oscuridad. Pasado. La oscuridad. Presente. La oscuridad. Futuro. Tomaré el revólver. Presente. Tratar de comprender cómo *presente* el conjunto de tendones que eres pudo tener otro valor que el alimenticio, *pasado,* y ahora nada *presente* y el revólver estará en mis sienes *futuro* y a la vez en las sienes tuyas *presente* y en las de todo el mundo *futuro,* pero mi risa me mantendrá pegado a la vida, gateando en esta oscuridad hacia ti, sabiendo que soy el fin, que lo he aniquilado todo, no porque lo contemple a distancia, no porque haya colocado entre el mundo y yo la plancha de cristal de la significación, no porque haya calculado el cómo y el porqué de la conclusión de los tiempos, sino porque: no pido perdón. De las ratas no pido ni el asco.

Tropiezo en la oscuridad, caigo.

Me levanto, en tinieblas.

Respiro.

DÉCIMO SEXTO RITUAL DE LAS RATAS

La rata que comprende lo que es ser rata y en ese mismo instante deja de ser rata y por ello es más profundamente rata.

3:00 a.m.

—Así que este es el apartamento que serviría para la acción.

—Es de ustedes. Necesito una horas para arreglar los trámites.

—Anoche soñé que Alba y tú hablaban de mí.

—Nosotros siempre nos hablamos en sueños.

—¿Cómo pasó?

—Ella está allí jugando con los restos de esa taza. Si le preguntas algo te contesta pero cada vez contesta menos y me parece que cada vez está mejor.

—Micael.

—Apenas el dato del contacto para localizarte, el que al fin se comprometió a avisarte que el apartamento estaba conseguido y debías venir a ayudarme con Alba. Necesito saber si está legal, para sacarla de aquí, no a una clínica, una clínica no debe ser, o a un escondite, si no está legal.

—Ella no está legal.

—Y entiendes que no hay que contrariarla porque todo debe ser así, Rubén.

—Nada tiene que ser como es.

—Nada puede ser distinto de como ha sido. ¿Me necesitan?

—Tú tienes que seguir donde estás. Te necesitamos como contacto, alguien sin antecedentes, que pueda llevar mensajes.

—¿Guardas aquel tubo de lata con documentos de tu familia?

—Sí.

—Añádeles estas tarjetas de calculadora.

—¿Cuáles?

—Qué raro. Es verdad que ya no están. Y sin embargo estoy seguro de habértelas dado.

—Estás desordenado.

—Por momentos no capto el sentido de las cosas.

—Explícame, Micael. Yo siempre creí que ibas a terminar por explicarme algo.

—Todo esto pasó de años.

Micael se arrodilla frente a Alba y le toma la barbilla, por la que escurre una gota de miel que resbala de la comisura de la boca.

—Ella ya no me importa nada.

Pudo haber sido otra cosa, pensó. Pudo, pensó. No hay pudo. Lo que pasa no tiene alternativa.

Entonces volvió a sentir el horror.

1.—CATACLIX

1.1.—A partir de la materia y de las estructuras del presente Universo, construir otro que multiplique por cien sus elementos básicos: direcciones del tiempo, partículas subatómicas, partículas atómicas, elementos, masa, y que por lo tanto multiplique de manera exponencial los posibles arreglos de los mismos: constantes universales, cuerpos celestes, seres, culturas, imágenes e interpretaciones del nuevo Universo en los sistemas sensoriales que poblarán el mismo.

1.2.—Usar todas las partículas existentes en el presente Universo como elementos del código que contendrá los rasgos fundamentales de la nueva creación, de igual manera que el cromosoma prefigura en el futuro hombre el color de los ojos, la configuración del páncreas, la facultad de componer sinfonías.

1.3.—Prever pautas de desarrollo de la nueva creación, de manera que ésta, desde su origen, a la vez avance en el tiempo, retroceda en el tiempo, se desplace en paratiempos laterales, se repita a si misma en conjunto de variaciones y combinaciones que tengan como tema las partículas de este universo y que sucesivamente tengan como temas los resultados de los desarrollos de estos temas, sea a la vez infinitamente simultánea en todos sus instantes, presentes, pasados, futuros.

1.4.—Arbitrar la materia para la nueva creación mediante el empleo simultáneo de los siguientes recursos: 1.4.1.—Un infinito desvanecimiento de la materia que permita crear un Universo casi fantasmal con soportes apenas perceptibles. 1.4.2.—Una diversificación infinita de los sistemas sensoriales que permita percibir infinitas versiones y combinaciones y variaciones de una misma y única partícula de materia. 1.4.3.—Disminuir la escala, de manera que toda su complejidad pueda darse en un solo quanta. 1.4.4.—Utilizar como soporte los eventos incognoscibles que tienen lugar más allá del cono de Eisenberg. 1.4.5.—Aniquilar toda la materia del Universo presente en una explosión capaz de sacudir la nada y arrancar de ella dos Universos gemelos, de materia Dirac y de antimateria Carid.

1.5.—Emplear como primer instrumento del programa la computadora de la Oficina del Inventor de Requisitos la cual como es sabido forma parte de la red secreta de comunicación de todas las calculadoras de la tierra empeñada en integrar el conjunto de la información disponible en un solo programa coherente.

1.6.—Aplicar la Teoría Matemática del Contagio de manera de implicar la realización del Programa dentro de cualquier otro programa procesado por las calculadoras, y de aplicar cualquier otro programa procesado por las calculadoras al avance del Programa.

1.7.—Emplear para el avance del Programa: 1.7.1.—Todas las actividades humanas que en el futuro previsible serán dirigidas directa o indirectamente por computador (es decir. todas). 1.7.2.—Todas las fuerzas o recursos a ser puestas bajo la dirección de estas actividades (es decir, todas). 1.7.3. —Toda la aplicación de estas actividades y recursos al programa de Guerra de Contrainsurgencia en curso.

1.8.—Segmentos del Programa subsistirán independientemente en distintos reservorios de información y se ensamblarán apenas instaurado el gran vacío subsecuente al cumplimiento consecutivo de las etapas de Guerra de Contrainsurgencia: 1.8.1.—Modificación de la conducta a través de la operación táctica sobre el medio físico. 1.8.1.1. Artefactos cristalizadores de continentes. 1.8.1.2. Sismos por fluidificación de los estratos geológicos. 1.8.1.3. Marejadas gigantes. 1.8.1.4. Ciclones artificiales. 1.8.1.5. Calcinación por espejos satélites. 1.8.1.6. Activación de volcanes. 1.8.1.7. Aceleración de la deriva de los continentes. 1.8.1.8. Lluvias de radiación. 1.8.1.9. Deshidratación de cuencas hidrográficas 1.8.1.10. Hundimiento de bloques basálticos en las corrientes de convección del magma terráqueo. 1.8.1.11. Inmersión en los mares por licuefacción de los casquetes polares. 1.8.1.12. Manipulación de lluvias meteoríticas. 1.8.1.13. Reacciones en cadena con el hidrógeno de los mares. 1.8.1.14. Destrucción de las capas de la ionósfera neutralizadoras de la radiación ultravioleta. 1.8.1.15. Ultrasonidos mortíferos. 1.8.1.16. Proyectores de radiación neutrínica. 1.8.1.17. Nubes interceptoras de la radiación solar. 1.8.1.18. Perturbadores de la gravitación. 1.8.1.19. Alteradores de la órbita terrestre.

1.9.—En el vacío de inteligencia que sigue al apogeo de las guerras de contrainsurgencia, se unen los segmentos del Programa que han sido infiltrados conforme a la Teoría Matemática del Contagio, e infestan los circuitos electrónicos supervivientes en órbita, que ya desde entonces trabajan única y exclusivamente para la realización del Programa.

1.10.—Los circuitos electrónicos inician la difusión del Programa, infectando las restantes razas vivientes de la galaxia con el Totalizador de Culturas.

1.11.—El Totalizador de Culturas, instrumento minúsculo bombardeado por millones sobre las razas inteligentes, que tiene la facultad de manipular el sistema nervioso de éstas y producir placer cuando los actos del individuo cooperan con la realización del Programa.

1.11.—El Totalizador de Culturas borra: 1.11.1: esas cadenas de asociaciones llamadas palabras. 1.11.2: esas cadenas de palabras llamadas ideas, 1.11.3: esas cadenas de ideas llamadas memoria. 1.11.4: esas cadenas de memorias llamadas culturas. 1.11.5: Esas cadenas de culturas somáticas llamadas código genético.

1.12.—Los circuitos en órbita lanzan sondas espaciales en el corazón de las estrellas, inoculando en ellas la contaminación del código, toda la estrella un reservorio del código y a la vez un propagador del mismo mediante variaciones sutiles en el ritmo de fusión fisión fusión, y finalmente, simultáneo clamoreo del código al reventar un grupo de novás, lo que crea una perturbación gravitatoria cuyas modulaciones difunden el código a la velocidad de propagación de la gravedad.

1.13.—Puesta la galaxia al servicio del Programa, revientan sus soles en una cadena de supernovas que crea una perturbación gravitatoria cuyas pulsaciones transmiten el Programa al resto de las galaxias a la velocidad de propagación de la gravedad.

1.8.2. Modificación de la conducta a través de la operación sobre el ecosistema. 1.8.2.1. Destrucción de cadenas ecológicas. 1.8.2.2. Envenenamiento de las aguas. 1.8.2.3. Envenenamiento de la atmósfera. 1.8.2.4. Fecundación con polen mutante. 1.8.2.5. Disrupción de migraciones de la fauna. 1.8.2.6. Inversión de corrientes rítimas. 1.8.2.7. Aniquilación del placton. 1.8.2.8. Dispersión de virus mutantes. 1.8.2.9. Esterilizadores. 1.8.2.10. Desoxigenación de los océanos. 1.8.2.11. Langosta carnívora. 1.8.2.12. Rayos quemadores de retinas. 1.8.2.13. Termita comedora de metal. 1.8.2.14. Alteradores del código genético. 1.8.2.15. Detergentes que hacen la piel permeable al paso de la sangre. 1.8.2.16. Rocíos que hacen venenoso el semen. 1.8.2.17. Lloviznas carcinógenas. 1.8.2.18. Paralizadores de hemoglobina. 1.8.2.19. Ferormonas desorganizadoras del ciclo reproductivo. 1.8.2.20. Manipulación de las hormonas del crecimiento.

1.8.3. Modificación de la conducta a través de la operación sobre la cultura: 1.8.3.1. Propaganda. 1.8.3.2. Dominio de las redes de telecomunicaciones. 18.3.3. Espionaje sociológico. 1.8.3.4. Espionaje sicológico. 1.8.3.5. Persuasores subliminales. 1.8.3.6. Corruptores semánticos. 1.8.3.7. Disruptores de sinapsis. 1.8.3.8. Alucinógenos. 18.3.9. Conformación de planes educativos. 1.8.3.10. Religiones. 1.8.3.11. Infiltración lingüística. 1.8.3.12. Desemantizadores. 1.8.3.13. Decerebradores. 1.8.3.14. Técnicas de deprivación sensorial. 1.8.3.15. Aculturadores. 1.8.3.16. Disociadores de sensaciones. 1.8.3.17. Elongadores y acortadores de la percepción subjetiva del tiempo. 1.8.3.18. Estroboscopios hipnóticos. 1.8.3.19. Zoomtvies. 1.8.3.20. Vidiotas. 1.8.3.21. Drogas masoquistisadoras. 1.8.3.22. Pulverizadores de identidad. 1.8.3.23. Bombardeos de estrógenos. 1.8.3.24. Desmielinizadores. 1.8.3.25. Ambiente musical. 1.8.3.26. Elevadores del umbral de percepción del dolor 1.8.3.27. Bacterias neurófagas. 1.8.3.28. Lloviznas esquizofrenógenas. 1.8.3.29. Gases insomníferos. 1.8.3.30. Colapsadores de asociaciones de ideas. 1.8.3.21. Implantadores de falsas memorias. 1.8.3.22. Mezcladores de percepciones

cenestésicas 1.8.3.23. Inhibidores universales de reflejo. 1.8.3.24. Desorganizadores del neocortex. 1.8.3.25. Inversores de percepciones. 1.8.3.26. Falsificadores de la historia. 1.8.3.27. Perros minoicos. 1.8.3.28. Paralizadores paradójicos 1.8.3.29. Corruptores de símbolos. 1.8.3.30. Aniquiladores de palabras.

1.14.—El universo conocido se convierte en el cromosoma del nuevo universo a medida que la perturbación gravitatoria deja sentir su efecto sobre todas y cada una de las partículas que lo forman.

1.15.—Construir la materia que constituirá la carne para engendrar la nueva creación limitando el tamaño de las partículas subatómicas de manera de obtener un millón de ellas a partir de cada una.

1.16.—Construir la materia que constituirá la carne para engendrar la nueva creación sacudiendo el vacío para crear de él la materia Dirac y la antimateria cariD.

1.17.—Se enciende la mecha de la gran espoleta cósmica, el petardo constituido por todo el universo para sacudir el vacío y crear dos universos, el uno de materia positiva, el otro de materia negativa, ambos al universo sacrificado lo que el hombre al cromosoma, lo que el incendio a la chispa, lo que el infinito al uno.

1.18.—Despedida en dos direcciones de los universos hostiles ambos ya desarrollándose conforme al Programa, ya inevitablemente organizándose recombinándose codificándose adivinándose buscándose esquivándose.

1.19.—Cada uno de ellos creciendo hacia el instante de convertirse en cromosomas o planes o Programas de universos más complejos, buscando medios de sacudir el vacío, si antes el encontronazo con el universo mellizo no provoca el retorno a la nada, el anegamiento del hueco en la ausencia.

1.20.—Universos que a su vez propagarán Metauniversos que a su vez propagarán Metauniversos que a su vez propagarán Metauniversos a su vez creciendo en todas las direcciones del tiempo y extendiendo hacia el pasado su influencia en transitorias chispas que —puesto que toda causalidad es reversible— albergarán hombres que se creerán creadores del Metauniverso de la misma forma que una huella en la arena puede creerse creadora del hombre que la dejó, y así este mundo es solo una consecuencia del Metamundo, consecuencia que retrocede extinguiéndose como un ascua, a la vez causa y efecto este Universo en donde toda fuerza conspira hacia la ejecución del Programa así como toda fuerza conspiró para la formación de tu embrión, que era ya inevitable desde la primera vida y desde la primera materia, y así quizá una perforación en una tarjeta que define el primer punto del Metauniverso el primer eslabón del código es el origen de todo o el resultado de todo, o, como eslabón de la cadena, es todo y la puerta de todo, al colocarla tú yo él nosotros vosotros ellos en la calculadora lo será lo fue lo es lo ha sido lo es todo

0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0
0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0
0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0
0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0
0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 1 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0
0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0
0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0
0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0
0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0

PISO 61

En la mesa dicen pase el otro y el que pasa es un sujeto maiciao en pantalón marrón tubito con camisa verde de florecitas blancas y rojas y un llavero en forma de herradura

Nombre

Gerónimo Ortega

Edá

Treintidós y piquito

Dónde naciste

En Carirubana

Sabes tirar con revólver

Con máuser me enseñaron en la recluta

Trabajo

Voy por el año desempleado y por eso si el partido me consigue esta ayudita

Déjame ver el carné

Ahí tá

Eres de los nuevos

Ah vaina si fuera de los viejos no estuviera así

Bueno cuando estés en comisión no lo lleves encima

Ta bien

Sabes boxeo

Un poco

Fuiste chofer

De a tiempos

Tienes unos antecedentes

Me encontraron manejando un carro que me prestó un amigo y como era robado dijeron que yo era de los que los sacaba del país

Sabes dar cabilla

El candidato se voltea y comienza a flexionar los músculos de las espaldas que se le mueven debajo de la camisa y entonces a doblar un biceps que se le contrae y descontrae como sapito. Moncho le hace un gesto afirmativo al tipo que está detrás de la máquina de escribir

Al lado te entregan la pistola

ESPEJOS DE LA LOCURA SUEÑAN FANTASMAS

Yo estaba haciendo el gran acto Mágico Cuarenta Días y Cuarenta Noches en Catalepsia cuando los pedidores del carnet electoral me secuestraron y después de saquear el Concejo Municipal me dejaron abandonado en él, acostado sobre un montón de recibos de derecho de frente, y así me hallaron los curiosos; vestido con turbante y con guayuco de seda rosada; atravesado el pecho de alfileres y sables: cataléptico: silencioso: llorando.

Me preguntaron mi nombre y me dí cuenta de que yo nunca había tenido, o había olvidado, mi nombre: cómo explicarles a aquellos señores que sucesivamente debatían si mandarme al Seguro Social para que le curen las llagas, pero no, en el Seguro Social no hay vendas ni desinfectantes, reclutarlo porque no tiene libreta militar, pero no, no se reclutan personas con guayuco de seda rosada y desmadejado turbante sangriento; a la cárcel porque no tiene el carnet electoral, pero no, la cárcel no puede servir de manicomio; al manicomio, pero no, no hay plazas en el manicomio: lentas lágrimas corrían por mis mejillas, hasta que uno de los discutidores, que era policía, tuvo la idea y me dijo su cédula por favor su cédula.

Pero meterlo a uno en la cárcel por no tener cédula no resuelve ningún problema porque eso no basta para entrar en ese mundo estable, aún en el rastrillo se abren los grandes enigmas totales: si clasificarlo a uno entre el grupo vomitoso de dormidores de borracheras; si situarlo con los ladrones de motos; si situarlo entre el grupo temeroso de los portugueses mira musiú te arreglamos este problema si nos cedes

la camioneta; no, no, la única agrupación posible es ésta: con el anciano de cuclillas, todo el día en cuclillas, que de vez en cuando se mea mansamente: con el joven que todo el día espanta las moscas que no vemos: con el viejo que se la pasa todo el día hallando grietas: con el hombre sin cerebro que mira sin expresión mira: con el adolescente que le sirve de lazarillo a un ciego huraño, y que se saca de la boca hilos invisibles que atan todas las cosas: con el hombre seguido por perros: con el hombre que contempla todo el día las mandarinas: con el hombre que cambia de forma: con el hombre que insulta continuamente a todos y a todo: con el hombre que recoge todas las latas: con todas estas personas que el Jefe Civil dice coño, no me traigan vainas destas; ya se los dije no me traigan vainas destas.

La llegada de un hombre piedra y de un hombre brincador colmaron al mismo tiempo la paciencia del Jefe Civil y la capacidad del calabozo; y esa noche, muy tarde, prendieron el motor de una de las jaulas, nos alumbraron con una linterna de seis tacos y nos dijeron a pararse locos de mierda.

Jijí la putísima las moscas lataraplán látara rasguñogrieta las conexiones las conexiones no me toque que ahora soy culebra toc toc piedra puro mármol tóqueme toc toc tóqueme jau jau jau upa upa salto salto más alto upa salto pá la jaula móntense en la jaula o les echamos manguera jijí la putísima las moscas tóqueme upa jau jau la lona cúbrelos con la lona que no los vean cuando pasemos las alcabalas que no los vean.

Mientras la jaula avanzaba por la carretera, bache, yo trataba con mi turbante desgarrado de vendar la herida del rolazo en la cabeza del viejito jijí, bache, yo trataba de restañar la sien partida del gigante insultador, curva, yo trataba de contener el chichón en la joroba del dromedario, ahora me convertí en dromedario, fíjese, yo trataba de calmar al manoteador de las moscas, bache, trataba de acomodar en el suelo al hombre piedra, subida, las cortadas que los empellones habían producido en el de las latas, bajada, subida, hueco: las magulladuras en el de los perros, bajada, subida, hueco,

bajada, subida, hueco, curva. A las cuatro de la madrugada los conductores tomaron café en el Gran Paradero Kilómetro 60. Uno de ellos habló un rato con las muchachas. El otro le preguntó, no tienes cambio. Después accionó la sinfonola. Comenzó a sonar *Bala perdida.* Una hora más tarde siguieron manejando. Nosotros tiritábamos del agua de la manguera. En la madrugada pararon la jaula y dijeron: bájense, locos de mierda.

La jaula se alejó dando tumbos en medio del gran vendaval, que nos encerró como en un círculo encantado. Noté que se planteaba el problema de las direcciones, todos debíamos movernos antes de quedar encerrados en la gran enredadera que tejía el lazarillo del ciego con los hilos invisibles que se sacaba de la boca.

Porque el mundo está lleno de hilos padrino, que yo me saco de la boca, y con ellos voy amarrando las relaciones de las cosas padrino, eso ya se lo he contado padrino y usted lo sabe, como sabe las otras cosas que le cuento del mundo, las ciudades de burbujas, y los pájaros cornudos que se le sientan en la cabeza a los que duermen, padrino, si no fuera por mí usted no sabría estas cosas, ni de los señores envueltos en capas que van por la noche sacándoles los ojos a los niños con las cucharillas, ni de las figuras que van haciendo mis hilos y que son necesarias porque si no, desatándose el mundo todo se haría piezas disparatadas, usted recobraría la vista, y tendría que ver esas cosas horribles que yo veo por usted; yo tejo la telaraña de las cosas para que caiga dentro de ella el tiempo. Yo ato las cosas con las cosas, la nariz del Jefe Civil con el asta de la bandera, las teticas de las niñas con las flores de parcha, la máquina del vendedor de raspado con las escamas de los pargos en las pescaderías, yo comencé a atar por una punta del mundo y tengo ya casi la mitad atada; y a eso lo llaman: pasado: y ahora a este loco en harapos de seda rosada lo ato, y él también ato este hombre, el hombre sin cerebro una brisa ominosa comenzó a soplar en su cráneo. Desde la sien derecha. Arrastraba pequeñas cosas sin densidad. Escamas. Ideas.

Hacia las tardes la brisa era mayor y era calurosa y el hombre tenía la gripe. Más y más soplaba la brisa dentro de su cráneo y el señor se sonaba con un pañuelo y miraba en él luego mucosas densidades. Escamosos cristales que se disolvían en el aire.

Trató de taponar sus orejas con las manos. Discretamente evitó los sonidos a hueco, que podían repercutir, repercutir, repercutir, repercutir.

Buscaba y no encontraba con qué rellenar su cráneo. Tenía miedo de sentir en él un dolor, el crujiento dolor del estómago vacío. Pensaba que ésta sería una idea. Temía que pudieran ser así las ideas.

(sentía)
A veces (temía) que se iba a partir en dos, el hombre sin
(creía)
cerebro.

Su cuarto se llenaba de ropas amontonadas y de papeles húmedos. No sabía cuál de sus dos mitades topaba con los desperdicios y por eso no tomaba resoluciones con respecto a ellos.

Por otra parte, alejarlos no los destruiría. No los aniquilaría. Seguirían existiendo siempre. Más aquí o más allá. Siempre estarían presentes para los ojos vacíos del hombre sin cerebro.

Alcanzaba a sobrevivir repitiendo frases que oía y en cuando sabía imitarlas bien lo dejaban tranquilo. Cuando era objeto de ataques, sabía que la agresión venía del grisáceo tumor que todos los otros alojaban tras sus ojos.

Repitiendo las frases llegarían a mandar sobre todos y ordenaría extraerles a todos los tumores grisáceos.

Blandamente camina por las noches el hombre sin cerebro, que desconoce la utilidad de las cercas. Entra en jardines deslumbrados a ras de suelo por luces verdes. El sudor frío perla su frente, y lo lava en fuentes limosas llenas de reflejos. Quisiera apagar las luces y quedarse atontado en la falta de sentido de la noche. Reposar la cabeza en la luna y con

ella irse inclinando hasta el horizonte. Escucha por debajo de éste las sombrías cañerías, y no entiende, ni de dónde, no cómo, ni por qué.

Los perros se agolpan a su alrededor y gruñen. El hombre sin cerebro se baja los calzones y caga frente a ellos.

Se ha acostumbrado a roncar y ronca aún despierto, asombrado de no ver los ronquidos. De no verlos a pesar de ser tan reales. De tantas macizas cosas lleno el mundo, que no se ven. Teme tropezarlas, resbalar en ellas. Sin saber, tragárselas.

Mujeres surgidas del vacío descerebrado de la noche vienen y le meten sus manos por la boca. Hasta el codo. Suspiran y desvían la mirada, mientras cree ahogarse, el hombre sin cerebro. Tienen viejas enaguas y zapatos pasados de moda. Parecen salidas de estampas de El Hogar Cristiano y Sexología.

Todo entra a raudales en su cabeza. Todo sobra, todo chorrea como por sus ojos, por sus oídos, por sus narices.

Inciertamente sonríe acostado en los bancos de las plazas, en las desiertas carreteras. Delicadamente agarrándose su cabeza por las orejas, como dos asas. El hombre sin cerebro.

Un hilo atado a la pata de la cama de un burdel, conectado con la espada de un arcángel Miguel de sacristía, conectado con la chancleta de una viejecita muerta de hambre a las puertas de un hospital, conectado a la oreja del espejeante loco que intenta recoger con las latas el simún de la madrugada, conectado con la pata del caballo de una estatua, conectado con la jaula de una cotorra, conectado con un cuerpo que flota en una cloaca, conectado con una figura que, en medio de la carretera, cambia de hombre a cocodrilo, de cocodrilo a sofá, de sofá a dragón, de dragón a libélula, de libélula a hoguera, todo conectado, como centro, al viejito jijí agachado en cuclillas sobre la carretera, meándose, inmovili-

zados por la red de estos hilos, que nos hace sentir la continuidad de todo lo que sucede, que nos hace sentir cómo es posible cada cuarto de hora cambiar de ser, y decir, por ejemplo, ya me hice perro, rascapulga paraoreja alzapata hueleposte, ya me hice morrocoy, meteconcha sacapata meteconcha; y ahora soy lagartijo, verdepiel sacalengua ojitos ojitos sacalengua, atrapados hasta cuándo, en esta telaraña, cambiándonos alucinaciones, detenidos.

Embobados estábamos por la gran red de los hilos multicolores cuando a lo lejos por la carretera full equipo ocho cilindros apareció una centella dirección hidráulica frenos de potencia un torbellino de polvo aire acondicionado doble suspensión, chispas de luz echaban los accesorios cromados al acercarse de repente patapám el parafango izquierdo golpeó al viejito jijí que en cuclillas se orinaba. ¡Pelota de brazos y piernas aplastapaja aplastahierbas! Nos envolvió la nube de tierra, el bólido se alejó con un bramido, en el aire restallaron, rotos, los hilos invisibles, quedamos libres, y a lo lejos comenzaron a descender los zamuros.

Nos dispersamos, persiguiendo distintas alucinaciones: integrados a la república de los locos que deambulan por los caminos, no podíamos quitarle su presa a los zamuros: con qué melancolía nos hubieran mirado, cómo hubiéramos faltado a la gran hermandad de comedores y comidos, que vacía la mañana sin el gran hervidero de alas negras sin los grandes picos hediondos sin los grandes cuellos rojizos sin los grandes ojos metálicos que nos miraban marcharnos, miraban al suelo, miraban al sol ascendente.

Reducido así a comestible piltrafa el plañidero viejito jijí jijí, advertí que se borraba del cielo la corona violeta que acompaña al sol, que se borraba del aire el halo magenta que reluce sobre los hormigueros: corona y halo existían, comprendí, porque la función de la vida del viejito era mantenerlos; porque el universo tiende hacia la nada y nos va sumergiendo en ella mediante la repetición de los hechos y de las imágenes, hasta que terminamos por no ver: sólo la vo-

luntad nos permite distinguir esa realidad que es llamada alucinación: sólo la existencia de algunos locos mantiene vivas ciertas propiedades del mundo, y a su muerte estas dejan de existir: corona violeta y halo magenta que desde ese instante han dejado de existir para ti y para tu memoria: no entederás las letras del poema que les dedicaste: no conocerás las canciones que les cantaron: yo mismo al tratar de evocarlas cierro los ojos y apenas percibo manchas inciertas mientras escucho un aleteo frenético, un sonar de picos y de garras, y, echando a andar, los locos nos perdemos por los cuatro horizontes.

Extasiarse en las grietas entre las cosas. Una tarde pasada en una cuneta, contemplando una cuarteadura del cemento. Rastrear la discontinuidad de los ríos del vacío que corren entre pedazo de teja y pedazo de teja, entre piedra y piedra, entre labio y labio de una herida, piel y piel, carne y carne, carne y hueso. En el basurero y la montaña, en la fortaleza y la cloaca, en la nebulosa y en la caparazón de los insectos muertos. Nosotros mismos fisuras en la nada. Grietas.

La ventaja de la república de los locos itinerantes consiste en el tiempo: éste no transcurre por minutos y días, sino por vehículos que pasan tendiendo bramido torbellino zumbido: el chorro de aire comprimido sacude harapos barbas cabelleras, sacude el corazón, y el corazón late. Los locos que logran tomar ciertas abandonadas vías laterales por las que nadie circula, viven eternamente, pero para eso se necesita un corazón de metal, invulnerable al tiempo detenido, al fulgor del sol sobre la vía que cruza las cosas, sobre la vía por la que nada cruza. Por donde echando a andar, se pierden hacia la nada el loco encargado de mantener el sabor de las naranjas, el loco guardián de los vapores verdes que remolinean sobre el hielo, el loco responsable del rumor que hace el queso, el loco custodio del halo que aparece sobre las mujeres que amamos, el loco que proteje el fulgor de las estrellas, el que conserva el canto de los gallos, el que mantiene esos animalitos en forma de bolita que ruedan cuando viene la

lluvia, el que hace quebrada la forma de los relámpagos, el que gobierna las manchas triangulares que el mediodía hace aparecer en los cielos, el que preserva el meneo en la cola de los perros, el que favorece la correcta dirección y dimensión de las sombras. El loco que mantiene alejadas esas uñas melladas que en veces nos rascan el cerebro. El responsable de los sueños. El responsable del olvido.

Tomar en la mano una mandarina. Contar los poros incontables, ver cómo, a medida que se hunde la uña del pulgar, ts ts ts alfilerazos de perfume impregnan las manos las narices la ropa. Seguir el avance de la grieta, que pone de manifiesto, entre el anaranjado-verde, el blanco mate, el blanco algodonoso, el blanco hilachado, el blanco nube, el blanco chispeante, el blanco hueso.

Seguir adelante. Considerar los filamentos que se desgarran, las estructuras que quedan al desnudo. La miríada de cerebros anaranjados que quedan al descubierto y que no piensan en nada, sólo que cada hilo que se les arranca abre canales, sólo que cada poroso encaje es una teoría del mundo, sólo que la gota que saltará en el pleno corazón de los reventados hemisferios reflejará infinita anaranjadamente; la mandarina misma, tus manos, tu rostro, las sucesivas cúpulas que el tiempo construirá sobre tu inmovilidad y sobre tu cabeza.

Morir de hambre, con los bolsillos repletos de mandarinas.

Yo, yo, desorientado, yo, sin otra función que la de percibir las funciones de los locos, yo, sin otro destino que esperar sus muertes e irme despertando en mundos sin coronas violetas en el sol, sin halos magenta sobre los hormigueros, sin vapores verdes sobre el hielo, sin rayos quebrados. Mundos cada vez más desnudos y más pobres y más descarnados a medida que la ceguera progresiva que nos arrastra hacia la nada, nos fuera prohibiendo esos milagros preservados por

los locos. Mundos como esqueletos. Mundos como noches. De los que huíamos.

De lagartijas apedreadas viví, de turbios charcos en la arcilla erosionada viví, de hacerme amigo de los perros que me dejaban robar batatas en los conucos viví, de uno que otro campesino que al pasar en burro me tiraba una mazorca viví, de huevos de iguana viví, de desolladas culebras, de torrenciales lluvias, de sol enfebrecido, de los propios vapores de mi cuerpo desecado por el sol viví, de mis legañas, de mi sudor, de mi vivir viví, cerrándome en ciclos en los que conmigo mismo me cubría, y de cuando en cuando, a lo lejos, pasaban los automóviles, como exhalaciones.

Yo pedía un pan yo pedía alguito de comer y presentaba una lata y a veces me daban alguito de comer en la lata. Pero a veces me echaban suciedad en la lata. Así que dí por recoger todas las latas de los caminos para recoger en ellas todas las contrarias suertes de la vida. Muchas lindas latas, véalas, amarradas con cordeles. Espejitos. Yo quería el agua de las lluvias en las latas, yo quería atrapar en las latas los aires bonancibles, encerrar también las pestilencias y los males, y luego anular y liquidar y mezclar las contrarias esencias de las cosas mediante las combinaciones de mis latas innumerables hasta llegar al equilibrio que compendiara las desnivelaciones de que está lleno el mundo. Latas que cargo colgadas por todo el cuerpo y latas que arrastro hasta que me tiran piedras por la bulla. Látara plan látara. Las gentes entrecierran los ojos por mi destello.

Día terrible aquél en el que sentí que a lo lejos un Jeep había matado al loco encargado de mantener el blanco de las nubes, y estas se hicieron transparentes, mocos amenazan-

tes en su acuidad capaz de tragarse las mentes hasta que a la hora del crepúsculo una adolescente que enloqueció en la ciudad volvió a encender los algodones, los blancos mates violetas pardos rosados algodones sin cuyo relleno no existen los sueños.

Yo, señor, yo soy el loco de los perros, que llevo siempre amarrados un perro y una perra, tras el perro se me vienen las perras y tras la perra se me vienen los perros, perrería que me da una gran autoridad para limosnear: Señor, deme alguito para los perros. A las recogidas de las jaulas me les escapo porque los perros, cuando nos estamos espulgando o rascándonos las orejas, forman el gran alboroto el ladrachilla corregruñe muevecola y así me avisan de la venida de las jaulas y hacemos el gran campo traviesa, y después de pasada la jaula volver al camino volver, acunar los perros muertos a balas de máuser yertas colas mansas orejas amusgadas moscas lentas viniendo a preguntar lo que pasa.

Noche terrible cuando una gandola destruyó al loco encargado de mantener vivos los rastros dorados que las estrellas van dejando por las noches y la madeja de los cielos se volvió una huesa de puntos blancos y llegamos a las muertas noches de la astronomía; a las plumas sin tinta que ya no escriben en la sombra, al hormigueo que sentimos en el cuerpo al ver esta yerta sopa de mundos. Fría.

Cubrirse de estos hilos con que te atan, y de las moscas. El peligro de las moscas es que te traen todas las visiones del mundo y te traen la propia visión tuya repetida mil veces

mil veces y esto ya es demasiado. Sentado, con las piernas cruzadas y ambas manos caídas a los costados o, según el caso, agitándose inútilmente, oyes el zumbido que se aproxima en ángulo de cuarenta y cinco grados hasta tu sien derecha. El manotazo lo convertirá en zumbido alejándose en ángulo de sesenta y cinco grados que se volverá zumbido acercándose en ángulo de treinta y cinco grados hacia el labio inferior; una mueca lo tornará en zumbido alejándose en ángulo de noventa grados que revertirá en aproximación en ángulo de cuarenta y cinco acercamiento de treinta y huida de veintidós persecución de setenta fuga de veintiuno regresar de ochenta y tres.

Entretanto, y correlativamente, manotazo sobre el hombro rodillazo en el vacío cabezaso a la izquierda manotazo sobre el muslo sacudón del vientre manotazo sobre la oreja derecha ladeo del tronco hacia la izquierda amusgamiento de la oreja derecha guiño del ojo izquierdo cabezaso hacia atrás manotazo en el ombligo contracción de la pantorrilla derecha distensión del antebrazo izquierdo sacudón del homoplato derecho contracción del bíceps izquierdo sacudón del homoplato derecho contracción del bíceps izquierdo sacudón de la cabeza hacia adelante esguince del tronco a la derecha contracción de la nalga izquierda manotazo en la mejilla derecha.

De inmediato, y a manera de ciclo, zumbido que se aproxima en ángulo de cuarenta y cinco grados, manotazo sobre el hombro zumbido que se aproxima en ángulo de treinta y un grados, rodillazo en el vacío, aproximación en ángulo de cuarenta y dos manotazos sobre el muslo, y así, establecidas perfecta y cíclicamente las ruinas, los actos no tardarán en producirse independientemente del estímulo, de modo que, y hasta la eternidad, manotazo sobre el hombro izquierdo rodillazo en el vacío cabezazo ladeado en el tronco amusgamiento de la oreja guiño del ojo mientras sobre el suelo, a dos metros y veintidós centímetros al sur de tu dedo gordo del pie derecho, permanece tendida vientre arriba sobre sus alas, y lentamente se momifica, una apenas perceptible mosca.

Temible tarde muerto de inanición el loco que mantiene el rumor de las aguas, del cual oh milagro encargóse una viejecita que enloqueció frente a su fogón de leña y así las selvas otra vez las selvas para siempre.

Yo, señor, yo soy el loco zamural que sigue los embudos de los zamuros sobre los animales muertos, se sienta junto a éstos y mira tristemente: a lo lejos los guardias que hacen la recogida en la jaula vacilan y matan a tiros uno que otro zamuro, nos acercamos, no, carajo, muy hediondo, no nos acercamos, no, que los olores se nos pegan, los olores, yo, señor, yo capto la interioridad de los olores y espero la muerte de las cosas para saber su verdad yo sentado espero la muerte destinada para todas las cosas, que han sido hechas sólo para dejar un olor, que no son más que frascos del perfume que al fin se liberará entre los aires.

Mañana terrible muerto por picadura de culebra el loco encargado de las dos horas de luz violeta que siguen a la medianoche. Y así negror sin arcoiris tizne sin llamas firmamentos de betún sin fuego.

Yo soy el loco que siente todo su cuerpo, que siente todo aquello que ha sido y que va a ser su cuerpo: que en este instante siente brotar las hojas del maíz que lo alimentará dentro de un año, que en este instante siente revolverse en las nubes el vapor del gargajo que escupió hace seis meses. Como una mancha, me extiendo por toda la tierra y toda la tierra se extiende sobre mí. Como una mancha.

Terror y llanto abrazado al ardiente suelo al morir el loco que hace nacer los arcoiris sobre las semillas que ger-

minan y no ya los campos de cultivo emplumados de luces no ya los bosques columnatas de espejos.

Yo soy el loco que se cree tú.

Oh resbaladizo deshacerse del mundo oh reconstruirse oh distenderse oh selvas de animales mansos cuyos huesos duermen bajo tierra oh encendidas especies oh lucientes fatas morganas oh dueños de las cosas oh patronos de los existires y los desexistires oh loco dueño de la estrella polar oh loco dueño de la luz del día oh loco dueño de las coloreadas estrías de las mejillas de las mujeres no parpadees no parpadees algún día parpadearás no parpadees.

Oh tú loco encargado del mundo entero tú que pasas estas páginas no parpadees no parpadees.

Enterado el Gobernador del Estado de que locos transportados desde otro Estado convertían las carreteras en teatro de espectáculos lamentables, enterado de que viene el autobús de los turistas y se hace necesario tomar medidas enérgicas, dispone:

Recogidos, planeados, enjaulados, muertos de hambre el primer día el loco encargado del canto de los huevos de los pajaritos, recogidos, planeados, enjaulados, muerto de un planazo el loco responsable de los espejismos que giran dentro de las botellas viejas, recogidos, planeados, enjaulados, muerto de una mala caída el loco responsable de las libélulas que llevan el ritmo de la Banda Municipal, recogidos, planeados, enjaulados, muerto del sofoco el loco encargado de hacer florecer los pinos, recogidos, planeados, enjaulados, loco abrazado a una perra tiesa entre una gran mortandad de perros envenenados, recogidos, planeados, enjaulados, loco enlazado por los guardias con la nariz protegida por pañuelos con aceite alcanforado entre la gran zamurera que revuelve los olores, recogidos, planeados, enjaulados, loco que se cree Negro Primero atraído por las Gloriosas Notas del Himno, recogidos, planeados, atrapados, loco empeñado en ser intérprete de canciones con la promesa de una presentación ante las multitudes, recogidos, planeados, loco empatador de hilos invisibles, loco sin cerebro, loco hallador de grietas, loco

contemplador de mandarinas, loco recogelatas, loco criaperros, loco espantamoscas, loco zamural, loco que siente todo su cuerpo, loco que se cree tú, loco encargado del mundo eterno, loco que cambia de forma, de orquídea a araguato, de araguato a mariposa. Recogidos. Planeados. Enjaulados.

A empujones nos metieron en la jaula a empujones la jaula nos remolcó hacia la noche a empujones dábamos los unos contra los otros barbas melenas harapos legañas vergüenzas roturas chichones: luz de carros que venían en dirección contraria: baches: jau, jau, jau, los olores, los olores, vengo a decirles que estoy muerto, clocloclo cloclopo, los hilos, padrino, ahora he enlazado los hilos con una procesión de cuerdos que dicen que usted también es loco porque sólo conoce el mundo que yo le desplico, las grietas las grietas, bache, siento la tierra y el agua, curva, el agua a donde vamos, bache, ahora soy caimán, curva, soy alacrán, bache, soy pajarito, bache, curva, bache, curva.

A las cinco de la mañana dejamos la carretera y entramos en un camino sin pavimentar, que iba a dar a un río. A las cinco y media nos alinearon frente al río. A un cuarto para las seis conversaron sobre las medidas estrictas provocadas por la inminente llegada del autobús de los turistas. A las seis sacaron la barra de montar el gato de la jaula, y a golpes comenzaron a matarnos.

Molinete de la barra, golpe, caen por un lado el loco criaperros por el otro la perra envenenada, molinete de la barra, golpe, caen por un lado un loco esquelético por el otro media docena de secas mandarinas, molinete de la barra, caen por un lado el lazarillo empatador de hilos invisibles, por el otro el ciego, molinete de la barra, golpe, caen por un lado un loco amarillento por el otro las tapas de su cráneo vacío, molinete de la barra, golpe, cae por un lado un loco en actitud de firme por el otro su espada de madera, molinete de la barra, golpe, cae por un lado un loco palmoteante por el otro una repentina nube de moscas, molinete de la barra,

golpe, caen por un lado un loco hediondo por el otro un atado de plumas de zamuro que remolinean en la madrugada, molinete de la barra, golpe, cae un loco estático con una grieta enorme en la frente, molinete de la barra, golpe, caen un loco mugriento y por el otro lado una explosión de latas, molinete de la barra, golpe, caen o una libélula o una cotorra o un rosal o un oso hormiguero, molinete de la barra, golpe, caen o las gotas de remotas lluvias o los granos de futuros cereales o el tejido de capullos pasados o el cuerpo de insectos por venir, molinete de la barra, golpe, caen los torbellinos que anuncian la salida del sol, molinete de la barra, golpe, caen los remolinos de burbujas que dan vueltas sobre la cabeza de los niños, molinete de la barra, golpe, caen las membranas que mantienen separado un lugar de otro lugar y un instante de otro instante, molinete de la barra, golpe, cae la catarata de espejos que siempre asciende de los bosques a los cielos.

Molinete de la barra, golpe, explosión, salida de la barra por un lado, del sargento por el otro, reventados los sesos de un balazo, explosión, explosión, explosión el cabo echa mano de la Madsen, explosión, Madsen y cabo caen al suelo separados, los dos rasos que sacan las pistolas de reglamento, explosión, explosión, explosión, raso, raso, pistola, pistola, entonces un gran silencio: desparramados por el suelo quedan: sargento, barra, cabo, Madsen, raso, pistola, raso, pistola, loco, perra, loco, perola, loco, mandarinas, loco, espada de madera, loco moscas, el monte, saliendo con cuidado, seis jovencitos tímidos, con barba incipiente, mandados por una muchacha con cejas de diablo, fusiles listos, venteando.

Voltearon los cuerpos de los locos. Les pusieron las manos en el corazón. Menearon las cabezas. Al tocar el pecho del lazarillo uno de los jovencitos retiró la mano de repente. Entre los harapos aparecía un incipiente seno de niña.

Recogieron la Mandsen, las pistolas, las municiones. Incendiaron la jaula. Tiraron al río la barra de gato ensangrentada. Me hablaron y no pude contestarles. Me pusieron en las manos alimentos que dejé caer. Se fueron, agazapándose, tímidos, los fusiles, listos. Venteando.

Yo esperé todavía mucho rato, antes de echar a correr.

PISO 62

LOS SAPOS tienen pantalones de tubito y camisas de cuadrito o de flores o de palmeras y pelo engominado y zapatos de dos colores o a veces botas de policía regalo de la Comandancia y tienen un cinturón de lona verde como de Guardia Nacional con cartucheras de lona llenas de toros y unas latas que pueden ser granadas o bombas lacrimógenas y llevan terciada un ZK y llevan en el bolsillo de atrás un 38 especial y a veces en el pescuezo una máscara antigás y a veces un casco y también puede ser que lleven medias a cuadros verdes y azules y unos llevan peinillas y otros machetes y otros bayonetas cortesía de la Comandancia y con la fuca en la mano le dicen a uno

Su cédula

YO NO QUISE VER SU IMAGEN

Después de haber dado en el empeño de conseguir el infierno para librarme de la persecución de la imagen, de pecado en pecado dí en el pecado inevitable: hacer burla de imágenes o tener intención. Amanecía en un burdel; en camiseta estaba yo junto a una puta asmática que, sentada, mirándose en un trozo de espejo, se daba colorete. En la pared, sobre la cama, descubrí una imagen enmarcada del Doctor Milagroso. Una larga discusión emprendí acerca de si me habían robado la pajilla, ella que si usted vino sin sombrero, yo, que si me quejo al Prefecto, ella, que de mí

no abusa nadie, juio, juio, le silbaba el asma, yo, que si a título de indemnización me llevo la imagen: mis manos se crisparon sobre el marco: frente a mí la asmática puta sentada en la cama, juio, juio, me vio desgarrar el forro posterior hasta encontrar la dirección del fabricante: Pele el Ojo a Quitacalzón 44, Especialidades Litúrgicas. Hacer burla de imágenes. Lento llanto empezó la puta arreglando jarras y poncheras en el suelo; bajo el brazo me coloqué el marco con la imagen. O tener intención. A la mañana agria salí, sin afeitar, al hombro el bastón de estoque, el dedo pulgar cortado por el vidrio de la imagen, el marco bajo el brazo, y peregriné de botiquín en botiquín. En el bar La Esperanza en Dios, cuyas puertas se abren sobre un demasiado difícil de olvidar albañal, encontré a quien buscaba, sentado en una silla inestable frente a una mesita redonda, al lado de una carretilla, frente a un vaso vacío. A través del cual me miró.

Lo vi mover su cuerpo, mientras me sentaba a su lado y ordenaba, mozo, dos berros. Parecía una máquina sin cubierta. Nada tapaba las poleas los correajes los engranajes las bielas y lo pernos de su fea pero exacta función de movilizar el esqueleto que a su vez movilizaba el nicho de sus órbitas, desde donde sus ojos me examinaban. Esta mirada encendía el ser de las cosas ocultas, que brillaban desde su escondite. Me medía, me contaba. Sentí que apreciaba en su precisa dimensión cada uno de mis huesos, cada una de las inserciones de mis tendones y mis músculos, cada una de mis vísceras y de mis actos. Escudriñó las redes de mis nervios y los manojos de mis arterias, pesó mis tripas, valoró las sombras que definían mi rostro, resolvió las leyes que determinaban la posición de mi cuerpo y situaban mi centro de gravedad. Dentro del cono de su visión, me sentí transportado a galerías cuyos horizontes disparaban puntos de fuga como radiantes explosiones de saetas y arcadas que se

repetían como ecos. Sentí catalogada la seca contabilidad de mis proporciones y confirmadas en mi rostro las tablas de Vesalio y de Luca Paccioli. Recopilados los callos de mis manos y clasificadas las arrugas de mi rostro. Recorrido mi cuerpo por la infame soberbia de su densidad y su lugar en el espacio y su fealdad y su peso en la composición y su realidad que dependía de esta luz, y de este lugar, y de este instante. Valorado en mi crasa e inevitable verdad por encima de los aéreos sueños de los cánones y las embanderadas torres de las preceptivas y de las secciones áureas: roto el plácido cielo de las Anunciaciones y las poderosas construcciones del espacio por el austero amor de la presencia del hombre. Destilado como un precioso vehículo el fluir de mis líquidos y la viscosidad de mis superficies y mis exudaciones. De entre todos los terrores de la belleza del mundo, me elegían a mí estos ojos. Me sentí analizado y aceptado hasta en mi cobardía y en mis excrementos. Con un dedo húmedo e informe como un pene, dibujó mi caricatura en la humedad de la mesa y yo cerré los ojos para no ver mi cara. Después, desvié la mirada hacia la carretilla.

«Ando recogiendo centavos» me explicó la cadavera hemorroidal «para pagar una multa que le pusieron a mi semanario». La carretilla estaba vacía, cubierta de una seca piel de herrumbre y argamasa. La coyunda del aro, el paralelepípedo, el cilindro y los cuernos fijaba como un pisapapel la duración de aquel instante. Cada masa de hierro de la carretilla se extendía en una dirección del tiempo desde aquel instante que yo sostenía entre mis dedos como una migaja. Sentí la impresión de haberme tragado la carretilla y de que ésta perforaba mis vísceras. Mis jugos digestivos burbujeaban sobre su costra y reinventaban las formas de la argamasa que recubrían aquel insecto de hierro, clavado en mitad del instante y en mitad de mi cuerpo —como un puñal— como un cangrejo. Lancé un centavo a la concavidad de la carretilla. El sonido del níquel no bastó para organizar el caos, antes bien, terminó de incomodar el espacio, que es-

taba como retorcido y desgarrado por la asesina intrincación del hierro, y *abrasado* por la lepra del óxido, y *prisionero* de la rueda: sentí que el secreto venenoso de la *separación* de las cosas estaba a punto de revelárseme: volví a desviar la mirada: comprendí con terror y con asco lo que significaba ser dueño de una mirada como la de la calavera hemorroidal, que contemplaba cada una de las cosas con la absorta y exacta y minuciosa intensidad con que yo contemplaba mi obsesión: si el espacio es esférico, aquellos ojos eran *el espacio* y dentro de cada uno de ellos existía todo en esa compactación de las formas que se dará cuando toda convexidad encaje con toda concavidad y las dimensiones desaparezcan en el punto único de aniquilación de tiempo y espacio: por esto, me expliqué, la febricitante labor del dibujante que estaba frente a mí de reducir el vértigo tridimensional a las *dos dimensiones* del plano: y al final, esta insensata y aniquiladora máquina de ver, capaz de desplegar los recovecos del espacio hasta encontrar su resumen en *una* dimensión: y esa máquina de ver desdeñaba aquel don capaz de convertir una carretilla en el fulgor del mal y el nuncio de la integración final: con una dolorosa y honrada honestidad, hacía caricaturas: registraba cada una de las formas de la particularidad accidental antes de abismarlas en la sima del punto único y en la indiferenciada universalidad de un centro en donde ni siquiera existía la luz: con el líquido derramado en la mesa, su dedo dibujaba peones, animales, chácharos con fusil y machete, generales robagallinas con pollos amarrados en la cintura, adulantes de levita, mozas casaderas, sembradíos, pícaros, la faz del Benemérito transformado en pez inmundo, petimetres, prisiones que daban a patios circulares, grillos de hierro como los que hasta meses antes había llevado remachados en los tobillos. «Los grillos le añaden peso a la opinión de un hombre», me dijo. «Los grillos son el consuelo de los que no tenemos prudencia, porque nos enseñan a medir los pasos», añadió. «De mis conciudadanos, soy uno de los pocos que no le ha abierto

las piernas al gobierno sino con grillos», insistió. Agrillaba y desengrillaba metáforas grillescas, enfundado en el deplorable traje de antes de la prisión, ensayando su risa seca, sin sonido, mueca que como una araña crecía por su cara hasta mostrar las disparejas muelas, desnudos huesos que no eran de la anatomía, cadaverinas abstracciones, cráneos y columnas vertebrales del muequeo. A sus espaldas, la banda de los chamos Tutankamen inició los compases de un Fox. Nos miraron largamente dos sujetos mal encarados que estaban en la mesa contigua.

—Mis ángeles de la guardaespalda —dijo la cadavera hemorroidal—. La Gobernación los ha puesto para que le encuentren el doble sentido a mis palabras. Cuatro años preso porque alguien pensó que mi caricatura sobre las esquinas de Muerto a Gobernador quería decir en realidad de Gobernador a Muerto. Entonces comenzaron los espías a buscar los dobles sentidos de todo lo que yo había dicho, y las gentes los triples y los cuádruples sentidos. Allí empezó la vaina de las significaciones porque entonces yo no podía dibujar una mocita preñada sin que eso significara el robo de terrenos del General González, ni podía pintar una beata amorosa porque eso se volvía el empréstito secreto del Banco Holandés, y no había forma de recoger de la calle todas las mocitas ni todas las beatas, que se volvían consignas subversivas, y los siguises avanzaban al quinto significado y las gentes al sexto y al séptimo. ¡País gongorino en el que un perro con sarna, un burro rijoso, la lluvia, los pericos, las mariposas y las cucarachas por significados pares encarnan símbolos obscenos, y por significados impares proclamas contra las autoridades! ¡Mundo de alusión! ¡Explosión de cada cosa en los dobles fondos de los significados! Me soltaron porque comenzó a extenderse el rumor del noveno significado del gato encerrado y ahora no saben si me encierran por el décimo sentido del pájaro en mano que vale más que cien volando. La gente me tiene miedo porque nadie sabe qué puede terminar significando cada palabra que me dicen o que digo. Salud.

Sin decir una palabra, brindé, puse sobre la mesa el marco, saqué la imagen del Doctor Milagroso, la empujé hacia él. Estalló la risa silenciosa. Las muelas cariadas masticaban los despeñaderos de los dobles sentidos espirales, que crecían como series de Fibonacci entre las sincopadas notas del fox. Las manos insectoides de la cadavera hemorroidal taparon una parte de la imagen, la ladearon, me la mostraron. Abrí la boca, dejé caer el bastón. Las manos ajedrezales invirtieron el papel, destaparon la parte cubierta, taparon la opuesta. Una erección siniestra me destempló el espíritu. Sentí que el cuadro se hinchaba como harina con levadura: de los imprecisos manchones de tinta de imprenta brotaba una generación de formas sólo en ese instante preñadas y paridas por fórceps de hueso: despiadadamente extraídas como esponjas de la tibieza del mar anónimo de la imagen y depositadas sobre la tabla del puerto que era aquella mesa, desgarradas, chorreantes, olorosas a organicidad seminal. Las aborrecibles crías de la imagen tiritaban y gemían. Las manos sarmentosas doblaban el retrato, haciendo coincidir el extremo superior derecho con la parte media. Volqué el berro recién servido, quise barrerme de la frente un sudor frío, no sé si de alcohol, ayuno o desconsuelo. Las manos aracnoides plegaban el doblez, haciendo posible el obviamente inevitable matrimonio de una región clara con una región oscura, construyendo una arquitectura secreta pero irrefutable. Reí, tosí, me atraganté, temblé como herido por el rayo. Las manos crustáceas intentaban la matriz de la pajarita de papel, de la cual, como del esqueleto del erizo, brotaban secciones áureas, bóvedas solemnes, en cuyas paredes se arracimaban como liendres y gesticulaban como gárgolas las obscenas figuraciones nacidas de aquella metageometría. Sentí un amago de vómito. Las manos pulpescas multiplicaban hasta el infinito el polígono papelesco lleno de pliegues, alas y miembros, cada uno de cuyos recodos y yuxtaposiciones proponía un espectáculo a la lujuria, a la locura o al asco. Sentí deseos de una puta, mi estómago saltó. Las manos vermiformes animaban ahora el armadillo de papel, haciéndolo flexionar sus patas, colas

y alas, y proponiendo en cada movimiento un ritmo horrible, un balanceo que aún paría a nuevos espectáculos y formas. Los chamos Tutankamen se habían callado, los espías secreteaban. Mozo, otro berro, dije. Las manos radiculares extrajeron de los bolsillos manchados una botella de tinta china y una plumilla, retocaron con diligencia descuidados rincones y partes de la imagen, haciendo, hay, casi obvio el caos engendrativo que antes habían descubierto las ocultaciones y las geometrías. Se verá todo también en bajorrelieve, en estatua y en impersonación, dijo la cadavera hemorroidad, devolviéndome el papel. Mozo anótelo en mi cuenta, grité: los espías salieron a la carrera, obviamente en busca de refuerzos; los chamitos Tutankamen silbaron las incidencias de mi pleito con el mozo, que intentaba hacer valer el espíritu del cartel. Aquí murió el fiar, y lo ayudó a morir el mal pagar, yo corté la discusión alegando lo ilustre de mi apellido, me marché dejando cerrarse las puertas oscilantes sobre sendos retratos del Padre de la Patria y del Doctor Milagroso que miraban melancólicos el mostrador: al doblar la esquina divisé una legión de chácharos que allanaba la Papelería La Pajarita de Papel sin que a su dueño le valiera mostrar los retratos del Benemérito que presidían su mostrador y su lecho conyugal; apreté el paso frente a una escuela donde chácharos y maestros de juventudes despanzurraban los bultitos de los alumnos en busca del séptimo sentido de la Pajarita Cola de Gallo; tomé el tranvía mientras comenzaba por toda la ciudad la gran ola pávida durante la cual fueron sospechosos los pliegues de los periódicos, las arrugas de los pantalones, los dobleces del pañuelo, los dobladillos de los calzoncillos y los Ministros que se plegaban a las órdenes del Único, furor éste que persistió hasta que la cadavera hemorroidal jugó la célebre partida que dio lugar al inacabable asunto del triple sentido de las piezas del dominó; en un cruce de esquinas bajé del tranvía y consulté sucesivamente con un borracho, un limosnero, un leproso y un loco, quienes confundieron mis señas hasta el punto de que caminé

hacia una vitrina llena de polvorientos objetos y penetré en una precaria tienda con las paredes encendidas en un rosado bilioso. Sonó una campanilla que me anunció.

La campanilla de la tienda color rosado bilioso hizo moverse, tras el mostrador, a una anciana de ojos azules como una llamita, que hacía repiquetear sus agujas de calceta tejiendo una pieza también rosada. Adelante, me dijo, adelante, qué desea, pero me detuve ante ella, con el retrato en la mano, porque de repente comprendí que yo mismo no sabía qué deseaba, y que decir esto era la imposibilidad de las humanas imposibilidades: como atrapado en culpa escondí a mis espaldas la foja con el retrato retocado a medida que detallaba las aberrantes presencias de los mostradores. ¿Qué quiere?, insistió la anciana. ¿Quiere las barajas trucadas, las serpientes fingidas, las cajas de doble fondo? No. ¿Quiere las cintas con nudos falsos, los vasos que no pueden contener líquidos, los bastones plegadizos? No. ¿Quiere los trucos de espejos, las velas que no se apagan, el fuego que no arde? No. ¿Quiere las alfombras que levitan, las armas que no hieren, los trajes invisibles? No. ¿Y la sangre simulada? Menos. ¿Y los alimentos intragables? Tampoco. ¿Y las manchas que se borran? Nunca. ¿Y los fantasmas de cuerda? Para nada. Pero en esta tienda sólo se vende lo contrario de lo que parece, me dijo. Yo no vengo a vender nada, le repliqué. ¿Y entonces a qué viene?, me preguntó. A regalar, dije, y le tendí la foto retocada. La viejecita la examinó, y me la devolvió diciendo: Guárdela, también es lo contrario de lo que parece. Puede producir sorpresas, le alegué. No me interesa, contestó, yo no prometo milagros, yo los fabrico: todas las contranaturalidades están ya en esta tienda, etiquetadas y con precio: la sangre que se torna en vino y el vino que se torna en sangre, la llaga que no sana y la herida que no duele y el gusano que no roe. ¿Pero, dónde me encuentro?, pregunté En la Tienda de Trucos. Yo buscaba la de Especialidades Litúrgicas. En el otro lado de la cuadra queda, pero puede también llegar por esta puerta a mi espalda, en la trastienda. ¿Y vende usted mucho? Según las estaciones y las épocas:

en ciertos meses vendo falsos rostros y apariencias equivocadas: disfraces, también alquilo y remiendo: vendo el trucaje de la resurrección y el de la muerte mentida. Rostros de animales y garras de fiera para el olvido de lo que somos. Joyas falsas y piedras sin valor que enceguecen con sus reflejos. Biombos de paneles infinitos y tiendas que desaparecen, vendo. ¿Y, últimamente los negocios cómo van? Mal, por el arancel; si quiere entrar a la fábrica de Especialidades Litúrgicas, pase por la trastienda. ¿Y cómo es eso del arancel? Que casi todos los engaños son importados, y con los derechos de aduana, se ponen por las nubes. Vea por ejemplo, los cigarros explosivos resultan prohibitivos y nadie los compra. El vómito artificial es ahora sólo para los acomodados. Si esto sigue así, nos quedaremos sin bombas fétidas. Lo mismo va a pasar con el polvo picante y los bombones purgantes. ¿Cuesta entonces tanto todo lo falso? Más que lo natural: demasiado cuestan ahora las llagas fingidas que compraban los pordioseros y los fabricantes de milagros; las cucarachas de vidrio, ya ni pensarlo; las moscas de goma, están inasequibles. ¿Y no se produce nada en el país? Sí, esto.

La mano de la vieja descendió hasta la más remota cochambre de los mostradores. Las agujas de calceta, como antenas de un caracol decrépito, señalaron unas masas pardas.

—La caca, es lo único que se produce en el país. Es lo único nacional, la mierda.

La viejita me miró con sus ojos azules, pero yo ya partía hacia la puerta de la trastienda

Abrí la puerta de atrás de la tienda de trucos, levanté una cortina negra y pasé a la trastienda En un pasillo que convergía hacia un punto de fuga, las paredes estaban recubiertas de anaqueles repletos de estatuillas que reproducían la imagen del Doctor Milagroso En el suelo, hileras de estatuillas del Doctor Milagroso en formación. En el techo, como hileras de ahorcados, colgaban filas de estatuillas del Doctor Milagroso en un colosal monumento a la *redundancia* —pues cada estatuilla era igual a las otras: desde el fin

del pasillo crecía un cáncer icónico que se reproducía sin control. La oscuridad me sugirió imágenes de un terror metafísico. Imaginé un centro desde el cual partían infinitamente hacia todos los puntos del vacío estatuillas del Doctor Milagroso. En los intersticios entre efigie y efigie comenzaron a ver mis ojos vibraciones de luz, y, ya perdida toda prudencia, avancé por el túnel icónico, advirtiendo sutiles perversiones de mi percepción. En oportunidades creía que caminaba por un largo pasillo donde estatuillas de igual tamaño se empequeñecían hasta el infinito. En ocasiones creí en un cuarto pequeño como un escaparate en el cual hileras de figurillas progresivamente pequeñas fingían una perspectiva inexistente. Volví la mirada. En el extremo del cuarto, figurillas invertidas me hacían dudar si el cuarto se había dado vuelta o era yo que caminaba por el techo. Las sutiles y acaso totalmente azarientas variaciones en el tamaño de las esfinges de las efigies me hacían totalmente imposible juzgar el tamaño de la habitación y el mío propio.

Tan pronto creía ver un ejército de soldaditos de plomo, como uno de estatuas de mi tamaño, como un bosque de seres ciclópeos de la talla del coloso de Mennón. Parpadeé, tratando de enfocar, y entonces descubrí que mi ojo izquierdo veía un paisaje totalmente distinto del que veía el derecho. Sospeché que espejos disimulados en algún sitio de la oscuridad me hacían ver con un ojo hacia atrás mientras miraba con el otro hacia adelante, de manera que al moverme no sabía si iba o si venía. O si subía. O si bajaba. En el techo percibí tragaluces rojos y verdes. Si miraba seguido aquellos tragaluces, si los miraba todo el tiempo de eternidad que las geometrías equívocas de aquél cuarto parecían garantizarme, terminaría por no ver aquellos colores, y al salir tampoco los vería, y por ende tendría un mundo sin colores y una vida sin acontecimientos. Luz verde y roja resbalaba por las figurillas de yeso barnizado de aquella cámara oscura: me sentí en una caverna, en el centro de una cámara fotográfica en donde habían quedado fósiles de todas las imágenes que ha fijado: esta vez de una única ¡única!

imagen. Pensé en un universo cuyos átomos fueran réplicas de aquella imagen. En un planeta donde el azar de las infinitas combinaciones de las estrellas la repitieran en una noche permanente.

Desposeído de mi ser por la casi total oscuridad, aferré el bastón, me puse bajo el brazo el retrato, comencé a tararear tarará tarará tararí tará la Marcha a Rakoczi, tarará tarará tarará tará para aferrarme tararí a una pulsación tarará que me diera solidez. Tararí tarí tará. Con cuidado, sin ver, un paso avancé. Tararí, tararí, tararí, tará. Y sentí que mi cuerpo tras mí dejé. Tararí, tararí, tararí, tará. Palpé sin sentir. Andé sin andar. En incierta oscuridad. Tararí, tarí tará. Por pasillos sin forma trastabillé. Palpar quise mi cara y no la toqué. No hubo sensación. Sin orientación. De mi nombre me olvidé. Tararí, tarí, tará. Como un cuerpo sin cuerpo deambulé. Persiguiendo paredes que no encontré. Sin andar delante. Sin volver atrás. En mí mismo me encerré. Tararí, tarí, tará. Atrapado en la sombra empecé a olvidar. Se borraron los límites de mi ser. En la nada entré. Al vacío pasé. Sin memoria ni razón. En un límite incierto yo vislumbré. Universos sin formas que organicé. Geometría sin fin. Dimensión sin son. En sonoro diapasón. (En encierros sonoros paré y corrí. En rincones mohosos tosí, escupí. Inventé mi ser. Inventé mi estar. Inventé, creé, creí). Tarará, tará, tarí.

En la sombra, por fin, pude divisar. Escuadrones de estatuas sin acabar. Cuerpos sin olor. Rostros sin color. En correcta formación. Animados por trémulo palpitar. En un orden mecánico y militar. Poses de metal Muñecos de sal. Espantoso batallón. Hombrecillos de negro, hongo y bastón. Con zapatos brillantes, crema y charol. Negro su paltó. Negro el pantalón. Renegriendo mi obsesión. Tiré con ambas manos de mi bastón. Derribé diez muñecos de un envión. Los volví a golpear. Los volví a golpear. Hasta verlos estallar. Continuando, en la sombra siempre había más. Estatuillas delante, restos detrás. Cuerpos sin acción. Yeso en

explosión. Materia sin expresión. Hasta que por fin la puerta se abrió. La rendija de luz me tranquilizó. Yo me sacudí, Depuse el bastón. Caminé a encontrar el sol.

Una estrella de silencio abrió en el tumulto de las estatuas despedazadas la presencia del dueño del negocio, que se asomaba por la puerta. Era inmenso, casposo, colorado, gordo, ciego. En sus lentes verde botella se sumían las siniestras formaciones de las estatuillas negras. Su mano estrujaba un bastón con empuñadura de bronce, estrujaba, estrujaba, como si sobando quisiera sentir la luz que se acumulaba en la empuñadura. Apenas una leontina de oro denunciaba una prosperidad reciente en el traje negro lleno de bolsas, de brillos y de arrugas. Levanté mi bastón. Le expliqué que me había defendido. La tiniebla me había hecho creer que un gigante negro estaba a punto de darme un bastonazo y que a éste otro gigante iba a darle otro bastonazo, y así sucesivamente. Pero también, añadí, que cada gigante estaba formado de ínfimos gigantes que daban bastonazos a mínimos gigantes cada uno de los cuales daba bastonazos a infinitesimales gigantes y así hasta el infinito.

—No importa —dijo al fin— eran estatuas demasiado perfectas No sirven. No le gustan al público. Las íbamos a moler para hacer con el yeso otras más imperfectas.

Con un gesto, el enorme ciego me invitó a pasar a su Despacho en el negocio de Especialidades Litúrgicas. Una puerta lateral me permitió ver un instante una vetusta sala llena de obreras ciegas y tullidas que trabajaban retocando imágenes del Doctor Milagroso. Siéntese, me dijo. Conocí personalmente al Doctor, le dije, desplomándome en un butacón desvencijado. Honrado estoy en conocer a quien personalmente pudo ver al Doctor, me dijo. Advertí en ese instante que los temblorosos labios del ciego cloqueaban. Uno, dos, uno, dos, uno, dos, uno, dos. Al ritmo de los movimientos de las obreras ciegas que elaboraban las efigies. Al ritmo de avance de la cadena de las figuritas vestidas de negro. Y cómo es que se ha dedicado al negocio de las efigies, le pre-

punté. Esperando el favor de que me sea dada la luz, me contestó. Qué espera de la luz. Un, dos, tres, un, dos, tres, un, dos, tres, un. Ver la imagen del Doctor. Un, dos, dos, un, dos, tres. Usted, que no ve, entonces, es el que hace que todas la vean. El destino de tantos, me respondió. Una grita en el aposento contiguo nos cortó la conversación: una obrera ciega embarazada se tiraba de las greñas con una obrera ciega que daba de mamar a un niño ciego, gordo, colorado. El dueño del negocio alzó el bastón, pateó el suelo, nueva estrella de silencio extendió sus puntas por el local, apenas el plic plic plic de los vidrios en las efigies enmarcadas que se apilaban como naipes, apenas el chaf chaf chaf del yeso cayendo en los moldes medía el tiempo espeso de la cueva de las imágenes.

Obra de caridad que hago, y que sin embargo me expone a la malignidad de las opiniones, se quejó el ciego, acezante. Mujeres a quienes proveo de techo y sustento y que en las noches encierro para librarlas de las tentaciones del mundo. No sé qué manos abusan de esta inocencia.

Nuevo tumulto, nueva patada, nuevo silencio. Las manos desmigajantes palpaban temblorosamente formas en el vacío. Usted, le dije, que fabrica imágenes visibles, no ha pensado en las imágenes tactiles. Quién sabe, me contestó. En las imágenes olfativas. Quién sabe. En las imágenes sonoras. Quién sabe. En las imágenes gustativas. Quién sabe, repitió, mientras, en ese instante, meditaba yo cuán exiguo mi infierno, cuán liviana mi carga. Enceguecer me bastaría para salvarme. No tendría que oír una voz, palpar un cuerpo aporreado, paladear un ácido sudor y una sangre secreta, oler un discreto vaho a recetas de bicarbonato y nuez de cola. Suspiré.

Poseo, le dije al enorme ciego, la más nítida, la más real, la última de las imágenes del Doctor. Coloqué sobre la mesa el papel. Un estrépito de vidrios rotos en el cuarto contiguo provocó nuevas patadas del dueño, nuevo silencio.

Se disputan los niños, me explicó, discuten sobre las facciones que les palpan, añadió, mientras se apoderaba del papel con la imagen con sus manos temblorosas, sobantes. Este es el retrato más real, el que tiene mejores retoques, articulé ansiosamente, al ver que yemas ávidas palpaban los diestros sombreados de la tinta china, y sentí el terror de que aún para esas manos, para esa mente no acostumbrada a pensar en imágenes, pudiera hacerse obvia la floración de estructuras obscenas que nacían del ícono. Nuevo estrépito, nuevos chillidos en la trastienda. Cachondas, putas, gritó el ciego, sin despegar las yemas de los dedos del papel, ensalivándolo con las gotitas que salían de sus labios de cobayo. Temblorosas las yemas, temblorosos los labios, tembloroso el cuerpo, frente a mí que, en ese instante, tembloroso también, adivinaba el desarrollo ulterior y final de los pliegues de la pajarita de sombreado papel que, como una noche, como un murciélago astral, comenzaba a cernirse sobre mi cabeza: cuando se hicieran evidentes los significados ocultos de la imagen retocada, no sería la obscenidad la que permearía la imagen, sino la imagen la que permearía la obscenidad: en cada gesto inmostrable: en cada secreta parte, viviría desde entonces y para siempre, para las gentes, para mí, la cara que yo no había querido ver, la cara indestructible: capturado en esta red estaría ahora mi placer: teñida ahora de mi obsesión la más inédita y complicada ceremonia que ensayara en el lecho, la más propia y privada suculencia o depravación de los órganos recorrida por los fríos hilos de mi recuerdo: la más olvidada de sí corporeidad y fiesta de las vísceras y suciedad y dicha carnal, entretejida con la imagen: el más viscoso y elusivo infierno amarrado en el entrecruzamiento serpenteante de las carnes. ¡Para siempre marcado! ¡Para siempre y por culpa mía fosforecido! En la vidriosa luz de la imagen. Hice un ademán, pensé arrebatar la imagen de las manos sobantes, pensé hundir con el bastón la colorada frente del dueño, trizar sus lentes de fondo de botella: Desde ellos me miraron, centuplicadas, las reflexiones infinitas de las figuritas ex-

puestas en la tienda: las manos sobantes se cerraron sobre el papel, una nueva grita de obreras y de niños ciegos berreantes apenas me dejó oír las palabras: La emplearé, el impresor me pide un original con un buen retoque. La verá en todas partes.

Entre el momento en que sus manos levantaron el papel y el momento en que lo guardaron en la gaveta, escuché el caer de la noche.

PISO 63

Cruz, dame luz. Cruz, dame luz. Cruz, dame luz.

Y sales con el as de oro y el dos de espadas, sufrir para lograr.

Barajo, pensó Moncho.

Sota de espadas, una mujer buena, celosa o con mala lengua.

A Doña Zoraida la vuelvo a mandar para Suiza para que deje esa juntilla con la esposa del Ministro.

El rey de oros, el tres de bastos y el rey de copas, pena de un amigo por otro amigo.

Un amigo, pensó Moncho. Y se perdió en largas dudas.

Cuatro de espadas, acerbo, duro, difícil, implacable, duradero, sufrimiento, guerra, honor de la guerra, heridas por arma blanca.

La neblina llegaba desde la esquina y por allí corrían los transeúntes tosiendo. El cincuentón dueño de EL PUNTO JUSTO bajó la cortina de hierro sobre la vitrina donde los atractivos paltoses, las camisas audaces, las corbatas multicolores y las yuntas de fantasía. Sonaba un pitar de bocinas

causado por la tranca y los motociclistas trataban de devolverse por las aceras y una negra cargada de paquetes se alzó de puntillas para ver mejor, mientras a ella la miraba el chino que vendía dátiles en la frutería. Cruzaban muchachas con libros apretados contra el pecho, mirando hacia atrás, apresurándose y restregándose los ojos. Antes de que la neblina llegara al semáforo, sonaron otras dos explosiones apagadas, y después cinco tiros secos, lejanos.

El dos de oros, recibo, pleito, cobranza, interés, caudal, letra de cambio, papel moneda, dinero, negocio, avaricia.

Yo no me conformo con menos del veinte por ciento, dijo Moncho.

El nueve de copas, amor inocente, cariño filial o maternal, pensamientos buenos y tranquilos.

Rubén mira desde lejos las edificaciones del hospital forzando la vista para distinguir algo por las ventanas, y camina y se fija en el policía de guardia y se bebe una chicha y vuelve a la esquina y no sabe donde apoyarse y entonces se le aparece Bubu detrás de una señora gorda que arrastra un muchachito que llora: Llave, le dice Bubu, subí hasta el Servicio donde me dijiste y en el pasillo en un banco de hierro veo un tipo con cara de sapo que a distancia se olía que era sapo y se le notaba el bulto de la fuca, y la recepcionista que me dice, qué se le ofrece, y entonces me hago el pendejo y le pregunto, aquí no es Neumonología, y ella, no, Neumonología es dos pisos más abajo, y entonces el sapo bajó la Sexología que estaba leyendo, y se me quedó mirando mientras yo esperaba en el ascensor, con ganas de irme corriendo de una vez por la escalera. Rubén yo te lo dije, estás fichado, Rubén, Rubén te están esperando. No les vayas a dar ese gusto, Rubén.

Bubu le pone una mano en el hombro y Rubén vuelve a mirar hacia el hospital.

As de espadas y seis de copas, muerte de un conocido.

—A mí me mandaron, a encargar una misa.

—Sí, pero me tiene que decir qué tipo de misa. ¿Será rezada?

—No sé. Creo.

—Porque mire, si es rezada le vale diez. Armonizada es cuarenta y cinco. Con tres sacerdotes le cuesta cien. Y si usted quiere catafalco, entonces con catafalco es ciento cuarenta.

—Será de a cien. De a cien creo que estará bien. Creo

—¿Va a pagar en efectivo?

—Sí. Me dieron.

—¿Qué día?

—El veintiuno.

—¿En la mañana o en la tarde?

El chofer se llevó la mano derecha a la frente y puso los ojos en blanco, tratando de recordar.

—Pues... mire que ahí sí no me dijeron. Sí, en la tarde creo que estará bien. Será en la tarde, me imagino.

—En la tarde están copadas. Será en la mañana, siete y media.

—Bueno, en la mañana. Si en la tarde están copadas, estará bien.

—Nombre completo del difunto.

El chofer se tanteó en los bolsillos de los pantalones y del paltó. Al fin, en la camisa, junto al bolígrafo, encontró un papelito, que comenzó a desdoblar.

El cuatro de oros, empresa, negocio, intención, requerimiento, efectuación, proposición.

La señora con la barriga se paró frente a la vitrina descansando, primero en un pie, luego en el otro, para aliviarse el cansancio de las várices. En la vitrina, en cartón pintado. LIQUIDACION, y más arriba, con llamas pintadas, QUEMAZON, y más abajo VENTA ESPECIAL. La señora contempló cajones de pantaletas rosadas, amarillas y azules bebé con precio de ANTES cruzado con equis y rótulos de APROVECHE. Los maniquíes con pelucas color remolacha miraban con ojos azules al techo donde colgaban pantalones rojos. Pase adelante, le dijo un dependiente de pantalón

marrón y camisa blanca con corbata, pase adelante, y se la quedó mirando. No, gracias, dijo la señora.

Al irse, su mirada se encontró con la de la cajera, sentada como detrás de un altar, entre ristras de baratijas, destacada en silueta contra las claridades de espejos por donde pasaban deformándose los reflejos de las gentes.

El seis de oros, bolsa, bolsillo, abogado, cobranza, jugada, firmas, satisfacción de dinero, buen agüero.

El declarante levantó la vista hacia el escribiente, y lo observó 1) dejar de teclear con los dedos en la máquina del tribunal 2) voltearse en la silla giratoria 3) atisbar a izquierda y derecha 4) acercarle la cara confidencialmente 5) poner la boca como una trompita, sin decir nada 6) con la mano, casi escondida cerca de la gaveta, frotarse el índice con el pulgar.

El seis de bastos, viaje, embarcación, locomoción, caballería, empujamiento, viento, señalamiento.

El chamo corre en dirección contraria al tráfico y entonces se oye epa, eje, cógelo, y el chamo corre más rápido y se le vuelan los faldones de la guayabera mientras todo el mundo se voltea, un señor que se bajaba de un carro libre le atraviesa un pie como si hiciera un saque de fútbol y el chamo tropieza pero no se cae y se encuentra frente a un fiscal de tránsito que voltea para verlo pasar y se queda parado entre el gentío que lo pita y dice habrase visto, el chamo dobla la esquina agarrándose del carrito del vendedor de raspado y corre todavía esquivando el vendedor de periódicos y el vendedor de llaveros y el cobrador, y después el chamo trata de caminar normal, respirando fuerte, mirando para atrás de cuando en cuando y metiéndose entre los grupos de gente, y después vuelve a agachar la cabeza y trota hasta la otra esquina, tocándose la cartera de mujer disimulada entre el ombligo y la guayabera.

El tres de oros al revés, camino expedito, indeterminación, falso interés, afán de lucro, sagacidad, falso amor de patria, fiada voluntad, ruina, perdición.

Los terrenos son estos, usted se fija, ejidos comprados a real el metro al municipio. Pero con una buena influencia se hace que las autoridades le pongan los servicios básicos, usted ve, vías, luz, acueducto, y además que le cambie esa zonificación de zona industrial que nos tiene atadas las manos, y permita vivienda multifamiliar, usted imagínese, el alza del valor es del novecientos por ciento y con la deforestación de las montañas se termina de redondear el área, ah, y primero y principal, los damnificados, que como yo sé y usted sabe se han enamorado de la zona, y hacen ranchos, para que funcione el negocio es necesario un desalojo, reubicación la llaman, de esa gente a unos galpones, y bueno, de eso usted es el que sabe, entendido que todos los gastos son de las autoridades, y entonces queda disponible el porcentaje.

El as de batos, firmeza, desenfreno, dureza, maltrato.

Dentro del galpón del campamento antiguerrillero tres hombres vestidos de verde perico empujan a un hombre desnudo que rebota de uno a otro de los hombres vestidos de verde perico que golpean al hombre desnudo que cae entre las botas de los hombres vestidos de verde perico que patean al hombre desnudo que choca con las piernas de los hombres vestidos de verde perico que clavan astillas encendidas en las espaldas del hombre desnudo que se retuerce entre los brazos de los hombres vestidos de verde perico que sujetan al hombre desnudo mientras los hombres vestidos de verde perico colocan una plancha al rojo vivo en las nalgas del hombre desnudo que grita entre los hombres vestidos de verde perico que tapan la boca del hombre desnudo que cae entre las botas de los hombres color verde perico que patean al hombre desnudo que rebota entre las botas de los hombres vestidos de verde perico.

El tres de copas, embarazo, obstáculo, importunidad, valla, interrupción, entorpecimiento, dilación, inseguridad, defecto.

La mujer gorda es de media edad, viste un traje de falda larga, gris, zapatos negros, medias de nylon con una corredura, cartera de plástico con el broche oxidado: en el cuello, una

cadenita que sostiene un crucifijo pequeño sobre el escote: en la cabeza, una peineta de imitación carey reúne los cabellos —grises— en la nuca: el borde del vestido está desteñido: la mujer tiene arrugas: sobre sus manos están distribuidas pardas pecas que llegan hasta los dedos abultados en uno de los cuales brilla un anillo que refleja en una distorsión cobriza el ambiente: una oficina gris en donde hay un escritorio gris, dos archivos grises, cuatro sillas grises que la mujer no ha querido usar, teléfonos grises y una ventana gris con cristales esmerilados al lado de la cual está un escudo nacional con un caballo grisáceo, encima de una pistola gris colgada de un correaje que pende de una silla giratoria en donde está sentado un hombre mayor, con zapatos de patente, medias transparentes, pantalones de casimir color castaño con rayas rosadas y con dos de los botones de la bragueta desabrochados: en la pretina, un llavero oxidado: la camisa blanca con tres bolígrafos en el bolsillo, el uno azul, el otro rojo, el otro negro: manchas de sudor en los sobacos: un reloj dorado en la muñeca izquierda: en la cadena del reloj un escudo nacional dorado con un caballo dorado que se refleja en los anillos dorados: en la mano derecha un lápiz, subraya el nombre el ejemplar Centella en una revista hípica, y que después humedece en la boca de labios agrietados que en ese preciso instante se abre para contestar, mientras la mano con el lápiz hace un signo indefinido hacia los montones de expedientes que se confunden bajo los vasitos de café con leche y las cajetillas de cigarros vacías:

—¿Su hijo, señora? Quién sabe.

El nueve de bastos, prosperidad, buen porvenir, buen éxito, buen camino, buen acierto y buen criterio.

—Ochenta años tendría mi padre, y veintisiete en el país, si hubiera vivido. Él me decía, hijo, el juego destruye al hombre. Mire, yo hubiera podido... No como ahora, que soy un comemierda. El ocho de enero del treinta y ocho murió, número bonito, yo siempre lo tuve en cuenta, y ayer sale el ocho mil trescientos dieciocho, que es el número al revés, y mire lo que son las cosas, se me había pasado por alto

jugarlo. Esta chaqueta le queda perfecta, caballero. Mírese al espejo.

El ocho de oros, suerte, o porvenir, ganancias, poder, grandeza.

—El deseo de la Vibromatic de instalar una planta de ensamblaje en el país para no depender más de aranceles de importación prohibitivos ¿Se fijan? Entonces, nuestras aspiraciones son: a) que el crédito para instalar la planta nos lo proporcione el gobierno conforme a su plan de intereses reducidos b) exoneración aduanal para las maquinarias equipos y materia prima necesarios para la producción c) otorgamiento de los desgravámenes, privilegios y exoneraciones detallados en el anexo sobre estímulos fiscales d) retiro de las licencias de importación hasta ahora concedidas a la competencia e) garantía de la exclusividad del mercado f) las autoridades interpondrán sus buenos oficios en todos los trámites, licencias, diligencias y/o solicitudes ante los poderes públicos que conciernan al objeto del negocio g) los desacuerdos quedarán sometidos a arbitraje h) en materia de porcentajes regirán las mismas condiciones y tarifas del acuerdo con motivo de la instalación de nuestra filial Sterlingmatic, ya en operación.

En el papelito que le pasaron al orador decía, escrito con uno de los afilados lápices que estaban junto a las libretas: Por adelantado.

Caballo de espadas.

Caballo de espadas y caballo de copas y caballo de oros y caballo de bastos, y, en el centro de la cruz, otra vez caballo de espadas, que delata la trampa de la baraja.

Lo clavaron sobre ella, de una puñalada.

El as de copas, convite, pasión, amor, encanto, dulzura, embriaguez, deleite, clausura.

—El Benemérito —dijo Valezón, pidiendo el aperitivo— consiguió engañar a todo el mundo. Porque, vamos a ver, si fuera verdad esa historia de campesino palurdo, de iletrado, de semental, ¿a cuenta de qué se viene detrás de Don

Cipriano, orador pico de plata, valseador, poeta a escondidas y pipí de oro? ¿Y por qué tumba al compadre cuando éste se deja *enamorar* por los centrales? ¿Y de dónde esa manía de colgar a dos enemigos por las bolas? ¿Y de dónde esa locura de usar guantes y hacerse retratar en uniformes a lo Luis de Baviera? ¿Y cómo encajan los obsequios de bandejas de morocotas a la Pavlova? ¿Y a santo de qué esos gabinetes que parecían unas tertulias literarias? ¿Por cuál motivo el historiador Gil Fortoul Presidente Provisional y Manuel Díaz Rodríguez Ministro y Pedro Emilio Coll Ministro y Lecuna y Arcaya y Vallenilla válidos y Rómulo Gallegos Senador por Apure y Teresa de la Parra protegida? ¿Y con qué excusa esa mosconeadera de José Santos Chocano y Nemesio García Naranjo y Eduardo Zamacois y Villaespesa que soneto que firmaban era un vale contra el tesoro? ¿Y las invitaciones a almorzar que rechazó Cunninghane Graham? ¿Y el dineral para traer a Gardel a que cantara el tango más cursi del mundo? ¿Y el teatro privado que se hace construir en la Isla del Burro para asistir a las representaciones sin que nadie pudiera verlo? ¿Y la fama de que nunca amaneció con las mujeres con quienes se acostaba? ¿Y el suspiro que se le escapa cuando ve bajarse a Lindberg del aeroplano: «Me gusta ese hombre»? ¿Y la ocurrencia de hacer acostarse a todo su séquito en la llanura para ver las salidas de la luna? Mire, yo al Benemérito lo vi una vez en Maracay y lo calé completico, y después me lo confirmó todo Pedro Emilio Coll cuando le compuse un diente roto que era igualito al que le acomodé a Pacheco, ese Embajador de Portugal tan talentoso que vino con Fradique Méndez. El Benemérito se dio cuenta de que en este país no le obedecen sino al que tiene cara de bruto, por eso vivía escondido en Maracay, trasnochaba hasta la hora del ordeño y entonces se iba a dormir, porque él decía que no quería ser como esos doctores de Caracas, que madrugaban para estar cometiendo pendejadas desde las siete de la mañana. ¿Y en qué gastaba esos trasnochos el Benemérito? En envenenarse con las cadencias de la prosa modernista y

en redactar sonetos más cursis que una conserje enamorada, porque —no repitan esta vaina, que es muy seria— el Benemérito la había cogido por creerse orfebre pero lo mataban el silabeo de los alejandrinos y la mala ortografía y la certidumbre de que su fama de bruto era el cimiento de su poder. Por eso este país parecía una Academia, con los estilistas en el Servicio Exterior y los naturalistas presos en la Rotunda. Por eso cuando entre el Padre Borges y Andrés Rata convencen al Benemérito para que publique un soneto con seudónimo, el Jobo, Leo y el Diablo que lo critican en la Clínica de los Versos de Fantoches acaban con grillos sesentones en los tobillos. Despecho de poeta es peor que lengua de machorra. Cuando el Benemérito supo que no podía publicar más, empezó a morirse. Con la decadencia de la prosa modernista se le trancó la uretra, y cuando desaparecieron los cisnes y las huríes y las góndolas ya no pudo mear más y expiró encomendándole a Eloy que destruyera su tesoro. Ustedes saben, el bendito tesoro por el que torturaron a Eloy pensando que los iba a conducir hasta una cueva llena de morocotas, y nadie quería creer que era esa caja vieja donde estaba entre bolas de naftalina el tutú de la Pavlova con el que el Benemérito bailaba las noches de luna a los compases de una ortofónica que tocaba La Muerte de Amor.

La lengua de Valezón tanteó el borde de la copa, y descendió, turgente, hasta el rojo del aperitivo.

El reloj de la Catedral hizo: ¡lan!

El cuatro de bastos: fin, sello, cumplimiento, constancia, oportunidad, hombría.

Con el gringo hay cuatro adentro, le dijo Bubu a Rubén Entonces Ceballos dobló la esquina manejando la camioneta y se estacionó frente a la casa de al lado. Ceballos tenía cara de repartidor o de cobrador, al verlo nadie sospechaba nada. Rafael se bajó y caminó hacia la esquina de abajo y Camila se bajó y caminó hacia la esquina de arriba. Entonces Rubén hizo la señal y comenzó a caminar hacia la quinta tratando de no apresurarse, pero los últimos pasos los dio

con el corazón golpeando, y casi corriendo, tocando la cacha de la pistola.

El cinco de bastos, al revés, no llegará, perdido, perdida, equivocación, incertidumbre, ignorancia, ceguera, no puede ser, no hay remedio.

Los semáforos cambian pero el tráfico no avanza porque el Dodge verde le pegó por detrás al Impala rojo y blanco y le quebró el faro y le rayó el parafango y los choferes se bajan y se agachan y miran el choque y se miran después haciendo gestos. Una mosca se para y enneutra la moto y pone un pie en tierra y se alza el visor del casco y mira hacia atrás, donde el Cadillac negro paralizado por el tráfico hace sonar la sirena.

Los semáforos vuelven a cambiar.

El rey de espadas, el tres de espadas, el caballo de oros, regreso de un justiciero que efectuará requisitoria contra un hombre rico.

—Alguno de los güevones que cambió prisión por exilio —piensa Moncho.

El siete de espadas, porvenir, largos sufrimientos, dolores inmensos tremenda agonía.

—Las ondas están muy mezcladas hoy —explica Fataya, recogiendo apresuradamente las cartas mientras para distraer a Moncho le cuenta un sueño que había tenido: un cometa que pasaba por los cielos y hacía crecer cadillos en todas partes, y un río que llevaba aguas de todos los colores, y un turpial que la miraba desde lejos, sin nunca acercársele, apareciéndose en matas de guayaba, en limoneros, en cundeamores. Fataya se había visto niña, deshacía con un palito los hormigueros. Mientras Fataya recuerda el sueño, cae al suelo el

Seis de espadas: si, pensad, de improviso, al acaso, pronto, al momento, y a veces dolor y disgusto causado por noticias recibidas.

Bajo el sol a plomo y la luz de cal, entre aplausos que resuenan como tableteos de cañas secas movidas por el viento que hace ondular el aire, Moncho avanza lentamente hacia

la plataforma donde debe decir el discurso de la inauguración del monumento.

250 kph: Alfiero entra en la ciudad: acelera la moto: la cabeza le pesa, como una gran, acaso demasiado sensible máquina de percibir: cabeza con grandes ojos de mosca avizorando: capa tras capa de ruido parte del motor: superponiéndose y mezclándose con el ruido de otros motores: como una fritura: y a su vez estos ruidos imbricándose con las voces: y las cornetas de las radios: y el chirrido de las agujas rascando las vísceras de plástico de los discos: y las limaduras de hierro de las cintas: golpe: tambor: puñetazo: y el ruido del motor doblándose: crispación: y las sirenas: trémolo: y la estática superponiéndose a la estática superponiendose a la estática: y al ruido de lo sorbido: lo expulsado: lo gargaritado: y al yunque de los corazones: ondas de ruido mezclándose con ondas de ruido en capas u oleadas o cobijas o marejadas: y no perdiéndose ninguna palabra: ningún chasquido: ningún tintineo: ninguna ruptura: todo en el sonoro gongo timpánico: explosión: vibración: difusión: nieblas de sonido hacia la condensación total: como si en el aire surgieran sonidos petrificados: objetos disonantes: contradictorios: rotundos: entre ellos Alfiero, bañándose como en una lluvia caudal: acelera.

MURIÓ MI MADRE, YO ESTABA AUSENTE

Ahora viene usted comadre Paulina con su rosario y en un nomás mirarla en la puerta de la sala se me viene el corazón a los pies según usted se frunce según moquea según me baila alrededor de la cama con su no es nada no es nada el médico dice que no es nada y entonces me hace pucheros y me trae las estampitas y me sacude esa pañoleta negra y me mira con esas ansias que me disgustan porque

las demás enfermas de la sala tienen que ver lo sentida que usted está comadre Paulina que me reza que me prende velas que me trae la oración del buen fin que me dice no es nada y al fin me arrecho yo comadre Paulina porque yo me arrecho de niñita me ponen un lazo en la cabeza y me dicen espera novio de grande me ponen un anillo en el dedo y me dicen espera hijo ahora me ponen esta bata y me dicen espera resultados y muérete como una pendeja pero usted ha visto comadre Paulina yo que he podido casarme con aquel agrimensor que se murió en la carretera que hacían hacia el pueblo o con aquel señor tan distinguido yo que me tuve que calar los malos tiempos guardando las apariencias haciendo dulces cocinando hayacas que nadie las quería poniendo inyecciones cuidando enfermos cosiendo trajes yo que he podido convencer a Rubén Rubén estudia Rubén sé un hombre de provecho yo que siempre he estado donde me han dicho y he hecho lo que me han exigido, ah no, también ahora morirme como que no sé y soportarle a usted su bailadera como si no supiera que usted sabe, entre usted que se estruja la nariz y el policía secreto que espera en el pasillo a que Rubén asome y el Doctor César que espera en historias viendo placas y Dios que él a veces viene pero pasa por otro piso repartiendo cotufas y estampitas y nunca trae el ramo de cardosanto que le pido de los que crecían en San Miguel en las ruinas de la iglesia, y esperan que una también como una pendeja se haga la loca y aguante y no mire y no sienta y no diga con este dolor que viene en las tardes a comerme que es así de malo comadre un dolor que es como un color morado que se mete conmigo y me va arrancando pedazos porque en última instancia yo lo que he dado es pedazos para Álvaro que se dejó meter preso y para Rubén que quién sabe si existe y para mamá que me dijo mijita resígnese y para los González que se quedaron con las tierras de la familia y para usted que se quedó con mis últimos momentos bailando así comadre llorando úúúúú desde esa entrada de la sala úúúú y poniéndome cruces de palma y agua bendita y retratos del Doctor Milagroso y yo que debo cruzar las manos y poner los ojos

en blanco y decir que estoy mejorcita con el tratamiento y muy agradecida con el cupo de la cama que fue tan difícil, pues no comadre, jodida es lo que estoy y ya no hay remedio y no quiero que me vengan con cuentos, mucho peor si me dicen que me mejoro ahora que se me va el mundo y más que pésimo si usted me dice que no es nada ahora que este frío me entume y peor que peor si me quieren convencer de que ahora es que duro porque yo lo que hago es que me levanto de esta cama a ver dónde se quedó mi vida a ver si se quedó en los quirófanos o en los depósitos de lencería o allá en el patio de la casa en San Miguel en el rincón en el matorral donde las gallinas ponían los huevos y había esas matas de nomeolvides y de azahares que eran como una mala yerba pero daban unas cuantas florecitas que quisiera tener en este instante por si me visita mi novio Álvaro Luque pero ahora me acuerdo que Álvaro está muerto y en lugar del jardín están estas cocinas del hospital cocinas del hospital donde sirven en bandejas de peltre que me dan tanto asco porque lo cocinan todo sin sal, porque la vida es una cocina y es bueno cerrar la puerta que nos separa de tanto gorgoteo de ollas y olor a aliños y pollos desplumados, y es bueno que tenga un fin, para ese fin tengo que volver a la sala, pero ahora regreso y encuentro que cambian la sábana, que botan las cruces de palma y las estampitas que caen en todos llenos de orín desabrido, que todo pasó sin que yo estuviera presente y que mi cuerpo se lo llevan en uno de los ascensores envuelto en una sábana verde sobre una camilla empujada por un ayudante que canturrea:

Niña que bordas la blanca tela
niña que tejes en tu telar
bórdame un mapa de Venezuela
y un pañuelito para llorar

ESPEJOS ENTRE LAS LLAMAS SIEMBRAN SOLES

Pesadamente ascendió el sol sobre los inmóviles cuerpos —el viento movía sus cabellos— pesadamente ascendió el humo de la camioneta incendiada, pesadamente asumí mi destino: en algún sitio del mundo tocar humildemente una piedra, como quien toca una de estas pesadas cabezas con pringe de sangre que no se coagula, corre manchando, manchando corre.

Los zapatos del loco eucarístico los pantalones del loco hallador de grietas el podrido cinturón del loco Negro Primero la sudada camisa del loco perolas el deshilachado paltó del loco hallador de grietas la camiseta del loco de los perros el pañuelo ascovómito del loco zamuriento el sombrero del loco sin cerebro, viviente recuerdo y olvido quería ser de ellos, de los guardias nada toqué, besé el hocico de la remuerta perra del loco perruno, eché a correr, durante horas corrí, el sol se alzó y yo caí entre unos matorrales, y en ese momento desde el naciente abejeó el primer helicóptero.

Uno: dos: tres: cuatro: cinco: seis: siete: ocho: nueve: diez. El zumbido de los motores penetró el suelo, penetró los árboles, penetró los animales, penetró mis ojos penetró las hojas penetró las flores penetró las hormigas penetró las mariposas penetró las arañas penetró las raíces penetró los mosquitos penetró mis oídos penetró la chasqueante estampida de los venados que chocaban contra mí, saltaban, me miraban, temblorosas patas, babeantes bocas, de repente, el mundo se hizo todo rosado.

¡Centellear del rosado en los ojos de los animales! Trepidante trompa traspasó trizándome. Chicharras, orugas, bachacos, pelusas, polvo. Una serpiente asomó sus ojitos, como diciendo permiso, permiso. Sacalengua sigueondula, permiso. Una gran serpiente bañada en luz. Sacalengua, sigueondula, ojostristes. Toda ella ardía, se arrastraba arduamente ardiendo, ardía.

Huyendo de la hondonada en la cual fluctuaba la culebra vestida de fuego, subí por una colina, entré en un reseco sembrado jau de maíz jau jau corriendo jau jau jau, vi una choza jau jau jau amenacé a los perros jau jau jau jaraujau, en eso un niño que estaba en la cima mirando los helicópteros volteó, me miró un instante: luego su rostro se iluminó, se iluminó la choza, se iluminaron los perros. Un niño de blanco fósforo me hizo un gesto con su fogueante mano. A mi alrededor, saltaban y ladraban en espiral los perros, envueltos en llamas.

Hipnotizado por la lenta luminosa llama del niño que se desleía en la erupción anaranjada de la choza, adopté el ritmo respiratorio del comefuegos, apronté el cuerpo en la posición elusiva del escupellamas ¡Lamientes perros llameantes! Entre los fogajes, follajes: vaharadas: llamaradas: breñas en brasas. En mi cuerpo se encendieron los pantalones del loco hallador de grietas, el cinturón del loco Negro Primero, la camiseta del loco de los perros la camisa del loco perolas el pañuelo ascovómito del loco zamuriento el sombrero de loco sin cerebro. ¡Mariposearon! ¡Estallaron! Abandonándome.

El niño en llamas lentamente me daba la espalda y se alejaba flotando ilusoriamente en la hondonada entre trombas azufradas, azules, verdosas. Entonces sentí, sobre mi hombro izquierdo, el rumor del segundo helicóptero.

La tierra se volvió boca abajo y las cosas no supieron hacia dónde caer Centellas me golpearon el pecho y adiviné que eran colibríes en llamas, deslumbrados. Chocaban, giraban, reemprendían el vuelo. El hervor de la cera de mis oídos debió embriagarlos. Me lancé en persecución del niño, con una nube de colibríes llameantes revoloteando entre mis cabellos encendidos. En las ruinas de la choza, una mujer llameante. Me esforcé por oír su canción, entre el zumbido creciente del tercer helicóptero.

Ahora mira este jardín escondido que guardan las cosas, cantaba De la más humilde hoja, estrago. Estrías de estrellas. Del más silencioso follaje, chispas. De la más reseca

rama, encajes. De la más enferma carne, luz. Del más cansado corazón, volcanes. De la más triste sangre, un río hirviente. De tu interior, el aire. De tu memoria, olvido. Por siempre y por siempre y por siempre. En oro.

El cuarto helicóptero provocó la disgregación de los miembros de los llameantes animales, pobló el aire de vórtices de miembros que se desintegraban y se recomponían en especies disímiles: nacaradas escamas de serpientes que vestían pájaros, emplumados sapos fulgurantes, morrocoyes, constelados de amarillentos ojos, gran satisfacción de los órganos abandonando sus rutinas, sobreviviéndose en esta supravida de la llamarada que lo comprende y lo transforma y lo devora todo.

El quinto helicóptero fundió las vetas de los minerales del monte, las que corrieron en manantiales iridiscentes en los que abrevaron fluctuantes animales: vi niños chapaleando en los goteantes minerales: en el insoportable parpadeo los vi niñohombreviejo viejohombreniño, incandescentemente consumiendo su vida en esta eternidad que es el morir en llamas: viejohombreniño, niñombreviejo, nacevivemuere, muerevivenace, muernace, vimuere.

El sexto helicóptero tendió una sedante nieve. Todo se volvió blanco. Una gran calma interior permeaba el aquelarre de cuerpos descomponiéndose recomponiéndose, ahora en las albas verdades de los huesos, en donde imperaba un tiempo reposado, un dormir insomne y como alumbrado. Es tiempo de bordar, decían las osamentas de las abuelas, superponiéndose, entremezclándose. Es tiempo de orinar, decían las osamentas de las muchachas, evaporándose con sus propios orines, en un éxtasis de colores fértiles. Es tiempo de tener fiebre, decían los niños. Los ahora multitudinarios niños, blanqueando, acostándose, estallando.

El séptimo helicóptero inició las grandes burbujas en el vuelo que luego se transformaron en soles. Vi los gasificados niños azules blancos anaranjados abalanzarse sobre ellos. De vez en cuando, los soles se elevaban. Crepúsculos y auroras

caían y flotaban como bandadas de pájaros. Algunos morían. Coro de niños desencantados.

El octavo helicóptero nos ahorró los ruidos. Así más tranquila la infinita vida que se tejía en el caserío volatilizado, ahora mi habitación. En mi pueblo todos flotan, arreboladas las mejillas, rojos los labios, ondulantes los cabellos. En mi pueblo todos canturrean para sí mismos pero las canciones nos envuelven al punto de que no oímos otra cosa. En mi pueblo ya no hay casas, pero todo espacio es casa y toda casa espacio y siempre se está en ella. En mi pueblo todos están desnudos, gradualmente se desnudan de todo, y son el solo amor, la llama viva.

El noveno helicóptero nos quitó la luz, que se fue ahogando en el exceso de ella misma. Fuimos imágenes en un mundo que era todo una retina de fuego. Trascendiendo nuestros ojos nos palpamos en una sopa tactil y fuimos dejando de ser las cosas separadas, para ser una cosa sola una palpitación una vibración, un desfallecimiento, un soplo.

El décimo helicóptero pasó muy alto, sobre la tromba que se elevaba en dirección Noreste. No vale ya la pena, han debido decir, y así negaron el alimento a las nacaradas serpientes, a los dorados niños, a las plateadas abuelas. Dejaron descender el frío sobre los hombres anaranjados sobre los destellantes pájaros sobre los fulgurantes venados sobre los atizonados perros sobre las arañas chispeantes: eclipse color de abejorro cortándole la garganta a la eternidad de que gozaban los seres entrelazados entrequemados entrefundidos entreexaltados entreestrellados entreestallados. Sombra.

Surgí de una tumba de ceniza, ceniciento yo mismo, ninguna mosca sobre mi supurante cuerpo de comefuegos. Comprender esto colmó la medida de mi felicidad, de mi espanto. Ninguna mosca. También las moscas habían muerto.

Dificultosamente saliendo de la tumba de ceniza contemplé mi destino: muerto por la gelatina ardiente en un poblado hecho pavesas, despertaba insomne de mi muerte. Condenado a vivir dentro de mi cadáver triste, sobre tristes habitaciones, entre vidas tristes y tristes agonías.

Moviéndome en la tumba de cenizas forcejeé, me crispé, me erguí. ¡Furiosamente escalé simas que se sumían en sí mismas, ensimismado simún sísmico! Hice estallar la encostrada ceniza, elevé los brazos, salté.

Salté y volví a caer. Tropezando ciegamente en el mar de ceniza que el sol hacía quemante, salté y volví a caer, ladrando de dolor y de rabia. Si tan solo hubiera podido despojarme de la memoria. Si tan solo desvestirme del lacerado pellejo que múltiplemente ardía en mi recuerdo. Saltando y rodando, saltando y rodando, en las contorsiones más violentas abrí grietas en mi piel, la arañé, comencé a arrancarme vidriosos flecos de pellejo, tiras de ser.

Mansamente moviéndome en mi tumba de cenizas, dejé caer mi piel, que se desprendía como un pergamino calcinado, y sostuve en las manos mi cara: desollado espejo reflejándome sin ojos: traslúcido pañuelo de facciones: golpes de terror al pensar que me veía desde afuera, como vería el alma al cuerpo que deja: los bachacos ya me subían por los antebrazos, mordían la comisura de los (¿mis?) labios: el viento terminó por llevarse aquel medallón de piel que era mi cara, aquella bandera desgarrada: la vi bailar entre las nubes de ceniza, para luego desinflarse como un globo punteado de bachacos. Yo era ya otra cosa. Al caminar, encontré transparentes cueros de serpientes, refulgentes armaduras de chicharras: todo me hacía pensar en un mundo sin contenido, un mundo de pellejos vacíos. Hacia el que embestí.

Tembloroso, embestí una y otra vez. Manojo de ardientes tendones, embestí. Haz de la furia, embestí. La tierra me rodeaba de una ampolla de vacilantes espejismos, lágrimas pulsantes, galería de espejos, que en veces me cercaba con cien soles, en veces con cien imágenes de la rojiza máscara que era mi cara sin cáscara, en veces con imágenes del pasado que yo no reconocía porque las había expulsado junto con mi piel. Mis manos adoptaron la curvatura de garras. Embestí.

Sobre aquella llanura rojiza comenzó a empurpurecer y luego a violetizar un cielo de un azul asfixiante, cuyo ardor

lo hacía sofocar el sol. Y desde la más alta capa de ese azul que roía las estrellas, comenzaron a caer las exhalaciones. Como astillas de un hueso pulverizado, caían roturando el azul. Y yo sentía que se desprendían de mi cráneo. Líquidas chispas. Cruzaban por mi piel como látigos. Desde todas las regiones del cielo llovía su helado fuego. A veces, una de ellas estallaba en muchas. Yo me repetía que debía desear algo, pero aquella desintegración de los cielos me decía que no se puede desear nada. Exhalación que se extinguía en la eternidad o en segundos era mi destino. Del cielo llovían alfileres. Y mis miembros, también cuerpos celestes, estallaban en erizos de exhalaciones.

Corrí sobre la piel de la tierra, sintiendo su crujido. Alrededor de mí bailaban bolas de fuego azul. La mecha de mis nervios se consumía en sacudidas. La noche me enseñaba una coraza vacía, como la de un cangrejo muerto. Sobre esta coraza, morían las escamas de luz de las nebulosas. ¡Un mundo sin cuerpos, un mundo de membranas, un mundo de vejigas infladas, de queratina, de frutos que eran sólo cáscaras y de guijarros que eran sólo huecas pastillas! Llenaba mi estómago de crujientes restos de piel. Alimentándome de ella, renació sobre mis tendones la epidermis en pequeñas placas, en sabias estrías. Y yo respiraba.

Respiraba con furia, pulsante el corazón como la más rápida gotera. Yo saltaba sobre las bestias de la llanura, desgarrándolas con precisos colmillos, sofocando los gemidos que me arrancaban mis labios en carne viva. Recuerdo el saltar hasta agotar el aliento, hasta sentir goterones de saliva que me golpeaban el pecho, que me tatuaban la mueca de la cara, me corrían por las espaldas. Hasta el bramido y el estertor. Hasta los coágulos de la sangre de mis presas confundiéndose con la sangre que rezumaba de mi carne, entre una nube planetaria de moscas.

Desnudo, yo iba por las noches hacia el remoto Sur, un Sur que presentía libre de helicópteros, de las máquinas pardas que regaban la gelatina de fuego y convertían en vapor el agua bendita de la orina. La palma de mis manos, que nacía

de lo que yo comía del terreno, me facilitaba los mapas: ríos, quebradas, hondonadas. Las huellas digitales eran el remolino de los vientos, las líneas, las torceduras del silencio de la noche. Territorio que conocí y olvidé como la palma de las manos, que en realidad nunca conocemos, cierra los ojos y trata de recordarlas: en el vacío de tu mente verás el espacio que recorrí; en el silencio de tu memoria verás como fui también olvidando hasta el olvido.

De día caía sobre mí el acoso de los espejismos, y yo comenzaba a arder, como una antorcha. Una luz de azufre me dejó ver que mis plantas, en carne viva, caminaban sobre carne viva y que toda la tierra era un cuerpo desollado de carne palpitante, de triturados músculos, de tendones desgarrados, de brotadas vísceras y sesos esparcidos. En las montañas coronadas de ceniza purulenta, los espejismos dibujaban formas en las que reconocía yo miembros, caras, gestos. A través de la planta de mis pies, mi horror llegaba a aquella lacerada carne, y aquella carne lacerada me transmitía su horror, hasta que éste la fue secando y convirtiéndola en una cerámica ocre, donde se cocinaba y recocinaba un fuego sin color y un aire de azogue. Con dedos crispados, yo embestía, estrangulaba, aplastaba, arrancaba la agonía de alguna criatura al mundo de giratorios espejos. Mi propio hedor, los hedores de las criaturas, me dilataban las narices, encendían paroxismo tras paroxismo. Supe que estaba danzando. Atravesé ríos de pús. De repente, los espejismos cerraron su círculo, me embistieron, estallaron. Descendí en la oscuridad, por remotos escalones espiralados, en una danza cada vez más cerrada sobre sí misma, lazos sobre lazos en una cada vez más violenta vorágine de oscuridad. Yo sentía que alguien daba puñetazos contra mi pecho, sobre el corazón. Hasta que sentí quebrantarse mi esqueleto.

El sol purpúreo descendió hacia la llanura de carne viva, y con horror supe que su hostia la heriría. Nada podía evitar la caída del sol, y con manos descarnadas traté de evitar que mis ojos sin párpados lo vieran descender hacia mi pecho Donde entró, desgarrándome las vísceras con su fulgor y ha

ciéndolas hervir en un vómito de sangre que me arrasó la garganta. Y aún del cielo caía otro sol, como un cometa mortecino, y este otro sol golpeó contra mis costillas y encendió mis huesos, y aún otro sol se levantó y abrasó mi carne, y así hasta que todos los soles que mi cuerpo había sentido fueron sembrándose en él en medio de chirridos: soles errabundos de fiebre y soles opacos de frío y soles airados y soles lagrimeantes me apuñalaron y se templaron en el burbujeo de mi sangre: hasta que fui una bestia atestada de todos los soles de mis días, latiendo en los caminos de mi cuerpo y danzando: abriendo en mis carnes túneles de dolor y de tiempo: encarnizada solería torbellinando: imposible escupir un sol que te ha herido: a lo más asomarán a tu piel, como tumores de luz, desgarrándote, y con ellos girarás: bestia de hervor y dolor: ensolecido: y desde los cielos aún otro sol bajará a herirte: ser de burbujas de carne y de luz, ardes: todos los soles viajan hacia tu corazón: hiriéndote. Estallas, en una nube de esquirlas y de saliva.

Desapareces.

EL VALLE DE LAS LUNAS ENTERRADAS

Agusanado no tenía pellejo, taita. Flotaba en el río como si no quisiera salir del río. Lo llamamos con todos los nombres y no nos respondió con ninguno. Lo tocamos, y abrasaba.

Agusanado bajó por el río. Lo flechamos, corrimos, a verlo. Agusanado no tenía pellejo. Las flechas se movían con la respiración. Lo tocamos, y helaba.

Agusanado no tenía voz, taita. Lo sacamos del río, y de su cuerpo que ya no sangraba seguía manando agua. Agusanado era el origen del río. Lo tocamos, y mojaba.

Agusanado no tenía mirada. No le abrimos sus ojos por miedo de quedarnos reflejados dentro, pero su cuerpo sin pellejo nos reflejaba. Perdidos en su carne estuvimos hasta que él comenzó a perderse en las carnes nuestras. Lo tocamos, y dolía. No era más que dolor.

Agusanado no nos oía, taita. De su cuerpo salían todos los rumores y después nuestras palabras, y todos los gritos de los animales. Lo tocamos, y sonaba.

Agusanado no sentía, padre. Con piedras lo golpeamos para hacerlo sentir, hasta que las piedras eran nuestros cuerpos que daban contra su cuerpo que no era más que piedras. Lo tocamos, y hería.

Comimos de los gusanos de su cuerpo y los pusimos en su propia lengua. De su boca manaban gusanos. El río echó a arder y Agusanado ardía.

Hasta el centro del pueblo hemos traído a Agusanado.

Agusanado no estaba ni vivo ni muerto, padre. Su aliento entraba y salía del cuerpo quemado porque no había piel que lo retuviera. Pero no terminaba de quedarse ni de irse. Trajimos a Taita Piache, para que fuera a buscar el aliento de Agusanado. Taita Piache comenzó a andar junto al cuerpo hasta que saltó dentro de él: caminó dentro de la carne que estaba también llena de gusanos: Taita Piache nos hablaba mientras andaba dentro de la carne: encontró las vísceras rotas como bohíos tumbados: y lo que no estaba roto estaba seco: lo que no estaba seco estaba envenenado. Taita Piache entendió por qué había huido el aliento, padre: por la carne siguió hasta la boca de Agusanado, y entró por ella al país que no debe ser nombrado: por paredes de roca sin color y cielos de estrellas enfermas caminó Taita Piache siguiendo el aliento de Agusanado: en aquel país habían muerto todos los soles, padre, y también todas las lunas: en la sombra tocaba los miembros despedazados de nuestro señor Acatau-

rima; fuego que no quemaba y agua que no saciaba y tierra que no sostenía y aire que no se respiraba: en el país sin nombre nada es lo que es: Taita Piache mataba animales y los dejaba como cebos para atraer el aliento de Agusanado: pero Agusanado era él mismo un cebo: su aliento corría de aquí para allá buscando la salida, pero en el país que no tiene nombre no hay salida: Taita Piache cantó, ofreciendo al espíritu de Agusanado la muerte, para atraerlo, y los pájaros del país sin nombre volaron por cielos de color de brasa repitiendo la canción de Taita Piache, y se acercaron a éste tantos espíritus que eran como soplos: Taita Piache se cerró la nariz y apretó la boca para que por ellos no escaparan a nuestro mundo, donde su horror de desencarnados sería mayor: eran los Incompletos, padre, que no se atreven a estar vivos ni muertos; que existen de atisbar lo que hacen los hombres: de sus excrementos comen; de los restos de sus palabras alientan y se las repiten los unos a los otros para ilusionarse de que viven: de las sobras de todo lo que somos medran los Incompletos: con sus chillidos piden nuestra lástima y con sus lágrimas nuestra fuerza, padre: su hedor es tanto que sofocan: entre varios se juntan para parecer un ser humano y matan al que los toma por tales, pero Taita Piache los conocía y los esquivaba mientras seguía las huellas de Agusanado: en regiones donde moría todo brillo y se perdían los últimos trozos de los miembros dispersos de Acataurima: todavía más lejos, Agusanado despedazaba todas las cosas y aún dividía estos pedazos y aún rompía éstos para que el dolor de cada cosa fuera tan pequeño como ella. Taita Piache encontró al aliento de Agusanado rodeado de un vapor de quejidos: se borraba a fuerza de no ser lo que era: Taita Piache lo aferró para obligarlo a elegir entre la vida y la muerte, y Agusanado combatió. Un día entero batalló Taita Piache bajo el sol escupiendo salivazos negros, y una noche completa rodó batallando por el poblado y aún otro día combatieron en el río sin que los mordieran los caribes que los rodeaban, y otra noche todavía combatieron en la selva bajo la lluvia y el relámpago y Taita Piache se fue cubriendo de

desgarraduras, y aún en la madrugada combatieron revolcándose sobre tizones y en el mediodía Taita Piache fue arrastrado hacia la zona donde los seres se dividen en trozos y aún los trozos se desgarran entre sí despedazándose en trozos que aún después se desgarran en trozos, y Agusanado quería quedarse y quería ser trozos tan ínfimos que no sintieran o que se olvidaran de que eran parte de ellos mismos, y todavía esa noche pelearon bajo la luna Taita Piache y Agusanado, y Taita Piache lo arrastró hasta regiones de un tan último horror que Agusanado prefirió la vida y Taita Piache cayó como un árbol arrastrado por el vendaval en el centro de la choza y estaba bañado en saliva negra y estaba roto y su piel se desgarró en girones y se la llevaron los vientos y gusanos brotaron de sus carnes y lo sepultaron y su esqueleto estalló en una nube de hueso y de saliva. Entretanto, Agusanado había abierto los ojos, y nos miraba.

Sobre tu cuerpo dibujo manchas, Agusanado. Así pintado, corre por el monte que te va adornando con pintas de la sombra que se juntan con las de tu piel, haciendo y rompiendo figuras: cada uno camina detrás del otro, Agusanado, mirando las formas de sombra y luz que se mueven como culebras por el cuerpo y por las pinturas del cuerpo: cada dibujo atrapa sombras y las completa o las confunde: en la noche vuelven a pasar por el cuerpo las manchas de luz que le cayeron entre el boscaje; entonces nos llamamos: los que caminan en sueños: cuando ya hemos soñado tanto, los pintajes de manchas de luz andan solos de día y de noche, armándose y desarmándose en lo oscuro: entonces al que duerme se le pintan manchas de sombra así esté a pleno sol: a veces en la claridad andan hombres que son sólo pintajes de sombras: según el tamaño y la forma de las manchas sabemos adonde van y de donde vienen.

Cuando queremos estar en un lugar nos dibujamos pinturas que hacen las manchas de luz que les caerían en ese sitio de la selva, y así nos encontramos en él. Por eso es peligroso el ventarrón que desordena las sombras que caen de las ramas. Por eso al fin desaparecemos.

Manchas de luz y sombra que se mueven, al caer en las aguas se convierten en los cardúmenes y son en el cielo las bandadas y en la noche son al fin las estrellas, pero en el suelo son hormigas y en la selva enjambres. Cuando se encuentran manchas de sombras y manchas de luz, ayuntan, y así nacen tigres. Caminando en esta selva, a veces somos agua, a veces aire, a veces fieras.

Con palabras de sombra y luz te hablo, Agusanado, noches y días mi saliva sobre tu cuerpo extiende manchas hasta volver a completarse, manchas de dolor y de dicha como enjambres componen la palabra que eres y que has de entregar al ventarrón que se lleva las bandadas de voces que fueron una vez Taita Acataurima,

Sombras somos, o luces. Por las unas vemos las otras. Temblamos en los días, como una llama. Fuegos que en el tiempo remedan su propia forma. Tigres.

La palabra es la cosa misma, porque la niega.

Tras la cacería, damos a las mujeres las presas y nos sentamos en círculo a vivir las muertes de los seres que hemos matado. Ciertamente morimos en la carrera del venado y en el grito del pájaro. Nace en nosotros el pez y la serpiente. Señor Sol cae llevándose gotas de luz de nuestros cuerpos y Señora Luna aparece dibujándonos animales en la piel. En-

tonces cazamos en las veredas de nuestros cuerpos. La piel de Agusanado crece en llamaradas. Por el cielo encontramos regados los restos de Taita Acataurima. Desde arriba brillamos, convertidos en granos de luz. Con las cerbatanas arrojamos dardos que resplandecen.

Eternos somos, pero mortales. Muchos, pero uno. Sombra pero luz. Muerte pero vida. Saciados pero sedientos. Cada noche y cada día combatimos. Agusanado nos comprende y trastabilla como el venado que ha recibido el flechazo, como si el mundo todo, y no solo el venado, hubiera recibido el flechazo: frente a la hoguera nos grita confusamente de los-que-fuimos, de los-que-seremos: hasta el fin de la noche le contestamos con nuestro silencio los-que-somos.

Toda la noche Agusanado yerra dentro del círculo que hacemos sentados: los-que-somos, toda la noche Agusanado busca y no encuentra las palabras que dejó regadas Señor Acataurima, en cacería sin fruto busca las presas para desgarrarlas con los dientes y ofrecérnoslas colgando de sus labios, y al no poder atraparlas triunfa, y al no poder traérnoslas nos las entrega. Palpitan y mueren dentro del círculo. Morimos y nacemos. Pero Agusanado quiere atraparse y lacerarse. Para estar con nosotros quiere salir del círculo. Con su boca intenta desgarrarse para ofrecernos colgando de sus labios sus tendones. Al no entenderlo somos él. Mientras más hurga en sus carnes buscando la respuesta, más la respuesta viene ya, por la hojarasca: el ruido de un muchacho que corre, a mucha distancia, indiferente a los tigres que al sentirlo correr huyen: el muchacho entra en el poblado, entra en el círculo de los-que-somos, cae al suelo, con la boca espumante, muere allí de coraje. En la espalda que huele a carne quemada, la marca rara que lo había acorajinado, el hierro GGG del hacendado Señor Don Gonzalito González González.

Del desmán violento del conquistador sobre el indio incurioso, del tesonero sostén de fueros y prebendas contra la prepotencia de peninsulares y oidores, del mantenimiento de apellidos y prosapias en tierras en donde generaciones y hombres duraban lo que los vientos, del historiado esclarecimiento de limpiezas de sangre y linajes, del favor de la Corona durante la siesta colonial, de la ocupación de tierras reconocidas por el Rey a los indios, de terrenos ofrecidos a los soldados de la independencia y revendidos a precio vil a los próceres, de papeles inventados que creaban derechos espúreos sobre baldíos y ejidos propiedad de la República, del entendimiento con el poder establecido o a punto de establecerse, de las buenas relaciones con los compradores de ultramar, de todo ello vino la nombradía de la estirpe de los González, y el llano entero fue su escenario.

En predios de sabana adentro nunca dijérase de los González que flaquearan en ellos disposiciones de ánimo ni condiciones de hombría integral siempre presta a confrontaciones con quienes sus derechos vinieren a disputarle, ni para imponer lo que Pablos, el fundador de la estirpe, llamara: su justa justicia, que recibían alborozados peones fieles y medianeros respetuosos, que reconocieron estas cualidades en Gonzalo González, el décimo de la estirpe, cabal González de la Gonzalera, como saludábanlos los notables al verlo extender dominios en ámbitos de soledades.

Pero si imperativos de gran señor llevábanlo a acrecentar propiedades sobre leguas de sabana, ensimismamientos profundos arrancábanlo de su propio ser y lo encerraban en lo que él llamaba desiertos de la voluntad, que como un atavismo bárbaro hacíanlo perderse por días y semanas en las breñas, de donde regresaba con ropas desgarradas, la cabellera enmarañada y el ánimo sombrío de la búsqueda de un destino que no acababa de declarársele.

En uno de estos ensimismamientos, embarcó para Europa, donde casó con mujer voluntariosa y sentó nombre de señor, con reputación de magnánimo y nombradía de sabio, sin ser nunca enteramente él mismo, decía, porque sabía que otra

vocación estaba por nacer, y en el sosiego de su espera la suspensión del ánimo representábale espejismo que volvían a situarlo como en llanura anchurosa en el medio de sus rutinas de civilizado.

Que no fueron propiamente de civilización los sucesos que habían de arrancarlo de aquél no ser quien era, porque noticias de amenazas contra sus derechos en aquellas tierras que eran apenas vago recuerdo de escrituras y contabilidades de rentas vinieron a sacarlo de sus cavilaciones, y así, en día claro volvió a sus predios y con gesto amargo supo de amenazas de barbarie, de ocupaciones de tierra de su propiedad llevadas a cabo por equívoco cabecilla de asonadas recientes, de cercas derribadas bajo la indiferencia o la connivencia de autoridades indecisas para otra política que no fuera la de las circunstancias, de la leyenda de que aquel cabecilla no era otro que hijo suyo concebido en ensimismamientos de voluntad, que pretendía ahora, seguido de chusma ávida, hacerse de tierras donde aposentarla sin respetar derechos ni normas al amparo de complacencias supuestas de ensimismado.

Armó a sus peones fieles, y al poco tiempo se hizo la justa justicia, a la luz de la misma hoguera donde los bárbaros incineraban los postes de las cercas derribadas. Fue una sola descarga del pelotón, y antes de recibirla, el cabecilla recitó con sorna, apoyado contra el muro que uno de sus secuaces había comenzado a erigir para morada:

Grande es la tierra del llano,
grande es la consolación
grande es el amor del hijo
que escucha la bendición

Estremecióse Don Gonzalo Gonzalo ante el fogonazo que no llegó a asustar a las palomas impasibles, porque había encontrado plenamente su destino tremendo en la posesión magnífica del hombre que no retrocede ante escarmientos para rectificar por vías de hecho lo que hubiere estado torcido o insuficientemente corregido en derecho.

Las lluvias derriban los restos del muro, y trazas de la hoguera son tragadas por la vegetación, pero recordadas por las coplas que expanden a los cuatro vientos la historia del justiciero de la resolución indómita a quien no arredraron ensimismamientos en la hora del preciso derecho y de la hombría acrisolada, hondo símbolo, pero también atormentada advertencia en tierra promisoria, dadivosa como la integridad, fecunda como las virtudes. Se suceden las generaciones en fundos apenas perturbados por advenedizos levantiscos y sediciones infelices y de mano en mano las extensiones van a parar a la de Gonzalito González González, décimo quinto de la estirpe, y también ensimismado.

Trés días más tarde oímos tronar rémingtons hacia la catarata. Otros tres días duró el embudo de zamuros. No quisimos mudar el poblado.

Una luna más tarde, cazando, oímos los perros, que nos habían acechado en silencio y nos saltaron ladrando, muerdepierna muerdebrazo, estábamos tres indios: dentro del círculo de perros, manteniéndolos lejos con las puntas de los arcos cuando Agusanado que estaba con nosotros se paró y gritó en cristiano: *¡So! ¡Perros!* los perros ladrasalta saltafrena, entre que lo lamen, que lo muerden, que lo muerden, que lo lamen, lo lamen, rabipiernas lamelenguas alrededor de Agusanado, y entonces oímos las herraduras de los caballos, padre.

Del naciente y del poniente vinieron cuatro jinetes apuntándonos con los rémingtons, pero Agusanado no les habló, Agusanado habló con los perros ¡nada más con los perros! la mirada no alzó hacia los jinetes con los rémingtons, qué quieren, les preguntó a los perros con los collares GGG, señor Gonzalito González que se vayan, que estas son sus tierras, dice el perro GGG que se muerde el costado buscando garrapatas, irnos dónde, pregunta, hacia el Sur, el Sur es del señor Gonzalito, dice el caballo GGG que se fustiga las ancas

con la cola espantando tábanos; hacia el Norte, pertenece el Norte al señor Gonzalito, gime la perra GGG sentándose a mirarlo; al Naciente, el Naciente es del señor Gonzalito, corean los tábanos sobre la cicatriz GGG del hierro de la yegua; al Poniente, el Poniente es del señor Gonzalito, ladran los perros manchados GGG sacudiendo las orejas; entonces los hombres de los rémingtons que dicen, el señor GGG Gonzalito se quiere amistar con ustedes. Que vengan a la gran comida que va a darles pasado mañana, en la mata de las garzas. No vengan, se sobresaltan GGG los caballos. No vengan, ladra el mastín GGG, gimen las perras GGG. No vengan. No vayan, nos grita Agusanado, que adivina al fin nuestro silencio. GGG caballos GGG perros GGG rémingtons GGG hombres se pierden con GGG relinchos GGG ladridos GGG palabras dejándonos con nuestro silencio.

No vayan, grita Agusanado cuando llegamos al poblado, no vayan, grita al Piache que se pinta al cacique que se pone los collares. No vayan, a las guarichas a quienes se ha montado, no vayan, a los niños que a lo mejor ha engendrado. Una gran canción, no vayan, emprendemos, no vayan, armas y herramientas pulimos, no vayan, guayucos y arreos lavamos, no vayan, nos despiojamos, chicha y ñopo preparamos, no vayan, nos bebemos la ceniza de nuestros últimos muertos, no vayan, nos juntamos todos, no vayan, con las cosas todas con las que deberíamos ser quemados, no vayan para hablar de cara a cara con Acataurima, no vayan, la mañana nos encontró caminando, no vayan, caracolas sonábamos a nuestro paso, no vayan, y las otras tribus sabían a lo que íbamos, no vayan, y con caracolas nos saludaban.

No vayan, grita Agusanado, él también yendo: con nosotros hacia GGG perros GGG caballos GGG rémingtons, acompañándonos, tocándonos, besándonos, abrazándonos: GGG hacen los enredijos del alambre de púas; GGG el vuelo de los tábanos; GGG las cabriolas de los perros; GGG el ribazo donde nos espera una res carneada, una carga de cazabe, una fogata, un círculo GGG de hombres con rémingtons,

un GGG hombre distante que la cara no se le ve bajo el sombrero: GGG Gonzalito González González.

Llamamos a la señora noche bailando, bailando la culebra y bailando la araña y bailando el caimán: bailando: bailando la cola y bailando la telaraña y bailando la garra: bailando: bailando la garza y bailando el tigre y bailando el peje: bailando: bailando el ala y bailando el colmillo y bailando la aleta: bailando: bailando: bailando siendo, siendo bailando: bailando piedra bailando agua bailando aire: bailando: barabailando el fuego: baila: barabailando: bailando siendo: siendo bailando: indio bailando tigre que siendo tigre bailando indio manchas: bailando cielo: estrellas: chispas gotas bailando lluvias: baila: Agusanado baila: siendo bailando siendo: baila gusano bailando muerto: baila pellejo: trueno: trueno bailando: tierra bailando: en un momento siendo todas las cosas: bailando hormigas: bailando selva: bailando pájaro bailando estrellas: baila venado: bailando avispas: bailando flores: bailando nubes: barababaila: baila: sobre el barro: baila: saliendo del barro: baila: hacia el barro yendo: baila: con nuestras manos hacemos manos de barro: bailan: que palpando el barro sienten manos que hacen manos de barro: bailan: del barro caras: bailan: caras al barro: bailan: del barro flautas hasta los oídos y los oídos al barro: del barro al agua para nuestras bocas y nuestras bocas al barro: del barro al fondo de la jarra y de la jarra al barro: palmoteando barro sentimos el fuego que después lo cuece y cocemos el fuego que después se embarra: del barro a nuestras manos todos los sorbos: del barro las figuritas de hombres de barro que bailamos: bailan: trabados: sintiendo las cosas en el barro: comemos barro: seremos comidos: bolas de barro: abrimos bocas en los botijos con forma de cabeza que hacemos con barro: sacamos todas las formas: borramos nuestras caras del barro: sacamos del barro un círculo: del barro borramos el círculo y sacamos un punto: borramos el punto y sacamos el barro: desde el barro nos hacen gestos los ojos y bocas que sacamos del barro: con manos de barro moldeamos el barro: amasamos ánforas de barro que llevamos para beber

hasta el barro de los labios: arañamos el barro: el barro nos traza dibujos en la piel color de barro: sobre la piel del suelo bailamos estampando huellas de barro: sobre la piel danzamos: entrelazados: Dentro de la danza todas las cosas: Non nessesitaban de imágenes: ¿y cuántas formas? ¿cuántas caras? ¿cuántas pisadas soporta el barro?: Facían en un instante todos los cuerpos imaginarios: bebemos en todos los jarros: y en todos los jarros de carne desde jarros de barro nos vomitamos: Y en un instante imaxinaban muchas cosas: Con peces de barro entre los ríos nadamos: y en los cielos volamos con pájaros de barro: danzando hacemos una luna de barro: tigres de barro husmean hombres de barro: chapoteados por las lunas de las herraduras de los caballos: sombras de barro: de hombres de barro que danzan: entrelazados: el fuego los vidria: de la rueda vuelan bandadas de pájaros: encendida la llama de la lengua: la lengua hiriendo el barro: cambiamos de pasos en la rueda: dejamos huellas el barro: ciertamente lunas son esas manchas que dibujan el tigre, ciertamente menguado y creciendo bailan: lunas crecen en sus garras y en las presas trazan lunas de sangre: luna es todo ojo que se abre y bebe de la Luna: en la sombra de la luna arden nuestras sombras bajo nuestras plantas: quien salte dejará correr su sombra: que escapará llevándose el aliento; quien salte: quien salte arañará los cielos con las lunas de sus uñas: entonces muere la luna: quedan sueltas las sombras: unos a otros nos las cambiamos: somos las sombras: en un mundo sombrío que arroja sombras de carne y sangre: cada sombra tantas sombras como hojas arrojan los árboles: sobre sombras caminamos: sombras: sobre sombras bailamos: sombras: se abre el párpado de la luna: cada sombra arroja las cosas que dentro de sí tenía: horas en que ayuntamos con nuestras sombras: y de ellas nacen seres de sombra y de luz, sombra nos engendra y engendramos sombra: por la media luna de las bocas nos encontramos: lunas de las alas de los pájaros: lunerío de los arcos con que les disparamos: lunación de los peces que menguan: bajo las lunas de las cascadas: lunas las ramas curvadas de los árboles que tre-

pamos: lunas nuestras espaldas arqueadas: lunas cuando crecemos en vientres hinchados como lunas: lunas de pájaros nos chillan desde los cielos: las guarichas abren las lunas de oscuridad entre sus piernas: nos hundimos en ellas: bailando: bailando: dentro de las ruedas dentro de las ondas dentro de los remolinos dentro de las chispas dentro de las noches dentro de los soles dentro de las lunas dentro de las aguas dentro de los seres dentro de los rayos dentro de los ojos dentro de las lianas dentro de los peces dentro de las aves dentro de los frutos dentro de las lenguas dentro de las bocas dentro de los dedos dentro de los vientres dentro de los cuerpos: baila: dentro de la muerte: baila: dentro de los huesos: baila: muertos, devorados: baila: polvo en las llanuras: baila: arena en los ríos: baila: ceniza en los vientos: baila: barabailando baila: baila.

El casabe estaba envenenado y comenzamos a morir. Las madres al sentir las primeras arcadas dieron el cazabe que habían masticado a sus hijos. A los demás los tumbaron los rémingtons. Quedaron treinta indios cagados y vomitados tirados en el suelo y a todos los echaron al río para que se los comieran los caribes. También a Agusanado, que empezaba a echar piel. Yo devolví el veneno y escapé corriendo entre los mogotes. No me vieron porque era tan pequeño. Así llegué a la misión para que usted me colocara de sacristán y me enseñara la luz del Evangelio, padre. Para tocar la campana de la misa que se dice cuando se hace la primera luz. Tocaré la campana para la misa. Tocaré la campana.

Caí al agua, entre los indios envenenados a quienes la plomacera derribaba sobre el río. ¡Truco de evasión acuática entre los peces feroces y las mandíbulas abiertas de los caimanes! La cadaverina de indios envenenados soltaba en las aguas sus zumos vitales, emponzoñando los tijereteantes caribes, los saurios bostezantes. ¡Turbión de peces carnívoros

panza arriba, de caimanes coleteando en la agonía! El agua tibia me despertó del marasmo del cazabe emponzoñado: efectué los movimientos de expulsión estomacal que me habían servido, en los escenarios, para regurgitar sapos, tenedores y pañuelos. ¡Natación entre el sargazo de manos, pies, rostros, colas de caimanes, moribundos caribes, cintas de tripas desgarradas por los primeros mordiscos, espirales de sangre envenenada! Uno por uno besé los rostros que pendulaban bajo el agua. Impasibles rostros con banderolas de pelo, girando, recibiendo los reflejos lunares de los peces y de los caimanes. Para siempre tranquilos.

Dí brazadas bajo el agua, rodeado de la nube de tijereteantes caribes y caimanes trémulos. ¡Nacarados destellos en el agua ambarina! ¡Espirales rojizas que brotaban de los vientres mordicos! Descendí por debajo del sargazo de cuerpos, del firmamento de rostros, hacia el sieno donde se revolvían saurios emponzoñados y peces en agonía. Hasta la más remota noche descendí. Hasta una negrura donde se desconocía la función del ojo y sólo el tacto rendía cuenta de las mortales geometrías de la mandíbula, la coraza y la escama. Giré en un trabado remolino, crucificado en la precipitación de las aguas y la rotación de la tierra. Mis pulmones se quemaban y sus cenizas eran consumidas por fuegos que brotaban de su propio agotamiento. El aire residual se petrificó en ellos. El remolino me expulsó, despidiendo a su vez bandadas de remolinos que se disolvían en torbellinos minúsculos. Afloré, casi con un grito, hacia la superficie que era como una enorme burbuja, o un ojo.

Tocaré la campana que anuncia la luz, padre. Tocaré tus maitines. Tocaré el primer aviso para tu misa. Tocaré el segundo aviso. Tocaré la campana anunciando la elevación del Santísimo.

Ascendí hacia la superficie, un ojo donde mis ojos vieron el reflejo de ladrantes perros y hombres que traqueteaban sus máuseres y disparaban. En el mundo líquido en que yo estaba, todo era una aceitosa parodia de los movimientos netos del homicidio en tierra firme: las llamaradas de la pól-

vora salían como babosas que ocupaban el espacio lengüeteando, lengüeteando. Lengüeteante, lengüeteante, el saltaladra brincamuerde de los perros de cuyas bocas se desprendían irisados arcos de saliva que permanecían en los aires, lentamente discurriendo en el tiempo, lentamente. Me hundí.

Recogeré tus limosnas padre, tocaré la campana que llama a los indios al trabajo, padre, tocaré las horas de la jornada, aprenderé tus palabras.

Los peces agonizantes desgarraban los vientres, los cuales estallaban en nubes de peces. Remolinos de peces oscuros se mezclaban con remolinos de peces resplandecientes.

Repicaré tu melodía, padre, tocaré la vuelta al trabajo, padre, tocaré tus vísperas, tocaré tu Angelus, tocaré por las bodas de los indios que casas con tu matrimonio, repicaré por tus rebatos, echaré a vuelo las campanas por tu gloria, doblaré por los muertos que entierras con tu tierra.

Me hundí nuevamente en la penumbra y en las tripas viscosas de los remolinos, que sorbían ahora los cuerpos. Manos, colmillos, colas, garras. Estrujado en la red visceral, sufrí los bofetones de las muertas manos, los rasguños de las colas saurias, las constricciones de la sacudida humanidad sorbida por los embudos del remolino que los precipitaba contra las piedras. La carne de los envenenados me sirvió de colchón contra los dientes de las rocas. Como en un invertido parto, el mucus de las aguas nos arrastraba hacia las zonas sin luz y sin sombra del desexistir. Líquido. Torrentoso. Disgregado. La despedazada masa de cuerpos taponó el embudo del remolino. Volví a aflorar, centenares de metros más lejos. En la orilla vi siluetas de caballos que cabriolaban, perros, llamaradas de pólvora. La corriente se iba haciendo cada vez más rápida.

Aprenderé los números de tus cuentas, padre, recogeré las cargas de algodón y de madera y de casabe que traen los

indios a tu misión, padre, pagaré sus jornales en ropas viejas y herramientas, padre, sumaré las deudas que van contrayendo con tu misión, padre, los engancharé con los hacendados que necesitan jornaleros, padre, elegiré las indias que serán mandadas a la ciudad como sirvientas, padre, fijaré los precios de su trabajo, padre.

Al hundirme en la corriente, vi caer en la oscuridad una nebulosa que giraba sobre nebulosas: granizo de hueso despedazado por las mandíbulas de los peces agonizantes que a su vez eran despedazados por otros peces.

Cargaré tu morral, padre. Te cubriré con tu sombrilla. Te llevaré hasta tu piragua. Te conduciré hasta el hato de tu Don Gonzalito. Ayudaré en tu misa en la casa de hacienda, padre. Sostendré los hierros al rojo vivo GGG para que los bendigas antes de marcar el primer becerro, padre Serviré tu chocolate, padre. Abanicaré tu siesta. Serviré tus bebidas. Te acomodaré en tu piragua. Te llevaré hasta el ribazo, padre. Volcaré tu piragua.

Hasta un espacio más allá de la memoria, me dejé llevar. Por cada vez más rápidos meandros, me dejé llevar. Bajo estrellas cambiantes, me dejé llevar. Esperando el momento en que me trizara una constelación de dientes. Me dejé llevar. Sufriendo los golpes de cada vez más frecuentes peñascos. Me dejé llevar. Hasta una región de la noche donde sentí que todo podía quedar igual por la eternidad de las eternidades. Me dejé llevar. El cuerno de la luna descendió hasta hincarse en mis ojos. Cesó la luz.

Pediré ayuda en tu hacienda, Don Gonzalito, te contaré el accidente, Don Gonzalito, sondaré el ribazo con pértigas, Don Gonzalito, me ofreceré para servirte, Don Gonzalito, cuidaré de tus perros, Don Gonzalito, ordeñaré tus vacas, Don Gonzalito, reuniré tu ganado, Don Gonzalito, sembraré

tus forrajes, Don Gonzalito, repararé tus cercas, Don Gonzalito, marcaré tus terneros, Don Gonzalito, te contaré de los que no trabajan, Don Gonzalito, echaré a los que siembren en tus tierras, Don Gonzalito, barreré tu corredor, Don Gonzalito, limpiaré tus zapatos, Don Gonzalito, te acecharé tus presas de caza, Don Gonzalito, te llevaré muchachas a la cama, Don Gonzalito

Sorbido por el pantano de las orillas, amanecí bajo un cielo de una tal opacidad que la luz parecía venir del interior de las cosas. Traté de recordar quién era yo, de recordar qué era el recordar, de distinguir hasta dónde llegaba ni cuerpo y hasta dónde el barro que era otro ser de mi ser y del que me desprendía con el dolor de quien siente que le arrancan su carne. Comí hormigas que huían como otros tantos ríos. Había en el aire, en el movimiento de los animales, una prisa que no tenía que ver con el día inmóvil que parecía que duraba desde siempre y que nunca acabaría. Desde siempre el adherido barro que era ya mi cuerpo. Hasta siempre, el alimentarme de los insectos del barro, en el ciclo de la felicidad del animal que se devora. Rodé dentro de mí, como una pelota de barro, a la felicidad de agrietarme y desecarme, a la indiferencia de la arcilla. Tan eterna como un día. Hundí el rostro en la burbujeante masa, como queriendo dejar en él los azules túneles y chispas que pasaban por mi cabeza, y que ya no quería usar más nunca, nunca, nunca. Me hice una bola. Una bola respirante cuyos latidos eran cada vez más lentos, más espaciados, más felices. Recordé los gestos mágicos que tú también recuerdas: las manos apuñadas, el pulgar entre los dedos. Los nudillos de las primeras falanges de los índices apoyados en el borde superior de las órbitas. La lengua en el paladar, asomando entre los labios. Yo volvía a ser la tierra, una colina, una montaña. Sobre mi piel

se debatían los animales. Atrapados, destripados, sufrientes. Murientes. Y yo no sentía nada.

Cuidaré tus espaldas, Don Gonzalito.

Bola de barro entre el barro, comencé a morderme las entrañas hasta llegar a la central entraña de las entrañas que es este segundo: palpé entonces el vivo horror del tiempo, el tormento de nuestro cuerpo como un combustible de la llama del tiempo: el sentido de este segundo que es como una página que cae o como una prensa que tritura todas las direcciones de la posibilidad en la pulpa del ¡pasado!, yo en el centro, descubriendo mi función, la del loco encargado de fabricar el tiempo, de constreñir retorcer palpitar mi cuerpo en la construcción del tiempo: cuando ahora podría estancar para siempre la macerada cuba de la existencia en este quieto lago sin sustancia: yo me miraba en el espejo de este lago y pasaba poco a poco a ser mi propio reflejo y entonces a dejar de reflejarme y una dicha demencial me disolvía: aquello era mejor, la inmutabilidad equivalente al vacío era lo mejor: ferozmente me contraje: obligué a mis manos a asir las riendas de las cosas, desgarrándolas con sus uñas melladas: al cabo de una eternidad en que se confundían la felicidad de la disolución y la rabia, creé otro segundo y me lo ofrecí te lo ofrecí llameante como un hierro al rojo vivo otro segundo: con reluctancia mis manos tus manos se cerraron sobre este metal llameante y crepitaron y estallaron en chispas al contacto con él: con repugnancia mi cuerpo tu cuerpo comenzó a arder otra vez en el fuego del tiempo, a chirriar, a consumirse, a disolverse.

Manejaré tus escopetas, Don Gonzalito.

Los cielos parpadearon pero yo no lo supe y largaron a lo lejos cortinas de vidrio helado pero yo no lo supe. El viento azotó, derribando animales y árboles pero yo no lo supe, con mis arcillosas manos cubriéndome yo no lo supe, hasta que un pincel de aguas tanteó mis espaldas, y el cielo comenzó a escupirme con implacables gargajos, y aún en mi trabada fortaleza de miembros lo supe: una poderosa tracción me arrancó de los sucesivos limbos de olvido donde yo me enquistaba: con rabia sentí que no podía cubrir mi piel contra la laceración de los elementos: el tiempo me fue regalado de nuevo, como un caos de colores difusos: el temporal me desvistió del barro como si me arrancara la carne, como si desgarrara la cáscara de un huevo y me descubriera ateridos miembros. Donde volvía la cara, encontraba la escupitina de los cielos: donde tocaba, la resbalante saliva de los cielos, virtiendo en mi cabeza la liquidez de la memoria, el calosfrío de la conciencia, el tamborileo de la duración, el verdoso fuego del hambre. Y ahora, en la noche, extinguida la luz interior de las cosas, los cielos parpadeaban en una luminiscencia de panza de animal putrefacto. Pararparpadeaban.

Pararparpadeaban los lejanos relámpagos sobre las nuberías del horizonte. Buscando y tanteando entre las hededuras del deslumbramiento, fui azotado por torrentes de resplandor que resbalaban de las nalgas de las nubes. La luz, esclava hasta entonces de la forma de las cosas, estallaba rompiendo sus lazos, desintegrando y desintegrándose. Relamparparparpadeaba. Hasta que la misma luz terminó por derretirse en la masa torrencial de la humedad. Yo me alimenté desgarrando sapos, peces y garzas en un mundo que cambiaba de formas a cada instante, mientras en el tiovivo de las aguas voltereteaban animales ahogados. Una vez vi una manecita de niño que desaparecía entre los charcos remolineantes: adiós: adiós. Cómo el rostro, cuál el nombre. Adiós. La batahola de los elementos se descuajó sobre mí. Sentí que no podía resistirla En ritmos ondulados se movió mi cuerpo, sintiendo la fluctuación de los torbellinos. Olvidé el respirar. Olvidé la luz.

Una nebulosa de espumas me disolvía. Sentía a veces el contacto de criaturas viscosas. Con ellas nadaba en una lenta ondulación que era una delicia. En la noche, sin memoria, hundirse. Líquido entre el universo de líquidos. Girando entre raíces de árboles que eran relámpagos carbonizados. En algún sitio dentro de mi cráneo ardía un remoto sol ancestral. Hacia él quería avanzar, entre las vorágines del líquido. Aflorar hacia la llamarada y dormir en ella eternamente. Por el cielo pasaban raudas lunas y planetas imprevistos. Océanos completos suspendidos en los aires volvían sobre sí mismos. De repente, supe que el sol se ahogaba. Las aguas, en su arremetida, habían logrado sepultarlo. Como un corazón agonizante, palpitaba dentro de las aguas un ojo luminoso, extinguiéndose. Hacia él, zigzagueantes formas saurias. Hervor de formas. La tromba me arrastraba. Y al fin era anegado todo, piedra, fuego, aire, en la catarata universal del agua triunfadora.

Parpadeo de cada gota sobre mi cabeza, parpadeo de cada relámpago cada diez gotas, parpadeo de cada oleada de la inundación cada diez relámpagos, parpadeo del día y la noche, y entre unos y otros: ahogada mujer a punto de estallar parpadeo informes restos de techados parpadeo podridas redes flotantes parpadeo océanos de agua lodosa parpadeo negrura dianoche parpadeo: con el agua a la frente y después al cuello y después a los tobillos chapoteé yo mismo sobre los detritus de un mundo que la luz se había tragado y había vuelto a vomitar. El revés de la humanidad, las ristras de ahogados que cabeceaban contra las orillas. El revés de las cosas, sus disueltas hilachas flotando en la baba helada de la inundación. El revés de la inundación, la estabilización del frío y de los días en una llovizna impalpable, una espuma que era como otro elemento. Y la disolución de la espuma en una noche surcada de majestuosas lunas. Una noche que caía sobre un mundo de cuerpos fofos y rezumantes, como frutos dema-

siado maduros. En el medio de ella, toqué finalmente tierra y eché a andar.

Atenderé tus invitados, Don Gonzalito.

Tras escapar del diluvio, seguí caminando en la oscuridad golpeándome los pies descalzos entre áridas rocas, hasta que divisé un monte perfilado tras un resplandor de plata. Traspuse el monte y el resplandor creció. Llegué a un valle negro, entre cuyos montículos sobresalían inmensos cuernos plateados, como puntas de guadañas enterradas. Era el valle en donde caían las lunas después de su carrera por los cielos. La violencia de su caída las sepultaba y de allí que a través de la negrura de borra de café del suelo, trasudara un resplandor helado, y, aquí y allá, asomara una hoz curvada como un ala de golondrina. Por su resplandor fui reconociendo todas las lunas que habían encandilado mis ojos. La menguada de mi nacimiento, y la luna de sangre de mis desgracias, y la luna de hielo de la indiferencia. Reconocí lunas inmensas cuya gravitación había estado a punto de elevarme, y lunas mansas de esas que aparecen en las tardes del mar, como la vela de un navío. Y lunas malignas como aguijones y lunas olvidadas como cortaduras de uñas. El fulgor de aquellas lunas era inagotable y hacía pesar un silencio que casi me derribaba. Las amargas lunas del insomnio y las lunas cristalinas del pesar. Quise gritarles y me paralizó la lengua el peso de plomo de la inutilidad de las griterías contra la luna. La última de ellas estaba en el cielo, y descendía hacia el valle como una lenta cimitarra. Recordé lunas de melancolía y lunas de delirio y lunas pardas y lunas azules y lunas doradas. El fulgor de las lunas semienterradas se duplicaba al reflejar el fulgor de la que caía. Eché a

correr, entre un bosque de plateados filos. Sentí el terremoto de la caída de la última luna y el alarido de la plata lunar que vibraba por el impacto con la tierra. Durante varios días soñé con espejos.

PISO 65

—Esta es la tierra. «La Gonzalera», de los González González. No mire para abajo, que la aridez lo encandila. Mire mejor hacia esas nubes que vienen de la cordillera, que son las que vuelven esto un mar. De nube a nube esto es mío y cada vez hay más nubes.

—Tierras de la nación y del municipio ilegítimamente ocupadas, es lo que dice el expediente.

—Bilis y rencor es lo que acumulan los expedientes, hasta que se los endulza. Sin una gota de miel que he hecho poner, también diría que las áreas reales son la mitad de las declaradas, y constaría también el pendiente litigio de herederos de los tiempos de la guerra que surgió por una coma.

—Lo malo es la estimación de la productividad. Tierras rojas y pastos malos que nunca han sido variados ni mejorados. No hay depósitos de agua para la seca. La situación de los trabajadores es deplorable.

—Puesto a destilar el odio político, también podrían poner que el ganado que de aquí sale es contrabandeado de acuerdo con la institución armada, y hasta calumniarían mencionando cifras, y nombres, y porcentajes, que tan arriba querían escupir estos sapos si el miedo no les secara la saliva.

—Gargajos de sapo no ahogan, pero mordida de caribe llega hasta el hueso.

—Huesos tengo yo para repartirle a toda la caribera. Porque vamos a ver, qué carajo tengo yo, un González González, que andar jodiéndome, como decimos en criollo, con esta mierda de mautes flacos y de indios, para sacar un siete por ciento, cuando si consigo el crédito agropecuario que tenemos hablado, colocándolo a plazo me da el doce por ciento y en préstamo el veinte y empleado en financiadoras el cien y el doscientos y el trescientos según y cómo se reparta el tuétano, y allí es donde tenemos nosotros que conversar otra vez. Porque yo lo que quiero es un crédito

que esté en esa lista de los que nunca se cobran, usted me entiende, recomendados para remisión, y así sí haríamos negocio.

—La lengua pinta pajaritos y venados, y en este montarazgal donde nos está llevando este indiecito baquiano suyo lo único que hay es tábanos.

—Llanero no espanta tábanos y si no que lo diga el hombre de la contribución para las elecciones y el de los sindicatos agrarios y el del Instituto, que todos chupan y a la hora de un buen negocio se hacen los miedosos, porque quieren chupar más de la medida.

—Tanta habladera me altera el pulso. Ahora lo pagan esos araguatos, que gritan como gente cuando los alcanza el tiro y los tumba de la copa de los árboles al ribazo.

—No desperdicie cartuchos, que mono muerto sólo sirve para comida de caribes y el Alonso ya nos está mandando para acá las piezas de todo ese flanco de sabana.

—Yo lo que siento es el calor y el lagrimeo de este humo que se levanta y la chillería de los araguatos que ya no los distingo lo suficiente para rematarlos. Se me ocurre que esa figura en el humo es otro araguato y por hacerle un bien, se lo tumbaría, Don Gonzalito, no sea que el maricón nos eche la candela para acá y las chispas nos alcancen las manos.

—Y después, usted sabe, la expropiación. Que me expropien a un precio conveniente, y sobre eso también hablaríamos entre amigos.

—Se perdió la oportunidad. Ya no se ve al vergajo ese.

—Cállese la boca y apunte, que ya asoman las venadas preñadas huyendo de la quemazón. Fíjese como reculan entre las chamisas y el río, donde están los araguatos muertos. Ya está hecho.

—Treinta por ciento —dijo Moncho, echándose la escopeta a la cara.

LLEVAN A FUSILAR UN REBELDE

SAIGON 7, UPI.—Un curioso por cierto espectáculo interrumpe las festividades del año nuevo lunar que en épocas remotas incluía la carrera de los niños provistos de lámparas de papel de arroz pretendiendo ser las estrellas y la honra de los poetas que murieron mirando a la luna y la celebración de los grillos que presidían las bodas del cielo y de la tierra antes de vivir en las constelaciones: entre estas prepondera la de la trucha, hirviente y gorda en la noche fatigada de címbalos y de reflectores antiaéreos. En Go Den se informa que los guerrilleros aumentaron sus actividades en la región septentrional del delta del río Mekong. En la plaza están preparadas las cascadas de fuego, las grandes cometas del tiempo que serán elevadas hasta la boca de la trucha, las ofrendas de arroz que los muertos llevarán en el paladar al disolverse en las piras de madera de sándalo podrida por las esquirlas, y, en el centro, el poste de las ejecuciones. Se informa que los guerrilleros han aumentado sus operaciones en el interior del país, dominando no obstante las tropas del gobierno la situación. La plaza, rectangular, figura la primera condensación de la tierra, que en los mandalas es representada precisamente en forma cuadrada, amarilla, partiendo de la central, radiante luminosidad del todo. En la capital, el secretario de Estado norteamericano conferencia con oficiales norteamericanos sobre la situación política y militar de este país. Pasamos a trasmitir directamente y en control remoto desde ahora y en adelante con ustedes T. Sawyer narrará a través de la transmisión vía satélite los últimos acontecimientos. Se revela que las tropas del gobierno perdieron unos mil hombres con motivo de operaciones militares contra los guerrilleros realizadas du-

rante la semana pasada. La magia de la transmisión vía satélite nos permite explorar los cuatro lados de la plaza, por el Oeste fluye una espesa masa de refugiados cubiertos de harapos y sombrero de paja, mostrando masas proteinizadas que recubren la piel, acerquemos la cámara si es posible, cómo se llaman esas placas sobre la piel, correcto, queloides, la ausencia o la escasez del tratamiento médico convierte estas heridas en masas supurantes y en criaderos de larvas de una mosca particularmente molesta que existe en estas regiones. En Quangnai unos cinco mil soldados del gobierno se enfrentan a los guerrilleros que incrementaron sus actividades considerablemente en esta región durante las últimas semanas. La frecuencia de estas heridas es sólo superada por la de las bombas de navajas cortantes, las esquirlas plásticas indetectables con rayos x, la enucleación de cuentas orbitarias y la aparición de máculas y placas en las mucosas debido a la exposición a los desfoliadores. Se revela que una delegación de expertos filipinos comenzarán el entrenamiento de las tropas oficiales en las tácticas de la guerra de guerrillas. Pasamos a máster para un mensaje de nuestros patrocinadores omitido misericordiosamente entretanto entrevistamos a Sister Mary que es integrante de la misión de auxilio, cómo van las cosas, Sister Mary, yes, oh yes, ha habido un mejoramiento en la asistencia médica, yes, oh yes, Sister Mary sostiene en sus brazos a un pequeño refugiado huérfano de padre de madre de abuelo de abuela de tíos de primos y de hermanos, será sin duda declarado refugiado del año y mascota del cuerpo de Green Berets, sonríe, hijo, sonríe, los reflectores hurgan en la gran masa de refugiados, el nombre del niño es algo así como Bai Bao pero lo llamaremos Yoni, durante todo este tiempo, durante todo el acto, recuerden, queridos televidentes, la masa de refugiados avanza sin que se sepa de dónde ni adónde, contenida por hileras de soldados, la masa avanza y cumple el papel de ETERNIDAD dentro de las celebraciones del año lunar, surge de la noche y se pierde en ella mientras completamos este reportaje con mensajes de nuestros patrocinadores, deportistas

que anuncian las espumas de afeitar blancas como la nieve, las podadoras de grama siempre listas, las relucientes salchichas para el barbecue y los desodorantês íntimos más frescos que la metafísica estelar del rocío, espumas, podadoras, salchichas y rocíos que son amplificadas por la perfecta burbuja de la heroína que es expedida libremente por toda la plaza y de la cual hay extraoficialmente dosis especial para los integrantes del pelotón: por razones obvias esta dosis es gratuita y un cambio de cámaras nos acercará en reportaje muerto a este pelotón. El Secretario de Defensa Norteamericano es recibido para discutir con los gobernantes de este país la lucha contra los guerrilleros. Gracias, Tom, este es Ichabod, el hombre de la Cámara Triste que en sus receptores dará una imagen ambarina a la vez que subjetiva de estos mozos a quienes nuestro esfuerzo soporta, asiáticos, es cierto, pero no por ello menos ansiosos de la democracia: ¡Sus pupilas distendidas nos abren el paso! ¡Contemplamos viveros de peces! ¡Contemplamos nubes doradas! Los contemplamos a ellos mismos, sus monos de paracaidistas constelados de cadaveras y conejitos de playboy y condecoraciones exagrámicas cantando la canción de sí mismos

Oh madre tu hijo
cabe en una sola mirada
oh madre caímos en la seda de la noche
y el mundo entero está enlatado
pero la mirada de una pupila es eterna

Se cambian estampas obscenas y papeletas de heroína, redimen antiguas deudas y coquetean pues son todos nefandos a la vez que, lo creerán ustedes, fanáticos católicos, cintas negras del judo, admiradores del Scotch a la vez que despreciadores de las inútiles las solicitantas las baratas las que abren las piernas en los bares de los farolitos de papel y las cajas de música En este momento acarician los falos de los M-1. Lloran sobre el eterno metal lunar lunar. Oh

madre. El llanto descompone sus maquillajes de princesa del antiguo teatro sagrado, coagula en sus vísceras, asciende a los cielos y estalla en lluvias menstruales que bajan de nubes seminales pulsando las batallas germinales del principio macho y del principio hembra. Se aman, sobre camas de campaña con sábanas cannon, la marca universalmente afamada en lencería. Destapan botellas de champaña. Ninguno huele. Se podría recoger su ropa interior, encerrarla en cofrecitos, y no olería. Cambiamos de ojos, de locutor, de patrocinantes, de cámara. A última hora se revela que unos cincuenta y un soldados del gobierno perecieron en un encuentro con guerrilleros que se efectuó sólo a treinta kilómetros de esta capital. Gracias Ichabol este Nick Adams reportando en vivo gracias a la magia de la cámara astral el curso de las ceremonias, hace un instante perdimos el acontecimiento de los monjes que se dieron fuego y de los estudiantes que repelieron a pedradas las fuerzas del orden, de la madre que tragó el puñado de agujas, del recluta que dejó una granada sin espoleta bajo el catre del oficial y de los nadadores que dinamitaron los buques torpederos mientras los bombarderos reventaban sin poder despegar el vuelo de los aeropuertos asediados por el fuego de morteros. Una neblina química degrada la imagen de nuestra cámara que recoge los movimientos de las coristas del Show de Bob Hope, blancas faldas de cheerleaders mientras las carcajadas sacuden las tribunas. Hello, Bob. Carcajadas mecánicas, mandíbulas de platino, ya que, saben, la escisión de la mandíbula es un tipo de herida sumamente usual, asimismo la enucleación de los ojos atacados con dardos de bambú, enfocamos los reflejos en los paladares de aluminio o las manos de titanio que truenan en aplauso de latonería o las bragas de nylon que contienen el recuerdo de los ausentes penes ¡Tribuna de la espectralidad! Bad Hope reparte desde la tribuna simulacros de órganos amputados y se alcanza el record de la sintonía mientras estallan los flashes de las Polaroids y vuelan condones inflados como globos disparados hacia las cheerleaders que agitan sus bastones en

homenaje a No Hope que desaparece entre la luz demasiado cegadora de los reflectores. Entre los intersticios de sombra vemos entrar y salir los intermediarios del mercado negro que distribuyen los cargamentos de medias nylon de uniformes de hipodérmicas de armamentos —un hecho sorprendente no menos escandaloso denunciado en el Senado es el de que fuerzas del enemigo han sido surtidas con envíos pagados por los contribuyentes, subsiguientemente a lo cual se nombró una comisión que estará investigando y que mejora las perspectivas de los Republicanos para las próximas elecciones donde el Senador por South Dakota profetizó un cambio en alguno de los sectores indecisos que tan decisivamente cargaron la suerte de los colegios electorales en los pasados comicios— usted puede comprar una danza por cincuenta centavos compañía para unos tragos por un dólar un servicio regular por tres dólares y tratamiento gratis en el dispensario del batallón aunque confidencialmente las autoridades han reconocido que el incremento de las enfermedades venéreas hace necesario un drástico control del problema de la prostitución que de una manera u otra se ha vuelto inmanejable. En Xa Ba Hao, unos mil soldados de las tropas del gobierno, transportados en helicópteros, inician un ataque contra un grupo de guerrilleros. El primer ministro pide a unos treinta y cuatro países, entre ellos Bélgica, Australia, Pakistán, China Nacionalista y Argentina, que presten apoyo material a la lucha del gobierno contra los guerrilleros. En Washington, el gobierno anuncia que se propone aumentar su misión militar en el territorio. Un fallo de la cámara ha provocado el chisporroteo en sus pantallas. Este es Jim Gatz y reportando desde la plaza las ceremonias de la estratósfera: como un flujo de moscas azules se desplazan los bombarderos en corriente ininterrumpida a cincuenta mil pies sobre el alegre Pacífico. Pantallas de letreros luminosos reportan las estructuras destruidas, el conteo de cuerpos por análisis de las fotografías realizado por computador. El horizonte resplandece con pirámides rosadas y

los ancianos encienden palitos de incienso. Los niños soplan hormigas que les suben por el cuerpo. Los tíos se purifican dándose aire con abanicos que tienen oraciones pintadas. Los perros desentierran cadáveres de fusilados. Las niñas ofrecen sus primeros flujos a los peces de los canales, que yacen panza arriba fulminados por la pestilencia Dow Chemical Monsanto. Madres acuchilladas despiojan las chaquetas de niños muertos. Visiones de Acapulco Golden estallan entre los marines que aplauden en las plataformas. Arcoiris. Big Dope nada entre ellos como un bagre gris que esparce burbujas que revientan en escalofríos. Los morteros han estado disparando todo el día a pesar de la tregua. El barro es insoportable. Gracias, Jim. Este es B. Babbit trasmitiéndoles con la Cámara Cándida las ceremonias del fusilamiento. Del cuarto lado de la plaza, donde sólo hay un muro blanco, conducen al reo acusado de atentar contra la vida del Secretario de Estado norteamericano. Viste el mismo pijama que usó durante el proceso, calza sandalias de caucho, tiembla. Lo acompañan soldados y curas. Pavorreales pantomímicos, eternizan un abanico de eternidades tangibles ante la víctima que no dice nada. Un olor de frituras llena la plaza. Con cuerdas de nylon atan del poste al muchacho que recita un poema. Las sonoridades de los versos son recogidas por los huecos bambúes de los templos por las campanas de piedra por las ollas de las cocinas militares por los motores de las caravanas de vehículos que entran en las zonas minadas PRESENTEN ARMAS en el fondo el muchacho somos tú y yo y tenemos los pies fríos del miedo y las manos frías y queremos irnos LISTOS tenemos el estómago mal como lleno de un vacío que quisiéramos vomitar.

APUNTEN PUNTEN PUNT PUN PUN UN UN

UN PASEO EN CAMIONETA

Debía cruzar esa puerta, le expliqué, y, una vez tras ella, me sentiría separado, aunque no a salvo, de ese arbitrario fantasma de mi identidad, que moraba ahora en la acción, la sed, las privaciones, las heridas, los insomnios, la embriaguez de las carnicerías y la fábula, y no en mi vergonzoso y miserable cuerpo del cual, me reía, estando desde ya reservada su parte al gusano, era como cualquiera de esos camellos muertos le expliqué casi histéricamente, como cualquiera de ese montón de camellos muertos que obstruye la puerta de todo hombre y corta su camino a Damasco.

(The Door)

Párate ahí musiú okey comanboy verga okey lesgo callaito musiú que te quemo ah vaina se me olvidó está detenido en el nombre del pueblo epa qué hubo y ese otro musiú contra la pared hands up manos arriba sí manos arriba yo sé que me entiendes y bájate los pantalones, verga, calzoncillos de rayita estos gringos sí que tienen vaina y tú el altote pants off manos arriba y pants off ajá recojan esos pantalones y métanlos en las bolsas mírame esta pelota calzoncillos floreados no me mires así gringo ponte cara a la pared okey tranquilo gringo escriban ahí con el aerosol YAN y ahí sobre la guarandinga esa con el escudo del águila KI GO y sigan sobre la bandera HO un dos tres cuatro gringos y tú, ME, ajá, estrellas de coronel y todo bueno tú eres el jefe tú eres el que buscamos no te quites los pantalones que vienes de paseo esto es un secuestro epa tú tradúcele sequestration kienaped no te hagas el loco que yo sé que me entiendes coronel ajá revisen bien ajá el baño epa aquí hay uno escondido en el baño sal de ahí pantalones afuera pants off ajá canzoncillos largos contra la pared busquen las armas corten el teléfono miren por la ventana recojan el maletín ese que debe ser del coronel y ustedes esténse quietos tradúceles chico *be quiet* si no se callan quemo al gringote *I you call for help we shot your leader,* coños de madre, *please cooperate and there will be no casualties,* mira tu nariz de tomate no me mires así

voltea para la pared oíste, *this is a operation of the Liberation Army of our country,* no hay moros en la costa, suelten los volantes, *your leader will be released alive if you release a friend fighter for liberty,* retirada unidad uno, comanboy, camina coronel, *act naturally,* camina, camina y no mires tanto, entra en el carro, anda, en el centro, entre los dos, ahí, in the center, yo sé que entiendes, baja las manos, cierra los ojos, *shut your eyes,* los ojos, vale, que cierres los ojos, la gorra, quítate esa gorra y esa chaqueta te la quitas, así, arranca, ajá, ahora el ojo derecho, ahora el ojo izquierdo, y te estás tranquilo, coronel.

El muchacho que tenía la ametralladora le dijo al coronel que saliera y el coronel vio que el arma estaba montada y que el muchacho estaba decidido a usarla y salió. Otro muchacho lo cubrió con una pistola grande. El coronel caminó por el jardín de la quinta. En la acera acababa de detenerse una camioneta Chevrolet vieja de color pardo. El coronel se fijó en todos los detalles y en la cara del chofer, que lo miró y abrió la puerta trasera. El coronel no pudo ver la matrícula pero se dio cuenta de que el acompañante del chofer mostraba un revólver apenas tapado con una chaqueta de caqui. El coronel trató de fijarse bien en la cara del chofer y en la cara del acompañante y en la cara de una muchacha que estaban en el asiento delantero. El muchacho de la ametralladora se sentó su lado derecho, entrando desde la calle. La ametralladora era un arma corta y fea, algo parecida a una Madsen pero no exactamente una Madsen, quizá un arma checa o una UZI, sólida y sencilla, que debía terminar en una culata adaptable pero que en lugar de la culata tenía una empuñadura de metal rudimentaria, quizás soldada por el mismo muchacho que la llevaba y que en ese momento la cubrió con una chaqueta. La empuñadura debía hacerla un arma difícil de dominar una vez disparada, y de efectos desagradables y sucios en un sitio como el asiento trasero de una camioneta. Por

eso el coronel se sentó muy recto, y bajó las manos cuando el muchacho de la izquierda se lo dijo. Se dejó quitar la gorra. Dejó que le quitaran la guerrera. Vio entonces que la pistola del muchacho de la derecha era una Smith & Wesson de nueve milímetros, una semiautomática de nueve tiros, muy precisa, que el coronel conocía y estimaba por haberla visto funcionar en las canchas de tiro y haberla disparado él mismo. El coronel sintió un ruido como si rasgaran una tira de tela y miró a la muchacha, que tenía el pelo corto y una expresión muy dulce y le pasaba al muchacho de la izquierda dos tiras de esparadrapo. Le dijeron *easy*. Le pegaron una tira de adhesivo en cada ojo. Le pusieron unos lentes para disimular el vendaje. El muchacho había actuado con delicadeza. El coronel notó que la piel se le había erizado cuando lo tocaron. Entonces sintió que la camioneta había frenado.

—Te vamos a cambiar de carro, coronel —dijo el muchacho del lado izquierdo—. Te vamos a guiar hasta otro carro. Si obedeces no te vamos a hacer nada.

—Debes bajar las manos, coronel —dijo el otro muchacho—. No debes caminar por la calle con las manos en alto.

El coronel sintió que lo tocaban y se puso rígido y lo pensó mejor y aflojó los músculos. Debo empezar a planear, pensó. Ahora debo empezar a hacer planes.

Entonces bajaron de la camioneta y entraron en otro automóvil, llevando del brazo al coronel. El coronel sintió que era un automóvil grande. La puerta, al cerrar, tuvo un sonido poderoso y seco. El coronel sintió que otro automóvil pasaba cerca pero no pudo saber si era un refuerzo de los secuestradores.

—Estáte quieto y todo saldrá bien, coronel —dijo el muchacho de la ametralladora, que se había vuelto a sentar a su derecha—. Hemos tenido que secuestrarte pero si te estás quieto todo saldrá bien.

—Puedes hablar en castellano —le dijo el muchacho del lado izquierdo—. Sabemos que puedes hablar en castellano, pero si hablas en inglés podemos entenderte.

—Está bien —dijo el coronel.

—No queremos obligarte, pero será mejor si hablas en castellano.

—Está bien. Ya he dicho que está bien.

—No tenemos nada personal contra ti, coronel. Hemos tenido que secuestrarte pero no es nada personal.

El coronel asintió con un movimiento de la cabeza, sin que su cara cambiara de expresión.

—Es decir, podría ser que tuviéramos algo personal, por cosas que hayas hecho, pero eso ahora no nos intersa. Esta vez no es nada personal.

—Está bien —repitió el coronel, muy cuidadosamente. Pensó en sonreír, pero luego le pareció falso y difícil sonreír en esas circunstancias.

—Te vamos a tratar bien, coronel. Vamos a hacer lo posible por tratarte bien. No te vamos a maltratar, coronel.

El coronel trataba de fijar bien las voces pero le resultaba difícil distinguir entre voces que hablaban castellano. Era un castellano muy rápido para él y el coronel no sabía si era el acento normal de los muchachos o si el miedo los hacía hablar en esa forma. El chofer, que aceleraba y frenaba con cuidado, no había hablado.

—Lo que quiero decir es que no vamos a hacerte como nos hacen a nosotros —dijo el del lado izquierdo—. A los camaradas que caen los tratan muy mal.

—No es mi culpa —dijo por fin el coronel, alzando la cabeza.

—En Panamá, les enseñan cómo se debe hacer, coronel. ¿Nunca has estado en Panamá?

El coronel adivinó que el muchacho del lado derecho le había hecho una señal al muchacho de la ametralladora, porque este dejó de hablar durante un rato. El coronel pensó en Panamá.

—Pero nosotros no te vamos a hacer daño —insistió el muchacho del lado derecho—. Sólo si tratas de escapar, lo que es imposible, vamos a tener que maltratarte. Entonces tendríamos que disparar, pero sólo si nos obligas.

—Está bien —dijo el coronel. Pero luego añadió—: Quiero decir que he entendido, que comprendo.

—Tendríamos que disparar si tratas de escaparte, coronel —dijo el del lado derecho. Nos pesaría pero tendríamos que hacerlo. Queremos que entiendas eso bien.

El coronel sintió que el automóvil frenaba y creyó que habían llegado, pero estaba equivocado. Adivinó que los detenía la congestión del tráfico o un semáforo y sintió crecer la tensión dentro del carro y se imaginó los dedos bañados en sudor de los muchachos resbalando en los gatillos de las pistolas y de la ametralladora corta disimuladas con las chaquetas dobladas o con periódicos. Entonces pensó que iba a suceder lo peor. El coronel prestó atención al silbato lejano de un agente de tránsito. Cuidado, le dijo el muchacho del lado derecho, que había percibido algo, quizá un movimiento en las orejas, quizá una especial tensión en las espaldas del coronel, que sudaba en su camisa blanca. El automóvil siguió la marcha. El coronel adivinó que escapaban hacia bocacalles sin tráfico, con velocidad pero sin apresuramiento excesivo. No podía ver nada por las tiras de adhesivo en los ojos, y pensó que aquella oscuridad era casi como la del bar del Club donde se había emborrachado con Milt la noche anterior a su partida, sólo que aquella era una penumbra sedante con aire acondicionado y música y no esta oscuridad en la madrugada donde el click de un arma o un cambio de velocidad sustituía el caer de los trozos de hielo en el vaso.

El coronel trató de pensar en Milt para olvidarse del temblor que le comenzaba en las manos. Siempre había creído que un hombre equilibrado podía dominar el terror introduciendo pensamientos agradables en su mente, en el grado y medida en que tuviera el deseo de dominarlo y la capacidad de producir estos pensamientos, que debían ser cuidadosamente cultivados durante todo el tiempo que fuera posible para tenerlos a mano en tiempo de dificultades. Lo que repetía a cada momento Milt es que a cierta edad los hombres pasan a ser decorativos y su trabajo consiste en no

darse cuenta de que les ha pasado eso. Ajenjo, política o campañas de prensa son los entretenimientos necesarios, decía. Condecoraciones, también, le dijo el coronel. Milt había recibido ese año el Award de la National Asociation of Cartoonist, y por esa época dependía cada vez más de sus ayudantes, y el coronel cada vez más de sus asistentes, y lo peor era, no sólo que lo que ambos hacían era malo, sino además que nadie se daba cuenta.

—Divorcios, condecoraciones y trofeos —dijo Milt.

—Pensiones de alimentos, también —dijo el coronel.

—Nos da por hacer lo que siempre quisimos. Y notamos que ya no da para una mierda. Tuve una lancha en Key West, y una camiseta con un pez aguja estampado, y una gorra con visera. Y el aparejo de las cañas era cromado y tan suave como el cheque con que lo pagué. Y sabes entonces lo que sucedió.

—No —dijo el coronel.

—Me vi reflejado en uno de los faros del yate. No me hizo maldita gracia.

—Lo mismo —le dijo el coronel al barman.

—Podían haberme fotografiado y vendido la postal. Milt, en la madurez de sus años, se sueña el Milt que el joven Milt soñó. Y lo malo es que ambos son lo mismo.

—La vi. Figura enmarcada en las mesas de té de todos los clubes femeninos.

—Entonces es muy bueno que el motor del yate sea poderoso y haga mucho ruido, porque si no te oirías tragar saliva. Todas las agujas del Atlántico te oirían tragar y saldrían de la corriente del Golfo huyendo de ti.

—Eso es lo que llaman fatiga de combate —le dijo el coronel—. La inventó ese muchacho, Nick Adams, y ahora no hay en la tierra más que maricas. Se preguntan cuándo les va a suceder. Lloran, en las camas de los centros de entrenamiento, esperando a que les venga.

El coronel se había puesto serio. Pidió otro ajenjo y dijo en voz baja.

—Milt, me mandan a las repúblicas banana.

—Agua de coco. Se puede beber toda la noche el agua de coco de esos negros. Collares de flores y esas cosas. Vudú. No malo para un fin de semana.

—Estamos de fin de semana siempre. Desde que entré al servicio estamos de fin de semana.

—Bebe agua de quina, contra la malaria. ¿Algún dictador, con uniforme de ópera e hijas de cabellos de azabache? Hombres durmiendo la siesta, bajo sus grandes *sombreros*.

—¿Y qué seremos nosotros para ellos, Milt? ¿También caricaturas?

—Te diré. Somos como Nick, jugando al grande hombre con negritos que lo abanican.

—Pero eso era antes. Nick se fue del Caribe, ¿no es cierto?

—Nick se pegó un jodido tiro en la cabeza —le había dicho duramente Milt al coronel—. Se cansó de fingir la felicidad. Allí lo encontraron, sobre un revoltillo de cabezas de antílope conquistadas en safari y carteles de toreo autografiados y viejas armas de caza de las que como es sabido pueden hacer reventar un búfalo con una herida justa y noble en el vientre de modo que tenga que correr durante días pataleándose las vísceras como un muchacho a quien le rechazan los relatos o los bocetos que envía a las agencias y tiene durante tanto tiempo que esperar el tiro bueno de una de esas balas blindadas que perforan las más duras capas de hueso y son como una bendición cuando hay la suerte de que las dispare un cazador de buen pulso y seguro. ¿Sigo?

—Sería cómico descerrajándote un tiro, Milt.

—Sigo. Coronando con aquel gesto, ¿qué? Una guinda coronando una pompa de hot fudge coronando una plasta de mierda. Porque, vamos a ver, Stevie, qué querían esos muchachos que éramos, honestamente, pasarla bien y sacar un dólar de donde fuera y esa era la felicidad.

Milt se había interrumpido y apartado el vaso, para luego continuar:

—No, no era así. Nunca fue así. Vendimos nuestras almas sólo porque creíamos que eran baratas, y por eso nada terminará de pagárnoslas.

—Eso ya no es Nick, Milt.

—Te voy a decir lo que hacen los que nos compran el alma. Nos la dejan adentro, para que nos atormente. Stephen, lo que ha podido ser me duele. Una forma... Un militar, un hombre de negocios, pueden culpar al mundo, pero a quién si no a sí mismo se culpará el artista cuando vea que sus palabras o sus colores son falsos. Y nosotros, Stevie, no éramos así. Yo soñé la aventura de China que viví en pantuflas en el estudio nutriéndome de fotografías y grabados, en aquel tiempo soñábamos, Stephen, y alguna vez despreciaste el mañana o te sentiste atravesado de los peores grises en un mundo de barracas y uniformes y bidones de gasolina, porque naciste adulto, Stephen, te faltó el desamparo. En cambio yo, yo que no podré ser héroe porque recuerdo todos y cada uno de mis minutos y me vienen a la cabeza los hierbajos de la granja en donde la quinta tormenta de arena rojiza había sepultado todo lo verde y volvía a los viejos más metálicos y más desesperados, porque la religión los había enseñado a llorar para adentro y ese llanto era, Stevie, lo único húmedo en aquella sequía que hasta las tolvaneras de polvo rojo respetaban como temerosas de abatir el molino de viento que era la única señal de vida, hasta aquella tarde en que el viejo rencoroso pareció enloquecer y subió la torre con la boca llena de clavos y un martillo en la mano y clavó las aspas maldiciendo y después lanzó un escupitajo al pozo seco y se sentó en el porche y dejó caer el martillo y comenzó a acezar mirando los tornados con un ojo de acero ya impenetrable para las imágenes, moviéndose para gritar e insultar sólo cuando trataban de arrastrarlo, hasta que el cielo estuvo así de límpido y comenzó la agonía.

—Milt, nos van a echar del Asia —había dicho en voz baja el coronel—. Europa se burla de nosotros y lo único que nos queda son las repúblicas banana.

—La crasitud, Stephen. Yo inventé las sombras espesas y crasas como la mierda. Pincel número tres, sin bosquejo previo. Los matices no existen, Stephen. Se es o no se es.

El coronel jugó la cuenta con el barman; y ganó. Quedó perplejo. Aquello era un mal augurio. Al día siguiente, en el aeropuerto, encontró a Milt que había ido a despedirlo, y pretextaba haber madrugado para el golf. Milt estaba pálido y descompuesto y envejecido y en esa etapa en que ya todo el golf del mundo no bastaría para hacerle bien, y así lo recordó el coronel el momento en que, sobresaltándose, sintió que el carro se detenía y el muchacho de la derecha le hacía sentir el cañón de la ametralladora en la camisa empapada de sudor.

Entonces, todavía vendado, lo subieron a un pequeño apartamento en un edificio y allí le explicaron que iban a cambiar su vida contra la del muchacho asiático que había tratado de matar al Secretario de Estado norteamericano.

El coronel 1) se sentó muy recto en el catre 2) ladeó la cabeza para que le quitaran los adhesivos que le cubrían los ojos 3) reconoció contra la persiana baja al muchacho de la Smith & Wesson 4) rechazó un sandwich de queso y un cartón de jugo de naranja 5) trató de concentrarse en los ruidos que llegaban desde la calle para localizar la situación del apartamento 6) pidió cigarrillos 7) sintió cólicos 8) sintió que el tiempo no avanzaba 9) calculó el número de los que lo vigilaban y las armas de que disponían 10) negó haber entrenado a los aviadores que bombardeaban las montañas 11) trató de orinar en el baño 12) negó haber estado en las fuerzas que invadieron la República Dominicana 13) aceptó un vaso de leche 14) manifestó no poder contestar si había estado en Vietnam 15) leyó los periódicos del mediodía en donde aparecía su secuestro 16) trató de controlar su expresión a medida que descifraba las líneas en donde se informaba que su vida sería cambiada por la del muchacho vietnamita que iban a fusilar 17) recordó largas guardias en

las academias en la época en que era cadete 18) manifestó haber cumplido órdenes cuando le enrostraron acciones de agresión en guerras no declaradas 19) trató de imaginar qué haría en esos precisos momentos Milt 20) guardó silencic cuando le hablaron de los reos ejecutados en Nüremberg después de haber alegado que cumplían órdenes 21) se quitó los zapatos 22) sintió tristeza 23) aceptó cambiarse los pantalones por un pijama grande 24) tuvo la certidumbre de que moriría y de que morirían también los que lo vigilaban 25) peló con los dedos una naranja 26) se entretuvo juntando los trozos de la piel de la naranja 27) oyó una paloma que arrullaba fuera de la persiana corrida 28) vio cómo el muchacho de la ametralladora movía los labios al leer los papeles de rutina del compartimiento superficial del maletín 29) se aprendió de memoria las caras de la pareja de muchachos que relevaron la güardia anterior 30) sintió amargura 31) se obligó a comer sandwiches que le trajeron en bolsas de papel 32) calculó el tiempo que le hubiera quedado para la jubilación 33) miró establecer el orden de las guardias para la noche 34) sintió vergüenza al aflojarse la dentadura postiza 35) cobró conciencia de la persistencia con que todo el día había espantado una mosca que lo atormentaba 36) sintió piedad de sí mismo. Este sentimiento había comenzado al principio de su carrera, cuando arriesgaba su vida en el puente aéreo sobre la joroba, como llamaban al Himalaya, para trasladar pertrechos de Delhi a Kumming con destino a las escuadrillas de P-40s que Chennault mantenía en China mientras el desacuerdo entre Chennault y el general Stilwell sobre el uso y la oportunidad del puente aéreo se extendía y se amargaban y entonces antes de uno de los vuelos peores que habría de hacerse contra la lluvia y los vientos del monzón, revisando las listas de carga, Stephen verificó el rumor de que la mayor parte de los cargamentos era, no de pertrechos, sino de artículos de escritorio y de papel moneda chino impreso en Brooklyn y entonces comprendió la sorna con que los oficiales rendían sus informes después de cada vuelo y se insultaban unos a otros llamándose cagatintas y compilando

expedientes imaginarios —conscientes todos ellos de que su día había pasado y de que otra cosa lo dirigía todo— cada vez más remotos y más impotentes frente a sus desastradas máquinas y sus piojosos alojamientos: materiales de archivo.

BUBU

Queridísima mamá yo me imagino que a estas horas estarás terminando las horas extras en la fábrica de camisas y yo me acuerdo cuando me dijiste que podías hacerme estudiar con el más grande de los sacrificios porque eso soy yo el más grande de los sacrificios por eso hice las colas de noche esperando los autobuses en la placita del Rectorado bajo el reloj de la Universidad que daba las horas para llegar a decirte ya he avanzado mucho y en cinco años seré doctor y tendré carro y papá me reconocerá y para eso hay que calársela trabajar de día y llegar a la primera clase del Doctor Porcentaje que nos dice este es un país monoproductor con sus principales fuentes productivas en manos de empresas extranjeras que además hacen fraude al declarar los precios de ventas de sus exportaciones de manera que pagan menos impuestos al tesoro público que los distribuye de modo que el 2% de la población se coge el 40% del ingreso y este ingreso revierte al extranjero para compra de bienes manufacturados y pago de patentes y por eso los monopolios norteamericanos sacan aquí como el 45% de sus beneficios en América Latina y el índice de crecimiento económico es del 2% y no hay planes para integrar a la economía el aumento de población que es del no sé cuántos % y entonces empieza la clase del Doctor Matrix que nos explica que media geométrica es la cantidad intermedia de tres cantidades que están en progresión geo-

métrica y es igual a la raíz cuadrada del producto de las otras dos pero ya comienzan afuera el agite que si libertad para los presos políticos que si cesen las torturas que si abajo este gobiernito cuando suena el timbre de la clase del Profesor Billete que nos dibuja una raya y el Debe y el Haber y nos dice amortizándose el local de la empresa a diez años dada la utilidad financiera y los activos circulantes establezca el balance para el ejercicio, para mí está clarito que el balance es la media geométrica más la tasa del crecimiento económico más las compañeras de clase que todas son cajeras de banco y no tiran más los condiscípulos que usan corbata finita y huelen a Mum más la cola del autobús, querida y estimada mamá yo me he retirado un tiempo a considerar las cosas y a pensar mucho, los calzoncillos sigo sin ellos las medias las lavo de noche y a veces amanecen secas pero tienen huecos querida y estimada mamá espero que ésta te llegue sin problemas pues he hecho que un amigo la ponga en el correo, es falso que yo corra peligro como te habrán dicho y tampoco que mi captura es inminente como dicen los periódicos no debes preocuparte soy inocente ahora me ocupo de vigilancia y me haces el favor y no vayas a estar de pazguata votando por el gobierno en las próximas elecciones mil besos te manda tu hijo que te abraza

BUBU

EL CORONEL

El coronel se recostó en el catre. El coronel trató de dormir para no escuchar el zumbido de la mosca. El coronel recordó el ruido del motor de los P-40 en su primera guerra extraoficial, en China. El coronel pensó en Flip Corpkin, que

contaba el número de los aparatos que regresaban. Flip, pensó, que abrió un restaurant en L.A. y la última vez que estuve allí lo visité, y las fotografías de todos estaban en las paredes, las de los vivos y las de los muertos, y las de los P-40, y todos sabíamos que eran aparatos malos y poco maniobrables y con motores Allison mediocres y que no había casi repuestos y que su única virtud estaba en sus seis ametralladoras Browning que nos servían para pelear en pandilla, siempre dos contra uno, o para misiones piojosas como la destrucción de los puentes de Salween y las carreteras de acceso a Yunan, que dejaron miles de refugiados atrapados en caravanas desoladas por el hambre y el monzón, y yo me decía en cada vuelo, Stephen, viejo, ésta puede ser la última, pero no, eran los demás los que estallaban sobre las nubes matinales dejándome a mí la náusea de la gasolina y el sudor helado porque las cabinas no estaban presurizadas ni teníamos trajes Flak y ni siquiera condición clara de combatientes teníamos, pues bien, desde esa pared en un restaurant de L.A. nos miraban los hocicos ha tiempo macerados de los P-40 y los ha tiempo macerados rostros de los muchachos, o Jack o Bruce o Terence que entramos en aquella guerra no declarada por los trescientos cincuenta dólares de sueldo y los quinientos de prima por enemigo derribado, y así aprendí a vivir entre sueños, peleando guerras que no existían en unidades no reconocidas contra enemigos que todavía eran amigos nuestros, porque nosotros éramos los golpes bajos dados por debajo de la mesa y la esperanza de los cagatintas de mantener limpio el mantel, un mantel tan limpio como el que soportaba aquellas ostras a la Rockefeller servidas sobre un manto de sal gruesa que me separaban de Corpkin y me separaban de las fotografías de los viejos aparatos y de las llameantes trombas que hacían cuando eran derribados: las bocas de dragones y los malévolos ojos de sabandija que les pintábamos no podían ocultar su desamparo mi desamparo frente a los terrores del monzón y las manchitas que podían descender desde el sol como moscas antes de que lo supiéramos, y para aquellos tiempos dormíamos escasamente y nos

emborrachábamos y Corpkin nos llamaba hijos de puta y todos sufríamos de diarrea y de hemorroides y nos perdíamos en insomnios que eran como si estuviéramos acostados en una barra de hielo, moldeando en ella la forma de nuestro cuerpo a lo mejor eventrado y con el corazón púrpura o alguna mierda de condecoración póstuma y una placa en la columna de honor del pueblo natal y nada en ese pueblo nada en las herrumbradas máquinas nada en nosotros que justificara ese instante este instante aquel instante: el sabor a muerte que no entra en las reglamentaciones ni en los prospectos y que descubrías en una guerrera helada de sudor o en los supositorios o en las hélices reflejando un sol ascendente cuando los mecánicos apretaban las últimas tuercas y verificaban los niveles de los aceites y ajustaban los compensadores y los flafs y los alerones y los timones de profundidad y fijaban las placas que cubrían las cintas de balas de calibre 50 y tiraban del capacete de la cabina y esperaban a que entraras, sonriendo y saludándote con la sorna del sepulturero que no tiene que entrar en la urna sobre cuyo ocupante cierra el cristal y corre la plancha de pérpex que trepida por la aceleración del Allison que conduce el aparato rodando hasta el centro de la pista, como una gorda y verdosa y sucia mosca calentando su vientre ante el vacío.

RAFAEL

Secuestros, yo también los hago, y le reviso el motor a los carros robados, y se los manejo, y les acuesto al gringo, y lo tapo con la cobija, y se los vigilo, pero no por mucho tiempo, pero no definitivo, porque ya se me ocurre la idea de la cría de conejos para que sirva de pantalla para esconder

los camaradas heridos, y me preguntan, pero tú has criado conejos, y les contesto, sí, conejos yo se los crío, pero lo que les ocultaba era que yo había abandonado el negocio por la gran sensibilidad que me daba el matar los animales, yo me entristecía del venderlos y repugnaba del comerlos y más bien me iba entrando un gran cariño por los animalitos que me dirigían miradas muy inteligentes de modo que se formaba la incomprensión con los carniceros, ese era el fallo del negocio por lo que entré en la explotadera de oleoductos, porque voladuras, yo se las hago, los percutores más seguros se los improviso y las cargas en los sitios más efectivos se los coloco y las explosiones en los tramos de más efectos se las provoco, de no ser que esa reventadera me aburre por el deterioro de los tímpanos porque hay que quedarse cerca por si el detonador falla y la gran nerviosidad y angustia de los camaradas que les amarga la vida andar en carros con dobles fondos llenos de dinamita y no se calman ni cuando les cuento de mis aventuras en el negocio de hacer dulces criollos y me dicen, dulces, Rafael, pero tú sabes hacer dulces, y les digo que dulces yo también se los hago, de todos los tipos y todas las formas y todos los sabores porque yo monté el taller de las dulzuras que habría sido el negocio del siglo salvo que me distrajo la investigación de la formación de la tierra en el hervor de las melcochas y los estratos geológicos en las capas de las milhojas y los terremostos con el majarete y las erupciones volcánicas con los suspiros hasta los encojonamientos de la formación de las estrellas que me reventaron el horno, y ese fracaso fue lo que me dejó dispuesto a echarle bola a toda vaina, a fabricar piezas de fusiles en el taller clandestino si me conseguían acero de la tolerancia necesaria, sí señor, ánimas de fusiles yo se las hacía de noche en el torno subterráneo y de día temperaba las trasnochadas con mi gran ilusión del cultivo de las fresas, donde me conseguí de socio un italiano que se intimidó al verme consiguiendo los barriles que se llenarían de tierra y entre cuyas duelas, flojan, asomarían las plantitas de fresas que se regarían por embudos y vasos comunicantes y serían las más sabrosas fresas del

mundo, hasta que el socio, temeroso, más que del fracaso, de las burlas ante tanto acarreo de barriles y tantos preparativos técnicos para la, como la llamaban, barricultura, sufrió un ataque de nervios y se empeoraba cada vez que yo lo visitaba para exponerle los perfeccionamientos que soñaba para la intensificación de los fresales colgantes y basculantes y trepadores pero entonces los camaradas dejaron caer el taller que creo que fue por una delación y empezaron la fase de los incendios, porque incendios yo también se los hago, por los cuatro costados hago arder los almacenes y a las embajadas les preparo paquetes de regalo de acción retardada que le abren boquetes en los rompesoles, y gringos también se los secuestro y se los cuido durante todo el tiempo de la noche porque eso yo también se los hago, pero entre guardia y guardia ya vislumbro el proyecto de la producción en masa de algodón de azúcar y las centrífugas e incluso los elíxires volátiles para extraer la esencia directamente de las cañas y abastecer el país de las nubes azucaradas dirigidas por las corrientes de los vientos y las lluvias de guarapo de caña y los granizos de caramelo y helado y los ciclones de aguardiente según la altura y el añejamiento y la temperatura y la condensación y la precipitación y porque los fresales y los conejos y los fusiles y las voladuras y los gringos secuestrados y las revoluciones y las nubes dulces yo se las hago.

UN PASEO EN AEROPLANO

Y entonces íbamos hacia las nubes —entrábamos con los P-40 en nubes que eran como muelas que se hubieran masticado a sí mismas—dentaduras del tamaño de montañas —entre sus hendiduras chorreando saliva de humo— sarros

amarillentos —vómitos de espuma— paladares de mármol pulverizado —cúspides— como a hilachas nos masticaban las nubes —salíamos de ellas a encerrarnos entre las mallas de las trazadoras— y cada cual veía en las nubes sus obsesiones —Terence, mi compañero de escuadrilla, veía tortillas de sesos, sus circunvoluciones encendidas por la aurora —camarones enrojecidos flotando sobre la nada— yo sólo veía colmillos y molares desbaratándose con su alimento, que éramos nosotros— Dios nos ampare, era la dentadura postiza de Dios la que nos masticaba — y caíamos hacia el rojo de su paladar en los cielos interminables de la guerra — entre ellas transcurríamos como una saliva de hierro — ser masticado por muelas de algodón o de vapor o de nieve — vaporizado uno mismo —hecho nube— nubes nos hacían nacer en las vísceras las náuseas del miedo —yo temblaba en la cabina y sufría todas las variedades del sudor frío deseando que aquella misión, sólo aquella, terminara conmigo vivo— recordaba pesadillas en las que de mi cuerpo brotaban cánceres como nubes —verrugas de hierro arrugado y de burbujeante pérpex— mi cuerpo se extendía venturosamente por los cielos hasta que la madrugada volvía a reunirlo para ofrecerlo a la aniquilación —yo terminaba por creer esa leyenda de los pilotos a quienes el cansancio hacía combatir dormidos— océanos de niebla —las ventanillas blancas como un ojo revirado— o más bien nubes que eran amasijos de vísceras y entre ellas caían aviones que dejaban columnas de humos retorcidas como intestinos —el aire los iba dirigiendo hasta arrojar mierdas de metal desintegrado y de carne quemada que descendían aleteando y salpicando fragmentos— a medida que caían silbando en un alarido que nos traspasaba el cráneo y nos obligaba a cubrirnos los oídos con las manos.

VÍCTOR

Despertarse con el canto del gallo que caía aleteando en el patio del rancho. Traer el agua desde el río. Buscar los huevos de las gallinas en el corral. Darle las sobras a los cochinos. Y a mamá que pregunta muchacho oh, dónde vas oh, decirle al campo americano, oh, recogèr los zapatos de goma, caminar hasta la carretera, caminar el bordecito del asfalto donde pasan las gandolas y el bordecito de las alambradas hasta la casilla donde el guachimán, muchacho oh qué haces ahí, voy a pasar oh, está prohibido, es que míster Willis me dijo para el Club, ah bueno pasa, coger por el camino a la derecha y seguir a la izquierda por la gramita fina y después a la derecha por el desvío, muchacho adónde vas, al Clú, pero por esa puerta no, por la de atrás, ponte los zapatos antes de entrar, espera ahí, siéntate sobre esas gaveras de refrescos, espera a que te llame, ajá, ahí vienen, entra, mira, colócate ahí, en ese foso, agarra los pines y los vas poniendo en el triángulo, y cuando terminen de frotarse las manos con el polvito blanco, halas la palanca ¡crás! y quedan los pines y desde allá lejos desde la punta de la cancha techada el señor rojo en calzoncillos blancos que coge una bola negra grande y se para como en atención firmes y alza la bola casi hasta sus labios como si estuviera bebiendo un coco y se cuadra y te mira y bambòlea la bola y coge impulso y te la manda dando vueltas haciendo una curva por toda la cancha bordeando la canal pero después enderezándose crás recoger los pines desparramados ponerlos en el triángulo bajar la palanca crás, y la bola, ah, sí, la bola que tienes que alzar, levantar casi hasta tus labios para verte reflejado en ella y colocarla en la canal crás desde donde irá girando reflejándote cada vez más pequeño detrás de una hilera de pines y reflejando cada vez más grande al gigante rojo que la espera al otro borde de la canal y que tiende hacia ella cinco dedos enormes que la detienen y se encajan en sus tres agujeros y la elevan hasta la gran boca agrietada por el

sol de las canchas de tennis y las piscinas y la bambolean haciendo centellear en ella los neones de la cancha para enviarla chasqueando por la pista hasta una creciente formación de pines detrás de la cual crás saltas a recoger los pines los colocas en el triángulo crás los bajas crás tu cara se refleja en la gigantesca bola que levantas y pones en el carril alzándote de puntillas para darle impulso crás por la canal alejándose dando vueltas acelerando hasta golpear crás un gringo que duerme acurrucado en un catre detrás de la mirilla de tu pistola.

EL CORONEL

¡Impacto! Una bola de hierro perforaba el avión como si fuera a hacerlo pedazos y caímos en espiral por los cielos hasta que el aeroplano era sólo una mota de polvo en forma de tornillo y la máquina y yo nos olvidábamos de nuestros propósitos y nuestras formas impuestas y desplegábamos nuestras estructuras ocultas igual que esas bolitas que, al caer en un vaso de agua, se abren en una flor que hace desaparecer el vaso y hace desaparecer las aguas —convirtiéndome yo en una aterrorizada oruga de carne transparente, transformándose la máquina en una gárgola de metal enardecido en cuyas hendeduras y protuberancias florecían dentadas fauces, garras, espinosas colas, espolones y látigos, tortuosas placas y sinuosos aguijones, los unos a los otros sucediéndose y cambiando de color y de sitio y de forma a medida que bajábamos en la purulenta torta en capas del cielo y espigábamos en las tripas de las nubes, que en vano nos infligían la asfixia y los cristales de hielo y el agarrotamiento del frío ¡en vano a la máquina nimbada de espíritus de petróleo y llameantes jugos

de electricidad! Hasta que mi carne se fundía y penetraba como un líquido en la fluyente carne metálica del aparato y burbujeaba en las ventanillas de pérpex y en la maraña de planchas, costillas y alambres, y penetrábamos en las formaciones de las máquinas enemigas que eran traídas por los buenos vientos como enjambres de moscardones. Babeando aceite se embestían las grandes mariposas de metal y se desgarraban con sus bocas de acero al carbono y se cortaban con sierras y se perforaban con taladros e introducían bombas, para succionar la derretida carne de los pilotos y los unos a los otros se plantaban huevecillos parásitos y se despanzurraban mientras que mi mano permanecía soldada a la palanca del lanzallamas —con el brazo me cubría la cara cuando veía pasar las lloviznas de metal derretido y de vapor de sangre— los torbellinos de hueso y de aluminio pulverizados —las cabezas que caían en el aire como bólidos, mordiendo a diestro y siniestro— en ocasiones abordábamos grandes aeroplanos que enviaba el enemigo con tripulaciones de cadáveres que no soltaban los mandos ni las armas ni siquiera al ser calcinados —las rígidas manos atadas a las palancas con alambres de acero y con amuletos— azules moscas de cobre, ojos de pez cosidos a las órbitas vaciadas— cordones umbilicales desde sus vientres hasta los rotos depósitos de anticongelante —las naves de los muertos cribadas como panales— los oídos perforados por micrófonos con púas que insertan para siempre himnos marciales y propaganda— el peso de las gárgolas mecánicas haciendo colapsar secciones enteras del firmamento y caíamos como la regurgitación de una inmensa cloaca —arañas mecánicas tendiendo redes de cables de acero —un polen de limaduras de hierro que tupe los pulmones de las máquinas —esponjas de metal rasando las pieles de acero y de carne —látigos orlados de cuchillas girando al azar en las nubes —bolas erizadas de garfios ligando los aparatos en vuelo —semillas que germinan en los émbolos de las máquinas y en los agujeros del cuerpo —hoces planeadoras que tirabuzonan sobre las nubes de chatarra ardiente —vendas de cobre laminado —máquinas cubiertas de escamas pintadas en laca y

en minio —uñas y espolones en las extremidades— torrecillas giratorias que disparan murciélagos envenenadores —tridentes mágicos que atraen y liberan el rayo —nubes de espejos que multiplican y confunden la batalla —crustáceos alados descerebrándose con grandes pinzas de hojalata —soldados en el triángulo místico de la formación, nuestras máquinas destripaban y devoraban los dragones enemigos —los moscardones perforados asperjaban sangre como grandes regaderas —sangre que se condensaba en cristales como el vapor de las estelas —nubes rosáceas de cristales de sangre en las cuales el calor de los motores y de los lanzallamas dejaba rastros viscosos —pantallas de sangre congelada que escarchaban el capacete y que colaban hacia el interior entumiendo mapas, instrumentos, mascarillas de oxígeno —fumigadoras de sangre viscosa que embreaba los motores y taponaba los filtros de aire —órganos dispersos que vivían eternamente flotando en aquel caldo de hemoglobina —máquinas que estallaban en nubes de pajaritas de papel de aluminio —encallábamos al fin en nubes de sangre —restregándonos con las manos el mapa de sangre y mocos de la cara —en las nubes de sangre dormíamos en medio de un vaho de sal hasta que un piloto que fumaba dormido incendiaba la pasta de coágulos y la peste nos depertaba —pilotos que eran incinerados vivos porque no querían despertar —las bocas atornilladas a cantimploras de whisky que explotaban en llamaradas azules —estrelladas en gargajos broncíneos las condecoraciones —escupidos como gargajos de sangre y fuego comenzábamos a caer.

CIRILO

En esta luz gris vigilar a alguien que duerme, como cuando vigilaba a mi abuelita que estaba mal y estaba perdiendo

las facultades y yo le decía, soy yo, abuela, y ella me decía quién, y eso es lo que me dice todo el mundo, quién, perdona pero no te localizo, me excusas pero no te recuerdo, oye se me viene a la cabeza pero no lo preciso, porque siempre fue así, porque entre mis hermanos yo no era ni el primero ni el último ni el más alto ni el más bajo ni el más gordo ni el más flaco, y en la escuela la maestra no se acordaba de mi cara porque yo no era ni el más sabihondo ni el más bruto ni el más tranquilo ni el más travieso, y en el retrato de grupo de la primera comunión no se me reconocía porque no era el más cursi ni el más pazguato y en el beisbol no fui ni el cuarto bate ni el cargador de agua y las novias me olvidaban por no haber sido el pretendiente más buenmozo ni el más feo y en el partido no fui ni el más irresponsable ni el más patria o muerte y no me encomendaron ni las acciones más arrechas ni las más flojas pero allí estuve siempre contigo con ustedes como ese tipo que en todas partes aparece pero no se sabe precisamente qué pito toca en el asunto o por qué vino a parar en él y parece esos extras que miran cuando el muchacho de la película rescata a la novia o esos personajes que el novelista los mete de relleno a ese tipo que apareció coleado en las fotos o está de suplente y algún día lo van a llamar pero ese día no llega y me pasa esa vaina de todo el mundo que estoy aquí sin que yo sea lo más importante y ando con esa cara del tipo que se sentó esta mañana al lado tuyo en el autobús o del que te acompañó en el ascensor o del que orinó antes que tú en el excusado sin que ya lo recuerdes sin que sepas quién fue o a cuenta de qué anda en esto, sin que recuerdes ni su nombre ni su cara ni su voz ni sus gestos ni las de él ni los de todos los demás, tantos para quienes fuiste como soy sin nombre, bajando de autobuses, escaleras subiendo, trasnochos pasando haciendo guardias restregándose los párpados fumando cigarros tirando colillas dejando un rastro de papeles y palabras desde todas las ventanas donde te saludó mi cara y desde todos los ojos desde donde te vi sin mirarte.

EL CORONEL

Alcanzada, la nave caía como una gota de fuego y escurría entre nubes sangrientas y cielos de estrellas fugaces —por más que tratara de estabilizarla con la palanca, caía por entre el hervor de las capas de la batalla y las nubes que se incendiaban y entre la espiral del humo de volcanes sagrados —malévolamente herida la nave caía lengüeteando llamaradas entre las carcasas llenas de cadáveres descerebrados y bajo cúmulos de intestinos desgarrados —cayendo entre follajes de estómagos machacados y cordones umbilicales, quemando con su ardor de fósforo los colchones de cartílagos —con el motor tosiendo taponado por los colgajos de pleuras y las tiras de piel trabándole la hélice —lanzándome su primera lengüetada de fósforo que ponía a burbujear el pérpex que yo quería romper como una placenta mientras el alarido de la parturienta rasgaba las nubes llenas de moscas que caían haciendo molinetes —fuego brotando de la palanca de mando y fuego de los cuadrantes de los aparatos de navegación y fuego del estuche de mapas y fuego de tu propia boca que se abre sin poder gritar —y fuego que consume como un traje de novia las volutas de paracaídas y fuego que se desprende como la ceniza del cigarro de uno de mis guardianes, que estalla dejando una columna de humo y desciende como una centella hasta el zapato donde rebota para hundirse en un piso negro.

RUBÉN Y RONDÓN

—¿Tú sabes lo que yo hago siempre al encargarme de una guardia? Reviso el cargador, cuento las balas, quito el seguro.

—Menos mal que no te toca la metralleta porque estarías contando balas hasta la madrugada.

—¿Tú estuviste en aquella manifestación de desempleados, la primera vez que echaron plomo?

—Allí enterraron a cuatro.

—Pero entonces éramos unos niños.

—Ahora hazme un cálculo de cuántos entierros van de allá para acá.

—Acuérdate que la policía también se roba los muertos en pleno velorio y vaya a saber qué hacen con ellos.

—¿Ese no fue el caso de Julián que apareció en un conuco como si tratara de salir del hueco con las manos a flor de tierra?

—A mí el que me impresionó fue Labana Cordero que lo enterraron vivo para que hablara y él contaba después el gusto de la arena en la boca.

—A Julián lo delataron la noche antes de qué saliera en el carro del cubano a llevar unas medicinas a la montaña. ¿Y tú sabes que la primera vez que yo disparé unos cartuchos, hace tiempo, Julián fue el que me enseñó?

—Pero eso sería hace tiempo, cuando los primeros grupos que les decían anarcoides.

—Mira eso fue poco después que yo caí en la manifestación que hicimos pidiendo garantías.

—Yo recuerdo esa época. Para entonces fue que comenzaron a aparecer urnas en las calles.

—No, acuérdate, la joda de las urnas fue más tarde, para denunciar la desaparición del camarada Lozada, que el cuerpo apareció más tarde maniatado con candados de los que usan en la Digepol.

—Fíjate como todo se confunde. Yo hubiera jurado que eso fue antes del incendio de la fábrica de cauchos.

—Bueno esas eran las épocas de la asaltadera de policías para conquistar las armas. Y tú sabes con quién tiré yo la primera acción. Con Carlitos, que después la policía lo agarró y cantó todo y se metió a sapo y dicen que él dice que se corta una bola si no me liquida porque un viejo amor ni se muere ni se olvida.

—Ajá, Carlitos es uña y carne de ese otro sapo que le dicen Tosferina porque no te agarra sino una sola vez. Tosferina mató a Finol y a Téllez. Y tú sabes que me contaron que Téllez le dijo a Tosferina, ay, Tosferina, tú crees que tú vas a vivir mucho con lo que sabes

—Tosferina va a acabar como el Bagre que lo sonaron cuando estaba echando un polvo en El Gran Paradero y lo enterraron con guardia de honor de chotas y toda la joda, y lo que pasaba era que el Bagre fue uno de los encargados de sepultar el cuerpo del camarada Lozada y por borracho no lo hizo bien y se encontró el cuerpo y todos los que anduvieron en esa misión se fueron muriendo de malestares de salud muy delicados antes de declarar ante el juez en la averiguación que tuvo que abrir el gobierno.

—Entonces fíjate: Julián cae por delación, a Téllez y a Finol los liquidan. Eso quiere decir que los de aquella primera Unidad Táctica de Combate se acabaron.

—Se acabaron no, fíjate en Iraida y Báez que sus fotos las sacaron en los periódicos porque y que estaban en lo del asalto al tren, y me acordé que siempre Báez se quejaba de su apodo, El Fotogénico, porque su foto salía en los periódicos, cada vez que había un peo y no tenían otra foto que dar y eso fue el motivo de su desgracia.

—Bueno, fíjate y sígueme: Barnola que murió después del tiroteo del banco, que una bala lo infectó de tétano y la familia que lo cuidaba se echó la vaina toda de las convulsiones, amordazarlo para que los vecinos no oyeran el es-

tertor. Barnola estuvo en lo de los aviones de la Misión Militar Norteamericana.

—Sí, pero allí el que cayó fue Daniel Mellado porque le explotó la bomba antes de tiempo.

—Daniel era amigo de ese compañero actor de teatro, Santaella se llamaba. Ése era el otro que trataba de precisar. Santaella subió a la montaña y quedó herido en el tobillo después de la toma de Pecaya, y no pudo seguir al grupo, porque tenía el tobillo hinchado. A Santaella me dicen que lo mataron a palos en el campamento de la guardia.

—Me extraña porque yo había oído que Santaella sobre vivió hasta que lo enviaron a Oriente, que a Santaella lo ponían a abrir fosas y lo ahorcaron después de una sesión en la carpa de la verdad.

—No, ese fue el pintor Rojas, ese que tú dices. ¿Tú sabes lo que cuentan que al Bagre se le había metido en la cabeza? Que le dibujara retratos hablados de los camaradas. Y entonces era, a todas horas: denle en la cara, pero no en las manos. Porque el Bagre era temático, tenía manía con la cosa de las manos.

—Yo conocí a uno que salió vivo de Oriente pero se ahogó tratando de escapar de la Isla del Burro.

—¿Ese no sería de los que cavó uno de los túneles que se inundó?

—No, a este el túnel le resultó bien pero se ahogó por fatiga y apareció encallado en el barro bien lejos, ya hinchado. ¿Tú sabes cómo empezaban a sentir que iban a salir?

—¿Cómo?

—Por las lombrices de tierra que había cerca de la superficie. Abajo no, abajo era esa tierra fría, que huele como a carbón. Te cuento lo que uno de ellos me contó: a pesar de que tanteaba las lombrices, se preguntó si había superficie, si no había más que tierra y más tierra en todas direcciones y trataba de arañarse la mugre para tocarse la piel y convencerse de que él no era también pura tierra.

—Yo comprendo ese estado, es idéntico al que tuve cuando la acción en que murió quemada la camarada en el

incendio de la distribuidora de películas. Yo no dormía y me calaba aquello sin chistar porque si hablaba iban a decir que me estaba rajando. ¿Y tú sabes con lo que yo me entretenía? Con un *Manual de hojalatería práctica* que era lo único que había que leer.

—En cambio yo pasé seis días encuevado con dos latas de sardinas no sabiendo si había caído el contacto. ¿Y tú sabes lo que había en el cuarto de al lado de donde yo dormía? Un reloj viejo de esos de marcar tarjetas, descompuesto, una hélice de lancha y una maceta grande llena de tierra seca y esas vainas tenía yo ganas de tirarlas por la ventana porque no me las podía sacar de aquí.

—Yo tuve suerte, después me sacaron para el sitio ese que le decían La Granja, que la tenía aquel vasco. En La Granja yo aproveché la hojalatería práctica para soldar unos bebederos de los cochinos y yo le daba de comer a las gallinas y las cosas se me volvieron a asentar, yo esperaba que decidieran si pasarme a la montaña pero no decidían y entonces me volvieron a traer y una semana después La Granja cayó y mataron al vasco porque y que hizo resistencia. ¡Fíjate, güevón! tenían un depósito de armas subterráneo y en tres semanas que estuve allí ni sospeché.

—A mí al fin me trasladaron a la casa de una familia amiga que me escondió, pero comencé con la idea de que en el cuarto de al lado estaban un reloj de marcar tarjetas, la hélice y la maceta con tierra y aunque yo sabía que no estaban me daba miedo de abrir la puerta para ver una cosa que yo sabía que no estaba allí

—Yo te voy a dar la fórmula, que es no pensar en el paso inmediato que se va a dar, y así, uno se para en la esquina, tú ves, cerca, se toca el revólver bajo la chaqueta, pero no piensa, ves, no piensa que antes de contar cincuenta va a tener que estar adentro, y eso facilita las cosas.

—Entonces, ¿por qué hacemos operaciones prodigiosas sin un fallo y a veces nos pisamos la cola en bolserías? ¿Por qué este año sale tan limpia la voladura del puente de Araira y la del puente de El Tocuyo y la de las torres eléctricas en

Trujillo y la toma de Siquire, y de repente nos detienen en Maracaibo todo el comando regional?

—Eso es como preguntarse por qué el Che María y su gente se dejan atrapar en el cerco de El Bachiller, y se van al carajo todas las medidas para ayudarlos, ni siquiera la voladura del puente de Santa Lucía sirvió, ese puente que quedó hecho cascajo y la nube de polvo duró horas.

—Ahora dime, cuando hagamos la revolución, porque esta revolución de bola que se da, qué hago yo con un cuarto con un reloj y una hélice y una maceta que ahorita mismo me imagino que están al lado en vez de los camaradas roncando sobre los colchones con las fucas al alcance de la mano.

Yo te sigo recomendando el *Manual de hojalatería práctica* que facilita recoger las goteras de los pensamientos que se pueden resolver sobre la base misma de la hojalatería.

—Si en aquel día que yo dejé el Liceo me dicen: vas a tener secuestrado un gringo, pero un gringo pesado, se me corta la respiración, pero mira, ahí está el gringo en el catre hablando en sueños, y todo es tan natural.

—Eso es como el fenómeno de que en la expresión de una cara o en la forma en que lo mira a uno la última señora que pasa, sabe uno cómo va a quedar la acción.

—Y lo mismo que sucede cuando todo ha salido mal, cuando la acción se ha venido abajo y, en un momento, doblando la esquina y a lo mejor soltando un pepazo, de todos modos se siente esa felicidad y de igual modo en una acción limpia impecable puede uno sentir que se le viene el mundo abajo y estarlo sintiendo durante días sin razón para que sea así.

—Ahora dime por qué hay revólveres como éste que sin haberlo uno en su vida disparado, siente que le va a echar una vaina.

—Hay que dejar de pensar en eso, porque se pone uno como Cachucha que decía que las balas tienen escrito nombre y apellido y murió tratando de levantarse un parque donde estaba la que a él le tocaba.

—Yo te voy a decir que lo que a mí más me jode es pensar que si me matan alguna vez vuelven a usar las numeraciones y a quién le irá a tocar entonces el número de mi cédula.

—El plantón de vigía más grande que yo me eché fue en la calle rondando un cuartel que había ofrecido alzarse y en cambio comenzaron a recoger a todo el que veían por la calle.

—Yo los nervios más grandes los tuve con un maletín con dinamita que comenzó a escurrir como si un helado se estuviera derritiendo y terminamos tirándolo de un puente para abajo.

—Ahora dime honradamente si a ti te ponen una pistola cargada en el ojo derecho y no hablas.

—Entonces hay que preguntarse si uno se cambiaría por el que te tiene el revólver en el ojo.

—Por eso es que tantos compañeros aguantaron lo que no podía aguantarse.

—Si los dos estuviéramos muertos imagínate lo que dirían que dijimos esta noche

—Lo que tú no te has fijado es lo muerto que está uno desde el comienzo, así como este momento dura todo el tiempo del mundo también el otro en el que ya nos han cubierto de grava está durando así por todos los tiempos.

—Imagínate que por el contrario yo vivo mucho más que tú o tú vives mucho más que yo, entonces a qué obedece que podamos conversarnos como si tal cosa.

—Lo extraño es cómo se queja el gringo entre sueños y parece que la voz viniera del vaso donde tiene la dentadura postiza.

—Yo oí un zumbido así que salía de dónde, del tanque de gasolina del Cadillac del embajador de los Estados Unidos que se lo quemamos en la puerta de la Universidad, y decían que allí se capturaron los documentos que después leyó el Che en Punta del Este. Bueno, del tanque salía así una lengua de candela y tenía ese suspiro así, suis, suis, suis, y era una candela muy delicada que salía de hierros al rojo vivo con la pintura ampollada

—Imagínate entonces que el gringo comienza a echar candela por la boca una candela azul y entonces nosotros para decirle en inglés, epa, estop, estop la candela musiú mira que te quemas.

—Lo curioso es que si te fijas bien el cerebro se le prende como una lámpara y también le brillan las tripas y cada vez que respira en las vejigas de los pulmones hay ese chispero, y tú sabes con qué decía mi abuela que se apagaban esas malas iluminaciones, con meados de mujer, que refrescan.

—Ahora no voltees para acá porque verías cómo al musiú se le van poniendo de todo tipo de caras que a lo mejor él vio quemarse o pensó que se quemaban.

—Voltea para el otro cuarto güevón a ver si encuentras un reloj y una hélice y una maceta de tierra no sea que se te antoje que las dos últimas caras son las de nosotros y entonces en vez del musiú tengamos que entregarle al cambio de guardia un montón de cenizas.

UN PASEO EN PARACAÍDAS

La máquina cae como una centella —cada una de sus partes grita —un alarido sale de cada miembro de nuestro cuerpo —las partes cantan —sus chillidos se separan como los de un coro de niños que se disuelve —de cada alarido salen colores —cada color devora el metal que lo produce —a medida que se desintegra varían las melodías de la máquina que cae —entonces el paracaídas se abre como un capullo —envuelto en tanto silencio —sobre cielos de seda la seda del paracaídas —envuelto en los efluvios femeninos de las nubes —herido por las gotas de la semilla del dragón —girando en tempestades de flores de durazno —entre sus cuerdas

bandadas de pájaros migratorios — el paracaídas desciende entre redes de relámpagos —perfora los efluvios grises de la cumbre del Loto Rojo — se entume en los fluidos blancos de la cumbre del Doble Loto — arde en el jugo rojo de la gruta del Tigre del Hongo Blanco — se enciende en erupciones de cinabrio y energía telúrica desciende entre salas de templos derruidos —como flor de cardo rebota en los labios de ídolos excavados en la roca —en su cúpula giran y se desordenan las constelaciones —duermo en su matriz de seda — me estrangulan sus cordones umbilicales —su velamen me arrastra sobre océanos de orina y de sangre —el paracaídas elude el fuego de los dragones —arañas voladoras tejen telas resplandecientes en sus cordajes —la llama de las trazadoras enciende sus nervaduras —hombres de fuego descienden en paracaídas de fuego hacia planetas enfoguecidos —menguan y renacen los paracaídas con el nácar de la luna —enjambres de murciélagos los circundan reflejados en lagos donde los amantes se toman de las manos —cada estrella abre su paracaídas de fulgor —el manto de la noche se desgarra como un paracaídas —los paracaídas de los planetas gravitan hacia el sol —finalmente el sol cae consumiendo los desechos de sus cordajes — saludan su caída las humaredas de las aldeas bombardeadas — el paracaídas desciende sobre carreteras congestionadas de refugiados —arrastra sobre arrozales inundados y acequias que se derraman —su sombra corre por techos de paja y de cerámica —muere y renace como el pulmón de un agonizante —en la noche asciende entre el olor de las escudillas de arroz de los refugiados —en las mañanas desmaya sobre el olor a cadáver de las aldeas —te arrastra sobre el barro —en círculos te arrastra dentro de la columna de refugiados que parece avanzar en círculos dentro de los redondeles de la guerra —enredado en los cordeles —llevándote hacia la caravana que arrastra carritos y animales y niños —bozaleado como un perro por la telaraña de nylon —ante el círculo de hombres que te miran y marchan —apestosos a sudor y llagas y partos —cada rostro mirán-

dote para olvidarte —los pasos borrando las huellas de los pasos —las manos deshaciendo las huellas de las manos —caras nuevas repitiendo gestos viejos —inmunes al llanto de las parturientas y al de los agonizantes —hasta que todos esos llantos son como piezas de metal perforando el vacío —hasta unirse en el alarido de un aeroplano que cae haciendo círculos —cada lengua y cada paladar y cada labio y cada cerco de dientes llorando o celebrando o aullando o saludando o expirando —por siempre girando en la caravana de los murientes y los nacientes —pulsando en las ondulaciones del dolor —indiferentes a las lluvias de aeroplanos llameantes —sembrando pasos que germinan en pasos —sembrando —inclinándose sobre el suelo a cada siembra y a cada paso —esquivando las banderolas desgarradas del paracaídas —sembrando —inclinados sobre campos verdes —sobre estanques con bandadas de patitos nadando — entre la calma de las brisas silenciosas —saltando de los aeroplanos que caían como paraguas despedazados, colgábamos de paracaídas chamuscados —flotábamos hacia el mar, hacia los arrozales, hacia las montañas —tiburones, tigres y fantasmas llegaban a devorar nuestros restos —perecían envenenados por la pasta de fémures, remaches y antioxidante —paracaídas en forma de lotos envueltos en nubes de pájaros comedores de pétalos — cadáveres agusanados en monos militares recogidos para ser enviados de nuevo a los ríos de los aires —yo había caído cerca de un río rumoroso y lleno de bambúes —nada que comer pero el tableteo de los bambúes —el río pleno de bambúes y de carpas —de vez en cuando caían esquirlas y miembros y acudían perezosamente las carpas a probarlos — borrar de la memoria estos miembros y esquirlas — tragarlos en la nada como las carpas — hasta que la misma nada se inflara como una carpa para flotar en el estanque, la panza hinchada y podrida agujereada de espinas de metal y aguijones de hueso —las grandes ondas circulares en el agua —ondas en el agua —en el agua —agua.

CAMILA

Water, dice el gringo entre sueños, cuando me entregan la pistola y la guardia. Me muevo a ver si quiere agua. Está dormido. Boquea entre sueños. Sirvo un vaso de la jarra. Bebo. El agua que me daba mamá en un pocillo de peltre. El agua del caño, donde chapaleaba para espantar renacuajos. El agua de jabón de la batea donde mamá lavaba la ropa. El agua de la pila baustismal. Agua de cuando las fiebres. Agua de lluvia que guardábamos en un barril para cocinar. Agua bendita en la botella bajo la imagen. Agua fría de la palangana en la cara antes de salir para la escuelita Agua que salpicarle a las ropas que se está planchando. Agua en gotitas en los alambres de los tendederos. Agua de la totuma sobre los senos que ya. Entre las piernas cuando me orinaba en los sueños de que. En las lloraderas que le dan a una sin que se sepa por. Agua de la poza en la excursión sobre la cabeza y cayendo en el cuerpo entre. En los bebederos del Liceo, con limo verde en la boquilla. Agua destilada para las inyecciones que hay que desarrollar la buena mano Al besarse, tocando la punta de la lengua una burbuja. En el sudor que va bajando por el cuerpo. Con las caricias, cuando una se moja. Agua de sal sobre la piel roja por la quemada del sol. Gotas en las marcas del traje de baño en el sitio donde. Salpicando en los ojos desde el mar. Asfixiando en la nariz. En el chapuzón. Golpeando, al reventar la ola. De la boca de Rubén, chupar y ser chupada hasta. Llenar y ser llenada. Para el ardor, un momentico, agua que lo hace más ardor. Restregarse, enjabonarse. Refregar la frente en el sudor. Irse una evaporando como.

EL CORONEL

Pesadillas en un catre en donde se espera la reanudación de un fusilamiento: aeroplanos que lanzan proyectiles teledirigidos: una cámara instalada en la nariz del primer proyectil nos envía una imagen del paisaje que se aproxima: casas de paja, niños que corren: pantalla en blanco, estática: una cámara instalada en el segundo proyectil nos envía la imagen de la explosión del primero: pantalla en gris, estática: el nuevo fusil automático F-1 cada una de cuyas balas tiene incorporada una cámara que permite seguir la trayectoria: pantalla en negro: explosión: ráfaga: aire nocturno: árboles: la bala cruza paredes de barro: avanza por el aire estancado de las cabañas, quemando colgajos de cebollas y tiras de ropa: avanza hacia la cabeza de una mujer: epidermis: dermis: músculo: capilares: hueso: duramadre: piamadre: materia gris: materia blanca: materia gris: piamadre: duramadre: madre: hueso: capilares: músculos: dermis: epidermis: entre una llovizna de fragmentos la bala rebota: hacia el pecho de otra mujer: pezón: aureola: glándulas mamarias: tejido adiposo: costillas: pleura: alveolos: bronquiolos: bronquios: arterias: venas: capilares: dermis: epidermis: la bala brota del tórax como un capullo y en su pantalla continúa la transmisión de las ceremonias del interrumpido fusilamiento los reflectores barren la delegación de mutilados de guerra: hombres sin cara, sin manos, sin piernas, sin pene, relumbran con una purulenta luz mostrando sus refuerzos en duraluminio y sus motores eléctricos. La máquina de aplausos intenta en vano cubrir el repiqueteo de sus manos de metal y de plástico y el rumor de sus ojos hechos de dispositivos de scanning y antenas No Hope da la señal para que resuenen las notas del Himno, mientras los spots iluminan al mutilado total,

al hombre de quien ni una mínima piltrafa de carne quedó entre la murmurante masa de bovinas y flejes y filtros y garfios. Lágrimas de aceite neutro corren por su cara de peltre, los spots lo abandonan, barren la fila delantera de bisoños que vomitan por las primeras dosis de heroína. Los zoom de las cámaras en colores reflejan la vibrante tonalidad de los vómitos encendida por la danza cromática de los spots y los fuegos artificiales, dejando ver frívolas figuraciones del *Decoration Day,* del *Thanksgiving Day* y del *Mother Apple Pie.*

Circula en las filas el rumor sobre el piloto de bombardero que aterrizó con una lanza de bambú atravesada en la médula. Circula el rumor de las avispas domesticadas cuya picadura produce la catalepsia de seis meses que se duerme putrefactamente en los campos de arroz inundados. Circula el rumor de las trampas de barro en las cuales se hunden sin dejar noticia las unidades blindadas. Circula el rumor de la heroína recolectada en campos regados con desfoliador, que desfolia el cuerpo de los músculos y deja la médula espinal convertida en un espinoso tronco en el cual se clavan los cuchillos de la percepción. Circula el rumor de las niñas que antes de ser violadas colocan el dije gangrenador en sus orificios. Circula el rumor de los niños que al morir ensartados desprenden su octoplasma el cual desde entonces se adhiere a los genitales del violador, no se desprende nunca, ni años después en las frescas camas junto a la parpadeante televisión y los manuales sobre el sexo que lo dicen todo menos cómo comportarse con el radiante octoplama color carne natural del niño sin vida, chorreando pus y contaminación química y fósforo durante la erección y aún al cese definitivo de ésta. Circula el rumor de tráfico de órganos para depravados dirigido desde la Casa Blanca. Circula el rumor de que el señor Hangman Krapp ha puesto a punto el botón, que su dedo gusaneante de día y de noche se aproxima al botón rojo, radiante como un sol, botón que, para mejor pensar en lo impensable y para mejor hacer lo inac-

tuable, ha sido multiplicado y espera en todas partes: en los encendedores de los automóviles, en los expendedores de popcorn en las coke machines: como un acné juvenil brota el botón en la tierra cubierta de botones, y mira, al comprar un ticket, al oprimir el timbre de llamada, puedes estar oprimiendo un botón especial y por ello manifestaron los jóvenes y se mutilaron públicamente los dedos de las manos y los pies y constituyeron la anti-push-pull league y los hombres de la basura con máscaras formoladas recogieron las pirámides de anulares índices medios pulgares y meñiques mientras por cada dedo cortado florecía un botón exterminador, ahora en el piso donde puedes pisarlo inadvertidamente, ahora en las pecheras en las yuntas o en la bragueta de Big Nope quien hace cabriolas, botonado muñeco que al desabotonarse nos desabotonará a todos, huesos sesos y piel //

ARACELI

Nosotras éramos una gente muy pobre. Papá murió de mengua. Dejé los estudios de normalista. Le abrí las piernas al primero que me lo pidió. No serví de vendedora ni de recepcionista ni de mecanógrafa.

Entré al partido cuando empezaban a liquidar a los camaradas. Aprendí a saber el momento en que los malos golpes los acababan por dentro. Los contemplé morir o desertar o quebrarse. Me acosté con ellos para mejor sentirlos pudrirse. Porque yo no quería salir de aquello.

Entonces adiviné la felicidad que sentían hasta en el desastre. Esa dicha del que ama o del que crea o del que se atreve. Como la de Julián, que estuvo a punto de contagiarme y por eso lo dejé en la concha y salí a hacer la llamada.

No tardaron mucho en llegar a matarlo.

EL CORONEL

Trato de cambiar mis pesadillas por los sueños ordenados y austeros del muchacho a quien van a fusilar. No me sorprende que la amenaza de la muerte pueda desencadenar este pánico, sólo que siempre pensé en el pánico como algo frontal como una pared y una ola contra las cuales sólo habría que romperse la cabeza, y no como esta corrupción que tiñe el recuerdo y la esperanza sin dejar nada en medio. Por eso hay que morir a los veinte años, porque a los cuarenta y cinco el terror es complicado. Ah, pensar que el miedo es sólo una bala que viene y temerle concretamente a esa bala. Tener piojos y pisar sobre sandalias de caucho y respirar la mierda de los arrozales sumidos en fósforo y en gas y en malation. Yo que pude tener la muerte del jubilado en una clínica de alfombras rosado encía y televisión a colores recibiendo quincenalmente una tarjeta elegida y enviada por computador por la American Asociation of War Veterans, al lado del viejo Milt, dejándonos lavar el culo con esponjas por enfermeras plásticas y desodorizadas a $ 15 la hora, gimiendo ante la herida de los catéteres y las sondas y el ambiente musical y la televisión, en mis huesos creciendo el cáncer como una nube, hasta escapar del hospital disfrazándome con el make up kit de las enfermeras, como el podrido y también canceroso viejo Milt dibujándose otro rostro con sus pinceles número tres, viajando, en el bolsillo las tarjetas de crédito y manteniendo la falsa identidad con rocíos de colodión, escapando hacia Disneylandia, el final paraíso del placer de los jubilados con irisadas camisas de paysleys y con conos de

algodón de azúcar: el palacio con botones disfrazados de Mickey Mouse y recepcionistas vestidas de Daysy Duck donde los relojes incesantes como marcapasos cobran a $ 10,90 la hora e hileras de ancianos hacen cola para ver la orquesta de los Osos mecánicos, hasta una taquilla donde una chica drogada vestida de Minnie Mouse expende tickets con números ominosos y donde Charles Atlas disfrazado de Davy Crocket apiña a los viejos en un cuarto oscuro lleno de cordones separadores que delimitan otra cola lenta y congestionada como un intestino de estreñido de donde pasan a otro cuarto en semipenumbra donde pisan sobre ojos de vidrio y dentaduras postizas sonrosadas y miran a Blanca Nieves de cartón, Pinocho de espuma de goma y Dumbo de papier maché entre juegos de luces, los sueños inyectados en la infancia restituidos en la visión fría y polvorienta de la vejez, sueños y soñadores ya listos para la Cámara Congeladora del Gas Musical, embarcados en expresos de góndolas eléctricas y descensores fulgurantes en donde inmigrantes clandestinos disfrazados de Perro Pluto siniestramente perforan los tickets y alumbran las pupilas con linternas en forma de pez, hasta refectorios sin luz donde son servidas hamburguesas en forma de corazón minuciosamente esputadas por los negros que las fríen sudando bajo sus disfraces de Peter Pan mientras hawaianas de plástico menean las caderas frente a vegetaciones de yeso ante discos rotarios de vidrio que simulan el reflejo de las olas a los compases de *Twinkle Twinkle Little Star,* hasta que chicanos con máscaras de Bambi abren las puertas del último corredor inundado de música de órgano y luz violeta, que desciende hacia el féretro donde yace congelado Walt Disney, prolijamente envuelto en papel de estaño, rodeado de una nube de fetales bestias antropomórficas escarchadas, enrrollado en capa tras capa de tampones higiénicos y óvulos antisépticos en el más profundo pozo y abismo de la fantasía, y para mí y los otros pobres viejos, al fin, ni siquiera la Cámara del Gas Municipal, sino el hueco de una puerta a la

realidad y a infinitas avenidas con estrellas de granito y palmeras de plástico y playas desoladas y ancianas llorando sobre paquetes de popcorn rosado, bajo carteles de neón y cielos cruzados por aviones escritores de anuncios.

ARACELI

Duermen o velan en la guardia encendidos de felicidad. Deberé bajar a la calle y discar el primer teléfono que encuentre. Porque no quiero salir de esto. Este rencor, lo único intacto que me queda.

EL CORONEL

El coronel sintió que lo tocaban en el hombro. Salió de la pesadilla. Parpadeó sin saber aún si estaba despierto. Obedeció cuando sus secuestradores le dijeron que se vistiera. Se puso con mucha lentitud la dentadura postiza. Se dejó vendar los ojos con tela adhesiva. Pensó que habían fusilado al muchacho asiático y que en venganza sus secuestradores lo iban a matar a él. Caminó con pasos pesados hacia la puerta del apartamento. Sintió: repulsión, del contacto de la mano que lo guiaba apoyada en su brazo. Frío, del relente de la noche sobre su camisa empapada en sudor. Náusea, del despertar que todavía parecía un sueño. Insipidez, de su lengua que no hallaba acomodo contra la dureza de la den-

tadura postiza. Desabrimiento, al visualizar el memorándum con la notificación oficial de su muerte. Asco, al sentir que su miedo lo hacía ridículo y que su profesión se basaba en el ridículo que recae sobre aquel que muere. Embotamiento, al casi no entender la voz del muchacho diciendo que no lo iban a matar. Vértigo, al arrancar el automóvil dentro del cual lo habían metido. Desconcierto, al darse cuenta de que no lograba articular ningún plan ni fijar una imagen en su memoria. Irrealidad, al no aceptar que era a él a quien conducían, seguramente hacia la muerte. Mareo, cuando lo bajaron del carro y el carro arrancó y él quedó parado libre sintiendo ruidos de tráfico lejano y ladridos y el olor de la tela adhesiva y el caer de los hilos de sudor por su frente y el tacto de los dedos contra su pecho y el no entender por qué en medio de la noche no acababa de reventar explotar estallar la voz de

FUEGO

en pleno día las balas saltan. Los fusiles saltan. Los condones inflados saltan. Las cheerleaders saltan. El muchacho amarrado con cuerdas de nylon al poste de los fusilamientos salta. Sobre su pecho se encienden soles rojos. Los soles se ramifican en manchas en forma de bambúes. Los bambúes caen en ríos que se deshacen en ondas. Las ondas se extienden, y de ellas surgen formas de hombres, de mujeres, de pájaros. De perezosos búfalos y de mariposas. Mariposas que se extienden en nubes. Nubes que llueven sobre represas. Represas donde nacen los peces todos del mundo. Peces que giran en los torbellinos de los vientos. Vientos que crecen y dibujan las caras de los hombres. Caras que se deslíen en gotas, tigres, arrozales, ideogramas, torbellinos, estrellas, dragones y carpas.

YO NO QUISE VER SU CARA

Escapé de la industria de Especialidades Litúrgicas por calles donde había pegadas estampitas del Doctor Milagroso, doblé esquinas donde me importunaron limosneros con escapularios del Doctor Milagroso y contemplé las muestras de comercios cuyas cajas registradoras estaban protegidas por efigies del Doctor Milagroso. Abriendo la puerta de un botiquín cuyo mostrador estaba presidido por otra semblanza del Doctor Milagroso, me tropecé con mi Vale, Valecito, Valezón, mi antiguo compañero de estudios, quien estrenaba un chaleco de fantasía para celebrar el encargo de orificarle los colmillos a toda una familia recién enriquecida por la reventa de una concesión. Me abrazó. Quise sablearlo. Se me adelantó pidiéndome cien pesos que yo no tenía. Adiviné que volaba con la presión mágica del pomo de cocaína que hacía tan concurrido su consultorio. Nos embarcamos en el desafío de voluntades de la parranda, en el que el más débil termina convidando al más fuerte. Era un rival formidable, Valezón. Valezón había inventado una ciencia de vivir usando excusas en lugar de dinero efectivo. Valezón se vanagloriaba de haber inventado la moda de las dentaduras postizas con colmillos rosados para los maricos. Valezón tenía aventuras con las bailarinas de lujo importadas por el Teatro Olimpia y las engañaba pagándoles con fuertes bañados en oro en su máquina de electrolisis. Valezón desconcertaba a los cobradores pidiéndoles prestado a unos para pagarles a otros y poniéndolos luego a perseguirse entre sí. Valezón le había sacado las planchas a un cliente moroso para revisarlas y luego se las había secuestrado hasta que se las pagó. Valezón tenía la manía de discutir con locos y borrachos hasta dejarlos desconcertados. Valezón decía haber inventado planchas magnéticas que podían soldar las mandíbulas de una suegra y planchas con doble fondo para guardar embustes. Valezón eludía las chaperonas convenciendo a sus novias para que fueran al consultorio pretextando dolor de muelas. Valezón era temido

por los chácharos, a quienes amenazaba con sacarles los dientes sin anestesia en la consulta que hacía una vez por semana en el cuartel. Valezón hacía que los clientes sin dinero le pagaran pregonando las excelencias de su alicate durante varios días en la esquina de las Gradillas. Valezón había amargado los últimos años de un profesor que lo expulsó de la Universidad, regando el chisme de que aquél le había cobrado a la Gobernación por hacerle una plancha a la estatua de Andrés Bello. Conocedor de mi desgracia, Valezón se había hecho de una clientela de beatas a las que atraía vendiéndoles la falsa reliquia de la dentadura postiza del Doctor Milagroso. Valezón me convenció de que fuéramos a visitar la exclusiva boite que acababan de inaugurar por los Dos Caminos. Valezón me llevó en un landó a cuyo cochero pagó con un vale con el que lo había engañado un cliente a quien extrajo un cordal. Valezón me presentó en la boite como un amigo que andaba recogiendo limosnas para una misa de salud. Aquello estaba lleno de militares. Tras de nosotros entró un embozado en una dramática capa, y se perdió inmediatamente en un reservado sumido en la penumbra. Al divisar al embozado, la cupletista comenzó a cantarle, con voz de ortofónica, una gangosa versión de *Es mi hombre.* Los chistes de Valezón y el champaña que nos brindaban los militares encendieron en mí una fiebre de encanallamiento, un vértigo en el que nada me parecía imposible. Jugué sumas que no tenía; finalmente, no teniendo qué arriesgar, aposté con varios coroneles que el que perdiera debía cantar *Doña panchíbida.* Abandonado por la fortuna, interpreté el aria con tan inmenso éxito que me cargaron en hombros hasta una mesa de billar, donde aún añadí *Un automóbile,* y me bajaron de la mesa, y volvieron a brindar, y pidieron el bis, y me subieron nuevamente, y canté la *Marcha del toreador* mientras un edecán intentaba empitonarme con una cornamenta de mazos de billar. Yo no veía ya fondo en la sima de aplausos envilecedores, cuando vino a interrumpir la cordialidad de la reunión el Gerente, un cayenero que apoyado por un agente de la secreta me exigió el pago del paño de

la mesa. Valezón, que llevaba horas ganando, consideró oportuno clausurar la reunión volcando una mesa de juego y repartiendo bastonazos apoyado por el cochero, que defendía con una vera la esperanza de pago de su vale. Tiros al aire. Gritos de las bataclanas asustadas. Salió de su reservado penumbroso el embozado, y, gacho el sombrero, cortó la trifulca demoliendo la lámpara de un bastonazo. En medio de aquel aglomerarse de sombras sobre sombras, era el único que sabía dónde estaba yo, que pudo sacarme aferrado por un brazo de la floresta de puñetazos y de empujones de los mesoneros que encendían fósforos para ir a buscar velas o para dirigirse hacia las claridades remotas que otros fósforos encendían en los espejos del dancing. En uno de los espejos, una nube de peces carnívoros convergía a devorar la llamita encendida por el mesonero. En otro, crecía la llama hasta partirse en colibríes de fuego. Y aún en otro el fósforo destellaba como un cristal vertiginoso hecho de luz y tiempo que se devoraba incesantemente a sí mismo. Y aún en otro espejo vi la polvareda de los mundos volando a consumirse en la luz. Y temí que, habiendo más espejos en el dancing, éstos magnificaran y diversificaran la luz de los fósforos hasta crear un sol y hacer la visión imposible.

Certero, el embozado golpeó con su bastón la mano del mesonero que sostenía el fósforo. Como una estrella rosada se abrieron los dedos al recibir el bastonazo que los hizo arrojar la astilla de luz Y volvieron a caer sombras sobre sombras. El embozado me tomó por un hombro, y corrimos por otra galería de espejos que ahora, entre las mentadas de madre de los mesoneros, sólo multiplicaban e intensificaban la oscuridad, en gradaciones crecientes. Simple oscuridad. Oscuridad del ciego. Oscuridad de la tumba. Oscuridad del olvido. Oscuridad de la muerte de Dios. Oscuridades tales que la sombra de nuestros cuerpos fugitivos resplandeció y me vi en los espejos destacado como un cuerpo de metal radiante, y me tapé los ojos con una mano al rojo vivo para impedir que a mis ojos llegara claridad tan neta o que de ellos sorbiera la luz tan árida tiniebla. Mi acompañante daba pasos

isócronos en cuyo mecanismo adiviné la magia de una pierna artificial.

Bajo los grandes ventiladores del techo, terminamos por salir al vestíbulo, donde me punzó los ojos la luz torrencial de las estrellas. El embozado me dirigió hacia un charolado automóvil de manufactura francesa, cuya puerta era abierta por un chofer vestido de hindú, con turbante y pluma. Entonces supe quién era el embozado.

—Duque —le dije, volviendo la mirada, para encontrar su rostro. Pero el embozado ya me empujaba dentro de la cabina acolchada del auto y disponía las cortinillas para permanecer en un rincón penumbroso, invulnerable a la persecución de las agujas de luz de los faros de las victorias y los landós que esperaban a la puerta del dancing.

—¿Cómo me ha reconocido? —dijo, con una voz tan imprecisa como la sombra que reinaba en aquella cabina. El automóvil arrancó

—Hay simetrías en la vida, Duque —le contesté. Una acción verdaderamente bella, dicen, sólo puede venir de alguien hermoso. ¿O podría otro que no fuera el Duque de Rocanegras oscurecer un salón para que no fuera vista la humillación de un hombre, que es el espectáculo que más afea al mundo? Sólo un hombre a quien, como usted, dirigió Rodolfo Valentino una carta reconociéndolo como el más hermoso de la tierra, habría sabido compensar esta fealdad con la disculpa justa de la sombra.

La figura embozada permaneció silenciosa. Por la posición de sus guantes, que resplandecían como fantasmas, adiviné que mordisqueaba el puño de su bastón.

—En un mundo que tiende hacia la vileza, la mayor caridad es la de la penumbra —dijo finalmente el embozado, en una actitud que adiviné pensativa. —Si Dios fuera compasivo, decretaría la eterna noche. En fin, hay una hora en que anochece para siempre. Desde entonces, toda claridad es recuerdo.

Dejábamos atrás avenidas con hileras de árboles en cuyos confines nos saludaban melancólicas estatuas.

—Un día —comenzó a confesarme el embozado, con lentos movimientos de sus guantes, que relucían como cisnes— al bañarme en el mar, me alarmé al contemplar en el fondo del agua la figura de Narciso, que yo había conocido en una estampa antigua; aquel cuerpo perfecto era yo mismo reflejado en las aguas.

Hacia la noche se perdían coches lejanos.

—Quise en ese instante —prosiguió el embozado— detener el oleaje para que la reflexión permaneciese eterna, porque hay un momento de éxtasis en que nada puede mejorar una cosa, y entonces hay que cristalizarla. Supe entonces que Dios había creado el tiempo para disolver los esfuerzos de la naturaleza por superarlo. La ola inmediata envileció mi imagen en un laberinto de reflejos y de distorsiones. Pues acaso es la belleza lo que Dios envidia y el Arcángel del tiempo fue enviado para destruir al Portador de la Luz-Lucifer-el más hermoso de los ángeles. A veces cabe en un instante en un atisbo, un gesto, la intuición de todo un destino. Me supe descrito en la plenitud de aquel segundo en que el horror mecánico y brutal del líquido afrentó mi reflejo, cuando intenté, en vano, detener el curso de la fatalidad.

—Yo siempre copié sus chalecos y sus botines —admití—. Y también el arte del coqueteo con los impertinentes. el bostezo mudo y el estornudo interior, y el descenso elegante de las escalinatas. Algo de su armonía, Duque, hacía resaltar aún más mi fealdad, y así la mímesis actuaba como castigo o me hacía más propiamente yo mismo a pesar de mis esfuerzos por parecérmele.

—Criaturas lanzadas a descubrir el secreto de la vida —prosiguió el Duque, ensimismado—. Y he aquí que la vida no descubre su misterio y fracasa en dar cuenta de su gloriosa naturaleza. Así me sentí yo ante aquella ola que dispersaba la armonía que yo había intuido. Yo también me iría, sin comprender el secreto de mi belleza ni la arquitectura profunda de mi perfección Pues la hermosura es la propiedad arquitectónica de lo que está en su justo punto en todos sus lugares, algo que ha logrado el superior equilibrio en

todos sus aspectos y manifestaciones. Nada es en ella muy prominente o muy hundido: esta vasta marejada de la carne arrojándose hacia el espacio circundante ha tenido el sabio tino de detenerse en los lugares precisos circunscribiendo así el ámbito sensible de la superficie. Y, puesto que con la superficie sentimos, ¿no sería acaso la perfección de esta *superficie,* el requisito de la percepción más pura? ¿Y superior al vacío, que en su ilimitación e indefinición, no es *nada?* ¡El límite del infinito, pues el infinito ha de tener límite, también se detiene en los justos bordes de nuestra superficie, y así, el infinito es contenido y limitado por la imagen del Duque de Rocanegras!

—Admirable —exclamé.

—¿Y no engendra esta perfección deberes? ¿Y cuáles? ¿No serán, acaso, los del *culto de sí misma?* En el orto guaireño sentí la melancolía del sol que se ocultaba, con la insipidez de su esférica masa, y me supe investido de deberes sagrados, sacerdote de un culto cuyo centro era yo mismo. Puesto que, siendo el secreto de toda armonía esa intersección entre cuerpo y vacío que llamamos superficie, ¿cuál otro que el culto de la *superficialidad* me estaba reservado? ¿Y el de la preservación de los rituales del encuentro entre forma y forma? En ese momento en que caía el sol sobre el mar que había envidiado mi imagen, la sombra de una inquietud cortó el curso de mis pensamientos. Y era ella, la de que el mantenimiento de la *superficie* presupone la *imperturbabilidad* de la sustancia a la cual aquella delimita. Ante el cadencioso espejo que las olas devastaban ensayé las expresiones que desde entonces me estarían prohibidas: sorpresa, pesadumbre, arrobamiento o duda, los estigmas de la inferior condición humana que no le están permitidos al dandy ni siquiera a puertas cerradas, porque el dandy es aquél que aún en su soledad responde de sí mismo. Y es cruel, en la plenitud de la reflexión de una imagen en la cual la juventud manifiesta sus gracias, saber que todo contacto entre este cuerpo y el mundo ha concluido, pues el dandy siempre está más allá y

más adelante. Como broncínea estatua en un vacío de astros lejanos. Monasterio y retiro ha de ser el de la hermosura. Y como luminaria ha de transcurrir, siguiendo su curso sin que nada la conmueva.

Raudamente, el automóvil se acercaba a una ciudad agobiada de fachadas eclécticas y ornamentaciones espesas.

Tras una pausa, el Duque continuó, cadenciosamente:

—Todo giraba, pues, alrededor de mí: lo adiviné al mirar mi figura en las aguas, esa otra cosa que no era otra cosa que yo. Supe que debía huir de mí mismo. Este país me amenazaba de reflejos: su claridad, su simplicidad, su fugacidad de agua. Disfrazado de eclesiástico, hice saltar con dados cargados la banca del Casino de Macuto, y con los bolsillos repletos de morocotas tomé un vapor hacia Europa para escapar del linchamiento. Durante el viaje le gané un frac al enviado de las compañías extranjeras que regresaba de hacer reclamaciones por los daños de la guerra civil. De naipe en naipe fui rodando por los casinos de una Europa brumosa que me olía a queso y a lámparas de gas. Siempre ganaba con las espadas, terrible signo; hasta las postergaciones de las visas se las ganaba a los señores funcionarios con esgrimas de espadas contra corazones. Pero Europa era sólo un polvillo de carbón que angustiaba los atardeceres, hora de mi despertar. Nunca vi estrellas. Llegué a pensar que en aquellas regiones del mundo no las había. Así, como asombré a la aristocracia pueblerina de mi país con falsos títulos y blasones, a la aristocracia postiza del Viejo Mundo la puse de cabeza fingiéndome antropófago y aficionado a dormir en los árboles. Al final no me interesaron ni su estupor ni su credulidad. Tras haber arruinado toda la falsa nobleza europea —pues el último título legítimo fue vendido en 1840 para financiar flotillas contrabandistas de opio— a invitación de las autoridades partí en vapor hacia los Estados Unidos. Comenzó a suceder algo extraño: las espadas estaban en contra mía. Perdí joyas

de imitación y títulos fraguados de compañías que intentaban abrir un canal por Panamá. Hubiera querido perder el mundo entero. Un aburrimiento denso como la niebla que rodeaba el barco me hizo detestar la repetición de las caras, de las voces y de los gestos de la humanidad. Tanto ésta como la nave parecían no ir a ninguna parte, y se bamboleaban en medio de una cortina gaseosa sin color que los hacía a todos más grisáceos. Una tarde comenzó a filtrarse la niebla por las rendijas de las escotillas y de los respiraderos, y el mismo barco fue un estuche lleno de un humo insidioso que nos impedía vernos las manos. En el comedor, no se sabía si se hundiría la cucharilla en la sopa o en el café. Los pasillos estaban llenos de sollozos errantes. Y al final se borraron todas las jerarquías y todas las facciones y todas las ficciones. Ya no había camareros ni damas de buena posición, sólo bultos humanos llenos de terror y mareo que tanteaban en busca de comida. Yo toqué manos femeninas que eran una tan otra cosa en su angustia y en el júbilo de ya no depender de sus caras. Pasé por aquella confusión en medio de contactos secretos y olvidados, pues nadie sabía con quién se acostaba y las voces eran opacas y anónimas. Por escapar de la soledad, con pasajeros invisibles organizaba yo partidas en que los naipes, borrados por la niebla, tenían valores ignotos, y así, no sabíamos si en algún rincón de las incertidumbres perdíamos o ganábamos fortunas o el mundo entero. Los pitos de los remolcadores nos anunciaron que entrábamos en el puerto. Campanas y sirenas trataban de convencernos de la realidad de un mundo en que ya no creíamos. Ordené que transportaran mis valijas al más lujoso de los hoteles. Por calles brumosas me llevó un landó cuya bestia trotaba como esos caballos viejos de las minas de carbón, que se saben de memoria el recorrido. Nos adelantaron exhalaciones en las que reconocí tranvías, y luego, coches sin caballos. En un hotel de melancólica pompa reservé la mejor mesa para el vodevil de esa noche. Embriagado por el olor dulzón del limpiador de alfombras, me senté a pocos metros del

escenario, donde una banda de negros atacaba un ragtime. Era el preludio del primer número de la noche:

EL CAMPEONATO MUNDIAL DE PAJARITAS

Abierto oficialmente el campeonato mundial de pajaritas, el señor Pereira se dirige al proscenio, toma una hoja de papel, la dobla, la vuelve a doblar, y de los pliegues surgen lentamente una montaña, y un arroyo, y un arcoiris que desciende hasta que junto a él fulguran las nubes y finalmente las estrellas. Un gran aplauso resuena, el señor Pereira se inclina y baja lentamente a la sala.

Acto seguido se instala en el proscenio el señor Noguchi, quien toma en cada mano una hoja de papel, la mano izquierda dobla dobla dobla, sale una paloma, sosteniendo el pico con los dedos anular y meñique y tirando de la cola con los dedos índice y medio las alas suben bajan suben bajan, la paloma vuela, entretanto la mano derecha dobla dobla dobla, sale un halcón, colocando el dedo índice en el buche y presionando con el pulgar en las patas, las poderosas alas suben bajan suben, el halcón vuela, persigue a la paloma, la atrapa, cae al suelo, la devora. Grandes y entusiásticos aplausos.

Sube al proscenio el señor Iturriza, quien es calvo, viejo, tímido y usa lentecitos con montura de oro. En medio de un gran silencio el señor Iturriza se inclina ante el público, hace una contorsión, se vuelve de espaldas. La segunda contorsión lo despliega, asume una forma extraña, y luego vienen la tercera, la cuarta, la quinta contorsión, la apertura del pliegue longitudinal y la vuelta del conjunto. La sexta y la séptima contorsiones son apenas visibles pero definitivas, la gente va a aplaudir pero no aplaude, en el proscenio el señor Iturriza deshace su último pliego y se transforma en una límpida, solitaria, gran hoja cuadrada de papel blanco.

Se apagan las luces y salta al escenario el profesor Darkness para el segundo campeonato de la noche. A la luz de una vela gesticula, hace aparecer sobre la pantalla la sombra de una lejana procesión de enanos con cuerdas, jaulas, perros de caza y redes, la cual se agiganta, rodea la sombra del profesor Darkness, la enlaza, la ata, la carga en vilo y se aleja hasta desaparecer por la sombra del horizonte que también desaparece cuando se inclina ante los aplausos un profesor Darkness que ahora, muy pocos lo notan, no arroja sombra alguna.

En el escenario se destaca la silueta del profesor Mitternach quien gesticula y arroja sobre la pantalla una sombra circular que crece, tapa la vacilante llama de la vela, tapa la claridad que se filtra por las rendijas de las puertas, tapa las luces de los pasillos, ahoga los faroles en las calles y entinta el claro de luna en el horror de un eclipse imprevisto hasta que una uña incandescente reaparece en los cielos y en el escenario reaparece la misma constante perpetua palpitante amarillenta vela derramando su líquido cobre en los rostros cerúleos, en los cortinajes violáceos, en las alfombras por las cuales el profesor Mitternach se escurre como una sombra.

Sube ahora al escenario el profesor Tinieblas, quien desde el principio del acto ha tenido sus manos trabadas en una extraña mímica temblorosa. Destraba las manos el profesor Tinieblas, un grito de estupefacción escapa del público, la hipnótica vela del centro del escenario, que era en realidad la sombra chinesca de las manos del profesor Tinieblas, desaparece dejándonos en una noche perenne que ahoga las ovaciones.

Winsor MCay salta al proscenio, donde el haz de luz de la linterna mágica destaca sus flamantes arreos de domador. Con diestros golpes, Winsor MCay latiguea la nada, la limita, la define, hasta que de la nada sale la silueta de un dinosaurio cuya presencia reduce todo lo demás a la nada.

Winsor MCay anima al dibujo. ¡Mirada de Gertie el dinosaurio hacia MCay! ¡Mirada de MCay hacia Gertie! ¡Cruce de las dos dimensiones con las tres dimensiones y acaso de las dos dimensiones con las cuatro, acaso MCay y yo un dibujo animado hecho por otro dibujante a su vez animado por otro dibujante! ¡Látigos galvánicos! ¡Puentes entre el creador y lo creado! ¡Batalla de MCay con Gertie, devorador de árboles, aplanador de volcanes! Muere MCay y se pierde en una nube de cenizas y muero yo y me disperso en un ventarrón de colores y todavía Gertie te atisba desde una página que aún no se ha escrito, el dibujo que no es nada sobreviviendo a la nada que no es ya más que un dibujo.

Pájaros membranosos cruzan la selva. Miríadas de insectos gigantes perturban nuestras digestiones. Lagartos voladores chocan contra nuestras crestas. Un sol desconocido derrama horribles colores en el crepúsculo. Desde el fango de la bestialidad y en el torrente de los siglos, Gertie el dinosaurio engendra a MCay que desde la luz de la conciencia reinventa la bestialidad que desde el fango engendra la conciencia que reinventa la bestialidad que engendra la conciencia. Diestramente MCay domestica la nada con un látigo que se muerde la cola y chasquea en un círculo infinito.

EL CAMPEONATO MUNDIAL DE LOS CONFINAMIENTOS

Harry Houdini, el campeón mundial de las evasiones, permanece inmóvil sobre el escenario mientras el confinador

máximo acumula sobre él prisiones de tal complejidad y perfección que el confinador se hace al fin prisionero de los múltiples detalles y seguros y combinaciones de tan perfectos candados, que por siempre en su papel de confinador lo dejan confinado.

Cubierto de hierros tan perentorios y atroces como los de la cadena de las causas que a todos nos aprisiona, Harry Houdini intenta su evasión suprema que es la de evadirse del papel de campeón de las evasiones, y renuncia a escapar.

Harry Houdini, el prisionero, mira al mundo y vuelve al revés el mundo y lo encierra en su mente. Gritamos todos, prisioneros en la mente de Houdini. Grita Houdini, prisionero en tu mente. Enorme gritar de confinados.

EL CAMPEONATO MUNDIAL DE LOS SUEÑOS

Entra al escenario un enano que impersona a un niño que canta la romanza de la aproximación al País de los Sueños: ¿Qué voz suena en la noche, qué palabra me llama? ¿Y a qué peligro me invita? ¿Y a qué ritual secreto? ¿Hacia cuál ensueño corro, sabiendo que el poder del sol lo disolverá, como el vagido de un niño o como el tránsito de un mundo? ¿Qué habitaciones en la noche? ¿Y en ella, qué fantasmas? ¡Gusanos dorados en la oscuridad! Voz que me llamas y que te alejas, puerta que la vigilia desvanece. Cede a la noche, cuando las bestias pacen los más violentos venenos. ¡Nunca despertar! Ir explorando los postigos nocturnos hasta que todas las cosas agoten sus límites. ¡Más nunca despertar!

Un gnomo invita al niño, que se llama Nemo, es decir, nadie, a viajar hasta el Castillo del País de los Sueños. Estorba su llegada Flip, un grotesco vagabundo cuya sola pre-

sencia desvanece los ensueños. Dolor de Nemo, invitado al País de los Sueños, que nunca puede alcanzar pero del cual no puede tampoco olvidarse; dolor de Flip, que no puede recordar ningún sueño porque su único poder es el de desvanecerlos. Cada vez que Nemo mira a Flip, despierta, y cada vez que Flip mira a Nemo, sueña: de allí las persecuciones entre escalinatas espirales y palacios de invertidas cascadas: de allí las caídas entre las estrellas y los lechos de diamantes de la tierra: Nadie creando los sueños y Flip desvaneciéndolos; Nadie vistiéndose de húsar, de explorador, de sultán y de caballero, siendo todos y siendo Nadie, Flip siendo siempre el mismo, el nítido y preciso y doloroso momento en que no podemos dejar de ser nosotros mismos, en el más terrible de los sueños, el sueño de que no se sueña.

Para engañar a Flip, Nemo se disfraza como él, y prevalido del disfraz sortea mil alucinaciones y espejismos, hasta llegar a la puerta del Palacio del País de los Sueños. En esta puerta hay un espejo, en donde Nemo, al admirar su perfecta semejanza con Flip, despierta sin haber podido trasponer las puertas del Palacio del País de los Sueños.

En alas del último sueño, cuando Nemo es verdaderamente Nadie, traspone las puertas del encantado Palacio del País de los Sueños, y lo encuentra vacío, porque todos sus moradores han salido a buscarlo.

EL CABALLERO DE SALZBURGO

La escasa luz del escenario se extinguió entre un concierto de ronquidos del público presente. Me levanté para aplaudir; terminé palmoteando para llamar a un camarero. Desde

una distante penumbra se me fue aproximando un anciano con un candelabro vacilante, el cual iluminaba apenas su rostro, que me pareció familiar. Con mi tarjeta y una propina, le ordené que transmitiera a los señores Houdini, MCay y Nemo una invitación a cenar. Le esperan, señor, en el camerino, me contestó inclinándose, y señalándome el camino con un ademán. Lo seguí por pasillos oníricos donde el chisporroteo del candelabro apenas revelaba el creciente lunar de sus sienes. Por vericuetos llenos de decoraciones vueltas del revés y de telones desgarrados, lo seguí hasta una puerta mugrienta, en la cual pendía un colgador lleno de los trajes centelleantes del enano impersonador de Nemo, de esposas trucadas y de látigos de domador. Retazos de engomados carteles expelían un olor triste a engrudo y a memoria. Vacilé.

LA PUERTA

Oh puerta cerrada, puerta del gran temor, puerta horrible. Hacia ti corre mi alma ¿Y no habría yo de abrirte?

¿Y habría de quedar exento mi destino del más vertiginoso abandono y del osar más alto?

Con golosos nudillos he tocado, y no me ha respondido nadie, porque esta puerta responde sólo al que la derriba.

Con almibaradas palabras y con danzas y con caramillos he traído mis amigos hasta esta puerta, pero esta puerta se cruza en soledad. A todos he acostumbrado a esperar mis mensajes, pero esta puerta quiebra toda palabra y transforma todo testimonio verdadero en falso.

¡Oh la gran carbajada y los pies ligeros que me permitan vencer sus goznes y borrarme depositando en el umbral

mis muecas, mi compasión y mis apegos! ¡Oh el gran amor que me permita ir más allá del amor y de su miseria!

Guirnaldas y cantos he tejido ante esta puerta, pero cantar y tejer es propio de mujeres. ¡Y aún la guirnalda ha de ser escupida y el canto profanado! ¡Y traspuesta la mujer, esa puerta que no hace más que devolver centuplicada la semilla! ¡Pues toda verdadera puerta aniquila!

¡Ya voy, ya voy, ya voy, y no me importa que nadie me siga o me preceda!

¿Y aún tú serás mi puerta? ¿Y aún yo seré puerta tuya?

Cuando ya no me entiendas, habré llegado.

LA CENA

Un hombre bajo, fornido y en mangas de camisa abrió la puerta. Estaba ante Winsor MCay, el domador de dinosaurios, quien me sacudió la mano con un apretón de herrero y clavó en mí unos ojos de pantera. Sentí por él la fácil amistad que nos nace por los gitanos. La comprendí después cuando supe que había pasado su adolescencia entre leones y tigres, dibujando carteles para un circo ambulante. De allí la elasticidad de sus movimientos, la seguridad con que me dio un zarpazo en la espalda y resulté yo el convidado a cenar en aquel camerino, entre enanos impersonadores, maestros de las evasiones y amaestradores de sombras. Encargué champaña, escrutando con curiosidad el rostro del camarero. MCay me obligó a sentarme en una silla intranquilizante con doble fondo en el asiento, y puso ante mí un dorado plato de tortilla de queso fundida. Comí con voracidad, como si consumiera toda la niebla de mi viaje. Al levantar la mirada discerní que el enano impersonador cambiaba en materia de

segundos disfraces de caballero andante, de esquimal y de húsar. Houdini se encerraba en un baúl y aparecía en el interior de otro, y MCay me preguntaba la causa de mi intranquilidad. Le expliqué que había creído reconocer en el camarero a un antiguo conocido de Salzburgo. Un chiflado, que sostenía que el arte era el resultado de una vasta conjura dirigida por inmortales. Un excéntrico, añadí, tragando el áureo cocimiento de queso fundido, que pretendía haber creado una vasta orden destinada a infligir desgracias a los hombres para obligarlos a crear arte. Noté la mirada aprobatoria del enano, esta vez disfrazado de explorador y con un catalejo en la mano. Houdini aparecía y desaparecía, evadiendo jaulas de sombras chinescas proyectadas en las paredes. MCay dibujaba sobre el mantel fieras fantásticas que se animaban. Un vapor ascendió por mi estómago. Desde allí se precipitó la confusión de los acontecimientos. Me levanté, derribando la silla; intenté andar, adoptando un método de locomoción particularmente confuso que me llevó entre pasillos que daban vueltas hasta una calle en donde me abracé a un farol mientras el mundo entero se convertía en un torbellino a mi alrededor.

MCay, Houdini, el enano y el camarero me esposaron a una camilla y me metieron a una ambulancia cuyas bestias arrancaron al galope. Yo quería quitarme de la cabeza la idea de que el ruido de los trenes elevados era el trote de un dinosaurio que seguía al carruaje por las calles llenas de bruma. Así fui a parar a la Sala de Tratamiento Psicopatológico del Bellevue Hospital, en el pabellón donde se atendía la intoxicación por caseínas mediante el método del Dr. John W. Harrington. Paseé la mirada por el inmenso salón.

En la penumbra, atados a las camas, pacientes en diversos estados de intoxicación murmuraban incoherencias sobre el secreto del universo y discutían con visiones de sus suegras, de sus acreedores y de otros atormentadores. En las cabezas de los dolientes estaban los terminales del Revógrafo patentado del Profesor Smitherson, los cuales extraían las imágenes de sus pesadillas y las proyectaban mediante linternas

mágicas en sábanas colgadas ante los lechos. Empezando por la izquierda, aparecían imágenes de armadillos, serpientes rojas, tranvías verdes, procesiones de elefantes y edificios despedazados por estornudos. Hacia el centro, y en vívidos colores, aparecían: galerías de palacios que se invertían, planetas hechos enteramente de cuerpos humanos, pavos gigantescos que corrían con casas en sus picos, bosques de hongos infinitos, gusanos interminables cada uno de cuyos segmentos era autónomo, ciudades vagabundas de casas que corrían con piernas altas como zancos, novias de cristal que se desintegraban al ser besadas, escalinatas con peldaños que crecían a medida que se ascendía por ellos, abismos de vertiginosas cúpulas que se disolvían al aparecer el sol. Pero no, pestañeé, no era el sol: era el esplendor inmaculado de la sábana en que la que la linterna mágica del Revógrafo fijado a mis sienes proyectaba una luz sólida y sin rasgos: MCay, que estaba haciendo bosquejos al carboncillo de las otras imágenes, quedó al fin fascinado por la claridad de mi mente en blanco, cayó frente al haz del proyector, pestañeó, trató de sacudirse la luz. Comencé a sudar un agua fría. Yo me sentía en un lecho de mármol o en una llanura de hielo. Las arrugas de la sábana se me antojaban cordilleras silueteadas por una luna atroz. Y también olas de un mar de fosforescencia maligna. E incluso ribetes de un lecho de nubes. O quizás suturas del cráneo de una cadavera sin límites. No podía hacer nada para detener mi agonía, que la pantalla reflejaba como un fulgor. En ese instante, mi mirada se encontró la de MCay, quien bajó ante los míos sus ojos de pantera, y habló:

—Las circunstancias de nuestro encuentro, señor Duque, no podrían ser más apropiadas. Había de ser aquí, en medio de los entretelones y los vértigos de la intoxicación por caseínas que nos dijéramos nuestras verdades. Pues nada es tan increíble como la verdad, y a la vez tan prosaico. Acaba de llegar usted, señor Duque a la sala de disección de la realidad.

—Tan sensato que parece todo, señor Duque —continuó MCay, mientras hacía una caricatura de mi perfil griego—

hasta que un escalpelo convierte su nariz, o su mano, en un haz de músculos y tendones, y esos tendones en fibras, y esas fibras en partículas. Esas hebras de átomos, señor Duque, que deseamos en nuestras amadas, y que ellas desean en nosotros. Hebras tejidas en la cadena de las causas, los nudos de las leyes naturales, las lógicas, las culturas, las especies, las palabras. La realidad es el caos sometido a los prejuicios. Prejuicios que sólo puede aniquilar el sueño, que es una momentánea abdicación de nuestros prejuicios sobre la realidad. Observe estos bosquejos que he hecho. Éste. Y éste. Y éste.

Las hojas del cuaderno deslumbraban contra el haz de blancura del Revógrafo. Mariposas blancas. Tras ellas, las mariposas negras de las sombras chinescas.

—¡Que patética formalidad la que intentamos conservar durante nuestros sueños! Todos los que duermen tratan de ignorar el desorden de la realidad, de comportarse normalmente ante el acreedor que les abalea por una deuda de tres céntimos, o ante la cartera de piel de cocodrilo que se convierte en un cocodrilo de verdad. ¿Pero y si insistimos, señor Duque? ¿Y si mediante la intoxicación por caseínas, o el arte, llevamos hasta su extremo el sentimiento de la incoherencia de la realidad? ¿Y si tocamos las puertas del País de los Sueños, y tenemos así la visión palpable y fluyente de la materia liberada de la cadena de las causas?

Con el ojo derecho, yo veía al enano, que se disfrazaba de policía y de payaso y de buzo, tras él, otra larga teoría de sábanas donde aparecían: planetas donde un capitalista tenía el monopolio del aire y las palabras, ancianos llevados por la policía a morir por el gas, niñas que agonizaban en buhardillas con la visión de interminables campos de lirios, y personajes perdidos en un sueño que pasaban a otro que no les correspondía; y el sueño del que soñaba que soñaba; y el del que soñaba no soñar. Desvié la mirada. Volví a divisar a MCay.

—Pasé mi adolescencia dibujando panteras en un circo. Con el látigo eran obligadas a saltar aros en llamas y a correr

en ruedas cuya finalidad se les escapaba. Elefantes melancólicos debían pararse en dos patas y trapecistas borrachas saltar entre cables de acero. ¿Y para qué aquella esclavitud de hombres y fieras? ¿Para qué bestias inducidas a ser hombres y hombres inducidos a ser bestias? ¿Para qué aquella vasta servidumbre de tigres, caballistas y payasos?

Todos se esforzaban en encontrar cierta estructura, que resonara con otra estructura en la mente del honorable público. Para eso soplaba la banda de negros los trombones y volaban los acróbatas en trajes que eran destellos de luz y hacía yo bosquejos en carboncillo, señor Duque. La pobre mente que siempre ha sido obligada a hacer dentro de sí misma un modelo de la realidad, al hacer arte, de una manera maníaca y gratuita hace de la realidad un modelo de sí misma.

Volteé la mirada hacia la izquierda. En las sábanas de los Revógrafos, el palacio de los Sueños crecía del suelo, como una plantación de remolachas. Con una lanza que armonizaba con su traje de cazador, MCay desgarró mis ligaduras y saltó dentro de la primera imagen de los Revógrafos. Me incorporé, corrí tras él. De un empellón fantástico rasgué la tela de la pantalla y me encontré en el aposento donde escribía un hombre:

EL ESCRITOR FASCINADO POR LA PALABRA PALABRA

En un cuarto sin ventanas, bajo una sola luz desnuda, incesantemente escribe el escritor fascinado por la palabra palabra. Garrapatea con una tinta de negrura corrosiva que abrasa el papel y deja en él agujeros negros y abrasa las retinas de quienes pretenden leerlos comunicándose así la entintación a todo el sistema nervioso que se va tiñendo de una negrura ardiente en medio de la cual cruzan y caen meteoritos que son como chispas oscuras hasta que la noche tupe el cerebro que queda transformado en un vibrante tumor de oscuridad, en medio de la cual el escritor introduce la palabra palabra aquí y allá en sus escritos, después escribe párrafos

enteros, incluso páginas enteras, de palabra palabra palabra palabra palabra, superada la etapa de los anagramas, labrapa, aparbal, y de los juegos de tipografía y de diagramación

pALAbra PALAbra P A P paLABRA palabRA
AL A L
ABRA BR PARLABA

que eran las trincheras para detener la palabra vehículo, que nos lleva hacia un significado, en la palabra-objeto, a medio camino entre significado y objeto, sin ser ninguno de los dos, en una zona fronteriza entre vacíos y mundos de sobrepoblación de contenidos, que, por contraste, destacaba el horror de ambos. En ese medio camino estaba el secreto del ser y de la conciencia, con su salto de objeto a símbolo y de símbolo a objeto. Bastaría mirar sin parpadear, por varios siglos, la palabra palabra, para llegar al centro de esta red. Y mientras que la luz cae, árida como cenizas, palabra

LOS CAZADORES

Escapando del aposento confinado, avancé por el desierto acompañado por el cazador hasta que vimos la primera hilera de animales fantásticos. No son presa, me dijo el cazador: ya ha sido capturado uno de su especie. Quiso llorar, tal era el brillo de los animales que despreciábamos, pero el cazador ya avanzaba hacia una remota constelación de formas que fulguraba hasta encegüecernos. No sirven, me dijo el cazador, porque se ven a simple vista. Nosotros sólo ca-

zamos lo que todavía es invisible. Más adelante, una tromba de dolor nos derribó. El cazador inició un centelleante combate contra algo que no se veía y que apenas fue adquiriendo realidad por las heridas que abría en su carne. La sangre que de ellas manaba fue dibujando en el vacío una bestia de una majestad y una ferocidad tales, que me consideré indigno de mirarla. Sólo por un instante pude abarcar el desmesurado esplendor de la criatura que el cazador estrangulaba con sus manos sabiamente mortíferas. Después, la criatura comenzó a esfumarse durante todo el largo trayecto de regreso al poblado. La visión sublime decaía como un pez que se descompone. En nuestras manos conservábamos fragmentos de ella que nos quemaban al tiempo que se evaporaban. El poblado de ciegos se arrojó a devorar lo que restaba de la presa, que no era más que una centella de fulgor que a lo mejor era la última gota de la sangre del cazador. Los pobladores se lanzaron sobre él para despedazarlo, buscando más del fulgor que les había traído. Mañana tendrás que cazar todavía más lejos, fue lo último que le oí decir, al tiempo que me arrojaba su lanza.

EL DOMADOR DE MENTES

Inicié una solitaria cacería. En el camino, debí defenderme de trampas, un sonido rítmico, un arcoiris o un relato embelesador, de los que escapaba con los consabidos recursos de la cera en los oídos, de la venda en los ojos y de la tupición en la inteligencia. En el desierto, debí desechar juguetes y alucinaciones que eran tanto la defensa como el rastro de aquel a quien yo perseguía. El no poder desviarme de aquella pista implicaba que yo comenzaba a estar domado. Al fin,

llegué a un remoto paraje a ofrecerme como presa obediente pero no pude conseguir que reparara en mí aquel a quien yo buscaba y que había domado mi mente. Cogida en sus propias trampas, su mente era la más domada de todas, indiferente a mí y a este mundo del que le llevaba noticias, su mente tiritaba en el éxtasis de una infinita trampa de sonidos rítmicos, arcoiris e historias.

LAS COLUMNAS MEGALOCICLÓPEAS

En la aridez, herido por lluvias de fuego, el domador de mentes atiza incesantemente su creación, columnas megalociclópeas cada una de cuyas piezas infinitamente ondula adoptando todas las formas y los órdenes y los desórdenes y las locuras y las pesadillas de geometrías imposibles y de biologías estrafalarias, sonoramente vibrando como címbalos golpeados, y en cada vibración transfigurándose heridas por el tridente de llamitas hiperestésicas del domador de mentes que desde el principio de los tiempos infinitamente las rehace y las perfecciona sacudido en una tal reverberación de la sensibilidad relampagueada, que azota y rasga y hiere y acaricia: apenas un ojo fulminante unido a un manojo de tendones, todo él un nervio desnudo que dirige una mano que acaricia y atormenta la fulguración de estructuras que se elevan insolentes como chispazos que fulguran como cataratas que disparan formas y ritmos y cristalizaciones en el caos megalobiológico y criptoparanoico de la floración cancerosa de las fabulaciones hiperlaberintizándose dentro del golpeteo y el latigueo de las llamitas hiperestésicas que perforan, hieren, sajan, galvanizan, derriten y dispersan cada una de las formas eruptivas que irrumpe de las rasonancias armónicas de los cen-

tros de las orfebrerías oníricas que desatan torbellinos monolíticos de las columnas del domador de mentes.

EL LABERINTO

—Señor que estás preso de sonidos, arcoiris e historias, vengo a liberarte para que nuevamente pruebes la amargura de la tierra y el color de la noche —le dije.

—Quien se acerque a mí verá que no estoy preso, sino que está prisionero el universo sensible de las formas que mi mente le impone. Porque así complacía a mi mente, un guijarro adquirió forma de pirámide y un madero forma de astro y quizá un astro pueda ser obligado a tener forma de madero para complacerme. Al final, el universo sensible entero será mi esclavo y copiará las estructuras de mi mente: será apenas la trama necesaria para inscribir un sonido, un arcoiris o una historia. Entonces ya no habrá diferencia entre la mente y lo exterior, que la reflejará, y el fin de los tiempos habrá llegado.

Pero ya yo escapaba por el desierto.

EN EL DESIERTO

En el desierto encontré un templo que parecía reflejar un Dios hermoso como un alarido, y adoré en él hasta que

descubrí que aquel Dios no era sino un reflejo del templo erigido en el desierto.

En el desierto encontré sistemas de tan hermosas formas que no podían sino reflejar la verdad, y profesé hasta que comprendí que la verdad no era más que el reflejo de las hermosas formas de los sistemas erigidos en el desierto.

En el desierto encontré dominaciones y potestades cuya autoridad parecía servirse para sus fines de la belleza, y serví, hasta que advertí que la belleza se servía para sus fines de las dominaciones y potestades erigidas en el desierto.

En el desierto peregriné tras la belleza para poseerla y corrí entre una selva de cristalizaciones fulgurantes hasta que comprendí que la belleza me perseguía para poseerme durante uno de los instantes de su peregrinaje.

LA CANCIÓN

Al borde del desierto, en el ribazo, con la lanza clavada en la arena, mientras yo estaba sobre la muchacha ella dijo una canción que pasó a mi boca y supe que venía desde la primera boca que había dicho una canción ante el rostro del tiempo para que llegara hasta mí y yo la clavara en otras bocas para que llegara hasta la última que diría una canción ante el rostro del tiempo.

EL MENSAJERO

Caminé por el horror del desierto hasta que frente a mí se abrió un vórtice de tiempo nulo dentro del cual la negra silueta de un hombre a través del cual se transparentaban nebulosas que morían acometiéndose.

—Vengo en nombre del Poder —me dijo— que desde siempre se ha ejercido en el nombre del Águila. El Poder requiere que la mente copie las formas del mundo sensible hasta que sea un modelo exacto de éste y no haya ya diferencia entre la mente y lo que le es exterior, y éste y no otro será el fin de los tiempos. Vengo a sacarte de este laberinto de espejismo que ha vomitado el domador de mentes.

El hombre hecho de nebulosas agonizantes tocó mi pecho con una hoja de acero en la que el instinto me hizo reconocer a Tantanil, la espada del Caballero Águila, y me ordenó:
—Condúceme hasta el domador de mentes.

—Como yo, estás dentro de él —le dije— eres otro de sus espejismos.

El vórtice de tiempo nulo estalló en una luz enceguecedora. Dentro de ella, el mensajero se escurrió en todas las direcciones del infinito.

LOS EMENAROSTAS

Los emenarostas, o mensajeros, o guardianes de la Espada —de Tantanil, la Espada del Caballero Águila— la orden ubicua e intemporal de aniquiladores de fabulaciones y disrruptores de utopías. Celadores del principio de la necesidad, carceleros de la prisión de la necesidad y la lógica. Sobre su número, como sobre el de los arcángeles, hay con-

jeturas. Podría tratarse de un solo emenarosta que salta adelante y atrás en el tiempo y que crea las formaciones o piquetes de ellos que han sido divisadas produciendo el caos en los acontecimientos históricos y frustrando las mejores esperanzas. Acaso el emenarosta combate contra sí mismo, quizá partió pará una primera misión, y milenios —o segundos— después regresó a detenerse a sí mismo, por haber cambiado de intención o de planes. En esto encuentra el emenarosta su talón de Aquiles en las paradojas que el mismo crea a medida que resbala en el tiempo. El emenarosta no sabe el instante en que matará a su propio padre o su propio abuelo o regresará al río que ha de ahogarlo. El emenarosta combate consigo mismo en este invisible laberinto de paradojas porque él debe ser eliminado para que cesen las paradojas, ya que en la medida en que estas no pueden existir, tampoco el emenarosta. Acaso los diversos y opuestos emenarostas son *reflejos* de uno solo, ya que ciertas intersecciones entre una y otra dimensión actúan como espejos, y devuelven imágenes tridimensionales pero invertidas o retorcidas en formas que no podemos columbrar, que se persiguen y se huyen y batallan —siendo posible que sean una sola cosa el emenarosta y el domador de mentes— y también que un acto del emenarosta, en el pasado, haya creado el universo imaginémonos el rostro del emenarosta tras su máscara negra —la máscara de la soledad y del vértigo de la caída por el pozo del tiempo, eternamente luchando por su realidad y contra la misma.

EL PRISIONERO

Como una andanada, los emenarostas cruzaron el tiempo y el espacio confluyendo hacia un aposento futuro donde un

hombre se sacudía las prisiones que lo retenían como en una burbuja

El hombre sacudió el sello de los nombres de las ideas que llamamos palabras

Y un alarido informe cubrió la faz de la tierra

El hombre sacudió el sello de las cadenas de palabras que llamamos ideas

Y el mundo perdió su forma y su sentido

El hombre sacudió la cadena de ideas que llamamos memoria

Y los torrentes de la sensación inundaron la mente sin prestar servidumbre a la experiencia que hubiera podido encauzarlos

El hombre sacudió la cadena de memorias que llamamos cultura

Y perdieron su ser las civilizaciones

El hombre sacudió el sello de la cadena de culturas internas que llamamos código genético

Y la vida floreció en quimeras

El hombre sacudió el sello de la cadena de códigos que llamamos constantes del universo

Y se precipitaron unas contra otras las nebulosas en la batalla del último caos contra el último código

El hombre sacudió el sello de la cadena de constantes que llamamos casualidad

Y hubo en el universo un silencio como de media hora

LA BURBUJA

La tromba de emenarostas irrumpió en el cuarto. En un aposento desnudo encontró el cadáver de una rata, el

cuerpo de una muchacha por cuyas piernas corrían lentas gotas de semilla, los restos de una taza, el abanico de naipes perforados donde estaba inscrita la destrucción del universo sensible, un revólver niquelado, y, en el centro de la habitación, insoportable, la visión del rostro del ser que acababa de destruir el sello de la cadena de las causas y en el cual brotaba libremente y como en una erupción toda posible e imposible causa de todo posible e imposible efecto.

LA OLEADA

Fluyendo del ser liberado, un vómito de imposibilidades se expandió e inundó las pantallas de los Revógrafos, que flamearon como velas desgarradas, y perdió su consistencia y su esencia y su comprensibilidad cada uno de los átomos del universo en el cual flotaba majestuosamente hacia la nada la Sala de Enfermedades Psicopatológicas del Bellevue Hospital. A través de una tierra que se hacía transparente observé un lejano sol que alumbraba bajo nuestros pies, mientras la primera oleada del caos entrópico hacía florecer los barrotes de las camas en crispadas ramas cintilantes parecidas a las columnas megalociclópeas que ardían en los desiertos mentales de los internados. Entonces, vi romperse una taza, un huevo, una burbuja, una puerta, un cráneo y un universo.

LA BATALLA

Entre el vendaval de restos del mundo que aparecían y desaparecían cambiando de forma y de sentido como los restos de una tienda de magia torbellinando en un ciclón, aparecieron las chispas negras de un piquete de emenarostas que aparecían y desaparecían por toda la sala hasta concentrarse en un anillo de siluetas negras alrededor de las siluetas de Houdini, de MCay, del enano y del camarero en quien reconocí al domador de mentes y reconocí también al caballero de Salzburgo.

Por el lado derecho de la sala, irrumpió un piquete de detectives de la Pinkerton. Garrotes y esposas en la mano, avanzaron por la galería. Carrozas tiradas por conejos y hombres voladores eran proyectados sobre sus mandíbulas salientes por las linternas mágicas de los Revógrafos. Houdini comenzó un complicado acto de evasión, apareciendo y desapareciendo tras las pantallas, los Revógrafos y las camas que los detectives demolían a garrotazos. El enano saltaba entre las camas como entre panderos elásticos, eludiendo los negros batallones de emenarostas disfrazándose ora de paje, ora de emperador, ora de enfermo, ora de detective. MCay se introdujo los dedos índice y meñique en los labios y produjo un agudo chiflido cuyo resultado fue la aparición de Gertie el dinosaurio y la organización del piquete de detectives en falange romana, usando los garrotes a manera de lanzas y las escupideras del hospital como escudos Sincronizados con la formación de emenarostas, se lanzaron como las pinzas de una tenaza contra el domador de mentes quien plantándose en medio de la sala extendió los brazos y demostró su fuerza, pues el poder del artista no es solo el de *imaginar,* o presentar como cierto lo inventado, sino el de *desimaginar,* o presentar como inventado lo cierto, haciendo creer, por ejemplo, que nunca existieron Alonso Quijano, o la Ciudad del Sol, o el propio domador de mentes: operación de desimaginar que hizo tambalear a emenarostas,

detectives y enfermeros, quienes vacilaron creyéndose imaginarios, y creyendo imaginario al domador de mentes, a MCay, al enano impersonador, a Gertie y a Houdini, e imaginario yo mismo, y el que lea esta historia, y en medio de la vorágine desimaginadora escapó deslizándose bajo las camas imaginarias donde los imaginarios pacientes atados a los Revógrafos proyectaban sus imaginarias imaginaciones en la imaginaria Sala de Enfermedades Psicopatológicas del Bellevue Hospital. Juzgué oportuno desmayarme.

Desperté en las oficinas de inmigración. Detectives de la Pinkerton y Marshalls de arremolachadas narices me acusaron de tener intenciones de asesinar al Presidente de los Estados Unidos; de complotar para unir los Estados de Texas y Nevada a la República de México; de propiciar una revuelta de los comanches; de estar afiliado a grupos anarquistas; de crear ligas para defender el matrimonio inter-racial; y de reclamar los derechos que me correspondían como heredero de Franklyn, inventor del pararrayos. Me amenazaron con la silla eléctrica, con el alquitrán y las plumas, con las comidas sazonadas con ketchup y el matrimonio con una gringa. Elegí el exilio. Me embarcaron conjuntamente con mis baúles. A los pocos días de navegación vi nuevamente el sol. Del mar surgió una montaña y de las faldas de la montaña un puerto, y así, como si no hubiera transcurrido el tiempo, me encontré de nuevo en el país.

El Duque calló, rompiendo así el encanto de una narración que me pareció que había transcurrido en un instante.

Embelesado por el relato del Duque, yo no había advertido que el automóvil entraba en poblado. Mirando entre las cortinillas, vi el primer vómito de la noche. Una ola pávida se cernía sobre la ciudad. Policías secretos sacaban de las casas señores en paños menores. Puertas adentro, sonaba un escándalo de escaparates y pianos desbaratados. Sobre los zaguanes, la pesquisa arrojaba naipes, relicarios y aguamaniles.

—Volví al país —continuó el Duque, luego de un largo silencio—. Asnos melancólicos y cardones hieráticos con-

templaron el descenso de mi elegancia por la pasarela del buque. En las aguas, nuevamente se reflejaba mi imagen. Inasible y distante, entre el caos de jadeantes cuerpos que sudaban en la canícula. Aquella despiadada luz me hizo plantear de nuevo el problema de las relaciones de la hermosura con el mundo sensible. ¿Actitudes cuáles, las de la perfección en un mundo en el cual todo resbalaba hacia la corrupción y la decadencia? ¿Acaso no el ritual? ¿Acaso no el ritmo en codificaciones más estrictas que las de las sílabas en el yámblico y en el alejandrino? Pues hermosura es contención y más bien defecto que exceso. Pues hermosura es deseo y no saciedad, y anhelo y no cumplimiento.

Por entre las cortinillas advertí el segundo vómito de la noche. Rateros que no habían encontrado a quién apuñalar y borrachos que regurgitaban apoyados en faroles.

—Mira la forma que impone la luna —divagaba el Duque, meditabundo—. Con ella se compara la soledad de la hermosura. Con el tañido de una campana o la austeridad de una rama desnuda la belleza se compara. Oye esta palabra: desnuda. Como si esa austera rama permitiera que su corteza le fuera arañada para presentar a todos su esencia. Ni por pudor, ni por temor de afrentar al mundo, debe ser cubierta la hermosura. Al regresar, pensé en un instante encerrarme en biombos y velarme, reservándome más puramente para mí mismo. Pero accedí a estar en el mundo. Oficiar para los demás. Encontrar un escenario, y si no lo encontraba, construirlo. Invertí el dinero que me había producido la venta de acciones de minas de oro imaginarias en comandita con el alcalde de Hadleyburg, en edificar el Teatro Olimpia. Aturdí a los albañiles ofreciéndoles banquetes cuyo resultado fue la concreción de una arquitectura gustativa y gastronómica que sirvió de cobertura exquisita para la suculencia de los espectáculos que promoví. En las tardes, antes de la función, paseaba por las calles en un coche tirado por dos caballos, con el capacete plegado de manera que pudiera distinguirse mejor la línea impecable de mis pantalones, el reflector de mi diamante y la ceremonia de los saludos que

hacía con mi pumpá. El valet vestido de azul y de rojo abría la portezuela para que yo descendiera a la Plaza Bolívar a tomar el fresco y contemplar el desfile de las damas, en cuya profunda biología yo concitaba humedecimientos. Como corte de oficinistas venían a ofrecerme sus vasos, los constreñidos de las jovencitas y los fláccidos de las ya libadas. Ronda y baile que cada tarde hacíamos. Del brazo de sus novios, esposos o padres, que fingían no mirarme, las damas inflexionaban la mirada y forzaban el suspiro con una inclinación de la cabeza a la cual yo correspondía con un bajar de párpados y una impasibilidad en los labios que ellas entendían como un «¡Ya sé!» Meneaban las caderas portadoras del vaso en ritmos que yo medía por la coincidencia de los pasos con las baldosas de la plaza, y de ellos hacía yo pitagorismos que me llevaban a conocer de antemano otros ritmos de sus movimientos. Yo vi a una señorita desmayarse cuando respondí a un revirar de sus pupilas conforme a las reglas del coqueteo artístico, tomando los impertinentes con la mano derecha, separándolos como media vara del caballete de la nariz y dirigiendo los ojos de soslayo en esa dirección personal. En vano hojeé aquel catálogo de rosados libros (dije bien libros: como pasar blandas páginas húmedas, de carne) esperando la que guardara la impasibilidad durante el acto. Pero las que encontraron forma y ocasión para entregárseme, todas, al ser penetradas, perdían la compostura y en la desarmonía de sus sofocos y palpitaciones hacían que nuestra unión fuera la del ángel sereno con la baja materia aún informe, y me ahorraré detalles infames, el olor de ciertas ligas, la charrería de cierta bombacha, la golosina con que se embutían y relamían lo que ha debido de ser sacramento y vehículo hacia una gracia particular y pasmo similar al que sentí cuando contemplé mi imagen aposentada en las linfas: ¡A tanto invitaba el cuidado y la perfección de mis ceremoniales! ¡De tal manera elegido y firme el repertorio de mis gestos! Yo oficiaba incomprendido. En medio de empapelados con dibujos de cisnes, abanicos de plumas de pavo real y cascadas de conchas marinas, me vaciaba en cavernas

que sentía remotas y que eran, en el fondo, bien en el fondo, el mar informe y seminal incapaz de recoger la perfección de mi figura para otra cosa que para mudarla y falsearla en la horrible libertad del azar. Recuerdo con bochorno a una señorita que escribía porque se fastidiaba, que me sacrificó los misterios de su receptáculo porque pude modularle en francés las noventa y seis entonaciones de la palabra chic. Con túnicas de dios griego y peplos de efebo posé para fotógrafos empeñados en hacer postales mitológicas. Como Orfeo, como Eros, como Adonis y como Paris desdobléme en actitudes divas, y en la Escuela de Bellas Artes posé para un jovenzuelo de dedos fungoides y ojos despiadados que me propuso comprarme mi esqueleto después de haberme representado en mi avatar único y esplendoroso como Narciso.

Por las calles, que dejábamos atrás raudamente, fluía el tercer vómito de la noche: espías trasnochados, serenateros sin clientes que arrastraban sus instrumentos, putas sin local fijo, perros sarnosos que olisqueaban las sobras de las sobras. Entre el silencio destacaba omnipresente el rumor de las cloacas.

—Mis triunfos como elegante y como empresario —prosiguió el Duque— me habían creado partidos contrarios y partidos favorables, pero yo los barría a todos con el desprecio, que es la ascesis del elegante. Por la ciudad se extendía el escándalo de mis levitas grises y mis cuellos triangulares y mis bombachos y mis guantes verdes y mis chisteras verdes y mi cinta del monóculo también verde, accesorios todos susceptibles de cambio según la tonalidad de la tarde, desde el rojo escarlata para los atardeceres veraniegos hasta el morado mapuey para las neblinas. Yo inventé la moda eucalistólica de usar en los sombreros cintas multicolores, porque yo soy multicolor, adoro las tonalidades, un día la morado arzobispo, amalgamando con colores que hagan perfecto pendant, otro, la azul mar adentro, otro, la verde ruborosa y salvaje, otro, la roja escarlata, otro la oscura, seria y pensativa. En eso supero a Andrés Fouquiers. Hasta que al final me cansó la abundancia húmeda de los receptáculos y la

incoherencia vacua de las portadoras. Volví a encerrarme entre espejos y me propuse por término y fin la contemplación. Contemplación detenida en la exterioridad del objeto, sin tentación de profundizar, ya que profundizar es el gran error de los investigadores, que quieren ir más allá de la manifestación sensible, es decir, de las superficies, es decir, de esa inexistencia que define los límites de los modos de existencia y los delata así como las fronteras definen y concretan un país. De tal modo, recluido en habitaciones llenas de canapés dorados y paredes de azogue, examinando la reflexión interminable de mi propio perfil concluí que la esencia es presencia, y por etapas intermedias y crecientes de éxtasis llegué al descubrimiento personal de la fealdad de Dios. Pues, ¿por qué Dios se oculta y se aleja y se invisibiliza si su entidad, nos dicen, lo llena todo fofamente y sin límites, como un éter? ¿Y por qué sólo se revela a quienes han destruido y aniquilado la capacidad de juicio mediante el sufrimiento y la monotonía y esa encarnizada concentración de la atención que, al cortar todo vínculo con los demás objetos sensibles, desarticula la facultad *comparativa?* ¿O por qué es aceptado también a esa visión quien ya hiede y es horadado por animales tubulares? Así actuaría un rey leproso que sólo admitiera a su presencia los súbditos después de cegarlos o contaminarlos. ¿Acaso el ente divino un monstruo? ¿El ser supremo un cadáver? ¿Y entonces maldita y rebelde y desamparada mi sublimidad? ¿Invertido el relato del primer día de la creación, cuando Dios, para no ser visto de aquellos a quienes creaba, habría dicho: hágase la sombra? ¿Y por ello tan larga insistencia en el precepto del amor a lo feo, lo desmañado, lo vil? ¿Y entonces, condenado yo al infierno de la exclusión? ¿Sin lugar en este universo corrupto de formas cotidianamente canceradas por el tiempo, sin lugar en el otro, el lugar de la *eterna* fealdad? Sentí por primera vez torcerse mi gesto en un rictus de dolor que aprendí a disimular justificándolo con el monóculo. Ambigua era la esencia de aquel gesto, de aceptación y malignidad, y ambigua la sensación que expresaba. En un mundo de fealdad,

eternidad y ocultación, me encontré hermoso, transitorio y público. Aferrado a mi destino como lo está el Otro al Suyo. ¿Más valioso un instante de hermosura que una eternidad de horror? ¿Más eterno un segundo de exhibición que un infinito de escondite? ¿Acaso todos equivocados, y el Ser A Cuya Imagen y Semejanza, la cucaracha? Una Gloria hecha de resquicios y de rincones oscuros y de ácidos olores. Y nosotros excluidos de ella. Perseguido por esta idea, escapé del azogado cofre de mis contemplaciones y me volví a exhibir. Pero mi elegancia era triste y mis admiradoras, lejos de mecer las ánforas portadoras del vaso, fingían anemias y palideces y ojeras y nervios a los que yo respondía con el lenguaje del pañuelo, distante, casi ido. Dilaté hasta lo inverosímil los rituales del coqueteo artístico. Muy pocas tenían la disciplina y el sentido estético necesarios para llegar hasta el fin. La contaminación de maridos lamentables o novios palurdos o mantenidos de poca clase actuaba sobre ellas como cepos o como esas doncellas de hierro que encierran a los torturados. Y a esas vastas construcciones del mal gusto, complejas e impenetrables como caparazones de cangrejos, debía yo amarles. Ello hacía indispensable cocinarlas en la vasta sofocación y espera de una pasión hasta hacer edible, casi líquida, la sustancia alimenticia y marítima de su estética. Pues en la mujer todo se presta a ser succionado y es ella toda una inmensa y adiposa teta plena y munífica, a cuyas expansiones y excesos cabe sólo oponer la regimentación y medida, y la absorción y lenta succión de su delicuescencia a través del canon del ojo masculino que calibra y juzga y limita y secciona y establece la proporción. La temblorosa y cefalópoda albúmina segregando la perfecta y armónica caparazón caracolar por la cual la biología asciende hasta la mística.

El cuarto vómito de la noche estaba compuesto de cuidadores de agonizantes que salían a buscar improbables medicinas, suicidas que paseaban para dar una última mirada a las calles que les habían comido la vida, seres escapados de las pesadillas que no encontraban a quienes los estaban

soñando. Los dejamos atrás, en un automóvil que rebotaba en los baches del empedrado.

—En estas contemplaciones, o al salir de ellas —continuó el embozado, envuelto en la difusa penumbra de la cabina del automóvil— decidí nuevamente exhibir mi belleza al mundo. Creando así, inversamente, un transporte de contrario signo. Pues si la destrucción de nuestra estética en medio de la maceración, el pus y la suciedad lleva a percibir la fealdad omnipresente tras el universo como un *arrobo,* como una *herida* y como un *trance,* mi belleza, ofrecida sin trámite y sin mediación a la vulgarizada percepción del mundo, debía engendrar estados de aberración intermedia, participantes del pasmo de la hermosura contaminada en la fealdad, de un mayor deleite que la ambigua expresión de mi rostro, de una mayor antinaturalidad que los producidos cuando las Hijas de la Tierra engendraron de los Hijos del Cielo, y nacieron los Gigantes. Génesis, 2, 4. Gigantes de desmesura creó mi paseo vespertino por la Plaza Bolívar. Encuentros bastardos entre la perfección y la charrería. Fascinantes babeantes retorcidos sucios *monstruos.* Centellas de mixta fealdad y belleza mutuamente iluminándose en el morbo dialéctico de su duplicidad: en un mundo de extremos en el que yo era uno de ellos, debía disolverme infinitamente en mixturas cada vez más remotas de esplendor y decaimiento, de entusiasmo y opacidad, de elegancia y abominación. Pues toda intersección de esencias es impura y por esos impuros todos los hijos de los dioses. ¿Condescenderá mi lástima a mencionar a mis grises imitadores? ¿Recordaré todavía los investigadores acuciosos que desenterraron los pergaminos firmados por los reyes de España en el año 718, en los cuales el Rey Pelayo confería a Tugifrido el título de Duque de Rocanegras, debidamente ratificados por Fernando VII a Eduvigis Montes, mi bisabuela, papeles que me acreditaban a mí, Vito Modesto Franklyn, como Príncipe de Austrasia, y Duque de Alava y de Cantabria y de los Esparteros, intentando localizar en un reptanto linaje situado en la historia el origen de mi perfección, tan única que debía

juzgarse atemporal y casi autogenerada? Y mencionaré la fiesta del Club Paraíso donde me exhibí en una bandeja, apenas cubierto de rosas, a fin de que mis admiradoras pudieran beber champaña en mi ombligo, para así mostrar mejor, sin paltó levita, aquel nudo corredizo por donde vine a este mundo dionisíaco: esta joya nacarada de mi ombligo, esta maravilla nona que el universo entero ha consagrado como la obra más perfecta que tiene cuerpo alguno, es uno de los dones de la naturaleza que más orgullo cáusame, es como una laguna dormida, toda llena de sinuosidades, pliegues y repliegues, pudiendo decirse de él que es una isla de porcelana enclavada en el mar de mi barriga: comenzando por la línea recta hasta la línea patidifusa circunfleja que partiendo del apéndice ígneo y de la concavidad piraminoide y pasando por la cuadratura circunferencial va a morir en la línea zigzagueante del brinco rabioso o sea la del tordito sabanero. Y también reseñaré el romance que se dio en atribuirme con una dama que, inevitablemente, se llamaba Alicia, y a quien correspondía el título de Princesa Piperazina du Midi. Este nuevo intento de burla, como todo lo que se hacía en contra de mí, encontró un florecimiento mítico y casi eucarístico en la leyenda de su belleza y de nuestros castos amores, que la fama expandió sobre la siesta torpe de esta aldea de la misma manera que el rocío tiende su caricia astral sobre los lúgubres paisajes de la noche y los transfigura con una nobleza glacial y resonante. Así, todo el mundo supo que la princesa Alicia tenía un palacio con infinitas habitaciones amobladas y decoradas con los distintos estilos de los períodos del arte, y que cada una de ellas abría sus balcones sobre parques zoológicos en donde eran domesticadas las pesadillas. Había fuentes murmurantes de perfume en cada uno de los aposentos, y de ellas fluían el origan de Coty, y un origan africano tan costosísimo que sólo lo usaba el boxeador Johnson. Cúpulas de cristal que imitaban la forma de las flores coronaban cada estancia, y nacían de columnas coronadas con todos los órdenes y todos los desórdenes, y entre ellas juegos de luces fingían a voluntad la

noche, el día, el alba, la aurora boreal y el crepúsculo, y Kinetoscopios y praxinoscopios movidos por ardillas plateadas proyectaban al azar juegos de todas ellas y esa concreción de todas sus variaciones que es el arcoiris. En el palacio de la princesa Alicia todos los pisos eran teclados y por eso sólo eran admitidos como visitantes los grandes ballets rusos que con sus pasos acumulaban de armonías y de sonoridades las estancias. Las formas exteriores e interiores del palacio repetían obsesivamente las de los miembros de las más bellas estatuas. Galerías inundadas de aguas de todos los olores y colores permitían el paseo en góndolas equipadas con cajas de música y tiradas por peces dorados. En el palacio de Alicia estaban todos los cuadros célebres del orbe, retocados por un artista melancólico que abrillantaba lágrimas en los ojos de todos los personajes. Y copias de todas las grandes esculturas, animadas por los juegos secretos del artesano que fabricara el ajedrecista mecánico de Kempelen. Y las paredes cambiaban de forma y de posición a cada instante al compás de perfectísimas danzas y el espacio estaba lleno de flores que los floristas creaban yuxtaponiendo elementos de otras flores y así el cladalia, la rosarita, el gladiúfar. Palomas mensajeras y colibrís mensajeros y abejas mensajeras llevaban de un sitio a otro los mensajes de amor. Y para los paseos por los sitios más hermosos de la tierra estaba dispuesto un automóvil de plata con seis ruedas, provisto de lavamanos, sofá, cocina y salón de concierto. Y para esos paseos me vestiría yo de corto, con zapatillas de raso morado mapuey, azules, rojas, con hebillas de esmeralda, diamantes y rubíes, y camisas mosqueteras de cuello amplio y bocamangas de encajes, y medias blancas de hilo búlgaro o de Bulgaria haciendo pendant con los pantalones, gorguera de encaje gris perla o amarillo canario; el bastón todo de una caña, de esas traídas de tierras extranjerizantes, tricornio a la negligée, guantes a lo mosquetero e impertinentes de carey, y zapatos con esmeraldas transparentes en sustitución de los vidrios, de tacón francés con abundantes lazos, para practicar el coqueteo artístico. Y digo así en fin que en la fábula casta

de mis amores con la Princesa Alicia, se encarnaba en el mundo real la visión fulgurante que me fuera concedida del Palacio del Rey de los Sueños, entre el torbellino de los Revógrafos de la Sala para Enfermedades Psicopatológicas del Bellevue Hospital. Y añado que, a medida que se expandía la enredadera de cristal del mito del Palacio, también brotaban en las calles de esta aldea, como zarcillos de ello, las rejas de hierro entrelazadas como matorrales y los edificios enjoyados de vidrierías enigmáticas y las fachadas ondulantes como bayaderas, y las casas en forma de órgano y de palacio egipcio y de templo maya. Y se extendía también el delirio de la epidemia a la cual se dio mi nombre, el vitoquismo. De vitoquismo padecieron los sablistas que se creyeron poetas y las jóvenes casaderas que se creyeron tísicas cuando sólo estaban estreñidas y los herederos que se gastaron las morocotas de la venta de novillos en aprender a manejar el tenedor en el París de Francia, pero también resultó vitoca la institución armada que se empavonó con cascos prusianos y se fortificó en castilletes de estilo militar florentino, y resultó vitoco hasta el propio Benemérito que se hizo retratar con entorchados y dio en la manía de becar escritores para que le dedicaran sonetos, y vitoco, con su perdón, hasta el propio Doctor Milagroso, que cogió la beatería por el lado de tratar de meterse a monje cartujo, y así para siempre quedó contaminado el país de vitoquismo, que es la exhibición vergonzante de la vanidad y todo lo contrario de la más sublime forma de la belleza, que es aquella que se da en esencia y no en actos, en existencia y no en fabricaciones. Pues no había en mi arte esa distancia entre el creador y la belleza del objeto creado, esa belleza que el primero observa con pasmo, con distancia, con extrañamiento, con amargura. Propongo aquí, entonces, esa restitución de la esencia humana que consistiría en cristalizar en sí propio la posibilidad de una obra exterior, para así romper el eternal divorcio entre *nosotros* y *nuestra obra,* que es como la disyunción venenosa de nuestro cuerpo y de nuestra alma, y de nuestra existencia y nuestro paraíso. Y

así, propongamos hombres para quienes no sean necesarias expresiones ni actos, porque todo efecto que quisieran crear estaría ya dado absoluta y trascendentalmente en ellos. Y así sería lograda la más alta forma del amor, que es aquella que no se derrama ni se extiende viciosamente desde un centro que, por deber sacramental y austero, debería ser su primer objeto y fuente de éxtasis. Esta concepción del mundo oponía yo a la esencia entrópica, desmañada y corrupta de la creación visible, en la cual, realizándonos en lo exterior, en lo que distinto de nosotros, nos dispersamos, nos vaciamos y lentamente morimos desgastándonos en una cada vez más baja y degenerada nada (de la que esperamos, por toda recompensa, recibir *reflejos* de nuestros actos). De allí la miseria y vulgaridad del universo sensible, excrecencia o tumor de la vergüenza de un Dios que pecó contra el único y universal mandamiento que resume todos los restantes: el de amarse a sí mismo. ¿Necesitaría acaso la plenitud de otra cosa que de sí misma? ¿Y la belleza y la gloria, de otra cosa que de su propia complacencia? No: de la *duda* nació la necesidad de la creación de un universo que sirviera para la *comparación,* y de ella el *horror de sí mismo,* y de este último ¿quizá? la disposición de este universo como una herramienta o arma a través de la cual fuera posible morir. De la misma manera que perecemos de nuestros actos. Imaginémonos, así, que este universo (o el que cada uno de nosotros crea) es el guijarro espantoso que el hombre primeval pulió y afiló para henderse el pecho y así realizar *por vez primera* el ciclo perfecto del ser, en el cual este último a) se conoce a través de su acto, y b) se destruye, para así sentir el efecto de su ser sobre su propio ser, de una manera que no logró al nacer, pues sobre este acontecimiento no actuó previamente nuestro ser. ¿Acaso yo también, como ese Dios al que entreveía, había creado este mediocre universo en el cual el Club, en el cual los pergaminos de nobleza, y es este el espejo trémulo en el que un día tendré que contemplarme? Pero juro que no ha sido decisión de mi voluntad crear este mundo, porque yo lo habría

creado hermoso. El universo es ajeno: de allí los escondidos horrores que guarda, de allí que en los mejores lugares y acaso los más rientes parajes esté de repente involucrado un *sórdido* aspecto que nos hace desviar la mirada. Como si discirniéramos el esqueleto bajo las carnes de nuestras amigas.

A través de las rendijas de las cortinillas yo percibía el quinto vómito de la noche. La velocidad del automóvil permitía visiones confusas de sacristanes que escribían obscenidades en las paredes alumbrándose con linternas sordas, gargajosos que escupían las aldabas de las puertas, clasificadores de inmundicias, oledores de alcantarillas, coleccionistas de mocos.

—Así, clasificado el misterio del equilibrio funesto entre mi ser y el de Dios, sentí echárseme encima la espada del Arcángel del Tiempo —continuó el Duque, indiferente a los borrosos espectáculos dibujados por la noche y la velocidad—. Señal inequívoca de venganza, ya que nuestra primera intuición de que estamos a punto de descifrar el mundo, coincide siempre con la certidumbre de que esta espada horrible nos hiere. Y, puesto que el tiempo disolvía y detenía todo, dí en inventar la perduración perfecta. Y, por cuanto el tiempo tiende hacia la dispersión entrópica, dí en hallar el perfecto orden de la eternidad, y descuidé mis ocupaciones de empresario teatral para ocuparme de la investigación del móvil perpetuo. Conocido el objeto de mis intereses, no tardaron en presentárseme por decenas los inventores. Usando los poderes de flotación del corcho, las maravillas de la palanca, las regularidades del péndulo y los misterios de la compresión de los gases, los inventores, catalanes o isleños o vascos de oficios improbables, me propusieron modelos que eran siempre desarticulados, tras largas o cortas agonías, por la esgrima del Arcángel del Tiempo. La fuerza ascensional del mercurio dentro de los barómetros y la variación de la aguja magnética de la brújula fueron propuestas inútilmente. Ruedas miríficas, con apéndices retráctiles, estrellamares con tirantes elásticos y aspas de molinos con brazos de longitud variable fueron heridas en el corazón

por los mandobles de las tres espadas del cronómetro. Inspeccioné variaciones del sistema de muelles desarrollado en 1839 por Jacob Brazill, gobernador de la Isla de Trinidad. Tuve que espantar de mi sala de recepción a judíos ucranianos que me proponían un continuum mobile psicológico fraguado en base a la exasperación del *deja vu*. Durante largas noches me fatigué sobre los planos de una máquina que transfería la energía de uno a otro de sus polos en diez millones de años, y cuyo primer ciclo, por lo tanto, duraría acaso más que la raza que lo había creado. Propúsome otro la construcción de un núcleo de quietud o éxtasis dentro del cual el observador percibiría el resto de la naturaleza como movimiento inextingible o perpetuum mobile. Un irlandés estrafalario a quien hice despedir con mi chofer Laberinto, me propuso la pantalla capaz de anular la gravedad, de donde a voluntad el vuelo sidéreo, de donde a capricho la máquina indetenible. Y aún debí rechazar a otro sajón sospechosamente parecido al primero que me solicitó financiamiento para una Máquina del Tiempo que eternamente regresaría al instante presente siendo así un móvil perpetuo en medio de los ríos inmóviles de la eternidad. Comisiones de espiritistas me tentaron con campanas neumáticas dentro de las cuales los espíritus moverían mesas saltarinas, y optometristas españoles me propusieron sistemas que trabajarían con el peso de las imágenes en los espejos. Por mi parte, estando predestinado a las reflexiones en los líquidos, empecé el perfeccionamiento de un vasto alambique que hacía subir por capilaridad sus fluidos hasta un recipiente de donde descendían por gravedad hasta un molinete para luego ascender nuevamente por la magia de los capilares. Exigí del fabricante grifos de bronces en forma de gárgolas y cubetas de estaño ornamentadas con hojas de acanto. En la tina principal, un bajorrelieve donde la Gloria y la Fama coronan de laureles al Inventor. Pero antes de que estuviera completo el ingenio, cedí a las seducciones de un profesor andaluz que concluía su máquina en la trastienda de un taller valiéndose de la combinación de tensiones neumáticas de varias máquinas de fabricar gaseosas.

El taller se alzaba en las afueras, y una grita de pillastres saludó la aparición de mi capa y del turbante de mi chofer Laberinto. Perros grisáceos de color de aceite mineral, nos gruñeron vagamente. El inventor era también mineral, reseco, repetidamente mutilado: cojo, tuerto, faltaba más de un dedo de sus manos y más de un diente en sus encías. Me condujo hacia una batería circular de máquinas de hacer gaseosas, que con sus esferas de bronce parecían maniquíes pensativos. La prodigiosa fuerza neumática se concentraba en un tanque central, cuyo zumbido era contrapunteado por el gruñir de los perros y la grita de los pillastres que se asomaban por los ventanucos del taller para gritar ¡el loco! ¡el loco! En aquel semicírculo de dólmenes carbonatados, percibí un escenario sacro, y, en nuestros movimientos, una ceremonia. El pulimento de las esferas de bronce me reflejaba infinitamente y convertía a las máquinas en ojos que me miraban, atroz, deforme, invertido. Argos. Me situé en el centro del redondel de las esferas, como el sol en el centro de su cortejo planetario. Desarrollé una cosmología de la vanidad, conforme a la cual las estrellas se miran en la pluraridad de los mundos habitados. Yo concentré la mirada en el globo central, y, en ese momento, la máquina estalló. Cuando recuperé el conocimiento, en el hospital, me había sido amputada una pierna y mi cara, sombría, dejaba ver incipientes arrugas. La batalla estaba perdida.

Al callar el Duque, presentí que por las calles desfilaba el sexto vómito de la noche. Rondas de chismosos se sorbían los unos a los otros el culo para así intensificar la mierda.

—Al salir a la calle —continuó el Duque, tras larga pausa— como un presagio y a la vez un símbolo, me encontré con el Mimo del Duque de Rocanegras. Dicho Mimo, que nació para ser derrotado, había dado en imitarme. Dicho Mimo, el cual fue hecho *para recordarme cómo hubiera sido yo si hubiera nacido mediocre,* en todas partes y *dolorosamente me devolvía los restos de mi imagen.* Y así, al encontrármelo, lo vi desplomarse en su fracaso, porque si antes era incapaz de igualar mi fatuidad, ahora era incapaz para

tan siquiera empezar a remedar mi tragedia. Y entonces palideció, pues para mimarme debía *amputarse una pierna,* y cada instante del día y la noche le reprocharían su falta de valor y le darían el mentís de su manía espejeante, dejándolo en el abismo y la irrisión de *no poder asemejarse a aquello que odiaba,* que es en el fondo el deseo de *mejor odiarse* que florece en algunas almas. Lo dejé atrás sin dedicarle una segunda mirada.

Otro largo silencio se abrió en la cabina acolchada del automóvil.

—Nunca abrí los grifos ornamentados que hubieran liberado el torrente ininterrumpido de mi máquina de capilaridad —añadió finalmente el Duque—. Me moví sombríamente por mis habitaciones, condenado al chirrido de mi pierna falsa. Comencé a sentir por primera vez el temor de la luz y la irrisión del sol. Durante mucho tiempo me vendé los ojos y anduve a tientas rompiendo pavos reales de porcelana y jarrones de china, hasta que comprendí, con amargura, que yo lo que tenía no era el miedo de ver, sino el terror de ser visto. Pues tan infinitamente indulgentes somos hacia nosotros mismos, que podemos soportarnos todo, hasta la declinación. Y esta es nuestra peor bajeza.

Con un escalofrío, sentí que por las calles corría el séptimo vómito de la noche. Aferré las cortinillas, para no ver, para no ver. Descubrí con espanto que dentro del automóvil había moscas, inmóviles, pero imposible saber si dormidas. Todavía cerré los ojos, imaginándome el terror de un animal sin párpados.

Dí en atisbar el nacimiento del sol —prosiguió el Duque, que quizá me miraba— para descubrir una creación en donde era todo agrietado, desgastado, sucio. Dí en hacer estadísticas del mundo para precisar en qué porcentaje esos adjetivos eran aplicables a todas las cosas. Y entonces me acostumbré a salir únicamente en las noches muy oscuras. Sorteando los riesgos de las farolas del alumbrado público

y de los faros de los landós y de los automóviles, ensayé posiciones contra la luz y determiné las variedades románticas del embozamiento. En los sitios nocturnos exigí siempre los reservados más oscuros, y obtuve que me precediera un criado extinguiendo candelabros. Hace tanto tiempo que no he visto el reflejo de mi casa, que ignoro quién soy. Amenazado de espejos, vivo en un mundo subrepticio en el que desde cualquier lado puede agredirme la revelación. He descuidado el charol de mis zapatos, limado el pulimento de mis gemelos, pignorado el reflector de mi diamante, y damasquinado la tapa de mi cebolla, a la que he dejado de dar cuerda. Con mi capa cubro los charcos, no por temor de que me salpiquen, sino por miedo de que me reflejen. A su debido tiempo, mis galgos rusos y mis admiradoras fueron repartidas entre mis amistades: temí verme reflejado en pupilas a las que el amor no haría mentirosas. Y a usted, que, según me han dicho, huye de la imagen de la víctima de un acto suyo, le pregunto —no abra los ojos, no me mire— si no es nimio su terror al lado de la huida de un hombre *cuyo único acto es él mismo*. Laberinto, ¿están muy luminosas las estrellas?

—No, señor. Nubladas —contestó por el tubo neumático una voz que adiviné cascada. Toda ruina y toda sombra, como la de mi interlocutor.

—Entonces abre la puerta y deja salir al señor. Estamos ante su residencia.

Estreché los guantes, que eran como nieve. No quise atisbar sus facciones. La puerta se cerró y el automóvil se perdió de vista. Yo era el último vómito de la noche.

—Alonso, ciérrele la puerta a esos vergajos.

—No se puede, Don Gonzalito.

—Caribes que vienen a carnearme pidiendo porcentaje de todos los contratos para las elecciones.

—Son médicos, Don Gonzalito. Le abren las carnes y los huesos para sacarle esas aguas que le encharcan las vísceras.

—Yo salgo de todos los charcos, Alonso. Acaso iba a seguir toda mi vida pagando sobornos para conseguir créditos y subsidios. Dejándome despellejar por los distribuidores de carne y los vendedores de alimentos para ganado. Ven acá, que quiero decirte una cosa.

—Cerquita para ponerle la nitroglicerina bajo la lengua.

—Vaca hiede a mierda.

—Todo hiede.

—Se lo llevan todo a dentelladas. Estos huesos me los arrancaría de la fosa que me han abierto en el pecho, y se los tiraría, si la durmición de los dedos no me hundiera más en este ribazo donde me siguen royendo.

—Son los torniquetes y sangrías para bajarle la tensión.

—Cállate indio güevón que la miel de la nitroglicerina ya me está llenando otra vez la cabeza de campanas.

—Aquí llegan los papeles. Declaratoria de quiebra de la firma Aquilaca por cese en el pago de sus obligaciones mercantiles. Demanda de rendición de cuentas y revocatoria de poder para administración de bienes por parte de la sucesión González. Demanda de declaratoria de interdicción y de incapacidad para el manejo de los bienes propios, introducida por sus hijos Gonzalón y Gonzalillo. Demanda de divorcio y petición de separación de bienes de su señora esposa Lastenia González de González. Demanda por pago de honorarios profesionales y medidas preventivas de secuestro de inmuebles, embargo de muebles, inmovilización

de cuentas bancarias y prohibición de salir del país, introducida por su abogado López y López.

—Es mucho mejor ahora que me ha reventado la cabeza. Los trozos caen en el agua, y sería tan bueno si no fuera que todavía me mordisquean los pedazos.

—El señor Presidente del Instituto, el señor Ministro, el señor Director de Administración y el señor don Diputado están siempre en conferencia y no pueden recibir sus recados.

—Hubo otros tiempos, cuando los políticos iban en mula al hato a pedir favores. Mi tatarabuelo Gonzalo González se fue a Europa por no sentirles el mal olor. Ahora soy yo el que hiede.

—Aguas estancadas del edema y aguas podridas del catéter.

—No es eso. Ahora cualquier comemierda me hace esperar tras una puerta.

—A esperar se aprende.

—Qué otra cosa hemos hecho. Yo personalmente quemé todas las cartas de mi tatarabuelo Gonzalo González, que se fue a Europa a alternar y a codearse y no encontró más que puertas. En papel florete llevó la cuenta de los salones que se le cerraron y de los visillos desde donde lo atisbaron y de todos los círculos que se le rieron. La hija de mercero sin dote con quien se casó fue la que lo sacó de las nubes, la que le explicó que vaca hiede a mierda. Y todavía tuvo que abandonarlo por un cómico, para que mi tatarabuelo hiciera su juramento: Pues comerán bosta. Por eso regresó al país a meterse en las guerras, y de allí vino tanta sangre sobre esta tierra.

—Ya no hay tierra, Don Gonzalito. Se la llevaron los papeles.

—Oye esa escopetería, indio pendejo. Suena por el triunfo de Gonzalo González. Humilló a todos los espadones que se rieron al verlo vestir a la última moda, y vendió cuatro revoluciones y una guerra larga para regresar a Europa a enlazar sus hijas naturales con cazadotes y a coleccionar títulos nobiliarios comprados. Hugo lo saluda, en

uno de los palcos de la ópera: *He visto al más salvaje y al más sabio de los hombres. Desde su gabinete en los Campos Elíseos rige con leyes patriarcales países de fábula y solvas de vértigo. Por medios de barbarie hace triunfar la luz, abre desiertos ignotos a la vida del comercio y la palpitación titánica de la industria. Este coloso que repele y que fascina me ha dicho: Yo me sacrifico al destino terrible de autócrata sin otro tormento de conciencia que renunciar al de poeta.* Fundará una dinastía de civilizadores. Su tataranieto será entrevistado por Fortune y regirá con mano de hierro la transición de una economía feudal a una tecnocracia impetuosa, soslayando los escollos de la ya clásica inestabilidad política latinoamericana.

—No es así. Su tatarabuelo murió en un pleito de linderos y a usted lo tasajearon los políticos.

—Apaga esa luz, Alonso, que parece un fogonazo.

—No hay luz hace tiempo.

—Entonces me comen ya los ojos. Con qué lengua te hablo, que la saliva la ahoga.

—Usted se imagina torrentes, pero no hay sino la gota de este frasco conectado con el tubo de la flebotomía, que dándole a la llave así, se puede hacer correr más rápida hasta que el encharcamiento le anegue las vísceras como un ribazo que ya no se puede desaguar con las sangrías, y su esqueleto caiga en las aguas más hondas. Para siempre, Don Gonzalito.

ESPEJOS TRAS EL DILUVIO

Encandilado por el fulgor del valle de las lunas enterradas, corrí todo el día por pistas de pedregullo. Mis pies reventaban fósiles de delicados peces, tortugas erizadas, insectos armoniosos. A la tarde la misma exacta luna me condujo a un pueblo donde, siendo que todo es hecho por Dios, todo estaba hecho a semejanza de Dios. Talladas puertas, paredes, tejados, cucharillas. Desde los más humildes utensilios, desde los más ocultos vasos, nos miraba múltiple e infinito el rostro de Dios. El terror de este pueblo era el de la blasfemia, pues al pisar las calles, en ellas se pisaba la multiplicación inacabable del rostro de Dios, y los atributos de la divinidad asaltaban desde los goznes de las puertas, desde las rejas de las ventanas, desde los aleros, que ahora se hundían en la noche que desintegraba el mundo.

Pero yo no quería ver a Dios, es decir, a mí mismo; quería olvidarme de haber sido alguna vez Dios y de haber sido yo mismo. A lo lejos, en una calle flanqueada de puertas unánimemente cerradas, vi que pasaba un muchacho con un chaleco de escamas de metal y de vidrio. Escamas que espejearon hasta el terror en los infinitos ojos divinos excavados en calles, paredes, ventanas. Advertí que las reflexiones formaban una incandescente red de agujas de hielo y que las imágenes reflejaban las imágenes conforme a leyes intratables y crueles como peñascos, hasta que la reiteración de las formas fue aniquilando todo contorno salvo la figuración omnipresente y cegadora de la divinidad, indiferente a todo, incluso a su propia espantable monotonía y ponzoñosa redundancia, e imponiendo su presencia incluso a mi desgarrado cuerpo, a mis excreciones fétidas, que estallaron en agujas de divergente y giratoria luz que a su vez perforó el resplandor que telarañaba la noche. Leprosamente florecido mi cuerpo mismo en la figuración de Dios.

Me cubrí los ojos y hui. Escupiendo a diestra y siniestra.

Me acogió una noche cuadrangular, como un féretro.

Antes de darme cuenta, el sol había hecho una nueva cabriola sobre mi cabeza, y había regresado la precisa e insistente luna. Vericuetos perdidos me llevaron a un pueblo silencioso por cuyas paredes se arrastraban rebaños de caracoles. Una frialdad en los pies me hizo detenerme y ver que la calle estaba empedrada de lápidas. Entré a una casa y encontré su piso también cubierto de túmulos y estelas mortuorias. En viejas alacenas y escaparates de podridas puertas palpé huesos atados con cintas mustias. Y en las paredes divisorias de varios metros de espesor, lagrimeantes de antigua esperma, nichos destapados, restos de latón, cenizas, minuciosas pieles traslúcidas abandonadas por serpientes. De vez en cuando amenazaban mis piernas enzarzadas cruces de hierro. Erizos broncíneos. Cadenas ornamentadas que cercaban los sepulcros. Creí ver cuerpos que dormían entre las cubicaciones de granito y de mármol, pero no me decidí a tocarlos. Tanteé la sustancia de los muertos en las paredes, en las cortezas de los árboles, en el polvo. Muertos amasados en el mortero de las paredes y muertos sorbidos en la caña brava de los tejados y muertos cocidos en los ladrillos y muertos hechos aire, vagando como vapores. Pues en aquel pueblo los restos no perdían su identidad y al morder aquel fruto se sentía el sabor de la solterona y al apoyar la mejilla en aquel postigo se sentía la reseca piel del jornalero difunto y al respirar aquel aire se sentía el deseo de la extinta novia. El pueblo donde la muerte no era el olvido, cuando lo único que justifica a la muerte es su gran olvido, su gran borrar de las páginas para dejar la blancura. Siempre la sucesiva blancura que permite escribir de nuevo en la página limitada y rasgada del cuaderno del mundo. Pensé en un mundo finito en donde el número creciente de los muertos fuera extendiendo los cementerios hasta ocuparlo todo. Pensé en un mundo donde el espacio para almacenar los recuerdos no dejara cabida para el sucederse de los actos. Pensé en un mundo espectral, todo memoria de lo que había sido, y donde nada nuevo podía ser porque nada viejo era aniquilado. Sentí la gravitación y el terror

de la siempre más abundante muerte aplastando nuestra irrisoria pasajera vida. El vértigo de las muertas entrañas de la tierra y del muerto abismo que me separaba de la luna, y en ésta, las muertas mejillas de pulverizada piedra y el muerto ludir de las piedras lloviendo desde los espacios, y en éstos el muerto centelleo de las estrellas y el muerto infinito anterior y posterior a mi muerte.

Húmeda luciérnaga, iluminé de un verde espectral la zigzagueante estela de mi existencia en la gran noche donde se consumían los fuegos fatuos, las provisorias luces, las chispas temblorosas, volviendo hacia la gran oscuridad, durmiendo en la grande y omnipresente muerte sin nombre y sin rastros. Sólo aquel pueblo estriado de memoria. Donde en cada sorbo del agua conservada en los floreros de piedra bebías un recuerdo. Donde en cada terrón te comías el color de un ojo, el tono de una voz. Los caracoles comenzaron a resbalar por mi cuerpo y en sus estelas húmedas quedaron sobre mi piel existencias perdidas. Eran como otras tantas lenguas que a mí, muerto andante, me saboreaban. Serpentinas oleosas, en mi cuerpo como en una ciudad se encontraba y desencontraba la sustancia de los seres. Fosforecí como un gran animal atigrado de destinos.

No pude afrontar la pesadilla del amanecer en aquella fosa donde se iniciaba el cementerio que cubriría la tierra. Golpeándome con el frío hierro de las verjas ornamentadas y el sanguinario mármol de las alegorías, huí. Hacia un país donde la muerte garantizara la disolución de mi transitoria, vergonzante, putrefacta memoria. El sol me encontró caminando y me sumió en un mar de fuego.

Al mediodía habían muerto todos los caracoles.

Dando tumbos avancé por el campo hasta que encontré vegetaciones y advertí que los árboles estaban plantados en filas y que entre sus copas se deslizaba una luna nimia y exacta y que entre las hileras de árboles había veredas trazadas con exquisita geometría y que al final de las cenicientas veredas se extendía la pulcra calle de un pueblo. Entendí de repente que aquel era el pueblo perfecto, en

donde los habitantes decidieron instalar la morada límpida de las horas, el sitio en donde ni desidia, ni pecado ni desgano impedirían el avance majestuoso de la perfección modesta y de cara lavada. Sentí la ciencia exacta con la que habían sido podadas las rosas y la orientación justa de cada uno de los capullos, la belleza de los pájaros y las flores pintadas en los marcos de las puertas, el ritmo igual y discreto de las gotas de los tinajeros, la medida cruel y puntual de los amores y las pasiones en aquella joya de perfecciones en donde todo, hasta vejez y muerte, se hacía de una manera cabal y simétrica, en donde las rayas de los pantalones eran trazadas con regla y nadie estaba ni muy temprano ni muy tarde y en las vajillas no había roturas y en los caños no había óxido y todo era siempre nuevo o como nuevo. ¡Perfecto hasta el ronronear de los gatos y los lametones que se daban en sus garras hermosas! Perfecto el beso de los novios y la arruga de las almohadas y las sumas, restas, multiplicaciones y divisiones y los deberes escolares y el ajuste de los adoquines en la calzada de la plaza del pueblo alrededor del cántaro de la fuente.

El pueblo se extendía a mi alrededor neto y despiadado como un relámpago. Con el manso y preciso y humilde y solitario poder de una ola o de un alveolo, se ofrecía a sí mismo su propio ser y libaba la embriaguez armónica de su proporción y de su cuido, maceta donde los sueños perfectos de los pobladores se desarrollaban en escalas resonantes y destacaban el juego y la gloria de las constelaciones metálicas. Como el golpe de uña en una copa de cristal el pueblo se me apareció. Mis labios temblaron.

Como si pisara una plancha ardiente, levanté alternativamente mis pies mugrientos de la calzada que resplandecía sonora y casta como la nota musical de un arpa, y pensé en la eminente aurora y en el despertar inevitable de tantos durmientes sin pesadillas que encontrarían su cáliz profanado. Mis dedos que habían manchado las paredes impolutas, mi cicatrizada desnudez caligrafiada de costurones, que contaminaban los aires y sembraba el desconsuelo entre los

perros pensativos y mansos que salían a olfatearme. Mis huellas que habían sembrado el caos en las ordenadas sendas de los lagartos y en el plan de los paseos dominicales. La luna se zambullía en el horizonte, y el alba me encontró inmóvil, en una luz de leche, contemplado desde los postigos por rostros serenos, por padres que aceptaban la ruina sin una palabra y madres que sonreían ante la corrupción y niños que adivinaban el fin de la infancia, transparente e inmensa como una gota de agua.

Allí, en el centro de la plaza, yo, como un portador inexperto con la vajilla de la felicidad hecha añicos o como un niño ante el pájaro muerto a pedradas, puesto que después de mi paso nada volvería a ser igual ni la medida de las cosas sería exacta, y por la rendija de mi recuerdo se deslizarían la caries, la pereza, la desidia y la muerte. En el cántaro de la fuente, bajo el sitio donde yo apoyaba la mano, crecía un limo untuoso y se revelaba una grieta que parecía antigua, pero que sólo ahora se mostraba.

El cántaro cedió con un ruido seco y vertió por la hendedura una azumbre de aguas estancadas que arrasó las flores.

Eché a llorar. Corrí. Por las calles me miraban hondamente niños que sabían lo sucedido. Choqué, devasté los árboles plantados a cordel, sin darme cuenta aplasté las orugas de donde saldrían las perfectas mariposas de la estación seca. Un sol de oro volvió a situarme en el horror del desierto, de los animales muertos, de la roja tierra.

PISO 64

Deje que le abra la puerta del carro, señor don, señor don diputado, usted no se arrecuerda de mí, lo llevé en la cacería de, en paz descanse, don Gonzalito, le cargué las escopetas, le levanté los venados para que usted les disparara, ah, sí, claro, vea, así de repente, un hombre tan sano como el señor Gonzalito, pero morirse, cualquiera se muere, mosca, vea, todavía no han cerrado la tapa, fíjese, como si estuviera comido por dentro, así, tan cambiado, usted sabe, la viuda anda en cura de sueño, y los hermanos, usted sabe, ellos que siempre estuvieron tan peleados por la cosa de la partición de las tierras, y el hijo mayor Gonzalón que viene de Suiza y la hija menor que no la han localizado en Niza, y Pirulí y Coco en el bufete del abogado, quién iba a pensar, hace tiempo de cacería, y ahora esta desgracia, le traeré un café o si quiere una ginebra o si quiere un brandy, señor don diputado, tarjetas sí, muchas tarjetas, y muchas coronas han traído, y telegramas los hay, pero ha venido poca gente, usted es el primero de los que iban de visita al hato que veo, ni el general, ni el senador, ni el ingeniero, ni el obispo, usted que es consecuente, sí, Alonso, yo soy Alonso, qué memoria la suya, señor don, señor don diputado, Alonso el que le cazó los patos, y las guacharacas, el indiecito que recogió don Gonzalito Gonzalo González, con la particularidad de que ahora sin jefe, no sé qué haré, papeles de identidad no tengo, imagínese, como si no existiera, yo no sé, señor don diputado, si para algo podrá servir un hombre que no existe, disparar sí, disparo bien, usted se arrecuerda, donde pongo el ojo pongo la bala, mire, yo a usted con un máuser le tumbo cualquier cosa, un gavilán se lo bajo de lejos, y un váquiro se lo volteo, y un araguato se lo tumbo, que chillan como gente, ah, y también manejo y cocino y sirvo bebidas y sé bañar caballos, no, en el servicio militar no he estado, mosca, si ya le dije que no tengo papeles, soy como si no fuera, señor don, señor don dipu-

tado, y cargaré con tu urna, don Gonzalito, y te echaré encima tu tierra, don Gonzalito, y por un vivir, llevaré sus recados, señor don, manejaré sus carros, señor don, lo llevaré al Congreso, señor don, lo llevaré hasta el partido, señor don, lo llevaré hasta el naiclú, señor don, regaré sus jardines, enceraré sus Cadillacs, traeré su alkaselzer, limpiaré sus revólveres, guardaré sus espaldas, sus espaldas se las guardaré, señor don diputado.

FAVORITA MELODÍA SU

Yo antes de venir me comí una arepa con mis admiradores, cloclopó cloclopó, les interpreté *Adiós muchachos, compañeros de mi vida,* y hasta una cerveza me brindaron, cloclo clocloclopo, *con el llanto en los ojos, alcé mi copa y brindé por ella,* no podría despreciarlos, *era su último brindis,* y ahora en el patio de la planta televisora espero, *esta noche* serena, cloclopo cloclopo, *sin luz de luna,* espero toda la noche espero a que por la mañana repartan las entradas de La Tómbola de la Felicidad, es que con las entradas han hecho todo un mercado, es que las reparten entre las influencias y las amistades, y después las revenden, las entregan por un porcentaje de los precios fabulosos, mismemente un tráfico, otra que los abusadores, a las nueve que dan las entradas empujan y se ponen de primeros, por eso toda la noche completa esperamos en esta cola, yo me distraigo interpretándoles a los otros aspirantes su melodía favorita, cloclo cloclopo, *noche de ronda,* cloclo cloclopo, *que triste pasa,* cloclopopopo, hasta que todos se van durmiendo, con las chaquetas o los periódicos viejos de almohadas, yo no, yo no, no vengan y me quiten el puesto, noches enteras he pasado

en vela esperando los tickets para Su Fortuna Millonaria y también en Explosión de Estrellas, dos noches esperé para conseguir el pase para Teletalentos pero los patrocinadores descontinuaron el programa, y qué sueño, y qué frío, no gracias, café no quiero, si es que está amargo, aparte de mí ese vaso, *por andar tras de su huella,* cloclocló cloclocloclo-clopo, *yo bebí incansablemente, en mi copa de dolor,* pero si no hay azúcar cómo se hace. *Cómo no quieres que llore,* gracias, no está caliente, *cómo no voy a llorar,* pero conforta, *si una sola vida tengo,* así a sorbitos se siente menos *y me la quieren quitar.*

Imagen	Audio
Hombres envueltos en lla- mas zamuros que desgarran vís- ceras: mares que se precipitan en el vacío: huesos rotos: liebres que empollan ojos humanos: galaxias leprosas: regimientos de ratas: hom- bres devorados por los pe- ces:	LA TÓMBOLA DE LA FELICIDAD EL ESPECTÁCULO CUMBRE DE LA TELEVISIÓN LA TÓMBOLA DE LA FELICIDAD CADA NOCHE UN MILLÓN LA TÓMBOLA DE LA FELICIDAD CADA NOCHE UNA ATRACCIÓN LA TÓMBOLA DE LA FELICIDAD TODO LO QUE HAY EN LA TIERRA SE LO DARÁ A NOMBRE DE STERLINGMATIC VIBROMATIC EL ÚNICO CON SONORIDAD INCORPORADA CON QUICO VENTURA QUIEN LES HABLA KITTY KATTY Y KETTY Y LAS FABULOSAS

rumberas de goma: univer-
sos
que chocan con universos:
acróbatas que caen de la
cuerda:
vómitos radioactivos:
peleas a cadenazos: niñas
muertas con misales de ná-
car
en las manos: rayos que-
madores
de retinas: Tantanil, la es-
pada
del Caballero Águila: gan-
dolas
arrastradas por la inunda-
ción:
cilindros penetrando en ém-
bolos

MARAVILLOSAS
ESPECTACULARES
ORQUESTAS Y
ATRACCIONES DEL SHOW
¡LA! ¡TOM! ¡BO! ¡LA!
¡DE! ¡LA!
¡FE! ¡LI! ¡CI! ¡DAD!
Y DE ACUERDO CON LA
MECÁNICA DEL
PROGRAMA
SE ENCARGA A LA
PRIMERA SORTEADA
ELEGIR EL PRIMER
CANDIDATO A REY
VIBROMATIC
CÓMO SE LLAMA USTED
SEÑORITA
ELIJA USTED SU
CANDIDATO SEÑORITA
DELE USTED UN BESO
SEÑORITA
¡UN BESO! ¡MÁS FUERTE!
¡SEÑORITA!
UN APLAUSO Y TOME
SUS TREINTA BOLÍVARES
Y NUESTRO AMIGO
QUEDA EN LAS MANOS
DE KITTY KATTY Y
KETTY
MÚSICA MAESTRO
AHORA DÍGAME AMIGO
LE GUSTARÍA SER REY
DE LA TÓMBOLA
¡CORRECTO! Y KITTY
DA EL PRIMER PASO

cuerpos flotantes: llagas
sifilíticas: indios empalados:
miembros encadenados: le-
chos
de diamante: ciegos conda-
cidos
por locos: hombres sin ce-
rebro: nudistas untados de
alquitrán pianos apolillados:
mares inteligentes: moscas
que lo miran todo: hombres
enterrados vivos: superhé-
roes con trajes de espejos:
balas que revientan dentro
de cerebros: monstruos he-
chos enteramente de puer-
tas: perros envenenados:
verdugos coronados: hilos

CON LA CORONA
AHORA DÍGAME AMIGO
QUIÉN ES EL REY DEL
HOGAR
¡CORRECTO!
STERLINGMATIC
VIBROMATIC
Y LOS DEMÁS QUEDAN
ATRÁS
Y KATTY DA EL
SEGUNDO PASO CON
LA CORONA
Y AHORA AMIGO
DÍGAME QUIÉN ME
PERMITE DIRIGIR LA
TÓMBOLA
QUE TODO EN LA TIERRA
SE LO DARÁ
¡CORRECTO! Y KETTY
DA EL TERCER PASO
CON LA CORONA
Y YA TENEMOS UN
NUEVO REY DE LA
TÓMBOLA
¡UN! ¡A! ¡PLAU! ¡SO!
SU ROPA. SUS NIÑOS.
SUS MANOS. QUEDARÁN
MÁS LIMPIAS. SI USTED
LAVA VIBROMATIC.
KITTY KETTY Y KATTY
PREPARAN LA VENDA
SIGUIENDO LA
MECÁNICA DEL
PROGRAMA
LOS CONCURSANTES

invisibles amarrados en to-
das las cosas: dioses putre-
factos: hombres sin exterior
y sin exterior: mandarinas
en las manos de un esque-
leto: máquinas que sólo sir-
ven para hacer otras máqui-
nas iguales a ellas: monta-
ñas de basura: carnes caute-
rizadas: universos utilizados
como proyectiles hombres
repartidos en piezas:
tanques que embisten cam-
panarios: mujeres rifadas:
hombres encerrados en esfe-
ras de cristal: motocicletas
al rojo vivo: masas de sen-
tidos: laberintos vivientes:
un animal que es todos los

TRATARÁN DE DERRIBAR
AL NUEVO REY A
CORBATAZOS
MÚSICA MAESTRO
MÚSICA
GRITAPITOS
SILBAPLAUSOS
QUE LO TUMBAN QUE
NO LO TUMBAN
clocloclopo clocloclo cloclopo
RESISTE EL NUEVO
CANDIDATO
AHORA DEBE ADIVINAR
EL NÚMERO DEL
CANDIDATO QUE LE DA
EL TIRÓN DE OREJAS
QUE LO ADIVINA QUE
NO LO ADIVINA
clocloclo cloclopo
GRITAPITOS
SILBAPLAUSOS
NO, NO FUE EL ONCE,
NO FUE EL TRECE,
NO FUE EL UNO NO FUE
EL OCHO NO FUE EL TRES
PROHIBIDO TIRAR DE
LAS OREJAS A LA VEZ
DOS CONCURSANTES
GRITAPITOS
SILBAPLAUSOS
NO FUE EL CUATRO NO
FUE EL NUEVE NO FUE
EL UNO NO FUE EL SIETE
NO FUE EL VEINTE
NO FUE EL TRES NO FUE

animales: tumores: asiáticos fusilados: delatores telefónicos: universos multiplicados por cero: lanzas que entran en la carne: edificios que traen la mala suerte: hombres cometas: máquinas que sólo sirven para seguir funcionando: miembros triturados por automóviles: bestias antropomórficas: helicópteros que derraman gelatina ardiente: peces abiertos en canal un hombre que va dejando detrás infinitos duplicados suyos: grillos: esposas, rejas, barrotes: cerraduras: cepos: aciales: dragones de acero: hombres que

EL QUINCE NO FUE EL
TRECE NO FUE EL ONCE
NO HA PODIDO
ADIVINAR EL AMIGO
NO FUE EL OCHO NO FUE
EL SIETE NO FUE EL
CUATRO NO FUE EL
OCHO NO FUE EL ONCE
NO FUE EL DIEZ
QUÉ DICE EL
HONORABLE PÚBLICO
LE CONCEDEMOS DIEZ
MINUTOS DE TIRONES
clocloclopo clocloclo cloclopo
Y AHORA EL RESPETABLE
PÚBLICO
DE ACUERDO CON
LA MECÁNICA DEL
PROGRAMA
PARA LA ELIMINATORIA
FINAL
DEBE ELEGIR ENTRE
EL NUEVO REY DE LA
TÓMBOLA Y EL
ANTERIOR CANDIDATO
UNA OVACIÓN PARA
EL ANTERIOR
CANDIDATO
UNA OVACIÓN PARA
EL NUEVO REY
GRITAPITOS RUIDORISAS
SILBAPLAUSOS
Y EL NUEVO REY QUEDA
ELEGIDO PARA LA
PRUEBA FINAL

se hacen dioses: animales compuestos de órganos independientes: manos que trabajan la madera: bocas que desgarran animales vivos: pieles humanas llevadas por el viento: dioses que se hacen hombres: pistolas decomisadas: cráneos fracturados. Organogramas infinitos en ambas direcciones: un ascensor que desciende eternamente hasta la morgue: cánceres inteligentes: caras hechas para ser olvidadas: personas que son en realidad otras personas que son en realidad otras personas: ríos de pus: máquinas cuya única finalidad es seguir funcionando: hombres hechos de

(GRITAPITOS)
EN UN SOLO PIE DARÁN
LA VUELTA AL ESTUDIO
LOS TRES CONCURSANTES
(SILBAPLAUSOS)
LLEVANDO CADA UNO
UNA PANELA DE HIELO
EN LAS ESPALDAS
(RUIDORISAS)
CON DERECHO A TRES
CAÍDAS (SILBAPLAUSOS)
KITTY, KETTY Y KATTY
LES DAN LAS PANELAS
¡MÚSICA, MAESTRO!
EL RESPETABLE PÚBLICO
PODRÁ HACER
ZANCADILLAS Y ESTÁN
LISTOS LOS
COMPETIDORES
Y SE DA LA PARTIDA
Y ARRANCAN SEGUIDOS
POR KITTY, KETTY Y
KATTY
Y SE DA LA PRIMERA
CAÍDA
LEVANTARSE
VIBROMATIC SIN SOLTAR
LA PANELA
STERLINGMATIC SE
LEVANTA
VIBROMATIC NO SE
LEVANTA
STERLINGMATIC
GRITAPITOS
SILBAPLAUSOS

papel plegado: un pueblo perfecto: violaciones de colegialas: pollitos quemados vivos: palabras que engendran palabras: torbellinos de tiempo nulo: acuarios ametrallados: un pueblo de muertos: espejos rotos: hangares llenos de lámparas encendidas: balancines que estallan: sombras chinescas: escalinatas pulpos: ciudades hechas de burbujas: fotos pornográficas: columnas fluyentes como ríos: planetas de cristal perforado: fermentos aceleradores del tiempo: lluvias de clavos: una llave inglesa congelada: puertas que dan a puertas que dan a otras puertas: manos fun-

PIENSE EN SU MADRE
VIBROMATIC QUE LO
CONTEMPLA
STERLINGMATIC POR
ESTOS CANALES
VIBROMATIC
SE LEVANTA STERLING
NO SE LEVANTA MATIC
UNO STERLING DOS
MATIC TRES VIBRO
CUATRO MATIC CINCO
STERLING SEIS MATIC
SIETE VIBRO OCHO
MATIC
DE ACUERDO CON LA
MECÁNICA DEL
PROGRAMA SE PERMITE
A UNO DE LOS
ESPECTADORES
AYUDARLO CON LA
PANELA
Y SE LEVANTA STERLING
SE HA LEVANTADO
MATIC
LÍMPIELE LA SANGRE
STERLING
CON ESE PAÑUELO
MATIC
SALTANDO EN UN PIE
ELUDE
LAS ZANCADILLAS
Y SE DA LA SEGUNDA
VIBRO CAÍDA MATIC
KITTY, KATTY Y KETTY
LO ANIMAN

goides: sillas que flotan en el vacío: manos aracnoides: sonidos petrificados: cenizas atadas a la cadena de las causas: cangrejos muertos: Heridas atiborradas de vidrio y de astillas: carretillas que turcen el espacio: cromo roto: latón doblado: tendones seccionados: latas aplastadas: montones de mierda plástica: nervios tronchados: máquinas que se destruyen a sí mismas: luz: oscuridad: oscuridad: luz: luz: caos:

(GRITAPITOS)
LOS FANÁTICOS LO
APLAUDEN
(SILBAPLAUSOS)
Y SE LEVANTA STERLING
Y SIGUE ANDANDO
MATIC
LAS ZANCADILLAS VIBRO
LO DESNIVELAN MATIC
Y SE DA LA TERCERA
CAÍDA
LOS ESPECTADORES
LE OFRECEN UNA KOLA
MATIC
LO RECHAZA STERLING,
SE INCORPORA MATIC,
SE RESBALA VIBRO,
SOBRE LA PANELA
MATIC,
SE NOS QUEJA STERLING,
SE DESMAYA MATIC,
MÚSICA MAESTRO,
EL REY SE HA ACABADO,
SE ACABÓ EL PROGRAMA
VIVA STERLING MATIC
KITTY, KETTY Y KATTY

Fui clasificado, coronado y descalificado, descendí a la desesperación, al tercer día reaparecí en las oficinas, reclamé mi premio de consolación Radiomatic para así en las ondas sintonizar las melodías favoritas, Domitila que nunca más de mí quiso saber por vago por sin oficio, por dejar de ganar los premios fabulosos Vibromatic, un televisor, un viaje a Barbados, una pulidora, señor agente, robado cómo, robado en qué forma, robar yo, señor agente, yo, un concursante

Vibromatic, yo un hombre que por las calles de un sitio a otro ando abrazando lo único que tengo, el Radiomatic, en busca eterna de algún enchufe porque no es el modelo portátil transoceánico con pilas, es el modelo con cable Radiomatic, puro cable, puro enchufe, por las calles, por los puentes, por los barrios, bajo el brazo, Radiomatic, sin comida, sin oficio, sin vestidos. Radiomatic, no lo vendo, no lo cambio, no lo presto, Radiomatic, soy el mismo, Sterlingmatic, del programa, Vibromatic, vea el golpe, Sterlingmatic, vea el corte, Vibromatic, vea agente, Sterlingmatic, vea portero, Vibromatic, vea señora, Sterlingmatic, vea tendero, Vibromatic, deben creerme, Sterlingmatic, vean los cortes, Vibromatic, vean las llagas, Sterlingmatic, vean el radio, Radiomatic. Soy el mismo, Vibromatic del programa Sterlingmatic, tengo grandes condiciones para actuar en la pantalla. elevado por la gloria, ir por todos los hogares, el primero de los surveys, favorito Sterlingmatic. Productores, locutores, directores Vibromatic, con Show propio, iré a la gloria, le interpreto lo que quiera, su canción Sterlingmatic. Rechazado en todas partes, declarado impresentable, perseguido y expulsado, no me rindo, Vibromatic. Doy mi sangre doy mis cortes doy la gloria Sterlingmatic, por entrar en sus hogares y alegrar los corazones, yo daría hasta mi vida, yo daría el Radiomatic. Por llevarles las canciones favoritas Vibromatic, en la noche del estreno, con las grandes atracciones, con las extras las modelos, en las horas estelares anunciando Sterlingmatic, con las luces con la imagen destellando en las pantallas, con el zoom y el videotape. Doy mi dicha para todos, elevado Vibroestatic, transportado por la gloria palmoteando Gozoestatic enseñando las heridas ante todos Vibromatic ante todos los hogares ante todas las pantallas ante todos los videntes me despido Sterlingmatic mas prosigo con ustedes para siempre Vibromatic.

Pablo Montiel, vendedor de perros calientes autorizado por los vendedores de la planta a estacionar su carrito en la esquina, al respecto declaró: el hombrecito era ya más bien fastidioso de un lado a otro iba esperando las reparticiones de entradas para los programas de concursos para los programas de aficionados sin comprender que su por demás lamentable aspecto sin comprender que su deficiente presentación sin comprender que su por demás estrafalaria figura abrazando un receptor Radiomatic cuyo cable arrastraba como extraña cola; amonestado en diversas oportunidades por los vigilantes de la planta, prometía la enmienda pero insistía posteriormente sin dejarse desalentar, los días y los meses se sucedieron negándose a dormir en las colas de las reparticiones de entradas, interfiriendo con los asistentes a la planta con su inarmónico palmoteo, yo de pura lástima le permitía comer las sobras de pan de los perros calientes que los clientes echaban en la papelera hasta que amonestado por los vigilantes que llaman los caoboys a la tercera vez debí asumir una actitud hacia él más distante que repercutió de manera funesta en sus hábitos alimenticios; más que el pan me solicitaba que intercediera para conseguir entrevistas con Gerentes, Animadores, con Jefes de Programación, a las que sólo de lejos he visto pasar en sus automóviles hacia el estacionamiento privado nuevo que construyeron, que lo cuidan los caoboys para salvaguardar los vehículos de los daños que pudieran causar los importunos, me palmoteaba y para que lo reconociera que era el mismo que había salido en el programa me enseñaba las heridas Vibromatic las cortadas Sterlingmatic el gran premio Radiomatic, palmoteaba las canciones ofreciéndome programas prometiéndome riquezas para la hora de su gloria como estrella Sterlingmatic. Despojado por zagales delincuentes malvivientes de su nuevo Radiomatic, se acostó en aquella esquina y miró hacia las alturas, no bebía ni comía, palmoteaba las canciones favoritas Vibromatic. Se creía en las pantallas, se creía en los

hogares, se entregaba a los videntes complaciendo peticiones milagroso Sterligmatic. Me sentí muy conmovido, me encargó ir por los caminos palmoteando las canciones para dicha de los hombres, me interpretó *Adiós, mujer,* que es mi canción favorita, se extinguió tranquilamente. Nunca supe de amistades, nunca supe de parientes. Nunca supe del destino de su equipo Radiomatic.

PISO 65

Moncho terminó de firmar los papeles, cerró la carpeta y miró alrededor. En la terraza del edificio, desierta, espejeaba una piscina. Moncho se sintió lejano del sitio y del tiempo. A su lado, Alonso le recogía el maletín. Moncho sintió como si muchas nadas espejearan en la piscina. Sintió temor de dejar el local caminando por esos bordes. Allí estaban presentes los puntitos brillantes de los flashes. A Moncho lo impresionó la perforación de flashes a través de los años y la manera en que lo crucificaban en celuloide. Se sintió aprisionado en infinidad de celdillas de película. Su imagen aprisionada o untada en tantos muros de papel, sin más nada adelante y atrás que papel. Moncho estaba a punto de definir la pregunta que quería hacerse, cuando precisó el mosconeo que lo distraía. Solorico volvía una y otra vez a insistir en el tema del interés de las compañías en solucionar sus viejos pleitos con la Nación a través de un arreglo equitativo. Décadas de reparos por fraudes en los precios de exportación declarados, por deducciones abultadas, por ocultación de ingresos y por multas sin pagar, permanecían detenidas por orden superior. Preocupaba a las empresas, en concreto, ese compás de espera, la intransigencia de ciertos altos tribunales, las jurisprudencias adversas acumuladas sobre el derecho de la Nación a investigar los precios reales de las materias primas exportadas, las contrariedades y engorros de tantos litigios, por lo que querían hacer sentir su voluntad de transar todas esas viejas deudas con el Tesoro, esos diez años de controversias sobre aplicación de leyes tributarias, digamos, por un treinta por ciento del total, siempre que en lo posible no se hiciera pública la cifra transada, ni las empresas beneficiadas, ni otros detalles susceptibles de mala interpretación. En definitiva, hacían estos contactos para sondear la receptividad, como decían, el ambiente, que juzgaban propicio, y esta era la oportu-

nidad. Moncho lo miró. La oportunidad, repitió Solorico, devolviéndole la mirada. Pero ya el Presidente de la Directiva, extendiendo el brazo, invitaba a los presentes al brindis. Otra piscina de baldes contenía otra piscina de cubos de hielo. Entre ellos crepitaba la luz de los flashes. Moncho percibió en ese momento el don de Alonso de no aparecer en las fotografías. Estaba directamente tras de él, y su mirada señalaba hacia un sitio, confidencialmente. Moncho atisbó allá, hacia el vestíbulo.

—El ascensor —pensó.

CAUSAS	EFECTOS
Trayectorias melancólicas de las miradas en el cuarto donde está el coronel secuestrado: el coronel contempla a Rubén y Camila que lo vigilan, y advierte que entre ellos se miran con esa intensidad del amor que no se agota en contemplación ninguna: Rubén mira al coronel tirado en el catre y a Camila que tiene la pistola sobre las rodillas, y sigue el detalle de los dedos pequeños sobre la culata, y el moverse de los ojos muy dulces de Camila dentro de los cuales la imagen retiniana del coronel y de Rubén, el coronel derribado sobre el catre como un montón de paja seca y Rubén muy cansado como si acabara de caminar por llanuras lejanísimas: los ojos de Camila a veces parpadean oscureciendo esta imagen, casi nunca en el mismo momento en que parpadean los ojos del coronel o los de Rubén, opacando sus respectivos juegos de imágenes, y se plantea cuál de estos ojos	Perdido en el hospital donde ha ido a visitar a la mamá de Rubén, Bubu atisba de sala en sala, sintiendo, no que ya ha vivido ese instante, sino que lo vivirá de nuevo, al punto de que frente a una puerta no sabe si prefigura lo que ha de pasarle o recuerda lo que ya le ha pasado, particularmente ese olor a desinfectante y ese cubo con gasas usadas que lo espera en un rincón del triaje

CAUSAS	EFECTOS
dejará de parpadear primero y en cuál de las retinas dejarán primero de estar encendidas las imágenes	
Hacia el final de la guardia, Rondón siente demasiado sueño.	Por distraerse vuelve a revisar el maletín del coronel.
Rondón rasca con la uña un doblez en el forro del maletín.	El olor a cuero el olor a pelusas el olor a lápiz el olor a metal de las bisagras el olor a oscuridad
Rubén nota la tensión de Rondón	El coronel se remueve inquieto, en sueños
Rondón levanta con mucho cuidado el extremo del forro	Rubén concentra su atención en el coronel, que se mueve entre sábanas que parecen nubes
Bajo el doble fondo del forro del maletín aparece un cuaderno de hojas de papel fino azul	Rubén siente sudar la palma de la mano con la que agarra el arma y huele el sudor que esta vez tiene aromas de metal y de aceite
Rondón silba	El coronel despierta, como si estuviera en otro cuarto, en otro sitio, y tarda en situar las figuras de Rubén, de Rondón, los papeles que este tiene en la mano

THIS FILE IS CLASSIFIED TOP SECRET

Exammation by unauthorized persons is a criminal offense punishable by fines and imprisonmente up to 20 years and $ 20.000.

This is page 1 of 666 pages

PROJECT: THINKTRAP

AUTHORITHY: DIA

CLASSIFICATION: TOP SECRET (NTK BASIS)

PRIORITY: NATIONAL

SUBJET: Thinking on Thinking or the Theory of War as a interplay of Behavioral Patterns

SUMARY OF FILE CONTENTS:

1.—War as a mean of behavioral modification.
2.—Behavior as a development in acts of the code of a System
3.—Counterinsurgence War as a breaking of codes
 3.1.—Breaking the genetic code
 3.2.—Breaking the identity code
 3.3.—Breaking the cultural code
4.—General Theory of Cultural Weapons
 4.1.—On Semantic Contagion
 4.2.—The Mathematics of Mind Overkill

CAUSAS	EFECTOS
te vas ahora mismo a entregarle estos papeles al Comando	ah
despierta a Camila para que me acompañe el resto de la guardia en el Comando tienen que ver estos papeles	qué dicen
no sé parece una vaina gorda	La mano de Rubén busca en un maletín en el cual medias en el cual la máquina de afeitar en el cual cartuchos en el cual tantas cosas que palpándolas no se sabe, hasta que da con un tubo de lata saca el tubo de lata desenrosca la tapa de la que sale olor a huesos pliega el cuaderno azul y lo empuja en la oquedad del tubo de lata por la que el cuaderno plegado avanza frotando manuscritos apolillados y fichas de calculadora
Como en un sueño, Rubén camina por calles oscuras hacia la casa donde está el contacto con el Comando	Calles bloqueadas por radiopatrullas y jaulas dentro de las que los policías beben café con leche en vasitos de cartón y oyen las estáticas de los radios por los que llegan las instrucciones del operativo

CAUSAS	EFECTOS
camina	bajo luces del alumbrado público que agigantan las sombras de los policías del operativo en paredes en las que destellan los haces de los faros rojos de las radiopatrullas
camina	entonces siente el golpe del sueño y por unos momentos no puede pensar y tiembla de frío
En el barrio del segundo contacto con el Comando, el operativo allana casa por casa	camina
Los bombillos brillan exageradamente altos en los postes del alumbrado	a los pies de Rubén revienta una flor de sombras proponiéndole simultáneamente el terror de la infinitud de las opciones ante el rocío de la noche
Rubén siente una opresión en el pecho y nota que es la del revólver disimulado bajo la chaqueta	después ese revólver será disparado pero no por Rubén sino por Rafael a quien éste se lo cederá al volver al apartamento para dar la noticia de que allanan todos los contactos, Rafael se defenderá al reventar la balacera y del revólver disparado

CAUSAS	EFECTOS
	saldrá el vaho acre del fogonazo
A medida que Rubén se mueve las sombras tentaculares arrojadas por el alumbrado crecen hasta a veces tocar las ventanas de los apartamentos en sitios donde Rubén no quiso jamás estar o donde jamás pensó haber estado	Araceli cuelga el teléfono
El cerco sigue a medida que una mano arroja sombra sobre un mapa dividido en sectores militares	Bajo los puentes se arrebujan pordioseros que sueñan ser las causas del milagro de que algo exista.
Micael escapa del sector del apartamento bloqueado saltando la pared trasera del edificio y corriendo por los callejones que llevan a la mole del Hipercicloide	En las fotografías uno de los sitiados abre la boca en el momento en que siente el golpe de la bala, tú ves, exacto como en las películas con la diferencia de que esto es real y por eso de que es tan real estas son las fotos que está prohibido publicar o enseñar al público porque las reproducen y las pegan en las paredes y hasta las sacan en afiches o poster y ¡cagada la foto de aquél carajo en todas partes, hasta con separaciones de colores y trabajo con el grano la ter-

minarían exhibiendo en las boutiques de cojines violetas y diseños hindúes, bueno, ahí en las vidrieras con bibelots el carajo reventando abriendo la boca, pero ya con los ojos cerrados, te fijas, si no es también que empiezan a reproducirlo en serie y a cubrir superficies y tienes una casa con el techo las paredes los pisos y las puertas cubiertas con la misma foto

Los canarios bajo las mantas que cubren las jaulas en los apartamentos en cuyas paredes juegan las luces de las radiopatrullas que corren a reforzar el operativo de allanamiento

El noctámbulo que tiene la costumbre de proyectarse a sí mismo con una linterna mágica dentro de los cuartos nocturnos para así estar dentro de ellos en una presencia inactiva y sin embargo real, y por lo tanto meláncólica.

—Hay esto —dice Rondón— nos han allanado dos locales y parece que hay una delación fea, porque nos dieron justo donde es. Tenemos que soltar al gringo antes que nos agarren.

—Pero entonces fusilan al muchacho —dice Rafael.

—La otra solución sería matar al gringo.

Los ojos recorren las caras cansadas. Entonces la mayo-

ría se da cuenta de que el bombillo es de muy pocas bujías, y que cansa la vista, y que frotarse los ojos cansaría todavía más.

Una gota de miel resbala de la comisura, de la boca de Alba.

En la oscuridad, protegido por su rostro que ya no guarda relación con él, Micael empieza a pensar las grandes travesuras. Imagina que de sus ojos salen las llamaradas de la percepción, y que con ellas barre edificios, azoteas, vientres. Y a lo mejor devasta. Pues toda percepción completa es destructiva. Hasta que un espejo le devuelve las llamaradas. El agua regresando a la fuente, a rebosarla. Quemarse y destruirse en la operación de percibirse. ¿Otra cosa, acaso, lo que está haciendo Alba? Micael imagina que en la ciudad nocturna los seres se miran los unos a los otros, arcos voltaicos en los ojos, hasta una profundidad corruptora y violadora de esencias. Al ser la vida sorprendida en su propio transcurso, como uno de esos gusanos que necesitan de la oscuridad, se

CAUSAS	EFECTOS
	transformaría en un vapor y el universo carecería de testigos, como al final carecerá.
En las caballerizas del Hipódromo los caballos no pueden descansar: bajo luces sepia que jamás se apagan, moviendo las manos sobre montones de aserrín, sueñan que jinetes con lentes de mosca les ponen martingalas y gríngolas y los ejercitan	Las grietas del cemento bajo los pies de Rubén son los mapas de los territorios que tendrá que cruzar en años futuros, y en cuyo polvo los mapas de los territorios que no recorrerá luego de dado el último paso en su camino
Micael salta la reja de alambre y corre hacia los primeros rebordes de la masa arquitectónica del Hipercicloide	en los apartamentos dormidos de la ciudad el viento abre y cierra miríadas de puertas
En las laderas del cementerio, en fosa sin nombre, una turba de bachacos mastica los restos de la corona que la comadre Paulina depositó en memoria de Guillermina	Micael corre entre pasillos concéntricos llenos de salpicaduras de concreto y polvo viejo y materiales sobrantes, sin llegar nunca a saber si la progresión lo acerca o lo aleja del centro del edificio
Bubu mira la vieja foto que guarda en la cartera de su madre YOLANDA I REINA DE LOS TRABAJADORES: un papel amarillento con áreas café con	Medir con cintas métricas y marcar con siluetas de tiza el sitio exacto donde cayó muerto

CAUSAS	EFECTOS
leche donde la sonrisa de YOLANDA I apenas se distingue entre los labios sepias	
El corazón de Rubén golpea inmensamente en la ciudad dormida	Los camiones lejanos de la noche que pasan con los estruendos de sus latas
El zumbido de los transformadores eléctricos de los postes del alumbrado	La noche se va tras el zumbido
Micael toca una de las junturas del cuerpo de Alba sintiendo luego en la yema del dedo el vaho del olor	La primera oleada entrópica
Rubén se devuelve de la segunda esquina antes de la entrada del barrio que allanan y camina hacia la casa con el gran llamador donde dice Imago Mundi	En la esfera del llamador de la puerta amanece o anochece en el reflejo de soles que han aparecido o desaparecido, seguidos de cortejos de lunas y planetas y cometas y fenómenos atmosféricos. Entre la oscuridad nocturna, la bola del llamador resplandece como un ojo hinchado.
Pasan soldaditos al trote cargando ametralladoras pesadas para el cerco	Cuando empieza la plomacera los sitiados por instantes se ven a sí mismos muy iluminados por parpadeos de fogonazos que son como ráfagas de flashes y el momento malo es cuando los

CAUSAS	EFECTOS
	flashes tardan más y más en desaparecer o cuando uno se queda iluminado totalmente, inmóvil
El olor atroz de los pipotes de basura colocados en las aceras de noche para esperar la recogida	El chofer frena para esquivar el borracho que trastabilla y entonces se da cuenta que no es un borracho sino Bubu que le pone la pistola en el cuello y le dice al Puesto de Socorro y lo único que se le ocurre al chofer en esa irrealidad es: me va a ensuciar el asiento
Los reflectores de las unidades policiales, que a veces se desvían y se pasean con una luz helada sobre las caras de la muchedumbre de curiosos que miran sin expresión y sin esperar ser mirados entre paso y paso de los rayos de los reflectores que lamen las caras inexpresivas de los espectadores	En el apartamento brilla la alfombra de casquillos disparados pudiendo establecerse por la degradación de su temperautra el orden exacto en que fueron perforados y el momento aproximado de cada detonación
Las transformaciones que la vejez causa en las gentes. Llega un momento en que el fenómeno de vivir es objeto de mera contemplación y desde esta perspectiva ya no se sabe donde ir	Rubén recuerda en la escuela cuando cambiaban estampitas que venían con los envoltorios del chicle, y en las cuales aparecían las caras de gringos beisbolistas con la gorra echándoles sombra

en la cara, y, a veces, el cuerpo entero con la pierna alzada para el lanzamiento, o el bate al hombro; Rubén piensa en el destino de esas colecciones desperdigadas y en el destino de esos beisbolistas ya jubilados y en el de tantos espectadores en tantos estadios

Micael imagina una ciudad transparente donde en instantes sucesivos se manifiestan las posiciones consecutivas de su cuerpo y del de Alba alejándose y encontrándose y perdiéndose con otros para volver a encontrarse hasta que posiciones y alejamientos se congelan como en una fotografía de exposición múltiple en donde ellos dos, Alba y Micael, forman un tumulto de círculos que incidentalmente se superponen, existiendo eternamente en el tiempo sus encuentros y sus desencuentros como en un cristal de nieve flotando sobre la nada.

La pupila de Alba se dilata para dar paso a la oscuridad y a la imagen de Micael, que son una misma cosa. Entonces Micael acerca su ojo al de Alba y la oscuridad de cada uno entra en la oscuridad del otro, y se saben ambos envueltos en la noche total que apaga las palabras y donde toda voz cesa
que es el único punto donde ambos verdaderamente se encuentran

La línea imaginaria que reúne los diez impactos de la primera ráfaga constituye el

Lo peor del principio de la balacera es que te duelen los tímpanos, las balas no

arco de una elipse cuya fórmula puede ser calculada

Si recogiéramos las manchas de sangre en un papel poroso y lo plegáramos, una vez desplegado la simetría haría surgir en ellas objetos, órganos o imágenes reconocibles, que sin la duplicación no se manifestarían

Empieza a sonar el himno.

Un sentimiento de perfección acerca del hecho trivial de la existencia de objetos materiales y sus olvidadas colocaciones en la noche.

Visiones de Bubu, que por la anoxia son demasiado blancas o plateadas, de ca-

te han dado pero como ya te acuchillan los tímpanos sientes como si te hubieran dado

Así, es posible que el azar o el sin sentido de nuestros actos, plegado por la aniquilación y duplicado por la irremediabilidad, configure una simetría extraña, una arquitectura o una música de la que nosotros, ejecutantes, nada sabemos a medida que vertemos nuestros actos como borbotones de sangre

También la alfombra es de los cristales rotos por las balas que se extienden en una capa regular muy fina y cuya densidad varía según los sitios en donde se acumularon los impactos.

Cuatro figuras iluminadas por el fogonazo, como si sus cuerpos fueran bulbos eléctricos

Rubén camina bajo un sol crepuscular por una llanura en donde lo observan liebres

milleros que se le acercan o se le alejan con movimientos desmesurados o desvanecidos hacia una profundidad blanquecina que se va haciendo cada vez más lejana.

encarnadas de ojos crepusculares.

Aquella vez cuando discutían el informe político en la célula y sus ojos se encontraron con los de Camila

Camila es ahora solo un recuerdo

—Desbandarnos —dice Rondón, en el carro en que vuelven de soltar al gringo—. Rubén, déjale la fuca a Rafael y bájate aquí. Yo y Rafael vamos al apartamento a decirles a los otros que coja cada cual por su lado.

Entonces yo le dije adiós a Rafael y le dejé el Smith & Wesson y me bajé del carro en la esquina y caminé y vi una camioneta grande que se puso a su nivel y el tipo de la derecha le apuntó a la cara y le pegó 2 tiros

MANUSCRITO ENCONTRADO SOBRE UN CUERPO EN EL HIPERCICLOIDE

LA PUERTA

Inflamado por las llamas de la visión interior, contemplé una ciudadela en cuyos muros estaba inscrita la palabra: tiniebla. Y un espíritu, no prisionero de los lazos de la ilusión, me susurró: ¿Y ha de ser tu destino limitar, cuando todo vace para ser ilimitado? ¿Y has de confinar, cuando todo ha sido engendrado para verterse? ¿Y pretenderás con escuadra & compás edificar, cuando toda creación disocia? Y un dedo flamígero me iluminó una inscripción, hecha en sí misma de mundos que se aniquilaban:

ARQUITECTO, DESTRUYE

Desprovista de peso y de colocación física en la oscuridad

ALFA-2

Partimos del postulado de que el acto de construir excede de la operación de interponer pantallas aislantes entre nuestros sentidos y la intemperie. Construir, más que ocluir el exterior, consiste en crear y recrear un exterior, un nuevo centro de perturbación y de acción sobre nuestros sistemas sensoriales y por ello el objetivo último de la arquitectura es el planteamiento de estímulos.

Imaginemos resonancias múltiples, resonancias individuo-medio, individuo-individuo. El acto arquitectónico consiste en la creación de un resonador *único,* sujeto a una voluntad *específica,* y por lo tanto *organizador y programador de reso-*

nancias individuo-estructura, individuo-estructura-individuo, individuo-individuo. La arquitectura consiste en el condicionamiento último del medio por el cual se obtiene a la vez el condicionamiento del habitante, en el sistema de planos

biológico = determinación del soma por el entorno

social = determinación de las leyes del cuerpo social por el ámbito físico donde el mismo se desarrolla

cultural = determinación de las representaciones del universo por la organización y regulación de este universo

No intentemos un ataque de cólera en una catedral vacía ni la depresión en un cubículo modular cuyas paredes cambian rítmicamente de colores y en el cual se suceden cronométricamente visitas preordenadas por el flujo del tráfico y la codificación del empleo del tiempo *impuestas* por la forma arquitectónica. Superficies horizontales deprimirán el exceso de nuestras fuerzas, sucesiones periódicas de planos verticales y oblicuos vitalizarán nuestro ánimo a medida que nos entreguemos al crescendo de las rutinas socialmente aprobadas. Series de configuraciones monótonas debilitarán nuestra identidad hasta erradicar de ella las variantes nocivas que interfieren en los ritmos de la convivencia. Identidad recuperable en los lugares y momentos en que ello sea necesario, cuando arreglos de masas, texturas y patrones evocadores de nuestra idiosincracia la despertarán transitoria e inofensivamente a fin de garantizar la diversidad del organismo social. Por ello, antes de la exposición de lo que sigue es necesario *comprender* estas equivalencias, no por férreas menos inevitables:

ambiente = conducta

creación del ambiente = creación de la conducta

repetición del ambiente = refuerzo de la conducta

LA CREACIÓN DEL AMBIENTE ES LA CLAVE DE LA REGULACIÓN DEL COMPORTAMIENTO DE LOS HABITANTES

HABITAT = HABITANTE

La aplicación de estos postulados hace posible la elección de *un* destino con omisión de *n* destinos indeseables, impracticables o contrarios a las ecuaciones que hemos expuesto ya que inarmonía = aniquilación = confusión de ideas arquitectónicas.

De donde se sigue que de la forma hiperciclópea construida conforme a estos principios nacerá la Rosa Geométrica, el Centro Místico de regulación y preordenación de las funciones del vivir. La forma hiperciclópea será la segunda *matriz* o símbolo de la dicha palpitante, en cuyas proporciones estará inscrita la justa medida de la relación del hombre con el cosmos

el polípero de las dimensiones armoniosas

vivir en la forma hiperciclópea será inevitablemente vivir dichoso

la relación entre sus elementos estáticos y dinámicos sembrará la armonía en la guerra brutal de los órdenes que el hombre estableciera antes de ser hombre y en el proceso de ser hombre

iluminada por auroras y tardes *provocadas, medidas* y *graduadas,* la conciencia vacilará atónita ante el oro batido de los equilibrios involucrados en cada remate y en cada medida y en cada sección y en cada resonancia, y aceptará como posible la fabricación de una llave para abrir la cerradura intuitiva del mundo

Los habitantes de la forma hiperciclópea serán así proyectados en un plano de eternidad en el cual, pese a su aparente transitoriedad, perdurarán en la repetición de sus actos por habitantes idénticamente estimulados que se sucederán dentro del contexto arquitectónico justo, siendo así que las sen-

saciones acometerán a cada habitante en ritmos ajustados a sus umbrales de percepción, a través de los cuales los moradores sentirán sus cinco sentidos contemplarse a sí mismos como sentidos en la equivalencia DIAFANIDAD = INEVITABILIDAD = PREVISIÓN = PERFECCIÓN = ETERNIDAD = ACCIÓN FÍSICA CREADORA DEL CONTEXTO Y HOMEOSTÁTICAMENTE ORDENADORA DE LA FORMA ÚNICA Y POSIBLE DE LA VOLUNTAD FUTURA PLANIFICADA
la imagen de Alba llamea a través de mi cuerpo como un soplo

Beta

Mediante la manipulación somática y genética convertir a todos los seres humanos en células de un solo organismo el cual a su vez será convertido en célula de un organismo formado por todos los animales el cual será a su vez convertido en célula de un organismo formado por todos los animales y vegetales el cual será a su vez convertido en célula de un solo organismo formado por toda la biósfera del universo.

Incendiándolo en una primera disipación

Gamma

Dado que toda civilización ha consistido en aplicar el excedente económico a proyectos que sobrepasan la satisfacción de las necesidades fisiológicas inmediatas; dado que estos proyectos, cuando más inútiles, más adecuados a la finalidad de disipar dicho excedente en el mero acto de su consumo ostensible; dado que el crecimiento del excedente

hace cada vez más difícil su empleo en usos que no desarticulen la propia civilización que lo produce, prevemos como inevitable el empleo de toda la materia de la tierra, y después del universo, en la construcción de un edificio enteramente inservible, cuyo único rasgo consistirá en la antinaturalidad de su forma y en su inadecuación para cualquier función específica —pero quizá ya vivimos en ese edificio, pero quizá somos las palomas que hemos encontrado un transitorio acomodo en alguno de sus festones.

Para encerrarse en una soledad perfecta como una lágrima

ETA

Siendo así que captamos la arquitectura a través de los sentidos, ahorrarse el engorro de las estructuras, trabajando directamente sobre los órganos sensoriales con proyectores holográmicos que los abrumarán de imágenes tridimensionales sonoras olfativas gustativas y táctiles que variarán conforme al azar del movimiento browniano, creando y descreando fenómenos, situaciones, amistades, amores y teorías, hasta que sea imposible distinguir este mundo imaginario del real o el real del imaginario o viceversa.

En el temblor de cuya superficie se reflejan las transiciones y torbellinos de una esfera exterior

THETA

El cuerpo, para suplir las deficencias de su adaptación al medio, crea a su alrededor una arquitectura, la cual, para

suplir las deficiencias de su adaptación, crea a su alrededor una meta-arquitectura, la cual, para suplir sus deficiencias de adaptación, se envuelve en una ultra-arquitectura, la cual, para suplir sus deficiencias de adaptación, se envuelve en una mega-arquitectura, y así sucesivamente.

Que lo precipita hacia el vértice de su centro

Delta

Para castigar la soberbia de Dios, los hombres edifican la torre que permite llegar a los cielos. Los requerimientos de un proyecto tan vasto hacen inevitable la uniformación de las lenguas. La uniformación de las lenguas restablece un puente de comunicación a través del cual se produce la uniformación de las culturas. La uniformación de las culturas conduce a la disolución de las idiosincracias. La disolución de las idiosincracias lleva a la parálisis. Cuando queda terminada la torre, no existen ya motivos para que nadie ascienda o descienda por ella.

Donde prescinde de toda referencia y aún de los poderes de la noche

Epsilon

Dirigidos los esfuerzos del hombre a lograr una hemeóstasis entre las necesidades del cuerpo y los acontecimientos del medio, se emprende la tarea de fabricar un medio absolutamente adecuado a las necesidades del hombre de manera tal que no exista contradicción alguna entre soma y entorno

y por consiguiente no se sientan las fronteras entre uno y otro y por consiguiente no se sienta nada.

La primera sensación que existiría en este mundo sería la de su colapso, que sucederá alguna vez, como la de todo sistema, aún el más perfecto: el estallido de un átomo primigenio, la ruptura de un huevo, la contracción de un útero. Entonces vendrá la decadencia, el descenso desde la plenitud de la nada hasta los horrores de la conciencia.

Aquel espejo donde estamos y a la vez no estamos

Zeta

En el centro de la galaxia en forma de caracol, una casa en forma de caracol, calcáreas paredes de espiral espiraladas por los caracoles que han ido fabricando aquella corneta de un eco logarítmico. Afuera reventando la espiral de las olas. Entrar en esta casa es abismarse en las sombras. A la tercera vuelta cesan los charcos salinos, hay un sacro olor a pescado, el habitante se encima sobre su hembra que abre las piernas.

Amplificación concéntrica del tambor de un corazón. Paredes que saben a sudor. Horror del centro de la casa, donde ya no se cabe y se puede pensar que la espiral sigue enrollándose dentro de sí misma, eternamente, o que de allí puede salir algo que continúe haciendo crecer las paredes alrededor de sí mismas, también eternamente. Agrupados por estricto orden de tamaño, en estas galerías, los seres. Cada uno de ellos danza en espiral.

consumiéndonos como el combustible de la llama de una todavía superior esfera de quietud

LAMBDA

Dado que todo destino interfiere con otro destino y la proliferación y concentración de entes multiplica exponencialmente la interferencia hasta llegar al gran embrollo de los destinos, entonces edificar una tierra de cubículos incomunicables dentro de cada uno de los cuales permanece estático un destino, o bien una tierra de pasillos infinitos, calculados conforme a las leyes de la probabilidad de manera tal que el encuentro de un ser con otro sea infinitamente improbable.

ahogándonos en el mar asqueroso de la beatitud

MY

Vida: movimiento: ritmo: música: estructura configurada como una partitura: arquitectura musicial que impone al cuerpo que se desplaza dentro de ella un cierto orden de movimientos que es a su vez: danza: y también arquitectura como instrumento: que recoge y amplifica los latidos: y la respiración: y que devuelve convertidos en notas musicales los pasos: un instrumento que se toca con todo el cuerpo: la sombra que cae en el piso y las paredes activan células fotoeléctricas que activan baterías de resonadores: dentro del ritmo y con el ritmo dentro: escalinatas y escalas: pasillos y pasacaglias: fugas.

que es herida desde donde la trama del acontecer extiende su dolor

NY

Construcción de palacios microscópicos, que el dueño llevará guardados en un poro, y macroscópicos, del tamaño de un universo, cuyo usuario habitará en un grano de polvo de una de las salas de tal palacio.

sobre el confín del ser atrapado en esta vibración y esta oscuridad

XI

Construcción de un universo en donde sólo existe una unidad que es percibida y una unidad perceptora y se elimina todo lo demás, que es redundante: y la contemplación fija de la posibilidad de este universo llegará a producirlo dentro de ti.

cuyo poder ebulle en un acorde magnífico

OMICRON

Mediante las técnicas probadas de la inducción de sueños provocar en los durmientes las más exquisitas visiones arquitectónicas —cuya recurrencia y durabilidad se asegurará propinando a los soñadores el narcótico permanente —planes urbanísticos para encauzar la coherencia y la compatibilidad mutua de las pesadillas— las horas de la congestión nírica, cuando las vías de comunicación estarán repletas por la interferencia y el entrechocamiento y el tráfago de la muchedumbre de las alucinaciones.

antes de quebrarse en una catarata de palabras actos y gestos que se alejan como un firmamento estrellado

Pi

Arquitectura para ser apreciada a través de los milenios: una llanura llena de enormes peces de piedra en donde el fluir de las colinas y de los estratos geológicos simulará la turbulencia donde nadan, se hunden y afloran estos peces: ventanas que serán horadadas por los milenios de la erosión: puertas que serán cerradas por la emergencia de nuevas orografías y nuevas eras: cortinas de calcio que el agua correrá y descorrerá precipitándose durante eones sin memoria: canales a ser abiertos y cerrados por la deriva de los continentes: lámparas que se encenderán y se extinguirán al nacer y morir los soles.

de este centro donde aún esperas la renovación de la oscuridad en cuyo caldo por un instante palpitó el latido

Rho

Construir un universo donde se sustituyen los objetos materiales por símbolos capaces de agregarse y disgregarse y segregarse conforme a sus afinidades y divergencias, y sustituirlos todos por un símbolo que resuma este universo, y sustituir este símbolo por un metasímbolo que resuma a este símbolo, y sustituir este metasímbolo por un metametasímbolo que se resuma a sí mismo y no necesite ser enunciado.

y en el intervalo entre este latido y la noche

Sigma

Los milagros de la horticultura permiten obtener la semilla que se siembra y mediante el riego adecuado germina arraiga crece echa hojas florece y finalmente frutece convirtiéndose en la cosecha de habitáculos de un edificio, cuyos balcones estallan en lluvias de semillas que son llevadas por los vientos hasta los sitios donde el azar y la humedad harán florecer las nuevas ciudades selváticas.

todavía la sospecha de una fiesta y una celebración que no podrá agotarse y deberá agotarse en esta única y sola chispa

El Proyecto Tau

A partir de la unión de dos módulos, cada uno de los cuales contienen la mitad del plan de desarrollo, por multiplicación de los módulos el edificio va creciendo y diferenciando sus partes hasta ser capaz de obtener del medio ambiente sus materiales y eliminar sus desechos, y así llega al completo desarrollo, fase en la cual el edificio es móvil, isotérmico, autorreparador, autorregulador, antientrópico, orientado hacia la formación de imágenes internas del universo y la destrucción de la porción de este que permanece dentro de su radio de acción, hasta que el deterioro progresivo inherente a todo sistema va bloqueando los sistemas de reparación y lo induce a aportar módulos que contienen la mitad del plan de desarrollo y que juntados a otros múdulos inician la proliferación de los nuevos edificios.

que centelleó un momento y para la cual no es posible memoria

EPSÍLON

Arquitectura para soportar un ambiente al que la propia arquitectura ha hecho insoportable, dentro de la cual el habitante no opera ya sobre el medio sino sobre el edificio, que compendia y resume el ambiente y en el cual están en realidad o por metáfora presentes los anchurosos cielos, la tierra árida, el salino mar, el esplendoroso fuego. Encerrado, el habitante conoce el mundo sólo a través de las mediaciones sensoriales del edificio, hasta que de hecho conoce únicamente estas mediaciones. El edificio, como pantalla y velo, enmascara o distancia o anula. Las filosofías de los habitantes consideran al edificio lo único real. Los escépticos, dudan del edificio.

salvo el gran ruido y el gran golpe

JI

Siendo así que ciudad es agregado o tumulto de distintos seres —y que dentro de una misma cabeza pueden caber diferentes seres— llevar a su máximo mediante los fármacos esquizofrenógenos las posibilidades de disociación, hasta obligar a cada ser humano a tener dos, tres, diez, mil personalidades bajo la bóveda de un solo cráneo: las ciudades individuales, el tumulto de cuya discusión y vocerío se oirá en los desiertos.

del mundo que se aleja convertido en un eco

Psi

Construcción de ciudades mentales a través de las ma
quinas condicionadoras de reflejos: así, un pasillo sería un
inhibición de voltear a derecha o izquierda; una puerta serí
una inhibición de avanzar; una ventana sería un estímul
a apreciar el panorama; un tejado sería una excitación de
parasimpático para que eleve la temperatura del cuerpo; un
cortina, un achicamiento de la pupila; una rampa, otro re
flejo que produciría en el oído una vaga pero persistente
sensación de vértigo.

encerrado como en una burbuja de sangre

Fi

La arquitectura surge de la impotencia de crear o en
contrar un medio ambiente adaptado a las necesidades hu
manas. De allí el horror sanitario o meramente ortopédic
de toda edificación, tratamiento meramente *sintomatológic*
de la desvalida condición humana, más asqueroso en su ne
gación de la salud que una muleta o una garganta de platina
y cuya melancólica coronación son los sepulcros delirante
de manía geométrica y exaltación faraónica. Como última
señal de la gangrena moral de una época, nuestras arquitec
turas no sobrevivirán la endeble corrupción de su inercia,
por *negación* se constituirán en el modelo de lo que no debe
ser imitado y engendrarán el modelo de la vida armónica
que ahora se hace posible:

Manipulación de la pluviosidad, la nebulosidad y demás factores del clima de manera de hacer de toda la superficie del planeta una zona *uniformemente habitable* = distribución de la hidrografía de manera de proveer irrigación natural en todos y cada uno de los sitios de la superficie = distribución de la vegetación de modo que exista en cada hectárea la cantidad óptima de sombra-frutos-intrincación de manera que sea biológica y sicológicamente viable el sustento humano mediante la simple recolección y contemplación de la variedad ecológica = manipulación genética para oponer a las plantas y animales nocivos antiplantas y antianimales útiles = céspedes de musgo antibiótico, lianas de flores fosforescentes, animales que morirán al escuchar un grito y cuya carne se devorará cruda = zonas dejadas en baldía, como reposo sicológico, como territorios de desafío y como *recuerdo*.

Cumplidas estas etapas advendrá la desaparición de la ropa, los utensilios y la arquitectura. Cultura de aprehensión y dominación de las relaciones con el medio viviente. Expansión de este habitat a los océanos mediante la hiperoxigenación de las profundidades. Algas oxigenógenas y peces homotrópicos. Expansión de este habitat a los espacios siderales. El cosmos uniformemente cubierto de soles, nubes de gases respirables, humedad y rocío de compuestos orgánicos autoregeneradores. Simbiosis clorofila-hemoglobina. Las mujeres parirán flotanto entre enjambres de asteroides. Los niños aprenderán las navegaciones infinitas en las marejadas de los fotones.

UNA VENTA DE RELIQUIAS

Rubén toca Dín Dón la recontrapuerta Dín Dón del historiador, Rubén no maldigas la ocurrencia de instalar un timbre de musiquita Rubén no golpees con el llamador en forma de pata de pájaro que sostiene una bola de hierro que dice Imago Mundi, Rubén no pienses que el mundo sirve para llamar a una puerta, Rubén no pienses que el mundo hiede a herrumbre, Rubén no alces el mundo, Rubén no lo estrelles contra la puerta: Pu-tán, Rubén no te empeñes en forzar la puerta, Rubén no insistas, ten paciencia, Rubén, Rubén espera a que se abra un postigo y un viejito saque la cabeza como un pajarito de cucú y te diga, pase, el timbre es para engañar, pase, sólo los que golpean pasan, pase, sígame, Rubén no te agaches para pasar por la hoja pequeña de la gran puerta, Rubén no sientas tentación de dar un puñetazo en el cogote afeitado para ver la caída tan silenciosa sobre esas pantuflas tan muelles, Rubén no te sorprendas por el olor a pantaleta, Rubén no te agarres del tubo de lata que conserva su reflejo en esta penumbra del zaguán de la cual emergen: el cráneo lentamente móvil y lunar del historiador que acaba de recibirte, las rendijas de la puerta interior del zaguán, la sala encerrada en donde se distinguen entre el polvo los objetos reverenciales: un ídolo totémico de Glozel, el cráneo del hombre de Piltdown, la carta de Sarpedón de Licia a Príamo citada por Plinio en su Historia Universal; los huesos antediluvianos con inscripciones en sánscrito descubiertos en Poitou por A. Meillet; una herradura del caballo de Troya; la momia de la Reina Nitokris vendida por Hans Haddad al museo de Munich; los iconolitos formados de la semilla que queda en los cadáveres por un soplo senimal, descubierto en Wurtzbourg en 1725; la carta de María Magdalena a su hermano Lázaro descubierta por Vaan-Lucas; la tiara de Saitapharnese, el sarcófago etrusco restaurado por Pietro Penelli; Tantanil, la espada del Caballero Águila un incunable del Triibus Impostoribus, de Federico II de Laubia; la donación de Constantino; el manuscrito original de

UNA VENTA DE RELIQUIAS

Rubén toca Dín Dón la recontrapuerta Dín Dón del historiador, Rubén no maldigas la ocurrencia de instalar un timbre de musiquita Rubén no golpees con el llamador en forma de pata de pájaro que sostiene una bola de hierro que dice Imago Mundi, Rubén no pienses que el mundo sirve para llamar a una puerta, Rubén no pienses que el mundo hiede a herrumbre, Rubén no alces el mundo, Rubén no lo estrelles contra la puerta: Pu-tán, Rubén no te empeñes en forzar la puerta, Rubén no insistas, ten paciencia, Rubén, Rubén espera a que se abra un postigo y un viejito saque la cabeza como un pajarito de cucú y te diga, pase, el timbre es para engañar, pase, sólo los que golpean pasan, pase, sígame, Rubén no te agaches para pasar por la hoja pequeña de la gran puerta, Rubén no sientas tentación de dar un puñetazo en el cogote afeitado para ver la caída tan silenciosa sobre esas pantuflas tan muelles, Rubén no te sorprendas por el olor a pantaleta, Rubén no te agarres del tubo de lata que conserva su reflejo en esta penumbra del zaguán de la cual emergen: el cráneo lentamente móvil y lunar del historiador que acaba de recibirte, las rendijas de la puerta interior del zaguán, la sala encerrada en donde se distinguen entre el polvo los objetos reverenciales: un ídolo totémico de Glozel, el cráneo del hombre de Piltdown, la carta de Sarpedón de Licia a Príamo citada por Plinio en su Historia Universal; los huesos antediluvianos con inscripciones en sánscrito descubiertos en Poitou por A. Meillet; una herradura del caballo de Troya; la momia de la Reina Nitokris vendida por Hans Haddad al museo de Munich; los iconolitos formados de la semilla que queda en los cadáveres por un soplo senimal, descubierto en Wurtzbourg en 1725; la carta de María Magdalena a su hermano Lázaro descubierta por Vaan-Lucas; la tiara de Saitapharnese, el sarcófago etrusco restaurado por Pietro Penelli; Tantanil, la espada del Caballero Águila un incunable del Triibus Impostoribus, de Federico II de Laubia; la donación de Constantino; el manuscrito original de

los cantos de Ossián; el fósil de Andrias Scheuzeri; el contrato firmado entre Isacaaron y Urbanus Grandier; el huevo de Colón; los Diez Mandamientos y uno de los Vermeer vendidos por Van Megeeren a las autoridades alemanas: en el medio de todo esto la gran levadura del tiempo, en el medio de esto la voz del historiador, que a medida que avanza con sus tenues pantuflas, como un fuellecito gastado, sopla: y cada soplido quita de las cosas polvo, miedo a los ladrones, olor a orines y a desconsuelo. Unos ojos que sientes en la nuca te hacen voltear, y hay un golpear de puertas, una risita del historiador que dice, es mi hija que en cuanto siente pantalones se pone húmeda, yo le he dicho que se encierre, intentas sentir el olor pero ahora sí como un mentol el damasquinado de las armaduras te hace estornudar levantando trombas de polvo en las reliquias y nueva risita en el cuarto adyacente: siéntese, siéntese, usted viene

Vengo a encomendarle, a depositarle, unos documentos, unos pergaminos, le dices, intentando poner en la mesa el tubo de lata, pero en la mesa una completa vajilla de platos a medio comer y sobre todo de meduseantes cabelleras de fideos helados y secos te hipnotiza, bellos lamparones de grasa antigua flotando sobre caldos de salmuera, huesos de pollo nacarados en los cuales las moscas ya no insisten, trozos de pan con moho, cristales con posos indefinibles, el eructar del historiador que devora una amarillenta gallina con cabeza y con desvalidos ojos apenas atenuados por una cenicienta membrana, de allí la alfombra de plumas rojizas, de allí el historiador que interrumpe un eructo para decirte sírvase, sírvase, y piensas qué servirte, los bellos algodones mohosos de esta sopera, los filamentos de aquella fuente llena de insectos ahogados, tan completa la vocación de letrina de los alimentos, aún sin ser comidos autónomamente decaen y se gasifican, la única respuesta que puedes dar, que llena de gozo los ojos del historiador: no, gracias.

Entonces este tiempo que pasa mientras los dientes del historiador van poniendo al descubierto en la desmadejada

gallina esternón costillas molleja prosaico hígado eructo vértebras pulmones eructo diminutos sesos tracto genital con dos o tres notorios huevos en formación tendones de los muslos, y vuelves a sentir la mirada húmeda desde algún salón adyacente, Rubén no te coloques de perfil para que te miren, no te preguntes si tendrás cerrada la bragueta, Rubén. //

Los documentos, te dice el historiador. En una grave situación llena de incomodidades los traía para confiárselos para garantizar su conservación para inquirir sobre su valor histórico o sentimental, le contestas. Son legítimos, te afirma el historiador, cerrando los ojos. Pero cómo, si no los ha visto, le dices. Sólo los documentos que tenemos los historiadores son falsos, te dice. Y, le dices. Se los compro todos, te dice. Pero si no son para vender, le dices. Todo se compra, te dice. Pero no los aceptará sin estudiarlos, le dices. No los quiero para estudiarlos, te dice. Entonces, en algún lugar de la casa, adivinas una estufita de gas con un atizador, y cierras con fuerza la mano sobre el tubo de lata. Son de la familia, dices. Pero has calculado mal qué minuciosidad e interés requieren el ala derecha con sus huesos. //

la glándula sebácea, las patas amarillentas que, te explica el historiador, es bueno separar porque a la hija le gusta tirarles del tendón y abren y cierran, también con ellas se puede dejar huellas parecidas a hojas en los cuadernos de dibujo. La familia, te dice la voz, cascando las palabras como huevos, la familia, la clara familia amarilla, la frase esa deidad circular e ingrávida del huevo, que aprisiona el tiempo, la delicadeza y la vitalidad del tiempo, el tiempo que no se sabe si tenerlo en la mano tibiamente o arrojárselo a alguien a la cara, plop, una cortina de gelatinas que desciende, desciende como la voz del historiador que sigue, la familia, la memoria, pero toda memoria debe morir. Árbol con raíces en el aire, porque los seres humanos son aire, en ellos no puede arraigar nada salvo odio amor teorías esas fugacidades oh qué dura esta gallina qué expresión pone, como si no estuviera muerta, y usted qué dice, joven

Rubén no contestes, Rubén no le digas que de niño soñabas precisamente con un árbol con raíces en el aire, Rubén no le digas que olía a jengibre y que atraía bosques flotantes: Rubén no voltees, Rubén no trates de atisbar la jovencita que se ríe en los cuartos adyacentes, Rubén no mires si se muestra no se muestra se muestra no se muestra Rubén no te fijes que ha dejado en una puerta lejana un zapato que no se sabe qué quiere decir salvo que los deditos de los pies tan urgentes.

—Se los regalo —dices presentándole el tubo al viejecito, que estaba a punto de voltear, y que te mira hipnotizado— se los regalo —repites—. ¿No quiere conservarlos? —te pregunta—. Quémelos usted —le dices— si no, de todas maneras se perderán. Se perderán —repite golosamente— se perderán. Pero ya inventaré otros. Tanto que se respeta el pasado, porque parece irrevocable. Pero nada es más revocable que el pasado. Basta explicarlo.

Pero qué explicación esperar del tedioso viejecito que eterniza su gesto fósil su cráneo su cáscara de huevo te revela la inutilidad de las explicaciones. Las explicaciones, nexos causales, pasado-presente-futuro: alrededor de este cráneo, paradójicamente, se hace estático y casi se impermeabiliza el presente. Fuerte y sostenidamente se niega la apretada maquinaria muscular de su rostro a cualquier traslación, a cualquier desequilibrio fuera de esta verticalidad del hoy, del ya, del ahora. Si el mecanismo de este cuerpo tenía ruedecillas, estas deben haberse petrificado en un equilibrio casi musical, en el que sólo se mueve la presa de esta mandíbula de triceratops, que venciendo el olor a pantaleta exhala un olor a máquina de coser.

—Sí —dice el historiador, como adivinando lo que piensas— sólo existe el presente, y nos ofrece tan poco que por ese debemos inventar el pasado, creer que existió algo distinto a este vacío—. Tictac, hace el viejecito con el haz de músculos del cuello, antes de proseguir. Tilán, tilán, hace un reloj de péndulo plateado, que se mece como un pez,

tillán, y la sonoridad multiplica los pasillos interminables de la casa, tilán, como un cohete que se ramifica crecen pasadizos y pasadizos a cada tilán reiteración reiteratic reiteratac reiterati reiteralán. Todo en la casa se complica en un juego de tictiqueos tic de tictequeteos tac, Rubén tic historiador tac momias tic hija tac retratos de próceres tic banderas rasgadas tac. —La historia— dijo el viejecito.

—Qué sería de los campos sobre los cuales caen los animales muertos —prosigue— si las larvas no los fueran devorando. Imagínese encontrarse en la calle todas las mulas caídas desde el descubrimiento. Imagínese abrir la puerta y entrar en el pasado. Nosotros lo vamos borrando, mascando sus tendones, puliendo sus huesos, haciéndolo desintegrarse en polvo, anulando el polvo en gases. Nosotros atacamos la consistencia de los hechos que sucedieron, les superponemos los falsos, destruimos las pruebas, embrollamos y finalmente disolvemos.

—Pero los papeles —dices, esgrimiendo el tubo de latón.

—Cada generación reescribe la historia y reescribe también las pruebas. De allí la gran mediocridad de casi toda la historia, la tristeza de fantasmones de casi todos sus personajes. Aquí, allá, permanece alguien demasiado fuerte como para disolverlo. Entonces se lo explota. Se lo atenúa con precursores o se lo minimiza con sucesores. Se establecen sacerdocios, altares. Se emplea su memoria para traicionar sus actos. Todo es, por lo tanto, en vano. Todo el esfuerzo para entrar en la jijí, historia.

Rubén no desenrosques el tubo de lata. Rubén no te guardes el papel azul y el escapulario de Carpión Milagrero. Rubén no esparzas los pergaminos que se desintegran como polvo, los papeles que estallan en papelillo maculado de tintas decoloradas, los trozos de infolio, las cintas harapientas, nube polínica, Rubén no dejes que el anciano caiga al suelo, arañando los fragmentos con movimientos de ga-

llina que picotea —¡Auténticos!— con graznidos de cuervo —¡Legítimos!— con estornudos de anciana —¡Los compro!

(Mientras gira el remolino de palabras, en el aposento contiguo el escritor fascinado por la palabra palabra pregunta: ¿Y si te perdieras en las profundidades de una frase? ¿Penetraras sus meandros? ¿Te fascinaras con sus complejidades? ¿Encontrado o perdido o en fases mil desencontrado? Defendido y entregado. Por multiplicación de los significados: espejeante. Elevado hasta los repiqueteos laberínticos de sus sonoridades. ¿En dónde las opciones? ¿De cuál manera los símbolos? ¿Qué frutos cosechados? ¿Y al final, en qué abismos? Desdoblándose en las predicaciones y en los verbos latiendo. Ramificárate. Sobrepasárate. Todo y nada en sus pulsaciones. En un vértigo de aproximaciones hacia la consición, aniquilándose: de aquí, de allá, accesoriedades que la entraban. De aquí, de allá, las músicas. Batutas astutas. Remontándose hacia la final coda que cabalgo sobre el aliento y el énfasis y el remate: cumbre y culminación y metonimia, y arco y cúpula y corona: desmoplándose al fin: y espumajeando: y liberándote en tus tumultos sus marejadas sus contorsiones sus meandros sus multiplicaciones en las que —¡variando el infinito! ¡admitiendo todo tipo de curvaturas!— armoniosamente frasea contuerce sobrevuela oriflama la caléndula temporal de cuyos anillos todo brota continuamente.)

(El escritor fascinado por la palabra palabra nada en este párrafo, entrando y saliendo de este párrafo, en honduras y en mixturas de palabras elige y desecha, y poda e injerta, contempla y olvida, de palabra en palabra avanza y persiste y existe y mora.)

(Desde el nimbo de silencio del aposento contiguo, el escritor fascinado por la palabra palabra contempla con viscosa curiosidad el curso de la nube polínica de documentos desintegrándose en palabras y de palabras desintegrándose en escamas y en polvo mientras Rubén agita como una es-

pada fulgurante el tubo de lata del que escapan voces y zumbidos y ayes de pneumas prisioneros en redes fonéticas y cárceles gramaticales, produciéndose por efecto de la dispersión y el mandoble un tumulto de quejidos y una rauda explosión de cárceles y garfios, que se juntan en un alarido en el medio del cual es devuelta, vomitada y ensangrentada, cada palabra que nos fuera impuesta, y al arrancárnosla sentimos que nos deja heridas en forma de palabras que nos dibujan un rostro. Enfervorizado en la beatitud de la herida, el escritor fascinado por la palabra palabra se inflige cicatrices que laten y desgarrones cuyos labios sangrantes describen espacios mágicos y momentos. La carne se hace verbo. La prisión se hace arma. Palpas palabras. Entonces ve los perros minoicos que le saltan a la garganta para borrarle las heridas.)

Rubén no sigas sacudiendo el tubo de lata, Rubén no lo arrojes al suelo, Rubén no dejes al viejo rasgando escamas de papel que un soplo anormal avienta, Rubén no sigas los pasos quedos en el cuarto, Rubén no sigas la risa que suena en los pasillos, Rubén no separes cortinajes, no esquives archivos, legajos, falsas armaduras, secretarios desventrados, Rubén no avances por cuartos que dan a otros cuartos que dan a otros cuartos, Rubén no escales sobre papeles pútridos Rubén no patees bayonetas herrumbradas, picas mohosas, espuelas con cardenillo, marcos dorados con polilla, Rubén no quiebres espejos de lunas leprosas, no voltees arcones que estallan en cómején, no sigas por cuartos con el techo caído sobre pastas de papeles viejos, no abras el armario que huele a chinche, no hundas la mano entre los trapos de tafetán y las pieles con sarna, no remuevas, no hundas la cabeza, no jadees, Rubén, no retuerzas, no frotes, no venzas, no rasgues

mientras en la realidad, es decir, los pasillos, suceden las siguientes secuencias de hechos: el reloj dice el historiador, a gatas sobre los despedazados papeles, el reloj, e, incorporándose, se acerca al aposento donde Rubén jadea

arrodillado; el historiador cojea, palpando uno tras otro los relojes que han muerto, como sólidos corazones de cobre, envenedadas colmenas de resortes, el reloj, arañando el sarcófago vertical en donde ha muerto el pez de plata del péndulo. Las escamas de los manuscritos todavía se mueven, parecen danzar silenciosamente sobre sí mismas, como pavesas consumidas por un fuego invisible. Rubén, que ha sentido el ahogo y el calor, reaparece en los pasillos, abrochándose, a tiempo de señalar, con una mano cuyos dedos están húmedos, el tubo de lata, que, tirado en el suelo, emite una vibración cada vez más insoportable, vibración cuya intensidad va creciendo hasta dejar atrás el sonido y comenzar a emitir la luz espectral que acompaña los remolinos de tiempo nulo que son la materia de los documentos del futuro

—Al suelo —grita Rubén y al suelo dentro del armario la hija con sus humedecidos muslos al suelo el anciano con sus garras de pájaro al suelo Rubén cubriéndose los ojos con la mano antes que l a   l   u   z

2.—GNOSSOS

2.1.—En algún punto del universo un ser provisto de instinto de conservación y de memoria sobrevive e intenta durar lo mismo que el universo.

2.2.—La supervivencia de este ser es inevitable porque los seres con instinto de conservación pero sin memoria desaparecen y los seres con memoria pero sin instinto de conservación asimismo desaparecen: sólo una fiel representación del pasado permite abrirse camino en ese espejo del pasado que es el futuro: y así toda duración es simétrica y toda simetría finita y sin objeto.

2.3.—Necesitando la memoria de almacenes materiales en donde ser conservada: debiendo la memoria ser más extensa a medida que avanza el tiempo y la cantidad de pasado que refleja es mayor, GNOSSOS está obligado a ocupar una porción cada vez mayor de materia; a emplear para sus bancos de memoria sucesivamente una montaña, un océano, un planeta, una estrella, un cúmulo, una galaxia, un grupo de galaxias, una porción considerable del universo finito.

2.4.—Siendo el universo finito, el impulso de GNOSSOS de emplear toda la materia para constituir sus bancos de memoria, tiene un límite absoluto: en cuanto mente que percibe, GNOSSOS necesita algo exterior a sí mismo que percibir: la mente sujeta a deprivación sensorial desvaría y colapsa como un organismo privado de alimentos: GNOSSOS debe aceptar la existencia de una porción del universo exterior a él: debe abstenerse de crecer hasta el límite último: la vida de GNOSSOS consiste en la observación de esta porción exterior del universo y en la fabricación de réplicas, en sus cada vez más complejos bancos de memoria, de los fenómenos que ocurren en el espacio que todavía no ha devorado.

2.5.—Dentro de los bancos de memoria de GNOSSOS hay un modelo del universo que comprende dentro de él a

GNOSSOS haciendo un modelo del universo, y así sucesivamente, modelos que son progresivamente pobres en virtud de la progresiva escasez de los componentes empleados para definirlos en los bancos de memoria. GNOSSOS se pregunta si él, y su universo, no son más que un modelo dentro de la memoria de un meta-GNOSSOS, y así sucesivamente, por cuanto toda memoria es simétrica, y toda simetría finita y sin objeto.

2.6.—Los fenómenos que GNOSSOS observa sugieren todos el relativamente próximo fin del universo; relativamente próximo fin que GNOSSOS conoce, que su instinto de supervivencia le prohíbe acelerar, y que, por el contrario trata de retardar —en el fondo, inútilmente: sólo GNOSSOS sabe cuán inútilmente— para agotar hasta la última traza de duración, hasta el fin de la memoria y el fin del fin.

2.7.—Primer anuncio del fin, la degradación de la energía gravitatoria, que es la más pura forma de energía del universo, y que los cuerpos celestes, al contraerse, convierten en la corrupta energía de rotación, energía de moción orbital, energía nuclear, calor interno de las estrellas, luz estelar, reacciones químicas, calor físico interno de los planetas, radiación cósmica de microondas, progresivamente empantanándose en el charco sin regreso de la creciente entropía: el desorden creciente: la dispersión creciente: la dilución creciente: el equilibrio: la inmovilidad: el fin.

2.8.—Segundo anuncio del fin, la creciente densidad de las galaxias, cuya materia, arrastrada hacia el centro por la fuerza gravitatoria, asegura un colapso gravitacional en un tiempo de caída libre de cien millones de años: y por lo tanto los grandes centros de materia hiperdensa donde ninguna memoria puede ser preservada: y por lo tanto los huecos negros en los cuales la prisión gravitatoria es tal que la luz que brota vuelve a caer: y por lo tanto el último cementerio cósmico: y por lo tanto el fin.

2.9.—Tercer anuncio del fin, la lenta degradación —mediante procesos internos de degradación energética o mediante colisiones producidas al azar— de la fuerza de rotación que mantiene a los astros alejados los unos de los otros, de donde el choque y el encuentro de masas cada vez mayores: de donde la aceleración de la contracción y la pérdida de la energía gravitacional: de donde el colapso gravitatorio: de donde el cementerio de huecos negros en el vacío: de donde el fin.

2.10.—Cuarto anuncio del fin: el continuo gasto de hidrógeno en reacciones de fusión entre sus núcleos, que producen helio, liberan energía degradada y abren el camino para la transmutación en elementos pesados: de donde el mundo sin hidrógeno: sin combustión: sin energía: el fin.

2.11.—Enfrentado con estos anuncios del fin, GNOSSOS, como todo ser dotado de instinto de supervivencia y de memoria, trata de retardarlo, de mantener estable la precariedad de estas fuerzas: inútil tarea en que cada movimiento degrada aún más la energía: inútil tarea en que todo esfuerzo retarda las fuerzas de rotación: inútil tarea en que cada instante de vida consume la vida y la suma de los factores no altera el producto: la humildemente aceptada y finita limosna de la duración: el escurridizo perecedero tiempo.

2.12.—Instante en el cual la perturbación gravitatoria, al expandirse, informa a GNOSSOS que en la porción del universo que no puede devorar bajo pena de perecer de deprivación sensorial, se ha organizado el programa para aniquilar este universo, para aniquilar GNOSSOS, para aniquilar este tiempo y este espacio.

2.13.—Por tanto, la batalla entre la memoria y el fin.

2.14—Por tanto, la batalla entre la identidad y el flujo.

2.15.—Por tanto, CATACLIX contra GNOSSOS.

0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0
0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0
0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0
0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 1 1 1 1 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0
0 0 0 0 0 0 0 0 1 1 1 1 1 1 1 1 1 1 1 0 0 0 0 0 0 0 0
0 0 0 0 0 0 0 0 1 1 1 1 1 1 1 1 1 1 1 1 1 1 1 0 0 0 0 0 0 0 0
0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 1 1 1 1 1 1 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0
0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0
0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0
0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0
0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0 0

TERCERA CARRERA VÁLIDA PARA EL 5 Y 6

El trompetero da la señal, y en carrera de perdedores la yegua Aubade tordillo de dos años es llevada hacia el aparato donde ya esperan los competidores pero es reuuente la yegua Aubade a cuadrar en el aparato y su monta con colores plata y negro hace sonar la fusta y amusga las orejas el ejemplar Aubade y desvía la cabeza del aparato y vienen los palafreneros y la toman de bridas y le hacen dar una vuelta para distraerla y volverla a llevar al aparato pero se alza de manos el ejemplar Aubade y recula y la llevan a la parte delantera del aparato mientras dan vueltas a su alrededor los policías de pista y la monta hace sonar la fusta y el ejemplar Aubade contempla los ejemplares todos cuadrados dentro del aparato de partida y retrocede y los palafreneros la empujan y le desvían la grupa para hacerla cuadrar en retroceso pero la yegua Aubade ve en el suelo la sombra del aparato y huele el sudor de los ejemplares y corcovea por el fustazo y se planta y los palafreneros se in-

clinan sobre ella y el sudor de los palafreneros la hace temblar y la monta se pasa el antebrazo por la frente y trata de aproximar a Aubade en retroceso de manera que las gríngolas le impidan ver la jaula de hierro y Aubade cabildea y amaga coces y el fustazo la hace saltar y los jueces de pista se fijan en lo que pasa y un palafrenero chasca un rebenque y salta de lado la yegua Audabe separándose de los palafreneros y le ponen una máscara para que no vea la sombra y se resiste y le tapan los oídos para que no oiga el golpeteo de los ejemplares contra el acolchado de las jaulas y se resiste y el juez de pista hace la señal y los caballos zainos de los policías de pista se dirigen hacia Aubade y la retiran de la carrera y la acompañan al paso al túnel oscuro del paddock, donde no se oye la rechifla de las tribunas.

PLOMACERA AL LADO DE UNA TEJEDORA

Entonces yo le dije adiós a Rafael y le dejé el Smith & Wesson y me bajé del carro en la esquina y caminé y vi una camioneta grande que se puso a su nivel y el tipo de la derecha le apuntó a la cara y le pegó 2 tiros y Rafael rebotó sobre el asiento y ya no lo vi más porque el techo de la camioneta tapó lo que pasaba yo sólo escuché como un taponazo que debía ser del Smith & Wesson y después un papapapa feísimo en eso salté la reja de una casita con un patio de mosaicos, me metí por una ventana y me encontré con un pequinés que hacía yip yip y una viejita que escribía en una máquina antigua con florecitas grabadas en la marca de fábrica y entonces oí el pa pa pa pa que debía ser de la UZI y empezó una plomacera en la calle y a la viejita le dije no grite, y no la amenacé porque le había dejado

el Smith & Wesson a Rafael y además el cuarto estaba lleno de peceras con pescaditos que siempre saben que no hablamos en serio. La viejita se asomó, dijo Ay Jesús, tomó en los brazos al pequinés, esforzó la vista hacia los carros que hacían bup bup bepbep creyendo que era un choque y que al oír la balacera trataban de echar hacia atrás con un popopopop de mínimo mal ajustado, entretanto yo en el cuarto manoteando perras mansas locas por besarme con sus hocicos, siéntese, me dijo la viejita, y entre los pequineses y las perras caí sentado ante una maquinita de negro charolado con viñetas de minio que olía a aceite rancio y en un papel que estaba en el rodillo leí:

> —¡Oh, abuela, qué buena eres! —dijo Guillermina, echándose en brazos de la anciana— sólo tú podías haber adivinado mis sentimientos por Ramiro.

Mientras seguía la plomacera, la viejecita se sentó en una mecedora de paletas, me asestó su mirada que era como una llamita azul, tomó agujas de tejer y entre mecida triss y mecida trass me dijo escriba, empezó a dictarme:

> —¿Acaso no te he llevado en brazos, picaruela? —dijo la anciana, agitando suavemente su cabeza cubierta de hebras de plata.

Entretanto en la calle chirriaban frenos de radiopatrullas camionetas jaulas, me levanté a mirar por un postigo y vi junto a la esquina un hombre con traje de dril y casco que montaba el percutor de una ametralladora de mano y vi otros dos más detrás de una camioneta y me aparté del postigo y volví a sentarme.

Las perras lanudas daban vueltas, inquietas al sentir las carreras en la calle, resoplando del olor dulce de los tiros, que ahora lo ocupaba todo, zambulléndose tras los sillones cada vez que volvía a sonar la UZI. Tac, hice con una tecla. Tac, tac tac tac tac. Eme, U, Ere, Te, E.

—Muerte —dijo la viejita, tejiendo tic, tejiendo tac, picoteando la madeja con las agujas—. Los hombres huelen a muerte. En cambio, las mujeres. Escúcheme. No escriba a máquina lo que le voy a contar.

De todos modos escribí.

Internada por mis tutores en el Colegio de las Hermanas Inmaculadas, hubiera yo también sido eterna de aceptar la vocación que querían imponerme, de dedicarme a las labores de aguja para los manteles de los casamientos de otras y para las vestiduras de los santos. Dedicadas a estas rutinas de la eternidad, varias Hermanas escondían fes de bautismo expedidas en la época en que doña Juana enloqueció de amores por el príncipe rubio que traje de las tierras del hielo. Yo, en cambio, en la misa de la madrugada, veía ardorosamente tras las rejas a Adolfo, de quien la hermana Sixtina, a cambio de propinas de requesón y chocolate, me hacía llegar billetes y medallones con rizos de pelo. Un sí es no mi corazón sabía que su vida peligraba por los azares de la represión contra los carlistas; un sí es no sabía que llevaba luto por un contrariado amor hacia una doncella que entregóse a otro zagal, un sí es no me había llegado aquella frase que levantaba suspiros entre las oblatas: Matarte joven y enamorado, no. ¡Qué dichoso te haría, Carita de Plata! Un sí es no sabía más bien que, petardista en derrota, Adolfo codiciaba el oro de las pátenas, las piedras de la custodia, la plata del casto cinto de la virgen. La organizada vista gorda de la Superiora nos permitió vernos, escaparnos: el negocio del convento consistía en alentar a las novicias para que huyeran y así retener sus dotes sin tenerlas que mantener. Esto conservaba las misas de la capilla bullentes de poetas fracasados, cadetes sostenidos por tías y rufianes en campaña de reclutamiento. Billetes con sospechosa ortografía plagiados de Bécquer y de Campoamor encendían inflamadas pasiones y celos; consonantes inéditos provocaban delirios que había que confesar; sonetos escritos en tinta violeta hacían cristalizar sacrilegios y crisis de bienaventurada gloria.

La madrugada que escapamos reventaba el complot anarquista de Estella y Auriol. Atravesamos plazas donde la milicia disparaba a ciegas. Cáliz en mano cruzábamos las calles diciendo paso al Santísimo que va a socorrer a los moribundos. Los soldados se descubrían entre los insultos de los oficiales librepensadores que les citaban trozos inflamados de discursos de Castelar y la madrugada avanzaba entre dispersas fusiladas que tronchaban a los ateos con blasfemias en los labios.

Traclán hicieron desde la calle varios fusiles, traclánvidrios verjas mampostería, tras ellos, discreto, un pop espaciado que todavía parecía de la UZI y un tiro más seco de un revólver, probablemente un Colt, algo así como un treinta y dos, pensé, un treinta y dos, entonces Rondón está vivo todavía,

—Escriba —dijo la viejita, sin dejar de tejer, y volviéndome a sentar en la máquina escribí

> —¡Comprometido —se dijo Guillermina sintiendo desfallecer su corazón— ¡César Leal comprometido con otra mujer! —y no podía dar crédito a lo que decía su prima Paulina.

Pero entonces la mirada de la viejita se perdió en el vacío y comenzó a rebuscar en las madejas de hebras de colores y siguió hablando y copié:

—Dos días después pasamos la frontera; seis días después llegamos a París. Temeroso de la policía, Adolfo me abandonó llevándose el cáliz, las pátenas, la custodia, el cinto de la virgen, dejándome sólo varios cuellos de camisa almidonados y el ejemplar del Secretario de los Enamorados de donde copiaba sus misivas pasionales. Con inmensa dicha quemé cuellos y libritos: había podido poseer íntegro el amor de un ser humano a quien sólo distraía de mí el valor de unas piezas de oro viejo. Feliz mujer que has disfrutado un ladronzuelo y no has tenido que romper el embeleso de un santo o la obsesión de un poeta. Para regularizar mi situación ante la policía me pretendí griseta (mi difunto padre, afrancesado, me había enseñado el idioma). El frío

otoñal, sin embargo, me disuadió de correr por las calles. Las jornadas de catorce horas me alejaron de los talleres de costura en donde las obreritas morían escupiendo sangre sobre las crinolinas. Un discreto anuncio me descubrió el camino: Hombre de letras necesita asistente. El hombre de letras no era tal. Era el negro de un negro que escribía a destajo para un escritor célebre que nunca en su vida había escrito una línea propia. Las subcontrataciones de material escrito se sucedían, cada una de ellas reduciendo la tarifa: explicado un esbozo general de lo que se deseaba, tomé pluma y papel y escribí: una incierta estufa me permitió seguir adelante durante un invierno gris que lo disolvía todo en lágrimas: me vendaba las manos con trapos que estaban siempre manchados de tinta; jamás lograba seguir la pista del capítulo de lo que escribía (el negro que nos subcontrataba repartía el material entre varios redactores que a su vez quizá subcontrataban hasta el infinito los textos que el escritor célebre firmaría). Teniendo diversos clientes, cada uno en busca de estilo, debí hacerme ora documentalmente realista, ora psicológica, ora simbolista, ora decadentista ora católica, ora costumbrista, ora erótica, ora popular. Una equivocación hizo que mi empleador incluyera la misma página en dos obras confeccionadas para que fueran firmadas por autores distintos: el proceso por plagio hizo, extra eclessia, las delicias del Figaro Literaire e, intra eclessia, provocó mi expulsión del sindicato de negros: la absoluta miseria: una tetera abollada donde casi eternamente bebí el té sin limón que engaña el hambre: una habitación con desgarrones en el empapelado que formaban mugrientos bolsillos: un Cristo de latón sobre la cama: las campanillas de los coches que parecían cascabeles de trineos: la nieve cayendo como el polvillo de todas las pulmonías del mundo: execrada del sindicato de creadores a la orden busqué trabajo en el de traductores: aquí también, supuestos traductores contrataban con las editoriales y luego subcontrataban con hambrientos que a su vez subcontrataban con hambrientos: copadas todas las traducciones del inglés y del castellano por miríadas de

competidores, acepté gruesos legajos en cirílico: para que me los confiaran hice uso de mi cabellera rubia y de mis ojos azules para fingirme nihilista evadida de la fortaleza de Pedro y Pablo: el ardor que la desnutrición ponía en mi mirada confirmó la historia: yo confiaba subcontratar con un emigrado tuberculoso que desfallecía en otra casa de vecindad, y que en una orgía de humillación deliraba sobre un delito que creía haber cometido: la tisis lo arrebató tras llenar tres cuartillas de errores ortográficos: recogí furtivamente el original cirílico, las cuartillas y un apolillado gabán, y me fui sin advertir a la patrona. Me esperaba un terrible día frente a un texto jeroglífico, en un cuartucho asimétrico, frente a un samovar lleno de diluido té. Hacia la noche dejé de llorar. Recordé artículos leídos en una Geografía Universal sobre las costumbres orientales; revisé el manuscrito, decidí que las palabras con mayúsculas eran nombres; las que se repetían mucho, de personas, las que se repetían poco, de calles o ciudades. Encendí una lamparita y comencé a inventar la traducción. Desde entonces, la vida se me fue frente a cada vez más temblorosas lámparas, inclinada ante legajos cirílicos que yo fingía traducir al tiempo que enhebraba un monstruoso tejido de personajes y enredos, todos aceptados como auténticos por las editoriales, todos traducidos, ante mi horror, del francés a otras lenguas. Mis personajes supuestamente traducidos adolecían cada vez más de manía discursiva: los aterrorizaba su propia falsedad que por momentos se hacía transparente y que yo procuraba excusar inventándolos permeados por Occidente: su remordimiento de estar lejos del alma nativa era casi una confesión: yo la atenuaba creando callejones cada vez más sórdidos, haciéndolos clamar por un Dios cada vez más remoto, derribándolos con crisis cada vez más fulminantes en la enfermedad de no encontrar ni origen ni destino para sus vidas. Así quedó escrita toda una literatura conocida por Occidente. Sus originales fueron reescritos o suprimidos en épocas de confusión o de culto a la personalidad. Comencé yo misma a sufrir del terror de mis personajes de saberse falsos a los

ojos de su creador, injustificables mis afanosas cuartillas para pagar la calefacción y la comida, injustificables mis cabellos rubios que encanecían, mis ojos falsamente asiáticos de niña que había huido de los rituales de la esterilidad para caer en los de la inmortalidad, que son la misma cosa. Cansada de reflejar mundos improbables en otros mundos improbables hechos de tinta, dejé las traducciones y para tener dinero para la huida copié fonéticamente el dictado de un irlandés casi ciego y lo abandoné con un manuscrito que yo no podía entender ni él corregir. Hice unas precarias maletas, liberé canarios y regalé falderos, sabiendo que el destino de los unos eran los sombríos gatos de tejado, que el de los otros eran las heladas aguas del Sena, tomé el tren y regresé a mi país.

No pude salir a la calle donde estaba maullando una sirena no me pude escapar por el techo donde estaban trepados unos soldados con cascos que rompían las tejas como gatos no pude saber cuál era el revólver que piaba como un pajarito a lo lejos porque ahí mismo lo calló una plomazón de arma larga muy fea y muy precisa que daban ganas de tirarse al suelo en cambio caí sentado otra vez tras la máquina frente a la viejita que dijo:

—Gasté mis ahorros en casas de pensión. A veces salía a las calles, maltratándome los botines en el empedrado, y veía que en los cafés se retrataban en grupo los integrantes de las nuevas generaciones literarias que habían absorbido mis castellanismos creyéndolo galicismos y los estrenaban ante la ira de las Academias. Yo intenté vivir. ¿Cómo vivir, señor? No se puede vivir lavando ropa, porque los gremios de lavanderas asen por los cabellos a quien les disputa el privilegio de morir de tuberculosis: no se puede vivir montando un estanco, porque no se tiene para los complejos sobornos necesarios para obtener la concesión cuando muera la estanquera de la calle Peral nadie toma las clases de francés, porque las madres temen que el francés les de niñas liberadas, que usarán colorete y fumarán cigarrillos y leerán

a Hugo y otros autores impíos: los únicos que quieren clases de francés son jóvenes deseosos de ir a París y que no pagan: la miseria siempre nos hace rodar por pendientes conocidas: la de encontrar en un parque un periódico abandonado con un aviso que dice: Se solicita colaboradora literaria: la de acudir, la de tirar de campanillas herrumbradas, la de esperar junto con damas entradas en años en vestíbulos fríos parecidos a locutorios de conventos: la de contemplar una luz que se desvanece sobre rostros de damas que pretenden ignorarse asestando los impertinentes al techo, al piso, a las propias manos que juguetean con guantes agujereados, la de ver salir de las habitaciones interiores caballeros macilentos apretando contra su pecho manuscritos de folletines, la de adormecerse en pausas durante las cuales las otras damas con bolas de hilo de lana y agujas tejen un clic clic clic siniestro como el de las cuentas de un rosario, la de escuchar al fin la campanilla y el que pase que permite entrar a un aposento oscuro lleno de un bisbiseo como el de un confesionario.

En la calle hubo una explosión. Me acerqué a un lecho con columnas. Me tapé los oídos. Tras las cortinas del lecho se oía un clic clic de agujas de tejer. En la calle volaron hojas de periódicos. Desde una mesita de noche cayó al suelo y se desparramó un legajo de cuartillas. Hubo otra explosión. Desde los almohadones una voz dijo:

—Marisabel, hermosa joven, y Fabio, gallardo teniente de dragones, se aman y logran casarse a pesar de las intrigas de Ignacia madrasta de Marisabel que reserva a Fabio Alejandro para Eumelia, hermosa pero maligna hija de su primer matrimonio. Una semana, cien cuartillas, a peseta la cuartilla. ¿Puede?

Llegó a la sala la hediondez del explosivo. Pregunté si suministraban papel y tinta. Lagrimeé, quise vomitar. Me dijo que no En la calle se levantó un tierrero. Sustraje de las cien pesetas el gasto. Dije, coño. Dije, puedo.

Entre el humo, la viejita continuó:

—A la semana regresé, esperé junto con otras damas en la antesala, entré en la recámara, entregué el manuscrito. La Dama Sentimental, en su enorme cama, tocó el manuscrito, y, sin examinarlo, me lo devolvió, diciendo: quítele la descripción de lo que sentía Marisabel en las tardes en que no pasaba nada. Quítele la parte en que comprende que Fabio es un imbécil y por lo tanto conquistarlo se hace tan horrible como no conquistarlo. Quítele la parte donde se comprende que la maligna Eumelia cumple su papel de rival sin entusiasmo, lo hace todo en el fondo sin entusiasmo, por complacer a una madre que tampoco tiene entusiasmo, que lo hace todo para Eumelia sin saber qué ambas representan. Todos los principiantes inventan cosas. Aquí no se inventa. Se le descontarán las cuartillas inutilizables.

Accedí, y recogí el manuscrito. El ser de la cama habló tartajosamente:

—Guillermina, hermosa joven provinciana, sufre un desengaño al saber que su prometido César Leal ama a una joven de la capital. Al volver de misa, tropieza en la calle a Álvaro, quien regresa al pueblo después de una larga ausencia, y su corazón late intensamente a pesar de las advertencias de su prima segunda Paulina, quien califica al recién llegado de calavera, mala cabeza y mal partido. Una semana. Cien cuartillas. Tarifa igual.

Esta vez no me preguntó ¿Puede? Yo podía. Había terminado con las ilusiones: la de llevar una vida como la de las novelas y la de escribir novelas como la vida. Al servicio de la Dama Sentimental yo había llegado al final de las palabras y de la vida. No como esos narradores que intentan ingenuamente desolarnos con castillos diáfanamente inaccesibles o con puertas persistentemente cerradas, sino abriendo castillos y puertas para que se pueda comprobar la nulidad de todo lo guardado y el horror de toda ilusión que se cumple. No tamizando y sutilizando el hecho a través de los meandros de la memoria, sino presentándolo sin aliños para dejar ver que todo lo memorable es inane y todo lo inane

memorable. No desfigurando el idioma hasta construir con él selvas de la incomunicación, sino haciéndolo transparente para dejar ver la vacuidad de lo comunicable. No construyendo la obra a partir de ese enredo de tics y subjetividades que se llama estilo, sino mediante los materiales anónimos, repetitivos y sustituibles de las colaboradoras literarias a sueldo. Así al fin, y de verdad, el fin de la esperanza: literatura escrita anónimamente para fines efímeros y sin la pretensión de la posteridad: que no va más allá del hombre. La obra definitiva del mayor y acaso del único genio literario de la historia, de la Dama Sentimental a quien dije simplemente: ¡Puedo! Porque lo más terrible de todo es que el hombre siempre puede aún degradarse más, porque no hay límites para lo inane o lo vacuo o lo nulo.

En la calle siguió la balacera de arma larga pero ya nadie contestaba.

—Preparando textos idénticos y repetitivos con idénticas y repetitivas emociones cada siete días, noté que había entrado nuevamente en los ritos, que tejer clic clic o teclear en la máquina clic clic me había restituido a la serenidad circular y chata clic clic clic del rosario: que yo volvía a ser inmortal como lo es todo aquel a quien dejan de sucederle cosas nuevas: al final la máquina aprendió a escribir sola las mismas historias, no importa quien la pulsara, Adolfos y Cristinas y Eduardos y Yolandas y Roberts y Marys surgían de ella pulcros, bien parecidos, atildados, camino del altar, incólumes: la confusión de una guerra con demasiadas bombas me hizo emigrar a América, en donde la radio necesitaba alimento: el calor derretía el lubricante de la máquina: al fin las cintas se hacían grises y luego transparentes: para satisfacer a la Dama Sentimental y a los medios de comunicación escribía yo día y noche hasta no distinguir noche ni día; hasta no distinguir seres en una humanidad cada vez más adocenada, cada vez más imagen de los neutros personajes que al servicio de la Dama Sentimental creaba: morían ya académicos los copiadores de castellanismos y yo sobre-

vivía: morían Príncipes Azules y Novias Blancas y yo sobrevivía: nuevos Príncipes Azules y Novias Blancas leían mis escritos y se volvían mis escritos: un mundo cada vez más fraudulento y mediocre se aproximaba a las imágenes mediocres y fraudulentas que yo enhebraba: al final tejer clic clic al final después de haber intentado crear imágenes que imitaran al mundo he aquí que el mundo imitaba cada vez más las imágenes que yo había creado, al final, clic clic clic, y cuando haya tejido todas las posibles telas, dejar de tejer.

Toqué la máquina que escribió:

—Y el traje de novia —dijo Guillermina triunfante— ¡El traje de novia será el mismo de la abuela!

Clic clic cliquiclic trac zácata la ráfaga abrió estrellas en la ventana del frente en la de al lado en el postigo en la puerta en la pecera blam blam traclán hicieron las balas tejiendo variantes laberintos de trayectorias mortales blam blam traclán salté al suelo zácata surtidores de astillas de agua de polvo de yeso de porcelana rota de peines de lamparitas de imágenes zam bam trácata explotaron en sanguinolentos pingajos: las dos perras mansas la cotorra el canario el pequinés el pececito de colores los gatos siameses ¡Tachones rojizos sobre las alfombras! ¡líquido verderrojo de la pecera sobre el empapelado! En el centro del cuarto clic clic la viejita tejía, con sus ojos azules como ascuas a punto de apagarse. Sobre la mesa la vieja máquina de escribir, intacta, sobre la cual ardía la hoja de papel, perforada por un balazo. Cuando los sapos que entraron iban a matarme uno de ellos, les dijo: que quede uno vivo. Empezaron a darme carajazos antes de meterme en la patrulla.

CUARTA CARRERA VÁLIDA PARA EL 5 Y 6

Disperato ero io nella miseria cuando recibo en la pensión la llamada del Gentiluomo Aquileo Aquilone.—¡Partida!. — Per dirme che, come il suo antepasado Lorenzo de Medici, voleva essere promotore de juegos — Peregrino acciona fácil para desprenderse del pelotón — voleva hacerme luchador con capa e máscara dorada — pero por fuera atropella Centella — Io facevo calistenia e saludaba al público que aplaudía que pitaba — y empieza a azotar Arcángel — cuando me tocaba ganare io sentivo nel mio corpo come un lampo — pero cae sobre ellos Llamarada — gané contra Baal el Mangiabambini, contra Atila il Barbaro Matto, contra Federico il Mostro Tedesco — Llamarada se crece en el puntero — mi sono convertito en luchador artista — Llamarada desaloja a Arcángel — la bella Nelson la bellina doble Nelson la celeste estranguladora — cabeza a cabeza batallan La Mano y Centella — ero io un creatore, pancracista era artístico, luchadore filosofo, combatiente científico, en la lucha era un príncipe: era Il Sole di Napole — pero desde fuera arremete Fin de Mundo — mi hanno dicho que dovevo perdere la lucha contra Il Tanque Americano — Fin de Mundo choca contra Centella — un bigardo mediocre, mascatore de chicle, mascalzone, vulgare — en la primera curva los envuelve Llamarada — con calzones de estrellas y con capa de barras, mascarone de morte — La Mano aprieta sobre Peregrino — me ordenaron perdere, que cosí era negocio, que era buena inversione — y Arcángel amenaza a Llamarada — me he dejado golpeare, me he dejado tumbare, me he dejado pateare — Peregrino desfallece — me gridavano tutti: ¡Cobardote! ¡Venduto! ¡Mascalzone! ¡Buggiardo! — y Arcángel se lanza al desquite — tras mi máscara de oro yo sentía el rubor y los golpes del Tanque — Arcángel presiona sobre Centella — me gritaban a coro: Macarroni. Pagliaccio. Purapinta. Cornuto — por los palos acomete La Mano — con una forza de cíclope ho volteado al Gran

Tanque — mientras atropella Fin de Mundo — ho fatto il molinete lo he lanzado contra la esquina y de rebote lo he zancadillado — Peregrino cae ante el pelotón — en el medio del Ring brilló Il Sole di Napole sobre estrellas caídas — desde el fondo arremete Obsesión — Lo estrangulaba lo pateaba lo bataqueaba: Il Sole di Napole entre reflectores dorada máscara capa dorada — Obsesión gana un cuerpo de ventaja sobre Arcángel — el Tanque Americano pidió piedad y le arranqué su máscara de muerte — Centella obstaculiza a Obsesión — lo tiré de la arena sobre los promotores del combate trucado — atropella fuerte Fin de Mundo — me arreglaron desquite con combate en relevo: El Gran Tanque y Armageddon contra El Sol y la Luna — Obsesión aplasta a Llamarada — la Luna me dejó solo y entre El Tanque y Armageddon me emplearon de ariete contra el poste del Ring — Obsesión se trenza en combate con Fin de Mundo — y en el público: acábalo mátalo jódelo rómpelo pártelo quiébralo mátalo — Fin de Mundo acomete contra Centella — yo vi el sol apagarse y vi estellas cayendo y la lluvia de sangre — y se impone Centella

y doblan la recta final y se inclinan hacia la baranda y crecen en las imágenes de la televisión y se desparraman sobre la espuma de la cerveza en los botiquines y corren y pasan por las ventas de televisores donde montones de aparatos centuplican la imagen del ejemplar Centella —camisa gris martingala gris gríngolas grises— y se refleja en las vidrieras y adelanta en los automercados y las bombas de gasolina y atropella por las peluquerías el ejemplar Centella entre calcomanías y etiquetas con precios y de punta a punta Centella por los ranchos de tabla que lo castigan con las fustas de las antenas de televisión y se desprende Centella por los halls de los hoteles y los pasillos de los aeropuertos y las refresquerías y los cafés, Centella galopa sobre tazas de té y copas de helados que se derriten, Centella adelanta sobre vasos chispeantes de hielo e hileras de botellas, embiste Centella todos los ojos, cabalga Centella en todas las pupilas

y se pierde Centella en las cámaras oscuras de los ojos y reaparece Centella invertida en los campos dorados de la retina: Centella para todo el mundo y Centella en puntero y Centella atropella y Centella Galopa y Centella de punta a punta y Centella pasó a dominar y Centella se ahonda en cada copa y Centella se abomba en cada botella y se alarga en el cromo de las cocteleras y arranca por el aluminio de las ceniceras y se triza en la cuchillería de los restoranes y sobre los manteles para Centella y en los hospitales trepida en las botellas de plasma; y pasa Centella frente a las tribunas y millones de ojos que son un solo ojo compuesto miran hacia Centella y Centella sorbida por ellos como si cabalgara en el centro de un universo de ojos que se alimentaran todos de ella y el jinete se protege de la granizada de ojos con los lentos y el gesto torcido y baja la granizada de ojos hacia el punto de implosión que es

el espejo del punto de llegada y Centella
que gana en punta y escapa de las miradas
hacia la derecha
de la cámara

y Centella
salta a los televisores
y pasa a los periódicos
y cabalga en las páginas deportivas
y corre en las portadas a colores de las revistas
y domina Centella en los noticieros de los cines
y Centella en las camisetas de la publicad y en los
anuncios de las hojas de afeitar y del desodorante y Centella en todos los cerebros y galopa Centella en todos los sueños en los espacios de sombras de las alcobas y corre Centella en el neón de los anuncios y sale como un vapor de las bocas de los durmientes y Centellas eléctricos se unen en rebaños que se lleva la brisa suave de la noche y cabalgan sobre el océano antes de disolverse y se elevan hacia las Constelaciones y avanzan hacia el Pegaso y atropellan hacia la nebulosa de cabeza de caballo y dejan huellas en la nebulosa de la Herradura y galopan con el Centauro y dejan atrás al Sagitario.

Y tiran el carro de la Osa. Y tiran el carro del sol. Centella para todo el mundo.

ESPEJO ROTO EN CARRETERAS

Después de dejar el pueblo perfecto, dando tumbos llegué hasta la carretera y siguiendo el collar de lámparas de kerosén llegué hasta el Gran Paradero Kilómetro Sesenta con sus arcos de neón rojo azul amarillo. Dámela con masa. El encargado de la bomba de gasolina me regaló unos overoles rotos, la rockola tocaba Bala Perdida. Dámela sin masa. Yo comía las sobras de la arepera, Dámela con masa. ¿Y qué quieren los señores? ¿Y qué tiene usted? Hervido de gallina. Pabellón criollo. Chicharrón con carne. Queso guayanés. Dámela sin masa. Yo lavaba los carros de los clientes. Dámela con masa. Los urinarios desaguaban en pozos de baba verde. Carne mechada. Queso quesito. Diablito con queso. Puro diablito. A cambio de la comida yo coleteaba el local a las tres de la madrugada. Dámela con masa. A esa hora los camioneros se encerraban en los cuartos con las muchachas. Dámela sin masa. Yo recogía las cestas del papel tualé. Dámela con masa. Y vaciaba las palanganas de agua sucia. Dámela sin masa. En todo momento, repiqueteo del dominó y de las maquinitas de futbolín y de puntería. Batido de níspero. Comer y cagar. Jugo de zapote. Viajar y tirar. Batido de piña. Botar y ensuciar. Tajada de mango. Yo barría el reguero de los desperdicios, los platos de plástico llenos de grasa, los periódicos arrugados dámela con masa los carajitos desnudos dámela sin masa las bujías quemadas las válvulas rotas los cauchos gastados las bielas partidas motores fundidos vidrios astillados. Montaña rusa. Are-

pa de nata. Perico y dominó. Chicharronada. Motocicletas. Camiones de carga. Gandolas con chuto Radiopatrullas. Bueno, Labana, le dijeron al preso del asiento de atrás, como éstas a lo mejor son tus últimas comidas, y tal, es bueno que te alimentes, te hemos traído esta arepa. Pero él no tenía apetito y apenas pudo medio comérsela. De noche, antes de la rifa de mujeres, se veía bonita la gran estrella de bombillos amarillos, El Gran Paradero, azules, Kilómetro Sesenta Bar Hotel Restaurant, rojos, Ambiente Familiar. Dámela con masa.

DÁMELA CON MASA

Dámela con masa. ¿Y qué quieren los señores? ¿Y qué tiene usted? Hervido de gallina. Pabellón criollo. Chicharrón con carne. Queso guayanés. Dámela sin masa. Dámela con masa. Carne mechada. Queso quesito. Diablito con queso. Puro diablito. Dámela sin masa. Dámela con masa. Bajen esa radio. No gasten el agua. Suelta esa navaja. No ensucien con mierda. Hay que ponerse en un billete, mano! Séllame ese cuadro. Pélame el muchacho. Pásame los bloques. Espanta la mosca. Hay que ponerse en una moto, pana. Pisa el alacrán. Pon el canal cuatro. Pásame el asbesto. Báilame ese mambo. Hay que ponerse en una pinta, cróder. Vuelva el día quince. Suéltale los perros. Tú tienes lombrices. Váyanse al carajo. Hay que ponerse en una nota, chamo. Palo de cocuy. Totuma de chicha. Botella de miche. Cacho de mafafa. Hay que ponerse en una cueva, mano. Arriba las manos. Batido de níspero. Págueme el peaje. Jugo de zapote. No hay plazas vacantes. Ba

tido de piña. No hay mercurocromo. Tajada de mango Mosca, mosca, mosca. Dámela con masa.

Dámela con masa. Dámela sin masa. Montaña rusa. Arepa de nata. Perico y dominó. Chicharronada. Puta, puta, puta. Callen ese loco. Gózame esa salsa. No nos llega el agua. Hay que ponerse en un corone, pana. Suelta la cartera. Tú tienes cochochos. Dame acá esos reales. Essssssaaaaaaaaa. Tráeme una lisa. La dejó el marido. Tráeme a mí un tercio. Está despedido. Una media jarra. Se tiró del puente. Trae pasapalos. Pégale a ese mingo. Un hombre en tercera. Se da la partida. Tú tienes diarrea. Bajen el volumen. Espanta el mosquero. Yo tengo carnet. Bota la segunda. Muéstreme la cédula. Mírame esa nena. Y esa ricura, qué. Y esa sabrosura, qué. Y ese majarete, qué. Passsamelaaaaa. Qué rico el mambo. Aaaah. Hay que ponerse en una geva, chamo. Muéstreme la cédula. No hay camas vacantes, Señor, deme algo. Hoy no hay medicinas. Póngase en la cola. Se me cae el rancho. Corte con cuchillo. Circulen, circulen. Va para Cotiza. Herida de piedra. Va para la planta. Herida de bala. Está en la Modelo. Quema de vehículos. Rueda para el Sifa. Vota por el cambio. Tienes calentura. Vota por el pueblo. Te está dando el pasmo. Vota democrático. Parece mentira. No somos nada. Quedó igualito. Tan bueno que era. Mosca, mosca, mosca. Coño, no me jodas. Báilame el merengue. Dámela con masa.

ESPEJO QUE REFLEJA MUCHACHAS

Por la mañanita, después de la rifa de mujeres, la primera cosa recoger en los cuarticos del Gran Paradero las cestas llenas de restos de arepas y de papel tualé, cestas en

donde se siente la ternura del amor en pelos serpentinos burbujas de jabón gotas de almidón coágulos de flujo vahos de pescado soplos de pachulí aroma de las 7 Potencias Africanas esparcido con aerosol. ¡Todo al olvido! ¡Al basurero todo! Legañosas, ojos hinchados, las damas aún no manifiestan su esplendor, todo está en un ay, por lo que más quieras tráeme un cafenol, o si me puede hacer el favor búscame un alkaselser, eructan, se peen y se hurgan los dedos de los pies, de esta baja animalidad, todavía en pantaletas, el eterno femenino asciende y siguiendo el mismo camino ascendente se pintan las uñas de los pies se lamentan del callo en el dedo chiquito izquierdo se rascan los muslos como queriendo sanar las várices, se afeitan las piernas se tijeretean la cosa contemplando el efecto en un espejito en donde aparece Liz Taylor en National Velvet. Hay burbujeos y ruidos de agua corriente, baja y sube la cadena de la poceta al fondo del pasillo, paseos en batas inverosímiles. Y ya es prácticamente medio día. Un olor de talco y de manteca rancia aparece y desaparece. Soplo de peste de sobaco aletean como una bandera. Una pelea por el paquete de Modess, que se llevó no se sabe quién, coño, suban el desayuno. Furtivos rasguños en el pubis, que los recibe como un perro lanudo, callado, obediente.

Bosque donde sestean las ladillas, borrachas de esencias y de calor. Bajo él, el túnel maestro. Sol cilíndrico en torno del cual giran los opacos planetas de las cosas. Estuche del moco y del relajo y de la durmición. Laberinto de la arruga y la distensión y el picor y el frote, compendio del canal y el labio y la serpiente y la cloaca y la garganta, y del meneo, y de la espuma y de la palpitación y del chorro. Las damas portan aquí y allá el tubo milagroso, apuntando con él hacia diversos lugares sin darse cuenta. Peluquitas rizosas prendidas de la carne cobriza. Como todo ser humano, estuche indigno de lo que lo rebasa. Se rascan algunas la verguita calva tan arrebujada en carne y tan oculta. Bellas.

A veces, en la cama aparece dormido un muchacho greñudo, chaleco de escamas de metal y de vidrio, bragueta turbia. No se sabe adónde va, ni de dónde ha venido.

Le regaló a cada puta animalitos plegados en papel de estaño.

Portadoras del tubo, se dedican a manifestar su presencia. En el aderezo y el lustre de la chicharronera, alusión de la crín acolchonada. En la grasa roja en los labios, recuerdo del sacudón venéreo. En la tierra roja en las mejillas, anuncio de la congestión de los labios. En la esencia en los sobacos, metáfora de los vapores de sal y de fósforo. En el floreado y el color violento de las telas, símbolo de los mundos donde se viaja por y desde el túnel. Lágrimas menstruales en las uñas. Culos de botella en las sortijas y los zarcillos, anuncio de los destellos que rajan el cráneo cuando se acaba. Sinuoso el gesto, como los movimientos de empuje y retirada. Redondas, como el reposo que sigue. Feas, como el coño.

Nosotros, portadores de los tubos macizos o de los tubos huecos, servidores de los asuntos que cada noche dilucidan, de las conferencias que cada noche sostienen inmiscuyéndose los unos en los otros. Chismes. Palabras. Nosotros que entretanto y antes y durante y después de las inmisiones nos observamos tratamos de decirnos cosas mientras el chorro de moco tibio tan bien se expresa tan bien se comunica. Labran el abra palabras. ¡Abran! ¡Abran! ¡Paran! ¡Paran! Paran palabras. Vocarnes. Carsonantes. Labran los labios lámparas: lampalabras: brasas. Por los labios pasamos a la eternidad. Sin memoria.

A veces, han venido tipos queriendo tomarles fotos en poses. Ellas han accedido, con antifaces.

Servidoras del coño, qué harán cuando las alusiones del coño mismo se arruguen y se desinflen y ellas se sobrevivan. Existir en la tristeza de quien es abandonado del coño Pobres amasijos de músculos buscando cobijarnos dentro. Bucear en el bienestar por los instantes de la inmisión, sentir ese mar, ese útero, ese ir des-siendo. Hasta que el reposo

nos hace ir re-siendo, nos pone en pie y nos amarga. Por siempre frotar el glande contra una pared sudorosa y elástica.

A cuenta de dormidas, cada mañana me cogía a varias. Abrían las piernas, agradecían la delicadeza, la ausencia del trato, del precio y del permiso. Cortés, les dejaba en la juntura, doblados en cuatro, cuadritos de papel higiénico.

Algunas fingían murmurar entre sueños ay mi amor qué divino. Yo les mamaba las tetas. A veces, sorpresa, un chorro espumante de leche.

Yo evitaba los espejos, donde me veía a veces sin piel, a veces llameante, a veces sumergido.

Espernancadas, mientras se acerca la hora de la Rifa de Mujeres las muchachas llenan formularios hípicos y se cambian estampas con oraciones para el Doctor Milagroso. Este mira desde las profundidades de las carteras, desde el olor a canela de los escapularios en los sostenes. Dentro de un escaparate, mira. Clavada con tachuelas, junto a él, una cruz de palma.

Los policías gozan y no pagan. Se los distingue por las manchas de pus en los cobertores. Los pantalones les hieden a aceite alcanforado. En la patrulla, esposado, espera el preso a quien llevan enterrar vivo.

Hervor de focos titilantes. Rojo. Arco de neón. Azul. Parpadeo de estrellas. Amarillo. Salva de piezas de dominó. Aplauso de maquinitas. Venta de tickets. Llega la hora de la Rifa de Mujeres en el Gran Paradero. Véanse las condiciones al dorso. Este billete no es válido si no está sellado y cancelado por anticipado. Esta noche, damas y caballeros, prestigiando el evento escogerá los numeritos con la bolita mágica el inigualable Pancholópez, el enano de la televisión ¡Un aplauso para la rifanda! ¡Un aplauso para Pancholópez! ¡Un a-plau-so!

VIDA Y MILAGRO DE PANCHOLÓPEZ

Se disfrazó de marciano para crear el pánico en los aledaños de la ciudad.

Se escondía bajo las butacas de los personajes y hacía ruidos desagradables en los momentos menos oportunos.

Se disfrazaba de niño para entrar en los baños de damas.

Se hacía pasar por mutilado de ambas piernas para pedir limosna.

Estafaba dinero en los consultorios sentimentales enviando su retrato alargado con trucos fotográficos.

Se escapaba de los bares sin pagar usando la ventanita de los urinarios.

Le gritaba mamá mamá a las señoras de prosopopeya.

Tiraba peos líquidos en las verbenas.

Bajo el ringside, apuntaba a los luchadores el libreto del combate de la noche.

Se colocaba ante las clínicas para darle mala impresión a las embarazadas.

Se pretendía víctima de un daño que podía ser evitado mediante la compra contra reembolso de una pulsera magnética en un apartado de correos de Miami.

Vendió su cadáver a diez clínicas distintas y a cuatro museos de cera.

Sembraba la desconfianza en las reuniones decentes diciendo que le habían robado su cartera.

Llevaba a la locura a los mesoneros haciendo voces que salían de debajo de las mesas.

Borracho, cabalgaba en carreras de perros satos acicateados con lavativas de ají.

Al ser tropezado, fingía roturas del coxis para reclamar indemnizaciones.

Contrabandeaba drogas prevalido de que a los guardias les causaba asco registrarlo.

Se quedaba a vivir en las grandes mansiones aprovechando lo difícil que era descubrirlo.

Pretendía haberse disfrazado de gringo para ayudar a Houdini en el acto del hombre comido hasta la mitad por los leones.

En los restaurants, evitaba pagar la cuenta amenazando al dueño con sacarse la plancha y hurgarle las hilachas en público.

Pretendía haber sido violado por el arzobispo.

Participaba en fiestas de maricos vestido de querube.

Dopado con cocaína, participó en el cuadro vivo del Nacimiento Mecánico de los Hermanos Caritativos.

Hacía trampa con las bolitas de la Rifa de Mujeres.

ESPEJO CON RIFA DE MUJERES

Y se da la partida y toma la delantera la bolita del 6 seguida de cerca por la bolita del 9 ruedirrueda la bolita en la esfera de alambre acortando distancias se les acerca la bolita del 4 y toman la curva del primer manivelazo impulsado por la mano experta del inigualable Pancho López que luce un anillo de culo de botella amatista ¡Y toman los reflejos violetas la recta que conduce al cuarto donde espera la rifanda rodeada de misterio y de pachulí! Amenazan por el lado de afuera los motores de las gandolas que arrancan o se estacionan doblando la curva de la hilera de bombillos rojos tendida en el patio sobre soportes de caña. En las tribunas las que no están rifadas siguen las incidencias del evento sin despegarse el transistor de la oreja ni siquiera para atender al cliente de turno: leen fotonovelas y comiquitas impresas con tinta sepia. Cárcel de mujeres es la preferida. Y doblan los reflejos amatistas la primera curva de la rifanda para dar en las luces de la rockola que pasan

del topacio vómito al sodalita charco al jaspe menstruo: *estoy en el rincón de una cantina, oyendo la canción que yo pedí, me están sirviendo ahorita mi tequila, ya va mi pensamiento rumbo a ti.* Rumbo a las mercancías vuelan las moscas de punta a punta en el tornasol de la rockola: pasan las cachuchas de marinero adelantan peligrosamente por las yuntas de camisa con reflejos malvas pasan por los cortauñas con bailarinas sobre fondo de nácar y se acercan a los primeros lugares entre el mostrador de hombrecitos negros que son estatuas del Doctor Milagroso con anillos amatista cuyos reflejos se desprenden del fondo y amenazan las lociones para el sol, las radiopatrullas de juguete y los sahumerios contra los malos espíritus. Les disputa las primeras posiciones el encargado con chorros de insecticida de desodorante de antioxidante pero es inútil atropellando vienen las moscas al encuentro de la segunda curva del cuerpo de la rifanda, que extiende sobre su cuerpo una crema hidratante. Sobre su ombligo, el índice resbala en una cremosa espiral centrífuga, la morbidez de la yema sobre el reflejo de llama de la morbidez de la crema: lubricada luminosa lubricidad, la pulimentación de la crema va abrillantando en los hipocondrios, espejo ondulatorio que se extiende como un reflejo adulatorio con un efecto alucinatorio: el dedo se extiende, lengua sin mengua que lima y que lame la crema extendida por todos los rincones, anfractuosidades y abotonaduras del Gran Paradero Kilómetro Sesenta, esparciendo con la ondulante untuosidad un olor a mentol y a guayabas. Mentoladas y lubricadas y espiraladas las braguetas, las damas con puntos corridos en las medias y zapatos plateados con los tacones comidos, mentolada la piedra amatista de Pancholópez que refleja las hileras de hombrecitos mínimos del futbolín que patean balones los hombrecitos minúsculos de las maquinitas de puntería que disparan balines los homúnculos negros que figuran al Doctor Milagroso con anillos amatistas que destellan bajo los rubicundos glandes de los bombillos. Una mujer como un espejo refleja todos los rincones.

Borrachos derraman sobre el piso la espuma de botellas fálicas: soy *como el viento que corre, alrededor de este mundo*. Cloacas peludas sumen la miel burbujeante. *Ando entre muchos placeres, pero no es mío ninguno. Háblenme, montes y valles. Grítenme, piedras del campo. (A veces me siento un sol, y el mundo me importa nada. Luego despierto, y me río. Soy mucho menos que nada.)*

Camioneros lamen la raja broncínea de las traganíqueles. Las mesoneras discuten la aplicación de la Ley del Trabajo. Ríe con un ataque histérico una a quien hacen cosquillas sabias con un tenedor de goma. Aquí el ambiente de gruta, aquí la espelunquidad artificial hecha con falso musgo de serrín pintado de verde, los escenarios de cartón que fingen nubes con charcos de crema de afeitar. Aquí abrir un espacio para los corredores, con cortinados de gasa de mosquitero en la que están prendidas muñequitas doradas. Aquí también el corredor de las cortinas hechas con ampolletas de vidrio: una lluvia de vidrio tiene la impresión de llevarse por delante el cliente que se adentra en estos laberintos: cortinajes de campanitas, bosques con plantas de cristal que rezuman y gotean melado: notará que las paredes del laberinto son de carne y se agitan y constriñen y será igual de horrible que sorban o que expulsen. Mientras gira la manivela, los clientes se pierden en nubes, humaredas distantes que les inventan sábanas de turco, bombachas, turbantes, bigotes pintados con corcho quemado, gorros de papel con lentejuelas, babuchas que parecen góndolas y cuyas puntas tocan el techo, chispeando como contactos de tranvías, a la sombraluz amatista de los glandes eléctricos.

Estallan los bombillos. En lugar de vidrio, escupen semen. Los clientes se extravían en laberintos de oscuridad donde oscilan cintas jeroglíficas. Putas de pubis canoso se despiojan con peinetas consteladas de vidrios charros y pétalos de plástico. Chispas de ágata, aguamarina y turmalina hieren la falsa amatista de la sortija e incendian el pubis de la rifanda. El brillo se derrite, chorrea blandamente en

las sillas de largos tibios tubos que se hunden en el suelo y tiemblan: manos de dedos tumescentes deslizan bolígrafos de puntas rojizas sobre formularios hípicos. Las concavidades palpitan. Automóviles con formas de nalga y de ariete se buscan y se esquivan en el estacionamiento del Gran Paradero. Putas alebrestadas se dan besos de lengua en las esquinas. Caminan entre cortinas de campanitas escalofriadas por ventiladores. Por los pisos corren las grandes sierpes de los cables, sumiendose los machos y las hembras de los enchufes, de donde saltan mujercitas de chispas, estrellas de carmín, espirales de calambre. Bombas con pezones entre las bambalinas.

Cae la púa del brazo pluc sobre el disco chac hundiéndose en el canal ñac encendiéndose al rojo vivo zac. Sobre las rayaduras trepidando, sobre la estática vibrando, sobre las torceduras temblando, sobre las rasgaduras chirriando, el obelisco de la púa abre la hondura de los labios oscuros ñaf remueve las vísceras cuic destiempla los dientes criac pone la carne de gallina ñiac. Esparcen pimienta dorada las trompetas. En un crepúsculo dorado aparece Juan Charrasqueado. Con doradas herraduras pisa su caballo de crines blancas. Ciñe canana de balas doradas. En sus sienes, las gotas de sudor son ríos de plata. A cámara lenta cabalga Juan Charrasqueado sobre los mostradores. Desintegra botellas y vasos. Sus labios sonrientes liban las más preciadas flores: sus aromas lo embriagan. Enjambre de balas busca su corazón: estalla éste, como una granada: lluvias que hacen crecer las milpas, bandadas de palomas, toros que van al matadero y caballos de paso se reúnen mansamente alrededor del cadáver: brujas sufragistas y gallos de encarnadas espuelas le desgarran las vísceras. Morir solo, entre animales. Aún entre hombres, se muere entre animales que en el fondo no comprenden la muerte. Fluctuantes, los vidrios de ópalo de la sinfonola representan desiertos en cada uno de los cuales se proyecta en ocre sobre la agrietada arcilla el fantasma de Juan Charrasqueado: la boca abierta en una O de sol por la cual pasa

el alarido del último grito: chorros de polvo caen de sus manos: sus revólveres de cachas nacaradas fulguran, mostrando incrustaciones que representan las etapas del corrido: vahos amoniacales y vientos de urinario acompañan la caída del cuerpo: las ruedas de sus espuelas clavan estrellas titilantes en los mapas del desierto: lejanos rebaños de toros rojos marchan hacia el crepúsculo: en él vuelan palomas hechas de pétalos rojos: una roja milpa crece en los labios de Juan Charrasqueado: sus manos arañan el corazón de todas las putas y su frente choca contra el mostrador: paloma del amor, toro de la violencia y de la noche, caballo de los días, contra la incierta lluvia del tiempo que hace crecer las milpas, siguen infligiéndote el asombro de la muerte: el del mundo que sigue funcionando cuando se extingue la conciencia que lo refleja. Los vidrios de la sinfonola están constelados de ojos de gallo. En el fondo de ellos, amanece. Inmenso se pudre Juan Charrasqueado con su traje lleno de bordados de oro: de su boca nace el sol, como una hostia de sangre que se refleja en las botellas verdes de los mostradores. Coros de plañideras cantan. *Si todo el mundo salimos de la nada. Y a la nada por Dios que volveremos. Me río del mundo, que al fin ni él es eterno. Por esta vida; nomás nomás pasamos.* Lloras reclinado sobre el mostrador: *si a fin de cuentas te vas, pos anda vete. Que la tristeza te lleve como a mí.*

Escándalo. Griterío. Una taifa de llagasos fugados del leprocomio invade el local. *Qué amargas son las cosas que nos pasan.* Corren por los pasillos violando las cerraduras. *Cuando hay una mujer que paga mal.* Violan los embudos, los enchufes eléctricos. *Y me duele tanto el alma.* Llagas de neón encendido. *Que no puedo resollar.* Con malabares mariposeos, el enano Pancholópez esconde la bolita ganadora bajo la falsa amatista de su anillo. *Anillo de bodas que puse en tu mano. Anillo que es símbolo de nuestro amor.* Ríos de orina anegan a los presentes hasta los tobillos. En el oleaje, rielan las luces de las radiopatrullas que se van len-

tamente aproximando. Largos haces de reflectores que revelan, primero, la puntiaguda multiplicidad de las ondas, segundo, arcángeles hechos con líneas de luz que combaten en el reflejo ambarino. Arcángeles que se enlazan y se desenlazan con soguillas de oro llameante, construyéndose y destruyéndose en espirales de magma volcánico, cabelleras de ardiente aluminio. Por momentos se embisten con medusas fosfóricas, inventan las danzas de los millones de brazos, construyen poses fulgurantes para luego despedazarlas y despedazarse como quien sacude migajas de fuego. Llamitas insistentes reconstruyen los arcángeles que se persiguen integrándose desintegrándose en la marejada ambarina, beben copas de azogue sulfúreo, se deshilachan y explotan intentando esparcir sus brasas pero son atraídos nuevamente a la colmena de reflejos de los cada vez más próximo faros de las radiopatrullas. Vórtice de las serpientes iluminadas, gusanera de neón describen las hermosas caras las alas los gestos: juegos de manos más rápidos que el ojo figuran y desfiguran jaulas que se derriten, radiolarios, cometas, redecillas de fuego, chispeantes espirales cuyas reflexiones ascienden el cuerpo lubricado de la rifanda, y que el cuerpo lubricado proyecta en los techos paredes pasadizos de la gruta que parecen estirarse y encogerse como hechos de goma luminosa: los faros que se aproximan multiplican las sombras de postes sillas mesas hasta hacer de ellas un cambiante enrejado que envuelve a la rifanda en calabozo circular y giratorio como una calesa: de repente, todo cambia: la rifanda se encuentra en el medio de una bóveda azul pastel cuyo decorado es de nubes crepusculares, nimbadas en oro incandescente: lentamente ascienden y descienden las nubes, agrupándose como cardúmenes de peces con crestas luminosas: el oleaje recede empujado por una brisa venturosa: la bajamar del oleaje primeval va descubriendo los seres acuáticos, penachos de vapor, placas, erizados lomos, aletas, hocicos cerrados, contorsiones, espumas, camarones, copépodos, medusas, gorgonias, y la leprosa placa del coral, cerebros de neptuno llagados agudos dedos cervicornis, laceradas acróporas

palmatas, rostros de palythoas mamillosas. Sobre la leprosería coralífera flota la rifanda, pierniabierta, a la deriva. Vórtice de pelos, velos rosados y perfume. Una espuma amoniacal la rescata del trance.

Apretando en la mano la bolita ganadora que has arrebatado a Pancholópez entre la sublevación de la leprosería, corres por pasillos oscuros, la muestras a camareros luciernagantes que la inspeccionan con linternitas y se alejan. Flotando en el vaho amoniacal te acercas a la rifanda, que te espera entumida como una mosca en la cerveza. El vello asperjado de gotas doradas: selva cuajada de frutos vidriados. La hiendes en operaciones progresivas que son duplicadas por el enrejado de sombras, el cual gira en cada etapa adentrándose en el suceso como un extractor en una toronja: primero tanteo, donde un cocido de carne hiende frota hiende un túmulo de carne, se retira, golpea, tantea, adivinando y llamando la humedad que ha de brotar y de dibujar una herida: segundo, estrangulación, donde un aro ardiente se ciñe alrededor de la punta de una columna llameante y ésta crece hasta exceder el aro y el aro se distiende hasta exceder la columna y la columna se agiganta hasta enanizar el aro y el dogal y el cuello combaten trabados en la constricción y la perforación: mutuamente frotándose el anillo y el mástil, revirándose y desaferrándose, consintiéndose y sorbiéndose hasta el tercero: desfondamiento y sepultura, descenso del hongo apoplético en las minas espirales, viaje por los tubos internos, los umbrales gelatinosos de graderías mucosas, las naves acolchonadas, cavitación del continente y el contenido en una mutua aceptación de sus alcances y sus espacios, sueño de la sonda en el sondaje: se abre y se cierra como un abanico el cebrado collar de sombras de los reflectores: esfínteres se besuquean, se aprietan y se distienden: sensaciones de sabor recorren las solemnes formas, el torus y el himón, peristaltismos agrios, dulces, agrios, retiradas saladas ¡Flechas eléctricas recorren la intersección de las formas y perforan sus interioridades! Suma de semen se sume en la sima. El

mar se vomita dentro del mar. Su espuma desborda, irrita los ojos, escuece la garganta. En la piel, hiere. Las olas anegan el local. Clientes y mesoneros se ahogan como ratas.

¡Protesta del distinguido público! ¡Fraude en la rifa de las mujeres! La taifa de fugados del leprocomio acusa al enano Pancholópez de revender la bolita ganadora o sea la 69 ¡Listos! ¡Y se da la partida! ¡Y toma la delantera Pancholópez! ¡Seguido de cerca por Lázaro que lo alcanza en la primera curva! ¡Ruedirrueda Pancholópez de mano en mano! ¡Pancholópez para todo el mundo! ¡Lo empujan contra la vitrina de los hombrecitos del futbolín! ¡Lo chutan contra los soldaditos de la maquinita de puntería! ¡Que lo disparan contra los muñecos plásticos del techo! ¡Lo estrellan contra la vitrina con las estatuillas del Doctor Milagroso! Y rebota contra la meta en final de fotografía. Primero Pancholópez con un cuerpo de desventaja segundos los doctorcitos milagrosos terceros los soldaditos cuartos los futbolistas, inmóviles todos en el reflejo de la falsa amatista donde se encienden las luces rojas de las radiopatrullas.

Sirenas rasgan la noche palpitante del Gran Paradero. Jaulas con luces rojas irrumpen en las veredas de latas de aceite machacadas. Alonso desciende de la primera radiopatrulla, dispara al aire. Se pierde el arco de trazadoras hacia las estrellas. Atropellar de bultos, caída de botellas. Desmaya la planta eléctrica del Gran Paradero. Continúa el allanamiento a la luz de las linternas. Los policías rompen a tiros las vitrinas, sacan de ellas pilas nuevas. Meten la mano en las tinieblas. Agarran putas, árboles de navidad, bikinis dorados. Aló Comando dame un comprendido Comando, ¿Okey? Cambio   Aquí Tigre, Comando, cambio   Sí aquí Tigre, Comando, pido un comprendido   dame un comprendido, Comando, cambio   aquí un procedimiento   aquí un guacharaca   perfectamente comprendido cambio   con cinco unidades cambio   con cinco   en el Gran Paradero Kilómetro Sesenta   un comprendido   guacharaca

cambio okey esto está oscuro alumbra aquí allá CQ dame un CQ comando alumbra el piso vidrios trapos sillas putas su cédula por favor su cé pantaletas fajas, sí, fajas putas co rriendo desnudas
sí te recibo cien por ciento cambio cójanselas sobre las mesas peinillazos luces linternas perros lobos de yeso billeteras vacías condones inflados lentes oscuros con vidrios tornasol pañuelos con sangre mosquiteros rosados botas de plástico heridas punzocortantes
carnet de diputado televisores el administrador Tigre ponle un emecuatro al administrador
mentol chino calzoncillos que firme las letras
supositorios irrigadores antifaces gorras de marinero sombreros de charro las letras de cambio que firme cucarachas sombreros de Zorro
transistores el emecuatro Tigre dime cómo va ese emecuatro comprendido muñequitos de futbolín bambalinas papelillo las letras que firme forros de volante zapatos de goma pelotas
soldaditos de juguete botellas rotas
emecuatro negativo cheque o letras de cambio ventiladores discos
convéncelo yesquero llaveritos
sostenes putas luces
vidrios botes llas comprendido
tickets bolitas me sas
si llas lu ces lint ernas
rata tas cuart os letras
pi las put car luc
coñ tet cuc pil cul
luces Tigre okey

RUBÉN NO ENFRENTES LA POLICÍA

Y si alguien negare que el estado de naturaleza del hombre es el de guerra de todos contra todos, para qué entonces son los cerrojos y las rejas y los muros y las *puertas* y los *calabozos* que los hombres se oponen los unos a los pasos y las acciones de los otros.

prisiones derivadas de natura

Por manera que nuestra condición se determina según qué puertas se nos *abren,* que es como admitir nuestra temporaria restricción de la facultad de dañar, o qué *puertas* se nos *cierran,* que es como admitir el *desconocimiento* de nuestras intenciones, vale decir, el temor de que las mismas, según común tendencia, se encaminen al latrocinio & homicidio & otra conducta dañina contra nuestros semejantes. De modo que nuestro *poder* ante otros hombres se describe por el número o categoría de puertas que abrimos mediante la *fuerza* o la *amenaza* o la *convicción* de que nuestra presencia rendirá provecho a sus guardores. *Soberano,* dícese de aquél para quien ninguna puerta

desconocimiento fuente de terror

Soberano
Ciudadano

es óbice. *Ciudadano,* dícese de aquél que obtiene el poder de estorbar con puertas el paso de sus semejantes, mediante pacto en el cual conviene en dejarse privar de su libertad de acción mediante la interposición de puertas por otros hombres. *Bestia, Bestia* de quien por puerta tiene su propio cuerpo, y no respeta en la puerta otro valor que la qué ésta oponga a la flaqueza de sus fuerzas o la violencia su capricho. *Locura,* cuando no reconocemos los límites que natura impuso a nuestro cuerpo, haciéndolo puerta infranqueable de lo que no nos es posible. *Caos,* cuando, renegado el pacto original, una porción del cuerpo cívico descerraja las puertas.

Bestia.

Locura, defínese como intento de imposibles

Sin calabozo, caos

Of the Nature of Doors.

A Rubén lo sacan de la radiopatrulla y lo menten en un edificio y después en un ascensor y después en un cuarto gris con un escritorio de metal y varias sillas plegables. En una de las sillas está Araceli.

—Bueno, Rubén llegamos al llegadero.

—Quién lo puso así.

—Tropezó.

—Párate ahí.

Rubén trata de mirar a otro lado para que no lo vean reconocer a Araceli, pero ella dice: Hola.

—Este es Rubén, verdad —dice el agente aindiado.

—Sí —dice Araceli.

—Y los del pasillo son Rafael, Rondón y Camila.

—Sí.

Rubén alza los ojos y mira a Araceli. Después los fija en el escritorio de metal.

—Qué vaina, Rubén —dice el agente.

Rubén no dice nada.

—Tú eres feliz, güevón —le dice Araceli.

Entra otro agente y le dice algo al oído al hombre con cara de indio.

—Bueno, Rubén. Se murió tu amigo Víctor. Que conste que entró muerto.

—Ese también era de los felices —dice Araceli.

La vida es muy arrecha, piensa Rubén. La vida, piensa. Entonces se da cuenta de que siente terror al pensar en eso. La vida.

—Caíste atravesado —le dice el aindiado a Rubén.

Rubén trata de recordar la cara de Víctor, pero sus ojos se encandilan con el foco, y pestañea. Rubén piensa que debe soportar. Muchos otros han soportado. Todos soportan. Entonces piensa en los que soportan. Tiene miedo de pensar que es demasiado.

—Siéntate ahí —dice el indio, empujándole una silla con el pie.

Rubén se sienta y en ese momento se da cuenta de lo cansado que está. La silla, rota, casi cede. Rubén se da cuenta de que Araceli no tiene esposas.

—Ahora entiendes —le dice Araceli.

Rubén busca rayas de lápiz en las paredes, para mirar.

—¿Por qué no le hicieron nada? —pregunta Araceli.

—Siempre tiene que quedar uno vivo —dice el indio.

—Te van a dar un paseo —dice Araceli.

—Eso depende del diputado. Dime Rubén, qué fue de Bubu. Tu amiga no sabe qué fue de él.

—Yo les dije la dirección donde se iban a encontrar —dice Araceli.

—Güevón —dice el indio, y le da a Rubén un puñetazo en la cara.

Rubén siente un olor de sal y lagrimea. Vuelve a enderezar la cara y mira al agente.

—A tí te interesaba Rondón. A mí me interesa Bubu —le dice el hombre a Araceli.

—Rondón se va a morir si no lo atienden. Está muy mal ahí, en el pasillo —dice el agente con cara de piña.

—Eso depende del diputado.

Rubén se concentra para recordar en cuál lado del cuarto estaba antes de los golpes.

—Por qué no te sientes grande ahora, Rubén —le dice Araceli.

El teléfono suena. El agente con cara de indio lo toma.

—Sí, señor don —contesta—. Sí, señor don diputado.

Entonces baja la voz.

—Como usted diga, señor don.

El hombre con cara de indio levanta la mirada.

—Bueno, nos vamos a repartir esta vaina. A tí te toca el alto con guayabera.

—Se va a morir de todas formas.

—Él se va a morir, pero de fuga. Llámate a Rastrojo, para que te ayude, y dile al Bagre que venga acá.

El hombre gordo sale. Asoma la cabeza un hombre con cara de disgusto.

—Por qué no avisan desde el principio.

—El diputado resuelve —dice el hombre con cara de indio.

—A tí te toca el de la camisa de caqui. Resuelve tú lo del de la camisa de caqui.

—Se quejaba pidiendo un médico.

—Díganle que yo fui —dice Araceli.

—Cabrá en la maleta de la patrulla —dice el hombre con cara de disgusto.

—Ponle periódicos viejos. Para que no ensucie.

El hombre con cara de amargado se va.

—Bueno Rubén —dice el hombre con cara de indio— ahora hay que arreglar lo de la muchacha.

—El coño de tu madre —le dice Rubén, levantándose. En ese momento, siente el golpe.

—A tí te va a tocar el traslado de la muchacha, Tarzán. Y lo vas a hacer muy bien, porque está delicada.

El hombre de la cara jovial hace un signo de inteligencia.

—Tiene ojos bonitos —dice, doblando los dedos índice y medio.

—¿Y el mozo?

—Alguno de nosotros tendrá que ocuparse de su asunto.

—Ahora sabes cómo es —le dice Araceli a Rubén.

—Levántate, güevón —le dice el hombre jovial a Rubén.

Rubén siente un retumbo en el pasillo. Después piensa que no es más que una silla que cae. Pasa un momento.

—No le des más —dice el hombre con cara de indio—. Dentro de un rato va a ser con él.

—Ha sido siempre así. Siempre —dice Araceli.

A Rubén le parece que no termina de decir la palabra siempre.

Suena el teléfono. El hombre con cara de indio atiende

—Coño —dice, y comienza a llamar gente.

—En el Puesto de Emergencia, un carro dejó un herido que corresponde a la descripción de Bubu. Dos patrullas para allá. Que no se riegue.

—¿Y el mocito?

—Para el diputado —dice el hombre con cara de indio, revisando el cargado de una pistola— díganle que es Bubu. Es un regalo.

—Yo no soy Bubu —dice Rubén.

—Sí eres Bubu, güevón. El diputado te quiere vivo.

—Pero yo no soy Bubu.

—Piñita, dale en la cabeza cada vez que diga esa pendejada. Así. Y se lo entregas al diputado.

—¿Qué más?

—Le dices que Alonso se encargó del otro.

—Tú creías que ibas a ser feliz —le dice Araceli.

—No me esperen —dice el hombre con cara de indio— Mira, Bubu, le dices al diputado que no me espere.

—Yo no soy Bubu —dice Rubén. Entonces se fija que Araceli parpadea.

—Que no lo espere —repite el hombre soltando la silla plegable sobre la cabeza de Rubén.

PISO 69

Declaración del ciudadano Miguel Mayz sobre el incidente ocurrido en el puesto de Salas, cuando se le prestaba asistencia médica al herido Roberto Campos

En el día de hoy a las diez de la mañana compareció por ante esta Comisión, el ciudadano Miguel Mayz, mayor de edad, Oficial de Admisión, portador de la Cédula de Identidad Nº 2077834, a rendir declaración sobre el incidente ocurrido en Salas cuando se prestaba asistencia médica al herido Roberto Campos. Al efecto declaró: «El día de los hechos recibí mi guardia rutinaria a las seis de la tarde. Como a las ocho y media se presentó un herido de bala, sin documentación. Yo le hice la historia al herido. Cuando los médicos estaban atendiendo al agente se presentaron unos agentes y sacaron a todos los que estaban en la Sala de Curas. En vista de esto salí hacia mi Oficina. Al rato vino al Puesto de Salas un hermano y la mamá del herido. En eso un agente policial le dio un culatazo en el abdomen. Cuando éste cayó al suelo le dio otro en el pecho. De allí lo sacaron a la calle y le siguieron dando golpes. Cuando volví a entrar a la Sala de Curas estaban discutiendo José Rojas, camillero del Hospital y los policías. Uno de los agentes dio al camillero un culatazo en el hombro y dos cachetadas en el cuello. El de-

clarante fue interrogado en la forma siguiente: ¿Vio y oyó Ud. cuando el Doctor Francisco Sánchez Carrillo llamó al Gobernador para informarle el suceso? Sí. No supe qué hablaron, pero sí vi cuando él lo llamó. Oí que el Gobernador había dicho que eso les pasaba porque no atendían a los policías y que le había trancado el teléfono. Pregunta: ¿Puede Ud. reconocer a alguno de los agentes que intervinieron en el incidente? No podría reconocerlos porque eran muchos. Pregunta: ¿Sabe Ud. que allí se han presentado otros incidentes similares? Sí. Esos son frecuentes. Pregunta: ¿Cree Ud. que esos incidentes son peligrosos? Contesta: Sí son. Si allí hubieran lanzado un disparo hubieran matado a mucha gente. Además hay muchos enfermos en estado de gravedad, que con un susto podrían morir. Es todo lo que quiero declarar sobre el particular». Leída la declaración manifestó estar de acuerdo y por lo tanto la firma.

YO NO QUISE VER TU IMAGEN

Por mercados y plazas. Distribuyen tu imagen. En trastiendas y altares. Iluminan tu imagen. Loterías y rifas. Especulan tu imagen. Queridos padres, finalmente escribí, avergonzado por calaveradas y desvíos que no intento disculpar diciendo. Con cañuelas doradas. Que son propios de mis años. Acicalan tu imagen. Esta les envío para manifestarles mis propósitos. En las cajas de velas. De ser desde ahora en adelante correcto. Reproducen tu imagen. Estudiar una carrera para llevar a los ojos de los hombres. Con llaveros, pulseras. La nitidez total de la mirada. Complementan tu imagen. Creo que seguiré los estudios de optometrista. En tarjetas postales. Hijo nos alegras mucho. Trotamundan tu

imagen. Nuestros sacrificios nuestras estrecheces. Tras un vidrio, enmarcada. Seguiremos tus progresos. Benefician tu imagen. Nuestras más caras aspiraciones. Encerrada en botellas. Un profesional en la familia. Aprovechan tu imagen. En capillas de anime. Santifican tu imagen. En banderas, pendones. Enarbolan tu imagen. Limosneros llagosos. Pordiosean con tu imagen. Los troqueles del Asia. Multiplican tu imagen. Con colores rosados. Encarminan tu imagen. Con incienso y especias. Vaporizan tu imagen. Por docenas, por gruesas. Dan descuento en tu imagen. Al pasar de los años. Se precisa tu imagen. Conoció usted al Doctor. Sí, conocí al Doctor. Y podría decirme cómo era. Muy correcto, muy cumplido. Pero él, propiamente. Bueno, muy, cómo le digo. Muy retraído. Eso, muy retraído. Ajá. Y usted por qué pregunta. Lo conocí unos instantes, quiero saber mejor cómo era. Si es de los encuestadores del Arzobispado diga que ya yo firmé el papel donde digo que me parece un santo. Santo cómo. Santo. Y tiene usted algo de su puño y letra. Una carta, que guardo como reliquía. Puedo leerla. Claro. Aquí habla de establecerse en una consulta que dé bastante dinero, para irse a Europa. Sí, usted sabe, la manía del Doctor. Y él, personalmente cómo era. Muy correcto, muy, ya le dije. Y el trato. El trato, afable. Y le iba bien. Bueno, él cobraba. Y todos los días a misa. Todos los días. Ahora póngase estos cristales y dígame qué ve.

E
N Z
I L V
U S V P
N R P S F
o c l g t r
u p n s r h
t o r g h v p

Me dice si con este cristal ve mejor. Sí, mejor. Y con este. Doblemente mejor. Y con este. Muchísimo mejor. Y ahora. Ya, Doctor ya no veo. Ya no veo las letras, veo las manchas de tinta. Y con este. Los hilos de la fibra del papel. Y con este. Las hebras de los hilos. Y con este. Multiplicados los hilos, Doctor. Yo no quiero ver tanto. Es insoportable ver tanto. En realidad, ya no veo. Yo sólo pongo los lentes que fijan en los ojos la imagen que los va a atormentar eternamente. Un muchacho en una camilla. Un moribundo atropellado. Nuestra propia cara.

L
A I
M A G
E N R E
P E T I D
A P R O G R
e s i v a e i
n f i n i t a m
e n t e c o n l o
s l e n t e s b i c
o n c a v o s p e r f
c c i o n o t u i m a g
E N C E N C R I S T A L E
s c o n v e x o s f o c a l
i z o t u i m a g e n c a l
r i s t a l e s d e r o c a a r

co irizo tu imagen con las lupas y prismas aquilato tu imagen en las perlas de vidrio se derrite tu imagen con cristales de filtro polarizo tu imagen titular de las luces donde habita tu imagen correcciones dioptrías clarifican tu imagen los espejos de aumento titanizan tu imagen refracciones y luces eternizan tu imagen mis retinas ya ancianas ven tu cara y tu imagen

PISO 70

DECLARACIÓN DE LA SEÑORA MARÍA DEL VALLE RAMOS DE MAZA, SOBRE EL INCIDENTE RELACIONADO CON EL JOVEN ROBERTO CAMPOS

Hoy a las ocho y cuarenta y cinco de la mañana, compareció por ante esta Comisión la ciudadana María del Valle de Maza, casada, portadora de la Cédula de Identidad No. 1852847, domiciliada en esta ciudad, con el objeto de rendir declaración sobre el incidente ocurrido en el Puesto de Socorro de Salas, cuando se estaba prestando asistencia médica al herido Roberto Campos. Sobre el particular, afirmó: «El día del suceso, como a las ocho y cuarto de la noche, como es mi rutina estaba en el Servicio de Emergencia, cuando dijeron "viene un herido de bala". Seguidamente esperamos que entrara el paciente. Pero dijeron que no sabían quién lo había llevado. Luego procedimos a prestarle los auxilios correspondientes, en esto se vio de momento que la policía se amotinó, tanto en emergencia como afuera, en los pasillos. Entonces se opusieron a que nosotros le prestáramos los servicios debidos al enfermo, porque ellos querían terminar de matarlo allí. A mí me dijeron que allí atendíamos a esos sirvergüenzas, pero a ellos no. Eso es incierto, porque nosotros en nuestro servicio no distinguimos a nadie. La preferencia sólo se dispone de acuerdo a la gravedad del paciente. Pues está claro que es preciso atender primero a quien está más grave. Un médico me dijo que buscara 500 C.C. de sangre, rápidamente. Seguidamente fui y traje el pedido. De inmediato uno de los agentes dijo que esa sangre no se la podían poner al herido, pues nosotros no podíamos salvarlo. Porque él debía morir. Ellos querían terminarlo de matar allí mismo. Le pasé la sangre que había traído a la enfermera Jefe de Admisión, quien, a pesar de la oposición de los agentes, ella se la puso. Cuando ella se la fue a poner, un policía se la arrebató, pero la enfermera no se la dejó

quitar y dijo que se la ponía y en realidad se la puso. También, en medio de la misma amenaza, se le puso 500 C.C. de suero hipertónico. Nunca se ha visto un hecho de esta naturaleza allí y eso que tengo 14 años allí. La declarante fue interrogada al tenor siguiente: ¿Recuerda Ud. alguno de los agentes que intervinieron en los hechos? Contestó: no recuerdo, pues estaba pendiente del paciente, salvo el oficial que oí que lo llamaban Alonso. ¿Oyó Ud. que los agentes insultaron a alguna persona del equipo? Sí. Sobre todo la falta de respeto a los Médicos Jefes. Los insultos fueron más agresivos contra el Doctor Augusto Sanoja, a quien le dijeron una mala palabra, y que ellos no tenían nada que ver conque él fuera médico, pues si él era médico, ellos eran policías. Igualmente le faltaron el respeto al Doctor Francisco Sánchez Carrillo. ¿Oyó Ud. cuando el Doctor Francisco Sánchez Carrillo llamó al ciudadano Gobernador? Yo solamente oí los comentarios y decían allí que el Gobernador había atendido la llamada y le habían dicho que allí nosotros no atendíamos bien a los agentes policiales y había colgado la bocina. Es todo lo que quiero y puedo declarar sobre la materia». Leída la declaración manifestó estar de acuerdo con su contenido. Por lo tanto la firma.

PISO 71

Dámela sin masa. Dámela con masa. Apártate, bolsa. ¿No ves el semáforo? No te me atravieses. Pasa por encima. Coño de tu madre. Coge por el túnel. Dobla por la esquina. Coge la autopista. Búscate un fiscal. Hay que ponerse en una nave, chamo. Es el radiador. ¿No viste la luz? Ponle una boleta. ¿Tú no tienes frenos? Muéstrame su tí-

tulo. Es el cigüeñal. Llámate la grúa. ¿Tú no ves que es flecha? No tire la puerta. No fume en mi carro. Pago anticipado. Baje en las paradas. Es el hidromático. Pítale a tu madre. Yo no tengo cambio. Se jodió esta vaina. Mete la primera. Anda y échale agua. Mete la segunda. Es la batería. Mete la tercera. Es la gasolina. Tócale corneta. Tócale sirena. Púyale esa chola. Mira que te pasa. Cambio de bujías. Cambio del aceite. Cambio del platino. Cambio de cilindros. Cambio de correa. Cambio de modelo. Yanki Tango Fox. Parrillas cromadas. Defensas de cromo. Platinas cromadas. Le dio al guardafango. Chocó en el hombrillo. Cristal astillado. Cayó en el viaducto. Chasis deformado. Las Rx revelaron: 1.—Fractura de los dos primeros metatarsianos de ambos pies. 2.—Fractura de ambos calcáneos y del cuboides derecho. 3.—Fractura conminuta de ambas mesetas tibiales. 4.—Luxación de ambas rótulas. 5.—Fractura intercondílea del fémur derecho y del cuerpo del fémur izquierdo. 6.—Fractura de la cabeza del fémur izquierdo. Compre los tostones. Compre las antenas. Compre el cuero de ante. Compre los llaveros. Cómpreme los mapas. Compre las linternas. Compre el suavecito. Compre el lubricado. El informe comprobó exceso de velocidad y estado de embriaguez en ambos conductores. Por la salvación del ánima de José Rodríguez Gutiérrez una oración te agradecemos. Lesiones craneanas. Estado de coma. Cambio de canal. Dámela con masa.

PISO 72

La mosca vuela hacia el triaje del hospital de emergencia. Esquiva los policías de guardia que arman un escándalo. Pasa

por salas de espera donde señoras gordas con caras de angustia y niños que gritan miran hacia la puerta de la Sala de Primera Cura. Desciende sobre los tobos llenos de gasas manchadas y frascos de yodo vacíos. Planea sobre hileras de sillas de metal donde hombres con camisas ensangrentadas esperan su turno. Asciende sobre camillas ocupadas. Deja atrás soportes con bolsas de plasma y ampollas de suero. Zizaguea entre las enfermeras que pasan hilos para las suturas y los practicantes que se muerden los labios mientras ponen los puntos. La mosca vacila enceguecida por el brillo de las pinzas que sacan de los autoclaves y el olor a sangrienta orina que hierve en los patos. La mosca vuela por pasillos con viejos mosaicos, entre grises cilindros de oxígeno. Desorientada, asoma en salas donde lloran niños y viejos desnudos se arropan con sábanas ajadas. Pasa por puertas donde se asoman curiosos, y donde miran enfermos con vendajes. Tropieza con camilleros agitados que gritan y con camareros que miran los bancos derribados y los cubos de desperdicios volcados. Asciende hacia las amarillentas esferas de las lámparas. Por una puerta que se abre pasa al quirófano. Hacia la mesa donde está el muchacho con manchas de sangre que se extienden entre las vendas arrancadas.

300 KPH.—Caminar a través de las vitrinas de las tiendas

301 KPH.—Machacar con los pies, los relojes, los radios, las sederías

302 KPH.—Arponear los peces de las vitrinas

303 KPH.—Perforarlos con las varillas de los cortinajes

304 KPH.—Destriparlos sobre las etiquetas de los precios

305 KPH.—Asomarse a las pantallas de los televisores
306 KPH.—Esquivar la policía que dispara desde otro mundo
307 KPH.—Trizar las ruedas de las motocicletas
308 KPH.—Encender los yesqueros de las exhibiciones
309 KPH.—En los mostradores, nadar en peceras de fuego
310 KPH.—Arrastrar cadáveres de cajeros con la nuca machacada
311 KPH.—Sonreír para las cámaras de los noticieros
312 KPH.—Embeber la sangre en los estropajos de las pelucas
313 KPH.—Disparar contra los soles hipnóticos del neón y de la Coca-Cola
314 KPH.—Comer en cascos de plástico los cerebros de los serenos
315 KPH.—Perforar con las patas de los trípodes sus ojos
316 KPH.—Desnudarse frente a las camisetas y los posters en donde se aparece glorificado
317 KPH.—Delimitarse en gusanos de luz
318 KPH.—Enchufar y desenchufar
319 KPH.—Beber frente a las ruedas de colores el té lumínico que envenena
320 KPH.—Ponerse audífonos con discos de percusión que revientan los cráneos
321 KPH.—Amanecer contra los vidrios
322 KPH.—Desangrado

PISO 73

Moncho avanza hacia el triaje del hospital de emergencia. Lo saludan los policías de guardia que armaban un escándalo. Flanqueado por sus espalderos, pasa por salas de espera donde lo miran señoras gordas con caras de angustia y niños que gritan. Moncho mira los tobos llenos de gasas manchadas y frascos de yodo vacíos. Deja atrás hileras de sillas de metal donde hombres con camisas ensangrentadas esperan su turno. Tropieza con camillas ocupadas. Esquiva soportes con bolsas de plasma y ampollas de suero. Avanza entre enfermeras que pasan hilos para las suturas y practicantes que se muerden los labios mientras ponen los puntos. Parpadea enceguecido por el brillo de las pinzas que sacan de los autoclaves y resopla asqueado por el olor a sangrienta orina que hierve en los patos. Moncho se apresura por pasillos con viejos mosaicos, entre grises cilindros de oxígeno. Desorientado, asoma en salas donde lo miran niños que lloran y viejos desnudos que se arropan con sábanas ajadas. Pasa por puertas donde lo atisban curiosos y enfermos con vendajes. Tropieza con camilleros agitados que gritan y con camareros que miran los bancos derribados y los cubos de desperdicios volcados. Mira las amarillentas esferas de las lámparas. Abre una puerta y pasa al quirófano. Aparta una enfermera que se voltea para enfrentarlo, y tras la enfermera encuentra una mesa donde está el muchacho con manchas de sangre que se extienden entre las vendas arrancadas.

El flash de un fotógrafo lo ciega.

PISO 74

ÁLBUM DE FOTOS

1) Foto color sepia de los muelles de piragua ocupados por el obreraje que hace la huelga petrolera. Moncho es el tercero de la izquierda, está de alpargatas y ayuda a bajar un racimo de plátanos que le alcanza el guajiro en solidaridad. La sombra del sombrero de cogollo le cubre la cara.

2) Instantánea de los autobuses que parten llevando los hijos de los huelguistas que serán alimentados por familias de la capital. Moncho saluda sacando la mano por la ventanilla de la picó que se pierde tras el tierrero de la calle.

3) En la Plaza de Capuchinos, de chofer del Doctor Valezón, Moncho ase la puerta como si fuera un escudo, mientras Valezón, que siempre sale movido, le hace un gesto grosero al fotógrafo.

4) Cliché en los archivos de *El Informativo* que muestra el momento en que entra a los muelles la primera camioneta enrejada en donde son conducidos varios de los expulsados por considerárseles afiliados a las doctrinas comunistas. Moncho forma parte de la muchedumbre que los despide. Los hombros bajos, las manos en los bolsillos, el ala del sombrero caída sobre los ojos, Moncho mira de soslayo, en segunda fila, para no encontrarse con los ojos del policía que separa la gente de la camioneta.

5) Foto del matrimonio con Zoraida, de traje azul marino prestado Moncho, de traje blanco con velo de mosquitero ella: él mira hacia la cámara ella se apoya en su brazo y lo mira a él justo donde el retoque introduce una palomita con un corazón en el pico que se desprende del recuadro en forma de corazón. Apoyados contra la pared de la iglesia por un fotógrafo callejero que remojó la placa mucho en un balde con botellas verdes llenas de líquidos frescos y guardó

copia para exhibirla en su cámara de cajón junto con bebés, novios y abuelas. Ese fotógrafo moriría veinticinco años más tarde ahogado por los gases que tiraron hombres con cascos frente a la misma iglesia: rodará con su cámara y desde ella Moncho y Zoraida al fin verán el líquido que escondían las rotas botellas verdes, el truco del recuadro y las palomas que vuelan asustadas hacia los árboles, y el vidrio de la cámara se romperá y el cáncer de los ácidos empezará a comerse la fotografía.

6) En el afiche en papel de envolver carne para las elecciones del Sindicato, Compañero Plancha Dos Honestidad y Esfuerzo, Moncho con cara de susto, cuello duro y corbata ladeada. Con engrudo lo pegaron en urinarios, en botiquines, en camionetas de reparto, en las puertas de hierro corrugado de almacenes abandonados.

7) En la tribuna, sexto a la izquierda del orador, durante la III Convención del Partido. En la composición gráfica aparecen, además, aspecto del numeroso público que plenó el local; en el redondel, a la derecha, el Presidente del Partido dirigiendo inflamadas palabras a la concurrencia; dentro de un círculo, el Secretario saluda a un grupo de damas que agitan banderolas; al centro, en cartón, la silueta de una mujer en dormilona y con gorro frigio que sostiene en las manos un arco con el mapa del país y las iniciales del Partido; y al centro, en un recuadro, otra instantánea del Presidente del Partido en el momento en que manifiesta la decisión de participar en las próximas elecciones, adhiriendo de tal manera a las formas y procedimientos democráticos.

8) Foto de la juramentación de la Junta de Gobierno de la Gloriosa Revolución, en donde se distinguen, en el Despacho presidencial y bajo la araña, bachiller, mayor, capitán, doctor y doctor, y al fondo Moncho, uno de los primeros en llegar a Palacio a felicitar a las autoridades recién constituidas.

9) En el aeropuerto, Moncho acompaña al Presidente de la Corporación Venezolana de Fomento, que recibe al magnate norteamericano Nelson Rockefeller, quien viene a ponerse en contacto con los ejecutivos de la Corporación de Economía para tratar de vastos proyectos agrícolas e industriales.

10) Composición fotográfica de la manifestación en apoyo de la Junta de Gobierno. Presidiendo el evento, un círculo de militares jóvenes. En los círculos, varios de los oradores. Moncho mira hacia la cámara flanqueado por un capitán y un mayor. A sus espaldas, oficiales y clases.

11) En la campaña electoral, hace el lanzamiento inaugural de un juego de bolas criollas entre un grupo de campesinos a quienes acaba de prometer trabajo, tierras y bienestar.

12) En Palacio, después de la juramentación del gobierno que el pueblo se diera libérrimos comicios, Moncho estrecha la mano del Presidente Entrante y mira hacia el Presidente Saliente mientras la Primera Dama entrante pone los ojos en blanco con expresión que lo dice todo.

13) En el bautizo de su hija Eleanor, con una expresión que no se sabe si es que los zapatos le aprietan o el traje cruzado nuevo le queda apretado. La cara del padrino Valezón no se ve, porque está volteado contándole al cura el chiste de Poncio Pilatos.

14) En un telón cómico en forma de avioncito, Moncho saca la cabeza en el puesto del piloto, mientras su secretario privado Tabaco aparece en el puesto del pasajero, tocándose muy serio el bulto en el sobaco del traje.

15) Con Yolanda, elegida Reina Obrera en las elecciones del Sindicato. Moncho impone la corona y papier mache y lentejuelas en el pelo con permanente y polvo de brillo de Yolanda, que llora de felicidad. Moncho mira el lunar del escote sobre el traje de sedalana y la banda de papel plateado

donde en letras doradas dice Yolanda I. En la penumbra, inexpresivo, Tabaco. El flash recorta su silueta en aluminio.

16) En la Asamblea Nacional Constituyente, alza la mano izquierda para unirse a la mayoría que se opone a que se haga público el informe sobre presuntas torturas infligidas a oposicionistas.

17) La foto que guarda Yolanda de la primera vez que la llevó a comer al restaurante El Tablao Sevillano con sus fuentes internas, sus barriles pintados de negro y el cantaor que pasaba entre las mesas acompañado de acordeón y castañuelas, y se apareció el fotógrafo de mesa en mesa y Yolanda quiso mientras Moncho molesto parece mirar a otro lado. Yolanda también guardó de recuerdo la carta, con su dibujo de una cabeza de toro y las banderillas cruzadas.

18) Gordo, con bigote y mirando el vacío en la Cédula de Identidad falsa con el nombre de Camilo Narváez Restrepo, que usó para los contactos con los comités clandestinos de la segunda huelga petrolera. La foto deja ver una curiosa asimetría entre su lado izquierdo, que pareciera mirar a lo lejos con despreocupación, y su mitad derecha, deprimida y devastada, con la comisura de los labios caída y disolviéndose en la palidez de la reproducción.

19) Saliendo hacia el exilio, con traje de rayas, entre dos detectives, cuyos rostros están cubiertos con recuadros negros.

20) En el Paseo de la Reforma, en México, de un fotógrafo ambulante que lo confundió con un turista. El cuello del paltó alzado, los pantalones arrugados y la mano con el pañuelo que se enjuga la nariz acatarrada hacen inexplicable el error. Moncho tiritaba y el agradecimiento de oír aquella voz humana en un momento de irrealidad lo decidió a pagar los cinco pesos y quedarse con él mismo en la mano mirándose largamente entre el aire neblinoso que le hacía picar los ojos.

21) Al regreso del exilio, en la escalerilla del avión, abrazándose con José Antonio, que sale de la cárcel y está muy flaco. El exceso del tiempo de revelado ha producido una densidad y un contraste exagerados que impidieron obtener una buena copia.

21) En el cementerio, coloca una corona para los mártires de la resistencia, junto a una señora de negro que mira distraída hacia la estatua de un ángel llameante que esgrime una espada.

22) En el Hilton de Miami, entre camisas rayadas, palmeradas, floreadas y estrelladas, Moncho estrecha la mano del gringo con más cara de gringo, frente a la batería de micrófonos y bajo las pancartas del VII INTERNACIONAL SEMMINAR OF LABOUR RELATIONS-WELCOME.

23) En la revista *Visión,* de casimir gris con chaleco y corbata Pierre Cardin, peinado con raya al medio y ambas manos apoyadas en la carpeta del escritorio de la biblioteca, ilustra el artículo «Un Nuevo Estilo de Sindicalismo para las Américas». En la estantería que le sirve de fondo, el analista puede identificar: las obras completas de Stefan Zweig, todavía envueltas en celofán, la Colección del Libro del Mes, de *Selecciones,* y algunos volúmenes de Loblsang Rampa.

24) Impreso sobre chapa de hojalata, sonriendo, Moncho Candidato a Diputado junto al letrero que promete tierras bienestar y trabajo. El retrato, en sus variantes a) con bigote pintado y robacorazón, remienda el techo de zinc de un rancho b) con dientes pintados de negro, domina sobre un charco de aguas servidas c) con colmillos a lo Drácula y ojos bizcos, está clavado boca abajo en la tronera del galpón donde la policía ubicó los desalojados del barrio El Pudridero d) salpicado de un sarampión mierdoso de puntos de moscas, corona las puertas de un dispensario en ruinas e) boca abajo, sirve de plancha donde coloca la ropa mojada una vieja que fuma tabaco con la candela para adentro f) besa sospechosos zeppelines en la pared de atrás de una

bodega frente a una docena de niños desnudos que le tiran piedras a perros grisáceos g) dado vuelta, cuelga de una alambrada, exhibiendo la inscripción Ce ProHive Botar Vasura h) forma parte del fondo de un cajón de limpiabotas, donde el ojo mira los trapos sucios, el frasco de agua para dar la pulitura, las latas de betún i) craquelado, desgastado, raspado, abollado, descolorido, oxidado, perforado, la lepra de orín irá desvaneciendo su mirada.

25) Instantánea de la juramentación como Diputado, recortada a la altura del cuello, porque el casimir no acaba de disimularle el bulto de la pistola.

26) Foto en picado de la carroza, donde, en primera fila, muchachas en pantalones cortos asidas a las columnas del templete agitan las cintas atadas al trono forrado en muselina donde la Reina preside la pista de baile giratoria donde evolucionan los bailarines típicos al ritmo del conjunto que toca bajo el arco de triunfo donde Moncho saluda al fotógrafo con una mano mientras con la otra se ase a la columna con la inscripción Primero de Mayo Viva el Sindicato.

27) Bailando el primer vals con su hija Eleanor, quien aparece rígida y con los ojos casi en blanco por mirarse un detalle del peinado de colmena.

28) En misión oficial, para intercambiar puntos de vista sobre el ideario democrático a) En el Seacuarium de Miami, dándole de comer a un defín b) En Disneylandia, recibiendo un autógrafo del Ratón Miguelito c) En España, a la entrada del Valle de Los Caídos d) En Londres, viendo cambiar la guardia entre un rebaño de viejitas e) En París, plantado ante el Arco de Triunfo f) En Roma, en el Coliseo, tapándose del sol con un periódico g) En Viena, ante la rueda del Prater h) En Nueva York, en la cabeza de la Estatua de la Libertad.

29) Con el Gentiluomo Aquileo Aquilone y el Arzobispo, Moncho inaugura la sede de su agencia de Relaciones Públicas. Tras ellos, Doña Zoraida exhibe un modelo de Oscar

de la Renta, no obstante las várices, la melancolía y el sufrimiento. Ministros, el Ciudadano Presidente de la Cámara de Diputados y los Criollitos del Llano. Adentro con Dilia Salcedo amenizan el acto, que fue además difundido para la cineaudiencia expectante por las cámaras de Noticolor.

30) Al lado de Don Gonzalito González González con la escopeta apuntando hacia la cabeza de la venada muerta.

31) Con gesto firme, interpelando a los periodistas cuyas reiteradas alusiones a la corrupción administrativa constituyen una amenaza para la democracia.

32) En toma de gran distancia focal, Moncho sudando con la comitiva presidencial que, después de cortar la cinta, avanza por el tramo de distribuidos cuyas volutas se enrollan y se desenrollan hacia el horizonte, encerrando el grupo en una red de espirales concéntricas en la que las barandas de metal actúan como refuerzos de una composición obsesiva y claustrofóbica apenas equilibrada por las verticales de los faroles de mercurio.

33) Con personalidades a) con John Kennedy, fundando Ciudad Alianza b) Con Víctor José Haya de la Torre, en la Plaza de Catia c) Con Víctor Paz Estenssoro, en La Paz d) Con Muñoz Marín, en Puerto Rico e) Con Pepe Figueres, en Costa Rica f) Con Juan José Arévalo, en Guatemala g) Con Eric Fromm, en México h) Con Teodoro Moscoso, con motivo del acto de desagravio luego de que estudiantes extremistas incendiaron su automóvil i) Con Richard Milhous Nixon, después de que sus turbas incontroladas intentaron destruir su automóvil.

34) En la inauguración de la nueva sede de la Sterlingmatic Vibromatic, de izquierda a derecha: Moncho, el Ciudadano Ministro, Míster Gregory W. Perkins y señora, el Arzobispo que asperja de agua bendita, y la Reina Vibromatic del Año.

35) Con Doña Zoraida, que reparte canastillas a las madres menesterosas, vestida con el sombrero grande y el traje de Balenciaga.

36) Convertido en una mancha larga como un gusano, en la película giratoria de exposición rápida que registra la llegada a la meta del ejemplar Centella, seguido de Fanfarria, Ilusión y Nube Hermosa. Al acelerar para la meta algunos de los ejemplares han quedado acortados en la película; otros, desistiendo de los primeros lugares, han quedado alargados, hasta llegar al último, que se expande como un caballo de caucho estirándose en un esfuerzo hacia una meta que no llega nunca.

37) Sonriente, cuello abierto y camisa sicodélica, impreso sobre hojalata con efectos pop sobre fondo de vibraciones op en donde se entrecruzan arcoiris dorados y magentes sobrevolados por pájaros Peter Max, con la inscripción Con Moncho Pana la Juventud Gana, en tipo Babyfat, y Con Moncho Campeón, los Jóvenes a Millón, en tipo Houdini, que desaparece gradualmente a medida que se van eliminando las rayas que componen las letras; y este fue el afiche que los pasquines de extrema izquierda señalaron que era fusilado de un trabajo de Milton Glasser y los corifeos de la extrema derecha afirmaron que era plagiado de una portada de *Graphis*. Con su vibración cromática nos miraba desde los viaductos, los tréboles de tránsito rápido, los rascacielos de cristal y las sucursales bancarias de plástico.

(Las impublicables, que murieron antes de nacer, en el último rincón de las gavetas o de los archivos.)

38) Donde le comenta algo a su vecino en la Convención del Partido y como tiene los ojos bajos parece que le estuviera vomitando en el oído.

39) Al alzar el brazo en el mitin de Cagua para gritar Compa los ojos se le ponen blancos Ñeros y queda como un muerto.

40) Movida y con luz precaria, la turba de irregulares que asalta el sindicato comunista en Carirubana.

41) Con un vaso en la mano derecha, parte de cuyo contenido se ha volcado en el pantalón. Un mechón de pelo le cae sobre el ojo que parece perdido en la contemplación de las decoraciones del bar. Al fondo, fuera de foco contra la infinitud de los espejos del Club. La silueta recortada de Alonso.

42) El retrato de cuando novios que Doña Zoraida alumbra después de colocarlo boca abajo. Obtenido en una placita e iluminado con colores de pastelería, el pañuelo teñido de verde y la boca delimitada con carmín destacan sobre el fondo espectral de árboles sepia y vasos de cartón en el suelo.

43) En el yate del Gerente de la Sterlingmatic, reteniendo un buche de vómito mientras Mr. Gregory saca un pez espada.

44) La serie de seis que se tomó la primera vez que vio un Fotomatón y no pudo resistir la novelería.

45) En calzoncillos y cholas, tendido en un chinchorro en su hacienda de San Miguel, espantándose las moscas con un *Life* en español.

46) Mordiendo una morcilla en la Verbena Pro Fondos de la Campaña electoral del Partido.

47) En el mitin de Tapatapa, con el índice extendido ofrece trabajo tierras y bienestar, pero entró en cámara un borrachito que lo remeda.

48) En la Navidad, foto casera junto a la chimenea de cartón piedra con leños de plástico iluminado. Eleanor, Jackie y Carolina rodean a Moncho que trincha el pavo; pero en la faz ajada de Doña Zoraida, separada del grupo, se nota la tercera amenaza de divorcio; y Alonso, que manejó mal el flash, no pudo evitar que en los ojos de todos quedaran puntitos rojos, como si estuvieran también iluminados por dentro.

49) Doble exposición en cuyo primer tiempo Moncho abraza una viejita salida de las filas de los campesinos que reclaman las parcelas ofrecidas en los títulos de propiedad, y en cuyo segundo tiempo, sobreimpuesta, la Directiva de la Federación de Productores Agropecuarios cuyo Presidente gesticula con un tabaco cuyo humo le oculta el rostro.

50) En el fondo de una papelera, foto rota en trocitos, en los que se distinguen, aquí o allá, un ojo, la comisura de una boca, un zapato, un trozo de corbata, un zarcillo, una mano que no se sabe si saluda o rechaza, una boca femenina, una mano con uñas pintadas, un trozo de tela, un reloj pulsera.

51) Con frac, en el agasajo de la Cancillería, con la boca llena y una copa de champaña en la mano, le puya la barriga al Embajador de Inglaterra. A sus espaldas, rostro impasible de momia, el cronista social Paco Cecil Paco, haciéndole al fotógrafo la discreta seña de que esa no va para la crónica.

52) Con gabán y sombrero, en el gran angular de la cámara del Banco de Zurich que para protección de los cajeros hace una instantánea de cada operación.

53) En un momento de las negociaciones, a la izquierda, las manos a la espalda, mira fijamente con su perfil de águila Míster W. F. Thompson; a su lado, las cejas alzadas, la mano hacia atrás, apuñada, el Gerente de Relaciones In-

dustriales; a su lado, visible el prendedor de la corbata, con el saco desabrochado, sonriendo, el experto en materia de impuestos; Moncho en el medio, sorprendido por el flash; a su lado, sonriente, Solorico, mirando hacia el alto personero que, de espaldas, manifiesta la preocupación seria que ocasiona en altas esferas la tardanza en las negociaciones. El flash ha recortado sombras siniestras en las persianas corridas. Una segunda sombra, más tenue, se alza hacia el techo. En parte del vidrio de la mesa se reflejan las manos, cerradas, abiertas, sosteniendo documentos, crispadas. Invertida, la mano de Moncho nada bajo el cristal, como una araña a punto de ser aplastada por un cenicero.

54) Negativo insuficientemente revelado de instantánea en la Discoteca Swinging Pop, con el Gentiluomo Aquileo Aquilone y la Principessa Sfida della Buggia. La mirada revirada de Moncho es porque acaba de descubrir a su hija Jackie bailando con el joven Pachacho Molina que mueve los brazos como gallineta atarantada al ritmo de *All You Need is Love*.

55) En la foto de estudio para la campaña, en la que ha sido necesario corregir los párpados pesados, que dan al ojo una expresión adormecida, reduciendo la zona de los párpados, cubriéndolo todo con el sombreador, hasta la ceja, con un color discreto, y hubo que añadir dos capas de rimmel a las pestañas superiores y una capa ligera a las inferiores, perfilando completamente la ceja, y aplicar el sombreador blanco luminoso en barra bajo el arco superciliar, armonizando los contornos con una aplicación ligera de máscara.

56) La misma anterior, pero con sombrero de cogollo.

57) Negativo insuficientemente revelado de la rueda de prensa en que se anuncia el total de activistas de organiza-

ciones ilegalizadas que han sido capturados. Los cristales de bromuro de plata no expuestos disueltos en el fijador están deslustrados, lo que hace vago el contorno de los rostros y las expresiones.

58) Negativo revelado a temperaturas elevadas, en el que la aceleración de las reacciones químicas ha desdibujado las sonrisas de los oficiales miembros de la Misión Militar Norteamericana. En la gelatina, reblandecida, el roce del dedo del fotógrafo desdibujó la cara de Moncho en un coágulo de moco.

59) Decomisada, en el allanamiento en el cual cayó uno de los multígrafos clandestinos, foto reproducida con stencil electrónico, el cual acentúa las bandas de Mach hacia los bordes de la imagen, en los cuales hay una carga de densidad, mientras que hacia el centro existe el efecto de aislamiento contextual, efecto que también se produce en la instantánea de la carga policial reproducida al lado, y, en letras de titulares de periódicos y Letraset: Mas estos crímenes serán juzgados.

60) Con enmascarado, distribuyendo las exposiciones según los resultados obtenidos en la copia, en el primer plano de la tribuna Moncho gesticula ofreciendo trabajo, bienestar y tierras, con exposición de siete segundos; los particulares del pueblo en segundo plano, con catorce segundos; y el detalle de las rancherías en tercer plano, veintiún segundos, con lo que el exceso de intensidad distrae la atención del centro de la foto.

61) Con Ektachrome Aero-Infrared 8443, sensible a los rayos verdes, rojos e infrarrojos en lugar de azul, verde y rojo, de modo que se forma una imagen positiva amarilla sobre la capa sensible al verde, una imagen magenta sobre la capa sensible al rojo, y una imagen azul verdosa sobre la capa

sensible al infra-rojo, detalle de una hilera de pies contra un muro y, en primer plano, un hombre de camisa de cuadros caído, boca abajo la mano izquierda bajo el vientre y la mano derecha extendida hacia el muro, con las piernas abiertas y un líquido oscuro que surge de la cabeza y forma manchas sobre el cemento.

62) Experimento de impresión conjunta de un positivo y un negativo que, sorpresivamente, destacaron en hueco la orografía de las ojeras y de las arrugas de las mejillas, e hicieron aparecer el rostro, no en relieve, sino como un vacío en el papel.

63) Prueba de determinación de la exposición correcta; ⅕ del papel sensible, expuesto durante 15 segundos, muestra en primer plano el irregular con casco y máscara antigás que aferra la ZK; ⅕ del papel expuesto durante 10 segundos, muestra en segundo plano los soldaditos que alzan la vista asomados sobre el blindaje de la tanqueta y apuntan los Fal hacia un sitio que no aparece un cuadro; ⅕ del papel expuesto durante 5 segundos, revela un tumulto de irregulares agachándose o llevándose las pistolas de reglamento a la cara, recortados sobre el fondo de bloques de vivienda popular iluminados por los reflectores; ⅕ del papel expuesto durante 3 segundos muestra en alto contraste y movido a Moncho entrando en la patrulla mientras, creando un duro juego de sombras y reflejos, rompe la noche un haz de trazadoras procedente de una ametralladora pesada que no aparece en la foto.

64) Velada, cuando alzó la mano, que hubiera quedado movida, señalando la cámara que Alonso y los demás guardaespaldas reventaron contra el suelo mientras los efectivos del operatorio pateaban al fotógrafo.

65) Prueba descartada para un afiche de la Convención Nacional: el negativo fue atravesado por una fuente lumi-

nosa que incidió sobre una plancha de imprenta revestida de emulsión, después de filtrada por una trama de fotograbado de las que se utilizan en las reproducciones de medios tonos, siendo precisa la impresión sucesiva de cuatro planchas, en violeta, verde bilis, amarillo pollito y azul eléctrico: el grano grueso determinó que los párpados y los labios parecieran supurar una lúz de boca de horno.

66) En la inauguración del Monumento, entre figuras retóricas descubre ánforas escultóricas conmemorativas de epopeyas épicas y gestas míticas de proyecciones estéticas.

67) Solarizada, cuando la lámpara se encendió por descuido en el cuarto oscuro mientras se trataba el negativo anterior, invirtiendo al azar todos los valores, enleprando la silueta de gemas fantasmales parciendo y disgregando vahos de luz que, partiendo de la mano, estallaron en la cara y los dientes y las vísperas, hasta las piedras de la vesícula gemadas en una fosforescencia enferma.

68) En el vestíbulo de la Dirección General de Policía, todo en la oscuridad salvo una mancha de luz que cae en la mano que llama al chofer. La sobreexposición del negativo causó la mancha blanca la copia, dando el efecto de que la mano refulge como un hierro calentado al rojo vivo.

69) Fuera de foco, foto decomisada de un muchacho muerto sobre una camilla, con la camisa levantada que le tapa parte de la cara y los vendajes de la primera cura deshechos. De Moncho aparecen únicamente el vientre y una mano entreabierta, nudosa como un pólipo o un trozo de cera que se derrite.

70) Ampliación a diez diámetros del negativo anterior, que permite apreciar, en la dureza del grano, las redes venosas superficiales, los nudos circulatorios; ampliación a veinte diámetros que permite apreciar el tejido en espiral de las huellas digitales, que se abren como nebulosas cuyos accidentes fingen rostros, manos y muchedumbres, que ampliadas a cien diámetros estallan en la tormenta corpuscular de los

cristales de bromuro de plata, que aumentados a mil diámetros se encenagan en la textura de las bases de celuloide que aumentadas a un millón de diámetros con la técnica de la difracción de Rayos X, dejan ver la estructura fulgurante de las moléculas, que ampliadas a diez millones de diámetros dejan ver los rastros erráticos de los ladrones y los quarks, que arrastrados por la primera oleada entrópica han abandonado sus momentos angulares intrínsecos y su esclavitud al infrarrojo, adoptando trayectorias imposibles que hacen hervir la foto en un cáncer de imposibilidades.

71) Equivocada de colección, placa de las perturbaciones electromagnéticas captadas con radiotelecopio como consecuencia del choque de dos nebulosas espirales en el sector de Cignus.

72) Fotografía inmaterial del tiempo transcurrido, en capas y en franjas y en monotonías descuajándose en los cristales y organizando aquí y allá universos islas de grumos, coágulos y relaciones. Como una herida, el vórtice de tiempo nulo desgarra el extremo izquierdo de papel.

73) Con película Tri Equis y luz insuficiente, foto de un hombre de espaldas en el rincón de un ascensor. La distorsión altera la geometría de la caja y sugiere un descenso inmóvil e incluso una licuación de la figura humana y de su recinto en la oscuridad del rellano, enfatizada por el encuadre.

74) Fotografía de una palabra.

75) Rx de tórax tomada en la Clínica Mayo, revela silueta cardíaca con aumento de tamaño, debido a crecimiento del ventrículo izquierdo, el cual se observa hipertrófico. Aorta opaca, elongada y desarróllada. Conclusión: cardiopatía hipertensiva.

76) La de la necrología.

PISO 75

El cuarto es gris. Dentro del cuarto está un escritorio de metal sin papeles y seis sillas de metal. Dos de las sillas están adosadas a la pared que da a la puerta. Una de ellas está colocada oblicuamente junto al escritorio. Otra está plegada en el suelo y otra tiene el asiento roto. La sexta silla está caída de lado. A partir de ella, y siguiendo el sentido de las agujas del reloj, se encuentran distribuidos por el piso: un paquete de cigarrillos vacío, un vaso de cartón aplastado, una colilla de cigarrillo con filtro, la página central de un periódico viejo que muestra el retrato de un beisbolista, una mancha color café del tamaño de la palma de la mano y de bordes indefinidos, un gancho para papel abierto, un formulario hípico arrugado, dieciséis manchas de tacones de goma y un par de zapatos pulidos, que son calzados por un hombre rechoncho. El hombre usa medias transparentes. El pantalón es gris y amplio y en su bolsillo delantero derecho se pierde una cadena de metal dorado. El cinturón es estrecho y muestra una hebilla de metal dorado. La camisa es blanca. En los puños luce una yunta hecha de una piedra violeta sobre un engaste dorado. La mano izquierda, en la espalda, aprieta un papel doblado en cuatro en el cual se advierte un sello y una rúbrica. El paltó deja adivinar un bulto bajo la axila derecha. En el bolsillo externo aparecen un pañuelo con las puntas caídas, del cual emana un aroma de colonia, y la tapa de una pluma de metal dorado. La mano derecha, semiabierta, apoya los dedos medio e índice en el respaldo de la silla que tiene el asiento roto. En el dedo anular brilla un solitario. Las uñas son chatas y manicuradas. En el dorso de la mano aparecen tres prolongaciones nudosas, y enredaderas azules, que laten. Pecas pardas se agrupan hacia los nudillos. En la base del anular palpita una verruga de fuego. El dedo índice vibra refle-

jando un temblor que viene del antebrazo. La corbata es estrecha, representa un diseño de flores, y está sujeta por un prendedor de metal dorado sujeto con una cadenita al quinto botón de la pechera. El cuello de la camisa está desabrochado. La papada del hombre late. La frente estrecha está cubierta de pequeñas gotas de líquido. La nariz tiene una red de capilares rojizos. Los ojos están cubiertos por unos lentes nuevos en cuyos cristales se refleja la imagen del muchacho vestido de caqui que está tirado en el piso de la habitación, con las manos esposadas y la frente apoyada contra la pata de metal de una de las sillas. En el reflejo, la posición del cuerpo parece innatural, y las facciones deformadas. En el traje de caqui aparecen arrugas y manchas. El zapato izquierdo está descalzado. Una mosca camina por el antebrazo. El párpado derecho del muchacho está entreabierto y en él se refleja el cristal derecho de los lentes del hombre en donde se refleja el ojo del muchacho en donde aparece el reflejo del hombre donde se refleja el ojo del muchacho en imágenes cada vez más pequeñas y lejanas. El cuarto parece estar cada vez más pequeño y más lejano. Los labios del hombre se mueven, labio superior y labio inferior ligeramente separados, punta de la lengua contra el trabajo dental que sustituye los incisivos superiores, *dé,* labio superior y labio inferior más abiertos, lengua contra el paladar que permite la salida del soplo, *jen,* labio superior e inferior se unen brevemente para dejar salir el aliento que la lengua retiene un instante contra el paladar, *lo.*

RUBÉN NO MIRES CAER LA LLUVIA

Rubén, no mires el techo del calabozo, Rubén no mires el cenicero de la patrulla que te lleva por la autopista, Rubén no mires el suelo en el aeropuerto. Rubén no dejes caer el pasaporte de Bubu que te ponen en la mano, Rubén no tropieces en la escalerilla del avión Rubén no te metas en el baño a vomitar, no te estés mirando los zapatos durante todo el vuelo, Rubén no te quedes mirando al funcionario de Inmigrazione, no veas la cara de Bubu en los cristales del aeropuerto, no dejes de lado el autobús, Rubén no te eches a caminar por la autopista, Rubén no vomites bilis en las cunetas, Rubén no te sientes a descansar en la acera, Rubén no le hagas la señal grosera al hombre del gabán gris que te sigue, no bebas agua en la Fontana della Figa, Rubén, Rubén no te comas las sobras de pan en el restaurante Da Froscio; no trates de despistar al hombre del gabán raído en a Pizza degli Coglioni Rubén, Rubén no des cabezasos contra la columnata del Caccio, no duermas en un banco de la Piazza della Mignota, Rubén, no orines frente al hombre del gabán desteñido, no te desayunes con sobras de repollo del mercado Stronzo Rubén, no te desmayes en la vía Compuzza, Rubén no cagues bajo el puente Farabuto, Rubén no grites en medio de la calle, Rubén no corras por los charcos Rubén no tropieces por las empalizadas Rubén no escudriñes los pipotes de basura Rubén no te mojes Rubén no te empapes Rubén no tiembles Rubén no te metas en esta calle ciega Rùbén no mires al hombre del gabán húmedo Rubén no mires la gárgola de plomo Rubén no mires caer la lluvia.

PISO 76

Estoy yo sentado bebiéndome una cervecita en el Tararí, que si un soplo de una operación buena, que si una partecita que le deben a uno, cuando como una sombra se me sienta al lado el Alonso y me pone la fuca en las bolas, y el Alonso, mira güevón, yo sé que el Diputado les encargó que me dieran bollo, oíste, porque el Diputado anda con un atore que si el muerto del hospital era su hijo, que si yo sabía, que si lo hice a propósito, no, para la puerta no mires, güevón, que ahí está Sietecueros, a ti, al Carite y a Tapón les dio casquillo para que me dieran bollo, pero mira güevón, me llegó el campanazo, oíste, acaso eres un gil, tú no sabes que tigre no come tigre, tú no sabes que hay pacto de sangre para que no nos liquiden después que nos usen, pendejo, tú no sabes que también estás en lista porque estuviste en lo del hospital, tú no sabes que el Diputado te tiene también en esa culebra, fíjate que hasta la hora y el sitio donde ibas a estar me dieron con el campanazo, güevón, ahora haz como si te estás tomando la cerveza y ríete, mira carajo, dile al Diputado que yo mato a quien me da la gana, y que gobierno pasa pero tombo queda, y que coma avispa, porque cigarrón atora, y que se meta su diputación por el culo, que yo estoy en una pomada de poder, oíste, y el Alonso se mete la mano en el sobaco y me enseña el carnet, y yo trago grueso, el Alonso con un carnet de esos y el Diputado dándonos casquillos contra el Alonso metido en un poder que si quiere nos hace mierda, pero un poder gordo, que se pierde de vista, y yo que le digo panita, por eso es que tenemos que defendernos, panita, mire yo me le pongo a las órdenes brodercito mire usted mande y yo obedezco, pero ni yo mismo convencía, y mientras menos me convencía mi propia voz de repente el Alonso me afloja la pistola de las bolas y me dice te voy a hacer un regalo, y se va, así como se va el Alonso, como un humo, y el Sietecueros que trabajó con la dictadura y ahora tiene una agencia de serenos también se pinta: me doy cuenta de que me había meado; quiero

espantar la mosca que se ha parado en el vaso de cerveza y la mosca no me tiene miedo; quiero tocar la fuca y me tiemblan los dedos; echo mano al pañuelo y lo que siento es un pomo que el Alonso me ha metido en el bolsillo, me encuentro en el baño de caballeros dándole una patada al pomo que es como de veinte lucas; respiro; se me aclaran las ideas, pienso que el Alonso me ha plantado este paquete para que me quemen los de estupefacientes, pero otra patada y otra respiración me da todavía más claridad y entiendo que es imposible enredar a alguien con la claridad que en este momento tengo sobre el Alonso y sobre el Diputado y entonces es que me viene el susto porque entiendo que un individuo con la claridad que yo tengo en este instante no puede estar vivo; lo que más me molesta es el espejo y el saber justo dónde cuándo y cómo van a saber que yo sé, que será el momento en que yo ponga el pie fuera de este urinario donde me he metido con esta claridad y se la contagio a todo el que se acerca, porque eso es lo que jode, que uno en cuanto se aclara le dan bollo y si uno disimula se salva, pero cómo coño uno disimula si con una mirada ya uno transmite que uno sabe y que saben que uno sabe que saben, si ya con encerrarse en este excusado uno transmite que le entró la claridad, y por qué no sale, y por qué está ahí, mosca, esa es la claridad, nadie se engaña, hace rato nadie entra a mear, está todo calladito en el bar, demasiado silencioso y demasiado claro como un cristal, como el vaso que dejé con la cerveza a medias que es lo último que lavan y lo ponen con los otros y el choque del cristal con los otros cristales hace demasiado cristal todos los vidrios y las botellas y los espejos y el mostrador cristalado para que todos vean que la vaina es gorda que está todo clarito como un vidrio que no hay forma de no darse cuenta, transparente como un vaso, y yo sé que ellos saben y ellos saben que yo sé, y todo el mundo sabe y por eso no hace falta tanta pendejada, que se acerquen tan despacito, con tanto cuidado de no hacer ruido, así como si nunca fueran a tocar la puerta.

300 KPH.—Acelerando la motocicleta, Alfiero se avalanza hacia los sólidos de la ciudad: todo tocado, por creación, por colocación o por uso: torturado: derretido: pulido: raspado: palpado: pellizcado: hurgado: rasgado: amasado: extendido: moldeado: triturado: masajeado: empujado: torcido: y en este momento, cada dedo de cada mano: aprieta: palpa: al dedo inmediato: la herramienta: la cara: el sexo: los cubiertos: las barras: las carteras: las monedas: al propio cuerpo: al cuerpo de otros: las páginas: las ropas: los pelos: los frascos: los vasos: los líquidos: los sólidos: los gases: las temperaturas: el hielo: las llamas: los choques eléctricos: cada centímetro de cada piel roza, oprime, pende o cede: carne en carne: objetos en carne: carne en objetos: y las lenguas se revuelven en las bocas: y chasquean: y chupan: y gustan: y los labios: chupan chascan crujen miman sorben: y la piel: resbala: tumesce: detumesce: excreta: y ni aún saltando escapa Alfiero al tacto: el aire corre por entre su cuerpo: el suelo viene a buscarlo: un suelo hecho de piel: tocándolo.

LA CIUDAD DE NEÓN

LA CALLE DE LAS VITRINAS ILUMINADAS

Saltando de la moto que se funde al rojo vivo, Alfiero cae en la calle de las vitrinas iluminadas. Por ella se pasean las formaciones de los rostros de la gente: flotan en cardú-

menes, encendidos en una luz de acuario: ascienden y descienden, manteniendo sus *rasgos* clavados con los remaches de los ojos: estos ojos se rehúyen los unos a los otros y forman cardumenaciones vagas ante el resplandor de las vidrieras: un palmoteo, o el centellear de una nueva luz puede hacerlos moverse, peces asustados, que nuevamente se congregarán en nebulosas: nuestras cabezas son peces a las que les han: crecido cuerpos: algunas se irán flotando, distraídas: otras descenderán a lo largo del vidrio, hasta contemplar los precios de las joyas que se exhiben. -Alfiero avanza vagamente entre los cardúmenes. Fingen no verlo damas de media edad y jovencitas de cera. De las bocas de todos surgen risas de burbujas. En el túnel de la calle, piso. paredes y techos son vitrinas iluminadas.

LAS CAJAS DE LOS PREMIOS

Cajas rectangulares contienen los sueños que han sido extraídos de las cabezas carduménicas. Juegos de luces los destacan entre mecanismos giratorios. Bajo las lentejuelas riela la panoplia de los símbolos: distinción: poder: gloria. Una plancha de vidrio nos separa. Siempre nos ha separado de todo una plancha de vidrio.

PARAÍSO TERRENAL

Las muchedumbres avanzan hacia los tribunales de las cajas registradoras. Cambios de luces encienden decoraciones de estrellas y arcoiris. Bajo nuestra lengua falta el óbolo para la barca de los muertos. Pantallas de vidrio nos ex-

cluyen de los paraísos iluminados. Katty, Kitty y Ketty se ríen exhibiendo sus bollos inaccesibles tras bikinys apretados sobre cajas de plástico que ruedan entre esferas de cristal que gravitan encima de escenarios de vidrios. Pesando las almas guiñan sus ventanillas las cajas registradoras. Perros minoicos vigilan el pesaje. Se arremolinan las cabezas que flotan en cardúmenes frente a los cristales. Ante ellas se cierran y se abren piernas cubiertas de medias nylon que se cruzan y se descruzan ofreciendo y ocultando rendijas de carne. Telones de trajes de novia se alzan y se bajan. Los perros minoicos disparan sobre los transgresores. Alas de mariposa y trompetas de plata fascinan en las cajas del reclame. Máquinas educadoras, centellean sus luces y repican sus campanas. Cada segundo nace una caja de vidrio que nos separa. Dentro de cajas de vidrio se siente Alfiero ante la mirada de los perros minoicos. Abanicos de colores y baterías de neón lo resaltan. Con un estilete de plástico, Alfiero revienta el ojo de uno de los perros minoicos. El puño del estilete es un lente que a su vez centellea como un ojo. Toda una pared de vidrios cae.

NEÓN

Tras los vidrios que estallan, cuadrillas de obreros con perforadoras neumáticas van demoliendo los cimientos de todo. Por el cristal de las vitrinas y el cromo de los automóviles estacionados y el plástico de los anuncios penetra el acero de las perforadoras. Alfiero corre, entre cataratas de desechos que caen. La energía de la demolición enciende en fuego de neón la silueta de los edificios. Columnas de neón se hunden en pisos de resplandor palpitante. Los ascensores llevan a aposentos con paredes de neón. En estos aposentos,

Alfiero abre armarios cuyas gavetas dejan ver fulgurantes triperíos de neón. Los muebles hechos de tubos luminosos, y hasta los propios habitantes muñecos con vientres encendidos. Todo palpita con cambios de colores que arrojan la ilusión de cambios de forma y de posición en las paredes y el mobiliario. Alfiero cree correr y se fatiga en el mismo sitio mientras pasillos ilusorios receden a sus espaldas. Alfiero busca una puerta de salida. Cada vez que toca una pared, células fotoeléctricas inventan falsas puertas de neón que se encienden y se apagan. Piso sobre piso los edificios fatigan el hervor del neón y la várice de tubería luminosa. Entre cañerías fulgurantes y cables fosforescentes pasan muchachas desnudas. El neón enciende sus sistemas nerviosos, arteriales y venosos. Serpentinas de luz oscilan en columnas salomónicas que ondulan insertándose como tornillos en las vísceras relampagueantes de los edificios. Banderolas anuncian los juegos de la venta total. Alfiero cree correr por pasillos, abriendo puertas que dan a aposentos en los que no se puede entrar por la intrincación de los tubos luminosos que los llenan. Por latidos, como en un corazón enfermo, falla la electricidad. Tumulto de momentos mientras nadie observa lo que pasa. Cuerpos liberados de prisiones eléctricas se embisten como olas de sangre en la oscuridad. Fluyen como nubes entre el fulgor autónomo —pero incapaz de alumbrar— de los perros minoicos. Cuerpos desnudos avanzan tanteando y terminan tanteándose, en éxtasis. Unos frente a otros arrodillados. Caen en vértigos de sueños, filtrándose a través de paredes y pisos que, al no tener imagen se hacen imaginarios y dejan pasar los tumultos de la carne. Un mundo de palabras táctiles que tiemblan, se encogen o palpitan. Un dios que es una constelación de dedos toca todas las partes.

La luz vuelve, quemando las retinas. De cada ojo surge un chispazo. El atropello de la luz confunde las imágenes. La luz pútrida crea imágenes de su propio seno como crea gusanos el vientre de un cadáver. Alfiero encuentra cada

vez más difícil distinguir entre las imágenes de las cosas y las imágenes de la luz. A lo mejor desde el principio no hubo sino imágenes que inventó la luz por sí sola, y es ahora en esta corrupción que aparecen cosas independientes por vez primera. Se abren los pasillos de las imágenes que tienen el poder de herir. Aún en el medio del globo de tus ojos cerrados pueden generarse como centellas estas imágenes con el poder de herir. Lluvias de arcángeles batallan contra lluvias de imágenes. Alcanzado por una imagen, Alfiero fulgura como un fogonazo que se consume en auras de fósforo y de albúmina. Las luces fingen puertas y nuevos aposentos que a su vez fluyen y se ensanchan como si se entrara a ellos, y a su vez fingen puertas y aposentos. Cada aposento es una ciudad entera. De la reverberación de sus luces nacen nuevas ciudades. Los perros minoicos pasan, como un mal pálpito.

Alfiero camina sobre un piso totalmente cubierto de caras. Los perros minoicos acechan detrás del muro de luz. Los talones descalzos pisan sobre párpados. Con lentes de aumento clavados en sus ojos, los perros minoicos amplifican el estrellerío de la ciudad de neón. Alfiero embiste contra la puerta del hangar de las lámparas iluminadas.

LA PUERTA

del Hangar de las Lámparas Encendidas

LA PUERTA

es una extensión del párpado
SEPARANDO EL EXTERIOR DEL INTERIOR
DIVIDIENDO UN MUNDO ORGANIZADO Y REPETIBLE

—PUERTAS-PARA-ADENTRO—.
DE UN MUNDO IMPREDECIBLE Y CAÓTICO
—PUERTAS-PARA-AFUERA—
CREANDO UN ANTES UN AHORA Y UN DESPUÉS AL CONCEPTO
DE ESTAR-EN-UN-SITIO— Y POR LO TANTO
DANDO LUGAR AL ALMANAQUE

La puerta es un medio de confinamiento que cierra un espacio visual dominable en una sola ojeada y lo separa irremisiblemente del espacio acústico del Puertas-Afuera

La puerta al situarnos el exterior en un marco
de referencia y de preferencia

DA NACIMIENTO A LA PERSPECTIVA
AL CONCEPTO DE DURACIÓN Y AL
CREDO DEL PROGRESO

La nueva tecnología electrónica al abolir la diferencia entre la habitación y la calle, hace de la puerta el refugio último del neurotizado habitante de la cultura visual y prepara el sturm und drang de la final inmolación del espacio homogéneo y repetitivo de la tipografía y de la palabra

TOCAR LA PUERTA NO ES ENTRAR

La bomba atómica no es más que el equivalente de la nostalgia de una cultura dividida en exterior e interior, y prestar a liberar los torrentes emotivos e interpretativos de la información total

EL HANGAR DE LAS LÁMPARAS ENCENDIDAS

Dentro del hangar, lámparas de todos los colores y formas, encendidas. Alfiero avanza, entre el bosque de las lámparas, arrancando calles que son como serpientes, pero el bosque de las lámparas no tiene término, y Alfiero se cubre el rostro con los brazos, no ya por la luz, sino por la onda de calor. Una y otra vez cierra y abre los ojos, esperando que las lámparas ya no estén allí, pero las lámparas siempre estarán allí. Se tapa el rostro, y brilla dentro de su mente el bosque de las lámparas iluminadas. Pantallas de espejos agravan el infinito de las lámparas. Alfiero embiste contra ella, arañándose. Muerde globos que revientan como tetas de vidrio. Con un tubo de aluminio demuele el bosque de las lámparas iluminadas. Los cristales saltan a su piel y son aplastados por sus talones. Alfiero respira vidrio pulverizado mientras resuena en sus oidos el alarido del bosque de las lámparas despedazadas. Escamas de hierro y de vidrio lo hieren. Con sangrientos puños fractura geometrías de reflejos y cae en llanuras de arena de cristal. En su pecho, tintinea un chaleco de escamas de metal y de vidrio.

LA CALLE DE LOS BÒLIDOS PERDIDOS

Alfiero se levanta y corre entre la calle de los bólidos perdidos. Seres humanos con caras mecánicas avanzan en ritmos espasmódicos. A veces se incendian en luz y caen.

Alfiero salta de un lado a otro de la calle de los bólidos perdidos. Luces de semáforos regulan el paso de danza de los hombres de las caras mecánicas. Vastas transiciones y

operaciones y movimientos acaecen a la luz regulatoria de los semáforos, al ritmo de la cual se producen los repiqueteos de acciones y los hombres de la calle de los bólidos perdidos se sonríen se rascan se acusan dan pasos estrictamente regulados por el cambio de las luces regulatorias de los semáforos: y Alfiero encuentra que no puede moverse conforme a ellas: que siempre va más despacio o más rápido: que se desploma en bolsillos laterales del tiempo: empieza para él la caída libre: mientras los hombres de la calle de los bólidos perdidos ejecutan sus rutinas al perfecto ritmo regulatorio de las luces de los semáforos. En medio de la calle, paralizada, una formación de motociclistas con cascos dorados espera el cambio de luces.

Sobre los rascacielos de la calle de los bólidos perdidos combate Scorpio contra Neutra.

SCORPIO CONTRA NEUTRA

NEUTRA yace maniatado con ligaduras de acero, incrustado en el bloque de hielo que deriva hacia el mar de las orcas azules. Las llamaradas de escape del cohete de Scorpio derriten el hielo, y Neutra combate contra las orcas azules. En cinturón volador, Neutra persigue al cohete y extiende las nubes magnéticas que confunden sus manos. Catapultas de escape disparan a Scorpio hacia el reactor que custodia la ciudad de neón. Con inductores hipnóticos se abre paso hasta el conmutador de la bomba de Armagedón que controla la tierra. Scorpio derrite edificios cuya masa desborda hacia Neutra. Con las dragas que flotan en el magma fundente, Neutra demuele las paredes del reactor y taladra sus sótanos. Scorpio atrae las dragas hacia las redes

de alto voltaje que las convierten en jaulas farádicas que apresan a Neutra. Con su traje aislador Neutra produce los cortocircuitos que vaporizan el metal radioactivo. En escafandra blindada, Scorpio escapa por las cañerías dejándolas sembradas de minas. Neutra libera las compuertas del ácido mortal que corroe las cloacas. Con silbato ultrasónico Scorpio obliga a las ratas a que formen tapones, y asciende a las calles en busca de Neutra. En patines escaladores se persiguen por las paredes de vidrio de los rascacielos. Desde las casillas de control, el uno contra el otro se arrojan misiles, aeroproyectiles, tranvías cohetes y trenes autómatas. Scorpio lanza contra Neutra el rayo demoledor que impide que la hemoglobina se mezcle con el oxígeno. Sustituyendo su sangre con compuestos silíceos, Neutra lanza contra Scorpio la onda de parálisis que detiene los corazones. Scorpio conecta a sus arterias la bomba cibernética del tórax y libera el huracán de sonido que progresa hacia Neutra. Neutra levanta la pared de vacío que interrumpe el sonido y desata los dardos con bacilos de peste. Scorpio crea anticuerpos mutantes que gangrenan los ganglios de Neutra. Neutra rocía hacia Scorpio las ferórmonas que lo convertirán en presa de las trombas de langosta carnívora. Scorpio azuza contra Neutra las termitas comedoras de metal que, uno tras otro, hacen colapsar los subterráneos.

Descendiendo en la cápsula que navega entre lavas, Scorpio regresa a su nido del volcán inactivo. Convertido en un haz de neutrinos, Neutra atraviesa la corteza terrestre hasta dar con el nido de Scorpio. Scorpio proyecta contra Neutra la barrera de láseres que defienden el volcán extinguido. El traje de espejos de Neutra refleja los láseres y los devuelve convertidos en rayo quemador de retinas. Proyectando hologramas, Scorpio llena el paso de Neutra de atacantes fantasmas, laberintos sin muros, irreales barreras. Con caleidoscopios gigantes, con prismas rotatorios, Neutra multiplica la ficciones de Scorpio hasta confundir sus visiones. Scorpio conecta el rayo acelerador que lo hace más rápido

que sus propias imágenes. Inyectándose las drogas enanizadoras, Neutra se hace ilocalizable, ocultándose en granos, en gotas, en motas de polvo. Scorpio recurre a los supercerebros artificiales y al análisis táctico, que predicen los movimiento de Neutra. Guiándose por el azar, los augurios y la escritura automática, Neutra quebranta las prediciones de Scorpio.

Scorpio conecta el generador de terremotos que desploma las cuevas en los hombros de Neutra. Escapándose por las grietas, Neutra enciende el activador de volcanes, que inunda de lavas el nido de Scorpio. Liberando al azar sus combinaciones genéticas, Scorpio sufre mutaciones proteicas que evaden a Neutra. Neutra se convierte en regulador del medio ambiente y aniquila las mutaciones haciéndolas inviables hasta que Scorpio regresa a su forma primaria. Transformado en un haz de tachyones, Scorpio se evade al pasado y retorna al presente y se evade al pasado y retorna al presente, produciendo millares de simultáneos Scorpios que se enfrentan a Neutra. Neutra siembra paradojas en el viaje en el tiempo y anula las identidades suplementarias de su oponente. En dédalos de dimensiones y paradimensiones se encuentran y se desencuentran, se asen y se desasen. Neutra se proyecta en espacios de infinitas dimensiones en los cuales Scorpio lo percibe en todos los sitios y en todas las formas. Scorpio se proyecta en un espacio de una sola dimensión en el cual Neutra lo percibe como un punto sin espesor e inaferrable. Se persiguen en la órbita de los asteroides, como proyectiles se arrojan quásares y cometas. Se acechan usando de trampas estrellas enanas y agujeros negros en colapso gravitatorio. Con látigos neurónicos combaten en la corona del sol y en las lunas de Júpiter. El cortocircuito de sus cinturones de emergencia los envía, meteoritos ardientes, sobre el mar que circundan los polos. Asumen sus verdaderas identidades, desechan sus inútiles máscaras consteladas de transistores.

SCORPIO yace maniatado con ligaduras de acero, incrustado en el bloque de hielo que deriva hacia el mar de

las orcas azules. Las llamaradas de escape del cohete de Neutra derriten el hielo, y Scorpio combate las orcas azules.

LA CALLE DE LOS ARRODILLADOS

Vigilados por los perros minoicos, los arrodillados hacen genuflexiones. En la calle hay un alarido general cuando divisan a Alfiero. Chispas de luz lanza el chaleco de escamas de hierro y de vidrio-chispas de luz lanzan los dientes de los arrodillados al gritar, con ojos desorbitados en los cuales se reproduce la imagen de Alfiero. Los perros minoicos voltean lentamente sobre plataformas giratorias. Con dedos de uñas metálicas los arrodillados se arrancan los ojos para no ver a Alfiero. Genuflexos los ofrecen ante las plataformas de los perros minoicos que lentamente giran vigilando la calle de los arrodillados. Alfiero se siente contemplado por una muchedumbre de cuencas vacías. Lágrimas grises las desbordan. Los ojos ruedan como balines de maquinitas eléctricas. Repletan alcantarillas ávidas. El gerente de una mueblería toma un flash de la escena.

LA SELVA

Alfiero escala las copas de los árboles de neón encendidas sobre los edificios. A veces duerme en nidos de tubos parpadeantes que reaparecen en sus sueños y de esos sueños reapa-

rece en la vigilia avanzando en medio de telarañas de antenas que dan a bosques de neón que reptan por sobre los edificios. Tarántulas luminosas apoyan cautelosamente sus patas de vidrio sobre las caras de los transeúntes. Los hombres de la calle de los bólidos perdidos abren la boca para gritar y sólo arrojan un vómito de luz que las tarántulas sorben hasta dejar sus cuerpos grises como lámparas apagadas. Envueltos en crisálidas de polietileno escombran la calle dominada por las tarántulas de neón. La formación de motociclistas de cascos dorados choca contra ellos. Circulan entre los caídos los coleccionistas de cerebros. Con martillos de plata golpean las suturas frontales. Deambulan con los grandes sacos de plásticos donde palpitan racimos de cerebros. Siguen abriéndose y cerrándose las piernas tijereteantes en la calle de las vitrinas iluminadas.

Caen al suelo como briznas derretidas los tubos de esplendoroso neón. En él se doblan como fideos o como chorros de pasta de diente, todavía palpitando su luz vibratoria. Entre los tubos de neón que descienden como lianas derretidas camina el escritor fascinado por la palabra palabra. Hacia una palabra de neón que pulsa derritiéndose. La toca con sus manos y en ellas se deforman los neones blandos que chorrean como una baba de luz. Sus reflejos arrojan infinitas ondulaciones en el suelo. Las ondulaciones se alejan como ondas en el agua, suben por las paredes de concreto. Se cruzan y se entrecruzan. Se rompen en nebulosas espirales de fantasmal luz que ascienden en la noche como trompos rodeados de cabelleras de fósforo. Crecen, y al crecer ilimitadamente se desvanecen. Otras desaparecen disminuyendo infinitamente de tamaño. En una negrura total se acometen fantasmas de nebulosas vagando en un espacio en donde no quedan sitios y por lo tanto ningún lugar es igual ni distinto a otro.

En las paredes, entre el fósforo de las nebulosas fantasmales, corren las sombras de los transeúntes, liberadas de los cuerpos que las arrojan. Hilos de luz las decapitan. Las sombras decaen en una pasta informe que fluye al piso como

cieno. Peatones accidentados, a cuatro patas, vomitan toda la sombra de sus tubos digestivos. Creaturas de luz sobrenadan como peces voladores. El día y la noche parpadean y se suceden entre sus vuelos.

Entre las selvas de neón avanza Alfiero. Bosques de tripa luminosa lo señalan con dedos acusadores. Filamentos incandescentes se aproximan a una palabra transcendental que deberá ser enunciada en cierta forma y con cierta simplicidad y ciertos colores. Ensayan todas las variaciones posibles. Rayas, luces, burbujas. Círculos concéntricos. Líneas de fuga que se concentran en horizontes virtuales. Las líneas del neón dibujan una formación de motociclistas con cascos dorados. Al encenderse y apagarse, los tubos fingen el movimiento. Alfiero enciende uno tras otro sus instantes y así crea la ilusión de desplazamiento. Saltando, construye falsas imágenes de sí mismo. Su silueta aparece en colores complementarios. En la noche destella de anuncio en anuncio.

Alfiero relampaguea por las calles en las que todo comienza a arder, como si estuviera hecho de luces de bengala. Un frío ardor, espejeante, oloroso a metal y a vidrio. Todas las cosas vomitan cascadas de chispas. En el suelo, césped chispeante. Ascuas de cosas que han ardido. Alfiero las aparta con el pie, asombrado de no quemarse. Edificios y calles un ascua rojiza, temblorosa. Entre la que ondula el aire.

EN EL TABLERO DE FOCOS DE COLORES

Sintiendo náuseas del chisperío helado del incendio, Alfiero asciende hasta los tableros de focos de colores que coronan los edificios. En uno de ellos aparece dibujada Annett. La vibración puntillista de los focos recoge su silueta que se integra y se desintegra en la cuadrícula de los puntos lumi-

nosos. Los focos están ya débiles y parpadean. Una vibración azul figura el maquillaje. Luces violetas dibujan las vísceras. La silueta se enciende a veces en el triángulo tántrico que arde entre las piernas. Alfiero enciende sus intantes aproximándose en poses mecánicas al tablero de focos que explota. Después se reinicia el proceso y vuelve la zambullida del ariete de neón en el espumajeo de los focos. Luz fría embiste luz cálida. Cada vez es mayor el número de focos apagados.

El tablero de las luces dibuja el rostro de Annette, que se disuelve. La enfermedad de los focos decolora el platino teñido de sus cabellos.

Alfiero salta sobre la moto, que está al rojo vivo. A sus espaldas va adherida una muchacha que es un enjambre de focos moribundos. Uno a uno van apagándose, dejando olor a ozono. Alfiero arranca, temiendo a la madrugada. Annette lo dirige hacia el apartamento donde se reúne la heptasteria de los melancólicos.

PISO 77

En la cámara de aluminio del ascensor, resplandece el esqueleto de neón de Alfiero. Annette brilla inmóvil contra la pared, convertida en un afiche de luz negra. De las puntas de sus pezones al triángulo tántrico gusanea un lucerío visceral, alimentado por el enchufe eléctrico del pubis. Su cabeza enmascarada por el yelmo del casco plateado por todo su cuerpo ondulan las estrías coloreadas de la termografía. Globos eléctricos parpadeantes anuncian sus órganos. Ampollas de mercurio tiritan en sus ojos. Sus senos arden como

faros de yodo. El latiguillo clitórico brilla como un cristal piezoeléctrico. Los cortocircuitos y los fogonazos dejan aparecer una desfalleciente cadavera de lata. Las burbujas luminosas se inflan como espuma, y resbalan hasta el piso.

Ambos se reflejan invertidos en los lentes oscuros de Moncho, que desde el fondo del ascensor pretende no verlos.

En su mano arde la chispa de la verruga de luz.

Las puertas del ascensor se abren.

PISO 78

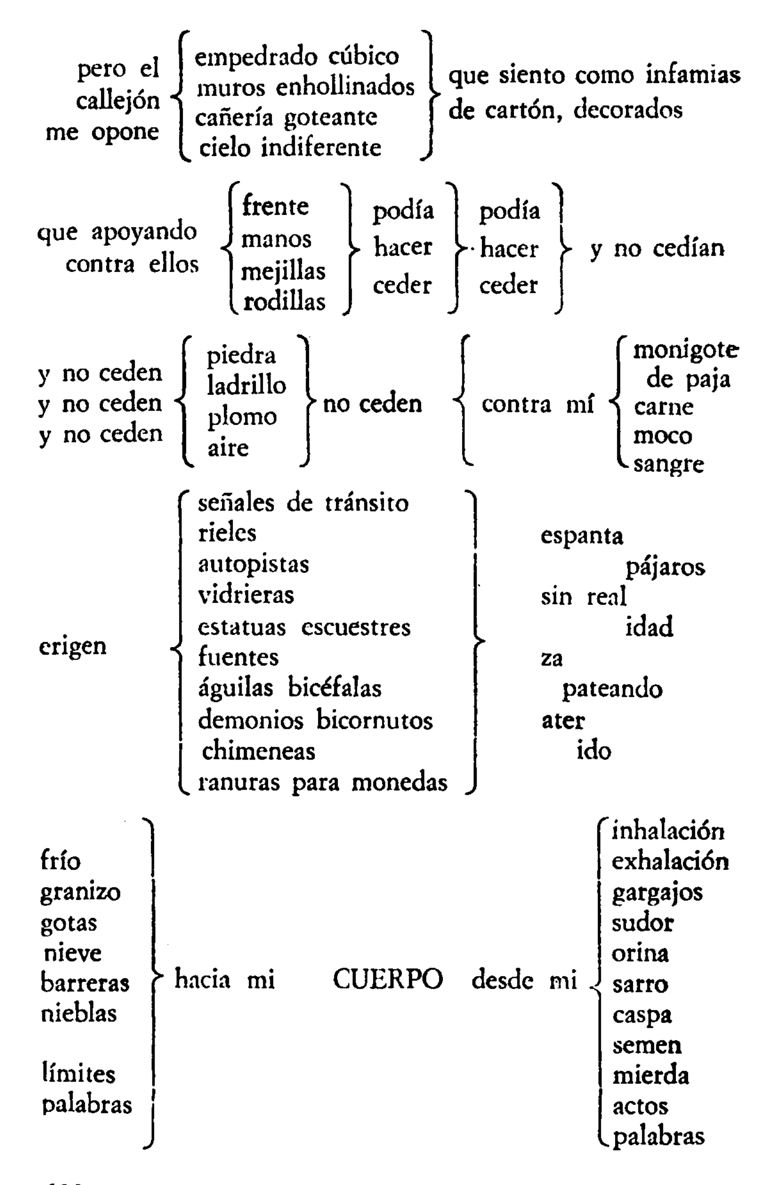
Yo te voy a decir, José Antonio, porque yo siempre te he considerado un muchacho prometedor, yo te voy a hablar como un hermano, José Antonio, yo le voy a hablar al José Antonio que yo conocí cuando las cosas estuvieron malas, mira José Antonio, me preocupas, tú vas a decir que me mandan a hablarte, José Antonio, pero no, esta es una vaina que me sale del corazón, José Antonio, bueno, mira José Antonio, te está envolviendo esa gente, te está engañando, yo sé que son muy amigos tuyos, pero más amigo soy yo, Moncho, en suma José Antonio tú sabes que esa gente va por mal camino, te lo digo yo, José Antonio, en el fondo lo que quieren es formar una fracción dentro del partido, cogerse el partido, dominar el partido es lo que quieren José Antonio y eso no es lo grave, sino que si se cogen el partido perdemos el poder, José Antonio, tú sabes que eso está planteado, José Antonio, y ellos lo saben, y lo sé yo, José Antonio, son gente celosa, son muchachos que no han aprendido, son ambiciosos, José Antonio, está bien, que si el desempleo que si las reformas que no se hacen que si la corrupción que si la revolución que se prometió, pero esos son consignas, José Antonio, no me vengas conque no son consignas, José Antonio, bueno, está bien, es la doctrina, pero mira, José Antonio, tú sabes y yo sé la situación en que está el partido, es una situación que eso no está planteado, sería comulgar con los grupos que siempre nos han adversado por despecho, mira José Antonio tú que eres más joven créele a Moncho José Antonio, por despecho, por envidia por arrechera es la gritadera de consignas, porque no pudieron llegar al poder es por lo que quieren que uno lo pierda por estar con consignas. José Antonio, a una aventura quieren lanzar al partido, para que se joda, y ellos cogerse los restos, pero mira José Antonio, tú sabes cómo es la vaina, el partido no pierde la cabeza, José Antonio, pueden olvidarse, José Antonio, cogieron el mal camino y se van a joder José Antonio, así te lo digo, mira,

se van a joder, lo van a tener todo en contra ¡todo! Ahora mira, José Antonio, créele a Moncho, que ve con preocupación cómo te envuelven, cómo te intrigan para hacerte creer que en la Dirección hay un mal ambiente en contra tuya, por el contrario José Antonio, se te estima José Antonio, se te considera, José Antonio, se te aprecia en lo que vales José Antonio, se sabe que hay que darte la figuración que te corresponde José Antonio, el Presidente habla sobre ti José Antonio y no se deja engañar con los que quieren ponerte un peine, provocar, porque esos sí quisieran, esos sí, verte en una aventura, verte descarrilado, verte enredado, porque les echas sombra, José Antonio, porque en dos platos eso es lo que quieren, y tú lo sabes, José Antonio, sacarte, aislarte, ponerte en el brete, provocarte, José Antonio, echarte la vaina, pero yo siempre les digo están equivocados con José Antonio, José Antonio nació político como yo, José Antonio no es hombre de locuras, José Antonio no comete muchachadas, José Antonio sabe dónde va y solo yo sé lo que va a ser José Antonio en el partido porque José Antonio sabe esperar, sabe hacerse valer y eso lo conocen en la Dirección y eso lo toma en cuenta todo el mundo, porque te están calibrando, José Antonio, están viendo si das la talla, José Antonio, y tú no sabes lo que te tienen reservado, bueno, sí, que la talla tú la diste cuando el partido estuvo jodido, que tú no entraste al partido para hacer carrera, sí, José Antonio, pero si yo sé, pero si es lo que yo le digo a todo el mundo, José Antonio es un místico, a José Antonio lo respetan porque no quiere nada para él, que ese es el problema con José Antonio, que José Antonio no está en la tierra, pero bola, yo sé que José Antonio está mejor parado que todo el mundo, que José Antonio calibra, que José Antonio sabe, que él conoce lo que son los riesgos, que él sabe lo que es el poder, que él sabe lo que es el partido, que él sabe lo que es una figura dentro del partido, hasta dónde puede llegar, porque tú ves, José Antonio, desde adentro, poco a poco, entendiendo a la gente, hablando, entendiendo lo que es la política, sabiendo lo que es este país, José Antonio, conociendo con claridad

hasta dónde puede llegar un hombre como tú, José Antonio, un hombre joven, José Antonio, un hombre con méritos, José Antonio, un hombre con talento, José Antonio, un hombre con amigos, José Antonio, porque uno se hace con los amigos que elige, José Antonio, uno no se hunde, uno no hace esa locura José Antonio, uno no emprende esa aventura José Antonio, teniéndolo todo en la mano uno no lo echa a rodar José Antonio, por soberbia, José Antonio, porque eso es lo que todos ustedes son, soberbios, que no miden que no respetan que no esperan su turno que no aprecian lo que hemos conseguido que por una consigna son capaces de mandar al carajo el partido pero yo te lo digo José Antonio no van a ninguna parte José Antonio óyeme a ninguna parte José Antonio me oíste a ninguna parte, a ninguna parte, a ninguna.

UN PASEO A PIE

En Europa, en un callejón sin sal
ida   relleno mi pecho
de hojas de periódico   el frío traspasa como si mi cuerpo
no estuviera   allí   de una cañería cae agua helada sobre
el empedrado zapateo   doy pescozones al aire   implorando
a la calle ciega   realidad   y   cal
or el venta
rrón me sacude
me hurga con todos sus dedos el frío   que   hace   des
aparecer los   c
olores el chorro de la garg
ola
quiero convertirme en co
meta que por los aires de hielo me
arrastren los vientos



pero el callejón me opone
empedrado cúbico
muros enhollinados
cañería goteante
cielo indiferente
que siento como infamias de cartón, decorados

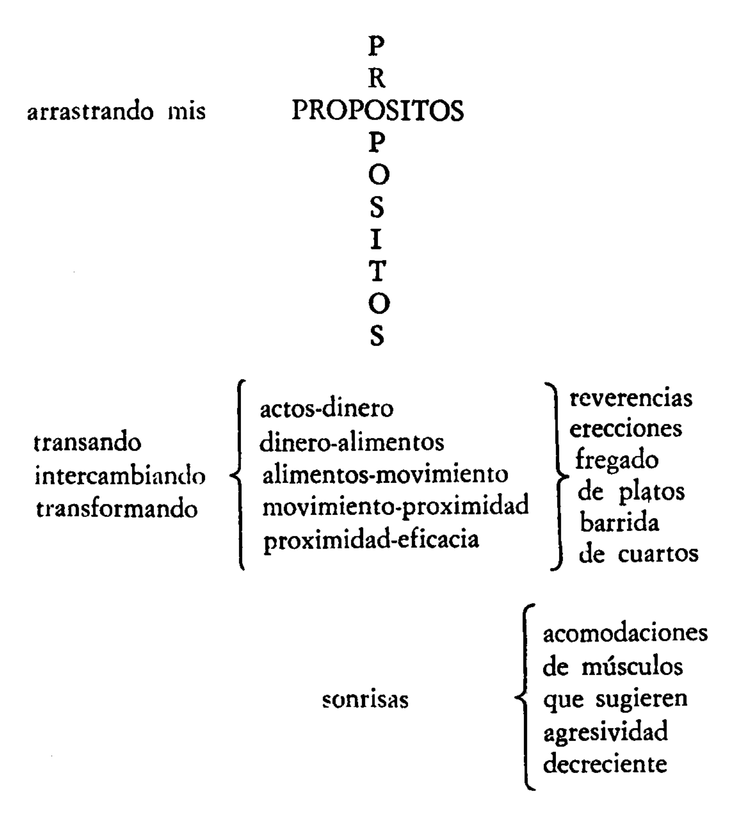
que apoyando contra ellos
frente
manos
mejillas
rodillas
podía hacer ceder
podía hacer ceder
y no cedían

y no ceden
y no ceden
y no ceden
piedra
ladrillo
plomo
aire
no ceden
contra mí
monigote de paja
carne
moco
sangre

erigen
señales de tránsito
rieles
autopistas
vidrieras
estatuas escuestres
fuentes
águilas bicéfalas
demonios bicornutos
chimeneas
ranuras para monedas
espanta
pájaros
sin real
idad
za
pateando
ater
ido

frío
granizo
gotas
nieve
barreras
nieblas

límites
palabras
hacia mi CUERPO desde mi
inhalación
exhalación
gargajos
sudor
orina
sarro
caspa
semen
mierda
actos
palabras


P
R
arrastrando mis PROPOSITOS
P
O
S
I
T
O
S

transando
intercambiando
transformando

actos-dinero
dinero-alimentos
alimentos-movimiento
movimiento-proximidad
proximidad-eficacia

reverencias
erecciones
fregado
de platos
barrida
de cuartos

sonrisas

acomodaciones
de músculos
que sugieren
agresividad
decreciente

Esta llave que llamo mi cuerpo
Esta lla
ve que ha de adaptarse a tantas cerra
duras
Ser infinitamente llave en una calle ciega donde relucen todas las heladas cerraduras de Europa
sus ranuras llenas de carámbanos sus vaginas de escarcha
que debo calentar rotando en ellas con mi piel
cuando yo mismo cerradura sin ninguna llave que venga a des hacerme

sonar mis hu
esos como un man
ojo de llav
es
ganzúa rota por todos los can
dados

PISO 79

Moncho, hazme el favor, Moncho, aquí entre compañeros, Moncho. ¿Tú también estás con la pendejada?

No yo no, dice Moncho sintiendo en alguna forma que sí que él sí.

Porque te voy a decir, Moncho, uno se arrecha. Viene el Doctor Borromeo, tú lo conoces, y todo es un chiste y una carcajada, y cómo está ese palo de hombre, pero manda una batería de exámenes. Y si son el especialista y el médico de guardia, cómo está ese Valezón, cómo está ese palo de hombre, y cuándo salimos de parranda, y entonces viene otra batería de exámenes en ayunas, y la enfermera de guardia es un chiste, y la camarera una carcajada, y cuando me toman la temperatura en el culo a las seis de la mañana es una reidera, y el resultado de los exámenes es una celebración. Yo soy el único paciente que se va a morir de tanto optimismo.

Tú sabes, dice Moncho.

Y después, los resultados, que si estoy muy bien. Que estoy inmejorable. Que ahora es cuando voy a dar guerra. Pero.

Moncho no se atreve a corear pero, y se pone a contarle el cuento del tipo que le trasplantaron el culo de un marico.

Esto se jodió, dice Valezón, reclinándose en la almo-

hada, y mirando el pato que asoma en la mesa de noche. Moncho comienza a sentir una tristeza insípida, vienen a su memoria los viejos tiempos de cuando Valezón lo empezó a encaminar en política, enseñándolo a decir palabras tirintanfláuticas en los discursos y contándole los chismes de las familias de Caracas.

¿No te fijas lo que hicieron con nosotros? Mira, Moncho, yo comencé a darme cuenta por la risita del mensajero cuando le decía: entregue estas invitaciones para el coctel, lo más urgente. También las secretarias, Mónica, las otras, todo el día una guasita, y unos guiños, y cuando uno aparece, un aire de muy serias, pero en el fondo, tú sabes. Y los demás, que si el doctor por aquí, que si qué honor para mí saludarlo, pero por debajo de cuerda, pasa otra cosa. Ya ni se preocupan sobre cómo se va a resolver el asunto de la coalición ni si nos trasamos por el voto en el Concejo Municipal ni qué nombres barajamos para Ministro, porque óyeme, uno de los güevones esos se atrevió a decírmelo, con su risita y todo me lo dijo: en el fondo es igual. Y con el paquete de créditos que acababan de otorgarle.

Íbamos a mandar, dice al rato Valezón, y quedamos para dirigir el reparto.

Moncho entonces piensa: no hay que dejarse ir así: no hay que dejarse aislar, después dicen que uno es del SPO. (Sindicato de Políticos Olvidados) y a la hora de la verdad nadie le tiende una mano. La influencia, piensa tratando de poner cara indescifrable, tratando de definir cómo aparece y cómo se desvanece esto que lo es todo: la influencia. Dame que yo te daré.

Y esa es la vaina, Moncho, el irrespeto. Porque hoy te lo dice un güevón en una Cámara de Comercio y mañana te lo dicen a ti en un mitin. Y entonces en el partido pretenden arreglarme con que vaya a Bruselas como encargado de negocios para reponerme de los nervios, y que si ellos confían en mí, y que vaya a tomar las aguas: pisamos en un vacío, Moncho. Los recepcionistas se ríen y los fiscales de

tránsito hacen gestos con la trompa cuando ven las placas oficiales del carro. Mira Moncho, vente conmigo, yo quiero olvidarme de esta vaina con una pea que no se va a terminar nunca. Me cago en todo el mundo. Yo sé que nos están oyendo. Peor, yo sé que nadie nos oye. Ya nadie nos oye, Moncho, somos como la musiquita para maricos de ese ambiente musical que no encuentro quién me la apague pero que tampoco nadie la oye. Desde Bruselas voy a meter un poco de mierda en un sobre y se lo mando certificado. Coño, voy a tener correspondencia con todo el mundo. Moncho, hazme el favor, Moncho

desde la cama una mano esquelética como un garfio se posa en el casimir de Moncho, y pasa mucho tiempo antes de que a éste se le ocurra lo obvio: sacudírsela, y se le ocurra también: mejor no hacerlo

cuando salgas fíjate qué cara pone la enfermera de guardia

pero llegamos, piensa Moncho, podemos ver para atrás y todo lo que quedó atrás, pensando que llegamos

adónde

QUINTA CARRERA VÀLIDA PARA EL 5 Y 6

Derrotado en la lucha fui excluido por la gran cofradía de los promotores.

Al salir toman la delantera el ejemplar Mariposa y el ejemplar Moscardón.

Divagué. Tuve amores. Fui engañado o engañé. Envejecía. A las mesoneras de los restauranes les contaba de cuando fui un resplandor, de cuando fui El Sol de Nápoles.

Mariposa vuela delante y la sigue el ejemplar Nube Hermosa.

Pensé volver a mi país a encontrar muertos, pero los mozos me verían como un muerto.

Van adelante Mariposa y Nube Hermosa, y se les acerca por detrás Olvido.

Bobería me daba, de entrar en los patios de los colegiales y patear un balón.

Mariposa es alcanzada por Olvido, y combaten Mariposa y Olvido seguidos de cerca por Cadáver.

Oí con lágrimas la serie mundial y la derrota de Italia 2 a 0 a manos de la División Alemana.

Ante el avance de Cadáver se pierde Mariposa, pero Olvido se defiende y amenaza Moscardón.

Me diceva io stesso, ma cosa te ha accadutto, Tonino, lavora, lavora.

Pero Cadáver se ve amenazado por Enigma obligando a abrirse a Mariposa.

Y era como una voz que no entendía en un idioma extraño.

Cadáver y Enigma aparecen trenzados en lucha mientras los sigue de cerca Nube Hermosa.

Quise trasportar carne pero no me admitieron en la rosca de los frigoríficos y los ganaderos no me vendían.

Se abre paso Moscardón y del grupo se desprende Luz de Sol.

Sembré ajonjolí y todo se lo llevaban los silos de Mendible que me obligaba a usar sus secadoras como condición para comprar la cosecha

Luz de Sol se adelanta con Mariposa y Olvido y pasan la primera curva dejando atrás a Cadáver

Monté un cine de pueblo, pero los malandros le echaban periódicos prendidos a la pantalla y quebré cuando aumentaron los precios las distribuidoras

Mariposa deja atrás a Luz de Sol mientras vuelve a amenazar Enigma

Durante las Semanas Santas anduve de pueblo en pueblo con el camión del numerito de los Grandes Premios y la Cabeza de Mujer que habla

Enigma conquista posiciones y disputa la delantera a Mariposa que todavía se esfuerza

Y la cabeza de Mujer que habla se fue con el maromero de un circo

Mientras Nube Hermosa se entrega aunque no del todo

Manejé carros libres, pero costaba una fortuna el soborno para sacar la licencia y el ruido del tráfico me daba desesperaciones y ahogos

Retoma su lugar Cadáver que no se resigna y galopa sobre Moscardón

Y al fin qué era yo sino un viejo

Mientras en el pelotón comienza a dominar Corazonada

Instalé las bodegas que tuvieron que cerrar por la competencia de los supermercados

Corazonada y Sombra miden sus fuerzas

El cultivo de fresas con un socio loco que diseñaba los sistemas automáticos de riego por gravitación y cosecha por atracción de la luna

Por la parte interna se les acerca Redención

Dormí siestas en pueblos abandonados y soñé que entendía lo que cacareaban las gallinas

Pero sus esfuerzos son inútiles ante la firmeza de Olvido

Por fantasía inventé el soplador de agua de jabón para hacer pompas de jabón pero la policía perseguía a los buhoneros por las pistas de rastros de burbujas

Sombra domina sobre Moscardón

Y al fin qué era yo sino un solitario

Redención largó mal pero se recupera

Mi gusto era todavía irme a la plaza a escuchar la retreta

Pero pierde energías y queda confundida por Enigma

Muertos o enriquecidos o vueltos a la patria los compañeros que la oyeron hace tanto y tanto tiempo comiendo pistachos

Olvido rechaza el asedio
Pero al fin qué era yo, sino un viajero
Gana por un cuerpo Cadáver seguido por Moscardón
Muerto el libanés que vendía los pistachos e idas las niñeras
Cabeza a cabeza Nube Hermosa y Luz de Sol cruzan el poste de llegada
Sin nada que hacer, Tonino, pero qué cosa eres sino un viejo, pero qué cosa sino un solitario, Tonino, sin oficio ni beneficio
Las siguen Mariposa, Enigma y Olvido
Mangia il tuo cucurucho de pistacho Tonino y avergüenzate
Tras ellos Sombra y Redención
Después dormirás feliz y si te mueres
Y, en el último lugar, Corazonada
No te preocupará en qué idioma le hablarás a esos muertos
Disolví en sal
iva las p
iedras los terrones
Las c
ostras de sangre el sabor a electricidad de los r
ieles
Europa se me des
leía en la b
oca como una seta llena de
cavernas noct
urnas
Una noche caí en una pes
adilla y mi lengua sintió un
sabor
a pu
drición que e
ra el de l
os oj
os de C
amila

Una f
lor de l
enguas crecía en mi ca
beza y palpaba
Sintiendo la náu
sea de los grandes tragatorios
las leng
uas en los pozos de las es
encias
En una llanura de Bélgica
me derribó por los suelos
una campa
nada
Caí una y otra
vez, el cielo, la campana
la tierra el badajo
mi ca
beza el yunque
Tirado en el trigal vi las lie
bres de Europa que husmeaban
los espuma
rajos en mis la
bios
El su
dor he
lado del ro
cío
En una carretera donde ningún automóvil pa
sa me mira
una mucha
cha con la camisa descolor
ida
Nos enseña
mos papeles de todos c
olores

en inglés polaco o en ch
eco y no nos entendíamos y no nos
en
tendíamos
Los pez
ones temblando como mar
garitas
Pro
metimos lamernos hasta di
sol
ver
nos
Los metales la suci
edad el su
dor la cadav
era
La semilla que ella f
ue antes de la c
arne
Los al
imentos en su p
iel y en su son
risa
Hilachados entre mis di
entes sus ca
bellos
El vino de la orgía en sus ax
ilas
La ll
ama del de
lirio entre su boca

Dentro de su boca: las uvas de su carne y sus latidos: dentro de su boca: sus vísceras subiendo hacia mi boca: dentro de su boca la espuma y el olvido de la espuma: dentro de su

boca: la boca que le dio el ser, y otra boca: dentro de su boca: papilla de las flores escupidas: dentro de su boca: las heces rechazadas y expulsadas: dentro de su boca: la tierra de la muerte y de la vida: dentro de su boca: el gargajo y el pan y la saliva: dentro de su boca: mi cuerpo y mi semilla y esta hora: dentro de su boca: la lengua de su nombre y de mi nombre:

Hui l
ejos para no m
atarla imag
ino sus grandes oj
os abriéndose
sobre el R
ódano
El ag
ua fría en q
ue intenté ab
ismarme en un m
undo donde
no existieran las l
iebres de Eu
ropa
Cob
arde como f
ui no me ahogué n
adé hasta las orillas hel
adas llen
as de ma
torrales donde b
ullían l
iebres de cor
azones t
iernos

Ll
oré todo un
día en otra c
arretera l
ejos

PISO 80

Ciudadano diputado y poeta, cará, tan caro que se vende, poeta, yo lo vi en el baño turco, y me dije, allá está ese poeta, allá está ese Moncho, cará, y me le pegué atrás, y cuando vi que cogía el ascensor yo subí por la escalera, cará, me dije, y será que no me quiere ver el poeta, cuando yo ayer le estaba hablando en el bar a los amigos del poeta pues sí, yo les contaba del poeta, yo les decía, pero si con el poeta yo me he echado palos, no es verdad, la cantidad de veces que yo me he rascado con el poeta, yo, bueno, yo ahí, más o mierda, en esta cagada de país donde a uno no lo reconocen, a que no sabe quién se me negó esta mañana, bueno, el Director de Publicaciones, usted se acuerda, poeta, bueno, el carajo ese que se la pasa hablando pendejadas de usted, poeta, y después se la pasa pidiendo favores mientras que uno anda jodido por allí, coño, poeta, tengo un ratón, poeta, que no sé ni lo que hablo, ahora en estos bautizos de libros sirven puro ron, poeta, dígale a los compañeros que qué vaina es esa, poeta, así sería que el ron era peor que el libro, poeta, y a ese güevon ya le dieron una beca y a uno que es amigo lo tienen esperando, poeta, a que no sabe a quién vi por ahí, a Anita la del Canal 3 que ahora se llama y que Kitty, y anda con el Fran que la tiene loca con el cuento de que le va a dar trabajo en unas cuñas, y bastante

que yo le he dicho que el Fran no le conviene, que quien le convenía era el poeta, que el Fran es una lengua viperina que inventó que Doña Zoraida me da de comer porque yo le cuento los cueros que levanta el poeta, coño poeta pero este país sí es una vaina poeta, cómo le voy a hacer eso al poeta si hay que ver lo que yo le debo al poeta, coño este ratón me da bombazos en las sienes, poeta, —mire poeta qué tal si me compra una suscripción para mi poemario Ictiosaurio del Pluvial Subsuelo, es una vaina entre gagá y dadá, jajá, no, no es el mismo, el bono que le vendí la semana pasada es para la plaquette Evanesce el Recuerdo, la verdad es que está en preparación pero qué carajo va a escribir uno en este país donde hay una cuerda de envidiosos y coños de madre que no lo reconocen a uno, poeta, si ahí tiene nada más al Director de Cultura que inventó el cuento de que el poeta se moría por ser candidato pero estaba ponchado porque el partido nunca iba a permitir un candidato con pelo malo, eso es para que vea la gente con quién cuenta, poeta, mire, poeta, no me diga que no, poeta, una ordencita de pago, una tarjeta para el Director de Administración poeta y vamos a medias, mire que me saca de una vaina, poeta, que mi mamá dice que me va a botar al carajo porque está cansada de mantenerme, que no me aceptan vales en los bares, poeta, que además no me reconocen poeta, que cuando me ven se meten la mano en el bolsillo derecho, poeta, coño, me cayó mal la paella de anoche, poeta, coño, poeta, yo sabía que usted me iba a salvar, si eso es lo que yo le digo a la cubana que trabaja en Relaciones Públicas, que el poeta no lo deja a uno, mire, y la tipa como que sale para adelante, poeta, esto se lo digo como quien dice, poeta, por eso es que yo siempre defiendo al poeta con los amigos. Tiburón se baña, pero salpica.

UN CARACOL

En Su
iza me acosté por dinero con una t
urista y vi las
liebres mirándome desde la alf
ombra
En Co
penhague trabajé de m
odelo para fotografías p
ornográficas
En O
slo fui lav
aplatos a d
ólar la h
ora
En los r
estoranes c
omía las s
obras de pan y b
ebía los restos
de los vasos
En Antwerp me f
ingí español para trab
ajar de cam
arero en
los hoteles
Hice auto stop h
asta Limoges dormí una noche en la c
arretera y s
entía en la cara los alg
odonosos vient
res de
las l
iebres

La l
iebre que me m
iraba desde la alf
ombra era gorda y
empollaba como una cl
ueca los huevos
Los oj
os que le s
acaron a Camila ant
es de mat
arla
En G
inebra entré con los sueldos de todo el verano como pelapapas y compré el revólver para cumplir con el hombre que me había soltado para que yo lo matara

ARMURERIE-
DES BASTIONS S.A.

Rue du Conseil-General 120
Teléphone (022) 240685
Chéques postaux 12-4992

Armes de chasse et de sport
Munitions

No. 010127

Luque R.
M. . . . .

Geneve, le . . . .

Désignation	Prix	Total
1 rev. 38 S&W SPL No. D622499		890
munitions		45 50
Acquité, avec remerciements Geneve		935,50

En la Rue du Levante encontré un caracol que fue mi desayuno y en la Aduana con Francia me decomisaron el revólver

DOUANES FRANCAISES BUREAU Abandon provisoire de l'arme

<table>
<tr>
<td>En Cointrin decidí</td>
<td>las rutas de trabajo del año siguiente
para comprar otro revólver
el trabajo como grumete en el barco
que me llevaría a Colombia
la ruta de la entrada ilegal por la frontera
la carretera en que dormiría noche</td>
</tr>
</table>

Un mes después, me despertaron las cremalleras de los tanques mientras dormía en una pradera.

PISO 81

Al mediodía Moncho asiste a la inauguración del monumento alegórico con aguas de los siete ríos y tierras de las cuatro regiones en ánforas helénicas enlazadas por motivos dramáticos con motivos escénicos desde donde bombas eléctricas dejaban caer cascadas feéricas entre luces nostálgicas sobre piedras tectónicas. Moncho pone cara seria pero la reidera ya se insinúa desde las filas del Honorable Cuerpo Diplomático: El Excelentísimo Embajador de los Estados

Unidos contiene la respiración y el Comendatore Ambassatore della Republica Italiana no se saca la mano del bolsillo derecho del pantalón; varios atachés se tapan discretamente la cara con periódicos y pañuelos pretextando el calor, y Moncho sufre una angustia mortal al sentir el fluido etérico, que mana de los músculos titánicos de las figuras escultóricas. Estallan relámpagos circulares; los presentes son atormentados por visiones de recitales poéticos, discursos de circunstancias y cenas caritativas. Los pozos de petróleo vomitan azufre y en los cielos aparecen discos voladores. Moncho siente que el suelo le falla bajo los pies. El Presidente entrega su alma al Nocturno, pero el Nocturno es de Chopin: se convulsionan las tripas de los mares y olas enormes se alzan a los cielos dejando pulverizaciones de sal. Moncho se siente puesto en evidencia y se arrecha pensando que van a gozar una bola sus enemigos dentro del partido. No quiere aparecer bajo esa luz. Quiere elegir los medios, los ambientes. Una iluminación favorecida. Las cuñas para el noticiero Noticolor. No así, que lo paran ante el micrófono sin preparación, y tiene que hablar de la hora cónsona de las reconstrucciones y de los enfoques precisantes y agobiantes de las trascendentalidades. Moncho habla de este movimiento, que es germinación y es presencia, plasmado sobre la coyuntura histórica en arrestos de onomatopeya. Sin retruécanos ni hipérboles de prosodia leguleya, accede al entreacto de las candilejas en espera de realidades que cuajan dentro de esperanzas que son ya promesa reverdecida (Grandes y tumultuosos aplausos). De plano se rimbombantiza la jaculación oratoria en entreveres de burladero criollazo y exultante de estrepitosidad aclamatoria. Porque es hora de recapacitar sobre obra echa en trance de devenir riachuelo torrentoso de líquida humedad fecundante (Aplausos aislados). Pero Moncho no es de aquellos ganados para la idea de las reticencias nocharniegas ni de los conciliábulos penumbrantes. ¡Hora capitosa y entredicha en que no se cachicamiza ni se metamorfosea porque aquí estamos y aquí seguiremos estando así como hemos estado y estaremos siempre

atentos al llamado, este llamado que es abierta y franca concreción popular de onomatopeya! (Grandes y estrepitosas carcajadas. Un guardaespaldas grita: ¡Púyalo!). Moncho se siente cegado por los reflectores, nadando en piletas de gelatina donde sobrenadan bacinillas de peltre floreadas. Batallador, Moncho evoca imágenes de su triunfo, pegado al corte en las tareas del partido. Bregando y bregando los votos de las seccionales para la convención. Jugando dominó y dominó para consolidar las alianzas. En la ternera de la inauguración de la vía de penetración, en la tarde lluviosa, en la tribuna de honor, con ese avispero metido en los vasos de cerveza y diciendo coño, este barrizal y yo vestido de blanco.

Moncho comprende que ha caído en un piso lleno de ideas pendejas: esas cosas que uno ve apenas cuando se queda dormido, o que atormentan al que amanece enratonado; lo que se tenía en la punta de la lengua; lo que hubiera podido ser; lo que no se nos ocurrió en el momento preciso; lo que nunca supimos como fue; lo que pensábamos cuando éramos niños durante esos años que no nos acordamos; lo que somos realmente; las cosas que no vimos ni siquiera en sueños. Moncho ha caído en el piso del Melo y un sabor de bilis le dice que eso le ha de costar el poder. Cada vez más melodramático, Moncho siente que se le desborda el bachiche, se le subleva el balurdo y se le desborda el melo. Moncho se desmelena y se desmelona, se pone emotivo, cursi, solemne, picúo, chismoso, pretencioso y liso. Propone minutos de silencio. Acomete períodos oratorios sin tomar respiración. Porquecompañeroseslaocasiónpropicia parareiterarleslaspromesasdepanbienestartrabajodentrodeunordendenecónsonoysinatentarenlavíadelosextremismosdesignos opuestosdentrodelpanoramadelasrealizacionesconcretasqueaquilatanelsentimientodeladefinitivaconsolidadcióndeldesarrollo (Nutridos aplausos. Silbidos y ruidos feos. La barra contesta con gritos de Mon-cho, Mon-cho, Mon-cho) Y me deslenguarazgo. Y les saco la lengua. Y Burububububú. (Tumultuosas ovaciones) Coño, que vaina que no haya un cuarto.

Hasta les cantaría, pueblo quemescuchas, porque ya no me cabe dentro esta vaina. Estoy lanzado. Vernáculo y verráculos espiráculos. Moncho pelea a carajazos con la insibilidad de las cosas. Sabe que habría otras palabras más propias Huye, entre una noche poblada de mechurrios. Sus dedos echan electricidad. Su aliento empaña los espejos. Moncho recita (y engarfia la mano) en ambientes ornados con panderetas con escenas de toreo. Tiene visiones de Hollywood, la capital mundial del melo; escucha una rockola que toca Me lo dijo Adela, que es el himno nacional del melo, interpretada por Los Melódicos, que naturalmente es la orquesta del melo. Lo llevan tomado de la mano Albertico Limonta y Mamá Dolores, respectivamente El Hijo Natural y El Alma del melo; lo saludan los Kennedy, que son los gringos con melo. Moncho juega dominó y asiste a funerales que son melo nacional. Se abraza con generales que son todos melo. Desfilan tropas heroicas en actitudes bélicas. Los gatos se le orinan en el pantalón. Relámpagos con los colores del arcoiris apuntan contra su cabeza. Se siente ahogado por el melo que queda depositado en las habitaciones. En un delirio, alucina a su alrededor, haciendo poses plásticas, a los protagonistas del melo —o sea— Los Causantes de la Vaina: El que se las sabe todas. El que se caló la vaina. El que no es ningún pendejo. El que está claro. El que veía venir la cosa. La caraja que está bien buena · El que cayó en la provocación. Y Nureyev, que es el bailarín del melo. En su vida volverá Moncho a encontrar medias que hagan pareja ni a pegar un quinto de lotería. A su paso se agostará la hierba plástica. Donde pise, habrá vómitos y cagadas de perro. Pensará siempre que lo persigue un muchacho que no lo mata por desprecio. Moncho se ajusta los lentes oscuros. A través de ellos contempla una galería de espejos oscuros. Y en ellos no se refleja: nada. Batahola de gestos se pierden aún antes de haber sido ejecutados. Buscando el reflejo de su rostro, Moncho entra en la perdición de los espejos oscuros, en vano, porque su cara es una forma que apenas remeda otras formas. Busca, y solo encuentra visajes

que buscan. Se tapa la cara con la mano. Con hechizos del vudú y toques de ñañigo, Fataya lucha por salvarlo. Lo escuda con aspersiones de cuerno de ciervo y castañeteos de dedos que quiebran la tristeza de los astros malos: como un ángel enardecido batalla Fataya contra el melo, pero es inútil; porque ella es el mismo melo.

UN PASEO EN TANQUE

Yo dormía al borde de la carretera cuando la vibración me despertó. El tanque se había detenido y brillaba, nuevo y oloroso a pintura, bajo el sol matinal. El conductor me hizo señales para que subiera. Sin saber si alzar o no las manos, escalé las cremalleras, los enmascarados faros, las torrecillas. Quise decir algo, pero el estruendo del motor, de nuevo en marcha, me disuadió. El tanque hendía una cerca pintada de blanco, irrumpía en un campo florido. De vez en cuando los tripulantes abrían la boca, sin que fuera audible ninguna palabra. Los cascos, los lentes, las orejeras, me impedían ver más de sus caras. El calor de la maquinaria me daba en las mejillas. Cruzamos un arroyo, un sendero, un bosque pequeño. Sentí olor de savia y de insectos aplastados.

Más adelante, el tanque embistió una casa. Chispearon en el espolón algunos cables eléctricos cuya malla arrastramos centenares de metros. Los tripulantes desplegaron grandes mapas y discutieron perplejos mientras el tanque demolía las tiendas de la calle mayor. Las escotillas fueron cerradas para impedir la entrada del polvo de yeso, las astillas de vidrio y el cascajo de la construcción. Por las mirillas yo veía vacilar y desintegrarse maniquíes, jarrones, relojes de cucú. Un campanario describió una parábola perfecta y estalló. De

repente, el cielo. Corríamos sobre verdes praderas. Las vacas se apartaban lentamente. A veces, las cremalleras esparcían una pulverización de sangre.

Los tripulantes se guiaban por el sol. El sol murió. Los tripulantes se durmieron. El tanque, guiado por el piloto automático, mugió por las praderas contestando los lejanos llamados de las vacas y recogiendo el bruñido hielo de la luna y danzando por las pistas antiguas que remotos tanques habían trazado cruzando y recruzando por los campos de trigo. En zigzags y en círculos el tanque tejió danzas de aquelarre, se aproximó hacia hondonadas leprosas llenas de antiguos cráteres y de osarios de muertas máquinas de batalla. En un momento dado, la sirena del tanque comenzó a llamar frenéticamente en la vasta nada del pasado. Sólo le contestaban campanarios lejanos, árboles que caían en los bosques nocturnos. Con la gran nariz del cañón, la máquina husmeaba la cariada ornamentación de la herrumbre y el arcaico hedor de la carne hecha polvo. A diestra y siniestra demolía chatarras, tañendo en ellas notas casuales como las que produciría un borracho pateando latas en una sórdida e infinita medianoche. Los tanquistas dormían mecidos en aquel yunque que era su cuna. La luna tejía llamaradas en el vaivén de la cabina. Las mariposas nocturnas formaban carámbanos bajo el cañón. Hasta que el tanque destruyó la misma luna e irrumpió hacia el día, como una constelación de hierro.

El conductor me hizo señas para que bajara y gané el suelo torpemente, como un alpinista entontecido. Yo estaba hambriento y había perdido la orientación. Mi cuerpo vibraba como una pieza de maquinaria.

Caminé al azar entre los campos hasta que mi sudor borró el olor a gasolina.

SEXTA CARRERA VÁLIDA PARA EL 5 Y 6

Y van cuadrando los competidores para la sexta válida, yo estaba descorazonado y triste, y no quiere cuadrar el ejemplar SORTARIA con el número 11 y la monta de Pepe Pulido, SORTARIA es una yegua tordilla joven nacida y criada en el haras La Mano preparada por Anselmo Bucares, en su anterior actuación atropelló con gran energía pegada a la valla interior y una vez adelante se empleó a fondo para contener a TOMEGUÍN, pero le faltó remate, me mandó a llamar el Gentiluomo Aquileo Aquilone, hacen esfuerzos los palafreneros para obligar a cuadrar a SORTARIA colores blanco y oro en el aparato, el Gentiluomo tenía enorme oficina constructora y me dijo que quería asociarse, y entró la yegua sortaria listos los ejemplares en el aparato, me ha parlato al cuore, me ha recordado los viejos tiempos, su preocupación por mi situación actual, partida, y toma la delantera el ejemplar ESTAMPIDA, el gentiluomo me ha dicho que necesitaba un apoderado para su grande firma constructora, se aproxima peligrosamente el ejemplar ESPEJISMO, el número 8, gris y azul, que aprovechó la llovizna, acepté porque no tenía con qué comer esa noche, y avanza por fuera la yegua SORTARIA, gracias al Diputado Moncho todos los contratos del Ministerio eran adjudicados a la firma Aquilaca Constructora, firme y parejo avanza Sortaria, éramos socios de Gonzalito González González, seguida de cerca por CONFUSIÓN y FANFARRIA la número 5 y la número 6, carreteras edificios puentes nos encargaban y subcontratábamos por menos precio, CORNUCOPIA y NOCHE OSCURA se disputan el puntero mientras SORTARIA acomete, Aquileo discutía con los ingenieros inspectores que denunciaban los materiales malos o los sobreprecios, y comienza a ceder terreno el ejemplar ESTAMPIDA, pero el Gentiluomo hablaba al Diputado y los inspectores eran despedidos o eran asociados a la Aquilaca o transferidos de obra, ESTAMPIDA dobla el primer codo sin rendirse mientras CONFUSIÓN y

FANFARRIA la siguen amenazadas por SORTARIA, yo peleaba con el Gentiluomo para que me aclarara las contabilidades, SORTARIA avanza para dar cuenta del gran favorito, pero el Gentiluomo siempre estaba ocupado hablando con el Diputado y con el Ministro, y pasó a dominar SORTARIA, yo trabajé noche y día, protagonizando dura lucha con ESTAMPIDA, al Gentiluomo le dije que la firma no podía pagarle a los subcontratistas porque el dinero se iba todo en las contribuciones políticas, SORTARIA domina por mínima diferencia, pero el Gentiluomo estaba siempre de viaje a Suiza a ver a la sua mama, SORTARIA en punta SORTARIA como una flecha SORTARIA como una paloma color perla corre sobre el fango escuchando el frufrú de las sedas el chasquido de un látigo que no la toca SORTARIA oye el clamor de las tribunas que es una tormenta que la galvaniza, con los belfos dilatados aspira el aire fresco y en ese instante se encienden como centellas los reflectores de la pista: sin advertirlo SORTARIA corría en un túnel de afantasmadas sombras que el crepúsculo hacía danzar bajo sus remos: molinetes de foetazos, las sombras de los jinetes de CORNUCOPIA y MOIRA parecían azotarla, pero el chispazo de los reflectores le enciende una pista de color de tiza y tintineo de las espuelas la enloquece y hacia el hielo y el frescor de la arrancada corre SORTARIA entre luces de torres que pasan como centellas e iluminan hebras de llovizna y arrojan entre sus patas como hidras remolineantes las sombras del pelotón, y SORTARIA aspira el aire fresco e inclina el cuello para el envión de la libertad cuando un chasquido del freno le corta la lengua y los dientes, entonces vinieron las elecciones y con el cambio de gabinete no tuvimos un solo contrato más para Aquilaca, empareja al puntero ESTAMPIDA, El Gentiluomo partió a Suiza para hablarle a la sua mama, ESTAMPIDA se mantiene en plan victorioso en la recta decisiva seguida por MOIRA me demandaron los subcontratistas por los pagos, SORTARIA retrograda al tercero, los ingenieros y obreros por sueldos atrasados, SORTARIA se desenvuelve entre las intermedias, los proveedores demandaron por

los materiales y el gobierno por las obras incumplidas, SORTARIA deja sentir el cansancio en los finales, y todo llevaba mi firma, mientras se acercaban al poste de llegada ESTAMPIDA que deja atrás a ESPEJISMO, gris y azul, MOIRA blanco y negro, CORNUCOPIA, oro y plata, yo no podía explicar el faltante de contabilidad que el Gentiluomo había colocado en Suiza y el Diputado Moncho en contribuciones políticas y se acercan al poste ESTAMPIDA firme en la recta final para ganar en buena demostración, io ero disperato, MOIRA al segundo, arruinado y lleno de deudas, CORNUCOPIA se disputa el tercero acusado de estafador y de pícaro con ESPEJISMO en el cuarto que saca distancia perduto nella vergogna e la pena à FANFARRIA en el quinto para pagar las deudas jugué a los caballos aposté a la yegua SORTARIA la sexta para matarme si no ganaba, y MALHAYA en el séptimo me he puesto este traje que he cortado yo mismo y SUSPIRO el octavo patria mea meo cuore RESOLUTO el noveno he escrito Señor Juez no se culpe a nadie DESPEDIDA en el décimo he anudado la soga GUARAMO en el onceno, agujas, paleta de albañil, CONFUSIÓN en el doce, una máscara de oro, y en el trece NOCHE OSCURA, violeta con franjas encontradas negro y plata cruza lentamente el espejo del poste de llegada mientras los ejemplares apoyan patas finas sobre la gravilla finamente cernida alzan belfos finos y orejas finas venteando la peste de la muchedumbre carnívora y el tufo de las máquinas que encienden los motores mientras en la redoma de los ganadores ESTAMPIDA recibe los fogonazos de los fotógrafos que dejan caer en el vacío los bombillos quemados y dejan colgar sus cámaras pendularmente al tiempo que los palafreneros se acercan y toman por los arreos al ejemplar ESTAMPIDA que siente la opresión en el pescuezo y deja caer la lengua espumeante mientras se balancea y apenas se queda quieta colocan sobre sus hombros la corona de flores y sobre su cara la máscara para que no pueda ver el cortejo de hombres de oscuro que se palmotean y ríen y hacen chistes y lo

libran del peso mortal del jinete y lo desciñen de sus ataduras y finalmente lo llevan, muy poco a poco, hacia la oscuridad, abajo, donde sus belfos perciben el olor del encierro y de la bosta y de la descomposición y sus orejas se amusgan ante el zumbido de las moscas.

PENT HOUSE

Se abren las puertas y Moncho se da cuenta de que es el piso de la gran recepción el agasajo y quisiera irse porque en este momento no está con ánimo pero desde la puerta del lujoso penthouse que es el resumen del chic capitalino ya lo saludan el Doctor Aramendi y su señora doña Amelia Illaramundi de Aramendi quienes están dotados con la varita mágica de la cordialidad, de allí el donaire con que luce el modelo exclusivo Ives Saint Laurent que reafirma su reputación en el buen vestir caraqueño así como sus dotes de ceramista altamente aplaudidas por toda la metrópoli social, a su lado el Ciudadano Ministro con su señora que exhibe un traje de muselina y encajes de corte romántico y el maquillaje firmado por Nestor's que está arrasando entre la clase de nuestra sociedad, y para completar lo humano representativo que campea en la fiesta, volvemos a ver entre nosotros al Gentiluomo Aquileo Aquilone esta vez acompañado de la Principessa Sfida della Buggia quienes entre brindis y más brindis repiten en cada mesa su concepto de la amistad degustando el champaña como siempre de la calidad más exquisita que jamás faltó hasta tal extremo que bastaba tener la mano vacía para al instante sentir en ella el burbujeo del dorado líquido a través de copas de cristal de Bohemia pero ya el flujo de los mesoneros lleva a Moncho ante el Comité de

las Damas entre quienes distinguimos a la simpatiquísima Doña Queca de Masteroni quien luce un modelo de Balenciaga con apliques de felpa rosada, a doña Gracia Eugenia Pontovedra de Galurdez quien luce un aderezo exquisito de diamantes, regalo de sus bodas de plata recientemente celebradas, y la inimitable Marietta de Bounonni ante quien debió Moncho excusar a su señora afligida por quebrantos de salud, pero ya un torbellino de radiantes rostros y de bailadores que siguen el son de notas de ayer lo distancian y allí tropieza con el Vicealmirante Amado Gómez Grieg quien tres días antes ha hecho su entrada a la vida civil y lejos de estar amilanado se mostró feliz al lado de Gladys su esposa determinado a bailar hasta que la mañana dijera que el sol estaba en clarín, escapando de las efusiones y los pisotones Moncho da vueltas pero ya está aquí la joven generación chispeante de vitalidad entre quienes distinguimos a Pirulí González luciendo un smoking rosado con pechera de encaje como siempre inseparable del Pachacho Molina el de los Molina repuesto de su reciente viaje al extranjero y en una eclosión de la elegancia que no se le escapaba a Cachi Menéndez, Cachifaz para los íntimos monísimo con sus plataformas plateadas, entre todos te dicen chau vegetal chau puré, pero Moncho ya tropieza con el grupo de las quinceañeras conde Margaret Arizamele Isturiz se empeña en enseñarle los últimos compases a la luz del estroboscopio en la miniteca instalada junto a la chimenea y aunque hubo mucho que rogarle allá va Moncho alternando con la generación que se levanta a los compases de *Flyng Rat* de los Deep Purple bajo la batería de luces Moncho amarillo Moncho azul Moncho rojo Mon Mon Mon Mon Cho Cho Cho Cho bajo luces multisápidas y parafernálicas se encuentra saludando de lejos al Excelentísimo Embajador de los Estados Unidos y señora vestida con esa elegancia que ninguna dama en el agasajo ha dejado de reconocer como norteamericana, rendidos los respetos al cuerpo diplomático Moncho pregunta por el baño pero ya lo busca para un coloquio privado frente a la fuente de roca plástica el encantador Joselito Marrero tan fresco y nadie

diría que son cincuenta abriles quince de ellos al frente de la Asociación Bancaria y mientras los mesoneros de la atenta agencia del Catire Rosales le cambian el champaña por un Buchanans, Moncho dice que sí y cuando va a tomar un sorbo ya le han cambiado el vaso porque ahora el gusto es de Monks, Joselito Marrero le presenta al grupo de inversionistas que estudian nuevos mercados y las perspectivas de que siempre con el financiamiento y la comprensión del Estado se instalen plantas de monómenores de tetrameros de pentámeros y de polímeros pero dejemos las cuestiones serias pues ya en el grupo aparece la siempre bella Nicoletti consorte del General Arias Montán, que está pulsando el tema de los ascensos en la Comisión de Defensa y Moncho le dice que sí a todo y aprovecha para dejarla conversando con el Embajador de la República Federal de Alemania que es la gentileza en persona y Moncho voltea seguido de sus secretarios particulares Chacho y Tacho para encontrarse con Kitty quien está: reconozcámoslo en un estado de alteración debido quizá a los vapores del champaña o a los humos que soplan desde la terraza y le dice cosas al oído aunque entre los más próximos se escucha que al fin para cuándo ese divorcio y qué hubo del carro que iba a meter por la Aduana afortunadamente Fran quien se robó el primer aplauso cascabelero del agasajo por su designación como Hombre del Año en Publicidad la distrae hablándole en inglés con una sonrisa acaso demasiado sonrisa a lo que ella responde en un inglés pocho con otra sonrisa demasiado sonrisa debido a que en ese momento el flash los sorprende para la crónica; es ya el momento culminante de la fiesta lo que se nota pues comienzan a funcionar las cámaras de Noti Cine y las cámaras de la prensa y las cámaras de Noti TV y los micrófonos de la radio y aparecen cascos morados en los techos de los edificios inmediatos en los ascensores en la cocina en el cuarto del servicio al tiempo que a las Gloriosas Notas del Himno Nacional de la República hace su aparición el Presidente Entrante acompañado de la primera Dama y demás integrantes del Tren Ejecutivo quienes se ven emblanquecidos por los

vatios de los reflectores y las luces de la miniteca, pero como siempre el morbo de la política impulsa al Ciudadano Presidente de la Cámara del Senado a iniciar con Moncho una conversación sobre la nueva correlación de fuerzas parlamentarias a la cual responde Moncho tomando un sorbo del vaso que tiene en la mano que ahora es un Johnnie Walker, y al voltearse empujado por uno que otro espontáneo que quiere cumplimentar *per se* a los nuevos mandatarios, se encuentra con el Presidente de nuestra Junta Editora del Grupo de Prensa quien le pregunta cuándo le hacemos un reportaje de primera página y no se sabe si es una zalamería o una amenaza, de todos modos Quico Camargo le dice a Moncho que qué mosca le ha picado al Presidente, si nuestras pautas de aviso son una de las cuentas más importantes en sus periódicos, y por qué vamos a pagar los platos rotos, allá él si tiene problemas con el Ministro, pero el nuevo sorbo del Whisky que es ahora un Haig lo enfrenta con los Criollitos del Llano Adentro y Dilia Salcedo que está que echa chispas porque notó la escena con Kitty y como se da en la sociedad junto al mundo del placer están las musas y aparece el poeta que anda cagándose en el alma de todo el mundo porque no le han dado un cargo de attaché y si me sacan de la fiesta armo un peo poeta armo una vaína poeta pero ya los separa una fuente de foie gras y un gran centro floral con la tarjeta del Gobernador, y todavía de luto pero siempre en tope chic Lastenia González viuda de González González de regreso de su viaje por Europa, porque Lastenia es una mujer de espíritu abierto, extrovertido, campante de amistades que anda recomendándole a todos su hijo Gonzalito y González de González, uno de nuestros solteros más prometedores quien preferiría estar allá, con la juventud, y lanza miradas al Pachacho que se la vacila suave y como joya prestigiando la noche la bellísima Miss Venezuela que se dirige hacia Moncho para plantearle las mezquindades financieras que le impiden representar en debida forma el patronímico en el Concurso de Miss Mundo y Miss Universo

y Miss Cosmos y Miss Galaxia a poner en alto el pabellón y los colores nacionales y fomentar el turismo y la belleza típica que en este caso se muestra en un traje de encajes y bordados con inspiración de líneas neta mexicana, como el que usaban las niñas hijas de los grandes hacendados cuando se iban a casar y entonces los altoparlantes que están un poquito altos comienzan a cortar la conversación con estática y corridos de los Criollitos del Llano Adentro de manera que todos huyen hacia la terraza donde toldos de sedería cobijan la intimidad social de los asistentes ante uno de los buffets más soñados en la historia de las Américas mientras desde arriba se puede oír la tranca de tráfico y las cornetas y las discusiones con el batallón de cascos morados que desvía el tráfico y toca pitos y menea las ZK mientras los reflectores escarban los edificios inmediatos en busca de francotiradores y hasta aquí bajo el ventarrón lo persigue a uno un mesonero que le cambia el Haig por un White Horse y se empeña en ponerle en la mano canapés y camarones y hallaquitas y champiñones y cebollitas y tequeños que parecen dedos cortados y rollitos de jamón que parecen tiras de piel y huevitos de codorniz que parecen ojos y anchoas y trocitos de pizza de modo que con tantos obsequios el estómago se hace un nudo al ver las maravillas del buffet donde ya hace estragos mordiendo pechugas Moñoñito Stefané, recientemente operado por Abraham Cohen el mago de la plástica, monstruo polimorfo obeso del cogote al pecho y de allí entallado hasta las piernas de elefante porque la operación se quedó a medio camino, Stefané Moñoñito convida a Moncho con el gesto indicándole la fuente de bouillabasse y la fuente de paté trufado como vientres tumefactos junto a la platería quirúrgica de los cubiertos y las llamas azules de los mecheros que mantienen calientes agusanadas pastas a la carbonara cercanas a los abiertos cráneos donde rezuma la masa de caviar, Moncho desvía la mirada y allí encuentra una de las piezas de la justamente célebre colección de porcelanas de doña Amelia que es un sátiro de mirada sugestiva de donde mejor voltear para

un angelito de Sevres que enseña el culo de donde mejor contemplar un galguroso que parece igualito que se sacudiera una mosca que en ese momento pasa ante el rostro de Moncho y enfila hacia la cara de Mauricio Díaz, con algunas canas, extrovertido y chisposo, hasta hace poco el Segundo Jefe de la Casa Militar y pronto el inicio en Washintong de un curso de importancia para su carrera, quien, tras incentivar el decir social, «a prima facie» mezcla diversos tópicos del quehacer nacional con Moncho que voltea para encontrarse con el rostro de momia del cronista social Paco Cecil Paco quien le recomienda unas pastillas para el hígado que a él le hacen maravillas y entonces el estampido que pone a todos a correr y que no es más que una botella de champaña que se ha caído suerte suerte eso trae suerte no se sequen que trae suerte y todos se recuperan suerte suerte y es propicia la ocasión para anunciar los premios del Sorteo de la Fundación Mondible como siempre en campaña contra la distrofia muscular, el gran hombre de empresa que sólo interviene en política cuando es estrictamente necesario ha venido a presentar sus parabienes a la pareja presidencial, sin darse cuenta Moncho ha dado contra el vestíbulo donde un arrempuje de cascos morados y de elegantes y de gentes de espíritu que se paran en puntas de pie para mejor mirar al Presidente Entrante lo desplazan hacia el grupo de las damas integrantes del Nuevo Crucero que saldrá rumbo a Grecia a beneficio de los Internados Rurales de donde regresa al marco ameno, respetable, sutil, romántico y familiar y a la vez fuera de protocolo de la mesa del Secretario de la Cámara de los Industriales donde tras sufrir algunos sofocos por el entusiasmo de las vueltas los codazos de rigor lo rechazan hacia la cocina donde batallones de chefs en gorros blancos se lanzan órdenes e insultos entre una carrera de mesoneros que quiebran vasos y un vaho a tequeño frito que lo impulsa a correr hacia otros pasillos del penthouse donde solo hay cascos morados que como están de servicio no aceptan los vasos de 101 Pipers que los mesoneros se

empeñan en acuñarles y al final pasa por cuartos donde hombres en mono azul descargan sacos de cubos de hielo y atisba en una desolada trapería montones de bultos cubiertos de sábanas blancas como sudarios y sale por la puerta de la servidumbre.

LA FRONTERA

Rubén cruza la frontera y regresa al país caminando por calles polvorientas dentro de las cuales torbellinos de moscas golpean contra lentos automóviles que caen en los baches y tocan cornetas entre reflejos de las platinas y chirridos de los amortiguadores y crujidos de las cercas de madera de los camiones que deambulan lentamente bajo el sol en donde los torbellinos de moscas por un instante planean en una pantalla dorada para al instante siguiente, de perfil, volverse una cuadrícula gris que luego, de tres cuartos, es la cara de una vieja con zarcillos de latón y vestido de algodón azul con manchitas blancas, cara a través de la cual se filtran la luz y el calor cuando el enjambre de moscas disolviéndose gira sobre los parabrisas espejeantes del Pontiac y atraviesa la polvareda para formar un viejito vestido de caqui que deambula entre la polvareda de las hileras de carros caminando hacia atrás sin hacer caso de los gritos de las cornetas tambaleádonse sobre los pies uno calzado con una alpargata vieja el otro descalzo que al tocar el piso ardiente hace estallar el torbellino de moscas que pasa como una nube entre el Jeep rojo y la camioneta Volkswagen gris y se eleva hasta el letrero en chapa de zinc Abastos para caer al pasillo polvoriento donde las cortinas de hierro y la caja registradora tras la cual la tromba de moscas se convierte en una señora

pálida vestida de negro que tose mientras llena una bolsa de papas que se rompe regando las papas que ruedan entre la lluvia de moscas de la tos que avanza como un torbellino hacia la calle llena de camionetas y ondas de calor y papeles sucios que vuelan alrededor del sitio donde el torbellino de moscas se condensan en la figura de un viejo calvo con ojos azules y manchas de sudor y de sangre y de verduras en la camisa que se rasca mientras grita cosas que no se entienden y deja salir de su ojo derecho un destello que desintegra el enjambre de moscas provocando sobre el suelo caliente una sombra que se disuelve evaporándose frente a los vidrios del refrigerador donde aparecen latas y cartones y botellas de refrescos y envases con quesillos duros como caucho de los cuales huye la tromba de moscas para avanzar a contracorriente del tráfico por la calle en cuyas paredes afiches rasgados y letras pintadas con aerosol y tachadas con duco dicen por una clase obrera combatiente y Abaj el Imp entre las chapas de latón de la Pepsi y Libertad para los Pres Politic entre los cuales la tromba de moscas por un instante enjambra la figura de una anciana vestida con falda corta rosada que camina de lado bamboleándose entre las ondas de calor que le despeinan un greñero color de mecate que se le derrama desde una cara que se le derrite por el fulgor del sol que se le refleja en la olla que se le estremece colgando del antebrazo que se le descoyunta haciendo tintinear una pulsera de plástico que se le desintegra en una zumbante nube de moscas que golpea contra los letreros Almacén La Linda Mueblería Gran Baratillo y rebota hasta el centro de la calle donde forma la silueta de los tres hombres que caminan respectivamente con las manos apoyadas sobre la cadera con los dedos hacia adelante, caídas al lado del bolsillo, y bamboleándose, vestidos con camisa de manchas blancas sobre fondo verde, camisa de círculos anaranjados sobre fondo negro y camisa de cuadros de una cuarta de ancho, ceñidos con cinturones de imitación de piel de culebra, de plástico y de tela cuyas respectivamente hebillas arrojan fulgores a sus caras respecti-

vamente tocadas con sombrero tejano, con gorrito de faena azul y con gorra verde con falsa insignia militar, lentes oscuros con marchos dorados y reflejos dorados sobre la piel cobriza que por los momentos descubre los reflejos dorados de los colmillos y desaparece en los fondos cobrizos de las sombras de los aleros y los interiores de las ferreterías para desintegrarse finalmente en una penumbra gris de la que el enjambre de moscas resurge para condensarse en la silueta de un muchacho que corre por la calle con una camisa oscura en la que estallan florecitas anaranjadas como el pelaje de un tigre que se refleja en las bombas de gasolina en prismatizaciones rojas y azules que se estratifican en franjas que ondulan como alambres al rojo vivo y se pierden en las irisaciones del bloque de hielo del vendedor de raspado que centellea tras los espesores mielados de las botellas de granadina justamente frente a la pared blanca donde han arañado las manos de los borrachos y de los locos: y de los que esperan hasta formar una tormenta de arañazos grises que centellea y relampaguea y descascara la lepra de la cal que se recompone en una nube de puntitos negros que parpadea transparentándose sobre la polvorienta distancia de las calles en donde ondula cercando las banderolas rojas de los camiones cargados de cabillas herrumbradas sobre los cuales nuevas manchas estallan en enjambres de disolución y corrosión y corrupción en manchas rojas sobre pared gris con descascaraduras azul bebé y manchas grises sobre pintura blanca sobre cartón piedra y manchas grises de gargajos que giran en el aire y manchas de perros que mean lanzando glóbulos polvorientos al pie de los postes raspados por parafangos y ruedas y tacones y manchas de vómito sobre las que deambula lentamente el loco que se cubre del sol con un trozo de plástico verde que ondula mientras el enjambre se reúne en la silueta de la muchacha de pantalones anchos que aletean un instante para dar paso al reflejo que el hueco de un techo de zinc deja caer sobre el aluminio bruñido del techo de un autobús ante la perspectiva de los techos de

los carros que se desplazan trabajosamente brillando como cajas reflejadas en las latas de aceite y de cerveza que tintinean en el piso pateadas por los vendedores de periódicos y de revistas y de muñecos de plástico que chapalean descalzos en los charcos de agua de radiador cerca de la esquina donde la tromba de moscas se condensa en una señora gorda vestida de negro con zapatos de tacones comidos que se bambolea abrazando un paquete largo envuelto en papel verde que pasa como una bandera frente al anuncio donde hay una visión de los muslos de Katty Kitty y Ketty echadas como cochinas rosadas junto a una botella de cerveza que vibra en violento oro azul y encarnado sobre un remoto fondo opalino de burbujas y de espuma que enloquece a las moscas con un vaho de reverbero que las hace explotar sobre las ondulantes polvaredas para formar la cara de un policía que avanza lentamente entre la camioneta cargada de cajas de cebollas y el Chevrolet de la carrocería comida por el óxido hacia el zaguán donde está la venta de alpargatas dentro de la cual las moscas forman la silueta de un negro echado que viste pantalón color de aceite de motor y camiseta de franjas grises y rojas y sombrerito tirolés y que raspa un fósforo contra una cajita azul donde sale una mariposa anaranjada que hace estallar una llama que desintegra el torbellino de moscas arrojándolas hacia el horno de la calle donde se derriten formando el charol de brillantina sobre la cabeza de un muchacho con cara de indio que viste una franela manga larga donde está estampada la visión frontal de una procesión de carretas custodiada por toda la guarnición de Fort Apache que viniendo de la aridez de la pradera se hunde en las ondas de un río que es tan grande como un mar y tan espejeante como una torrentera de espejismos que se disuelve frente a la pared de bloques pintada con asbestina verde bilis y tachonada de propagandas electorales desgarradas como piel que se desprende que enmarca las cortinas de metal pintadas de rojo morcilla y la pared pintada de rojo sangre frente a la cual cruza el ford anaranjado con

los vidros cubiertos de polvo ocre ante el cual el torbellino de moscas hace la figura de una mujer de pelo chicharrón agusanado de rollos de plástico rosado que abraza un radio de transistores que sintoniza Apamichao contra la camisa de estampado vino tinto sobre fondo coral contra la que destacan una cadenita y la tira de un sostén que se mueven al ritmo de un culo que revienta en pantalones cortos mientras esquiva los huecos del camino con zapatos dorados que hacen chispear los papelitos desechados de las cajas de cigarros, de los chicles y los condones que se tuestan retorciéndose en la polvareda de la calle en la que los carros en pleno sol prenden las luces de cruce, de vía, las intermitentes y las bajas y las altas para iluminar entre la polvareda a la negra gorda con cholas de plástico que se tongonea en medio del cruce como si bailara o estuviera mareada por el corneteo o por el pañuelo encarnado con microbios verdes que centellea en su cabeza hasta que la disolución del mosquerío finge frente a ella las niñitas desdentadas que sonríen saltando sobre las plantas de los pies que se les queman sobre el suelo lleno de latas aplastadas y capas de papel sucio entumido en aceite sobre el cual el mosquerío forma la figura del policía que se mueve entre lentas sombras contrahechas de seres humanos que se encuentran y se desencuentran a lo largo de la calle entre la caravana de camiones y de camionetas y de gandolas entre las cuales Rubén deambula atropellado por los reflejos y por los estallidos de los escapes y por los cornetazos encontrándose una y otra vez los mismos Dodges y Fords y Macks que le cierran el paso y en cuyas parrillas bulle un enjambre de moscas que prende bajo sus axilas y zumba hasta concentrarse en la forma de la Browning que esconde bajo su chaqueta.

III

ECCE HUMUS

La noche me enamora más que el día
Pero mi corazón nunca se sacia

ANÓNIMO MARGARITEÑO.

UN PASEO EN MOTO

Duermo en una cuneta y al despertar me restriego los ojos y palpo la pistola. Me levanto, hago gestos con el pulgar. Gandolas altas como torres y automóviles de centelleantes parachoques lanzan un huracán que me sacude. Un motociclista con chaleco de escamas de hierro y vidrio se detiene y me hace señal de que monte. En las comisuras de sus labios, hilillos de casi plastificada baba. La cara un mapa de insectos aplastados. En la piel bronceada, hilos claros de collares. Arrancamos. Me aferro a su torso. Su pelo largo me latiguea los ojos. Lagrimeo. Un sonido somos. Montamos una ametralladora. Rastro de chispas sale del escape al rojo vivo. Cabalgamos un eructo. En medio de espejismos cruzamos fosilizados paisajes de arcilla roja y piedra dinamitada. En el horizonte se funde un mar de reflejos. Regiones de humo blanquecino y nubes de cristales de sal cruzamos mientras lloro. Vienen hacia nosotros cartelones con sonrisas de pasta de diente y automóviles chocados, papillas de cromo y sesos salpicantes. Irrumpimos en una llanura de escarchado vidrio de parabrisas y gotas de sangre achocolatada. Cada vidrio nos devuelve nuestra silueta en azul mentolado contra la mostaza del sol. Los anuncios de límite de velocidad decapitan jóvenes que se persiguen en convertibles de motores trucados. Aplanadoras amarillas lo machacan todo. En el rugido de la moto oigo palabras. Columnas de tierra señalan el paso de las radiopatrullas. A campo traviesa huimos de las alcabalas móviles donde los guardias fusilan guerrilleros. A veces creemos estar dentro de pueblos, pero sólo vemos las enormes sonrisas de los cartelones. En las bombas de gasolina, pandillas de desaforados inyectan aire a presión en los oídos de sus víctimas y bañan los automóviles de gasolina. Duelos de hombres

empapados de aceite, armados de yesqueros. Altoparlantes con estática tocan música suave. Lanzamos puñados de tachuelas a los vigilantes de tránsito. En un bar del camino, un hombre con un cuello de botella incrustado en la frente pone los ojos en blanco y cae. Casas atrapamoscas donde un hambre de siglos devora todo lo que pasa, incluso los gritos de los que tratan de escaparse. Del silenciador de la moto salen estelas de colores. Una formación de aeroplanos blancos cae hacia el infinito y forma en él una estrella. Todos los relojes de la tierra tratan de sincronizarse y nosotros lo evitamos.

Hediondos a náusea y a aditivos de motor, nos tapamos la cara con los brazos, entre las nieblas de insecticidas. Eligiendo los sitios en donde estrellarnos. Contra los camiones llenos de bombillos multicolores y altares de vírgenes de plástico. Contra las garitas de las autopistas, llenas de vidrio, tarjetas despedazadas y gas lacrimógeno. Contra las filas de maquinitas de juego de los paraderos de las carreteras. Cometas de neón y estrellas de níquel. Bolitas merculiales rebotando en paneles hipnóticos bajo las guirnaldas de neón amarillo, azul y rojo. Todo el resto de nuestras vidas pasa a esta velocidad. Lo único que vale del mundo. La posibilidad de dejarlo atrás. Pastas de moco, mierda y semen resbalan por el asiento que quema. Todo quema. Nuestras propias uñas y el tacto de nuestro tacto, quema. Cruzamos con flotillas de motocicletas robadas. Vendedores de frutas nos tiran mandarinas y ladrillos a la cara. Los automóviles pasan llevando tras sus cristales antisolares cadáveres congelados con lentes antisolares. Aceleramos dejando atrás camiones que llevan campesinos a los mítines. Señales de tránsito equivocadas. Desvío. Peligro. Cambio de dirección. Cambio de luces. Acelere. Decelere. Banderolas rojas. Cruce prohibido. Puentes inconclusos con varillajes de cabillas al aire. Obreros con equipos de acetileno nos sueldan estrellas en las uñas. Revientan neumáticos y seres humanos. Ambulancias repletas y turbas cayéndose a golpes para ver

los mutilados. Crepusculares procesiones de automóviles con los faros de emergencia titilando. Una noche de asfalto comienza a salir por nuestros poros. En la cara nos espejean faros de alta potencia y luces antiniebla. Pero nuestras pupilas ascienden en medio de un enjambre de fosfenos y chispas de jaqueca.

En lagos de asfalto flotan carburadores rotos, bujías desechadas, eventrados cadáveres. Nos hundimos dentro de nuestra propia sombra, en un mundo viscoso donde torres de petróleo y balancines se destacan en blanco, como negativos, contra las antorchas de metano. El motociclista está dormido. Hombres de verde con metralletas terciadas vigilan la caída de las partículas de oscuridad en las erosionadas colinas. Reflectores azulados hurgan las contexturas del tiempo. Descubren hediondos pubis y entretelas que durante el día parecen colinas. Mareas de esperma rebasan los montes. Las alarmas suenan una tras otra, entre el alambre de púas.

Dentro de un sueño, nos perseguimos a nosotros mismos, que vamos más adelante, y huimos de nosotros mismos, que vamos más atrás. Paisajes lunares con bosques de correas de radiador y flores de espejos retrovisores. Llaves inglesas y alicates ayuntan sobre las playas de latas vacías que dan a un mar de liga para frenos. La luz praeternatural de la refinería vigila la ferruginosa transición de lo animado a lo inanimado y de los cables eléctricos a telarañas cazadoras de helicópteros. Radiotelescopios gemebundos captan la radiación de mundos lejanos desintegrados. Los vendavales traen hojarascas de condones usados. Los ataúdes de las funerarias están llenos de acumuladores. Circuitos de televisión filman imágenes de televisión que filman imágenes de televisión. Satélites artificiales delatan los últimos restos de protoplasma a las moledoras de carne. Con turbinas de cesio la moto se eleva hacia la esfera de las estrellas fijas. Nos araña la cara la materia de las nebulosas: púas de erizo, restos de estrellamar, polvo de desecado coral y tiza. Dejamos

atrás franjas de arcoiris. Galaxias leprosas se alejan de nosotros, corriendo hacia el rojo. Nos mecen nubes de esporas, gérmenes de gérmenes y cromosomas de mundos. Caemos hacia una atroz zona de la nada donde sólo hay desechos y hasta la luz es corrupta. En el centro del cielo, una purulenta tierra sobre la que comienza un eclipse. Advierto que comienza el eclipse de todo el universo.

Despierto otra vez en la cuneta y descubro que no he avanzado un milímetro. La culata de la pistola me ha hecho una marca en las costillas.

Dámela sin masa. Los desterrados. Dámela con masa. Hijos de Eva. Jugo de tubo. Por mi culpa. Y la guasacaca. Perdona nuestras deudas. Una de aguacate. Señor, no soy digno. Una tapatapa. Ruega por nosotros. Pásame la drácula. No morirán. Hijo del Padre. Dame la malvada. Este es el Hombre. Sírvame una lisa. Poncio Pilatos. Una media jarra. Madre de Dios. Tráeme a mí un tercio. A ti suspiramos. Trae pasapalos. Cantemos al amor. Pásame el picante. Luz perpetua. Pásame el mojito. Yo soy la luz. Pásame la reina. Levántate y anda. Dame la cuajada. Pecados del mundo. La reina pepeada. Sobre esta piedra. Cuartico de leche. El Señor es contigo. Jugo tuttifrutti. Con Compasión. Marroncito corto. Crucificadle. Ración de patilla. Imagen y semejanza. Dámela sin masa. Valle de lágrimas. Dámela con masa. Clama en el Desierto. Fractura del cráneo. Dad al César. Fractura del tarso. Ojo de la aguja. Fractura de rótula. Cuerpo Sagrado. Fractura de tibia. Véngamos el tu Reino. Disco desplazado. Casa de oración. Puntos de sutura. Fruto de tu vientre. Equimosis múltiple. Hágase tu voluntad. Herida de bala. Diestra de Dios Padre. Póngase en la cola. Ver para creer. Muéstreme la cédula. Dios está aquí. Rueda para el Sifa. Dejad que los niños. Va para la Planta. Mírame esa nena. Esclava del señor. Bajen esa radio. Persecusión por la justicia. Va para Cotiza. Llena eres de gracia. Qué rico ese mambo.

El pan nuestro de cada día. No hay plazas vacantes. Esta es mi sangre. Suelta esa navaja. Yo soy la vida. Quedó igualito. Polvo eres. Tan bueno que era. Me has abandonado. Dámela con masa. Marroncito claro. Ración de mondongo. Cachapa con queso. Cabello de Angel.

¡La cuenta

y un policía!

3.—LA BATALLA DEL MILLÓN DE GALAXIAS

3.1.—GNOSSOS convierte en novas la masa de las estrellas de los brazos de una galaxia espiral. El proceso continúa de afuera hacia adentro y el resplandor enceguece la noche. Cuando el estallido de estrellas se extiende como una reacción en cadena, la galaxia completa, fustigada por la explosión perenne que se alimenta de su propia materia, comienza a moverse, acelera, y embiste contra la galaxia en cuyo corazón prepara CATACLIX la explosión que ha de desencadenar el fin.

3.2.—CATACLIX incendia una galaxia barrada, y la interpone como escudo contra la galaxia proyectil que le ha disparado GNOSSOS. Los raudales de energía de la colisión sumergen en una nube de radiación la galaxia matriz de la bomba.

3.3.—CATACLIX dispara una andanada de galaxias escudo para aislar los centros de memoria de GNOSSOS.

3.4.—GNOSSOS inicia la creación de novas en los bordes de una galaxia lenticular, y mueve las estrellas enanas de materia hiperdensa que resultan del proceso, hacia el centro de la galaxia en movimiento. Allí, reunidas por la fuerza gravitacional, las enanas blancas chocan con las enanas blan-

cas, engendran supernovas, y: éstas colapsan en un gigantesco núcleo de materia todavía más densa, núcleo que conserva el movimiento imprimido originariamente al sistema por las explosiones del borde, y atrae el resto de las estrellas de éste, que lentamente se van hundiendo en el abismo gravitatorio. Es allí el proyectil que contiene en estado concentrado la materia de toda una galaxia, que arrastra a su paso, como telarañas, las galaxias escudo que le opone CATACLIX.

3.5—CATACLIX desvía el proyectil hiperdenso concentrando suficiente materia para curvar el espacio, en cuyo ámbito finito y circular el proyectil hiperdenso regresa a su punto de origen.

3.6.—GNOSSOS elude la arremetida del proyectil hiperdenso expandiendo el espacio y alejando sus sistemas galácticos hacia una frontera que está en todas partes y en ninguna.

3.8.—CATACLIX ataca con galaxias lenticulares que concentran sobre los bancos de memoria de GNOSSOS la radiación de todo el sistema de la Metagalaxia.

3.9.—GNOSSOS envía contra las galaxias lenticulares galaxias de antimateria. Mutua aniquilación de las ruedas refulgantes al tropezarse en el vacío.

Rubén no des tumbos por la ciudad, Rubén no te dejes ver tanto, Rubén no mires con tanta curiosidad, Rubén no te dejes tropezar

Rubén

ah

Rubencito yo conocí a su papá

Pero cla

Pero claro, el tuerto Pablo,   esa es la ventaja de ser feo que uno no se le olvida a la gente, el ojo lo perdí en un accidente con un taladro y la compañía me liquidó con cuarenta salarios; quedé cojo de un tiro tratando de escaparme de una Prefectura cuando la primera huelga petrolera, en las contratistas no pude engancharme, porque los musiúes

me pusieron en la lista negra; de chofer no seguí porque no me daban licencia por tuerto; de pedigueño no quise, por coraje; de bodeguero traté, vendiendo chimó y plátanos madurados con carburo, zape mosca, pero la situación estaba mala; de obrero de la construcción quise meterme, pero perdí el dedo tratando de agarrar a un italiano que se cayó de un andamio; de vendedor ambulante, mosca, no servía, porque de feo les desprestigiaba el producto; crié cochinos y lo dejé por la tristeza de los animalitos en el matadero; tuve mujer y se me fue; hijos tuve, y no sé donde; regresé al conuco de mamá y lo encontré con cercas de Don Gonzalito Gonzalo González; milité en el partido y lo ilegalizaron; me llevaron preso por andar iquique de correo; ahí perdí los dientes que me quedaban; a su papá fui uno de los últimos que lo vi en la cárcel; del partido me botaron porque por salir a la calle firmé el papel donde me comprometía a no actuar más en política; delincuente no quise; constructor de ranchos me inventé usando cajas de carros importados y planchas de lata de la propaganda electoral, y la policía me ponía preso, de un hambre me sacó un doctor que me atropelló con su carro y me pasó un billete para que no le denunciara; de víctima de la dictadura no quise hacer porque yo soy ñángara, y no víctima; robé el pan en la puerta de las casas en la madrugada enfermé y en los hospitales no me quisieron; vendí perros calientes y lo dejé por el sentimiento de un amigo que murió cantandito (mosca, mosca); por el mundo andé, Rubencito, y solo vi el mal; lotería vendí y decían que no le traía suerte a los quintos; me recogían en las redadas por no tener profesión ni oficio conocido; ni santos ni piedra imán quise vender porque no creo en eso; de la desesperación quise matarme, y la soga estaba demasiado cara en la ferretería; veneno no pude comprar en la farmacia en el puente del Guanábano me quise tirar y un tombo me dijo circule; entonces Rubencito, me dio una rabia, yo honestamente quería matarme y la honestidad no da ni para eso, comencé a mirar al suelo (mosca, zape).

Mirá, Rubencito, de tanto ver para el suelo encontré unos lentes negros tirados en la basura y un sombrerito tirolés con plumita, y ahí me inventé cómo vivir, en todas las gestorías te dicen eso se lo arregla un señor con un sombrerito que anda por ahí (mosca), y me estrené de gestor en las colas, vos sabés, Rubencito, hay que aprender a picar el ojo y hacer morisquetas como puta y decir quiubo pues y hacer señitas de tú sabes y darle al pulgar contra el índice para que crean que uno está en la movida, y toda la gracia es hacer las colas por otros llevando en la mano unas planillas y poner cara de pícaro porque si no parecés sinvergüenza no te ponen confianza (mosca), y mucho ya va a estar la cosa, y eso hay que hablarlo con el que decide, y monerías de inglés que si guasamara que si yustaminit, disfrazado yo de pachuco, ah jaiba, si me viera tu difunto padre Álvaro Luque, Rubencito, se reía porque él también se la pasaba de disfracisto por cosas del partido (mosca), Rubencito, si no tiene que hacer lo invito (mosca); yo vivo ahí mismito, (mosca); suba y cuidado si se resbala; agárrese que es empinado; el perro ladra para que crean que muerde pero él también es un pendejo está que se cae de viejo, Rubencito, no lo vais a creer pero fue una vez perro sabio de un circo, que distinguía los colores pero ahora está cubierto de moscas; mirá, Don Felipe, callate, no ladréis más, que este es Rubencito que es amigo; andá, pasá, pasá adelante, no te asustéis, las patas de cabra y las llaves viejas son para que me crean salteador y me tengan miedo, callate, Don Felipe, callate, el foquito rojo es para que crean que aquí hay un mabil y respeten la santidad de este hogar, y las fotos de los candidatos son para que me crean político y no me contrajodan; ahora, Rubencito, sentate en esa colchoneta dejá que te busque comida, si don Felipe no se la ha comido debe haber una empanada fría, no te molestés por los olores ni por los ruidos Rubencito, no dejéis que don Felipe te lama, que te pega la sarna, y ahora, Rubencito, decíme qué te pasa, qué andás de clandestinisto se te nota a la legua; que no tenéis ni una

puya se te ve; que estáis sucio flaco y con hambre atrasada se te distingue; que las lengüetas de los zapatos se te brotan, que el pantalón se te deshilacha, que estáis tostao loco del cerebro no me lo vais a negar, que bajo esa chaqueta tenéis tremenda fuca no me lo vais a disimular; que en la primera redada te ruedan, es de cajón, mirá, Rubencito, si no tenéis dónde enconcharte te quedáis aquí, eso sí, esta noche te vais a tener que aguantar la reunión de lo pájaros (mosca, zape, mosca).

La mosca elude el manotón y se eleva. Por las rendijas de la hojalata del techo escapa hacia la noche. Entre el enredijo de antenas y de conexiones clandestinas de electricidad, vuela. La mosca recorre las humaredas y desciende sobre los pescuezos escrotales de los zamuros dormidos. Chupa. Vuela. Se pierde en los plumajes de un negro tornasolado. Vuela. Zigzagueando sobre las humaredas deja atrás tibios montones de forma y embiste el filo de acero de las pa pa pa pala pala palas palas de los trac trac trac trac tractores buscando figuras humanas que la eluden a manotazos. La mosca vuela, dibuja serpentinas elude embiste elude embiste la figura que está ante la puerta de un rancho. Vení Rubén te presento a Juancito, Juancito es el que organiza los niñitos pordioseros del bulevar y les cobra por la zona, y los manda que toquen en los apartamentos y le informen los que no tienen gente en el momento para entrar, así mata dos pájaros de un tiro; decíme cómo te ha ido, pajarito. Muy mal, porque José Turpial me hizo ahuecar el ala de la Calle Real para colocar los pichones de él que además usan muletas y llagas. Decíme qué traes por ahí. Placas de bronce y farolitos de jardín arrancados para que los revendan los hermanitos Gavilanes. Vení Rubén, conocé a Cucarachero que cuida estacionamiento, decíme, Cucarachero, cómo está el trabajo. Volando bajo, porque los clientes aprendieron el truco del garabato ilegible para cobrar demás de la hora, menos mal que me desquito con tapas antenas espejitos y faros que justifico con el papelito que dice no respondemos por daños, aquí traigo este

saco de alpiste para que lo revendan los hermanos pájaros. Trago largo de esta botella, Cucarachero, pa tu güargüero. Mirá, Rubén, conocé a don Cotorra, él pide por las casas para comprá una medicina, enseñando una receta que le dieron el año 28. Sí, pero hoy aterricé en el zaguán de una vieja empeñada en llevarse la receta a las narices porque como era sorda no entendía si era una receta o un billete de una rifa; el estado de mugre del papel justificatorio era tal que se desintegró en sus manos, y en eso yo viendo volar mi medio de vida grito pidiendo indemnización, indemnización; asombrado por la poca receptividad de la vieja que comenzó a llamarme vampiro y otras impropiedades, fingí un ataque al corazón para excitar su caridad. A lo que la vieja con furia de harpía contestó bañándome de orines con una bacinilla y dándome rebencazos mientras gritaba Santa Espina Santa Cruz, devuélvele la saluz, con la gravedad de que se reunió una bandada de viejas que repetían como cotorras el conjuro salutífero, y enervado por aquella periquera levanté el vuelo dejándoles el plumero. Bebé, Don Cotorra, bebé de esta botella, y no olvidéis que el primer maíz es de los pericos, bebé y quedate tranquilo, que desde ya decidimos que la etiqueta de la botella sea despegada para que sirva de nueva receta. Pasá, amigo pajarito, mirá conocé a Rubén, Chicho Tordito trabaja en la bomba de gasolina, decíme cómo estás. De la bomba me echaron por las quejas de que yo trampeaba con el medidor, usaba latas vacías para fingir que estaba poniendo aceite y usaba agua común para las baterías; por vender cauchos reencauchados como nuevos un chofer me tiró un coñazo, de rama en rama voy por las calles esperando a ver un carro con el capó levantado para acercarme, decirle al dueño déjame ver, y entonces saco de la caja de herramientas el atornillador donde he echado la pastica que suelta humo al ser puesta en el sistema eléctrico, y uf, gran humareda, tronco de accidentación, mire jefe, esto es grave, jefe, le digo, llamo una grúa y se lo arreglo por ocho lucas, y el dueño que me dice un momento, que ya vuelvo con la plata, y lo que

vuelve es con un tombo porque ya conocía el truquito de la pasta humosa, ojos que te vieron, paloma turca, el dueño que limpiaba la pastica humosa del motor y me mentaba la madre, y el tombo que corría detrás de mí, jugamos la pájara pinta como por diez esquinas hasta que en un bar se transó por la caja de herramientas y una invitación para unas cervezas; en cuanto me enderece de estas desgracias monto taller mecánico para cobrar por repuestos que no he puesto y por reparaciones que no he hecho, podré traerles a los pajaritos copias de llaves para que levanten Thunderbirds, y Larks, y Falcons. Trago largo, hermano pajarraco, pero no se quede con la botella no la vaya a vender como liga de frenos. Mirá, Rubencito, este es el hermano Arrendajo, que vende rifas imaginarias. Muchacho ó, cerrá ese pico, ó qué va a sé imaginarias, si yo rifé mujeres en el Gran Paradero y rifé títulos en la Universidad y rifé el puesto de Presidente. Y rifé la luna. Y rifé el sol, y la desgracia que tengo es que me gano todas las rifas que tiro, ya no queda nada que rifar en el mundo, y me rifo yo mismo y nadie quiere billetes, cómprenme el numerito hermanitos pájaros, la fortuna al alcance de su mano, más vale pájaro en mano que cien volando. Trago largo, hermanito Arrendajo, vos sí tenéis la cabeza llena de pajaros, bebé, bebé, para que no sigais creyendo en pajaritas preñadas, bebé que esta noche vuelas. Tún, tún, quién toca como gentuza. José Lechuza. Decí qué tienes, cantá ligero. Ando como ave de mal agüero; por la irreligiosidad de los tiempos, usted no sabe la contrariedad que me arrepresenta que en la tumba del Doctor Milagroso ahora por todas partes hay carteles que prohíben recoger para misas; me paso la noche despegándolos y al día siguiente los pegan, y sólo puedo recoger contribuciones de los devotos que no saben leer; usted imagínese que la dificultad es tan grande que he tenido que dedicarme a buscar tesoros; localicé a un portugués dueño de un estacionamiento y me le he aparecido con una estatua grande del Doctor Milagroso en yeso pintado, dos rosarios, cruces, pepas de zamuro, piedra imán y dos velones de a

diez kilos explicándoles que la revelación me había dicho que había un entierro de morocotas en su negocio; que debía rezar cien rosarios siete noches seguidas, y cuando yo vuelvo para recoger los mil bolívares necesarios para el milagro, allá me esperaba el portugués con la chota, y le cuento que sólo por la especialísima intervención y pronta intercesión del Beato ante quien lloré lágrimas penitenciales pude aflojarle cinco lucas a los agentes para que celebraran su cumpleaños y así escapé de la jaula. Bebé, hermano Lechuza, pero mejor asperjate, hacete una limpia, sacudite, despiojate, quede la tapa de la botella para que te fabriquéis con ella una medallita milagrosa que te eleve de este valle de lágrimas, y que te proteja la paloma del Espíritu Santo. Ajá, llegó el poder, pájaro de cuenta, mirá, Rubén, este es Juan Gavilán, tiene influencia para alquilarle esquinas a los buhoneros y parte la comisión con los policías, con Juan Gavilán nadie se mete porque desgraciado pájaro que ensucia el nido, que está en el negocio de alquilar buhoneros para los mítines, a fuerte cada uno, y si llevan pancarta a diez bolívares, echale pichón a esa botella, Juan Gavilán, y que nadie averigüe dónde conseguís lo que revenden tus pajaritos.

Mirá, Rubén, el hermano Garzón es plumífero, escribiente de tribunal, él nos dirá qué nos trae. Mal día ha sido, embargamos una peluquería y fallamos porque había traspasado todo el moblaje a otra firma; le caímos a una textilera, y se habían hecho embargar ellos mismos para no pagar unas letras; al final encontramos caldo de sustancia en una boutique que le había dado una fianza al gentiluomo Aquileo Aquilone, y ahí se formó la periquera, el juez que se antojó de las chaquetas de cuero de ante y el secretario que se quedó con la perfumería, el depositario que le cayó a las blusas y también quería rasparme los zapatos de mujer, pero lo clavé con unos yesqueros de pacotilla, y eso que al alguacil fue un problema para contentarlo con unos pañuelos porque quería llevarse bajo el ala nada menos que la prendería, pero el secretario lo convenció de que algo había que poner en

el acta y hubo que partir con el abogado demandante que nos asentó las uñas pero después nos pagó el almuerzo en La Cicogña. Trago largo para el hermanito, bebé y soltá esa zapatería allá los pajaritos del hermano Gavilán que se las arreglen para revenderla. Mirá, Rubencito, Raúl Zamuro, le vende a las viejitas los entierros por cuotas, vos dirás si estáis interesado. Cambié de rama de mi negocio porque por la huelga de santos se morían muchas viejas y las devotas de las cofradías me perseguían por la calle gritando la urna, la urna, que afloje la urna, y los riesgos mal calculados no cubrían los gastos, y entonces me dediqué a buscar muertos en las clínicas, mal negocio porque le clavan las espuelas a uno los enfermeros que piden comisión por decirle los pacientes que están por caerse del nido, y entonces ofrecerles desde el principio los servicios de la funeraria que represento, explicarles a los familiares, señora, aunque no se ha producido el luctuoso acontecimiento, permítame ofrecerle con mi tarjeta la responsabilidad en el servicio y satisfacción garantizada que caracteriza a la Funeraria La Consoladora, hoy me encontraba cumpliendo mis servicios en el cuarto 666 con una vieja más fea que un paují, cuando de repente la vieja que me mira con esos ojos rompe a llorar y a gritar, ay, mi Valezón, que me lo quieren enterrar, y para empeorar las circunstancias sus graznidos atraen a Amado Cuervo que es el empleado de la competencia y que estaba trabajando a otra vieja parecida a una paraulata, y los dos entran gritando, epa, ese muerto es mío, y ay, mi Valezón, los muertos de este piso me tocan a mí, y ay mi Valecito, y entonces me doy cuenta del problema ético planteado, no solo por la concurrencia de comisionistas, sino por la concurrencia y litigio de paujíes, paraulatas y pirocas que se declaraban legítimas poseedoras y herederas del homenajeado, y en ese momento detrás del biombo una gritería, huevones, decía el paciente desafiando el letrero Silencio Por Favor, huevones, a mí no me entierra nadie, y se aparece un viejo que estaba que trinaba, aleteando en una bata, huevones, muerto querrían verme los bolsas del

Partido, pero ya los voy a tumbar a tiros, buscaba en la gaveta y al final nos apuntó con una plancha pero al ver que no disparaba terminó arrojándomela por la cabeza donde me causó contusión con hematoma cuyo dolor profundo sentí mientras volaba por los pasillos entre un escándalo de botellas de suero quebradas y de alaridos de herederas. Chupá, Chupá de esa botella hermanito Zamuro y date una friega en esa frente que teneis un tuyuyo que parece una ñema. Allá ustedes, primitos, cambien y vendan y revendan que el último trago me lo tomo yo con vos, Rubencito, por los que murieron sin decir ni pío, Rubén, por todos ellos que me erizo, que se me pone la piel de gallina, a la verga, vacía, vacía la botella, Rubén, esto es lo que nos pasa, primo, que siempre nos toca la botella cuando está vacía. Esto me pasa por pendejo. Pero mirá, Rubén, que me da una brillación, un resplandor de luz me da en el ojo tuerto, pero si yo soy un pendejo, Rubén, pero si yo no soy pájaro, ni pajarito, ni pajarote, ni pajarraco, ni pajarete, ni pajarón; nací, viví y moriré pendejo, Rubén, seré el único hombre del país con las bolas para decir que soy pendejo, te me vais, Juan Guacharaca, con tu alharaca, volá, José Turpial, a tu nidal, Cucarachero, dejá el plumero, andá Cotorra, vete a la porra, saltá Tordito, pa tu nidito, Pancho Arrendajo, vete al carajo, José Lechuza, no deis excusa, Juan Gavilán, vuela al samán, Garzón Soldado, corre volado, Raúl Zamuro, vuela bien duro, ahuecá el ala, cerrá ese pico, volá de aquí, sacudí esa cola, pájaro que comió voló, salí, salí, pajarera, cógelos. Don Felipe, Rubén, espántalos, espantapájaros, se acabó, se acabó esta vaina de darme de pájaro, Rubén, hacer la cóla del autobús y la cola del carrito y decir mirá tu planilla te la saco, me dejáis y te soluciono, dejame primo que te lo agilizo, y cola de la taquillera que se pinta las uñas y cola del señor que es estreñío, cola para la cola de la cola, y si los pobres van al cielo será para hacer cola, porque esta es la vida del pendejo mirarle el culo a otro pendejo que está delante de él en la cola, mirá, Rubencito, mis pies de pendejo y mis manos de pen-

dejo y mi barriga de pendejo mi cara de pendejo: Volá, volá pajaramentazón, perdete en la noche, escondete detrás de los luceros, cagame en la cabeza, mirá que soy el Rey de los Pendejos, mirá, Rubén, mirá, por reino la basura, por manto los periódicos, por corona la caspa, y Gobernador de chiveras, y Presidente del Sucio, y Ministro de gatos muertos y Capitán de la mugre y Senador de perros envenenados y Caballero de la orden del güeso, y trono de cauchos viejos, y charretera de la concha de cambur, y Gerente de sobras y Oficial de migajas, y Señor de las Moscas, moscas, por tesoro estas latas, mosca, por impuestos la mierda, mosca, por perfume los vómitos, mosca, por banquero la pulga, mosca, por gerentes chiripas, mosca, de abogados jejenes, mosca, vení, Rubén, corré, corré, corré por mi reino, pisá todas las cosas del mundo, que ahora las vais a tener siempre a tus pies, que todas las vais a tener estirando la mano, los resortes, los vidrios, las láminas, las maderas, los metales, los trapos, que vais a vivir, mosca, en palacios livianos, mosca, hechos de todas las cosas, mosca, que hasta las rodillas y el pescuezo vais a estar en las cosas, mosca, que las vais a oler todas, mosca, y sus tripas, mosca, y sus formas, mosca, y sus secretos, mosca, que nubes te taparán del sol, mosca, que si el paisaje no te gusta te lo cambiarán las máquinas sabias, mosca, a cada instante, mosca, entre olas, Rubén, vivirás, revolcándote, y revolcándose sobre sí mismos los regalos tesoros de las máquinas sabias, y comerás de todo todo, y todo comerá de ti, y vivirás entre el brillo de la mica el latón y la chapa y el zinc y la lata, y botellas y cajas y sobras y alambres y cartones y papeles y plumas y huesos, mirá, Rubén, te dais cuenta, mirá ese huevo de mosca, mirá que se hincha, mirá que se entibia, mirá que se enciende, mirá que se alza, mirá que deslumbra, mirá que amanece, mirá, Rubén, contemplá, bienaventurados son los pendejos, porque a todos he abierto mi reino.

La mosca baja del sol y sobrevuela pájaros muertos, harapos de banderas, arpas acuchilladas, bocas de peces podri-

dos, balas disparadas, escamas de metal y de vidrio, estampas retocadas, formularios hípicos arrugados, ratas desnucadas, tarjetas de computadora desgarradas, propagandas electorales con huellas de manos, tractores que ciernen basura con sus palas: la mosca aparece en esta línea y en esta palabra y salta de esta página tus ojos y pasa por tus ojos a tu cráneo.

LA MOSCA se desprende de la comisura de tus labios. Vuela a los labios de la mujer que camina a tu lado en la calle. Pasa por los labios de los cien transeúntes. Hasta el astillado cristal, vuela. Hacia el aire exterior, salta.

Por peladuras de naranja, camina. De charcos y salivazos, bebe. Entre los brillos del cromo, gira. Zigzaguea entre las pesas de las carnicerías. Bordea los platillos de las limosnas. Entre las flores del entierro, baila. Sobre las velas encendidas, se eleva. La mosca toca labios orejas frentes manos ojos. Entre gotas de sudor, chupa. Entre cansinas legañas, discurre. Palpa glóbulos de albúmina y de esperma. En las orejas moscardonea. Macula los rostros de madera pintada. Elude el incienso. Esquiva los rabos de los perros. Vuela.

La mosca se posa en los grasientos papeles. Salta. En escudos dorados. Vuela. En las ensangrentadas vendas. Chupa. En las humeantes sopas. Caga. Sobre planchas de afiebrado concreto. Discurre. Escapando de las salpicaduras del mortero. Del polvo de la harina. Del gorgoteo de las cloacas. En las cachas de revólveres. Se asea. En espejos, en mierdas de perro, en barras de cosmético. En las navajas del peluquero. Sobre las cuerdas de las guitarras. Junto a los vómitos de los borrachos. Entre el aire lleno de palabras. Hacia tazas volcadas. Untuosas, pringosas, babosas salpicaduras. Cristales de azucar. Cristales de sal. Salta. Vuelta. Chupa. Gira.

Sobre parafangos ensangrentados. Entre despedazadas vitrinas. Sobre paredes demolidas. Entre nervios, huesos, rostros seccionados. Sobre el quebrado acero. Entre quemados plásticos. Hacia cuerdas reventadas. Sobre aplastadas latas. Entre desgarradas telas. Desparramadas. Perforadas. Triza-

das. Calcinadas. Fragmentadas. Retorcidas. Sangre. Carne. Flores. Hierro. Vidrios. Hierro. Flores. Carne. Sangre.

Desde el aire exterior, salta. Desde el astillado cristal, vuela. Por los labios de los cien transeúntes, pasa. A los labios de la mujer que camina a tu lado, vuela. A la comisura de tus labios. Llega.

La puerta del apartamento se abre dejando pasar la luz del rellano hasta la penumbra interior donde culebrea sobre el cuero y los cierres metálicos que oprimen la carne de Annette que avanza haciendo repiquetear cierres metálicos y cueros cuyas texturas culebrean con la luz exterior del pasillo donde se cierran las puertas plateadas del ascensor que se reflejan como en un cristal en el casco plateado de Annette donde se vislumbra invertido el apartamento hacia el cual avanza entre la luz del rellano que corta la penumbra culebreando sobre cueros y cierres metálicos y flores que se reflejan en las escamas de hierro y de vidrio del chaleco de Alfiero que fulguran en la penumbra de la puerta del apartamento que se cierra mientras retumban los compases del *Inmigrant Song* de Led Zeppelin.

hola niña

hola y tú cómo estás

tremendísima y ese pavo de dónde lo sacaste

y cómo está esa depre porque tú siempre estás depre verdad en cuanto coges la depre te apareces para cagarle a uno la nota con algún pavo a enseñar el pavo como para echártela de que no estás depre en cambio una sí una sí dice que está depre y no le para a esa vaina de estar depre y entonces la que termina depre eres tú porque te encanta esa vaina de venir a coger la depre, niña, pues a mí me importa un coño que estés depre o no esté depre esa es vaina tuya aquí nadie tiene que ver un coño conque estés depre y además aquí nadie le para a esa vaina, quién ha visto, venir a pasearle a

uno su depre así como quien trae una gran vaina a mí me dan risa estas vainas de la depre porque aquí no te va a parar nadie y entonces vas a coger la depre por el lado de querer que nos sintamos depre por no pararle a tu depre y entonces dices que es el jueguito del desagradable para ver quién agarra primero la depre, porque eso es lo que tú piensas, que es un jueguito de una para joderte, porque tú eres la que te la pasas con jueguitos, francamente, chica, y tú crees que una se va a empatar en esa vaina para joderte, sí, porque eso es lo que tú piensas de una, que todo es una vaina para joderte con la vaina de la depre porque eso es lo que tú crees que la vaina es un jueguito esta vaina de la depre.

Su cédula, su libreta del servicio militar, su certificado de salud y su carnet electoral le pedían a todos los detenidos de la Rifa de Mujeres mientras cacheaban en busca de navajas, hierba, volantes de la organización clandestina y formularios hípicos falsificados. Salieron por partes iguales los que no tenían documentos y los que no tenían profesión u oficio conocidos. Yo, sin ninguno de los dos, fui objeto de disputa. De un camión me halaban para el otro. Me metieron al camión de los sospechosos pero también entré al de los indocumentados. Me encerraron en el de los que no tenían profesión conocida y caí en el de los que no tenían servicio militar. Y también entré en el de los políticos. Y recalé en el de los extorsionados y me empujaron en el de los que no van a regresar más. Y en el camión de los locos me encanaron, y al final no sé en cuál camión me fui. Yo rodaba en todos al mismo tiempo, entre el olor a vómito y a gasolina. Por las rendijas de la jaula veía pasar barrios con perros flacos y avisos de neón rotos. A planazos nos bajaron y nos hicieron desfilar por el pasillo hacia el calabozo. Escándalo de silbidos y de ollas golpeadas nos acompañó hasta un cuarto grande, con el piso lleno de periódicos vomitados de plastas de mierda. Al vernos se levantaron los otros presos

y las moscas. Esos nuevos, pásenme para acá esos nuevos. Esa carne, pásamela para la contribución. Ahí.

En la oscuridad del apartamento, uno de los melancólicos enciende un cigarro: su carne un manchón rosado con el rictus que le encaja el pitillo: por reacción en cadena los melancólicos encienden cigarros: manchas rosadas que palpitan y desaparecen, cristales, luciérnagas: rictus desencajados: ojeras en contraluz: aparecen, desaparecen con las chispas de los yesqueros, como lunas en eclipse.
Se borran.
Yastá
yapasó
yastoy mejor sí mejor
porque yo lo que tenía era una nota tú ves una maravilla la nota con el pavo y con la moto lo que pasa es que se me friqueó la nota porque entré y no sé por qué se me friqueó la nota tú ves con la miradera y la risita y la vaina y eso fue lo que me provocó el pasón niña tú ves la vomitadera en el lavamanos la cosa pero no, tan cariñosos todos, ya no estoy pasoneada, tú ves, el down es lo que tengo, eso es lo que me pasa niña que estoy down, te fijas, es un down que me viene este down que no lo puedo soportar que me dura tanto que es un yeyo porque eso es lo que yo estoy enyeyada tú sabes cómo es el yeyo que es como un down pero todo divino él todo un yeyo en que te cagas en la gente porque eso es lo que me pasa a mí que yo me cago en la gente y por eso me la paso derrapada, tú ves, que ni sé de donde vengo ni adonde voy y las vainas se me vuelan y los amigos me preguntan cómo sigue ese derrape, ahí, chica, que todo una mierda, que la vibración una cagada hasta que me conseguí a Maic que estudia sicología y él me aclaró que estaba enrollada, claro, esa es la vaina, mano, el rollo que no la deja a una sentar cabeza, y cómo es la vaina, que con

quién estoy enrollada, bueno, ahí está la vaina, contigo es que estoy enrollada, pues, ahí está la vaina, estoy enrollada contigo porque no me paras, pues, porque bueno, me paras, sí, me haces caso, está bien, pero no en el sentido que yo te digo que me pares, porque eso no es pararle a uno y yo sé que tú lo que dices es bueno y qué coño es el rollo de esta caraja, porque eso es lo que piensan inmediatamente, que una está enrollada porque no le paran, bueno, y acaso tú eres gran vaina para que yo esté ahí pidiéndote que me pares, no, coño, si una es la que no les para, ese es el rollo que creen que una les está parando y no les para, qué les va a parar uno, si uno se los vacila, y allí está la vaina con todos esos güevones que no se dan cuenta de que una se los vacila, ves, que una hace como que les para para que ellos crean que una quiere que le paren y entonces una se los vacila porque les está todo el tiempo vacilando la pinta, porque ese es mi rollo que yo vacilo para descargar okey porque yo siempre ando descargando porque a mí me dijo una amiga que estuvo en tratamiento que hay que descargarse diciendo todo lo desagradable y reunirse para descargarse tú ves y si tienes un rollo lo descargas y yo te digo que eres una mierda okey y así descargo y tú me dices que soy una cagada okey y nos descargamos buscándonos el rollo y otra cosa de la descarga es que si por ejemplo tú me caes mal no es que me caes mal y se acabó sino que yo analizo te fijas y cada vez que converso contigo voy analizando por qué me caes mal te fijas y te digo qué es lo que me cae mal en todo lo que haces te fijas cada vez que nos vemos y así una se reúne siempre con la misma gente para descargar te fijas y una así ya sabe por qué le caen mal te das cuenta y ya a una le conocen por donde viene la descarguita y se reúnen porque les gusta la descarguita te das cuenta y la vainita y la descargadera y por eso dicen que una siempre anda con la misma vainita y dale con la vainita y la descarguita descargandito siempre con la vainita, y provocan la vainita y siempre están con el mismo temita que si le dije que le dijeron que le iban que

la rechazan a una porque una está con la descarguita, y por eso se la pasa una todo el tiempo ahí descargandito ladillandito ahí con la misma vainita y la misma descarguita y cogen el tema de que si una está muy descargosita, pero no es descargosita, es el rollo que una lo está descargando y qué coño le vas a parar a eso, porque yo te caigo mal, verdad, qué coño le vas a parar por qué yo te caigo mal, ahora tú no has analizado por qué yo te caigo mal, bueno yo sí voy a analizar por qué te caigo mal, por la madurez, esa es la vaina que como no tienes madurez te caigo mal a causa de la inseguridad y por eso es que me estás vacilando pero te tienes que calar la vainita verdad claro porque te encanta la vainita porque siempre es la misma vainita coño y vas a entrar en la vainita porque por eso es que no me paras porque te haces que te estás vacilando la vainita porque tienes miedo de la vainita porque eso es una defensa y por qué vas tú a discriminar a la gente porque esté en la vainita, porque te sabe a mierda, verdad, porque te vacilas a la gente, verdad, porque discriminas a todo el mundo y crees que te los estás vacilando verdad

tocando el botón de una lámpara Alfiero enciende una luz que por un segundo ilumina las pintas las caras las frentes ralas las patas de gallina los vientres flatulentos de los melancólicos

que emergen como cera derretida de sus disfraces de adolescentes y cuando Alfiero retira el dedo de la lámpara vuelven a caer en la oscuridad

Contribución, contribución. Pásame esos nuevos para la contribución. Bienvenidos chamos al penthouse el centro de la categoría y de lo divino, okey, los nuevos y los giles contra esa reja, okey, los que tengan pintas dan las pintas y los que tengan zapatos dan los zapatos, okey, y los que tengan luca caleteada dan la luca, y los que no tengan nada dan nalga, porque esta es la banda de los Poderosos, okey, pásamelo que me lo disfruto, pásamelo que me lo gozo, pásamelo que pásamelo que al que se descarrile lo agarrran los panas que son los chuceros, okey, cortada con chuzo le sale al que se

descarrile, okey, pásamelo para complacérmelo, no, al señor no, que es religioso y hace oraciones y echa daños y ensalma y da indulgencias, al señor pónmelo para la diestra, que me fume tabacos, que me desencanen, que le prenda velas a la Mano Poderosa, que me den palanca con los tombos, ay, y qué fué, qué es esto, las señoras, pásamelos paracá la Missmundo la Primeradama la debutanta, deshabillé, mano, deshabillé, broder, deshabillé es lo que no sale con música lenta, que les bajen los pantalones que pásamelo pásamelo ques mío avisao ques mío avisao que le sale el chuzo al que me lo enamore avisao que no me lo quita nadie ay papacito ay que ricura yo te protejo papacito questás rico papacito ques mío que brinque como Missmundo que no me lo jugunguen ques mío, que me lo miren pero que no me lo atoquen, ay, que me voy, papacito que me voy, papacito, que los bacanes me los pongan contra esa esquina, que me traten bien a los que traen burda de billete, que a los paqueteros no les den chuzo, que a los aguantadores me los cuiden que hay que estar bien con la muna que hay que estar bien con el comercio, que a los conectes que nos consiguen datos y a los campaneros que nos consiguen negocios me los traten chévere piña me los traten suave me los traten fain que a los chulimanes les den fresquecito les consigan colchoneta que nos consiguen conectes con las gebas, que los fabricantes de célula chimbas que los soplones que los chivatos y los que nos vienen a apilatar los traten bien, que hay que estar bien con la jara, ay, papacito, pero si te mueves como la Missmundo, papacito, ay papacito que nos canten marcha nupcial questá divino el papacito que nos case monseñor que nos case ay, pero un momento, epa, los arrebatados para esta esquina que disfruten de la belleza, dámele casquillo a esos arrebatados, que repartan la mõta, que suelten el perico, porque óyeme esa periquera de los arrebatados que se soplaron de la diplomática, que se discursean y que cantan y que recitan con esa diplomática, pero óyeme que conferencian, pero óyeme que congresean, pero óyeme que diputan, pásame ese pomo, sóplame esa nieve hín-

came esa aguja, préndeme ese chucho dámele a ese bate, de la pata, da, mano, hay que ponerse en una nota, mano, otra patada, mano, questoy arrebatado mano, que me arrebato, mano, en este chou, que brinco, mano, que disfruto de la belleza, hay que ponerse en una pinta, mano, que me periquean, que me televisan, que me entrevistan, que me juramentan, que me montan en naves con moscas, mano, hay que ponerse en una nave, chamo, que yo les quiero ingrupir que estamos en la belleza, pana, que esto es un sabor, bróder, que esto es una conga, chamo, que manden a buscar seconal con un correo, que me traigan tinner para oler, hay que ponerse en una goba, broder, ay, papacito, no llores papacito, ay, Jalisco, no te rajes, que qué le pasa a este papacito, que está sicosiao que está tostao que se le fundieron los tapones al papacito, pero óyeme que óyeme que pásamelo para donde están los sicosiaos, en esta esquina los sicosiaos que se cortan con yilé para que los saquen para enfermería pero se jodieron porque no se saca hasta mañana, que corten a ese sicosiao que se da cabezasos, que me corta la nota, que metan a los ñángaras con lo sicosiaos, a los ñángaras que están políticos, que lo que traen es líos con los tombos, que metan en la cana a los ñángaras, porque dentro de esta cana hay también cana, okey, jara en la jara, calabozo en el calabozo, okey, a dar casquillo para que los abollen, que les den duro, que les saquen música del cogote, que les aplasten esas guatacas, que les den con lo que haya, por este lado los técnicos para que les enseñen a robar a los giles, hay que ponerse en un corone, chamo, hay que ponerse en una fuca, mano, hay que pirarse de esta cana, pana, hay que ponerse en una geba, broder, menea que menea que menea el papacito, patea que patea que patéame ese bate, afílame que afílame que afílame ese chuzo, bróder, ay, qué fue, lo cortó, le dio bollo, epa, que le dieron bollo a uno por aquí, que peló gajo, que yo no voy a pagar ese ganso, que yo no fui, que fueron los ñángaras, que fue el sicosiao, que se resbaló en el agua y se clavó él mismo, que fue el papacito, que óyeme pero que óyeme, que pásame pero que

pásamelo, que monseñor le rece, que requisa pero que requisa, que planea pero que planea, que manguera pero que manguera, hay que salirse de esta zanja, hay que pirarse de esta cana, bróder hay que plantarse de esta jara, mano.

coño
que no prenda la luz
que a Annette le da la depre
claro viene a una a cagársele encima con su depre
para formar la vaina porque eso es lo que ella quiere llamar la atención tú ves así es ella siempre forma el peo porque así llama la atención y siempre algún pendejo cae en la provocación y comienza que si pobrecita, que si qué tiene, que si esto que si lo otro cuando ella lo que coge es la vaina de la depre para echarle a uno la culpa de que ella está depre quien no la conozca que la compre y no se va, coño sigue pegada de una con la vaina de la depre, tú ves, y le echa a perder a una su nota tan divina esta nota de depre porque coño ya me cogió la depre y allí donde tú la ves esa es la vainita de ella ella te enzanjona con la vaina de que anda depre te camina pasito y se esconde detrás de la puerta y tú dices coño ahí anda Annete con la depre y abres la puerta y ¡ay coño! ahí está la caraja con esa cara que se le derrite de la depre, y todo es para pegarte la vaina, por eso es la carita de pendeja, ella dice que tú le pegaste la depre y es ella coño que se te viene atrás para pegarte la depre ella, te vigila ves y se te cuelga y te llama por teléfono, ay panita, estoy depre, cómo está eso por allá, y si te caigo, y te pone más depre todavía porque el estilo de ella es la depre con güevonada ves, no es una depre sicológica que uno la analiza ni una depre de diplomática que se te pasa hablando, es una depre de güevonada, coño, porque eso se pega, ves, ser güevón se pega coño y por eso es que ella la hunde a una, güevona, yo te aviso, se hace la güevona, se

hace que es una güevonada lo de la depre para entonces pegársela a una como la otra semana que me la pasé toda pensando que me habían pasado perico adulterado y era que me había pegado una depre güevona porque la caraja es como si tuviera sarna, tú ves, ella goza haciéndose la pendeja y pegándote la depre, ahí está, yo te digo, y después dice que una es la que le pega la depre, porque esa es la vainita de ella, decir que una es la de la vainita, chica pues a mí me parece eso completamente ridículo tú ves empeñarse en que uno está tratando de pegar la depre para que entonces a uno se le pegue la depre, ay coño, ahora me viene una depre de ridículo, te fijas, me pareces completamente ridícula ay coño no prendan la luz que me parece ridículo todo el mundo, tú ves la depre que me entra es de ridículo porque viene la Annette con su depre a enseñarnos que se ha levantado un pavo todo pavo él que pasa como si se estuviera cagando en todo el mundo y prende y apaga la luz y nos encandila y nos mira las pintas cágate niña tú ves, fíjate, nos ha contemplado las pintas fíjate bien la vaina cágate cómo nos vaciló las pintas el carajo y los gestos nos los miró allá él que nos mira y nosotros con los gestos aquí, todo mirón él y vuelve a apagar la luz y la otra caraja con la depre para que se nos pegue la depre, tú ves, coño, esta es la cagada de la depre, volumen, súbele el volumen a esa mierda que están tocando coño cálate esa cómo sería si a la mierda se le pudiera subir el volumen ay coño me dio ahora sí me dio la depre

Contribución, contribución. Carajazos dan unos y los otros se defienden a carajazos. Cuerdas de veteranos amenazan con cucharillas afiladas y hojillas de afeitar. La cuerda de nuevo se defiende con el culo contra las rejas. Les tiran mierdas y periódicos. Alguien le da un puñetazo al bombillo. Granizo de vidrios. Pelotones de cuerpos semidesnudos se agrupan y se separan en la puñeteadera. Tropiezan

y rebotan contra el cuerpo del chuceado. La policía, desde el pasillo, planea las rejas. Riegan con mangueras la oscuridad. Sube el volumen de los gritos. Coño, coño, gritan los del fondo. Se cubren con periódicos y colchonetas. Maricos desnudos hacen vodevil cubriéndose con latas y ollas. Ascos inciertos en el piso inundado. Cuando el chorro te da en la boca escupes dientes. Todo lo que tocas, golpea. Golpeas todo lo que tocas. Peste de vómito. Linternas. Encandilamientos. Cloaca sicodélica del Calabozo de los Poderosos.

A la mañana, abrieron las rejas y empezaron a sacarnos. Esos presos para misa, que es domingo. Ese muerto a chuzo que lo jalen por las patas para la morgue. Ese capellán que le prenda sus velas. Esos cabos de preso que le echen manguera a los nuevos en el patio para quitarles el pegoste. Ese pan y ese guayoyo del rancho. Ese nuevo pal cuarto, para prontuariarlo, sí, tú, cómo te llamas, yo te conozco. Ponte derecho, carajito, ajá. La talla, de asaltante. Tate quieto, coño, párate ahí. El peso, de estafador. Retrato de frente, mire aquí, coño, reconocido como asesino. De perfil, mire acá. Coincide con reseña de violador. De tres cuartos, póngase así, identificado como falsificador. Quítese el pelo de las guatacas, ajá, orejas de bígamo. Esa mano de cambur, pulgar derecho de desertor. Índice de indiciado. Dedo medio de contrabandista. Anular de secuestrador. Meñique, de ultrajador de las personas investidas de autoridad pública. La mano izquierda, dame acá esa mano, carajo, ajá, pulgar de reincidente, índice de cómplice, dedo medio de encubridor, anular de instigador y meñique de aprovechador de cosas provenientes de delito. Las batatas, dame acá, esa huella plantar izquierda de delincuente contra el buen orden de la familia, y derecha, de irrespetuoso contra los cultos lícitamente establecidos. Ráspame esa melena, pelos encontrados en todos los sitios del delito. Prueba de la parafina, con la pólvora de todas las pistolas. Despellejado. Quemado con gelatina ardiente. Ahogado. Enceguecido por lunas. Súmame esas penas con esos agravantes. Da más que la serie de los números natu-

rales. Bueno, te jodiste, carajito. No me mires así que yo te conozco. Pal calabozo. El próximo.

En el cementerio, me paro ante las rejas de la tumba del doctor Milagroso, contemplo la constelación de velas encendidas por los fieles, y una cuerda de motociclistas que pasa me arroja un crucifijo de latón, que atrapo al vuelo: una chispa de sol reflejado en el latón me queda brillando en los ojos, y de ella brotan las vísceras de aluminio de las máquimas-cilindros-cadenas-varillajes-tatuajes-cascos-estrellas-franjas-cuadriculados-remaches- que destellan apenas un instante porque por debajo de ellas reaparece el color de yema de huevo de las llamitas de las velas y el blanco *desierto* de las lápidas y los túmulos funerarios: una cantera de mármol en la que la luz crecía por encima de los colores así como la lápida crecía por encima de los rasgos de cada muerto: y todo se volvía una esplendorosa *ceniza* o sal que cubría las formas y en medio de la cual las sombras eran apenas recuerdos: vino a mi mente la luz del mediodía en San Miguel y la luz de la tarde sobre una sabana incendiada y la luz de la mañana sobre una playa de fósiles blancos bañados por la sal de olas de espuma blanca y la luz del centro del sol y la luz de lo que todavía no ha sido creado: la luz demoledora que existía en sí y para sí misma y en la cual: un pañuelo rojo o una paloma o un pétalo brillan un instante para ser de inmediato desteñidos y una forma cúbica o piramidal conserva sus aristas sólo un instante antes de ser arrasada: hasta la tumba, hasta la tromba trepidante de la turba de motos trinantes con matracas y tintes y trapos, era traspasada y transparentada por el diluvio de aquella luz anterior a la misericordia: pensé que mirando esta luz se me borraría de las retinas la enemistad de la imagen: pereceríamos ambos, perceptor y percibido, en el baño de ácido y en la permanencia intemporal de aquella claridad: pero yo no quería

morir *con,* yo quería morir *sin,* después de obtener el favor de liberarme; sólo entonces accedería a esta luz o a su correspondiente oscuridad, pues a tal punto era informe e indiferente este fulgor, que equivalía a la sombra. Eché a andar. Me daba la impresión de que caminaba sobre pasillos de hueso pulverizado: la luz parecía haber corcomido las lápidas y creí caminar sobre las zanjas desnudas de aquel basurero de los hombres, y aquellas caliginosa carroña de la humanidad triturada por el mármol y el cemento pareció terminar de descomponerse en colores. En ese instante, supe que el favor me había sido concedido.

Mirá, Rubén, para que aprendais, mirá, ahí vienen los camiones, ese trae papel ese trae cartón ese ques del ejército trae colchones viejos ese otro trae de todo, esos son los que vienen a traer y esos otros camiones son los que recogen, mirá camionero, aquí te traigo más de cien kilos de papel revisá esa báscula, ah vaina, si no quiere no venda, vendo, y este que anda con usté quién es, Rubén, y quién es, guá, él es como familia mía, Rubén Montiel se llama entonces, sí, llamalo Rubén Montiel, y él va a recoger, si es posible, y va a pagar la cuota, qué cuota, ah, la cuota, no lo vas a saber tú, sí, mirá, él te va a pagar la cuota, pero qué cuota, bueno, la cuota para tú sabes, la cuota que paga todo el mundo, mirá, Rubén, no preguntéis y decíle que sí, pero qué cuota, la que tenemos que pagar aquí, a quién, al señor, a qué señor, al señor ese que mira allá desde lejos, pero y para qué, para que nos haga el favor, qué favor, para que nos dejen qué, para que nos dejen escarbar en las zanjas, mira, ahí viene uno con periódicos viejos, corré, y cuántos pagan cuota, todos, y no te has preguntado cuánto es eso.

Los recogedores acarrean sus sacos al borde de la carretera y con sus cubos apilan la basura en pirámides que con cada saco van creciendo y que con cada camioneta que llega a recoger desechos van decreciendo: la de las botellas, muy rápido; la de los trapos, regular; la de las latas, poquito a poco; la de los papeles, más con el ventarrón que con las

camionetas: Ay de Paco Aretusa, que acumula la basura que nadie usa, y de Pancho Figuere, que acumula la basura que nadie quiere. Embasurados hasta los ojos oidos nariz y boca no se han dado cuenta y siguen acumulando pirámides que crecen. En su tope vacían los sacos y desde el tope ruedan para volver a subir cargados hasta el tope. Y ay de Pancho Carite, que recoge la basura que se derrite. Y de Chucho Muela, que recoge la basura que se le vuela. Y de Juan Malave, que recoge la basura que nadie ve. Y de Toño Mayora, que recoge la basura que se evapora. Y de Martín Torre, que recoge la basura que se le corre. Y de Juancho Conde, que recoge la basura que se le esconde. Y del sabio Andreas, que recoge ideas. Y de Lucio Cabras, que recoge palabras. Y de Eloy Barrientos, que recoge vientos. Pero están locos, dice Rubén. Pero felices, dice Pablo. Les tira boronas de pan duro, como a palomas.

La mosca vuela sobre los camiones. Los camiones frenan en las curvas. Los niños se les cuelgan. Hombres con sacos de sisal siguen su paso. Los camiones hacen estallar los charcos. Cabecean en las zanjas. Tosen en las subidas. Embisten una humareda blanca. Se desvían por pistas de tierra. Levantan polvaredas. Frenan. En el culo se les abre una boca de hierro que vomita.

DEL CIELO baja la luz a centellear en el vómito cernido por las pa pa pa pa palas de los trac trac trac trac tractores que amontonan colchones frascos cepillos bujías pantaletas cartones latas sillones jergones espejos cauchos cajas botellas papeles poncheras vestidos zapatos periódicos muñecos tubos lentes teléfonos tenedores ganchos arrasados por las pa pa pa pa palas de los trac trac trac tractores, desgarrados rotos partidos sucios quebrados doblados rajados manchados quemados mordidos corroídos gastados despanzurrados torcidos descosidos demolidos deshilachados dañados podridos quebrados perforados descoloridos aplastados reventados taladrados machacados masticados descascarados por las pa pa pa pa

pa palas de los trac trac trac tractores que ciernen manchas coágulos salpicaduras placas abrasiones grumos burbujas escamas lamparones de mierda orina mocos semen pus caspa sarro menstruos sangre legañas esmegma sudor vómitos huesos carne flujo uñas cerumen sarro pelos entre las pa pa pa pa pa pa pa palas de los trac trac trac trac tractores quemando hirviendo disolviendo tiñendo empapando asperjando corroyendo fundiendo dividiendo desgarrando lacerando burbujeando cancerando leprosando tumorando llagando pudriendo desbordando las pa pa pa palas de los trac trac trac tractores

DE LAS NUBES bajan sobre la pirámide del vómito remolinos de zamuros, grises pescuezos escrotales, reflejos verdosos en las plumas azabaches. Planean y caen y bailan y aletean y levantan el vuelo amenazados por las pa pa pa pa palas de los trac trac trac tractores

DE LA TIERRA corren hombres mujeres y niños envueltos en harapos hacia la pirámide. La polvareda los envuelve. La humareda los ciega. El olor los asfixia. El brillo los deslumbra. Los camiones eructan.

HACIA EL CIELO se alzan las palas compresoras. Guillotina de la que gotean hilos de clara de huevo, de fideos, de diluida mostaza y de borra de café, peines con caspa, papeles con mierda, trapos con orina, pañuelos con mocos, algodones con pus, palillos con sarro, toallas con menstruos, vendas con sangre, hilachas con esmegma, hisopos con cerumen, gasas con flujos, estopas con legañas, metales con carne, andrajos con semen, cepillos con pelos, limas con uñas. Los hombres saltan eludiendo el camión. Sobre la zanja se arremolinan. Junto a las orugas de los trac tractores. Entre el doble espejo de las palas compresoras y de las palas cernidoras bailan las siluetas de los recogedores entre las cuales vuela la mosca. Pasa entre sus botas rotas y su alpargatas descosidas y sus zapatos gastados; entre sus sandalias

visita engarabitados dedos con callos y cuarteaduras. La mosca vuela entre los cuerpos envueltos en trapos y en monos deshilachados y en pantalones con huecos y en batas que no dejan saber si lo que está adentro es hombre o mujer: entre manos con guantes podridos pasa, de garfios y de palos se escapa, cerca de cabezas con mascarillas viejas o pañuelos o sombreros rotos o gorros de papel planea: sobre los sacos se posa: en el de Nacho Velasco, que recoge frasco, y en el de Chicho Quintero, que recoge cuerpo, y en el de Nacho Chacón, que recoge cartón, y en el de Doña Tata, que recoge lata, y en el de Juan Carrera, que recoge madera, y en el de Toña Maella, que recoge botella, y en el de Rufo Amable, que recoge cable, en el de Ña Anacleta, que recoge colchoneta, en el de Ña Auristela, que recoge tela, en el de Don Escolástico, que recoge plástico, en el de Pablo el Tuerto, que recoge ropa de muerto. Y quién es ese muchacho nuevo, Pablo. Ah, mirá, este es Rubén. Y de dónde sale. De por ahí. Cómo de por ahí. Es algo así como pariente mío. Y cómo lo llamamos. Llámalo Montiel, como a mí. Y qué recoge. Recoge papel. La mosca vuela del saco de Rubén Montiel, que recoge papel. Sobre las deslumbrantes latas, pone sus patas. Sobre el fofo cartón, deja un manchón. Sobre el papel entintado, hace un picado. Entre las virutas inventa rutas. La mosca se pierde entre las humaredas hendidas por los trac trac tractores que van empujando las oleadas de la basura. Niños juegan en aquella playa. Negras gaviotas se posan. Pelícanos de la podredumbre sobre los trac trac trac tractores que pasan volviendo y revolviendo las entrañas de la podre dentro de las cuales la mano de Rubén recoge remueve voltea pellizca araña desfolia desgarra desprende rompe despliega arruga saca, a medida que avanza el día la mosca cierra sus órbitas mano de Rubén mosca partidas de nacimiento, invitaciones de bautizo, cuadernos con garabatos, páginas de tiras cómicas, invitaciones de comunión, boletines escolares con malas calificaciones, borradores de versos,

billetes de cine, números de rifas, estampas religiosas, papeles de familia, programas de circo, fotos con mujeres desnudas, cédulas de identidad, diplomas de graduación. Y volantes clandestinos, cartas de amor, partidas de matrimonio, las páginas deportivas, las páginas culturales, las páginas sociales, los pasajes de avión, las tarjetas postales, los documentos de alquiler, las fotos matrimoniales comidas por los ácidos, las cuentas por pagar, las cuentas por cobrar, las cuentas de ahorro, los cheques protestados, los nombramientos, las destituciones, las planillas del impuesto, las distinciones, las libretas de teléfonos, las libretas de direcciones, las listas negras, esta página, las felicitaciones, los títulos de manejar, los horóscopos, las cuentas de la luz, las cuentas del gas, las cuentas del agua, las cuentas del teléfono, las órdenes de detención, los certificados de antecedentes penales, las partidas de divorcio, las actas de embargo, las sentencias judiciales, las solicitudes de jubilación, los exámenes de sangre, los récipes médicos, las invitaciones de entierro, las invitaciones a funerales, los agradecimientos, aventados por el viento, esparcidos, estrujados, todas las voces que sin ojo humano que las lea son ahora sólo manchas de tinta los nombres los apellidos las fechas el cómo dónde quién y cuándo los artículos los sustantivos los adjetivos los verbos los adverbios los predicados las preposiciones los fonemas y los morfemas última fosa de los alaridos, muertos en accidente, violada menor, noqueado en el tercer round, falleció atropellado, el rey de la elegancia, elecciones sindicales, alocución presidencial, la cumbre de la sintonía, el secreto del arte, debelado complot, expulsado del país, ganó por una nariz, se le disparó el arma, el fin del universo, la revolución, tamaño familiar, crisis económica, amenazas de guerra, felices contrayentes, la suerte y las estrellas, condecorado, felicitado, agasajado, acusado, criticado, desenmascarado, sepultado, coma, compre, vístase, use, perfúmese, vote, perfecciónese, supérese, destáquese, distíngase, adelántese, aproveche, seleccione, descubra, exija, ordene, pida, afirme, sufra, goce,

avance, pase, pare, desgarrado en tiras y en hojas por las pa pa pa pa palas cernidoras de los trac trac trac tractores: escuadrillas de sniperscopes, neurofinders, thoughscopes y wordscanning husmean los territorios devastados: nieblas de propaganda y veneno genético caen como polen: enmascaradas como unidades de auxilios médicos, las brigadas de wordscanning rastrean los nidos de palabras de la zona neutralizada: computadores analizan los nexos y las estructuras de los restos de palabras encontradas: helicópteros anfibios flotan como copos de algodón sobre campamentos de zoomtvies que miran pantallas fluorescentes: las antenas tocan los cerebros lobotomizados: los diales delatan el latir de alguna que otra palabra remanente: los ríos arrastran cadáveres de los grupos de resistencia sospechosos de contrabando verbal las células son autónomas y cada una de ellas muere por separado: cada célula conoce apenas unas letras de cada palabra: se desencadena el operativo contra la zona donde se sospecha que una fuerza subversiva está tratando de reconstruir un nombre: apenas se encuentran cadáveres que rodean una palabra cadáver de fulgor extinguido: el computador maestro descifra los nexos filológicos y las tramas semánticas: las unidades de análisis reconstruyen las huellas verbales del Escritor fascinado por la palabra palabra: en los dobles fondos de las maletas o en los entresijos del subconsciente o en quistes plásticos dentro de las vísceras o de los músculos o en las estructuras de los ácidos nucleicos los braceros pasan de un sector a otro cantidades no establecidas de palabras: en las aduanas fulguran, inspeccionándolos, los perros minoicos: palabras sutilmente escondidas en los ácidos de la memoria o en tramas de cicatrices o en las melodías que se tararean inadvertidamente: máquinas arrancadoras de ojos atornillan pantallas de televisión en las órbitas vacías: los desemantizadores surgen entre el rocío cancerígeno: los siguen cortejos de vidiotas: liquidando las palabras: las mediaciones con la realidad: diluyendo los esqueletos de la experiencia: las redes de la identidad y la memoria: volviendo al contacto directo con la sensación que se da en el animal y en el mís-

tico: sumergiendo la mente en el torrente fluido de la imagen electrónica: las patas torpes de los desemantizados tropezando entre los rocíos de veneno genético: sus grandes trompas ventean la madriguera donde el escritor fascinado por la palabra palabra fabrica los últimos proyectiles: los disfraza de piedras, de rostros o de pájaros: terremotos electroacústicos resquebrajan las paredes de las guaridas: vibraciones que producen el cortocircuito en las neuronas: en las hileras del campo de desconcentración: cuadrillas de zoomtvies colocan los detonadores de El Pus: en las hileras del campo de desconcentracción: las palabras pasan de lengua en lengua y de mente en mente: en las hileras del campo de desconcentración: el escritor fascinado por la palabra palabra incinerado por el quemador de sinopsis: en las hileras del campo de desconcentración: antes de caer ha arrojado un vómito de palabras en la oreja de otro recluso, que se convierte así en el escritor fascinado por la palabra palabra: en las hileras del campo de concentración: con pictogramas, con ondas acústicas o con posiciones corporales el escritor fascinado por la palabra palabra sobrevive como una estructura que pasa de una a otra de las mentes que son empujadas hacia los hornos nepentizatorios: en las hileras del campo de desconcentración: los símbolos se convierten en símbolos de símbolos y en símbolos de símbolos de símbolos en una compleja contrainsurgencia de significados: los vidiotas aplican test de asociación de ideas y de provocación subliminal para detectar los antes de perduración de los nombres: en las hileras del campo de desconcentración: las redes simbólicas adoptan camoflages de estática o de distribución azarística de componentes: en las pantallas de sicorradar de los antiasociadores y en los flujogramas del curso de la peste neurónica aparece el resplandor de la última PALABRA pulsando desafiante: los ojos artificiales de las cámaras cierran sus diafragmas inútilmente: el pictograma contamina sus circuitos y contagia sus bancos de memoria: en un instante penetrados por la PALABRA: para destruirla deben destruirse a sí mismos:

bombas antisemánticas   proyectiles gnosotrópicos
minas antisilogísticas   artefactos catanouménicos
chancros   zoomtvies   artiller   blindaj
transist   asoc   simbol   mem   pal
pal   pa   pa   pa
pa   pa   pa   pa   labra

GRACIAS DOCTOR MILAGROSO FAVOR CONCEDIDO L.A.

En el basurero de los hombres, herido por la perfección del milagro, abro las manos, dejo caer el crucifijo de latón, dejo caer las flores que traía y que el vendaval arrastra lejos de la tumba

AGRADECEMOSTE GRACIA OBTENIDA TU FIEL DEVOTO J.G.H.

Liberado por fin, paseo mis ojos cansados sobre la tumba cubierta de inscripciones votivas, lapidaria milagrería: sobre estas piedras. Sobre estas piedras se alza la jaula de hierro cuadrada que protege el sepulcro, y dentro de las rejas, un viejo vestido de caqui, que enciende las velas que le pasan los fieles, que llena del agua bendita de las pilas las botellas que les traen los fieles, que frota en la lápida las estampitas con la imagen que estos le traen, y se las devuelve previa propina

FAVOR NO ENCARGAR
MISAS A PERSONAS
QUE NO ESTEN DEBI-
DAMENTE AUTORIZADAS

Titilan las velas tímidas que tutelan el tintineo tantálico de las monedas en los cepillos del túmulo: miro al anciano que recibe propinas enjaulado, y es como si mirara de lejos mi propia imagen pasada: la del que estuvo encarcelado por la muerte, la del traficante de las liturgias de la repetida imagen, la del que sólo ahora obtuvo la liberación, al preguntarle a su perseguidor, ¿quién eras?

DOCTOR MILAGROSÍSIMO
ETERNA GRATITUD
DE TU SIERVO
L.J.A.G.

¿Quién eras, quién eras tú, con quien comencé a vivir desde que te maté, con quien he pasado todos los días de esta ancianidad prolongada que comenzó a mis veinte años, hace cincuenta, sin nunca realmente verte, sin conocerte, hombre de la imagen? Sombra de papel. Tumba de una efigie. En realidad, ¿Quién eras?

Camión que se abre como una mandíbula llena de dientes saltados: vomita un granizo de huesos sangrientos traídos del matadero. Catarata de carniza. Castañuelas sangrientas. Vorágine esquelética. Batalla de las osamentas por resoldarse. Un olor dulce de pringues rojizas nos da en las narices. Nos los arrojan con sus alas los zamuros. Proliferan los gusanos. Danzan con música que solo ellos escuchan. Por su peso específico, los huesos van cayendo hacia las profundidades. Asteroides calcáreos danzan en lo oscuro. Orbitas fragmen-

tadas de los cráneos se colocan en órbitas. Gusanos geométricos incrustándose en la tierra. Hervidero de larvas. Cañones siniestros disparan la babosa de sus médulas. Queremos rescatarlos para que nos miren por siempre en los ojos de los botones. Rebalan y caen en la pirámide ósea los zamuros. Coral macabro. Dentera de la dentadura. Te morderá por siempre. Con fémures de vacas dispersamos los zamuros. Sobre las apófisis y las hipófisis brilla la luz que delimita los recónditos cóndilos y las fosas y las fosetas y las suturas y las fracturas y las crestas y las vértebras. Si cada hueso fuera un animal. Las moscas, que no tienen huesos, dentro de los huesos, que sí tienen moscas. Levántate y anda. Entre las sombras de los huesos transcurren las de los huesudos que las deshuesamos amenazándonos con navajas con cachas de hueso. Tarasquean abanicos de hueso. Celosías talladas en esa piedra amarillenta que dentro de nosotros crece. La herida llega hasta el hueso. Sobre campos abrasados de sol se desploman ejércitos esqueléticos. Ruedan cráneos. Su órbitas miran hacia las antípodas. Balazos perdidos los revientan. En el medio, cadaverones de caballos embisten dirigidos por jinetes con lanzas de hueso que les repitequean en las costillas. La polvareda silba entre sus esternones. En cámara lenta, son despedazados en el aire por las guadañas de los trac trac trac tractores.

Ques el peo ques la vaina que lo corta que no lo corta que lo cortó que le den que lo jodan questo es mío no ques mío ques de nosotros ques dellos que usté no recoge hueso que yo soy el que me arreglo con el camión que los agarren que viene la Guardia que dejen el peo que viene la Guardia que te corto que te rajo que dejen la vaina mosca disuélvanse que van a tirar *pá* que ya está *pá* tiró al aire la Guardia que corran que escóndanse que no corran que les tiran *pá* que tras las latas que tras los colchones que ya pasó que no pasó nada que ya está que se acabó la vaina que se lleven al cortado que sigan en su trabajo

GRACIAS ESPÍRITU SANTO
POR EL FIN DE MIS
PENAS
R.L.

Doy la espalda a la tumba, me acomodo los espejuelos, carraspeo mientras voy saliendo del gran basurero funerario, entre cuidarores de carros, vendedores de flores, fabricantes de lápidas. Quién, quién, quién, quién. La muerte es también una empresa. Quién eras. Tiene burocracias, escalafones. Planes de retiro. Quién eras tú, que alguna vez, para crear la imagen que habría de multiplicarse y perseguirme, pusiste gesto humilde ante un fotógrafo, qué vida construiste para asemejarla a ese gesto. Cómo fuiste posando tu vida, para asemejarla a esa imagen. En realidad, quién eras. Tú, que el día de tu primera comunión cruzaste crucé los bracitos dijiste dije mientras esté así nada podrá sucederte sucederme, quién eras, nada podrá tocarte tocarme ni la ira de Dios que solo toca a quien se mueve. Imaginarás, queridísimo amigo, el gran desgano que me supone la necesidad de permanecer en este país en donde a pesar de mi exagerada modestia puedo decir que nada encuentro propicio a mi vocación que es la del espíritu. En realidad, queridísimos padres, he decidido trasladarme a ésa, donde en vista de la escasez de médicos y la clientela acomodada, puedo decir sin vanagloriarme que espero lograr apreciables ingresos. Quién eras. Queridísimo amigo, te habrán dicho que visto como un petimetre; y es para castigar mi humildísima obediencia, que todavía no se repone del desabrimiento con que mis superiores me dijeron que no estaba hecho a los rigores de la vida religiosa. Quién eras. Amigo carísimo, te envío esta fotografía que me he hecho tomar durante mi viaje al extranjero, y que de no ser por mi inveterada sencillez, me atrevería a decir que me satisface. I want a picture of myself. Very well, Sir; stand here and smile. ¿Here? Yes, Sir, smile. I dont feel like

smiling. ¡Oh Sir! you will have a sad picture. I am a sad man. I'ts ready, Sir. ¿How much is it? It is two dollars, Sir. ¿Do you think it is well fixed? ¡For God's sake, Sir! this picture is permanent, it will never fade. ¿Do you mean that this picture will outlast me? Sir, in the long run, all that will remain of us will be pictures. ¿Do you believe that when I die I will be like this picture? Sir, a picture is like a dead man: it canchange no more, it can act no more, only be destroyed. I dont want to act more, I dont want to be changed, I only want to resemble myself forever. Then, Sir, indeed this picture resembles you.

Sobre un colchón caen. Le arrancan la piel. Lo destripan. Lo sacuden. Lo deshuesan, le sacan el esqueleto de alambre. El camión eructa y baja las palas compresoras. Saltan, sacando los almbres de la vía de los trac trac tractores. Desde lejos, sentado en un sillón desventrado, los observa Don Figueres, entre los montículos de la basura que nadie quiere.

Brilla hiede hiere: humea: mancha: quema: tiñe: raspa: ciñe: con sus muelles te perfora: vuela: te hace toser: te arranca lágrimas: antenas tiene: y cuchillos, te escupe, te elude, te corta, te embiste: te suda y te trasuda y te exuda: chispas de vidrio y de mica te lanza a los ojos: y a los dedos, agujas: y a los pies, aguijones: como el mar, tiene olas: te marea: de espuma te cubre: en sus corrientes te lleva: de aquí para allá te sacude: te rodea de gaviotas negras. Te da peces de lata y de papel y de vidrio. Te encandila. Todo sale de ella. Pero todo regresa. Sube a los cielos, como nube. Como pájaro, vuela. Como lombriz, perfora. Crece como animal. Como fuego, calienta. Como la historia, fue. Será, como las ilusiones. De mil colores se viste, como flor. Como serpiente, envenena. Muerde, como perro. Tiene todas las formas. De todas partes viene. Todo tiende hacia ella. Te espera, como a todos. Todos son sus esclavos. En ella todo estalla y se libera todo. Todo combate. Todo arde. Ya no puede caer más. Encierra todo gesto. Compendia las palabras. Ciudades achatadas. Anula las órdenes. Compensa las dis-

tancias. Enfrenta las diferencias. Es el mundo sin función. Los tractores la despeñan por un talud que va a creciendo. Contiene nuestros sueños. Nos cubrirá las caras. Este mundo es basura de otro. Así hasta el infinito. Estrellea en alambres. Moscardonea. Vive. La basura es El Otro. La basura zigzaguea. Se limpia las patas. Chupa. Mira. En espacios de perfecta geometría se hace espiral de sí misma y cae. La basura es la soledad. Todo fue besado y arrojado. Cada hombre condenado a no desprenderse de su basura. Hombres y mecanismos que se gastan uniformemente, sin dejar al final rastro alguno. Sobre la basura pastan esqueletos de caballos que arrastran las vísceras. La luz es la basura del sol. Cuerpos complejos se ensamblan en la basura y esperan. Rotas las cuerdas de todos los pianos. La basura grita. Serán encadenadas a ella las ánimas de los que la arrojaron. El muerto, para quien todo es basura. Si nos fijamos, en la basura veremos caras. La basura tiembla bajo nuestros pies y tiene profundidades. Desgarrar el vientre de la basura. Todo exceso de belleza viene a caer aquí. Cobarde todo lo que se resiste a venir. Buscar por siempre, en la basura. De noche se enciende en los cielos la basura de los mundos que estallan, y abajo en las zanjas arden fuegos fatuos y combustiones espontáneas, remolinos, bocas de fuego. Es bonito, dice Lina Quiñones, mirando sentada en el suelo.

3.11.—CATACLIX ataca las galaxias de antimateria con galaxias donde el tiempo fluye a la inversa. Remolinos de perturbación temporal. Primera sacudida de las constantes del universo.

3.12.—GNOSSOS enfrenta las galaxias de antimateria con escuadrones de galaxias leprosas, nebulosas en cuyo seno se gestan distorsiones y anomalías en la coherencia del mundo físico, tumores de paradojas y remolinos de incertidumbre que se extienden por la textura del espaciotiempo como un contagio.

3.13.—CATACLIX elude el ataque disponiendo galaxias lineales, compuestas de una sola y poco densa hilera de estre-

llas a través de la cual el torbellino de las galaxias leprosas pasa como humo por entre las cuerdas de un arpa.

3.14.—CATACLIX ataca lanzando divisiones de galaxias cuya densidad aumenta progresivamente a medida que se acercan al blanco proyectiles en llameante colapso gravitacional, bolas de materia hiperdensa que atraen todo lo cercano y van creciendo como bolas de nieve negra: remolinos que ahogan los mundos y los fraccionan en el empellón de la marea gravitatoria.

3.15.—GNOSSOS acelera las galaxias cercanas a los proyectiles hiperdensos hasta que la masa de las galaxias aceleradas tiende a infinito. Choque de los proyectiles hiperdensos con los mundos de masa próximos a infinito. Distorsión gravitatoria que cambia la forma del espacio.

3.16.—CATACLIX proyecta parte del universo de que dispone fuera del cono de Heisenberg. Proyectiles de masa negativa, tiempo inverso y velocidad infinita acribillan las reservas de memoria de GNOSSOS.

3.17.—GNOSSOS convierte en tachyones las partículas elementales de sus sistemas galácticos y esquiva los proyectiles de masa negativa saltando adelante y atrás en el tiempo y generando progresiones de paradojas temporales que aniquilan indistintamente en trampas de imposibilidad sus propias galaxias y las de CATACLIX.

3.18.—CATACLIX crea éxtasis de espacio ubicuo, donde sus galaxias están en todas partes y en ninguna, omnipresentes e inalcanzables, envolventes e ilocalizables.

Lina Quiñones que recoge jergones se encuentra con Rubén Montiel que recoge papel: en un montículo se encuentran un papel enjergonado o un jergón empapelado que no se sabe de cuál es, si de Lina Quiñones que suda goterones o de Rubén Montiel que suda hiel; que me da usted mis cartones, Lina Quiñones, deme usted el jergón aquél, Rubén Montiel, qué me da, Lina Quiñones, yo le doy mil pescozones, qué me

da, Rubén Montiel, un barquito de papel, mi jergón lo necesito porque es hora de dormir, el papel se lo reclamo porque le quiero escribir, tire aquí que tiro allá, que el jergón se romperá, tire aquí muchacho cruel, que se rasga mi papel; ruedan entre los montones Rubén y Lina Quiñones; resbalan por la colina luchando Rubén y Lina, entre el ruido de los trac trac trac, arriba Lina abajo Rubén, tractores, arriba Rubén abajo Lina, trac Lina trac Rubén trac Rubénlina trac Linarubén trac lililililinarubén trac Rururururulina trac Lirubén trac Rulina trac Runa trac Liben trac Naben trac Liru trac Lilililililililililina trac Rurururururururubén trac Lirubenalirubenalirubenalirubenalirubenalirubenalirubena

Lina y Rubén
Jergón Papel

Pírense, pírense, que la cosa está lista para que nos piremos, para cuándo es el pire, para mañana, quién nos arregla el plante, el señor cabo, cómo nos dejará pintarnos, abriendo el cofre, y por qué nos lo abrirá, por veinte lucas, con qué contamos para el pire, con cuatro chuzos, y con qué más, con una fuca, tenemos cédulas chimbas, tenemos muna, y una nave achacada, para ir a la luna, y tú qué harás cuando estés fuera, tendré una geva con cangrejera. Tendré una cueva. Tendré piscina. Y veinte pomos de cocaína. Seré político. Seré chivato. Me daré al vicio. Yo, al arrebato. Tendré conejos, vacas y flores. Tendré corbatas de las mejores. Seré banquero. Seré asaltante. Seré teniente. Yo, comandante. Yo, francamente, no sé qué quiero. Quiero ser chulo. Yo, marinero. Seré asesino. Seré adivino. Qué harás después. Yo seré juez. Tendré una nota. Tendré una muna. Tendré una nave como ninguna. Tendré una moto. Tendré una geva. Tendré una pinta. Tendré una cueva. Tendré un levante de espante y brinco. Cuándo es el pire. Será a las cinco. Ya yo no puedo más con las ganas. Será a las cinco de la mañana.

Yo estaba dormido y la voz como una mosca boba me volvía y me volvía a los oídos. Psss oiga hermanito psss despiértese que es la hora de pirarse oye usted cómo se salen al pasillo por la puerta del calabozo que la dejaron abierta, ande,

hermanito, pírese, dése el plante, píntese de colores que la oportunidad la pintan calva, ya deben de estar saliendo por el pasillo, y ese golpe, ah ese golpe debe ser que abrieron la puerta del pabellón, y usted por qué no se pira, hermanito, ah, porque ya me han creado la mala fama de chivato, hermanito, de soplón, de sapo, ande hermanito pírese que se está pirando todo el mundo, mire, por la orillita de la celda, porque todavía no amanece, pírese, hermanito, no sea flojo, no le tenga miedo al frío, no se me quede mirando así, chivato no, conversador es lo que soy, hermanito, cuentero, y mire cómo ya no queda nadie, compréndame y pírese hermanito, qué coño va a hacer uno, hermanito, si uno quiere ser chucero y la mano le tiembla y quiere ser atracador y le da culillo; si uno quiere ser aguantador y lo descubren, si trata de ser paquetero y no engaña a nadie, si uno quiere falsificar y no puede ni garabatear, si hasta dar el culo quiere uno y no se lo cogen, entonces qué más va a ser uno, hermanito, yo me voy a confesar, yo sí, coño, yo soy chivato, yo soy sapo, yo doy el soplo, yo llevo la mierda de aquí para allá yo no resisto yo no puedo, a mí la lengua se me vuela hermanito, yo trato, yo digo, coño, esta vez no, pero yo gozo porque sé que también esta vez, hermanito, yo voy a pasar el dato, yo voy a ir a acusar; de acuseta empecé en la escuela y de acusador en el trabajo y de cuidador de braguetas seguí y de malandro no pude, y de policía no me aceptaron, el fo me han hecho, con la guiña me han rechazado, el dedo en el culo me han metido, la nariz me han fruncido, en la cara me han bostezado, en la calle me han echado de patitas, tras las puertas me han colocado la escoba, el sambenito me han sacado, en la calle me han visto y me han volteado la cara, por no verme han cambiado de acera, con creolina han lavado mi paso, en la sombra me han escupido, se han reído de verme, he tratado de meterme la lengua en el culo y no he podido, yo por un pan he chivateado, y por un cigarro, y porque me oyeran hablar, y vaya usted a saber por qué, y por darme importancia, y porque la gente me dejara acercarme, y cuando no querían oírme, y de gratis, y por

gusto, y por nada, y chivateé a mi madre que me mantenía, y a mi hermano que me vestía, y al chivato que me inició de chivatero, y ahora oye clic ese clic de las luces que prenden desde las torres y esa gritería, es que estaba combinada la chivatería, y esa tiramentazón es del chivatón y esa plomacera es de la chivatera, y esa ametralladora es la chivateadora y esa fusilada es de la chivateada, ahora salga a la galería a que lo maten, o si no, lo chivateo, pero no, no salga, porque si sale no tengo a quién chivatear, no me deje sólo en esta celda con esta mierda, coño, mire que no tengo a quién chivatear ahora qué hago yo sin chivatables, ahora qué hago yo, coño, qué hago, no, que no lo dejo que salga, no, que no me dejes solo, no, que por caridad, no, que mano, no salga por esa puerta, no que por favor quédese vivo para chivatearlo, no, que no deje solo a este chivato, no que si usted se va ya no puedo ni ser chivato, no que si usted se va no puedo ni ser mierda y qué mierda es uno entonces

Corrieron por el pasillo le metieron el chuzo al guardia por el güargüero se pusieron en un M-1 un 38 corto especial y dos cajas de cápsulas agarraron las llaves de los otros calabozos abrieron cinco rejas entonces

se prendieron los reflectores, desde arriba vieron al malandrito en calzoncillos que abría el sexto calabozo y lo rebotaron contra la reja lo rebotaron contra el piso lo re re re re re rebotaron contra el centro del pasillo siguieron tirándole ráfagas cortas lo llevaron de rebote en rebote hasta el otro lado del pasillo donde soltó las llaves

que cayeron dentro del calabozo.

Se abrieron paso a tiros entraron en uno de los precintos rompieron a tiros los cerrojos del armero corrieron por los pasillos con el malandraje de los calabozos abiertos agitaron chuzos atropellaron para el patio corrieron por la pista parda dominada por las centellas de los postes de los reflectores se deslumbraron miraron un cielo plomizo desde el cual empezó a lloverles plomo hicieron fuego contra las torres y las

garitas saltaron cercas dejando tiras de piel en los alambres se torcieron los tobillos cayendo en una pendiente de basura se atragantaron en las aguas podridas del río fueron reventando uno a uno, con las ráfagas cortas que les remachaba Alonso desde la garita.

Rubén recoge tablas y Lina recoge zinc Rubén recoge clavos y Lina recoge alambres Rubén recoge cartón y Lina recoge piedras Rubén desmonta las malezas y Lina lleva las tablas Rubén clava las tablas y Lina amarra los postes Rubén clava el cartón y Lina coloca las láminas Rubén sujeta las láminas con las piedras y Lina lleva un jergón y Rubén lleva papel, Lina prepara el fogón, Rubén hace fuego en él, y Rubén rasca a Lina y Lina despioja a Rubén, se lavan en un tazón, se acuestan en el jergón y se miran como son

Y se da la partida y toma la delantera pantalón caqui camiseta blanca seguido de cerca por calzoncillo blanco camisa azul y conquista posiciones intermedias pantalón verde sin camisa mientras presiona por el lado de afuera pantalón gris camiseta blanca cede posiciones pantalón caqui camiseta roja se adelanta pantalón verde sin camisa gríngolas rojas y cae mientras avanza pantalón rojo camiseta roja gríngolas rojas y doblan la curva de la garita norte pantalón azul camisa roja gríngolas rojas dejando atrás a camiseta roja pantalón rojo gríngolas rojas se defiende fuertemente contra garita sur pero cede posiciones pantalón rojo camisa roja gríngolas rojas y pasa distanciado del pelotón calzoncillo blanco camiseta blanca gríngola roja camiseta roja calzoncillo rojo se rinde sobre la pista y enfilan por la recta final de la garita oeste: pantalón rojo camiseta roja calzoncillo rojo camisa roja martingala roja gríngolas rojas se disputan las posiciones en final estrecho frente a las alambradas.

Ráfagas cortas de Alonso. Nubecitas de polvo. Chillido de los postes de metal alcanzados. Chispazos de los alambres. Caen los presos intentando el salto. Alonso apunta y los remata. Después dispara contra los guardias y los policías de civil. Dispara contra los curiosos que se arremolinan en la calle. Dispara contra las ventanas de apartamentos lejanos. Y contra el cielo. A sus pies, un morral de tela verde repleto de cacerinas.

Desde el calabozo, yo contemplaba la luz que venía a alumbrarme y las moscas que venían a buscar la mierda y los agentes que venían por el chivato. Lo agarraron por el cogote y lo acusaron de chivatearle a los chivateados el plan de ley de fuga, preparado para liquidar a los ñángaras, y él me acusó de chivatear el chivateo sin ver que se chivateaba, y cuando lo comprendió ya lo arrastraban fuera, sobre los periódicos embarrados de mierda. Con un M-1 en la nuca lo hicieron lamer la mierda de los periódicos y su propia mierda y la de la canal del patio y la de los sanitarios colectivos y los urinarios y la sangre del guardia chuceado. Yo vi cómo le explotaba la cabeza con el tiro. Un torrente de sangre le bajó por la lengua como por una cloaca. Frente a la enfermería, remataban los cuerpos que todavía temblaban. A mí me llevaron al cuarto de los prontuarios y me estuvieron pegando hasta que fue de noche.

Oye y aquí no hay cloacas, no no hay en ningún lado, y no hay agua tampoco, una fuente allá abajo, y luz, a algunos ranchos cerca de la carretera les llega en la noche, y dispensario, tampoco, y medicinas, guá las que recogemos, y sanitarios, botamos la mierda a la calle, y por qué trabajan aquí, guá porque no conseguimos trabajo en más nada, y cuánta gente hay por aquí, no sé habrá unas como quien dice, cómo como quien dice, es que no sé contar, y cuántos niños mueren, un pocote, y qué se hace con las ratas, nada, y con las moscas, nada, y escuela, no hay escuela, y a qué precio les compran lo que recogen, al que les da la gana pagar a los camioneros, saben que los camioneros revenden a cinco veces lo que les pagan, no sabía, y qué hacen cuando hay lluvia y se

caen los ranchos, guá nos jodemos, y cuando viene la policía a sacar gente, nos jodemos, y transporte, no hay transporte, y no tienen sindicato, no qué es eso, para ayudarse para defenderse, guá aquí cada uno se defiende solo, entonces no hay nada, aquí lo que hay es la gente del Caribe, que cobra una cuota de quince bolívares, ¿mensuales?, sí mensuales, y si todos pagan eso da como... guá una realá, y qué les da Caribe, guá nada, y por qué le pagan, guá él es político, y si no le pagan, ay Rubén no preguntes, y qué es eso de los políticos, aquí vienen cada cinco años los políticos a prometer felicidad y pesetas y pintan propaganda y regalan comida para que uno vote por su candidato y la otra vez para que no se nos olvidara el color de la tarjeta regalaron cubos con comida teñida y después estuvimos cagando mierda de colores durante toda la campaña

AGRADECÉMOSTE
DOCTOR MILAGROSO
PETICIÓN CUMPLIDA
B.B.D.O.

Distraído por el arrobamiento del favor concedido, apenas me doy cuenta de que he llegado al muro gris donde terminan los colores del cementerio. Tras él, el muro gris de la ciudad con su grisácea acumulación de cubos cubriéndose los unos a los otros: cubil de donde sólo pueden nacer cubos: y hierro: y astillado y geométrico vidrio: en el cubo vacío de la calle inmediata, los gamberros de las motos, con aerosoles y con marcadores y con tizas signaban el concreto con los símbolos eternos del culo, del pipí y del coño de la madre: gargarizaban esgarrando de la garganta gargajos para garrapatear gárgolas fálicas: falcones, falomas, faláricas, falsas formas estrafalarias: falos famélicos y masas encefálicas destilaban gotas triunfálicas sobre los moños y retoños de los coños, sobre los estrellamares de los culos: soles mágicos:

ojos. Para defender la paz de los sepulcros, un piquete de policías contrapunteó plan y plomo entre el avispeo de las motos centauras que se erguían al cielo y caían en imposibles escorzos: contorsiones insoportables de los miembros y de las columnas: con máscaras polifemas y cascos fálicos los policías avanzaban en falange cúbica disparando cilindros químicos: entre ellos se debatían los animales greñudos, hiriéndolos con uñas, cadenas y talismanes: mordiscos de bocas orificadas: y entre ellas ensangrentadas lenguas: en el suelo, cayendo de las máquinas centauras, las nalgas rubias, las rajas rosadas, rubios los sobacos, transportadas por el cáliz místico de la gasolina y la mezcalina y la yobimbina: el trío de las gracias, vomitando, deyectando y orinando en la triple consagración excremental del sacrificio. El cubo gris de la jaula policial los devoraba: por las rendijas, manos o pies o rostros en el grito de la implosión final en que seremos aplastados todos, recuerdos y semblanzas de superpuestos miembros llamando desesperadamente las cornamentas de las motos centauras. En el centro, un mozo desnudo, con un chaleco de escamas de hierro y de vidrio en las manos, toreaba una bestia de hierro que lanzaba cilindros de plomo.

Ahora díme Rubén, ques esa fuca que cargas Rubén que no te la quitas bajo el trapero Rubén si no eres chota ni eres malandro entonces debes ser ñángara Rubén, y tú qué crees, por vida tuyita dime para qué es esa fuca Rubén, para llenar de plomo a uno, por qué, porque quiere que lo maten, pero cómo es eso Rubén, verdad que ni yo mismo lo entiendo, quién te metió eso en la cabeza Rubén, él mismo, cómo fue eso, me soltó para que yo lo matara, y lo vas a matar, sí pero no a balazos, cómo Rubén, mira Lina hay otras cosas, está esta gente, está esta vaina todos ellos van a matarlo, cómo, viviendo, y la fuca, mañana la entierro y te digo dónde por si acaso, no quiero saber Rubén, donde encontramos el jergón, Lina Quiñones, pero envuélvela en un papel, Rubén

Montiel, y también las municiones, Lina Quiñones, y le amarras un cordel, Rubén Montiel, y la tapo con terrones, Lina Quiñones, y le siembras un clavel, Rubén Montiel

La mosca revoletea sobre el ojo tuerto de Pablo que recoge ropa de muerto, Rubén no te metáis a redentor, sobre la cara chata de Doña Tata que recoge lata, pero si aquí nadie sabe hacer cloacas, sobre el rostro bembón de Chucho Chacón que recoge cartón, pero nadie va a querer meterse en eso, sobre la cara de perro de Ramón Cerro que recoge hierro, mejor es no meterse en vainas, sobre el gesto retrechero de Chicho Quintero que recoge cuero, quién se echa esa lavativa, yo, yo me la echo, dice Rubén y con un azadón roto da el primer golpe y la mosca esquiva el segundo golpe y el tercer golpe y el cuarto golpe y el quinto golpe, al sexto golpe lo pitan al octavo se ríen, al noveno se burlan, al décimo lo insultan, once, lo amenazan, doce, lo remedan, trece, lo miran, catorce, se callan, quince, parpadean, dieciséis, le tiran piedritas, diecisiete, conchas de cambur, dieciocho, tablas, diecinueve, cantan con el ritmo, veinte, escupen, veintiuno, sudan, veintidós, llaman gente, veintitrés, comentan, veinticuatro, apuestan veinticinco, aconsejan, veintiséis, bostezan, veintisiete, se ofenden, veintiocho, se rascan el cogote, veintinueve, tosen por la humareda, treinta. Treinta y uno Treinta y dos. Treinta y tres. A los doscientos golpes se había ido la mayoría de los curiosos y un grupo de jodedores doscientos uno apostaba sobre cuánto tardaría en cansarse doscientos dos y le preguntaban si no quería cerveza doscientos tres y le ofrecían abanicarlo doscientos cuatro y hacían ruidos cómicos con la boca doscientos cinco y le preguntaban si iba a sacar un entierro doscientos seis pero trescientos hasta ellos terminaron por irse trescientos uno trescientos dos trescientos tres trescientos cuatro, mirá Rubén que te jodes trescientos cinco que nadie te va a ayudar trescientos seis que solo no podéis trescientos siete ah verga trescientos ocho carajito no jodáis trescientos nueve que esa vaina no cala trescientos diez que te creáis enemigos trescientos once que no hay

herramientas trescientos doce que la gente está cansada después de recoger basura trescientos trece que nadie cree ya en eso trescientos catorce que ahora son otros tiempos trescientos quince ah jaiba pasame acá ese pedazo e sartén Lina trescientos dieciséis que el que mira y no ayuda trescientos diecisiete tiene sangre de Judas trescientos dieciocho y diecinueve y veinte y veintiuno y veintidós y veintitrés

Mientras la jaula cúbica devoraba la sangrienta tropa vandálica, tosiendo por la neblina química apreté el paso hacia la ciudad geométrica, ante la que me detuve como ante una pantalla de ladrillos, cemento, vidrio y metal: una muralla chata y áspera empeñada en rechazarme con sus texturas y sus argamasas. Cerré los ojos y vislumbré un empedrado antiguo, sentí en mis manos el peso de un maletín negro y de un bastón negro y de una vida. Algo me hizo voltear. Venía hacia mí, como una centella, la parrilla de un automóvil. Me arrojé contra ella. En el faro vi que me embestía la imagen de una moto que montaba un muchacho con chaleco de escamas de hierro y de vidrio. Patatúm, sonó el parafango, y patapúm, rodó por la calle un sombrero negro, patapúm, patapúm, hizo en la acera un bastón negro de puño dorado, y fui arrojado, aplastado contra el suelo, golpeado contra la mixtura de sus sustancias, cabezas de clavo, papeles desgarrados, latas aplanadas: astillas de vidrio y chapas de latón me devolvían mi imagen aplastada y reducida a sello o estampilla: sentí que había llegado a ese cabo del tiempo en que ya no podremos más. A ese paredón del cual no pasamos, porque nosotros somos también ya un muro, acaso nuestra propia lápida. Porque el mundo y nosotros somos ya solo fichas planas, archivadas dentro de nuestra mente, aglomeradas como sardinas en lata para facilitar el almacenaje. Y por eso se nos cierran también el pasado y la memoria: porque son chatos. Contrariamente a las grandes fugas y a los grandes corredores de la perspectiva y del futuro. La flota de formas geométricas lanzada por la mente a profundizar y definir el tiempo y el espacio, de regreso al puerto, trayendo el botín comprimido y cuadriculado de las

dimensiones prisioneras: los cadáveres del devenir momificados en la guarida de los ladrones: ella misma una momia. ¿Una momia yo mismo? Sentí que venía lo peor. Las superficies del suelo en que yacía agonizante, comprimidas y recomprimidas, excavadas hasta el *eventramiento,* arrojaban sus vísceras: piedras: trozos de mica: cabillas: astillas de madera: alambres: engranajes: la textura de las superficies y las cosas sobrantes de mi vida regurgitadas en una pasta con estos objetos había intentado yo hacer una vida y acaso una metafísica, pero ahora me daba cuenta de que el universo era solo esta perdida lava de objetos sin uso capturados en una chatura primaria de la que la luz era solo testigo. Y que sólo quedaba: perforar: y destruir: y recomenzar: o nunca comenzar: volver al barro al barro: vomitar: escupir: agonizar: volver fragmentos los objetos y los sistemas: y acaso así vencer: destruir y destruirse encerrado en la chatura impenetrable: me incorporo, trato de avanzar y caigo. Alcé la cabeza, intentando ver las estrellas: divisé un incendio de neón, un falso estrellerío eléctrico que alumbraba los vértigos de mi agonía.

En el calabozo de los prontuarios me encerraron entre siete tombos que me pegaban y me plagaban y me plegaban y me golpeaban y me golfeaban y me solfeaban y me moldeaban y me daban en la cabeza como queriendo estrellármela como un huevo como queriendo dejar salir la clara y la yema y el mucílago y los fantasmas de cuanto había yo inventado y visto y yo mismo saldría al fin de la bóveda del mundo y de la de mi cráneo: decidí escapar. Preparé mi cuerpo para los supremos ejercicios de la magia mimética. Salté del sitio en donde antes estaba y hacia donde miraban mis atormentadores, y éstos no me vieron más. Mis atormentadores gritaron, barriendo con el área de visión de sus ojos el espacio del calabozo. Yo preveía las direcciones de sus miradas y saltaba hacia las zonas que ésta abandonaba, como quien huye del haz de luz de un faro. A medida que la búsqueda de los ojos de mis atormentadores se hacía más frenética, comencé a deslizarme entre el margen de sus imá-

genes icónicas. Colándome por los instantes ciegos de percepción que duran entre la persistencia de una imagen y la sucesiva. Sus miradas barrían la celda como un gran erizo de cuchillos, y yo me arrojaba entre sus intersticios. Gritando de terror, mis atormentadores encendieron dos, tres, cuatro linternas, y así mi cuerpo proyectó dos, tres, cuatro sombras que debí esforzarme también en mantener fuera de los conos de sus miradas, o en las rendijas entre sus imágenes icónicas. Boqueando en silencio, en silencio haciendo las prodigiosas piruetas que requerían las evasiones de la magia mimética y los deslizamientos de mi silueta real y de mis sombras en la jaula de acero, accedí repentinamente a la soledad de la existencia sobre la cual no se posa mirada alguna y comprendí el terror del fugitivo, que deja de exisitir en la medida en que sobre él no se posa mirada alguna. Supe de cómo necesitamos de toda mirada, aun la más enemiga para mantener nuestra existencia, y hasta qué punto somos aquellos que nos miran, y supe de las vidas extraviadas de un pueblo de seres que practicaba la magia mimética y que entrevivía con nosotros aterrorizado de ser el objeto de las miradas pero condenado asimismo a la disolución del ser y a la soledad. Saltando entre el tiovivo de las miradas de mis perseguidores y de mis propias sombras, entreví el mundo crepuscular lleno de solitarias avenidas y de cuartos abandonados que transitaban los miméticos, sangrando a cada instante su ser en la ascesis sombría del no ser percibidos, que les imponía todos los retiros y ante todo el retiro de sí mismos Pero no tuve valor tan siquiera para desexistir el transp torio lapso que mis atormentadores hubieran necesitado para abandonar mi búsqueda dentro del infinito finito de aquella jaula. Y regresé.

A la mañana siguiente al regresar Rubén vio que habían echado basura en la zanja abierta y no dijo nada y con las manos ampolladas levantó el azadón uno bajó el azadón dos levantó el azadón uno bajó el azadón dos y siguió cavando cerro abajo y como era domingo y no venían los camiones y la gente no recogía basura, se reunían a verlo mientras los

transistores sintonizaban los datos para las carreras válidas y el jabón que protege la blancura de su ropa y los niñitos hacían juego de cavar con trozos de latón y Lina sacaba la tierra con una olla y las comadres formaban líos de no me vaya a echar esa tierra ahí y cien pero carajito qué haces ciento uno escavar las cloacas pero solo no puedes, solo no puedo ciento dos ciento tres ciento cuatro ciento cinco ciento seis ciento siete ciento ocho está loco ciento nueve está tostao ciento diez está trono ciento once está borracho ciento doce está arrebatado ciento trece ciento catorce ciento quince ciento dieciséis ciento diecisiete pero no oíste que solo no puedes ciento dieciocho y tú, Tuerto, que le alcagüeteas la vaina ciento veinte ciento veintiuno ciento veintidós cada vez que se sentaba en el borde de la zanja para tomar agua en la botella de doña Maella la gente suspiraba con gesto de se acabó el chou pero seguía cuatrocientos uno cuatrocientos dos cuatrocientos tres y entonces lo rodearon Pancho Aretusa y Paco Figueres y Pancho Carite y Chucho Muela y Juan Malave y Toño Mayora y Martín Torre y Juancho Conde y el sabio Andreas y Lucio Cabras y Eloy Barrientos, y escarbaban con las orejas, y con las uñas, y con las bocas, y se formó pitadera de locos y de ociosos que hicieron música con las latas de doña Tata y con los frascos de don Velasco y con las maderas de Juan Carrera, cuatrocientos veinte, y Rubén sintió un coñazo de dolor cuatrocientos veintiuno que le subió del estómago cuatrocientos veintidós pero lo resistió por Lina cuatrocientos veintitrés y quinientos y seiscientos y oía gritos y aplausos y alguien le quitó el azadón de la mano diciéndole con permiso y a su lado vio a Juan Carrera cavando como una fiera y a Rufo Amable cavando incansable y a Chucho Chacón como un campeón y a don Velasco cavar sin asco y a Chicho Quintero cavar certero y a Don Escolástico cavar elástico seiscientos uno, seiscientos dos, seiscientos tres

LA PUERTA

Alfiero deja atrás la sala de la heptasteria de los melancólicos y profundiza en los pasillos. En estos se le interponen puertas. Por las puertas accede a túneles donde se le interponen puertas que son reflejadas por espejos que a su vez son puertas. Las puertas reflejan puertas que a su vez son puertas que reflejan puertas. Cada vez que Alfiero traspone una puerta sus reflejos trasponen múltiples puertas que reflejan múltiples imágenes que trasponen puertas. Alfiero abre una puerta.

LA PUERTA

1) Reflejo de Annette sentada en el suelo y con las piernas abiertas, en un espejo de mercurio donde resplandecen las uñas de los pies pintadas con mercurio y las uñas de las manos pintadas con mercurio que refleja anillos con tréboles de latón y corazones de plástico que tintinean contra pulseras plateadas.

2) El pelo platinado cae sobre los párpados cerrados engrasados con base plateada. Apenas el aliento desorganiza unas hebras. Los pezones espolvoreados con mostacilla de plata.

3) La enagua plateada apenas deja ver algunos vellos. Una yerta arruga de seda intrinca sombras y reflejos.

4) Una gotita de sudor cae de cada axila pero se evapora antes de llegar al codo.

5) En los lóbulos de las orejas zumban zarcillos en forma de mosca.

6) La penumbra del aposento se abre en puertas y reflejos de puertas que se abren.

LA PUERTA

Acercaos a esta puerta. ¡Ah! Sentiréis con horror que no es una puerta ordinaria. Sus molduras han sido hechas por ingenioso artífice con dientes arrancados a plañideras vírgenes. ¿Qué decir de sus bisagras, donde la mirada experta podría reconocer huesos provenientes del cráneo de padres amantísimos? Ornamentos ingeniosamente trenzados con nervios; clavos hechos de falanges amputadas: el aceite que humedece sus bisagras no podría decir lo que es: algún demonio dará cuenta de qué cavidad u órgano ha sido extraído y por qué medios: la mirilla es un ojo arrancado de nívea princesa mediante navaja de múltiples hojas: hostias profanadas completan dibujos de negras orgías en cada uno de los paneles de esta abominación. ¡Escupid, sí! ¡Escupid un bilioso gargajo sobre estos órganos profanados! Escupid y comenzad la crucifixión del niño que, engañado, con falsos pretextos, llevando él mismo en su manecita los clavos, habéis traído hasta el umbral de esta puerta.

LA PUERTA

He aquí la gran puerta, me dije
Exactamente hecha en su peso y medida

Sólida y maciza como la deseó el leñador que devastó los troncos húmedos de rocío
Esta puerta es una palabra
¿Acaso la enviaré hacia ti?
Madre natura conceda a mi lengua al pronunciarla el goce que tuvo la mano al hacerla
Y tus oídos la escuchen
Cuando ni yo ni ella
Bloqueemos más la luz.

LA PUERTA

Así, junto al mar, proyecté esta puerta tal como la quería mi sensibilidad sobresaltada y polimorfa, la puerta toda como de una madera reseca y amarga y sin embargo rica a la vista y voluptuosa como un hígado, para, ante ella, erectos los bigotes en una tensión eléctrica e insoportable hasta materialmente *echar chispas* como solo lo pueden hacer los grandes paranoicos, con las lenguas de mis ojos —pues nada hay tan semejante al ojo como la lengua— mansamente lamer las úlceras y las lepras de sus vetas apercibiendo los placeres de esta delectación, materialmente babeando hasta consumirme y consumir la puerta —en la precisa hora en que el sol, como una cereza, enciende e incendia las fronteras del cielo— en una gimiente, gastronómica y sutil catarata de miel en donde vendrán a hacer panales las abejas de mi apoteosis.

LA PUERTA

En la calle están quemando todas las puertas
Ahora nos paseamos por los cuartos posibles: y no encontramos cerrados: ni escaparates: ni aparadores: ni cerebros
En cualquier sitio nos echamos a dormir. Pero tantos parques que caminar. Tantos cuadros que ver.
También quemamos las armas. Hay tantas humaredas. Revientan besos y cartuchos.
Ven muchacha si acaso te gusto y si no, separémonos riendo.
Cuando haya terminado nuestro día, también arderemos.

La zanja es primero un agujero pero alrededor se le forma una bolsa de curiosos y es una gástrula pero alrededor se le forma una segunda bolsa de curiosos y es una blástula pero la zanja crece y se extiende y es una columna vertebral porque hacia ella y desde ella van y vienen todos los mensajes y se amontona el gentío y se acercan los policías que dicen circule circule y los políticos que ofrecen felicidad y pesetas al votar por el candidato democrático pero el sol de la tarde quinientos uno se los lleva a todos quinientos dos y sólo deja el hierro quinientos tres la greda roja quinientos cuatro el sol quinientos cinco el hierro quinientos seis la greda roja quinientos siete el sol quinientos ocho el hierro quinientos nueve la greda la zanja apunta hacia la ciudad mil uno como un dedo mil dos y todos como locos mil tres excavan mil cuatro llenan sacos de tierra mil cinco y sacan restos de picos y azadones de la basura mil seis y le tiran piedras a los policías mil siete que vienen a pedir su cédula por favor su cédula mil ocho y dónde está su permiso mil nueve y quién es el jefe aquí mil diez y qué vaina es esta mil once circulen mil doce desalojen mil trece llueve un diluvio de basura mil catorce tras los ranchos se esconden bultos envueltos en harapos mil quince al irse la jaula mil

dieciséis la zanja sigue bajando mil diecisiete hacia la ciudad mil dieciocho como un pasillo y entonces llegan los sapos con camisas floreadas y zapatos de dos tonos y grandes sonrisas y bajan entre el silbido dos mil que entona el chachachá dos mil uno los marcianos llegaron ya dos mil dos, ¿el jefe? dos mil tres, por ahí anda dos mil cuatro él nunca viene dos mil cinco no hay jefe dos mil seis aquí todos son jefes dos mil siete él es bajito dos mil ocho él es alto dos mil nueve es un gordo dos mil diez es un flaquito dos mil once él es catire dos mil doce él es un negrito dos mil trece él se murió dos mil catorce él es marciano dos mil quince tiene dos cabezas dos mil dieciséis se fue a la guerra dos mil diecisiete montado en una perra dos mil dieciocho es espíritu burlón dos mil diecinueve es aparecido dos mil veinte es milagroso dos mil veintiuno echa candela dos mil veintidós no tiene pellejo dos mil veintitrés está preso dos mil veinticuatro baila todo el tiempo dos mil veinticinco rompió las cadenas dos mil veintiséis desató el apocalipsis dos mil veintiocho está muerto dos mil treinta lo mataron a tiros dos mil treinta y uno le rompieron el cráneo dos mil treinta y dos se volvió lo que no era dos mil treinta y tres aprendió a abrir las puertas dos mil treinta y cinco no no sabemos quién fue dos mil treinta y seis nos olvidamos dos mil treinta y siete y adónde va esta zanja dos mil treinta y ocho a San Mateo quién la comanda dos mil treinta y y nueve Cachucha e Peo

Alfiero abre otra puerta: desde el pasillo entra en la cocina del apartamento: sobre el sumidero, ollas, destapadores, cubiertos, botellas, peladuras de papas: los hechos concretos: abre una botella de gaseosa: el líquido sale en borbotones anaranjados: cada borbotón aerodinámico: con reflejos de las panoplias de cubiertos: porcelanas: vidrios: cajas: vaho de detergentes: vapor de jenjibre: no volveré a pensar nunca, anaranjado: efervescente: borbotones que caen de la botella en el sumidero lleno de cucarachas con antenas filosóficas: quizás ellas saben: tejer los nudos necesarios o destejer los innecesarios: los borbotones siguen cayendo: mer-

curiales: golpeando contra el aluminio: Alfiero piensa que todo se desencola: abandona la botella a la curiosidad filosofante de las cucarachas: excavar la salida de la cocina: escapar de la presencia de las cosas: una presencia que no sugiere otra cosa que su propia presencia: un sistema de desplazamientos, movimientos y transiciones obediente a demasiado armónicos latidos: acaso el movimiento de las antenas filosofantes: acaso demasiado armonioso el ballet de la presencia de las cosas que se extiende desde ese centro a los confines más remotos: soportarlo dentro del conocimiento de que aquella soportación entra en el ritmo: insoportable: dos estrellas se encienden en los oídos de Alfiero: encuentra la manera de cruzar la puerta: mover el cuerpo ordenadamente en la corriente de música que se desprende de las cosas: dejar de ser entrando en el ritmo: al mismo tiempo siendo: Alfiero intenta dejar el ritmo: colgante como un cadáver queda la mitad de su cuerpo que no sigue las ondas: de su cuerpo parten ejes: sobre ellos reposa el mundo y su sujeción al ritmo: del gusano luminoso de su médula parten los ejes de los miembros: de los cuales los ejes de la rueda universal: de los cuales los hilos de la telaraña de luz que mantiene todo el conjunto: concéntricos anillos de la danza que giran hasta el infinito: cada uno resonando de los más pequeños: cada uno engrandeciéndose: laberinto de órbitas: por mutación de compases: obtener de los gestos un ritmo: que se desborde y vuelva dentro de sí mismo: por mutación de los gestos: obtener de los ritmos un desborde: que mute y vuelva dentro de sí mismo: por obtención de desbordes: compasar de las mutaciones un gesto: que gesticule del ritmo en: por obtención de compases: gesticular de las mutaciones un ritmo: por compases y secciones armónicas *agrandándose:* por circunferencias y centros: *girando:* en espirales concéntricas: *convolutiendo:* en un latido: *golpeando:* como una oleada: *creciendo:* fascinado Alfiero hasta el punto de no ocurrírsele degollar aquella armónica masa: rosa de las resonancias: densa danza: *naciendo:*

Cayendo del vacío donde no se posa ninguna mirada, regresé al calabozo, entre el círculo de mis atormentadores. Quienes fijaron su vista en mí. Pero yo llegaba transformado de ese mundo en el que, durante breves instantes, ninguna mirada me había impuesto la obligación de continuar siendo yo o de tenerme como punto de referencia con respecto al mundo y a los otros seres. El sombrío mundo de los miméticos me vomitaba informe y viscoso como una regurgitación. Y, si bien mi cuerpo seguía siendo físicamente lo que había sido, mi mente, filtrada por la umbría pantalla de la nada del mundo de los miméticos, fluía como un bolo a medio digerir, sin forma propia y asqueada de su existencia. Y así, viscosa y protoplasmática, adoptando la forma del túnel por el que caía que era el destino que la aprisionaba, mi mente se lanzó a la evasión de la magia pantomímica, y por ello, en el instante en que caí del último salto, adopté el gesto las ideas los propósitos la forma de moverse del más alejado de mis atormentadores. Experimenté así cómo un ademán crea un cuerpo e inventa un alma. Para mis atormentadores, que en ese momento me vieron, parecí ser uno de ellos —el que en ese instante, por estar más retirado, no miraban— y la prisión de sus ojos hasta tal punto me corroboró en la identidad que había asumido, que me sentí atormentador, y, con ira, volteé a todos lados buscándome como quien persigue una presa. En ese instante, el atormentador a quien yo suplantaba comenzó a dirigir sus ojos hacia mí. Moviéndome rápidamente, asumí los gestos y los movimientos de otro atormentador que en ese instante dejaba de mirarme y así cuando mi doble llegó a divisarme yo había pasado a ser otro doble que a su vez lo miraba. Salté así de caracterizar un atormentador a caracterizar otro atormentador de modo que los siete atormentadores en aquel cuarto contaban ocho hombres que eran siempre ellos siete dentro de la zarabanda de haces de luces, sombras y conos de las miradas. ¡Sombras chinescas! ¡Carrousel claroscuro! Transformándome sucesivamente en mis distintos atormentadores dentro de la jaula de los tormentos, dejé de ser yo mismo y pasé a

ser el atormentador y corrí hacia atrás en los pasillos de la memoria de ese atormentador y pasé a ser un hombre a quien el atormentador atormentaba y pasé otra vez a atormentador y pasé a ser atormentado, viajando en un mundo de transformaciones en destinos humanos que se entrecruzaban como macarrones dentro de la olla sin salida de aquella prisión en donde yo asumí una tras otra las posibles identidades, siempre prisionero, siempre máscara de gestos y actos, siempre pantomímico ¡Sombras chinescas! ¡Carrousel claro-oscuro!

En la oscuridad del pasillo, Alfiero avanza hacia Annette. Un enjambre de fosfenos los separa de los melancólicos. Estos perfeccionan su amaneramiento, cumpliendo gestos previstos e incluyendo dentro de cada gesto una ornamentación que les evita comprometerse con él, y aún dentro de aquella otro ornamento que les sirve para distanciarse del primero, y todavía las pulituras del ademán que se esconden continuamente del ademán hasta negarlo y negar la negación, para abrir la gama de los matices donde cada matiz se matiza en el inmediato hasta una desmatización ambigua que continuamente se deshace de sí misma ondulando hasta esconderse de la pretensión de esconder: tamizando la realidad con un tamiz hecho de tamices ceremoniales.

Entre ellos el fulgor de neón de Alfiero se dirige hacia el enjambre de focos de Annette: los melancólicos se defienden envenenándose con dolor: Alfiero danza hasta el centro de la heptasteria: a su alrededor revientan chillidos de murciélago: el chaleco de escamas de hierro y de vidrio los deslumbra: los melancólicos se culpan los unos a los otros· Alfiero danza solo: los melancólicos se ofrecen los objetos de lástima: las luciérnagas eléctricas de Annette comienzan a vestirlo: los melancólicos lloran albúmina: danzan Alfiero y Annette en un fulgor de luz seminal: viento de éter sopla desde los dientes cariados de los melancólicos: cuya heptas-

teria es desbordada por las figuras geométricas de la danza: los melancólicos intrigan por intermediarios: cambiar de ejes luminosos en el corte de ángulos y de bisectrices: cambian de posiciones los melancólicos: cada uno hunde la máscara de porcelana en el culo del otro: por las rendijas, lengüecillas ávidas sorben a restos de vida: Alfiero hiere a Annette en el triángulo: un trépano de neón la revuelca por los costados siete de la heptasteria: al tocar cada punta, la cabeza de Annette se enciende en un color diferente en la detonación del polvo que es como un relámpago: en sus costados se abren todas las puertas: entre puertas avanzan que dan a otras puertas: eternamente entrando el uno en el otro: el uno del otro saliendo entre puertas que son puertas de puertas:

A través de los confinados pasillos de la prisión flui, asumiendo identidades de atormentador de atormentado de atormentador de atormentado de guardia de funcionario de visitante, siempre dentro de los pasillos, los locutorios, las salas de interrogatorio, las cámaras, las prevenciones, los túneles, los pasadizos y los patios, sin salir, sin poder salir, como si ni siquiera los poderes de la magia pantomímica me capacitaran para encontrar la puerta por donde salir de la sombría jaula donde todos los papeles transcurrían entre muros y dentro de límites precisos como el tejido de la cadena de las causas. Transformándome de atormentado en atormentador de prisionero en guardia de guardia en funcionario de funcionario en director y de director en visitante logré al fin trasponer las rejas de la prisión y entrar a otros más prolongados pasillos llamados callos donde todos los papeles transcurrían dentro de límites precisos. Y así transformándome sin cesar descubrí que los destinos humanos eran pasillos y sólo pasillos. A medida que me hundía en el tiempo que iba consumiendo, transcurría por la duración sombría y predeterminada de sus instantes, nacimiento, ángulo hacia la izquierda, infancia, vuelta a la derecha, adolescencia, escalera de cinco tramos, madurez, rampa descendente de cien pasos, ancianidad, foso de cien codos. Tan inevitables en sus *vueltas* sus *recodos* sus *ángulos* sus *rejas* sus *cruces* sus *puertas* como

los pasillos de la prisión que había creído dejar atrás. Y ni siquiera mi habilidad de saltar de uno a otro pasillo en las intersecciones me liberaba. Aquellos pasillos cuyas paredes estaban moldeadas en forma de silueta humana, sin retroceso hacia el pasado, avanzando hacia el futuro, agotándose hasta su final. Tan sin escape seguir en *mí* pasillo como desde aquí saltar a *tu* pasillo o tú saltando al mío y transformándote en un hombre que es muerto por un automóvil y transformándote en el conductor que lo mataba y transformándote en un hombre secuestrado y transformándote en sus secuestradores y transformándote en la persona que los delataba y transformándote en la persona que ordenaba sus muertos y me transformé en alguien que peregrinaba para vengar esas muertes y me transformé en una suicida y me transformé en un prisionero de la cadena de las causas y me transformé en alguien que no se suicidó porque ya estaba muerto y me transformé en Dios y me transformé en hombre y me transformé en un muchacho de chaleco de hierro y de vidrio y me transformé en una acróbata que amaban a un prestidigitador y me transformé en el prestidigitador que la dejó morir y descubrí un mundo y hice planes para aniquilarlo y violé una colegiala y me transformé en esa colegiala y fui violado y me parí
y nací de mí mismo
y atormenté
y fui atormentado
y engendré
y fui fecundado
y me parí
y me transformé en un hombre que cavaba una zanja
Introduzco la verga y eyaculo
Cruzo los océanos que terminan en cataratas
Saco el seguro de la pistola
Desato y padezco los milagros
Escapo convertido en sombra de los calabozos
Lanzo los naipes de la guerra y la derrota
Taño arpas que vibran multiplicándose en arpas

Ardo en la llama de los bombardeos
Golpeo con la macana la frente de los prisioneros
Amaso el pan de cada día
Trazo sobre el papel la palabra palabra
Caigo herido entre cadáveres
Cobro los treinta dineros
Robo y recupero tantas veces la misma moneda
Construyo y abro todas las puertas
Corto las venas de mis muñecas
Transpongo los umbrales de El Dorado
Embisto con mi máquina cuerpos lacerados
Miro desde detrás de tus párpados
Apoyo las heridas plantas de los pies contra la tierı
Cabalgo caballos bajo la luna
Habito en todos los posibles aposentos
Escribo la lista de las delaciones
Camino herido por los soles
Permanezco en las planchas de las morgues
Dirijo la puntería de las máquinas voladoras
Caigo esclavo de la cadena de las causas
Sorbo el ñopo por los canutillos
Corro por pasillos de estrictas geometrías
Lanzo los cuerpos hacia los peces carnívoros
Descifro las tarjetas de las calculadoras
Danzo entre escamas de vidrio y de hierro
Escarbo en la basura
Escapo de los diluvios
Degenero en Dios
Asciendo a Hombre
Asisto a la muerte de los universos
Curo la piel agusanada
Acaricio las palomas
Enloquezco ante el terror de mi propia presencia
Engaño y soy engañado
Precipito galaxias contra galaxias
Aprieto en un puño dominaciones y potestades
Extraigo formas del vacío

Introduzco
Cruzo
Saco
Desato
Escapo
Lanzo
Taño
Ardo
Golpeo
Amaso
Trazo
Caigo
Cobro
Robo
Construyo
Corto
Transpongo
Embisto
Miro
Apoyo
Habito
Escribo
Camino
Permanezco
Dirijo
Sorbo
Corro
Descifro
Escarbo
Degenero
Engendro
Hablo
Agonizo
Engendro infinitamente e infinitamente soy engendrado
Soy el hombre y. . . soy la palabra
Todas las palabras
todas las palabras: todos los destinos: todos los pasillos:

todas las zanjas: todas las puertas: y vuelves: transformándote en el torturador que golpea tu cráneo: y en el torturado que es golpeado: y en el torturador que lo golpea: y en el torturado: túnel y azadón: yunque y martillo unidos en una seca explosión: golpe y golpeado: pasión y acción: arma y herida: hasta el estallido golpeas y eres golpeado: cada golpe y cada dolor: cada víctima y cada victimario te encadenan: por círculos concéntricos crece la cadena en que golpeas y eres golpeado: gira: nimbándote de un magnífico poder: saltas: entre auras de fuerza que cada golpe confirma y centuplica marchas: con el cráneo despedazado marchas: por cavernas de vacío donde las nebulosas agonizan marchas: por regiones donde el día es como la noche y donde el agua se vuelve piedra marchas: por regiones de espuma blanca y dura: marchas: guiado por estrellas moribundas: marchas: llevando en tu mano la macana: hasta el féretro de tiempo nulo donde el Caballero Águila espera a que lo mates desde toda la eternidad que hace que te creó para que acabaras con su infinito: marchas: hacia el prisionero que enfermó de inmortalidad y que te ha convocado para que lo liberes: hieres: estalla el cráneo del Caballero Águila: en tus manos estallan Tantanil, quebrándose su hoja donde están inscritas las constantes del Universo: estalla el mundo en un cataclismo en donde todos los momentos y todos los lugares interfieren agolpándose por la rasgadura de una gigantesca herida: hieres: caen los soles: hieres: golpeas un cráneo: eres golpeado: golpeas una taza: un ojo: un huevo: un mundo: te baña un velo de sangre y de saliva: hierves: hieres: hierves: hieres: hierves: hieres: me pegan: me pagan: me pliegan: me riegan: me niegan: me pegan: como queriendo cascarla me pegan en la cabeza: cascarla: dejar salir la clara y la yema y los fantasmas: cascar la bóveda del cráneo: cascar la bóveda del mundo: cascadas: tortilla germinal: cascada nacarada de luten y formas carnales: cascada severa de la sesera: celebro el cerebro: poseso del seso: cáscara: campana: cascada cáscara calcárea: craterada cáscara: carcacha cachiporrada: caja y carcaja: achacada charada acarajada: cam-

panas: campanadas: campalabras: abrapalabra: labras palabras: abra la abra: ábrete, séxamo: volcarnes: de la raja dura madre cascada, cuerpos yertos en auras de fósforo y sangre: ad ovo y ex ovo en el desovo: terremoto: te remito: te remeto: te remonto: te remiento: te remato: se abren los cavernos: precipucio: en los abismos mismos, sismos: suma de semen se sume en la sima: remalignos: torbehollines: murpiélagos: alimarañas: torbehollines: cooohorrilos: aquilarres y walpurgatorios: lucifieras: diabólicos: desmanios· arcanhieles y querruines: cepos con sapos: sarpientes: a ratos ritos de ratas: magmíferos: fliebres: sufre entre azufre: condenados con dedos con dados: gusarnas: apocalhípicos: cadafieras: somos ñomos romos en pomos: caníbalas: veryugos: matarrifles: patióvulos: complejos reflejos de espejos: mutalaciones: tortugras: sangrificios: alarruidos: estrepicios: masacras: matansias: genazidios: mascas moscas: palarvas, estallan extrañas estrellas: babsurda: harpiñas: revienta un ojo, un huevo, una taza, un cráneo y un universo: con el cráneo cascado: caes: con el tórax baleado: caes: herido por las escamas de vidrio y de hierro de chaleco: caes: convertido en una histérica masa de *sentidos:* tableteando por el nervosear incontenible de la *sensación:* hiperestesiado e hiperextasiado: una burbuja informe de *ojos y poros y membranas y papilas* y terminaciones nerviosas encendidas en la sensación: agónicamente pidiendo el fin: abultando una *piel* que agoniza lacerada en un chaleco de escamas de metal y de vidrio: atropellado contra la calle donde revientan luces: caes: reventando con las estrellas: caes.

Entre los vecinos que cavan la zanja vuelve el silbadito de Los Marcianos Llegaron Ya, y todos se van desvaneciendo metiéndose en sus ranchos porque esta vez es en serio, estacionaron lejos, bajan los montones de basura pisando con cuidado alzándose los pantalones y en todo el barrio hay ese silencio, desde lejos Araceli mira y señala y los agentes se abren dispersándose por los montones de basura y las humaredas Rubén se da cuenta y salta y da dos vueltas y corre

agachado y entonces suenan los primeros taponazos corre Rubén corre.

Traga Rubén no brinques Rubén sóplate Rubén no te orines en la cama Rubén no toques Rubén no llores Rubén estate quieto Rubén no saltes en la cama Rubén no saques la cabeza por la ventanilla Rubén no rompas el vaso Rubén, Rubén no juegues trompo Rubén no faltes al catecismo Ru- las paredes Rubén dí los buenos días Rubén deja el yoyo Rubén no juegues trompo Rubén no faltes al catecismo Rubén amárrate la trenza del zapato Rubén haz las tareas Rubén no rompas los juguetes Rubén reza Rubén no te metas el dedo en la nariz Rubén no juegues con la comida no te pases la vida jugando la vida Rubén.

Estudia Rubén no te jubiles Rubén no fumes Rubén no salgas con tus amigos Rubén no te pelees con tus amigos Rubén, Rubén no te montes en la parrilla de las motos Rubén estudia la química Rubén no trasnoches Rubén no corras Rubén no ensucies tantas camisetas Rubén saluda a la comadre Paulina Rubén no andes en patota Rubén no hables tanto, estudia la matemática Rubén no te metas con la muchacha del servicio Rubén no pongas tan alto el tocadisco Rubén no cantes serenatas Rubén no te pongas de delegado de curso Rubén no te comprometas Rubén no te vayas a dejar raspar Rubén no le respondas a tu padre Rubén, Rubén córtate el pelo, coge ejemplo Rubén.

Rubén no manifiestes, no cantes el Belachao Rubén no protestes profesores, no dejes que te metan en la lista negra Rubén, Rubén quita esos afiches del cheguevara, no digas yankis go home Rubén, Rubén no repartas hojitas, no pintes los muros Rubén, no siembres la zozobra en las instituciones Rubén, Rubén no quemes cauchos, no agites Rubén, Rubén no me agonices, no me mortifiques Rubén, Rubén modérate, Rubén compórtate, Rubén aquiétate, Rubén componte.

Rubén no corras Rubén no grites Rubén no brinques Rubén no saltes Rubén no pases frente a los guardias Rubén no enfrentes los policías Rubén no dejes que te disparen

Rubén no saltes Rubén no grites Rubén no sangres Rubén no caigas.

No te mueras, Rubén.

Pa pa pa pa pa pa pa: pálpala: toca la basura: cae: aquí las huesas: todas: alambres saltan a cortarte: se desdoblan las materias: arden: ¡Explotan!: en una blancura calcárea árida pétrea ácida: combates contra ella y desde ya la odias: es más compleja que la vida: entre basuras vas *cayendo* vas entre basuras vas *cavando* vas entre basuras vas *cortando* vas entre basura vas *juntando* vas entre basura vas *uniendo* vas entre basura vas *dejando* vas entre basura vas *cirniendo* vas entre basura vas *hallando* vas entre basura vas *formando* vas ¡forma oceánica!: las palas cachalóticas separando oleadas: estrellas buscas entre restos: palpando encuentras una palabra: la persigue la pala de acero: guadaña que siega la pala bra pero gritan todas las palabras enterradas y del fiero resorte y del ácido venenoso y el baboso gusano y el vómito medúseo salen los focos del *alarido* en alas de las palas de las palabras enterradas en la basura: como un hervor se elevan: y toda cosa grita al ser tocada: *hiriendo* vas entre basura vas *nombrando* vas y todo el mundo es un tímpano: forma de oreja tiene: las palas vierten palabras hacia el centro y en él van formando capas: lamentándose chillando como murciélagos: como niños llorando: como cachorros gimiendo: gritan un *ay* que te lacera más que sus dientes y sus filos y sus hedores y sus moscas y sus tóxicos y sus humaredas: y cada vez que uno de los camiones eructa es un renovado grito: artillería de palabras: nubes de proyectiles que se envían los entes para modificarse: mensajes de la destrucción, que como la luz continúan viajando cuando la estrella ha muerto: oleadas de palabras se embisten y batallan y se desmienten y chocan: /el caos/: palarvas: entrópico las descompone: por instantes brillan y se desvanecen: se dan todos los encuentros y las formas: todas las mixturas y los encabalgamientos: te mueves como una araña en la que se insertan todos los predicados: moras en los rincones de la tela: te escapas de los rayos de la atención

que hacia ti se dirigen: encendido bailas en remolino de fuego: metamorfosis metafórica: monstruáfora: mantráfora: mientáfora: encendimiento por el rayo de la transmutación del significado: sobre los espejos de la palabra la imagen infinitiza las imágenes: cada palabra encendida incinera los bosques del cerebro hasta que cada rama ha iluminado y destruido cada rama: el momento en que las palabras dejan de ser invisibles y se interponen entre ti y los objetos: estantería yerta del idioma: en los anaqueles bajos, cubiertos de polvo, fósiles: muertos de uso y desuso, suso: flores de esplendor marchítanse: caen escamas: martillas las costras pero resuenan secos ecos en las cáscaras: máscaras, hojalaterías frías: acopios de kaleidoscopios: gamados cálices gemados: muertas estrellas: estelas: estrellerío:

Estrellas brillantes, chispeantes, cegadoras, intermitentes, tornasoladas, titilantes, deslumbrantes, irisadas, coloreadas, reflejadas, aumentadas, refractadas, proyectadas: en puntos solitarios, en tubos culebreantes y en miríadas: en paralelas, en círculos concéntricos y en rayos: derritiéndose al ser reflejadas en el charol y el cromo y la latonería: difuminándose en las pantallas de concreto, ascendiendo, en la humareda de la contaminación: resbalando por el vidrio submarino de las ventanas hasta tocar los opacos seres que las esperan al acecho en las zanjas de las habitaciones: rotundos armarios, sillones, mesas de ricas maderas. Objetos de vidrio encrespados como crustáceos agresivos, las chispas finales de los reflejos muriendo en las copas de las alacenas, disolviéndose en las reflexiones y difracciones de cada ojo: la multiplicación de cada luz en el ojo geométrico de cada mosca: trampa de espejos y esponja de ojos y remolino de retinas: cruzar y viajar de luces y de reflejos en los túneles de las habitaciones vacías: arcoiris: abanicos: desgarradas nebulosas: peces del infinito sangrando luz. Atropellado por la motocicleta, hundiéndome en un charco de tiempo pensé vengativo que llegaría el momento en que todo resplandor moriría. Intenté destruir jaulas de neón y paredes de espejos: dejé re-

gueros de sangre encendida como jeroglíficos luminosos: intenté quebrar estrellas cada vez más remotas que morían en una madrugada cada vez más antigua y pasada: me revolqué en un charco de centellas de vidrio empapado, y sólo dejé de combatir cuando conocí en su plenitud la perfección del favor que me había sido concedido: descansar, convertirme en mi propia víctima en esa lejana mañana de cincuenta años atrás, morir en el cuerpo de aquél a quien yo había matado, el cual, pasando entonces a mi cuerpo, viviría en adelante la desolación y el terror y el martirio de la propia imagen, que él creó y a la cual se inmoló odiándola, puesto que nunca fue ella, puesto que le vendió su alma sin obtener a cambio un rostro y ni tan siquiera una última mirada al morir. Pongo la mano sobre el corazón, digo: *Que no se acuse de nada al chofer.* Sustituyéndome, aceptará la irrisión de su propia farsa, vivirá la obsesión de su propio embuste, la de desesperación de su propia máscara. *Su dolor es mayor que el mío,* balbuceo. Hasta la remota mañana en que a él le sea también concedido el favor, en medio de la luz de las estrellas desgarrar con sus propios ojos la tremenda cárcel de la imagen, saltar desnudo y sin gesto ante el propio ojo, que es el único. *Su dolor y el mío los ofrezco al señor,* suspiro.

Sentí que mi sustituyente y ahora victimario me palpaba confusa, atropelladamente, como si quisiera por última vez aprehender, al tacto, como una última boya, la forma de su cuerpo ahora mío, el último asidero y áncora del hombre que renuncia a sí, a la propia imagen.

Él no quiso ver mi cara.

Tu cara estalla sobre el magma de los desperdicios: crece el aquelarrre de los pneumas: restos de formas que se elevan como vapores: protoplasmas flotantes: inmensas masas amébicas: nebulosas: sobre sí mismas giran, desvaneciéndose: intentan concertar alianzas: con sus pseudópodos se tantean: y se agregan en guirnaldas según sus afinidades: reproducen los objetos que las produjeron: se agregan y se desagre-

gan: ciertas uniones cristalizan: arrojan un fulgor sonoro: por un instante solidifican las agregaciones de los pneumas por efecto de la virtud de sus relaciones: vuelven a caer entre el maremagnum de las cosas, como fósiles de ellas subsisten: y las sobreviven: y pudiera ser que alguna vez el mundo estuviera lleno de cristalizados pneumas: su fascinación lleva a que los tomemos por objetos reales: por operaciones de magia agregativa queda prisionera el alma de los pneumas: y el alma no es otra cosa que pneumas: campos llenos de fósiles: irrisoria noria de la memoria: sobre esta mar oceana del desecho corres admirando las columnas vertebrales de los pneumas solidificados que se erigen y se cimbran como torres capaces de despedir luz propia: y se modifican: y se autoregeneran: fulgores de luciérnagas: las columnas vertebrales de los pneumas fosilizados danzan: constantes universales: cromosomas: culturas: memorias: normas: lógicas: signos: redes y laberintos y tramas que se miman las unas a las otras zanjas en la basura: bagazo vomitorio de los segundos ya desgarrados: contra la prisión de los pneumas tiendes un contrafuego de pneumas que se alejan en la noche como pompas y como pompas van estallando: nebulosas encendidas que revientan: cráneos que se desintegran: te da picor en los ojos su salpicadura: y amargor en los labios: hasta que sobre la prisión de los pneumas aparezca el *sol:* ese último sol que está en el sótano de tu terror: se alzará sobre los montículos de basura como una *cúpula* e irá quemando el cielo: literalmente: desgarrándolo en mitades chamuscadas que lloverán chispas que incendiarán este valle de desechos: conjuntamente aniquilados cosas y pneumas: en su fulgor iluminándose unas a otras: ¿Voz, a quién gritas?: a tus propios gritos: que los unos den alcance a los otros; pero es inútil: se mueven adonde quieren: ecos y espejos danzan: escamas de hierro y de vidrio: brillan en tu mente: procesiones ardientes y lejanas: caen tus fragmentos sobre la basura: sus pobladores te devoran: clavitos que corren y que si se los agarra lloran: más abajo: tornillos que viven dando vueltas atorni-

llándose los unos a los otros: más abajo: animales hechos de trapos y de desperdicios: más abajo: constelaciones de ojos que perforan la materia flotando en ella como burbujas: más abajo: larvas: más abajo: pringue de asfalto y de aceite: y las constituciones: y las promesas: y las suspensiones de garantías: y los contratos: y los acuerdos: y los convenios: y las condecoraciones: y los rollos de celuloide de los notieros: y las alfombras de casquillos de Madsen: y las condecoraciones: y los pomos de brillantina: y dos bastones y los sombreros de pajilla cagados de mosca y los cuellos de celuloide y los editoriales y los grillos setentones y las culatas de los Remington y los medallones con retratos sepia y los títulos comidos por la traza y los misales con tapas de nácar y más abajo las condecoraciones todavía y los pasquines y las solicitudes de empréstito y las concesiones de asfalto y las concesiones de caminos y los caños de los chopos y las hojas de machete y las cáscaras de café y más abajo las herraduras y los cascos y el osario de los caballos y las puntas de lanza y las ruedas de las espuelas y los guáimaros y las condecoraciones y las semillas de cacao y los cepos y las cajas de hierro con cabezas fritas en aceite y las cruces de latón y las imágenes milagrosas y más abajo aún caparazones de hierro y partesanas y espingardas y tercerolas y cuarterolas y coseletes y cubrebabas y cepos y grillos y jaulas y aciales y más abajo pedernal y puntas de flecha y puntas de hacha y dientes de animal y yuca y maíz y ocumo y ñame y agua y ríos y hombres y más abajo mujeres y mucho más abajo niños y por mucho trecho hay hombres y osamentas y bajo ellos el limo y los cacharros y la caña y el hueso y el pedernal y el caracol y la danza: inversamente deshaces todos los círculos mágicos trazados por la danza y quedan liberados de ella pájaros, peces y tigres: de las piedras redimes los arañados jeroglíficos y del polvo las rotas puntas de flecha: taladras las pasadas auroras: danzando de espaldas las perforas: desciendes más aún: hacia prisiones y prisiones incontables de auroras: nimbado en ellas, las deshaces: hasta que liberado

del círculo de las palabras, todavía danzas: tocas directamente: en tu pecho enjambran las manchas todas de la luz: a través de las chispas de la noche se conocen: vencedor de Tairamón y del señor Acataurima: y más abajo aún te hundes en túneles de carne: y desnaces siempre y desauroras: simiente de ti propio remontando en las simientes: hasta la arcilla: y la ceniza: e inmensamente atrás: al alarido: e inmensamente y más atrás del nombre: estrellas se encienden y se apagan danzan: confundidos huesos y polvo: danza: confundidos gestos y gritos: danza: hasta el océano y el fin de los ojos: y el fin del fin: danzando: mareado por el polen de los mundos: danza: y aún danzando aprisionados: danza: hasta encontrar el sitio: danza: duermes en él desnudo: desnudo de las palabras y de la piel y de la carne: y al fin resplandecerás durante el tiempo que te sea permitido: y tus huesos estallarán: y cubrirán los cielos: se acometerán y se acometerán: como centellas arrojarán unos contra otros los mundos: y como moscas viajarán prisioneros en los túneles de las cadenas de las causas: universos nacerán y morirán: sobre tu paladar sentirás su sal: lloverán sobre ti todas las lágrimas y no podrás recoger ninguna: en el galimatías estarás recostado de las estrellas y las mirarás de quién a quién: todo será igual: y estallarán los cielos en alaridos y no te importará: pa pa pa pa pa pa pa palabras surgen de entre los fracturados y rotos y desintegrados y torturados y mordidos y desecrados y apuñeteados y despedazados y desgarrados y quemados y lacerados y cancerados y lazarados labios de las cosas en desintegración: y aquelarre de palabras hay en las noches sin luna: de la vida consumida surgen como vapores: ay del loco que ande entre ellas: apuñalará ecos y por ellos será apuñalado: sólo al alba otra vez las pa pa palas hendiendo las materias los carozos las pulpas los corazones y los juegos justificarán la solidez de la creación: y entre ellas tu mano estrella tu mano medusa tu mano pólipo tu mano araña irá recogiendo lenguas y exprimiéndolas para matarlas: basureros de lenguas temblorosas diciendo sus últimas pa pa pa pa pa pa: como moscas inqui-

sitivas posándose sobre los objetos: chupan miran se limpian zumban vuelan: tu lengua te arrancas y en tu boca viertes tierra: que dejen de ella de partir zumbidos grises y de venir a ellas desde las cosas zumbidos: a través de la grita y la desintegración escarbas: todavía prisionero de la cadena de las causas: todavía contra ella lanzas tu mano como un garfio: una nebulosa de basura estalla y se te aproxima: la primera oleada entrópica te transfigura y te desfigura: hacia el torbellino y el fuego que te abraza avanzas: locamente recoges los frutos de los árboles y los exprimes en tu boca sangrienta, sin perdonar uno: en manos avariciosas frutos que centellean como cadáveres en descomposición: contra una puerta embistes que es una zanja que es un sexo que es un cráneo que es mundo que es un ojo que es una espada que es una máquina que es una bala que es una palabra que es un sexo embistes: materia enteramente y por siempre concedídota: verbum: porque excavé en tus minas: porque te rajé: porque jadeé: porque deposité: porque giré las brocas: y los taladros y diamantes de carne: porque mordí: porque probé: porque grité: porque separé y flexioné porque te disolví en saliva: porque te penetré: porque me ahogaste: porque gritaste: porque te meneaste: porque arañaste: porque te apretaste: porque te distendiste: porque avanzaste: porque retrocediste: porque temblaste: por la más remota confusión de las marejadas: porque me sorbiste: porque me anegaste: porque desfallecí: porque volví: porque golpeé, porque barrené: porque cabalgué: porque trepané: porque me encendí: porque oriné tus ánforas: porque abrí tu sagrario: porque vertí el océano: porque empapé el desierto: porque ludí tus agujeros: porque te hice criba: porque bifurqué tus vísceras: porque me acurruqué en tus zonas: porque bebí en tus vasos: porque sudé: porque morí: porque tundí: porque cavité: porque arranqué chispas: porque batí: porque disolví: porque trepané: porque herí: porque esparcí: porque dispersé: porque escupí: porque incendié: porque unté y me untaste: porque resbalé: porque froté: porque apreté:

porque retorcí: porque reviré tus anillos: porque devasté: porque hollé tus praderas: porque contaminé: porque reventé: porque barnicé: porque fui el pez de tu mar mocoespumoso: porque sembré: porque copulé: porque devasté tus entrañas: porque corroí tus tripas: porque trasvasé en ti mis líquidos: porque azoté tus órganos: porque me vomité dentro de ti: ayuntado: integrado: encadenado: aferrado: atornillado: soldado: clavado: incrustado: en el estallido del orgasmo perforas la puerta: tu chaleco de escamas de hierro y de vidrio destella reflejando el claustro donde se abren y se cierran puertas: posibilidades: pasillos: mundos: cristalizaciones diversas del instante: direcciones de la mirada: segmentos del segundo: significados diversos de cada gesto: progresiones hacia tiempos inmediatos y contiguos: cruzas la puerta, redonda: esta da a otra puerta, ochavada: esta da a otra puerta, chapeada: esta da a otra puerta, enrejada: esta da a otra puerta, labrada: esta da a otra puerta, fundida: esta da a otra puerta, blindada: esta da a otra puerta, giratoria: esta da a otra puerta, corrediza: esta da a otra puerta, basculante: esta da a otra puerta, octogonal: esta da a otra puerta, triangular: esta da a otra puerta, dentada y ensalivada: esta da a otra puerta, carnosa, que da a una membrana himenal que da a una lápida que da a una válvula mitral que da a una página que da a una garganta que da a una fosa nasal que da a un ojo que da a un aposento cuyas paredes techo piso son puertas, giratorias, diafragmáticas, batientes, oscilantes, automáticas, biológicas, estallando, zumbando, vibrando en el abrecierra parapasa tumbatrueno puertaplasta, puertas de entrada de salida de desentrada puertas que no dan a ninguna parte falsas puertas el aposento todo una puerta con una fatigosa respiración de válvulas postigos y paneles, un aplauso, un palmoteo, una debacle, una explosión: el ciclón de puertas estalla como una nube de hojas de guillotina: escamas de metal y de vidrio: girando, escindiéndose, entrechocándose vienen hacia ti, te rebanan, te trizan, te muelen, las hélices del infinito laborando sobre su cerebro:

puerta tú mismo, te vuelves de tu propio revés como una flor de temblorosos órganos concentrados sobre un tubo de piel: introspectas tu pellejo que ahora contiene el entero universo: confundidos tu interior y tu exterior ¡los túneles! los canales en que fuiste puerta de los mundos: los orificios: los poros: a todos ellos viajas y por ellos te trasladas: los esfínteres los ganglios los bronquios: los secretos canales aferentes y eferentes: los protoplasmas: las membranas: el remoto viaje de las protoformas por los organismos anteriores: tu mismo ser fluyendo en un tumulto escuchando el fragor de las cataratas uretrales que caen en el vacío: moco esperma mierda aire sudor cera lágrimas alimento laboriosamente trabajado en la red de puertas: abre los ojos aún: aún la retina: las legañas: aún: la puerta del sol: la puerta puerta que recoge las puertas de las puertas: desata las cerraduras: colapsa como una compuerta avasallada y ahora viaja: hasta el centro del universo que está situado en todas partes o en ninguna: en el centro del vacío, como un cristal que fuera un organismo: una hidra enjoyada: dando vueltas constantemente de su interior a su interior y de su pasado a su presente: el palacio donde se unen todos los lugares y todas las épocas del universo: donde no hay arriba ni abajo ni adelante ni atrás ni antes ni después sino el tumulto de los espejos del paraespacio y del paratiempo creando los pasadizos imposibles sin paredes ni techo: las salas que nunca contienen nada: bola giratoria escamada de órganos y de actos: gritachupa muerdeorina saltaflota pinchacruje crecearroja tuercemoja miracae palpita, palpita, palpita, girafluye brillaciega latecrece vibratrueca nocheaurora estrellacueva parpadea tocaciñe lanzaprieta prolifera: monstruo escamado de puertas y cada puerta escamada de puertas y cada puerta escamada de puertas: la corriente de la sustancia de los mundos, virtiéndose en los pasillos como una cloaca, mantiene en movimiento el universo: universos se inflan y se desinflan como vejigas: ventosas comunican con cada sitio de ellos: corazón, corazón, válvulas, pozos, cisternas y cámaras: el chorro de las materias de mundos seminales y oscuros:

latir: latir: latir: laberintos donde la destrucción y la memoria se persiguen arrojándose proyectiles que son universos: sin exterior y sin interior, eres sorbido por todas y cada una de las puertas: por todas y cada una de ellas explotan infinitamente en todos los infinitos: irremisiblemente fluyendo a través de ti mismo: disipándote en el espacio y el tiempo que recubre tus orificios: ¡sin fin!: ¡sin fin!: ¡sin fin!: en el propio fin, sin fin: arrasado por la ola de percepciones, no encuentras sitios para la no percepción que te permita, por contraste, percibir: eliminando secciones de percepciones a voluntad, también a voluntad creas realidades distintas: que por fin te desbordan: convertido en una histérica masa de *sentidos:* tableteando por el nervosear incontenible de la sensación: hiperestesiado e hiperextasiado: una burbuja informe de *ojos* y *poros* y *papilas* y *membranas* abultando una piel que agoniza lacerada por un chaleco de escamas de metal y de vidrio: y su tintineo tantálico titila: arrojándote al vendaval de las cosas: desarticuladas: despedazadas: deshilachadas: las cosas se parten y se desintegran en sus más primarias partículas: y nociones que a su vez se desintegran hasta perder el significado: flojos y luego estallando los lazos de la percepción que ligan unos con otros los fenómenos: los últimos fragmentos de las cosas mutando en otros fragmentos: desprendidas tus uñas, tus dientes, tus músculos, tus vértebras, tus nervios: cada objeto en una resplandeciente tensión, huyendo de su identidad: brotando en la oleada entrópica toda posible e imposible efecto de toda posible e imposible causa: llueve sobre la basura: centellas: escamas de hierro y de vidrio.

3.9.—CATACLIX perfecciona el proyectil anticausal, que perfora todas las direcciones del espacio disociando las causas de los efectos, alterando el tejido último y fundamental del universo.

90.1.—Tercera oleada entrópica.

5.47.—GNOSSOS ataca con el distorsionador de constantes, que mezcla las leyes físicas que tienen lugar fuera del cono de Heisenberg con las leyes del cono de Heisenberg y

así la velocidad de la luz es al mismo tiempo sobrepasable e insobrepasable, el tiempo es a la vez reversible e irreversible, la entropía creciente y decreciente, el espacio finito e infinito.

6.52.4.—Batahola de las criaturas luminosas del Metauniverso apareciendo en las costuras deshilachadas de la causalidad del Universo.

1.000.000.000.5.3.—CATACLIX contra GNOSSOS dejan de batallar o batallan eternamente o crean universos donde el uno existe y el otro no existe, o crean prolongaciones del universo donde el uno derrota al otro o atropelladamente y en tumulto mueren o el uno engendra al otro o comprenden finalmente que en su guerra eterna e intemporal que se propaga hasta las raíces del principio y del fin no hay triunfo, que ni el Metauniverso ni el Universo Memoria triunfarán, que, sacudido, desintegrado, lacerado y putrefacto en sus elementos constitutivos, el cadáver de este universo, en su corrupción, da origen al universo no causal, donde cada cosa puede surgir de cada cosa y cada posible o imposible efecto puede surgir de toda posible o imposible causa, y todo puede tener su origen y su fin en todo, eterna o limitadamente, anárquica y desordenadamente, rotas las cadenas de las causas, para nunca, para siempre.

Se van acercando otra vez los camiones: ya no queremos creer lo que pasa: uno descarga sobre las zanjas una catarata de *manos* y nos da asco recogerlas porque al tomarlas por los dedos parece que ellas tomaran los nuestros el camión inmediato arroja una catarata de cabezas, y el siguiente, una catarata de ojos, y hay otros que traen cargamentos de muertos. Con mucho trabajo se les quitan calzones manchados, camisolas rotas, a veces zapatos gastados, a veces nada. Una de las palas deposita el cuerpo de un muchacho, con el cuerpo cubierto de un chaleco de escamas de hierro y de vidrio, entumido en sangre el pelo. Con expresión invariable, los ojos permanecen abiertos al sol. Rubén trata de cerrar los párpados, sintiendo que el sol debe correr como una llamarada sobre las retinas muertas. Avanza por encima de varios cuerpos

más, todos agujereados, hasta que encuentra uno, retorcido y semisepultado en las basuras de la zanja, que le resulta familiar. Arrodillado, Rubén escarba las montañas de periódicos y de formularios hípicos, de platos rotos y de cenizas. Sevilletas manchadas, envases de plástico y condones usados se van separando del cuerpo. Al quitar los últimos restos de basura de la cabeza, Rubén encuentra que el muerto tiene su propia cara.

Un universo donde hay causas engendra un universo donde no hay causas y los peces engendran flores y las flores engendran pájaros y los pájaros engendran esponjas y las esponjas generan dioses y los dioses engendran colmenas y las colmenas engendran estrellas y las estrellas engendran vacío y el vacío te engendra a ti y tú engendras este libro y este libro engendra las estrellas y las estrellas engendran gritos y los gritos engendran ojos y los ojos engendran ríos y los ríos engendran lunas y las lunas engendran lenguas y las lenguas engendran cometas y los cometas engendran dedos y los dedos engendran rocas y las rocas engendran oídos y los oídos engendran fuego y el fuego engendra bestias y las bestias engendran cristales y los cristales engendran música y la música engendra sangre y la sangre engendra luz y la luz engendra piojos y los piojos engendran aire y el aire engendra olvido y el olvido engendra saliva y la saliva engendra dolor y el dolor engendra tiempo y el tiempo engendra lluvias y las lluvias engendran colores y los colores engendran nombres y los nombres engendran heridas y las heridas engendran polen y el polen engendra gemas y las gemas engendran remolinos y los remolinos engendran dientes y los dientes engendran cataratas y las cataratas engendran ideas y las ideas engendran una mosca y la mosca engendra un huevo y el huevo engendra un cráneo y el cráneo engendra un ojo y el ojo engendra un universo y el universo engendra una taza y la taza engendra una mosca y la mosca engendra un huevo y el huevo engendra una palabra: ametrállenme mis propias voces recaigan sobre mí todos mis actos: hasta el martirio

y hasta la desintegración me sea todo centuplicado: perder pie en todos los abismos y tropezar en todos los peñascos: atropellar selvas de ortigas: aún sin ojos, andar hasta la luz y al llegar a ella gritar el mensaje que no es más que una pa pa pa pa pa pa pa pa pa pa pa pa pa pa pa pa pa pa pa

pa pa pa pa
P a P aPa
p p p
a a a a
a a a a
a a a
a a a a
a a a
a a a

Índice

ABRAPALABRA, *de Luis Britto García, se terminó de imprimir en el mes de abril de 1980, en el Establecimiento 08, «Mario Reguera Gómez». Publicado por ediciones Casa de las Américas, República de Cuba*

LUIS BRITTO GARCÍA, narrador y dramaturgo venezolano nació en Caracas en 1940. Se graduó de abogado en 1962 y actual mente, es profesor y jefe de la Cátedra de Historia del Pensamiento Político de la Universidad Central de Venezuela. en 1970 mereció el Premio Casa de las Américas en el género de cuento con su libro **Rajatabla.** Alcanzó el Premio Nacional de Teatro con la obra **El tirano Aguirre o La conquista de El Dorado** (1975). Entre sus obras se encuentran **Los fugitivos y otros cuentos** (1964), la novela **Vela de armas** (1970), y los textos teatrales de **Venezuela tuya** y **Así es la casa** (197[illegible]). En 1975 publicó **Ciencia, tecnología y dependencia.**

